



EL MAZO DE KHARAS

Las Crónicas Perdidas 1



MARGARET TRACY
WEIS HICKMAN
timunmas



Weis y Hickman regresan a la época de las Crónicas

Mientras Tanis y Flint buscan refugio en el reino enano de Thorbardin, Raistlin se siente extrañamente atraído por la fortaleza encantada conocida como Monte de la Calavera. Sturm busca el legendario Mazo de Kharas y Tika inicia un peligroso viaje para salvar a los que ama de una muerte segura. Pero es el enano Flint Fireforge quien se enfrenta a la prueba más difícil. Mientras los héroes luchan contra el tiempo para salvarles la vida a sus compañeros, Flint se ve forzado a tomar una difícil decisión, una de la que puede depender el futuro de la humanidad.



eBooks con estilo

Margaret Weis & Tracy Hickman

El mazo de Kharas

Dragonlance: Las Crónicas Perdidas - 1

ePUB v1.2

OZN 20.06.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Dragons of the Dwarven Depths*
Margaret Weis & Tracy Hickman, enero de 2007.
Traducción: Mila López
Ilustraciones: Matt Stawicki
Diseño/retoque portada: OZN

Editor original: OZN (v1.0 a v1.2)
Corrección de erratas: OZN, Sharadore
ePub base v2.0

PREÁMBULO

«EL CANTO DE KHARAS»

por Michael Williams

*Tres eran los pensamientos de
quienes estaban en Thorbardin
en la oscuridad que siguió a Dergoth
cuando los ogros bailaron.*

*Uno era la luz perdida,
la oscuridad renqueante
en las grutas del reino
donde la luz se desmenuza.*

*Otro, la desesperanza
delthane enano Derkin
entregado a la penumbra
de la torre de la Gloria.*

*Otro, el mundo,
debilitado y herido
en las profundidades
de las Aguas Lóbregas.*

*Bajo el corazón de las montañas,
bajo el techo de piedra,
bajo la menguante gloria del mundo.
Hogar bajo el hogar.*

Entonces apareció Kharas entre nosotros, el Guardián de Reyes.

*La Mano en el Mazo, Brazo de Hylar.
En el reluciente panteón de oro y granate
tres hijos del thane debajo enterró.*

*Mientras Derkin veía oscuridad sobre oscuridad en los túneles,
en las salas de la nación vio nudos corredizos y cuchillos,
asesinos y forjadores de reyes llegaron hasta Kharas
con ágara y amatista, solicitando lealtad.*

*Bajo el corazón de las monrañas,
bajo el techo de piedra,
bajo la menguante gloria del mundo.
Hogar bajo el hogar.*

*Pero la fidelidad del corazón es firme como la roca.
Y audaz e indoblegable la mente para bien:
el Mazo de Kharas se mantenía firme en las salas,
rechazando toda discordia, toda duda y división,
dio la espalda a la intriga, desde los túneles inexplorados,
hasta el exterior, haciendo un juramento
que ni el tiempo ni traición alguna deslustrarían jamás:
el regreso del Mazo en una época de grandes rribulaciones.*

*Bajo el corazón de las montañas,
bajo el techo de piedra,
bajo la menguante gloria del mundo.
Hogar bajo el hogar.*

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

De pie junto al cadáver ensangrentado del caído Señor del Dragón Verminaard, el draconiano aurak, Dray-yan, vio revelarse ante sí su destino.

La repentina y cegadora visión lo sacudió con la fuerza de un cometa caído del cielo haciendo que la sangre le bullera y provocándole un cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo escamoso hasta los dedos rematados en garras. Al destello inicial lo siguió un torrente de ideas que lo colmaron. Todo el plan cobró forma en cuestión de segundos.

Dray-yan se quitó la capa ornamentada y la usó para cubrir el cadáver del Señor del Dragón y ocultar el gran charco de sangre que había debajo. El draconiano aurak estaba aterrorizado, o eso debía de parecerles a quienes lo observaban. Pidiendo ayuda a gritos destemplados, reunió un grupo de varios baaz (draconianos de estatura baja y conocidos por su lerdia simpleza) y les ordenó que buscaran una camilla.

—¡Daos prisa! ¡Lord Verminaard está gravemente herido! ¡Tenemos que llevarlo a sus aposentos! ¡Rápido! De prisa, antes de que su señoría sucumba a las heridas.

Por suerte para Dray-yan, la situación en el interior de la fortaleza de Pax Tharkas era caótica: esclavos en plena huida; dos Dragones Rojos combatiendo entre ellos; el repentino desprendimiento de toneladas de rocas que habían bloqueado el acceso y aplastado a un vasto número de soldados. Nadie prestaba atención al caído Señor del Dragón que era transportado al interior de la fortaleza ni al aurak que lo acompañaba.

Cuando el cadáver de Verminaard estuvo dentro de sus aposentos a buen recaudo, Dray-yan cerró las puertas. Apostó fuera a los draconianos baaz que habían cargado la camilla para que las guardaran, y dio orden de que no se permitiera el paso al nadie.

Entonces Dray-yan se sirvió de una botella del mejor vino de Verminaard, se sentó ante el escritorio de éste y empezó a revisar sus documentos secretos. Lo que Dray-yan leyó lo intrigó y lo impresionó. Tomó el vino a sorbos, estudió la situación y revisó mentalmente sus planes. De vez en cuando llegaba alguien ante la puerta solicitando órdenes, y Dray-yan respondía a voces que a su señoría no se lo podía molestar. Pasaron las horas y entonces, cuando cayó la noche, Dray-yan abrió la puerta un poco.

—Decidle al comandante Grag que se requiere su presencia en los aposentos de lord Verminaard.

Pasó un buen rato hasta que el corpulento comandante bozak llegó. En ese intervalo, Dray-yan se planteó si debía o no hacerlo partícipe de su secreto. Por instinto no se fiaba de nadie, y menos de un draconiano al que consideraba su inferior. Sin embargo, debía admitir que no podía llevar a cabo su plan solo. Iba a necesitar ayuda y, aunque sentía menosprecio por Grag, tenía que reconocer que el comandante no era tan estúpido e incompetente como la mayoría de los otros bozak que conocía. De hecho Grag era bastante inteligente, un excelente comandante militar. Si Grag hubiese tenido el mando de Pax Tharkas en lugar de ese humano, un montón de músculos y ningún cerebro que había sido Verminaard, no habría habido sublevación de los esclavos humanos. Ese desastre no habría ocurrido.

Por desgracia, nadie se habría planteado siquiera darle a Grag el mando de humanos, quienes pensaban que a los «hombres-lagarto», con sus brillantes escamas, alas y colas, se los criaba exclusivamente para matar, que eran incapaces de discurrir un pensamiento racional e incompetentes para desempeñar cualquier tipo de liderazgo en el ejército de la Reina Oscura. Dray-yan sabía que la propia Takhisis era de esa opinión y en secreto despreciaba por ello a su diosa.

Le demostraría su equivocación. Los draconianos darían prueba de sus capacidades. Si su plan tenía éxito, a lo mejor llegaba a ser el próximo Señor del Dragón.

Pero las cosas había que hacerlas paso a paso.

—El comandante Grag —anunció uno de los baaz.

La puerta se abrió y Grag entró en el cuarto. El bozak superaba el metro ochenta de estatura y las grandes alas lo hacían parecer aún más alto. Se cubría las escamas bronceadas con una mínima armadura, ya que contaba con ellas y con el duro pellejo para protegerse. En aquel momento las llevaba manchadas de polvo y tierra, así como de sangre. Era evidente que estaba exhausto. La larga cola se movía lentamente de un lado a otro; los labios se cerraban, tirantes, sobre los dientes; los ojos amarillos se estrecharon al clavar en Dray-yan una mirada dura e intensa.

—¿Qué quieres? —demandó con grosería al tiempo que agitaba una garra—. Más vale que sea importante. Hago falta ahí fuera. —Entonces reparó en la figura tendida en la cama—. He oído decir que su señoría estaba herido. ¿Lo estás curando?

A Grag el aurak no le caía bien ni se fiaba de él, y Dray-yan lo sabía de sobra. Los draconianos bozak nacían para ser guerreros. Al igual que los aurak, los bozak poseían la capacidad de realizar conjuros como favor de su reina, si bien la magia bozak era de naturaleza marcial y ni de lejos tan poderosa como la de los aurak. En cuanto a la personalidad, los corpulentos y fornidos bozak tendían a ser abiertos, directos, claros, derechos al grano.

En contraste, los draconianos aurak no estaban hechos para librar batallas. Altos y esbeltos, eran reservados por naturaleza, astutos, sutiles, y la suya era una magia poderosa en extremo.

Los humanos, por miedo a que de otro modo se volvieran demasiado poderosos, los creaban inculcándoles el odio y la desconfianza entre sí; o al menos eso era lo que Dray-yan había acabado por creer.

—Su señoría está gravemente herido —contestó en voz alta para que lo oyeran los baaz, quienes sin duda tenían pegada la oreja a la puerta—, pero estoy elevando preces a su Oscura Majestad y todo indica que se recuperará. Entra, comandante, por favor, y cierra la puerta.

Grag vaciló y después hizo lo que le decía.

—Asegúrate de que la puerta está cerrada y echado el pestillo —añadió el aurak—. Y ahora, ven aquí.

Dray-yan hizo una seña a Grag para que se acercara al lecho de Verminaard.

Grag bajó la vista al cuerpo y después volvió a alzarla.

—No está herido —dijo el comandante—. Está muerto.

—Así es —corroboró Dray-yan con voz desapasionada.

—Entonces ¿por qué me has dicho que vivía?

—Más que decírtelo a ti se lo decía a los guardias baaz que hay en la puerta.

—Qué falsos sois los aurak —dijo Grag con desprecio—. Tenéis que darle la vuelta a todo...

—El hecho es —lo interrumpió Dray-yan— que los únicos que sabemos que está muerto somos nosotros dos

Grag lo miró de hito en hito, desconcertado.

—Permíteme dejar claro esto, comandante —dijo el aurak—. Nosotros, tú y yo, somos los dos únicos seres vivos en este mundo que sabemos que lord Verminaard ha dejado de existir. Hasta esos baaz que han transportado a su señoría a esta habitación creen que aún vive.

—Sigo sin entender a qué viene...

—Verminaard ha muerto. No hay un Señor del Dragón, nadie que comande el Ala Roja del ejército de los Dragones.

Grag se encogió de hombros.

—Cuando la noticia de la muerte de Verminaard le llegue al emperador Ariakas, mandará a otro humano para que lo sustituya —dijo luego con tono agrio—. Sólo es cuestión de tiempo.

—Los dos sabemos que eso sería un error —dijo Dray-yan—. Los dos sabemos que hay otros más capacitados.

Grag miró a Dray-yan, y los ojos amarillos del bozak parpadearon.

—¿En quién estás pensando?

—En nosotros dos.

—¿Nosotros? —repitió Grag, que curvó la boca en una mueca.

—Sí, nosotros —insistió el aurak con frialdad—. Mis conocimientos sobre tácticas y estrategias militares son escasos. Eso lo dejaría en manos de un comandante de tu dilatada experiencia.

Los ojos de Grag parpadearon de nuevo, esta vez con sorna ante el intento del aurak de adularlo. Desvió la vista hacia el cadáver.

—Así que yo habría de dirigir el Ala Roja del ejército mientras que tú te ocuparías de... ¿qué?

—Yo seré lord Verminaard —contestó el aurak.

Grag se giró para preguntarle a Dray-yan qué diablos quería decir con ese último comentario y se encontró con lord Verminaard plantado de pie a su lado. Su señoría, en toda su corpulenta y vigorosa gloria, lo fulminaba con la mirada.

—¿Y bien? ¿Qué opinas, comandante? —le preguntó Dray-yan en una imitación perfecta de la voz de Verminaard, profunda y ronca.

La ilusión creada por el aurak era tan perfecta, tan convincente, que Grag echó una ojeada de soslayo al cadáver para asegurarse de que el humano estaba realmente muerto. Cuando volvió la vista hacia el aurak, Dray-yan volvía a tener su propia apariencia: las escamas doradas, la espalda sin alas, el remedo de cola, la pretenciosa arrogancia y todo lo demás.

—¿Cómo funcionaría la cosa? —preguntó Grag, que seguía sin confiar en el aurak.

—Tú y yo determinaríamos nuestro curso de acción. Haríamos planes para desplegar los ejércitos, llevar a cabo las batallas, etc. Huelga decir que esos temas te los delegaría —añadió en tono meloso.

Grag gruñó.

»Yo daré las órdenes y suplantaré a su señoría cuando haga falta que aparezca en público —concluyó Dray-yan.

Grag reflexionó sobre el asunto.

—Damos la noticia de que Verminaard fue herido pero que, por la gracia de la Reina Oscura, se está recuperando. Entre tanto, tú lo suplantas y pasas las órdenes desde su lecho mientras convalece.

—Dentro de poco tiempo, con la ayuda de la Reina Oscura, su señoría estará lo bastante recuperado para reanudar sus funciones habituales.

Grag estaba intrigado.

—Podría funcionar. —Miró a Dray-yan con admiración a regañadientes, aunque el aurak no se dio cuenta.

—Nuestro mayor problema será disponer del cuerpo. —Lanzó una mirada abrasadora al cadáver—. Era muy grande.

Lord Verminaard había sido un humano enorme que medía casi dos metros diez de estatura, con pesada estructura ósea, corpulencia y musculatura muy desarrollada.

—Las minas —sugirió Grag—. Tirar el cuerpo por uno de los pozos de las minas y después volar el pozo.

—Las minas están fuera del recinto amurallado. ¿Cómo pasamos el cuerpo a escondidas?

—Tengo entendido que los aurak podéis caminar por el aire —repuso Grag—. No debería ser ningún problema para ti sacar el cuerpo de aquí sin ser visto.

—Recorremos los senderos de la magia, del tiempo y el espacio —repuso Dray-yan en tono de censura—. Podría transportar al bastardo, supongo, aunque pesa una tonelada. Bien es cierto que uno ha de hacer sacrificios por la causa. Me desharé del cuerpo esta noche. Bien, dime qué pasa en la fortaleza. ¿Se ha capturado a los esclavos huidos?

—No —contestó Grag sin andarse con rodeos—, ni se los capturará. Tanto Pyros como Flamestrike han muerto. Los necios dragones se mataron el uno al otro. El dispositivo del mecanismo de defensa se accionó y provocó que los pedruscos cegaran el paso, y nuestras tropas han quedado atrapadas al otro lado.

—Podrías mandar a las fuerzas que tenemos aquí en persecución de los esclavos —sugirió Dray-yan.

—La mayoría de mis soldados yacen enterrados bajo el desprendimiento de rocas —explicó Grag con aire sombrío—. Allí es donde me encontraba cuando me mandaste llamar, intentando desenterrarlos y

sacarlos. Se tardaría días, tal vez semanas, aunque contásemos con mano de obra, cosa que no tenemos. —El comandante sacudió la cabeza.

»Necesitamos la ayuda de dragones; eso cambiaría las cosas. Hay ocho Dragones Rojos asignados a este ejército, pero no tengo ni idea de dónde se hallan... Tal vez en Qualinesti o puede que en Abanasinia.

—Puedo enterarme. —El aurak dio un manotazo al montón de papeles esparcidos sobre el escritorio—. Los mandaré llamar en nombre de lord Verminaard.

—Los dragones no obedecerán órdenes de seres como nosotros —le hizo notar Grag—. Los dragones nos desprecian, incluso los que están en nuestro bando y luchan por la misma causa. A los Rojos les traería sin cuidado freímos. Más vale que tu ilusión de Verminaard los engañe. O confiamos en eso o...

Hizo una pausa, pensativo.

—¿O? —lo apremió el aurak, preocupado. Estaba convencido de que su ilusión embaucaría a humanos y a los otros draconianos, pero no las tenía todas consigo respecto a los dragones.

—Podríamos pedirle ayuda a su Oscura Majestad. A ella sí la obedecerían los dragones.

—Cierto —convino Dray-yan—. Por desgracia, la opinión que nuestra reina tiene de nosotros es casi tan mala como la de sus dragones.

—Tengo algunas ideas. —Grag empezaba a entusiasmarse con el plan—. Ideas sobre cómo los dragones y los draconianos pueden colaborar de forma que los humanos no pueden. Podría hablar con su majestad, si quieres. Creo que cuando le explique...

—¡Sí, hazlo! —apremió el aurak, contento de quitarse aquel peso de encima.

A los bozak se los conocía por su profunda devoción a la diosa. Si Takhisis prestaba oídos a alguien, sería a Grag.

Dray-yan retomó el tema original de la conversación.

—Así que los humanos escaparon. ¿Cómo ocurrió tal cosa?

—Mis soldados intentaron detenerlos —contestó a la defensiva el comandante, que tenía la impresión de que le estaba echando la culpa—.

Éramos muy pocos. La dotación de esta fortaleza está muy por debajo de lo que haría falta. Requerí repetidamente que me trajeran más tropas, pero su señoría dijo que hacían falta en otros lugares. Unos guerreros humanos, dirigidos por un maldito caballero solámnico y una elfa, rechazaron a mis tropas mientras otros humanos saqueaban el almacén de suministros y se llevaban todo lo que pudieron cargar en carretas robadas. Tuve que dejarlos ir. No disponía de soldados suficientes para que los persiguieran.

—Los humanos tienen que viajar hacia el sur, una ruta que los llevará a las montañas Kharolis. Estando el invierno a las puertas, habrán de hallar refugio y alimento. ¿Cuántos han escapado?

—Unos ochocientos. Los que trabajaban en las minas. Hombres, mujeres, niños.

—Ah, llevan niños con ellos. —Dray-yan parecía complacido—. Eso los hará ir más despacio. Podemos actuar sin precipitación, comandante, perseguirlos cuando nos venga bien.

—¿Y qué pasa con las minas? El ejército necesita acero. Al emperador le disgustará que se cierren las minas.

—Tengo algunas ideas sobre ese asunto. En cuanto a los humanos...

—Por desgracia ahora tienen cabecillas —se quejó Grag—. Líderes inteligentes, no como esos temblorosos viejos idiotas, los Buscadores. Los mismos cabecillas que planearon la revuelta de los esclavos y combatieron y mataron a su señoría.

—Eso fue suerte, no destreza —manifestó el aurak, desdeñoso—. Vi a esos que llamas líderes: un mestizo elfo, un mago enfermo y un bárbaro salvaje. Los otros eran incluso menos dignos de prestarles atención. No creo que tengamos que preocuparnos por ellos demasiado.

—Hemos de perseguir a los humanos —insistió Grag—. Tenemos que encontrarlos y traerlos de vuelta, no sólo por el trabajo en las minas. Hay algo en ellos que es de vital importancia para su Oscura Majestad. Me ha ordenado ir tras ellos.

—Sé de qué se trata —contestó Dray-yan con aire triunfante—. Verminaard lo tenía puesto en sus notas. La reina teme que puedan

descubrir algún tipo de artefacto enmohecido, un martillo o algo por el estilo. Se me ha olvidado cómo se llama.

Grag sacudió la cabeza. No le interesaban los artefactos.

»Los perseguiremos, Grag, te lo prometo —dijo el aurak—. Traeremos de vuelta a los hombres para que trabajen en las minas, aunque no nos tomaremos esa molestia con las mujeres y los niños. Sólo ocasionan problemas. Nos limitaremos a deshacernos de ellos...

—No de todas las mujeres. Mis soldados necesitan divertirse un poco... —comentó Grag en tono lascivo.

Dray-yan hizo una mueca de asco. Consideraba repulsiva la lujuria antinatural que algunos draconianos sentían por las hembras humanas.

—Mientras tanto, en el mundo tienen lugar otros acontecimientos más importantes sucesos que podrían tener repercusiones para la guerra y para nosotros.

Dray-yan sirvió una copa de vino a Grag, hizo que éste se sentara frente al escritorio y le acercó uno de los montones de papeles.

—Repasa tú estos documentos. Sobre todo presta atención cuando se hable de un sitio llamado Thorbardin.

1

El conjuro para la tos Infusión caliente Las gallinas no son águilas

Con cansancio, Raistlin Majere se arrebujó en una manta y se tendió en el suelo de tierra de la cueva, oscura como boca de lobo, e intentó conciliar el sueño. Casi de inmediato se puso a toser. Esperó que fuera un corto ataque de tos, como ocurría a veces, y que se le pasara pronto, pero la sensación de opresión en el pecho no cesó. Por el contrario, la tos empeoró. Se sentó derecho y respiró con esfuerzo mientras un regusto a hierro le llenaba la boca. Buscó a tientas el pañuelo y se lo llevó a los labios. En la profunda oscuridad de la pequeña cueva no podía verlo, pero tampoco era necesario. Sabía muy bien que cuando retirara el pañuelo la tela tendría manchas rojas.

Raistlin era un hombre joven, de poco más de veinte años, pero a veces se sentía como si hubiese vivido un siglo y cada uno de esos años le hubiera pasado factura. La salud se le había hecho añicos en cuestión de instantes, durante la temida Prueba en la Torre de la Alta Hechicería. Había entrado en esa prueba como un hombre joven, físicamente débil, quizá, pero relativamente sano. Había salido de ella como un viejo y con la salud irreparablemente dañada; el cabello, castaño rojizo, se había vuelto blanco; la tez tenía un brillo dorado; su sentido de la vista era una maldición.

La generalidad de las personas se horrorizaba. Una prueba que dejaba a un joven lisiado no tenía nada prueba, argumentaban. Era una tortura sádica. Los sabios hechiceros sabían a qué atenerse. La magia era una fuerza muy poderosa, un regalo de los dioses de la magia, y una fuerza tan poderosa conllevaba una responsabilidad pareja. En el pasado, ese poder se había empleado mal. Hubo un tiempo en el que los hechiceros habían estado a punto de destruir el mundo. Los dioses de la magia habían intervenido y habían establecido reglas y leyes para hacer uso de la magia, y ahora sólo se permitía manejarla a aquellos mortales capaces de asumir tal responsabilidad.

Todos los magos que deseaban avanzar en su profesión tenían que pasar una prueba que les preparaban los hechiceros más poderosos de la Orden. A fin de asegurarse de que todos los magos que se presentan a esa prueba eran serios con su arte, las Ordenes de la Alta Hechicería habían decretado que el mago debía estar dispuesto a jugársela vida en el resultado. El fracaso significaba la muerte. Ni siquiera quienes tenían éxito lo lograban sin sacrificio. La Prueba estaba pensada para enseñar al mago algo sobre sí mismo.

Raistlin había aprendido muchísimo acerca de su persona, más de lo que habría querido llegar a saber. Había cometido un acto terrible en aquella Torre, un acto que horrorizaba a una parte de su ser, pero había otra parte que sabía muy bien que volvería a hacer lo mismo. No había sido un episodio real, aunque a él se lo había parecido en aquel momento ¡y cómo! La Prueba consistía en situar al mago en un mundo de ilusión. Las elecciones que hacía en ese mundo lo afectarían el resto de su vida... Incluso podían costarle la vida.

El terrible acto cometido por Raistlin tenía que ver con su hermano gemelo, Caramon, que había sido testigo aterrado de la escena. Los dos no hablaban nunca de lo ocurrido, pero la certeza de saberlo estaba siempre presente y arrojaba una sombra sobre ellos.

La Prueba de la Torre estaba preparada para que el mago descubriera más cosas sobre sus puntos fuertes y sus puntos débiles a fin de que mejorara. De ahí el castigo. De ahí la recompensa. En el caso de Raistlin el

castigo había sido severo: la pérdida de la salud y una maldita anomalía en la vista. Había salido de la Prueba con las pupilas en forma de reloj de arena. Para que aprendiera humildad y compasión, veía el paso del tiempo acelerado; allí donde posara la vista, ya fuera una hermosa doncella o una manzana recién cogida del árbol, todo se marchitaba con la huella dejada por el tiempo mientras lo contemplaba.

Sin embargo, la recompensa lo merecía. Raistlin tenía poder ahora, un poder que asombraba, maravillaba y asustaba a quienes mejor conocían al joven mago. Par-Salian, jefe del Cónclave, le había entregado a Raistlin el Bastón de Mago, un artefacto excepcional y valioso. Aun ahora, mientras se doblaba por el ataque de tos, Raistlin alargó la mano para tocar el cayado. Su presencia lo reconfortaba, lo tranquilizaba. Merecía la pena su sufrimiento. El mágico bastón había sido creado por Magius, uno de los hechiceros mejor dotados de la historia. Ya hacía unos años que Raistlin tenía el bastón en su poder y aún no conocía los poderes del cayado en toda su extensión.

Volvió a toser, una tos que parecía que le desgarraba carne y huesos. El único remedio para esos ataques era una mezcla especial de hierbas en infusión. Tenía que tomarse caliente para que hiciera más efecto. La cueva que era su casa actual no tenía hoyo para lumbre ni medios para calentar agua. Raistlin habría tenido que abandonar la calidez de las mantas y salir en plena noche para buscar agua caliente.

Lo normal habría sido tener a Caramon a mano para que se ocupara de ir a buscar el agua y prepararle la infusión. Pero su hermano no estaba con él. Sano y robusto, con un corazón tan grande como su cuerpo y de espíritu generoso, el gemelo de Raistlin andaba por alguna parte allí fuera, en la noche, bailando alegremente con los otros invitados a la boda de Riverwind y Goldmoon.

Ya era tarde, bien pasada la medianoche, pero Raistlin aún oía las risas y la música de la celebración. Estaba enfadado con Caramon por abandonarlo y perderse por ahí a divertirse con alguna chica —Tika Waylan, probablemente— dejando que su hermano enfermo se las apañara solo.

Medio ahogado por la tos, Raistlin intentó ponerse de pie y casi se desplomó. Se agarró a una silla, se sentó en ella y apoyó, desmadejado, la cabeza en la tosca mesa que Caramon había improvisado con las tablas de una caja.

—¡Raistlin! —llamó una voz alegre desde fuera—, ¿Estás dormido? ¡Tengo que preguntarte una cosa!

—¡Tas! —intentó pronunciar el nombre del kender, pero otro espasmo de tos lo interrumpió.

—Oh, bien, estás despierto —continuó la voz alegre al oírlo toser.

Tas —diminutivo de Tasslehoff— Burrfoot entró en la cueva dando brincos. Al kender le habían repetido hasta la saciedad que en una sociedad educada uno siempre llamaba a la puerta (o, en este caso, la mampara de ramas entretejidas que tapaba la entrada a la cueva) y esperaba a que lo invitaran a pasar antes de entrar. Tas tenía dificultades para adaptarse a esa costumbre, que no era una norma en la sociedad kender, donde las puertas se cerraban al mal tiempo y a los trasgos gigantes (y a veces ni siquiera a los trasgos, cuando resultaban interesantes). De modo que, cuando Tas se acordaba de llamar, por lo general lo hacía y entraba casi de forma simultánea si el ocupante tenía suerte. De otro modo, entraba antes y luego se acordaba de llamar, que fue lo que pasó en esta ocasión.

Tas retiró la mampara y se deslizó ágilmente al interior de la cueva llevando consigo la intensa luz de un farol.

—Hola, Raistlin —saludó. Se acercó al joven mago y metió una mano mugrienta y el farol debajo de la nariz de Raistlin—, ¿Qué clase de pluma es ésta?

La raza kender era pequeña, y todo el mundo —excepto los enanos— decía que estaba emparentada con la raza enana. Los kenders desconocían el miedo y tenían debilidad por las ropas de colores chillones, los saquillos de cuero y coleccionar objetos interesantes para guardarlos en esos saquillos. La kender era una raza optimista y, por desgracia, una raza con tendencia a ser ligera de manos. Llamar ladrón a un kender sería usar un término equivocado. Los kenders nunca tenían intención de robar. Tomaban las cosas prestadas y siempre con la más firme intención de devolver lo que

habían cogido. Sin embargo, sería difícil persuadir a una persona corta de miras de que eso era cierto, sobre todo si acababa de encontrar la mano de un kender en su bolsillo.

Tasslehoff era un buen ejemplo de su raza. Rondaba el metro veinte de estatura, dependiendo de lo alto que llevara el copete ese día. Estaba muy orgulloso de su copete y a menudo se lo adornaba, como había hecho esa noche, que se había puesto varias hojas de arce rojas. Miraba a Raistlin con una gran sonrisa, chispeantes los ojos ligeramente rasgados y las orejas puntiagudas temblándole de emoción.

Raistlin le dirigió una mirada fulminante y tan furiosa como fue capaz de poner, dado que estaba cegado por la repentina luz y medio asfixiado por la tos. Alargó la mano, asió al kender por la muñeca y apretó.

—¡Agua caliente! —pidió con voz ahogada—. ¡Infusión!

—¿Infusión? —repitió Tas, que sólo había entendido eso último—. No, gracias, acabo de comer.

Raistlin tosió en el pañuelo, que retiró de los labios enrojecidos con manchas de sangre. Volvió a asestar otra mirada furibunda a Tas, y esta vez el kender lo pilló.

—¡Ah, eres tú el que quiere una infusión! La que Caramon te prepara siempre para la tos. Caramon no está para prepararla y tú no puedes porque estás tosiendo. Lo que significa... —Tas vaciló. No quería interpretar mal las cosas.

Raistlin señaló con la mano temblorosa hacia la taza vacía que había en la mesa.

»¡Quieres que vaya por agua! —Tas dio un brinco—. ¡No tardaré ni un minuto!

El kender salió a todo correr y dejó la mampara de ramas abierta, de manera que el aire frío entró en la cueva e hizo temblar a Raistlin. El mago se echó la manta por los hombros y sufrió otro ataque de tos.

Tas volvió en seguida.

—Se me olvidaba la taza.

—Cierra la... —intentó advertir Raistlin, pero no logró hablar lo bastante de prisa. El kender había desaparecido ya y la mampara siguió

abierta.

El mago escudriñó la noche. El sonido de la diversión era más fuerte ahora. Distinguía la luz de las hogueras y las siluetas de gente que bailaba. Los novios, Riverwind y Goldmoon, ya se habrían retirado a su lecho nupcial a esas alturas. Estarían uno en brazos del otro; su amor correspondido, sus pruebas, sus aflicciones y penalidades, su largo y oscuro viaje juntos culminaban en ese momento de gozo.

Raistlin pensó que sólo sería eso, un momento, una chispa que irradiaría un instante antes de que el destino funesto que se aproximaba veloz la apagara violentamente. Era el único con cerebro para verlo. Incluso Tanis el Semielfo, que tenía más sentido común que la mayoría de esa pandilla, se había dejado embaucar por aquella falsa sensación de paz y seguridad.

—La Reina de la Oscuridad no está vencida —le había dicho a Tanis no hacía muchas horas.

—Puede que no hayamos ganado la guerra —había contestado Tanis—, pero desde luego hemos ganado una importante batalla...

Raistlin había sacudido la cabeza ante tamaña tontería.

—¿No crees que hay esperanza? —había preguntado Tanis.

—La esperanza es una negación de la realidad —había sido su respuesta—. Es la zanahoria que se agita ante el caballo de tiro para que siga avanzando, luchando en vano por alcanzarla.

Se sentía bastante orgulloso de aquella imagen literaria y sonrió al recordarlo. Otro golpe de tos le borró la sonrisa e interrumpió sus pensamientos. Cuando se recobró, volvió a mirar fijamente hacia el exterior en un intento de localizar al kender a la luz de la luna. Raistlin dependía de una persona de poco fiar y lo sabía. Era más que probable que el cabeza de chorlito del kender se distrajera con cualquier cosa y se olvidara de él por completo.

—En cuyo caso estaré muerto por la mañana —murmuró el mago. Su irritación con Caramon aumentó. De nuevo sus pensamientos volvieron a la conversación que había tenido con Tanis.

—¿Estás diciendo que deberíamos rendirnos? —le había preguntado el semielfo.

—Lo que digo es que deberíamos tirar la zanahoria y avanzar con los ojos bien abiertos —le había contestado—. ¿Cómo vas a luchar contra los dragones, Tanis? ¡Porque habrá más! ¡Más de los que puedas imaginar! ¿Y dónde está ahora Huma? ¿Dónde está la legendaria Dragonlance?

El semielfo no tenía respuesta a esas preguntas, pero los comentarios de Raistlin le habían impresionado. Se había marchado para reflexionar sobre ellos y, ahora que la boda ya había pasado, quizá se podía hacer que la gente mirara sin tapujos la cruda realidad de su situación. El otoño estaba acabando. El viento frío que soplaba por la puerta, procedente de las montañas, presagiaba los meses invernales que se avecinaban.

Raistlin sufrió otro ataque de tos y cuando alzó la cabeza se encontró con el kender.

—Ya estoy aquí —anunció Tasslehoff alegre e innecesariamente—. Siento haber tardado, pero es que no quería derramar nada.

Soltó la taza humeante en la mesa con todo cuidado y después miró a su alrededor buscando el saquillo de la mezcla de hierbas. Lo vio en el suelo, cerca, lo recogió y lo abrió de un tirón.

—¿Tengo que echar todo lo que hay en la bolsa y...?

Raistlin le arrebató bruscamente las preciadas hierbas. Con cuidado, sacudió el saquillo para echar unas pocas en el agua caliente y las observó con intensidad mientras giraban hasta posarse finalmente en el fondo de la taza. Cuando el agua se puso de un color oscuro y el penetrante y acre olor impregnó el aire, Raistlin tomó la taza entre las manos temblorosas y se la llevó a los labios.

La infusión había sido un regalo del archimago, Par-Salian; un regalo para aliviar su mala conciencia, era lo que siempre había pensado Raistlin. La cocción calmante bajó por la garganta del mago y casi de inmediato cesaron las toses espasmódicas. La sensación asfixiante, como si tuviera telarañas en los pulmones, desapareció. Raistlin inhaló profundamente.

—Eso huele como el picnic de un enano gully —dijo Tas mientras se frotaba la nariz—. ¿Seguro que te mejora?

Raistlin, deleitándose con el calor, se tomó la infusión a sorbos.

—Ahora que puedes hablar —prosiguió Tas—, quiero hacer una pregunta sobre esta pluma. ¿Dónde la he dejado...?

El kender se puso a buscar en los bolsillos de la zamarra.

Raistlin lo miró con frialdad.

—Estoy agotado y me gustaría volver a acostarme, pero supongo que no podré librarme de ti, ¿verdad?

—Fui a buscarte el agua caliente —le recordó Tas, que de repente pareció preocupado—. No tengo mi pluma.

Raistlin suspiró fuerte y observó cómo el kender seguía rebuscando en los bolsillos decorados con trencilla dorada que había tomado «prestada» de una capa ceremonial que se había encontrado en algún sitio. Al no hallar lo que buscaba, Tas se puso a rebuscar en los bolsillos de los pantalones amplios y después siguió con las botas. Raistlin no tenía energías para hacerlo o, de otro modo, habría sacado al kender a la fuerza.

—Es por esta zamarra nueva —protestó Tas—. Nunca sé dónde encontrar las cosas.

Había desechado la ropa que antes llevaba por un conjunto totalmente nuevo que había reunido durante las pasadas semanas de lo que descartaban los refugiados de Pax Tharkas, con los que viajaba en la actualidad.

Los refugiados habían sido esclavos, obligados a trabajar en minas de hierro para el Señor del Dragón Verminaard, que había muerto en una revuelta dirigida por Raistlin y sus amigos. Habían liberado a los esclavos y habían huido con ellos hacia la región montañosa, al sur de Pax Tharkas. Aunque costara creerlo, aquel molesto kender, Tasslehoff Burrfoot, había sido uno de los héroes de la revuelta. Él y el viejo y atolondrado mago, que se daba a sí mismo el pomposo nombre de Fizban el Fabuloso, habían puesto en marcha, inadvertidamente, el mecanismo que dejó caer cientos de toneladas de rocas en el paso de montaña que daba paso a Pax Tharkas, lo que impidió que el ejército de draconianos entrara en la fortaleza para sofocar la revuelta.

Verminaard había muerto a manos de Tanis y de Sturm Brightblade. La espada mágica del legendario rey elfo Kith-Kanan y la espada heredada del Caballero de Solamnia, Sturm Brightblade, atravesaron la armadura del

Señor del Dragón y se hundieron profundamente en el cuerpo del hombre. Sobre sus cabezas, los dos Dragones Rojos combatían y ambos murieron. La sangre de los reptiles había caído como una lluvia espantosa sobre los aterrados espectadores.

Tanis y los demás habían actuado con rapidez para controlar la caótica situación. Algunos esclavos querían cobrarse venganza de los monstruosos draconianos que habían sido sus amos. Conscientes de que su única esperanza de sobrevivir era la huida, Tanis, Sturm y Elistan habían convencido a los hombres y las mujeres de que tenían una oportunidad como caída del cielo para escapar y conducir a sus familias a un lugar seguro.

Tanis había organizado los grupos de trabajo. Las mujeres y los niños habían reunido todas las provisiones que pudieron encontrar. Cargaron comida, mantas, herramientas y todo lo que creyeron que necesitarían en su viaje a la libertad en las carretas utilizadas para transportar el mineral desde las minas.

El enano, Flint Fireforge, que había nacido y crecido en aquellas montañas, se había puesto al frente de exploradores de los Hombres de las Llanuras que había entre los esclavos y emprendieron una expedición al sur en busca de un refugio seguro para los refugiados. Habían descubierto un valle cobijado entre los picos de las Kharolis. Las cumbres de las montañas ya estaban blancas por la nieve, pero el valle, situado mucho más abajo, seguía verde y exuberante, con las hojas apenas tocadas por los rojos y dorados del otoño. Había caza en abundancia y arroyos claros se cruzaban y entrelazaban por el valle. Las estribaciones de las montañas eran un enjambre de cuevas que se podían usar como casas, almacenes y refugio en caso de sufrir ataques.

En aquellos primeros días, los refugiados esperaban que los dragones los atacaran en cualquier momento, perseguidos por los horribles hombres-dragón conocidos como draconianos. Y podrían haberlos perseguido sin dificultad, ya que el ejército de los draconianos estaba capacitado para escalar el paso que conducía al valle. Sorprendentemente, había sido idea

del gemelo de Raistlin, Caramon, bloquear el paso provocando una avalancha.

Y había sido la magia de Raistlin —un devastador conjuro de rayos que había aprendido en un libro de hechizos encuadernado en azul oscuro que había conseguido en la ciudad hundida de Xak Tsaroth— lo que había provocado el atronador chasquido que sacudió y soltó la nieve acumulada y que arrastró peñascos hasta el paso. Encima de la avalancha había caído más nieve, había nevado día y noche durante varias jornadas, de forma que el paso quedó taponado con ella al poco tiempo. Ningún ser —ni siquiera los hombres-lagarto con sus garras y sus alas— podría entrar ahora en el valle.

Los días habían transcurrido con pacífica tranquilidad para los refugiados y la gente se relajó. Las hojas rojas y doradas cayeron al suelo y se pusieron marrones. El recuerdo de los dragones y el terror de la cautividad se desvaneció. Seguros, cómodos y a salvo, los refugiados hablaban de pasar allí el invierno con idea de continuar el viaje hacia el sur cuando llegara la primavera. Hablaban de construir moradas permanentes. Hablaron de dismantelar las carretas y usar la madera para levantar toscas cabañas o construir edificios con piedras y barro en los que estarían calientes cuando las frías lluvias y las nieves del invierno llegaran finalmente al valle.

Raistlin frunció la boca en una mueca de desprecio.

—Me voy a acostar —dijo.

—¡La encontré! —gritó Tasslehoff, que en el último instante recordó que había ensartado la pluma en lugar seguro: su copete de cabello castaño.

El kender se sacó la pluma del pelo y, contemplándola con sobrecogimiento, la sostuvo en la palma de la mano como si se tratara de la más preciada joya.

Raistlin le dedicó una mirada desdeñosa.

—Es una pluma de gallina —precisó.

Se levantó de la silla, recogió los vuelos de la larga túnica de color rojo alrededor del consumido cuerpo y regresó al jergón extendido en el suelo de tierra.

—Ah, eso me parecía —susurró en voz queda Tasslehoff.

—Cierra la puerta cuando salgas —ordenó el mago, que se tendió en el jergón, se arrebujó en la manta y cerró los ojos.

Se estaba quedando dormido cuando una mano lo sacudió por el hombro y lo despertó.

—¿Qué? —espetó Raistlin.

—Esto es muy importante —dijo Tas en tono solemne mientras se inclinaba sobre el mago, al que echó en la cara el aliento a ajo de la cena—. ¿Las gallinas vuelan?

Raistlin cerró los ojos. Quizá sólo era una pesadilla.

—Sé que tienen alas —continuó Tas— y sé que los gallos pueden revolotear para posarse en el tejado del gallinero y cantar cuando sale el sol, pero lo que me pregunto es si las gallinas son capaces de volar muy alto, como las águilas. Porque, verás, resulta que esta pluma llegó flotando del cielo y miré hacia arriba pero no vi que pasara ninguna gallina volando, y entonces caí en la cuenta de que nunca había visto volar a las gallinas...

—¡Sal de aquí! —gruñó Raistlin, que alargó la mano hacia el Bastón de Mago que yacía junto al jergón—. O no respondo de que no te...

—Me conviertas en un sapo y me des de merienda a una serpiente. Sí, ya lo sé. —Tas suspiró y se puso de pie—. En cuanto a las gallinas...

Raistlin sabía que el kender no lo dejaría en paz ni siquiera con la amenaza de convertirlo en sapo, algo que, por otro lado, no tenía fuerzas para hacer.

—Las gallinas no son águilas. No pueden volar —dijo.

—¡Gracias! —exclamó alegremente Tasslehoff—. ¡Lo sabía! ¡Las gallinas no son águilas!

Apartó la mampara de ramas con brusquedad y, dejándola tirada en el suelo, se marchó sin llevarse el farol, cuya luz le daba de lleno a Raistlin en los ojos. El mago empezaba de nuevo a quedarse dormido cuando la vocecilla penetrante de Tas volvió a despertarlo.

—¡Caramon! ¡Ahí estás! —chilló Tas—. ¿A que no sabes qué? Las gallinas no son águilas. ¡No vuelan! Raistlin me lo ha dicho. ¡Aún hay esperanza, Caramon! Tu hermano se equivoca. No en lo de las gallinas, sino

en lo de la esperanza. ¡Esta pluma es una señal! Fizban lanzó un conjuro al que llamaba «caída de pluma» para salvarnos cuando nos precipitamos desde la cadena y se suponía que debíamos caer como plumas, pero en cambio lo que pasó fue que cayeron montones de plumas... Plumas de gallina. Las plumas me salvaron, aunque a Fizban no.

La voz del kender se apagó para dar paso a un gimoteo al recordar a su tristemente fallecido amigo.

—¿Has estado molestando a Raist? —demandó Caramon.

—¡No, lo he estado ayudando! —repuso Tas, enorgullecido—. La tos lo ahogaba hasta casi matarlo, como le pasa siempre, ya sabes. ¡Tenía sangre en los labios al toser! Lo salvé. Corrí a buscar el agua que usa para prepararse esa porquería que se toma y que huele tan mal. Ahora está mejor, así que no tienes que preocuparte. Caramon, ¿es que no quieres que te cuente lo de las plumas de...?

Al parecer, Caramon no quería, porque Raistlin oyó el ruido de las pesadas botas que calzaba su gemelo cuando éste echó a correr hacia el cobertizo.

—¡Raist! —llamó Caramon con tono nervioso—. ¿Te encuentras bien?

—No gracias a ti —masculó el mago, que se arrebujó más en la manta y mantuvo los ojos cerrados. Podía ver a Caramon muy bien sin necesidad de mirarlo.

Grande, musculoso, ancho de hombros, sonrisa pronta, campechano, apuesto... Su hermano era amigo de todo el mundo y el preferido de todas las chicas.

—Me has dejado abandonado a los cuidados de un kender mientras tú andabas por ahí achuchándote con esa exuberante Tika —le reprochó Raistlin.

—No hables de ella así, Raist —pidió Caramon con un leve timbre cortante en su voz, por lo general afable—. Tika es una buena chica. Estuvimos bailando, nada más.

Raistlin gruñó.

Caramon siguió plantado en el mismo sitio, apoyando el peso ora en un pie, ora en otro.

—Siento no haber estado aquí para prepararte la infusión —dijo al cabo, con remordimiento—. No me di cuenta de que era tan tarde. ¿Quieres que...? ¿Necesitas que te traiga algo? ¿O que haga algo?

—¡Puedes dejar de parlotear, cerrar esa pobre imitación de puerta y apagar esa maldita luz!

—Sí, Raist, claro. —Caramon recogió la mampara de ramas entretejidas y volvió a colocarla en su sitio. Apagó de un soplo la vela que había dentro del farol y se desnudó a oscuras.

Intentó no hacer ruido, pero el hombretón —musculoso y sano en contraste con su débil gemelo— tropezó con la mesa, tiró la silla y, a juzgar por el juramento que soltó, se golpeó en la cabeza con la pared de la cueva mientras buscaba a tientas su jergón.

Raistlin rechinó los dientes y esperó, sumido en un silencio iracundo, a que Caramon acabara de acomodarse. Poco después su hermano roncaba y Raistlin, a pesar de lo rendido que estaba, yació despierto, incapaz de conciliar el sueño.

Se quedó mirando la oscuridad, que no lo cegaba del todo como a su gemelo y a todos los demás. Sus ojos seguían abiertos a lo que vivía en ella.

—¡Plumas de gallina! —masculló con mordacidad y empezó a toser de nuevo.

2

Amanecer de un nuevo día *La añoranza del hogar*

Tanis el Semielfo se despertó con resaca; lo curioso era que no había bebido nada. Su resaca no era resultado de pasar la noche de regocijo, bailando y bebiendo demasiada cerveza, sino de estar la mitad de la noche despierto y preocupado en su jergón.

La víspera había abandonado el festejo de la boda temprano. El espíritu de celebración le rechinaba en el alma. La música fuerte le provocaba una mueca de dolor y lo hacía mirar hacia atrás, temeroso de que estuvieran revelando su posición a sus enemigos. Deseaba decirles a los músicos que golpeaban y soplaban los toscos instrumentos que no tocaran tan alto. Había ojos que espiaban en la oscuridad, oídos que escuchaban. Finalmente había buscado a Raistlin, al encontrar la compañía del cínico y sombrío mago más acorde con sus propios pensamientos negros y pesimistas.

También lo había pagado. Cuando por fin consiguió dormirse, soñó con caballos y zanahorias, y que era una bestia de tiro que daba vueltas y más vueltas en un círculo sin fin siguiendo en vano la zanahoria que nunca podría alcanzar.

—Primero, la zanahoria es la Vara de Cristal Azul —dijo con resentimiento mientras se frotaba la dolorida frente—. Teníamos que

ponerla a salvo para que no cayera en malas manos. Lo hicimos, y entonces dijeron que eso no era suficiente. Tuvimos que viajar a Xak Tsaroth para encontrar el mayor regalo de una deidad, los sagrados Discos de Mishakal, sólo para descubrir que somos incapaces de leerlos. Así que tuvimos que buscar a la persona que podía hacerlo y, mientras tanto, nos fuimos metiendo cada vez más en esta guerra... ¡Una guerra que ninguno de nosotros sabía que estaba teniendo lugar!

—Sí, claro que lo sabías —gruñó un bulto más bien grande y apenas distinguible en la penumbra del alba que empezaba a colarse entre las mantas que tapaban la boca de la cueva—. Habías viajado lo suficiente, habías visto lo suficiente, habías oído lo suficiente para saber que se avecinaba una guerra, sólo que no querías admitirlo.

—Lo siento, Flint, no era mi intención despertarte. No me di cuenta de que hablaba en voz alta.

—Eso es síntoma de locura, ¿sabes? —rezongó el enano—. Hablar consigo mismo, quiero decir, así que no lo cojas por costumbre. Y ahora, vuelve a dormirte antes de que despiertes al kender.

Tanis echó un vistazo al otro bulto tendido en el lado opuesto de la cueva, que más que cueva era un agujero excavado en la montaña. Flint, que de todos modos se había mostrado reacio a compartir su cueva con el kender, había relegado a Tas a un rincón apartado. Sin embargo, Tanis no quería perder de vista al kender y finalmente convenció al enano para que permitiera a Tas compartir su habitáculo.

—Creo que podría gritar y no lo despertaría —dijo el semielfo, sonriente.

El kender dormía el sueño plácido e inocente de los niños y de los perros. Muy a la manera de estos últimos, Tas rebullía y resoplaba en el jergón mientras los pequeños dedos se movían como si hasta en sueños estuviera examinando todo tipo de cosas curiosas y maravillosas. Los preciados saquillos de Tas, que contenían su tesoro de valiosos objetos «tomados prestados», yacían esparcidos a su alrededor. Uno de ellos lo usaba de almohada.

Tanis tomó nota de echar un vistazo a esos saquillos a lo largo del día, cuando Tas hubiera salido a una de sus excursiones. El semielfo registraba de forma regular las posesiones del kender en busca de objetos que la gente había «extraviado» o había «dejado caer». Tanis les devolvía esos objetos a sus propietarios, quienes los recibían de muy mal humor y le decían que habría que hacer algo respecto a las raterías del kender.

Puesto que los kenders habían sustraído cosas desde el día que el paso de la Gema Gris los había creado (si se daba crédito a las viejas leyendas), poco podía hacer Tanis para impedirselo, salvo llevar al kender a lo alto de la montaña y tirarlo de un empujón, que era la solución al problema preferida de Flint.

Tanis salió de debajo de su manta y, moviéndose tan en silencio como le era posible, abandonó el refugio. Tenía que tomar una decisión importante ese día y, si se quedaba en el jergón tratando de volver a dormirse, lo único que haría sería dar vueltas sin parar mientras pensaba en ello, además de arriesgarse a recibir otra reprimenda de Flint. A pesar del frío de la madrugada —y el invierno se hacía notar ya en el aire, sin la menor duda— Tanis decidió ir a quitarse de la mente la idea de las zanahorias dándose un baño en el arroyo.

Su cueva era una de las muchas que salpicaban la ladera de la montaña como un sarpullido. Los refugiados de Pax Tharkas no eran las primeras personas que habitaban esas cuevas. Las pinturas en las paredes de algunas indicaban que pueblos antiguos habían vivido allí antes. Las escenas representaban cazadores con arcos y flechas, así como animales que parecían ciervos si bien eran unos cuernos afilados los que les adornaban la testa, en lugar de las cuernas ramosas de los venados. En algunas se veían criaturas aladas. Enormes criaturas que expulsaban fuego por la boca. Dragones.

Se quedó parado un momento en la cornisa que había delante de la cueva y contempló el valle que se extendía a sus pies, allá abajo. No veía el arroyo; el valle estaba envuelto en una niebla baja que se levantaba del agua. El sol alumbraba el cielo, pero todavía no había salido por encima de

las montañas, de modo que el valle permanecía arropado en su manto de bruma, en apariencia tan reacio a despertarse como el viejo enano.

Mientras bajaba de la zona rocosa al húmedo tapiz de hierba bajo la penumbra de la niebla y se encaminaba hacia el arroyo flanqueado por árboles, Tanis pensó que era un lugar bello.

Las hojas rojizas de los arces y las doradas de los castaños y los robles ofrecían un colorido contraste con el verde oscuro de los pinos, del mismo modo que el gris de las piedras de la montaña contrastaba con el puro e intenso blanco de las recientes nevadas. Vio el rastro de animales de caza en la embarrada trocha que conducía al arroyo. En el suelo había nueces caídas y las bayas colgaban, relucientes, de las ramas de los arbustos.

—Podríamos quedarnos en este valle durante los meses invernales —dijo Tanis, de nuevo hablando en voz alta. Resbaló y se deslizó por la ribera hasta llegar al borde de la corriente profunda y rápida—. ¿Qué mal puede haber en eso? —preguntó a su reflejo en el agua.

El rostro que lo contemplaba sonrió en respuesta. Por sus venas corría sangre elfa, pero nadie lo habría pensado al verlo. Laurana lo acusaba de ocultarlo. Bueno, a lo mejor era verdad; eso le hacía la vida más fácil. Se rascó la barba que a ningún elfo le crecería. El largo cabello le tapaba las orejas ligeramente puntiagudas. Su cuerpo no tenía la esbelta delicadeza de la constitución elfa, sino la corpulencia de las hechuras humanas.

Quitándose la túnica de suave cuero, los calzones y las botas, Tanis se metió en el frío arroyo y se echó agua en el pecho y en la nuca. Después, conteniendo la respiración, se dio un chapuzón. Salió resoplando y echando agua por la nariz y la boca y con una sonrisa de oreja a oreja por la cosquilleante sensación que le recorría todo el cuerpo. Ya se sentía mejor.

Después de todo ¿por qué no podían quedarse allí?

—Las montañas nos protegen de los vientos fríos. Tenemos víveres suficientes para que nos duren todo el invierno, si tenemos cuidado. —Tanis lanzó agua al aire, como un niño que jugara—. Estamos a salvo de nuestros enemigos...

—¿Durante cuánto tiempo?

Tanis, que creía encontrarse solo, casi salió del agua de un brinco cuando oyó la otra voz.

—¡Riverwind! —exclamó mientras se daba la vuelta y miraba al hombre alto plantado de pie en la orilla—. ¡Me has dado un susto que me has quitado seis años de vida!

—Puesto que eres semielfo y tu esperanza de vida se calcula en varios cientos de años, seis no parecen muchos para que te preocupes por eso —comentó Riverwind.

Tanis observó al Hombre de las Llanuras de manera escrutadora. Riverwind no había visto a nadie con sangre elfa hasta que lo había conocido a él y, aunque Tanis era sólo medio humano y medio elfo, a Riverwind le parecía extraño, totalmente fuera de lo normal. Había habido ocasiones entre ambos en las que tal comentario sobre la raza de Tanis habría significado un insulto.

Sin embargo, el semielfo reparó en la afectuosa sonrisa que se reflejaba en los ojos castaños del Hombre de las Llanuras y respondió con otra igual. Riverwind y él habían pasado juntos por demasiadas cosas para que los viejos prejuicios perduraran. El fuego de los dragones había abrasado la desconfianza y el odio, y las lágrimas de alegría y de aflicción habían arrastrado las cenizas.

Tanis salió del arroyo y usó la túnica de fina piel para secarse antes de sentarse al lado de Riverwind, tiritando por el aire frío. El sol, que brillaba por una brecha entre las montañas, evaporó la niebla y lo hizo entrar en calor en seguida.

El semielfo miró a su amigo con una preocupación que estaba a medio camino entre fingida y en serio.

—¿Qué hace el novio levantado tan temprano a la mañana siguiente de su boda? No esperaba veros ni a ti ni a Goldmoon en varios días.

Riverwind siguió contemplando el agua. El sol le daba de lleno en el rostro. Era un hombre muy reservado; sus sentimientos y pensamientos íntimos eran suyos, personales y privados, no para compartirlos con cualquiera. El rostro atezado mostraba normalmente una máscara

inexpresiva, lo mismo que ese día, pero Tanis percibía un resplandor que emanaba de dentro.

—Mi gozo era demasiado grande para que cupiera dentro de unos muros de piedra —susurró el Hombre de las Llanuras—. Tenía que salir para compartirlo con la tierra y con el viento, con el agua y con el sol. Pero incluso el ancho y vasto mundo parece demasiado pequeño para contenerlo.

Tanis tuvo que mirar a otro lado. Se alegraba por Riverwind, pero también sentía envidia y no quería que se le notara. El mismo anhelaba un amor y un gozo así. Lo irónico era que podía tenerlos. Sólo tenía que borrar de su mente el recuerdo de un cabello oscuro y rizado, unos centelleantes ojos negros y una sonrisa encantadora y equívoca.

—Deseo lo mismo para ti, amigo mío —dijo Riverwind como si le hubiese leído el pensamiento—. Quizá tú y Laurana...

Dejó la frase sin terminar. Tanis sacudió la cabeza y cambió de tema.

—Hoy tenemos esa reunión con Elistan y los Buscadores. Quiero que tú y los tuyos asistáis. Hemos de decidir qué hacer, si nos quedamos aquí o nos marchamos.

Riverwind asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

»Sé que esto no podría ser más inoportuno —añadió Tanis, pesaroso—. Si hay alguien capaz de agriar la alegría es Hederick el Sumo Teócrata, pero hemos de tomar una decisión en seguida, antes de que empiecen las nevadas.

—Por lo que estabas diciendo ya has decidido que nos quedemos —adujo Riverwind—. ¿Es prudente hacerlo? Aún estamos muy cerca de Pax Tharkas y del ejército de los Dragones.

—Cierto —convino Tanis—, pero el paso entre Pax Tharkas y aquí está bloqueado con rocas y nieve. El ejército de los Dragones tiene mejores cosas que hacer que perseguirnos. Han de conquistar naciones y nosotros somos una chusma de antiguos esclavos...

—... que se les han escapado después de ponerles un ojo morado. —Riverwind giró la cabeza y clavó la intensa mirada en Tanis—. El enemigo tiene que perseguirnos. Si los pueblos que conquistan se enteran de que otros se quitaron los grilletes y se liberaron, empezarán a creer que también

pueden derrocar a sus amos. Los ejércitos de la Reina Oscura vendrán tras nosotros. Tal vez no sea en seguida, pero vendrán.

Tanis sabía que tenía razón. Sabía que Raistlin con su analogía sobre la zanahoria tenía razón. Quedarse allí era peligroso. Cada día que pasara podría ir acercando a sus enemigos. No quería admitirlo. Tanis el Semielfo había recorrido el mundo durante cinco años para buscarse a sí mismo. Pensó que lo había conseguido y a su vuelta descubrió que no era quien había creído ser.

Le habría gustado pasar un tiempo —aunque sólo fuera durante un corto período— en un lugar tranquilo al que pudiera llamar su hogar, un lugar donde pudiera reflexionar, comprender ciertas cosas. Una cueva compartida con un enano irascible y un kender ratero y en ocasiones muy irritante no era la idea que tenía de un hogar, pero comparado con la calzada le resultaba muy atractivo.

—Es un buen razonamiento, amigo mío, pero Hederick dirá que ésa no es la verdadera razón de que quieras marcharte —señaló Tanis—. Tú y los tuyos queréis regresar a vuestras tierras. Deseáis volver a las Llanuras.

—Queremos reclamar lo que es nuestro —dijo Riverwind—, lo que nos quitaron.

—No queda nada —murmuró Tanis con delicadeza al recordar el pueblo arrasado de Que-shu.

—Quedamos nosotros —arguyó Riverwind.

Tanis tuvo un escalofrío. El sol se había ocultado detrás de una nube, y el semielfo se había quedado helado. Llevaba tiempo temiéndose que el propósito de Riverwind fuera ése.

—De modo que tú y tu gente planeáis atacar sin ayuda de nadie.

—Aún no hemos decidido nada —repuso Riverwind—, pero ésa es la dirección en la que se dirigen nuestros pensamientos.

—Mira, Riverwind, sé que es mucho pedir, pero tus guerreros han sido una gran ayuda para nosotros. Estas personas no están acostumbradas a vivir así. Antes de que los hicieran esclavos eran tenderos, comerciantes, granjeros y zapateros remendones. Proceden de ciudades como Haven y

Solace y un montón más de villas y pueblos de toda Abanasinia. Nunca han tenido que vivir en lugares agrestes. No saben cómo hacerlo.

—Y durante siglos esos moradores de ciudades nos han despreciado —replicó el Hombre de las Llanuras—. Nos llaman bárbaros, salvajes.

«*Y tú me llamas semielfo*» pensó Tanis, aunque no lo dijo en voz alta.

—Cuando estuvimos prisioneros, todos dejamos a un lado los odios y los malentendidos. Trabajamos juntos para ayudarnos unos a otros a escapar. ¿Por qué sacar a relucir eso ahora?

—Porque los otros lo sacaron primero —repuso duramente Riverwind.

—Hederick —dijo Tanis, que suspiró—. Ese hombre es un asno, simple y llanamente. Tú lo sabes. Aunque gracias al hecho de que sea un asno os conocimos a Goldmoon y a ti.

—Cierto —convino Riverwind, que sonrió y su tono se suavizó al evocar la escena—. No lo he olvidado.

—Hederick se cayó en la chimenea. La Vara de Cristal Azul de Goldmoon lo sanó y a ese hombre sólo se le ocurrió empezar a gritar que era una bruja y volvió a meter la mano en el fuego, tras lo cual salió corriendo y llamó a la guardia. Eso deja claro la clase de majadero que es. No puedes hacer caso de las tonterías que dice.

—Otros lo hacen, amigo mío.

—Lo sé —admitió el semielfo, sombrío. Cogió un puñado de piedrecillas y empezó a tirarlas al agua de una en una.

—Hemos cumplido con nuestra parte —continuó Riverwind—. Ayudamos a explorar el terreno para encontrar este valle. Explicamos a vuestros tenderos cómo transformar cuevas en moradas. Les enseñamos a rastrear y a cobrar piezas de caza, a poner trampas y lazos. Les mostramos qué bayas eran comestibles y cuáles venenosas. Goldmoon, mi esposa —era la primera vez que utilizaba ese término y lo hizo con tierno orgullo—, ha curado a los enfermos.

—Están agradecidos, aunque no lo digan. Es posible que tú y los tuyos podáis cruzar las montañas y regresar a vuestra tierra sin peligro antes de que llegue lo peor del invierno, pero sabes tan bien como yo que es

arriesgado. Me gustaría que os quedaseis con nosotros. Tengo esa sensación en el estómago de que todos deberíamos permanecer juntos.

»Sé que aquí no podemos quedarnos —reconoció Tanis con un suspiro—. Sé que es peligroso. —Vaciló antes de continuar, consciente de cómo sería recibida su propuesta. Después, como si volviera a zambullirse en el agua fría, se lanzó—. Estoy seguro de que si encontramos el reino enano de Thorbardin...

—¡Thorbardin! ¿La plaza fuerte en la montaña de los enanos? —Riverwind frunció el entrecejo—. Ni siquiera consideraré la posibilidad.

—Pues deberías planteártelo. Oculto a gran profundidad bajo tierra, el reino enano sería el refugio perfecto para los nuestros. Podríamos quedarnos allí durante el invierno, a salvo bajo la montaña. Ni tan siquiera los ojos de los dragones podrían encontrarnos...

—¡También estaríamos a salvo enterrados en una tumba! —manifestó Riverwind con mordacidad—. Mi gente no irá a Thorbardin. No nos acercaremos a los enanos. Exploraremos y encontraremos nuestro propio camino. Después de todo, no llevamos niños con nosotros que nos retrasen.

Su semblante se ensombreció. Todos los niños de las tribus de las Llanuras habían perecido en el ataque de los draconianos a sus poblados.

»Ahora tenéis a Elistan con vosotros —prosiguió Riverwind—. Es un clérigo de Paladine, capaz de curar a los enfermos en ausencia de Goldmoon y de dar a conocer a vuestra gente el regreso de los dioses. Los míos y yo deseamos volver a casa. ¿Es que no lo entiendes?

Tanis pensó en su casa de Solace y se preguntó si seguiría en pie, si habría resistido al ataque del ejército de los Dragones. Le gustaba pensar que sí. Aunque no había pisado su casa hacía cinco años, saber que estaba allí, esperando para recibirlo, era un consuelo.

—Sí, claro que lo entiendo —contestó.

—Todavía no hemos tomado una decisión definitiva —apuntó Riverwind al ver abatido a su amigo—. Algunos de los nuestros creen como tú que deberíamos permanecer juntos, que hay seguridad en un grupo numeroso.

—Entre ellos, tu esposa —dijo Goldmoon, que se había acercado a los dos hombres por detrás.

Riverwind se puso de pie y se giró para recibir a su recién desposada mujer, que llegaba a él con el amanecer.

Goldmoon siempre había sido hermosa. El largo cabello como finas hebras de oro y plata, tan poco común entre su pueblo, siempre resplandecía a la media luz del alba. Como era habitual en ella, lucía las ropas de piel suave y flexible de su pueblo con una gracia y una elegancia que habrían envidiado las damas de Palanthas. Esa mañana hacía que el término «bella» sonara insignificante e inadecuado para describirla. Era como si a su paso la niebla se abriera y las sombras se disiparan.

—No estarías preocupada por mí, ¿verdad? —preguntó Riverwind con un atisbo de inquietud en la voz.

—No, esposo mío —contestó Goldmoon, que pareció recrearse amorosamente en esas palabras—. Sabía dónde encontrarte. —Alzó los ojos hacia el azul del cielo—. Sabía que estarías bajo el firmamento, aquí fuera, donde puedes respirar.

Ella tomó de las manos y se saludaron rozándose las mejillas. Los habitantes de las Llanuras pensaban que los sentimientos sólo debían expresarse en privado.

—Reclamo el privilegio de besar a la novia —dijo Tanis.

—Ese privilegio ya lo reclamaste anoche —protestó Riverwind, sonriente.

—Me gustaría seguir reclamándolo el resto de mi vida —dijo el semielfo, que besó a Goldmoon en la mejilla.

El sol, que salió por detrás de la cumbre de la montaña como si lo hiciera expresamente para admirar a Goldmoon, hizo que el cabello oro y plata de la mujer irradiara con su luz.

—Con semejante belleza en el mundo ¿cómo puede existir el mal? —preguntó Tanis.

Goldmoon se echó a reír.

—Quizá para hacerme parecer más guapa en contraste —bromeó—. Estabais hablando de asuntos serios antes de que os interrumpiera —añadió

en un tono más circunspecto.

—Riverwind cree que vosotros y vuestra gente deberíais continuar solos, viajar hacia el este, a las Llanuras. Dice que tú quieres quedarte con nosotros.

—Es cierto —contestó la mujer con complacencia—. Me gustaría quedarme con vosotros y con los demás. Creo que hago falta, pero mi voto es sólo uno más entre nuestra gente. Si mi esposo y el resto deciden que deberíamos irnos, entonces nos marcharemos.

Tanis miró alternativamente a uno y a otro. No sabía bien cómo decirles lo que pensaba, de modo que decidió soltarlo sin darle más vueltas.

—Disculpad si lo pregunto, pero ¿qué ha pasado con lo de la Hija de Chieftain? —planteó torpemente.

Goldmoon se echó a reír otra vez, una risa larga y alegre, e incluso Riverwind sonrió.

Tanis no veía dónde estaba la gracia. Cuando los había conocido, Goldmoon era la Hija de Chieftain y Riverwind, un humilde pastor, era su súbdito. Ciertamente, se amaban profundamente y a Tanis le había dado la impresión más de una vez de que Goldmoon habría renunciado a la responsabilidad del liderazgo de muy buen grado, pero Riverwind se había negado obstinadamente a que lo hiciera. Había insistido en actuar como su subordinado, obligándola a tomar decisiones. Puesta en esa situación, la mujer las había tomado.

—No lo pillo —dijo Tanis.

—La Hija de Chieftain dio su última orden anoche —explicó Goldmoon.

Durante la ceremonia matrimonial, Riverwind se había arrodillado ante ella, puesto que era su dirigente, pero Goldmoon le había pedido a su esposo que se levantara y había indicado que los dos se unían en matrimonio como iguales.

—Soy Goldmoon de las Llanuras —dijo ella—. Discípula de Mishakal. Sacerdotisa de los que-shus.

—¿Y quién será Chieftain de los que-shus? —inquirió Tanis—. Hay supervivientes de vuestra tribu entre las otras tribus de las Llanuras.

¿Aceptarán a Riverwind como su jefe? Ha demostrado ser un cabecilla fuerte.

Goldmoon miró a su esposo, pero él, de forma deliberada, mantuvo clavados los ojos en el borboteo de las aguas del arroyo, prietos los labios.

—Los que-shus tienen buena memoria —contestó Goldmoon al ver que su esposo no pensaba decir nada—. Saben que mi padre no aceptaba a Riverwind como mi esposo y que ordenó lapidarlo. Saben que, de no ser por el milagro de la Vara de Cristal Azul, Riverwind y yo habríamos muerto apedreados.

—De modo que no lo aceptarán como Chieftain, aun cuando busquen en él consejo y orientación.

—Es lo que hacen los que-shus —dijo Goldmoon—, pero no son los únicos habitantes de las Llanuras que hay aquí. Hay algunos de la tribu Que-kiri y ellos fueron nuestros enemigos implacables en el pasado. Nuestras tribus se encontraron en el campo de batalla muchas veces.

Tanis masculló unas palabras en elfo.

—No te pediré que me traduzcas lo que has dicho, amigo mío. —Goldmoon esbozó una triste sonrisa—. Sé, y mi pueblo sabe, la historia de dos lobos que se enfrentaron el uno al otro y del león que devoró a los dos. No es fácil para la gente superar rencores que duran generaciones.

—Tú y Riverwind lo habéis conseguido —adujo el semielfo.

—Todavía tenemos problemas —admitió la mujer—, pero sabemos dónde acudir cuando necesitamos ayuda.

Su mano se alzó hasta el medallón que llevaba al cuello, el que era regalo de la diosa al tiempo que un emblema de su fe.

—Quizás esté siendo egoísta —musitó Tanis—. Tal vez no quiera decir adiós.

—No hablemos de adioses en este día de gozo, nuestro primer día como una pareja casada —pidió Goldmoon con firmeza.

Alargó la mano para tomar la de su esposo y los dedos de ambos se entrelazaron. De esta guisa regresaron Goldmoon y Riverwind hacia su habitáculo, y Tanis se quedó solo en la orilla del arroyo.

Puede que fuese un día gozoso para ellos, pero el semielfo tenía la sensación de que iba a ser una jornada de contrariedades y enfrentamientos para él. Como para demostrar que estaba en lo cierto, Tasslehoff Burrfoot, perseguido por un iracundo molinero, salió corriendo del bosque tan de prisa como se lo permitían sus cortas piernas.

—¡No lo entiendo! —gritaba el kender mientras miraba hacia atrás—. ¡Sólo intentaba dejarlo en su sitio!

3

Disensión
Dejar en libertad
De mal en peor

La reunión de los refugiados comenzó tan mal como Tanis había imaginado. La celebraban en una arboleda que había cerca del arroyo, porque no había ninguna cueva lo bastante grande para que cupieran ochocientas personas entre hombres, mujeres y niños. Los refugiados habían elegido representantes que hablaran en su nombre, pero no iban a dejar que esas personas lo hicieran sin estar ellos presentes. De ahí que casi todos los que componían la pequeña comunidad asistieran a la reunión de pie en las inmediaciones, donde podían ver, oír y hablar si querían. No era una situación ideal en opinión de Tanis, ya que cualquier delegado al que podría haberse persuadido de que cambiara de opinión con argumentos razonados se vería obligado a mantener su postura al estar bajo la mirada vigilante de quienes lo habían designado su portavoz.

Los habitantes de las Llanuras llegaron en grupo al no haber conseguido ponerse de acuerdo en la elección de un delegado, lo que era una mala señal. Riverwind estaba más hosco y más sombrío de lo habitual. Goldmoon iba junto a él, encendidas las mejillas por la cólera. Los que-shus se mantenían separados de los que-kiris, mientras que ningún miembro del

pueblo de las Llanuras se mezclaba con los otros antiguos esclavos y todos miraban al bloque principal de refugiados con una desconfianza que encontraba correspondencia en otra igualmente recelosa.

Los refugiados también estaban divididos. Elistan llegó con su grupo de seguidores, mientras que Hederick lo hizo con el suyo. Tanis y sus amigos formaban otro grupo más.

El semielfo miró en derredor a la asamblea, donde se observaban con recelo unos a otros. Sólo habían pasado unas horas desde que la noche anterior habían bailado y cantado todos juntos; adiós al día gozoso de Goldmoon.

Tanis miró a Elistan para dar comienzo a la asamblea. Antiguo miembro de la Teocracia de Buscadores, Elistan había sido uno de los pocos componentes de ese grupo que de hecho utilizó su poder para ayudar a la gente. Había sido el único de ellos que se había rebelado contra el Señor del Dragón Verminaard, el que les había advertido que se equivocaban al creer en las promesas del Señor del Dragón, unas promesas que resultaron ser mentiras y que acabaron llevándolos a las minas de hierro de Pax Tharkas. Y, siendo ya un prisionero más, Elistan había seguido desafiando a Verminaard y casi había pagado con su vida tal rebeldía. Padeciendo ya una enfermedad debilitadora, Verminaard lo había torturado para obligarlo a adorar a la Reina Oscura.

Elistan estaba moribundo cuando conoció a Goldmoon. La mujer había entrado a escondidas a Pax Tharkas en compañía de Tanis y los otros compañeros en un osado intento de liberar a los esclavos. A ver a Elistan que, a pesar de su debilidad, seguía trabajando incansable para ayudar a la gente, Goldmoon se vio atraída hacia él. Pudo curarlo con el poder de Mishakal y Elistan comprendió que, por fin, la búsqueda de toda su vida había terminado, que había encontrado a los verdaderos dioses.

Elistan sabía leer y traducir los crípticos Discos de Mishakal y los utilizó para adoctrinar a la gente sobre los antiguos dioses de Krynn a los que si alguien recordaba lo hacía como si fuesen leyendas. Habló a la gente de Paladine, Dios de la Luz y líder de los otros dioses de la luz. Les habló de Takhisis, Reina de la Oscuridad, y de aquellos dioses que moraban en las

sombras. Les habló de Gilean, el Libro, dios del conocimiento y Fiel de la Balanza que, junto con los otros Dioses de la Neutralidad, mantenía el equilibrio para que no se inclinara a favor del Bien o del Mal, como había ocurrido durante la Era del Poder y que tuvo como consecuencia la catástrofe conocida como el Cataclismo, que había cambiado para siempre la faz del mundo.

A pesar de tener sólo cuarenta y tantos años, Elistan parecía mayor. La túnica blanca de Hijo Venerable de Paladine le colgaba floja sobre el flaco cuerpo. La reciente enfermedad, aunque curada, le había dejado huella. Al igual que había hecho su recién hallada fe. Ya no lo abrumaban las dudas, su búsqueda había acabado. En sus ojos inteligentes había un brillo risueño. Los niños corrían directos a sus brazos. La gente lo admiraba y lo amaba, y no eran pocos los que ya habían aceptado sus enseñanzas y ahora seguían a los dioses.

Hederick, el Sumo Teócrata, no se contaba entre ellos. En ausencia de los dioses verdaderos, Hederick había creado sus propios dioses. Esos dioses de los Buscadores habían sido beneficiosos para Hederick, proporcionándole un buen medio de vida, si bien era poco lo que habían hecho por los demás. Hederick había abandonado a sus dioses cuando llegó Verminaard; sucumbió a los halagos y las mentiras del Señor de los Dragones y, como premio, acabó en los calabozos de Pax Tharkas.

Prudente, no había tomado parte en el levantamiento, porque creía que no tenía posibilidades de éxito. Cuando, para su sorpresa, los esclavos se alzaron con la victoria, cambió rápidamente de bando y aprovechó la libertad ganada con el esfuerzo de otros. Siempre había tenido celos de Elistan, en quien no confiaba, y, para sus adentros, estaba indignado porque ahora ese hombre realizara «milagros». Hederick no creía en esos milagros. No creía en esos dioses nuevos. Esperaba el momento oportuno, que Elistan se pusiera en evidencia y se demostrara que era un charlatán. Entretanto, como Hederick era grandilocuente y obsequioso y le había dicho a todo el mundo lo que quería oír, se las había ingeniado para ganarse a muchos, que respaldaban su modo de pensar.

Tanis confiaba en que el sabio consejo de Elistan prevaleciera ese día y convenciera a los refugiados de que allí no estaban a salvo. Por desgracia, antes de que Elistan tuviese opción de hablar, Hederick alzó los brazos.

—Queridos amigos —empezó el Sumo Teócrata en un tono convenientemente untuoso—, nos hemos reunido hoy para discutir asuntos importantes para todos nosotros.

Tanis suspiró y miró a Elistan, que se encontraba detrás del Sumo Teócrata con el resto de los Buscadores. Elistan captó la mirada del semielfo, se encogió de hombros y sonrió con pesar. Hederick seguía siendo el líder de esas gentes y tenía derecho a hablarles en primer lugar.

—Hay entre nosotros quienes han estado hablando de abandonar este valle —dijo Hederick—. Este valle que es seguro, está repleto de caza, al abrigo de los vientos invernales, oculto a nuestros enemigos...

—No estamos ocultos —masculló Tanis al recordar las palabras que Riverwind le había dicho aquella misma mañana. El semielfo se encontraba entre sus compañeros, aparte del grupo principal, recostado contra el tronco de un árbol—. ¿Por qué no habla Elistan y le recuerda eso? Tendría que intervenir, decir algo, en lugar de quedarse ahí plantado, en silencio.

—Al contrario —dijo Laurana, que estaba a su lado—. Elistan está haciendo lo que debe hacer. Dejará que Hederick diga lo que tenga que decir y después podrá responderle a todo.

Tanis la miró. Laurana ni siquiera escuchaba a Hederick; tenía la vista fija en Elistan. Los ojos, almendrados y más azules que un cielo azul cobalto, brillaban con admiración; su voz adquiría un timbre cálido cuando hablaba de él. Tanis sintió una punzada de celos. Habría quien diría que Elistan tenía edad para ser padre de Laurana, pero en realidad la maravillosa doncella elfa era mucho mayor que él. Laurana tenía el aspecto de una muchacha con poco más de veinte años, tan joven como su amiga Tika Waylan, pero lo cierto es que habría podido ser su bisabuela.

«No tengo derecho a sentirme celoso —se recriminó Tanis para sus adentros—. Fui yo quien puso fin a nuestra relación. Estoy enamorado de otra mujer o, al menos, creo que lo estoy. Debería alegrarme de que Laurana haya encontrado a otro.»

Unos argumentos muy lógicos todos ellos, pero a pesar de todo Tanis se sorprendió a sí mismo cuando habló.

—Elistan y tú pasáis juntos un montón de tiempo.

Laurana se volvió para mirarlo. Los azules ojos eran tan fríos como el agua del arroyo.

—¿Qué has querido decir con ese comentario? —inquirió con aspereza.

—Nada —contestó el semielfo, sorprendido por la inesperada reacción colérica de la elfa—. No lo dije con ninguna intención...

—Pues claro que pasamos juntos mucho tiempo —continuó Laurana—. Me ocupé de las tareas diplomáticas duramente muchos años en la corte de mi padre, donde, como bien sabes, has de sopesar cada frase que pronuncias para no ofender a nadie. Una simple palabra dicha con el tono inadecuado podría provocar una enemistad que se prolongara durante siglos. Aconsejé a Elistan en un par de asuntos sin importancia y me lo agradeció. Ahora busca mi consejo. ¡No me considera una chiquilla!

—Laurana, no era mi intención...

Ella echó a andar, tensos los hombros. Hasta ofendida se movía con una gracilidad que avergonzaría a las esbeltas ramas de los sauces y que hacía que a Tanis dejara de latirle el corazón, extasiado, cuando la miraba.

A su paso, hubo muchos ojos que siguieron a Laurana. Hija del Orador de los Soles, el regente de los elfos qualinestis, era la primera doncella elfa que habían visto en su vida y nunca se cansaban de mirarla. Su belleza exótica, extraña, parecía casi etérea. Tenía los ojos de un azul luminoso y el cabello le caía por la espalda como una cascada de oro. Su voz era musical, de timbre bajo, y su tacto, suave.

Esa mujer radiante, maravillosa, podría haber sido suya, y se habría sentido tan feliz como Riverwind y Goldmoon.

—Debe de gustarte dar trompicones, porque últimamente metes la pata cada dos por tres —comentó Flint en voz baja.

—Interpretó mal lo que dije —se defendió Tanis, molesto.

—Tú dijiste lo que no debías —replicó el enano—. Laurana ya no es la niña que se enamoró de su compañero de juegos, Tanis. Ha crecido. Es una

mujer con un corazón de mujer que entregar ¿o es que todavía no lo has notado?

—Claro que sí. Y sigo diciendo que al romper nuestro compromiso hice lo correcto... por su bien, no por el mío.

—Pues si es eso lo que crees, déjala ir.

—Yo no la retengo —replicó Tanis, acalorado.

Había hablado en voz demasiado alta y muchos ojos se volvieron hacia él, incluido los almendrados de Gilthanas, hermano de Laurana. También Hederick lo había oído; hizo una pausa, con aire ofendido.

—¿Tienes algo que decir, semielfo? —inquirió el Sumo Teócrata con reproche.

—Vaya, Tanis, te has metido en un buen lío —dijo Caramon riendo con disimulo.

Sintiéndose como el chico de los recados en la escuela al que mandan ponerse delante de toda la clase, Tanis masculló una disculpa y se retiró hacia las sombras. Todos sonrieron maliciosamente antes de volver a prestar atención al discurso de Hederick; todos, excepto Gilthanas, que lo miró con severa desaprobación.

Antaño, muchos años atrás, Gilthanas y él habían sido amigos. Después había cometido el error de enamorarse de Laurana y eso puso fin a la amistad con el elfo. Para empeorar las cosas, no hacía mucho que había sospechado que Gilthanas era un espía; incluso lo había acusado de ello. Resultó que estaba equivocado y se había disculpado, pero a Gilthanas no le fue fácil perdonar el hecho de que Tanis lo hubiese creído capaz de una acción tan abominable. Irritado, el semielfo se preguntó para sus adentros si habría nuevas formas de complicarse más la vida.

Entonces Sturm Brightblade se acercó a él y Tanis sonrió y se relajó. Debía dar las gracias a los dioses por Sturm. El caballero solámnico, inmerso en la situación política del momento, era ajeno a todo lo demás.

—¿Estás oyendo a este grandísimo idiota? —demandó Sturm—. Habla de construir edificios en este valle. ¡Incluso un ayuntamiento! Por lo visto ha olvidado que hace sólo unas semanas tuvimos que huir para salvar la vida.

—Lo estoy oyendo —contestó Tanis—, y ellos también, por desgracia.

Muchos de los reunidos sonreían y expresaban su conformidad en murmullos. La descripción hecha por Hederick de pasar el invierno en aquel tranquilo lugar era muy atractiva. Tanis sintió una punzada de remordimiento. También él había pensado lo mismo; quizá se debía a su conversación con Raistlin la noche anterior o a la charla sostenida con Riverwind esa mañana, pero se sentía más intranquilo cada instante que pasaba. El valle ya no le parecía un lugar de paz y belleza. Se sentía atrapado allí. Al recordar a Raistlin miró al mago para ver su reacción.

Raistlin estaba sentado en una manta que su hermano había extendido en el suelo para él. Sostenía el bastón acunado en los brazos y tenía la mirada abstraída, vuelta hacia adentro. Daba la impresión de que no estuviera escuchando.

Hederick terminó diciendo que cuando llegara la primavera reanudarían el viaje a Tarsis, la ciudad junto al mar, donde encontrarían un barco que los llevara lejos de aquella tierra destrozada por la guerra.

—Un lugar donde los humanos puedan vivir en paz —concluyó el Sumo Teócrata, que dio énfasis a la palabra «humanos»—. Un lugar lejos de esa clase de gente dada a causar problemas y disputas en el mundo.

—¿De qué clase de gente habla? —quiso saber Tas, interesado.

—De elfos —contestó Tanis mientras se rascaba la barba.

—De enanos —gruñó Flint.

—Y de kenders —añadió Caramon al tiempo que le daba un tirón del copete que, aunque sin mala intención, hizo soltar un quejido a Tas.

Hederick miró hacia el grupo y apretó los labios en un gesto desaprobador, tras lo cual volvió la vista hacia la audiencia como diciendo: «¿Veis a lo que me refiero?»

Sin más, se retiró en medio de un gran aplauso.

—¿Qué clase de memoria tiene? —comentó Sturm mientras se atusaba el largo bigote que era el sello de los Caballeros de Solamnia y el orgullo de Sturm, junto con la espada y la armadura de su padre, que era toda la herencia que le había dejado su progenitor—. ¡Elfos y un enano contribuyeron a salvar su miserable vida!

—¡Y un kender! —añadió Tas, indignado.

—Quizás Elistan se lo recuerde ahora —dijo Tanis al ver que el Hijo Venerable de Paladine se adelantaba para dirigirse a la multitud.

—Los dioses del bien contuvieron la oscuridad —expuso Elistan—, del mismo modo que contuvieron las nieves que en breve alfombrarán este valle, pero el invierno llegará y también lo harán las fuerzas del mal.

—Si, como dices, Hijo Venerable, tu dios Paladine y los otros dioses de la luz nos han protegido en el pasado —lo interrumpió Hederick—, ¿no se nos puede asegurar que seguirán protegiéndonos en el futuro? —preguntó el Sumo Teócrata.

—Los dioses nos han ayudado, es cierto —contestó Elistan—, y seguirán ayudándonos, pero nosotros hemos de hacer la parte que nos toca. No somos criaturas de pecho cuyas necesidades han de atender sus padres. Somos hombres y mujeres adultos. Tenemos libre albedrío, un don otorgado por los dioses. Tenemos la capacidad de elegir...

—Y elegimos quedarnos aquí, en este valle —dijo Hederick.

Sus palabras dieron pie a risas y aplausos. Flint le dio a Tanis con el codo.

—Mira allí —instó en tono de urgencia, al tiempo que señalaba.

Los Hombres de las Llanuras se marchaban, habían dado la espalda a los oradores y a sus compañeros de huida y se marchaban de la arboleda. Riverwind y Goldmoon seguían parados, como reacios a marcharse, pero luego, sacudiendo la cabeza, Riverwind echó a andar. Le dijo algo a Goldmoon, pero la mujer no lo siguió de inmediato. Su mirada penetrante recorrió la multitud hasta dar con Tanis.

Goldmoon se quedó mirándolo largos instantes y el semielfo vio en su triste sonrisa una disculpa. Después, ella también se dio media vuelta y caminó hacia su esposo. Los dos fueron a reunirse con su pueblo.

Para entonces, todos los asistentes observaban la marcha de los Hombres de las Llanuras. «¡Idos con viento fresco!» gritaron algunos, pero otros manifestaron que era una vergüenza dejar que se marcharan enfadados. Hederick se mantuvo en segundo plano, con una sonrisa satisfecha.

Raistlin se había acercado a Tanis y le tiró de la manga. El semielfo olía el aroma a pétalos de rosa secos que emanaba del saquillo de ingredientes de conjuros que llevaba colgado del cinturón ceñido al talle. También le llegaba el olor a podredumbre, persistente alrededor del mago, un olor que el dulce aroma a rosas nunca conseguía enmascarar del todo. Los pétalos de rosa no eran los únicos ingredientes para hechizos que llevaba el mago. Algunos eran mucho menos placenteros.

—Algo va mal —dijo Raistlin en tono apremiante—. ¿No lo percibes?

Soltó un repentino siseo; asió a Tanis del brazo, y los dedos largos y esbeltos se le clavaron dolorosamente en la carne.

—Raistlin, no es un buen momento para... —empezó el semielfo, irritado.

—¡Chist! —Raistlin alzó la cabeza, como para escuchar—, ¿Dónde está el kender? ¡De prisa! ¡Lo necesito!

—¿De verdad? —gritó Tasslehoff, sorprendido—. Perdona —añadió, dándose importancia y pisándole a Flint los dedos de los pies—. Tengo que reunirme con Raistlin. Me necesita...

—Tienes la vista más aguda de todo el grupo —dijo el mago, que asió al kender con fuerza—. ¡Mira el cielo, de prisa! ¿Qué ves?

Tas hizo lo que le decía; doblando el cuello de forma que casi se cayó de espaldas, escudriñó el firmamento.

—Veo una nube blanca que parece un conejo. Allí. ¿La ves, Caramon? Tiene las orejas largas y la cola como una bola de algodón y...

—¡No seas ridículo! —gruñó Raistlin, que sacudió a Tas con tanta brusquedad que le echó la cabeza hacia adelante—. ¡Sigue mirando!

—Me vendría bien saber qué se supone que estoy buscando —indicó Tas dócilmente.

—Ese mago me pone la piel de gallina —dijo Flint, ceñudo, mientras se frotaba los brazos.

—No es él —manifestó Tanis—. Yo también lo noto. ¡Sturm! —llamó al tiempo que buscaba al caballero.

Sturm se había quedado a la sombra de un roble separado de los demás, sobre todo de Raistlin. El caballero de mentalidad estricta que vivía según

el Código *Est Sularis oth Mithas*, «Mi honor es mi vida», había crecido junto con Raistlin y su hermano, y aunque a Sturm le caía bien Caramon, al caballero nunca le había gustado el mago ni había confiado en él.

—También yo lo percibo —dijo Sturm.

Un silencio inquieto se había adueñado de la multitud. La gente se giraba hacia un lado y otro buscando la causa del cosquilleo de miedo que le ponía el vello de punta en los brazos y la carne de gallina. Los Hombres de las Llanuras se habían parado y alzaban la vista al cielo. Riverwind tenía la mano posada sobre la empuñadura de la espada.

—¡Esto me recuerda algo! —exclamó Tanis de repente.

—Xak Tsaroth —murmuró Sturm.

—¡Allí! —gritó Tas al tiempo que señalaba—. ¡Un dragón!

El reptil volaba a gran altura sobre ellos, tan alto que el inmenso monstruo semejaba un juguete infantil, un juguete mortífero. Mientras la gente lo contemplaba con terror, el dragón inclinó las alas y empezó a descender en lentos y perezosos círculos. El sol matinal arrancó destellos en las rojas escamas y brilló a través de las finas membranas de las alas rojas. El miedo, que era parte del arsenal de un dragón, se apoderó de la multitud.

—¡Corred! —chilló Hederick—. ¡Corred si queréis vivir!

Tanis experimentaba el terror. Tenía ganas de huir, de correr a cualquier parte, donde fuera, impulsado por la ciega, desesperada necesidad de escapar al horror, pero comprendía que huir era lo peor que podían hacer. La mayoría de la gente se encontraba debajo de los árboles, oculta a la vista del dragón por las extendidas ramas.

—¡No os mováis! —consiguió gritar, aunque tuvo que esforzarse para respirar a pesar del asfixiante miedo—. Si nadie se mueve es posible que el dragón no nos vea...

—Demasiado tarde... —dijo Sturm, que tenía la vista alzada hacia la bestia—. El dragón ya ha visto cuanto tenía que ver, al igual que su jinete.

El dragón se había aproximado hacia ellos. Todos alcanzaban a ver al jinete equipado con la pesada armadura y un yelmo astado con máscara. El jinete montaba con comodidad en la silla diseñada específicamente para acoplarse al lomo de un dragón, entre las alas.

Se desató un pandemónium. Algunas personas corrían hacia las cuevas; otras se derrumbaban temblorosas, sollozantes, en la hierba.

Tanis era incapaz de moverse. No podía apartar los ojos del jinete. El hombre era corpulento y llevaba los brazos musculosos al aire a pesar del frío. La máscara le cubría la cara, pero aun así a Tanis no le resultó difícil reconocerlo.

—¡Verminaard! —pronunció a duras penas el nombre, que salió entre sus dientes apretados.

—¡Eso es imposible! —dijo Sturm—. ¡Está muerto!

—¡Velo por ti mismo! —replicó el semielfo.

—Te digo que está muerto —insistió Sturm, aunque se lo notaba impresionado—. ¡Ningún hombre habría sobrevivido a semejantes heridas!

—Bueno, pues al parecer éste lo ha conseguido —comentó Flint, sombrío.

—Recordad que él mismo era un poderoso clérigo al servicio de una diosa todopoderosa —argumentó Raistlin—. Es posible que Takhisis le haya devuelto la vida.

Alguien chocó de lleno contra Tanis y estuvo a punto de derribarlo. La persona lo apartó de un empujón y siguió corriendo.

El pánico se había apoderado de casi todo el mundo. La gente corría en todas direcciones. Las mujeres chillaban, los hombres gritaban y los niños lloraban. El dragón volaba cada vez más bajo.

—¡Se han vuelto locos todos! —gritó Caramon, que intentaba hacerse oír por encima del caos desatado—. ¡Alguien tendrá que hacer algo!

—Ya lo está haciendo —dijo Tanis.

Elistan se mantenía firme en su sitio, con la mano sobre el Medallón de la Fe que llevaba colgado al cuello. A su alrededor había veinte de sus seguidores, que estaban pálidos pero serenos y escuchaban con atención las instrucciones de Elistan. Entre ellos se encontraba Laurana. La elfa pareció advertir la mirada de Tanis, porque giró la cabeza y le lanzó una ojeada rápida y fría. Después, mezclándose con la multitud, ella y los otros seguidores de Paladine asieron con firmeza a los que estaban con un ataque

de nervios y asistieron a los que otros habían pisoteado cuando se habían caído al suelo o los habían derribado a empuellones.

Los Hombres de las Llanuras también habían tomado medidas contra el dragón y estaban armados ya con arcos y flechas. El reptil todavía se encontraba demasiado lejos para conseguir un buen disparo, pero los arqueros se habían preparado por si acaso el dragón intentaba atacar a los que corrían por el valle. Riverwind impartía órdenes. De pie a su lado, hombro con hombro, se encontraba Gilthanas. El elfo tenía la cuerda del arco tensa y la flecha apuntada, listo para disparar.

A Tanis no se le había ocurrido echar mano de su arco, pero empuñaba otra de sus armas: la espada mágica del rey elfo Kith-Kanan. La había desenvainado al tiempo que pensaba que de poco le serviría contra el enorme Dragón Rojo. Caramon también había desenfundado su espada y Raistlin, con los ojos cerrados, entonaba para sí las palabras de un conjuro. Flint enarbolaba su hacha de guerra en una mano. Por su parte, Tasslehoff había desenvainado su pequeña daga que sólo sería de utilidad si al kender lo atacaba un conejo víctima de la rabia. Tas aseguraba que el arma era mágica, pero hasta el momento la única magia que Tanis había visto era el hecho de que el atolondrado kender no la hubiera perdido todavía.

Armados y listos para una batalla que no albergaban esperanza de ganar, los compañeros esperaron al abrigo de los árboles a que el dragón diera comienzo a la matanza.

El Señor del Dragón, montado a lomos del Rojo, alzó el brazo en un gesto burlón de saludo. Incluso desde esa distancia les llegó la profunda voz del jinete dando órdenes al reptil. Sin esfuerzo, el Rojo batió una vez las inmensas alas y ascendió en el aire. Planeó sobre las cabezas de los arqueros, que le soltaron una andanada de flechas. Casi todas dieron en el blanco, pero ninguna le ocasionó el menor daño. Tras golpear contra las escamas, las flechas rebotaron y cayeron al suelo. El Señor del Dragón extendió la mano y apuntó directamente a la arboleda.

El reptil soltó un chorro de fuego por las fauces y los árboles estallaron en llamas. Una onda de calor abrasador golpeó a Tanis y a los demás. Un humo espeso sofocó el aire.

Sturm agarró a Tasslehoff, que se lanzaba hacia el dragón llevado por el entusiasmo del momento, lo alzó en el aire y se lo cargó al hombro. Caramon y Raistlin ya corrían para ponerse a salvo, al igual que Flint. Tanis escudriñó a través del humo para ver si alguien se había quedado atrapado en la llameante arboleda.

Los árboles ardían como teas, y ramas incendiadas se precipitaban a su alrededor. El denso humo le escocía en los ojos y lo ahogaba. El calor del violento incendio le estaba levantando ampollas en la piel. Si quedaba alguien ahí dentro, estaba condenado a morir.

Tanis se preguntó, sombrío, si Verminaard se propondría incendiar todo el valle, pero por lo visto el Señor del Dragón se contentaba con haberlos aterrorizado. El dragón alzó la testa, batió las alas y, ascendiendo con ponderosa gracia en el aire, voló por encima de las montañas. Poco después, dragón y jinete se perdían de vista.

La arboleda de robles, arces y abetos ardió al rojo vivo, arrojó humo que onduló en volutas por el cielo y se quedó suspendido en el aire, estático, por encima de lo que antes había sido un valle tranquilo, un refugio seguro.

4

Flint cuenta una historia Sturm recuerda una leyenda

Durante varias horas tras el ataque del dragón, reinó el caos. Miembros de una misma familia se habían perdido de vista durante la enloquecida desbandada; los niños se habían separado de sus padres, los maridos de sus esposas. Tanis y sus amigos se esforzaron en calmar a todo el mundo mientras los conducían de vuelta a las cuevas, donde estarían a salvo si el dragón regresaba. Goldmoon y los otros clérigos de Mishakal asistieron a los asustados y los heridos. Elistan ayudó a restaurar la calma y el orden y, a la tarde, se había encontrado a todos los desaparecidos y las familias estaban reunidas de nuevo. No había habido muertos, cosa que Tanis afirmaba que era un milagro.

Convocó una reunión para esa noche a fin de hablar sobre la grave emergencia y en esta ocasión estableció unas normas. Nada de montones de personas agrupadas en el exterior. La reunión se celebraría en la caverna más grande que hubiera y que, por supuesto, era la que Hederick había elegido como su morada. Tenía un techo alto, con una chimenea natural para la ventilación que permitía al Sumo Teócrata disfrutar de una hoguera. Esta vez, la reunión estuvo limitada a los delegados. Tanis se había mostrado inflexible en ese punto e incluso Hederick había admitido, aunque

a regañadientes, el sentido común en los argumentos del semielfo. A partir de ese momento, nadie saldría de las cuevas a menos que hubiese una buena razón para hacerlo.

Los delegados atestaban la cueva y ocupaban cualquier espacio disponible. Tanis se hizo acompañar por Sturm y por Flint y dijo al resto del grupo que se quedaran en sus habitáculos. También había invitado a Raistlin, pero el mago no había llegado todavía. Caramon tenía órdenes de mantener a Tas alejado de allí e incluso de encadenar al revoltoso kender a una pared si hacía falta. Riverwind y Goldmoon representaban al pueblo de las Llanuras. La terrible revelación de que Verminaard seguía vivo y el hecho de que hubiese descubierto su emplazamiento había servido para que los Hombres de las Llanuras reconsideraran sus planes de ponerse en marcha solos. Elistan también estaba presente, con Laurana a su lado. Hederick, como siempre, habló en primer lugar.

Tanis creía que el Sumo Teócrata sería el primero en abogar por abandonar el valle, así que el semielfo se sorprendió cuando el hombre siguió empeñado en quedarse allí.

—Si acaso, este ataque refuerza mi argumento de que deberíamos permanecer en el valle, donde estamos a salvo —dijo Hederick—. ¿Imagináis la tragedia que habría ocurrido si el dragón nos hubiese sorprendido caminando tranquilamente por algún sendero de montaña sin tener dónde escondernos ni hacia dónde huir? ¡Esa bestia nos habría matado a todos! Al no ser así, el Señor del Dragón comprendió que no era enemigo para nosotros y huyó.

—El Señor del Dragón no vino a atacarnos, Sumo Teócrata —replicó Sturm—. Lord Verminaard vino a localizarnos y tuvo éxito. Ahora sabe dónde encontrarnos.

—¿Y qué hará al respecto? —inquirió Hederick mientras abría los brazos en un gesto interrogante. Sus partidarios, reunidos a su alrededor, asintieron con la cabeza en aire enterado—. ¡No va a hacer nada porque no puede hacer nada! No puede traer tropas a través del paso. Y si vuelve con el dragón nos limitaremos a quedarnos dentro de las cuevas. ¡Ni siquiera lord Verminaard puede prender fuego a esta montaña!

—No estés tan seguro de eso —masculló Tanis.

Intercambió una mirada con Riverwind. Los dos recordaban con absoluta claridad la destrucción en Que-shu, el pueblo del Hombre de las Llanuras, y las sólidas paredes de piedra derretidas como si fueran de mantequilla recién batida.

Tanis miró de soslayo a Elistan y se preguntó cuándo pensaba tomar la palabra el Hijo Venerable. El semielfo empezaba a tener serias dudas respecto a Elistan y sus dioses de la luz. El clérigo había proclamado que el Señor del Dragón había muerto con la ayuda de los dioses, pero sin embargo el perverso personaje seguía vivo. Tanis habría querido preguntarle a Elistan por qué los dioses de la luz no habían sido capaces de impedir que Verminaard volviera de entre los muertos. Sin embargo, no era el momento de cuestionar la fe del Hijo Venerable. El Sumo Teócrata esperaba que se presentara cualquier ocasión para condenar a los nuevos dioses y así volver a la veneración de los dioses de los Buscadores que él y sus seguidores habían promocionado en su propio beneficio. Tanis suponía que Hederick y su pandilla ya estaban trabajando para socavar las enseñanzas de Elistan. Sólo faltaba que él los ayudara en su propósito.

«Hablaré en privado con Elistan —pensó el semielfo—. Entretanto, el Hijo Venerable podría al menos respaldarme y no limitarse a estar ahí sentado, en silencio. Si fuera tan sabio como afirma Laurana se daría cuenta de que no podemos quedarnos aquí.»

—El peligro que corremos aumenta a cada minuto que pasa, mi estimada gente de bien —decía Sturm en ese momento, dirigiéndose a los reunidos—. Verminaard sabe dónde estamos. ¡Y no nos buscó sólo porque sí! Tiene pensado algún plan, eso podéis darlo por seguro. No hacer nada es condenarnos a todos a una muerte cierta.

Uno de los delegados, una mujer llamada Maritta, se puso de pie. Era de mediana edad, robusta y poco atractiva, pero también era una mujer con arrojo y juiciosa que había desempeñado un importante papel ayudando a los refugiados a escapar de Pax Tharkas. Admiraba a Elistan, y Hederick no le gustaba. Entrelazando las manos sobre el estómago, se encaró con el Sumo Teócrata.

—Señor, afirmas que estaremos a salvo del dragón si nos quedamos aquí, pero el dragón no es nuestro único enemigo. Tenemos otro adversario en el invierno y es igual de mortífero. ¿Qué pasará cuando empiecen a escasear nuestras reservas de comida y falte la caza? ¿O cuando el crudo invierno y la carencia de buenos alimentos provoquen enfermedades y muertes entre los mayores y los niños? —Se giró hacia Tanis.

»Y tú, semielfo, quieres que nos marchemos. Bien, de acuerdo. ¿Dónde iremos? ¡Contéstame a eso! ¿Nos harías ponernos en camino sin haber previsto el lugar al que dirigirnos y correr el riesgo de perdernos en terreno agreste o morir de hambre en alguna ladera congelada?

Antes de que Tanis tuviera ocasión de contestar, entró una bocanada de aire helado. La trabajada mampara de ramas entretejidas y pieles de animales que cubría la boca de la cueva de Hederick crujió y se desplazó hacia un lado. La luz de la antorcha parpadeó con el viento; las llamas de la lumbre temblaron. Todos se volvieron para ver quién había llegado.

Raistlin entró en la zona de la reunión. El mago llevaba la capucha bien echada sobre la cara.

—Ha empezado a nevar —informó.

—¿Es que disfruta trayendo malas noticias? —rezongó Sturm.

—¿Qué hace aquí? —demandó Flint.

—Le pedí que viniera y le dije cuándo era la reunión —repuso Tanis, irritado—. ¡Me pregunto por qué llega tarde!

—Porque así podía hacer una entrada efectista —dijo Sturm.

Raistlin se adelantó para acercarse a la lumbre. El mago se movió despacio, sin apresurarse, consciente de que todos los ojos estaban clavados en él, aunque en pocos hubiera algún atisbo de afecto. No obstante, le daba igual ser motivo de una antipatía generalizada. Tanis pensó que quizás Raistlin se deleitaba con ello.

—No te interrumpas por mí, semielfo —dijo el mago, que tosió con suavidad y extendió las manos hacia el fuego para calentarlas. La luz de la lumbre se reflejaba de manera espeluznante en la piel de brillo dorado—. Estabas a punto de decir algo sobre el reino enano.

Tanis no había dicho ni una palabra sobre eso aún. No había pensado soltárselo así a los delegados, de esa forma tan brusca.

—He estado dándole vueltas a la idea de que podríamos hallar un refugio seguro en el reino de Thorbardin... —empezó de mala gana.

Su propuesta provocó una explosión de protestas.

—¡Enanos! —gritó Hederick, ceñudo—. ¡No queremos tener nada que ver con los enanos!

Su opinión fue coreada sonoramente por sus seguidores. Riverwind, sombrío el gesto, sacudió la cabeza.

—Mi gente no viajará a Thorbardin.

—Eh, un momento, todos vosotros —intervino Maritta—. Bien que bebéis aguardiente enano y andáis bien espabilados a la hora de aceptar su dinero cuando los enanos van a vuestras tiendas...

—Eso no significa que tengamos que vivir con ellos. —Hederick hizo una reverencia forzada, con suficiencia, a Flint—. Mejorando lo presente, por supuesto.

Flint no tenía nada que decir en respuesta... Mala señal. Lo normal habría sido que soltara la lengua y le dijera unos cuantas frescas al Teócrata. Por el contrario, el enano permaneció sentado en silencio, ocupado en tallar un trozo de madera. Tanis suspiró para sus adentros. Desde el principio había sabido que el mayor obstáculo a su plan de viajar al reino de Thorbardin iba a ser aquel viejo enano cabezota.

La discusión se acaloró. Tanis echó una mirada de soslayo a Raistlin, que seguía frente al fuego calentándose las manos con un atisbo de sonrisa en los finos labios. «*Nos ha lanzado esa bola de fuego por alguna razón —pensó el semielfo—. Raistlin tiene algo en mente. Me pregunto qué será.*»

—Ni siquiera se sabe con certeza que siga habiendo enanos bajo las montañas —apuntó Hederick.

Flint rebulló al oír aquello, pero siguió sin decir nada.

—No me opongo a viajar a Thorbardin —manifestó Maritta—, pero es bien sabido que los enanos cerraron las puertas de su reino hace trescientos años.

—Así fue, en efecto —intervino Flint—. ¡Y yo digo que dejemos que esas puertas sigan cerradas!

Un silencio sorprendido se adueñó de los presentes mientras los demás miraban al enano con extrañeza.

—No estás siendo de ninguna ayuda —le reprochó Tanis en voz baja.

—Ya sabes lo que pienso de eso —replicó Flint con acritud—. ¡No pondré un pie bajo la montaña! Aun en el caso de que encontrásemos las puertas, cosa que dudo. Hace trescientos años que desaparecieron.

—Así que no es seguro quedarse aquí y no tenemos adonde ir. ¿En qué posición nos deja eso? —inquirió Maritta.

—En la de seguir aquí —dijo Hederick.

Todos se pusieron a hablar a la vez. La cueva se caldeaba con rapidez, en parte por el fuego y en parte por tantos cuerpos acalorados. Tanis empezó a sudar. No le gustaban los sitios confinados, no le gustaba respirar el mismo aire que otros habían respirado una y otra vez. Estuvo tentado de marcharse y dejar que cada cual cuidara de sí mismo. El jaleo aumentó y el eco de las discusiones rebotó en las paredes rocosas. Entonces Raistlin tosió suavemente.

—Si se me permite hablar —empezó con su timbre de voz suave, enronquecido, y se hizo, el silencio—. Sé cómo encontrar la llave a Thorbardin. El secreto se encuentra debajo del Monte de la Calavera.

Todos lo miraron de hito en hito, en silencio, sin entender lo que quería decir; todos excepto Flint.

El semblante del enano estaba sombrío; tenía prietos los dientes, respiraba entre jadeos y tallaba el trozo de madera con tal furia que saltaban astillas por el aire. No quitó los ojos de lo que estaba haciendo.

—Te escuchamos, Raistlin —dijo Tanis—. ¿Qué es el Monte de la Calavera? ¿Dónde está y a qué te refieres al decir que el secreto para entrar en Thorbardin se encuentra debajo?

—En realidad no sé mucho sobre ese lugar —contestó el mago—. Son menudencias y detalles que he ido reuniendo durante mis años de estudio. Flint puede contarnos más cosas...

—Sí, pero Flint no piensa hacerlo —replicó el enano.

Raistlin abrió la boca para hablar de nuevo, pero algo lo interrumpió. La mampara de la boca de la cueva volvió a apartarse, esta vez con un ominoso crujido cuando unas manazas la manejaron con torpeza, y Caramon entró dando tropezones.

—Tanis, ¿has visto a Raist? —preguntó, preocupado—. No lo encuentro y... ¡Oh, está aquí! —Miró a su alrededor a los delegados y se puso rojo como la grana—. Os pido disculpas. No sabía que...

—¿Qué haces aquí, hermano? —demandó el mago.

—Es que... —empezó, avergonzado—. Estabas conmigo en cierto momento y al siguiente habías desaparecido. No sabía dónde habías ido y pensé...

—No, no lo hiciste —espetó Raistlin—. Tú nunca piensas. No tienes ni idea de lo que significa esa palabra. ¡Ya no soy un niño que no osa aventurarse fuera de casa sin ir de la mano de la niñera! ¿Quién está al cuidado del kender?

—Yo... eh... Lo até a una pata de la mesa...

Su explicación provocó risas y Raistlin lanzó una mirada furiosa a su gemelo. Caramon retrocedió hacia un rincón envuelto en la penumbra.

—Me... Esperaré aquí.

—Flint —dijo Tanis—, ¿qué es el Monte de la Calavera? ¿Sabes a qué se refiere?

El enano se mantuvo encerrado en su furioso y obstinado silencio.

Tampoco Raistlin parecía inclinado ya a seguir hablando. Retirando a un lado los pliegues de la roja túnica, el mago se sentó en una caja puesta boca abajo y se echó más la capucha sobre el rostro.

—Raistlin, dinos a qué te referías... —pidió Tanis.

El mago negó con la cabeza.

—Por lo visto a todos os interesa más reiros de mi estúpido hermano.

—Deja que siga enfurruñado —dijo Sturm, asqueado.

Flint arrojó al suelo el cuchillo y el trozo de madera, que para entonces era poco más que una astilla. El cuchillo resonó contra la piedra de la caverna. Los ojos de Flint, en medio del laberinto de arrugas, echaban chispas. La larga barba le temblaba. El enano era bajo, robusto, de

constitución fuerte, con brazos y muñecas de grandes huesos, y las manos capacitadas de un maestro artesano. Tanis y él habían sido amigos durante incontables años, ya que su amistad se remontaba a la desdichada infancia del semielfo. Flint tenía una voz profunda y gruñona que parecía brotar de las entrañas de la tierra.

—Os contaré la historia del Monte de la Calavera —dijo con un timbre feroz—. Seré breve para no aburriros. Soy un Enano de las Colinas, un neidar, como se conoce a mi pueblo. ¡Y me siento orgulloso de serlo! Hace siglos, mi gente abandonó el hogar de la montaña, Thorbardin. Eligió vivir en el mundo, no bajo él. Establecimos rutas de comercio con humanos y elfos. Las mercancías salían del interior de la montaña y se distribuían a otras gentes a través de los nuestros. Gracias a nosotros, nuestros parientes, los Enanos de la Montaña, prosperaron. Entonces llegó el Cataclismo.

»La caída de la montaña de fuego sobre Krynn se remonta a generaciones en la mayoría de vosotros, los humanos, pero no en mi raza. Mi propio abuelo lo vivió. Vio la lluvia de fuego que cayó de los cielos. Sintió sacudirse y ondear la tierra bajo sus pies, la vio quebrarse y desgarrarse. Nuestros hogares se destruyeron. Nuestro sustento desapareció porque no crecían cosechas. Las ciudades humanas eran ruinas y los elfos se apartaron del mundo, encolerizados.

»Nuestros pequeños lloraban de hambre y tiritaban de frío. Ogros, goblins, secuaces y ladrones humanos campaban a sus anchas. Asaltaban nuestras tierras y mataban a muchos de los nuestros. Acudimos a nuestros parientes que vivían bajo la montaña. Les suplicamos que nos dejaran entrar, que nos salvarán de la hambruna y otras desdichas, de peligros que entonces acechaban en el mundo. —La voz de Flint sonó severa.

»¡El Rey Supremo, Duncan, nos cerró las puertas en las narices! No nos permitía entrar en la montaña y envió un ejército para mantenernos a raya.

»Entonces apareció entre nosotros un mal mayor que cualquiera de los que habíamos conocido. Por desgracia, tomamos, erróneamente, aquel mal como nuestra salvación. Ese mal llevaba por nombre Fistandantilus...

Caramon hizo un ruido, algo como una exclamación ahogada. Raistlin asestó a su gemelo una mirada de advertencia desde debajo de los pliegues

de la capucha, y Caramon permaneció en silencio.

—Fistandantilus era un hechicero humano. Vestía la Túnica Negra y eso tendría que habernos servido de advertencia, pero nuestros corazones estaban negros por el odio y no nos cuestionamos sus motivos para ayudarnos. El tal Fistandantilus nos dijo que deberíamos estar bajo la montaña, cómodos y a salvo, con comida de sobra y sin temor a sufrir daño alguno. Utilizando una magia poderosa, hizo surgir una sólida fortaleza cerca de Thorbardin y después reunió un gran ejército de enanos y humanos que envió a atacar Thorbardin.

»Los enanos de Thorbardin salieron de su hogar en la montaña a nuestro encuentro en el valle. La batalla se prolongó con todo ensañamiento durante mucho tiempo y murieron muchos enanos de ambos bandos.

»Sin embargo, no estábamos a la altura de nuestros parientes como contrincantes. Cuando se hizo evidente que la derrota era inevitable, Fistandantilus montó en cólera. Juró que ningún enano se apoderaría de su maravillosa fortaleza y, mediante la magia, provocó una explosión que hizo que la fortaleza estallara en pedazos y se desplomara sobre él. La explosión mató a millares de enanos de uno y otro bando. Al derrumbarse, la fortaleza adquirió la forma de un cráneo, de ahí el nombre de Monte de la Calavera.

»Al ver aquello, los neidar que habían sobrevivido lo interpretaron como una señal. Mi pueblo se retiró del valle, llevándose sus muertos. Los Enanos de la Montaña cerraron a cal y canto las puertas de Thorbardin, aunque, de todos modos, ninguno de nosotros habría puesto un pie allí dentro después de lo ocurrido —añadió Flint con amargura—. ¡Ni aunque nos lo hubiesen suplicado! ¡Y aún pensamos así!

Se sentó pesadamente en el afloramiento rocoso que había utilizado de asiento, recogió el cuchillo y se lo guardó en el cinturón.

—¿Es posible que la llave para entrar en Thorbardin se encuentre en el Monte de la Calavera? —preguntó Tanis.

—No lo sé —contestó el enano al tiempo que se encogía de hombros—. Y probablemente nadie lo sabrá jamás. Ese sitio está maldito.

—¡Maldito! ¡Bah! —se burló Raistlin—. El Monte de la Calavera es una fortaleza en ruinas, un montón de escombros, nada más. Los fantasmas

que recorren ese lugar lo hacen únicamente en las mentes simples de los ignorantes.

—¡Mentes simples, claro! —replicó Flint—. ¡Supongo que todos nos entontecemos en el Bosque Oscuro!

—Eso fue diferente —repuso Raistlin con frialdad—. La única razón de que creas que el Monte de la Calavera está maldito es porque la fortaleza la construyó un archimago y todos los hechiceros son perversos, según tú.

—Vamos, Raistlin, cálmate —intervino Tanis—. Ninguno de nosotros piensa eso.

—Algunos sí —masculló Sturm.

—Creo que tengo la solución —dijo Elistan al tiempo que se ponía de pie.

Hederick abrió la boca, pero el clérigo se le adelantó.

—Ya has hecho uso de tu turno, Sumo Teócrata. Te pido que tengas paciencia un momento y me escuches.

—Por supuesto, Elistan —contestó Hederick con una sonrisa desabrida—. Todos estamos deseosos de oír lo que tengas que decir.

—La señora Maritta ha planteado nuestro dilema de una forma bastante clara y concisa. Corremos peligro si nos quedamos y no hacemos nada, pero nos exponemos a un peligro mayor si nos marchamos precipitadamente sin tomar las debidas precauciones y sin saber dónde vamos. Esto es lo que propongo:

»Enviamos a nuestros representantes hacia el sur para buscar el reino enano y ver si se puede encontrar la puerta. Y si es posible, entonces pedir ayuda a los enanos.

Flint resopló y abrió la boca para hablar. Tanis le pisó un pie y el enano guardó silencio.

—Si los enanos están dispuestos a acogernos —continuó Elistan—, podemos viajar a Thorbardin antes de que entren los meses más crudos del invierno. Ese viaje se emprendería de inmediato —añadió el clérigo con gesto grave—. Estoy de acuerdo con Tanis y los otros respecto a que el peligro que corremos aquí es mayor cada día que pasa. Dicho lo cual, y a pesar de la sugerencia del mago... —Elistan hizo una reverencia a Raistlin

—, no creo que haya tiempo para hacer un viaje paralelo al Monte de la Calavera.

—Cambiaréis de parecer cuando llaméis en vano a la ladera de una montaña que no se abrirá —dijo Raistlin con los ojos entornados en dos estrechas rendijas.

Esta vez fue Hederick el que habló antes de que Elistan pudiese replicar.

—Es una idea excelente, Hijo Venerable. Propongo que enviemos a Tanis el Semielfo en esa expedición, junto con su amigo, el enano. Como digo siempre, para pillar a un enano, usa a otro enano.

Hederick rió su broma tonta.

Tanis estaba asombrado por esa repentina aquiescencia y de inmediato sospechó que había algo detrás. Había esperado que Hederick se opusiera con firmeza a cualquier sugerencia de marcharse y ahora estaba propiciando el plan. El semielfo miró a la asamblea para ver qué pensaban los demás. Elistan se encogió de hombros, como para decir que tampoco lo entendía, pero que deberían aprovechar el repentino cambio de posición del Sumo Teócrata para lograr su propósito. Riverwind estaba encerrado en un silencio impasible. No le gustaba la idea de ir a Thorbardin. Aún cabía la posibilidad de que él y su pueblo decidieran ponerse en marcha solos. Eso le dio una idea a Tanis.

—Estoy de acuerdo en ir —dijo— Y Flint vendrá conmigo...

—¿Qué? —Flint alzó la cabeza sin salir de su asombro.

—Vendrás —repitió Tanis, que de nuevo le pisó el pie y añadió en un susurro—: Te lo explicaré después.

»En mi ausencia —alzó la voz para continuar—, el Sumo Teócrata y Elistan pueden ocuparse de las necesidades espirituales de la gente. Propongo que Riverwind de Que-shu esté a cargo de su seguridad.

Ahora le llegó el turno a Riverwind de asombrarse.

—Excelente idea —dijo Elistan—. Todos hemos sido testigos de la valentía de Riverwind en la batalla de Pax Tharkas. Hoy mismo hemos visto cómo él y su gente han superado el terror al dragón para atacar al reptil.

Hederick pensaba tan de prisa que Tanis podía ver el proceso mental del hombre reflejado en su cara. Primero, frunció el entrecejo y apretó los labios. El Sumo Teócrata no estaba seguro de que ahora le gustara la idea del viaje, aunque hubiese sido él quien había propuesto que Tanis y Flint fueran a Thorbardin. Estaba seguro de que el semielfo tenía que estar tramando algo si ofrecía el mando a Riverwind. La mirada de los ojos demasiado juntos de Hederick se dirigió hacia el Hombre de las Llanuras, a la túnica y al pantalón de piel de ante, y después desapareció el ceño. Riverwind era un salvaje, un bárbaro. Sin instrucción, sin educación, sería fácil de manipular... O eso suponía Hederick. Podría haber sido peor. El semielfo habría podido elegir a ese insufrible caballero solámnico para que fuese el cabecilla en su ausencia. Eso era lo que Hederick estaba pensando.

Tanis había estado a punto de escoger a Sturm. De hecho, iba a decirlo cuando reconsideró la idea. Al elegir a Riverwind no sólo esperaba persuadirlos a él y a los suyos de que se quedaran, sino que además estaba convencido de que sería un líder mejor. Para Sturm todo era blanco o negro, sin los infinitos matices del gris. Era demasiado estricto, inflexible, intransigente. Riverwind era la mejor opción.

—Si el Hombre de las Llanuras acepta la tarea —dijo Hederick con una amplia sonrisa—, yo no tengo ninguna objeción.

Riverwind iba a rechazar la propuesta en ese mismo momento, pero Goldmoon le puso las manos en el brazo y alzó la vista hacia él. No dijo nada con palabras, pero él la entendió.

—Lo pensaré —contestó tras una pausa.

Goldmoon le sonrió y él cerró su mano sobre las de su esposa. Los seguidores de Hederick se reunieron a su alrededor para hablar de lo que se había tratado. Maritta se acercó a Laurana y las dos se pusieron a hablar con Elistan. La reunión se terminaba.

—¿A qué ha venido eso de que yo iré a Thorbardin? —demandó Flint—. ¡No pondré un pie dentro de esa montaña!

—Luego hablamos —contestó Tanis.

En ese momento, sabiendo que Sturm pensaba que estaba mejor cualificado para el puesto por educación y por linaje, tenía que hablar con el

caballero y explicarle por qué había elegido a Riverwind en vez de a él. Sturm era muy quisquilloso con esas cosas y se ofendía fácilmente.

Tanis se abrió paso entre la gente. Flint continuaba con el tema de Thorbardin y lo seguía tan de cerca que el enano tropezaba con los talones del semielfo cada dos por tres. Intentando esquivar el agujero de la lumbre, Tanis pasó cerca de Hederick. El Teócrata estaba de espaldas y hablaba con uno de sus compinches.

—La única forma de salir de este valle es por las montañas —le explicaba en voz baja—. El semielfo y el enano tardarán semanas en cruzarlas y pasarán otras cuantas semanas más mientras buscan ese inexistente reino enano. De esa manera, nos habremos librado del entrometido mestizo...

Tanis siguió andando, prietos los labios. *«De modo que ésa es la razón de que Hederick respalde el plan de ir a Thorbardin —pensó—. Librarse de mí. Una vez que me haya ido, cree que puede pasar por encima de Elistan y de Riverwind. Yo que él no estaría tan seguro de eso.»*

A pesar de su razonamiento, Tanis se preguntó si Hederick tendría razón. Cabía la posibilidad de que Flint y él pasaran semanas intentando cruzar las montañas.

—No te preocupes por lo que diga ese charlatán —dijo la voz gruñona de Flint junto a su codo—. Hay un camino.

Tanis bajó la vista hacia su amigo.

—¿Significa eso que has cambiado de opinión?

—No —replicó el enano, hosco—. Significa que puedo explicarte cómo encontrar ese camino.

El semielfo sacudió la cabeza. Haría que el enano cambiara de opinión. En ese momento lo que le preocupaba era haber ofendido a Sturm.

El caballero se encontraba cerca de la lumbre, mirando las llamas. No parecía estar ofendido. De hecho, ni siquiera parecía darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Tanis tuvo que llamarlo varias veces para que le oyera.

Sturm se volvió hacia él. Los ojos del caballero brillaban con la luz del fuego. Su semblante, por lo general de gesto severo e impassible, se

mostraba animado y expresivo.

—¡Qué plan tan brillante, Tanis! —exclamó mientras le estrechaba la mano con fuerza.

—¿Qué plan? —preguntó el semielfo, que miraba a su amigo sin salir de su estupor.

—Pues viajar a Thorbardin, claro. Puedes encontrarlo y traerlo de vuelta.

—¿Encontrar qué? —Tanis estaba cada vez más desconcertado.

—¡El Mazo de Kharas! Ésa es la verdadera razón de que te vayas allí, ¿verdad?

—Voy a Thorbardin para encontrar un refugio seguro para todas estas personas. No sé nada sobre ningún mazo...

—¿Es que has olvidado las leyendas? —preguntó Sturm, escandalizado—. Estuvimos hablando de eso la otra noche. Del sagrado y mágico Mazo de Kharas... ¡Utilizado para forjar la Dragonlance!

—Ah, sí, cierto. La Dragonlance.

Sturm, al captar el tono escéptico del semielfo, lo miró con decepción.

—La Dragonlance es la única arma capaz de derribar a un dragón, Tanis. Necesitamos esas lanzas para luchar contra la Reina Oscura y sus secuaces. ¡Ya viste lo que pasó cuando las flechas alcanzaron a esa bestia roja! ¡Rebotaron! Una Dragonlance, por otro lado, es una arma bendecida por los dioses. El gran Huma usó una Dragonlance para derrotar a Takhisis...

—Lo recuerdo —se apresuró a atajarlo Tanis—. El Mazo de Kharas. Lo tendré en mente.

—Deberías. Esto es importante, Tanis —insistió el caballero, y lo hizo con una tremenda seriedad—. Quizá sea la tarea más importante que hayas abordado en toda tu vida.

—Las vidas de ochocientas personas...

Sturm hizo un ademán con la mano, como desestimando ese tema.

—El Mazo es la única oportunidad que tenemos de ganar esta guerra y está en Thorbardin. —Los dedos del caballero presionaron con más fuerza

el brazo de Tanis. Éste lo sintió temblar por la intensidad de sus emociones —. Tienes que pedir a los enanos que nos lo presten. ¡Has de hacerlo!

—Descuida, Sturm, lo haré, te lo prometo —contestó Tanis, perplejo por la vehemencia de su amigo—. En cuanto a Riverwind...

Pero la mirada de Sturm se había desviado hacia Raistlin y Caramon, a los que observaba ahora.

Caramon hablaba con su gemelo en voz baja. La expresión del hombretón era de preocupación. Raistlin hizo un gesto impaciente y luego, acercándose más a él, le dijo algo a su hermano.

—Raistlin planea algo —dijo Sturm, ceñudo—. Me pregunto qué será. ¿Por qué sacó a relucir el Monte de la Calavera?

—Nombré líder a Riverwind en mi ausencia... —volvió a intentarlo Tanis.

—Una buena elección, Tanis —comentó Sturm con aire ausente.

Los gemelos habían acabado la conversación y, dejando atrás a Caramon, Raistlin se encaminó hacia la boca de la cueva a paso vivo, con más energía de lo que era habitual en él. Los ojos de Caramon siguieron con expresión triste la marcha del mago. Después, el hombretón sacudió la cabeza y abandonó la cueva también.

—Discúlpame, Tanis —dijo Sturm, que se apresuró a ir en pos de los hermanos.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó Flint.

—Que me maten si lo entiendo. ¿Sabes tú algo sobre ese mazo?

—Y dale con el mazo. —Flint estaba que echaba chispas—. No pienso poner los pies dentro de esa montaña.

Tanis suspiró y estaba a punto de llevar a cabo su propia escapada de la agobiante cueva cuando vio a Riverwind y a Goldmoon parados delante de la entrada. Creyó que les debía a ambos una explicación.

—Buena trampa me has tendido, semielfo —comentó Riverwind—. Estoy pillado en ella y ni siquiera mi esposa me liberará.

—Hiciste una sabia elección —dijo Goldmoon.

Riverwind sacudió la cabeza.

—Te necesito, amigo mío —confesó Tanis completamente en serio—. Si he de emprender este viaje, necesito saber que tengo aquí a alguien en quien puedo confiar. Hederick es un asno que nos conducirá al desastre si se le presenta la menor oportunidad. Elistan es un buen hombre, pero no sabe nada de batallas. Si Verminaard y sus fuerzas atacaran, la gente no puede contar sólo con plegarias y discos de platino para que la salven.

—Tanis, no deberías hablar tan a la ligera de esas cosas. —La mujer estaba muy seria.

—Lo siento, Goldmoon —respondió el semielfo con toda la suavidad con la que fue capaz—, pero ahora no tengo tiempo para sermones. Ésta es la pura y dura verdad, a mi entender. Si vosotros y vuestros guerreros os marcháis, abandonaréis a esta gente a su suerte y a una muerte casi segura.

Riverwind parecía seguir dudando, pero Tanis se daba cuenta de que empezaba a flaquear.

—He de discutir esto con mi pueblo —dijo finalmente.

—Sí, hazlo —lo animó Tanis—. Necesito tu respuesta en seguida. Flint y yo nos marchamos por la mañana.

—Querrás decir que tú te marchas por la mañana —rezongó el enano.

—Tendrás mi respuesta antes de que te duermas —prometió Riverwind, y él y su esposa se fueron; Goldmoon le dirigió una mirada preocupada antes de salir de la cueva.

Tanis apartó a un lado el almacén de ramas y salió; ya fuera, respiró profundamente el fresco aire. Sintió el hormigueo del frío en los brazos al caerle encima los copos de nieve. Se quedó parado allí un momento, respirando el aire frío y puro, y después echó a andar por el camino que descendía por la ladera.

—¿Adónde vas? —demandó Flint.

—A soltar a Tasslehoff, a no ser que haya arrancado a mordiscos la pata de la mesa a estas alturas...

—Déjalo atado —aconsejó el enano—. Menos problemas para todos nosotros.

Los copos blancos seguían cayendo lentamente, pero aquí y allí Tanis divisó estrellas a través de las nubes. Esa noche no caería una gran nevada,

sólo la suficiente para dejar blanco el suelo, lo que facilitaría a los cazadores seguir el rastro de los venados. Cada vez había menos ciervos en el valle y eran más difíciles de encontrar.

—Después de que apacigüe a Tas, tú y yo tenemos que hacer el equipaje —continuó Tanis al oír a su espalda las fuertes pisadas del enano—. Quiero que nos pongamos en marcha tan pronto como haya luz.

Las pisadas se detuvieron. El enano se había cruzado de brazos; daba la impresión de tener el propósito de quedarse plantado sobre aquella piedra hasta echar raíces.

—Yo no voy. Te lo he dicho, Tanis. No pienso poner los pies...

—...dentro de esa montaña, sí, te he oído las primeras veinte veces. —El semielfo se paró y se volvió para mirar al enano—. Sabes que no puedo hacer esto solo, Flint. Sabes que necesito tu ayuda. Hablo el idioma enano y supongo que comprendo a los enanos más o menos como cualquier elfo o cualquier humano los comprende, pero no tanto como puede entenderlos uno de los suyos.

—¡No soy uno de los suyos! —bramó Flint—. Soy un Enano de las Colinas...

—Lo que significa que serás el primer neidar que pise dentro de la montaña en trescientos años. Harás historia, Flint. ¿Se te ha ocurrido pensar eso? ¡Incluso podrías ser el responsable de la unificación de las naciones enanas! Y, además, está el mazo. Si encontrases el Mazo de Kharas y lo trajeras de vuelta...

—¡El Mazo de Kharas! Algún cuento disparatado que le contó a Sturm su abuelita —se mofó Flint.

Tanis se encogió de hombros.

—Depende de ti, por supuesto —dijo—. Si decides quedarte, serás tú quien tendrá que hacerse cargo de Tasslehoff.

Flint dio un respingo horrorizado.

—¡No te atreverías a hacerme eso!

—¿Y en quién más puedo confiar? ¿En Caramon?

Tanis echó a andar de nuevo. A su espalda oyó un rezongo, el ruido de pies al arrastrarse y algún que otro resoplido furioso. Después sonaron las

ruidosas pisadas de unas botas.

—Supongo que tendré que ir —claudicó el enano con voz destemplada—. Jamás encontrarías la puerta sin mi ayuda.

—No tendría la más mínima posibilidad —dijo Tanis.

El semielfo sonrió, al abrigo de la oscuridad, mientras la nieve seguía cayendo a su alrededor.

5

El mandato de Raistlin
El ultimátum de Tika
Caramon hace una elección

Fistandantilus. Caramon conocía ese nombre. Se había puesto tenso al oír al enano pronunciarlo y siguió tenso durante el resto de la reunión; perdió completamente el hilo de la discusión que se desarrolló a continuación. Estaba recordando una conversación con su gemelo en la ciudad en ruinas de Xak Tsaroth.

Raistlin le había dicho que entre el tesoro del dragón de esa condenada ciudad había un libro de hechizos de inmenso valor. Si conseguían derrotar al dragón, Raistlin le había ordenado a Caramon que buscara ese libro y se hiciera con él para dárselo después.

—¿Cómo es? —le había preguntado a su hermano.

—Es como mi libro de encantamientos, sólo que en lugar de estar encuadernado en pergamino, lo está en piel azul oscuro y las runas son de color plateado. Cuando lo toques, notarás un frío sobrenatural —le había dicho Raistlin.

—¿Qué dicen las runas? —Caramon desconfiaba del encargo. No le había gustado la forma en la que su hermano había descrito el libro.

—Será mejor que no lo sepas... —Raistlin había esbozado una sonrisa para sí mismo, una sonrisa misteriosa.

—¿A quién pertenecía ese libro?

Aunque Caramon no era mago sabía muchas cosas sobre la forma de actuar de los hechiceros al haber estado siempre cerca de su gemelo. La posesión más valiosa de un mago era su libro de hechizos, recopilados a lo largo de una vida de trabajo. Escrito en el lenguaje de la magia, cada conjuro se apuntaba con todo detalle y con las palabras precisas, junto con anotaciones sobre la correcta pronunciación de cada vocablo, la inflexión y la entonación exactas, qué gestos debían utilizarse y qué ingredientes podrían hacer falta.

—Tú nunca has oído hablar de él, hermano —le había dicho Raistlin a Caramon tras uno de aquellos raros lapsus en los que parecía estar mirando dentro de sí mismo, aparentemente buscando algo perdido—. Y, no obstante, fue uno de los hechiceros más notables que haya existido. Se llamaba Fistandantilus.

Caramon se había sentido reacio a hacer la siguiente pregunta, temeroso de la respuesta que podría recibir. Al recordar ahora, se dio cuenta de que había sabido con exactitud lo que iba a oír. Ojalá no hubiera abierto la boca.

—Ese Fistandantilus... ¿vestía la Túnica Negra?

—¡No me hagas más preguntas! —Raistlin se había enfadado—. ¡Eres tan desconfiado como los demás! ¡Ninguno de vosotros me comprende!

Pero Caramon comprendía. Lo había comprendido entonces. Lo comprendía ahora... o eso creía. El hombretón esperó hasta que la asamblea empezó a disolverse y entonces se acercó a su gemelo.

—Fistandantilus —dijo en voz baja mientras miraba alrededor para estar seguro de que nadie fuera a oírlos por casualidad—. Ése es el nombre del hechicero perverso... Ése a quien pertenecía el libro que encontraste...

—Sólo porque un mago lleve la Túnica Negra no lo convierte en malvado —repuso Raistlin con un gesto impaciente—. ¿Por qué nunca te entra esa idea en tu dura cabezota?

—De cualquier forma —dijo el guerrero, que no quería tener otra discusión porque lo dejaban confuso y embarullado—, me alegro de que Tanis y Flint decidieran no ir a ese sitio, ese Monte de la Calavera.

—¡Son unos imbéciles, todos ellos! —dijo Raistlin, que echaba chispas—. Ya puestos, Tanis podría usar la cabeza del enano para llamar en la ladera de la montaña, para lo que les va a servir. Nunca encontrarán el modo de entrar en Thorbardin. ¡El secreto está en el Monte de la Calavera!

Le sobrevino un ataque de tos y el mago tuvo que dejar de hablar.

—Te estás excitando demasiado —dijo Caramon—. Eso no te conviene.

Raistlin sacó el pañuelo y se lo llevó a los labios. Inhaló entrecortada, trabajosamente, dos veces. El ataque cedió y el mago posó la mano en el brazo de su hermano.

—Ven conmigo, Caramon. Tenemos mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

—Raist... —A veces, Caramon era capaz de leerle la mente a su hermano y eso fue lo que ocurrió en ese momento, que supo exactamente lo que se proponía hacer Raistlin. El hombretón intentó protestar, pero los ojos de su hermano se entrecerraron de manera alarmante y Caramon se tragó las palabras.

—Vuelvo a nuestro habitáculo —dijo fríamente Raistlin—. Tú decides si vienes o no conmigo.

Dicho esto echó a andar a buen paso y Caramon lo siguió, aunque más despacio.

Raistlin llevaba tanta prisa y su gemelo iba tan decaído que ninguno de los dos reparó en que Sturm caminaba detrás.

* * *

Mientras se celebraba la reunión, Tika Waylan permaneció en la cueva que compartía con Laurana intentando peinar la enredada mata de rizos pelirrojos. Tika se había sentado en una pequeña banqueta que Caramon había hecho para ella, a la luz de una vela, y se esforzaba por deshacer un nudo en un mechón donde el peine de madera se había quedado atascado.

Podía intentar desenredarlo suavemente, como Laurana le había enseñado, pero ella tenía muy poca paciencia. Antes o después le daría un tirón al peine y arrastraría el nudo y un puñado de cabellos con él.

La manta que la joven había utilizado como puerta improvisada para tapar la entrada se abrió y una ráfaga de aire y un remolino de copos de nieve precedieron a Laurana, que entró con un farol en la mano. Tika alzó la cabeza.

—¿Qué tal ha ido la reunión?

Cuando se habían conocido en Qualiniesti, Tika se había quedado impresionada con Laurana. Las dos no podían ser más distintas. Laurana era hija de un monarca, mientras que Tika era hija de un ilusionista a tiempo parcial y ladrón a jornada completa. Laurana era una elfa, una princesa.

Tika había crecido como una salvaje gran parte de su vida. Habiéndole tomado el gusto a robar ella también, había cometido delitos. Otik Sandhal, propietario de la posada El Ultimo Hogar, en Solace, se había ofrecido a adoptar a la huérfana y le había dado un ganancioso empleo como camarera.

Las dos jóvenes eran totalmente diferentes en aspecto. Laurana era esbelta y grácil, en tanto que Tika tenía un generoso busto y una constitución robusta. La elfa era muy rubia, de tez blanca y sonrosada, mientras que el cabello de la humana era tan rojo como el fuego y su cara estaba llena de pecas.

Tika sabía muy bien que poseía su propio tipo de belleza y la mayor parte del tiempo —cuando no estaba con Laurana— se sentía conforme consigo misma. El pelo rubio de la elfa hacía que el de ella, en contraste, pareciera aún más rojo, del mismo modo que la grácil figura de Laurana hacía que Tika tuviera la impresión de ser toda ella busto y caderas.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Tika, contenta de tener una excusa para dejar de lado el peine. Le dolían el brazo y el hombro y sentía pinchazos en el cuero cabelludo.

—Como era de esperar —repuso Laurana con un suspiro—. Se discutió mucho. Hederick es tonto de remate.

—¡A mí me lo vas a decir! —exclamó Tika, sucinta—. Estaba en la posada cuando metió la mano en el fuego.

—Justo cuando parecía que nadie se pondría de acuerdo, Elistan propuso una solución —continuó Laurana y su voz se suavizó con un tono de admiración—. Su plan es brillante y todos lo han aceptado, incluso Hederick. Elistan sugirió que enviásemos una delegación al reino enano de Thorbardin para ver si podremos encontrar refugio allí. Tanis se ofreció voluntario para ir, junto con Flint.

—¿Y Caramon no? —preguntó Tika con ansiedad.

—No, sólo Tanis y Flint. Raistlin quería que fuesen primero a un lugar llamado el Monte de la Calavera para encontrar el camino secreto que lleva al reino enano o algo por el estilo, pero Flint dijo que el Monte de la Calavera estaba hechizado y Elistan añadió que no había tiempo para hacer ese viaje antes de que entrara el invierno. Raistlin parecía enfadado.

—Apuesto a que sí —dijo Tika con un escalofrío—. Un sitio hechizado con el nombre de Monte de la Calavera encaja con él a la perfección y arrastraría a Caramon con él allí. ¡Gracias a los dioses que no van!

—Hasta Hederick admitió que el plan de Elistan era bueno —comentó Laurana.

—Supongo que la sabiduría va de la mano con las canas —apuntó Tika al tiempo que volvía a coger el peine—. Aunque, por supuesto, eso no ha funcionado en el caso de Hederick.

—Elistan no tiene el cabello canoso —protestó Laurana—. Es plateado. El pelo plateado hace distinguido a un hombre.

—¿Estás enamorada de Elistan? —preguntó Tika, que metió el peine en la rizada melena y empezó a dar tirones.

—¡Espera, deja que yo haga eso! —exclamó la elfa, que se había encogido al verla tirar del pelo.

Tika le pasó el peine con gratitud.

—Eres demasiado impaciente —la reconvino Laurana—. Acabarás estropeándote el pelo y sería una lástima, con lo bonito que lo tienes. Te envidio.

—¿En serio? —Tika no salía de su asombro—. ¡No se me ocurre por qué! ¡Tienes un pelo tan brillante y tan rubio!

—Y liso como una tabla —añadió con tristeza la elfa. En sus manos, el peine trabajaba suavemente cada nudo hasta desenredarlo—. En cuanto a Elistan, no, no estoy enamorada de él, pero lo admiro y lo respeto. Ha soportado tanto dolor y sufrimiento... Esas experiencias habrían vuelto cínico y rencoroso a cualquier otro, pero a Elistan lo han hecho más compasivo e indulgente.

—Pues sé de alguien que cree que estás enamorada de Elistan —dijo Tika con una sonrisa traviesa.

—¿A quién te refieres? —preguntó Laurana, que se había puesto colorada.

—A Tanis, por supuesto —repuso la otra joven con picardía—. Está celoso.

—¡Eso es imposible! —Laurana dio al peine un tirón más fuerte de lo normal—. Tanis no me ama. Eso lo dejó bien claro. Está enamorado de esa humana.

—¡Esa zorra de Kitiara! —Tika resopló con desprecio—. Perdón porque haya usado ese lenguaje. En cuanto a Tanis, no sabe distinguir su corazón de su... En fin, no voy a decir qué, pero ya sabes a lo que me refiero. Les pasa igual a todos los hombres.

Laurana se había quedado callada, y Tika giró la cabeza para mirar a la elfa y ver si estaba enfadada.

Laurana, enrojecidas las mejillas por un suave rubor, bajó los ojos. La elfa seguía peinándola pero no prestaba atención a lo que hacía.

«*A lo mejor no me ha entendido*», comprendió Tika de repente. Le resultaba muy chocante que una mujer de cien años supiera menos sobre el mundo y los hombres que otra que tenía sólo diecinueve. Aun así, Laurana había vivido esos años mimada y protegida en el palacio de su padre, en mitad de un bosque. No era de extrañar su candidez.

—¿Crees de verdad que Tanis está celoso? —preguntó Laurana aún más ruborizada.

—He observado que se pone verde como un goblin cada vez que os ve juntos a Elistan y a ti.

—No tiene razón alguna para pensar que hay algo entre nosotros —dijo la elfa—. Hablaré con él.

—¡Ni se te ocurra! —Tika se giró con tanta rapidez que el peine se le quedó enganchado en el pelo y se lo arrancó de las manos a Laurana—. Déjalo que se cueza en su propia salsa durante un tiempo. A lo mejor así se le quita de la cabeza esa gata montes de Kitiara.

—Pero eso sería casi como mentir —protestó Laurana mientras recuperaba el peine.

—No, no lo sería —dijo Tika—. Además ¿y qué si lo fuera? Todo vale en el amor y en la guerra y los dioses saben que para nosotras, las mujeres, el amor es la guerra. Ojalá hubiera alguien por aquí con quien pudiera darle celos a Caramon.

—Caramon te quiere mucho, Tika —dijo Laurana con una sonrisa—. Eso lo ve cualquiera por la forma que te mira.

—¡No quiero que se limite a echarme miraditas con cara de perro apaleado! ¡Quiero que haga algo al respecto!

—Está Raistlin... —empezó Laurana.

—¡No me menciones a Raistlin! —espetó Tika—. Más que un hermano, Caramon es un esclavo y un día abrirá los ojos y se dará cuenta. Sólo que para entonces quizá ya sea demasiado tarde. —Irguió la cabeza—. Es posible que algunos de nosotros hayamos seguido adelante con nuestra vida.

No hubo más conversación. Laurana reflexionaba sobre la nueva e inesperada revelación de que Tanis quizás estaba celoso de su relación con Elistan. Desde luego, eso explicaría el comentario que le había hecho en la reunión.

Por su parte, Tika siguió sentada en la banqueta que Caramon había hecho para ella y parpadeó para contener las lágrimas... Lágrimas causadas por los tirones en el pelo, claro.

* * *

Caramon se quedó rezagado a propósito de camino a la pequeña cueva que ocupaban su gemelo y él. El hombretón conocía a su hermano y sabía que Raistlin planeaba algo; por lo general caminaba despacio, con pasos cautelosos, apoyado en el bastón o en su brazo, pero ahora lo hacía de prisa. El cristal que asía la garra de dragón en lo alto del bastón arrojaba una luz mágica para guiarle los pasos y la roja túnica susurraba al rozarle en los tobillos. No se volvió a mirar para ver si Caramon lo seguía; sabía que iría detrás.

Al llegar a la cueva, Raistlin apartó a un lado la mampara de madera y entró. Caramon lo hizo más despacio y se paró para poner la mampara en su sitio y dejar cerrado durante la noche. Raistlin lo detuvo.

—Déjala así —dijo—. Tienes que salir otra vez.

—¿Quieres que te traiga agua caliente para la infusión? —preguntó Caramon.

—¿Acaso me estoy muriendo con un ataque de tos? —demandó el mago.

—No.

—Entonces, no necesito la infusión. —Raistlin rebuscó entre sus pertenencias, sacó un odre para agua y se lo tendió a su hermano—. Ve al arroyo y llena esto.

—Hay agua en el cubo... —empezó el hombretón.

—Si quieres llevar agua en el cubo durante el viaje, hermano, entonces hazlo, ¡cómo no! —repuso fríamente Raistlin—. A la mayoría de la gente le resulta más práctico un odre.

—¿Qué viaje? —preguntó Caramon.

—El que emprendemos por la mañana —repuso Raistlin, que volvió a tenderle el odre a su gemelo—. ¡Toma, cógelo!

—¿Dónde vamos? —inquirió Caramon, que mantuvo las manos pegadas a los costados.

—¡Oh, venga ya, Caramon! ¡Ni siquiera tú puedes ser tan estúpido! —Raistlin tiró el odre a los pies de su hermano—. Haz lo que te digo. Partiremos muy temprano y quiero estudiar mis hechizos antes de ir a dormir. También necesitaremos vituallas.

Raistlin tomó asiento en la única silla que había en la cueva, tomó su libro de hechizos y lo abrió. Unos segundos después, sin embargo, lo cerró y, rebuscando en el fondo de una de sus bolsas sacó otro, el libro de encantamientos con la encuadernación en cuero azul. No lo abrió, sólo lo sostuvo entre las manos.

—Vamos al Monte de la Calavera, ¿verdad? —dijo Caramon.

Raistlin no respondió y siguió con las manos en el libro cerrado.

»¡Ni siquiera sabes dónde está! —protestó su hermano.

El mago alzó los ojos hacia Caramon; los iris dorados relucían de un modo extraño a la mágica luz del bastón.

—La cosa es, Caramon, que sí sé dónde está —susurró—. Conozco la ubicación y sé cómo llegar allí. No sé por qué... —Dejó la frase en el aire.

—¿Por qué, qué? —demandó Caramon, desconcertado.

—Por qué lo sé o cómo lo sé. Es extraño, como si ya hubiese estado allí.

—Guarda ese libro, Raistlin, y olvídate de todo esto —pidió el hombretón, preocupado—. El viaje sería muy duro para ti. No podemos escalar la montaña...

—No tenemos que hacerlo —dijo Raistlin.

—Aunque deje de nevar, hará frío, humedad y será un viaje peligroso —añadió Caramon—. ¿Y si Verminaard vuelve otra vez y nos sorprende en campo abierto?

—Eso no ocurrirá porque no estaremos en campo abierto. —El mago asestó una mirada furiosa a su gemelo—. ¡Deja de discutir y ve a llenar el odre de agua!

—No. —Caramon sacudió la cabeza—. No lo haré.

Raistlin inhaló con un ruido que sonaba como un borboteo y luego soltó el aire con fuerza.

—Hermano mío —empezó con suavidad—, si no hacemos este viaje, Tanis y Flint no encontrarán la puerta, y menos aún la forma de entrar en la

montaña.

—¿Estás seguro de eso? —Caramon miró a su hermano a los ojos, fijamente.

—Tan seguro como que les aguarda la muerte, que nos aguarda a todos, si fracasan —contestó el mago sin que le flaqueara la voz ni le vacilara la mirada.

Caramon dio un profundo suspiro, se agachó para recoger el odre y salió de nuevo a la noche y a la nieve.

Raistlin se relajó en la silla, dejó a un lado el libro de hechizos de encuademación en azul oscuro y abrió el suyo.

—Qué alma cándida eres, hermano mío —comentó en tono mordaz.

Al salir, Caramon atisbó a Sturm apostado cerca de la cueva. El hombretón sabía perfectamente bien la razón por la que Sturm se encontraba allí. Había notado que el caballero los observaba en la reunión. Sturm no se rebajaría a espiar a sus amigos; ni a sus enemigos, de hecho. Un acto tan deshonesto iba en contra del Código y la Medida, las rígidas directrices que regían la vida de un Caballero de Solamnia. Sin embargo, el Código y la Medida no mencionaban nada sobre una persuasión amigable. Sturm estaba allí para abordar a Caramon y sacarle la verdad con «persuasión».

El hombretón no sabía guardar secretos; y mentir, menos aún. Si le contaba a Sturm que Raistlin planeaba ir al Monte de la Calavera, el caballero se lo diría a Tanis y sólo los dioses sabían en qué quedaría aquello... Una discusión desagradable en el mejor de los casos; en el peor, una ruptura desastrosa entre amigos de mucho tiempo. Caramon habría querido que Sturm se olvidara del tema.

Una fuerte ráfaga arremolinó los copos de nieve y le permitió ocultar sus movimientos; descendió por la larga cuesta hasta el arroyo. La nevisca cesó, las nubes se abrieron y salieron las estrellas. Echando una ojeada hacia atrás, divisó la silueta de Sturm a la plateada luz de Solinari, todavía deambulando por las inmediaciones de la cueva.

«*Dentro de un rato renunciará y se irá a la cama*», razonó Caramon.

Al hombretón no le gustaba el plan de su hermano de ir a ese sitio encantado del Monte de la Calavera, pero confiaba en él y creía en el argumento de Raistlin de que el viaje era necesario para salvar vidas. Sabía que era el único en tener esa confianza en su gemelo.

«Bueno, no exactamente. A menudo Tanis busca a Raistlin para pedirle consejo.» Era esa certeza más que el razonamiento de su hermano lo que finalmente lo había inducido a secundarlo en su plan.

«Tanis aprobaría que nos fuéramos si tuviera tiempo para pensar en ello —se dijo para sus adentros Caramon—. Lo que ocurre es que todo ha pasado muy de prisa y Tanis ya tiene muchas cosas de las que preocuparse, tal como están las cosas.»

En cuanto a que Raistlin supiera dónde encontrar el Monte de la Calavera y cómo se proponía llegar allí, Caramon sabía que era mejor no preguntar nada; de todos modos, suponía que tampoco lo entendería. Nunca había entendido a su gemelo, ni siquiera cuando eran niños, y tampoco ahora. La terrible Prueba en la Torre de la Alta Hechicería había cambiado para siempre a su hermano en unos modos que escapaban a su comprensión.

La Prueba también había cambiado para siempre la relación entre ambos. El secreto que Caramon guardaba era lo que había descubierto acerca de su hermano en la Torre. Era un secreto oscuro y espantoso, y Caramon lo guardaba principalmente porque nunca se permitía pensar en ello.

Tras haber sorteado a Sturm, el hombretón alzó la cabeza y respiró el aire frío de la noche. Se sentía mejor a campo raso, lejos de las voces. Allí podía pensar. Caramon no era estúpido, como algunos creían. Le gustaba considerar un problema desde todos los ángulos, rumiarlo, darle vueltas, y eso era lo que lo hacía parecer lento. Nadie se había sorprendido más que él cuando sus amigos elogiaron su idea de que Raistlin usara la magia para provocar una avalancha que cerrara el paso.

Caramon se sentía tan bien allí, a solas, que cuando empezó otra vez a nevar sacó la lengua para atrapar los copos, como había hecho de pequeño. La nieve siempre hacía que volviera a sentirse niño de nuevo. Si la nevada hubiese sido más profunda habría estado tentado de tumbarse en ella boca

arriba, abrir y cerrar brazos y piernas y hacer la figura del pájaro en vuelo. Sin embargo, la nieve no era todavía lo bastante profunda y tampoco parecía que tal cosa fuera a ocurrir pronto; las estrellas resplandecían entre las nubes.

Mientras sorteaba el obstáculo de un afloramiento rocoso que se encontraba en su camino y a la vez intentaba no perder el equilibrio, Caramon estuvo a punto de darse de bruces con Tika.

—¡Caramon! —soltó ella, complacida.

—¡Tika! —exclamó él, alarmado.

Se sintió como el guerrero del dicho popular que había esquivado a los kobolds para ir a caer víctima de los goblins. Había conseguido escabullirse de las preguntas de Sturm, pero si había una persona en el mundo capaz de enredarlo en sus rizos pelirrojos y engatusarlo para sacarle lo que quería saber, ésa era Tika Waylan.

—¿Qué haces aquí fuera en plena noche? —le preguntó la joven.

—Iba por agua —contestó Caramon al tiempo que alzaba el odre. Rebulló un instante, nervioso, apoyando el peso ora en un pie ora en otro, y después añadió:— ¡Tengo que irme ya! —y echó a andar.

—Yo también voy al arroyo —dijo Tika, que lo alcanzó—. Me temo que me perdí en la nieve. —Deslizó una mano por el brazo del hombretón para agarrarse—. Pero no tengo miedo cuando estoy contigo.

Caramon tembló de la cabeza a los pies. Hubo un tiempo en el que había pensado que Tika Waylan era la chica más fea que había en el mundo, además de ser el mayor incordio que hubiera pisado la faz de Krynn. Se había ausentado cinco años —en los que había trabajado como mercenario junto a su gemelo— y al regresar y ver a Tika le pareció la mujer más atractiva y maravillosa que había conocido en su vida; y no habían sido pocas.

Robusto, apuesto, fuerte y musculoso, con una sonrisa risueña y de natural bueno, a Caramon nunca le había faltado compañía femenina. Les gustaba a las chicas y las chicas le gustaban a él. Se había permitido tener numerosos devaneos con incontables mujeres y había pasado más veces de las que podía contar acurrucado con alguien en los altillos de establos y

entre la paja de almiar. Sin embargo, ninguna mujer le había llegado al corazón. No hasta que apareció Tika. Y de hecho no es que le hubiese llegado al corazón, sino que el corazón le había saltado del pecho para caer rendido a sus pies.

Deseaba ser un hombre mejor por ella. Deseaba ser más listo, más valiente, y, no obstante, cada vez que estaba con ella se ponía nervioso y se atolondraba, sobre todo cuando se arrimaba a él, como hacía ahora. Caramon recordaba una conversación que había tenido con Goldmoon. La mujer de las Llanuras le había advertido que, a pesar de que Tika hablara y actuara como una mujer mundana, en realidad era joven e inocente. Caramon no debía aprovecharse de ella o le haría mucho daño. El hombretón estaba decidido a mantener un estricto control sobre sí mismo, pero le resultaba muy difícil cuando Tika lo miraba como hacía en ese momento, con la nieve arrancando destellos de los rizos pelirrojos, las mejillas arreboladas por el frío y los verdes ojos resplandecientes.

De repente, Caramon empezó a sospechar que la joven no estaba allí fuera para ir al arroyo. No llevaba cubo y, desde luego, no se iba a bañar. Iba al arroyo porque quería estar con él y aunque la idea era tan estimulante como un ponche con especias, el hecho de saberlo sólo conseguía incrementar su confusión.

Caminaron en silencio, con Tika echándole miradas de soslayo cada dos por tres, como esperando a que hablase. A él no se le ocurría nada de lo que hablar y entonces, cómo no, la joven dijo lo peor que podía haber dicho:

—He oído que tu hermano quería marcharse a una terrible fortaleza que se llama el Monte de la Calavera, pero que Tanis no lo dejó. —Tika tuvo un escalofrío y se apretó más contra él—. Me alegra que no vayas allí.

Caramon masculló algo ininteligible y siguió caminando. La cara le ardía. Seguramente llevaba escrita en la frente la palabra «culpable» y en letras tan grandes que hasta un enano gully podría leerla. Vio que la mirada de ella se desviaba hacia el odre y vio que los verdes ojos se entrecerraban. Caramon gimió para sus adentros.

Tika le soltó el brazo, se apartó de él un paso para que la ardiente rabia de su mirada cayera de lleno sobre él.

—Os marcháis, ¿verdad? —gritó—. ¡Vais a ir a ese sitio espantoso que todo el mundo sabe que está encantado y lleno de fantasmas!

—No está encantado —fue la débil protesta de Caramon.

Al instante se dio cuenta de que tendría que haber negado en redondo que iban allí, pero es que era incapaz de pensar cuando la tenía cerca.

—¡Aja! ¡Así que lo admites! ¡Flint dice que el Monte de la Calavera está encantado! —repuso Tika—. Y él debe de saberlo, ya que nació y creció por esa zona. ¿Sabe Tanis que os marcháis? —Ella misma se encargó de responder a su pregunta—. Por supuesto que no. ¡Así que pensabas irte donde conseguirás que te maten sin despedirte siquiera de mí!

Caramon no tenía ni idea de cómo refutar todas esas acusaciones.

—Nadie va a matarme —contestó por fin de un modo poco convincente—. Raist dice...

—¡Raist dice! —lo imitó Tika—. ¿Por qué va Raistlin? Porque lo que sea tiene algo que ver con ese hechicero, Fistandelano o como quiera que se llame, ése del que me hablaste. El infame hechicero que vestía la Túnica Negra y uno de cuyos infames libros lleva siempre encima Raistlin. Laurana me explicó lo que Flint contó sobre el Monte de la Calavera. Sólo que ella no sabe que yo sé lo que sabes tú: que Raistlin tiene una especie de conexión rara con ese mago muerto.

—No se lo dijiste, ¿verdad? —preguntó Caramon, temeroso—. No se lo has contado a nadie, ¿eh?

—No, no se lo dije, aunque quizá debería hacerlo.

Tika lo miró a la cara con la cabeza inclinada hacia atrás y los verdes ojos echándole chispas.

—Si me quieres, Caramon, no te irás. ¡Le dirás a ese hermano tuyo que ya puede buscarse a otro que arriesgue la vida por él y le haga los recados y le prepare su estúpida infusión!

—Te quiero, Tika —admitió el hombretón, desesperado—, pero Raist es mi hermano. Sólo nos tenemos el uno al otro y dice que este viaje es importante, que la vida de todas esas personas depende de ello.

—¡Y tú le crees! —se mofó la joven.

—Sí —respondió Caramon con sencilla dignidad—. Le creo.

A Tika se le llenaron los ojos de lágrimas, que en seguida se deslizaron por las pecosas mejillas de la joven.

—¡Espero que un fantasma te chupe toda la sangre hasta dejarte sin una gota! —sollozó, furiosa, y luego echó a correr.

—¡Tika! —llamó Caramon, desconsolado.

La joven no miró atrás y, resbalando y tropezando, siguió corriendo por las piedras cubiertas de nieve.

Caramon habría querido ir tras ella, pero no lo hizo porque ¿qué podía decirle? No estaba en posición de darle lo que quería. No podía abandonar a su hermano por ella a pesar de lo mucho que la adoraba. Raistlin siempre había estado antes que nadie. Tika era fuerte. Raist era débil, frágil, enfermizo.

—Me necesita —se dijo Caramon en voz baja—. Depende de mí y cuenta conmigo. Si no estuviera a su lado para ayudarlo podría morir, igual que de pequeños. Ella no lo entiende.

Se encaminó de nuevo hacia el arroyo para llenar el odre, pese a que ahora ya no saldrían de viaje. Tika iría derecha a hablar con Tanis, y entonces el semielfo iría a hablar con Raistlin y le prohibiría que siguiera adelante con su plan, y Raistlin comprendería que él había descubierto el pastel. Si se entretenía un rato, a lo mejor la furia de su hermano se habría calmado para cuando volviera a la cueva. Caramon lo dudaba, pero siempre cabía la posibilidad.

* * *

Caramon se detuvo ante la boca de la cueva para armarse de valor, después apartó la mampara y entró.

—Raist, siento que... Se paró al tiempo que guardaba silencio. Su gemelo dormía profundamente, envuelto en la manta y con la mano posada en el bastón que nunca dejaba lejos de él. La mochila con los libros de hechizos se encontraba junto a la entrada, al igual que la mochila del guerrero, todo preparado para emprender la marcha muy temprano.

Una oleada de alivio le recorrió de la cabeza a los pies. ¡Tika no se lo había dicho a Tanis! ¡Quizá, después de todo, lo había entendido!

Moviéndose con gran cuidado, dejó el odre lleno de agua en el suelo, se quitó la camisa, se tumbó y, con la despreocupación de quien tiene la conciencia tranquila, se quedó dormido casi de inmediato.

6

Salida a hurtadillas Ojos en el cielo Día de colada

La mano de su hermano lo sacudió por el hombro y lo despertó.

—¡Guarda silencio! —susurró Raistlin—. ¡Y date prisa! ¡Quiero marcharme antes de que nadie se levante!

—¿Y qué pasa con el desayuno? —preguntó Caramon.

Raistlin le asestó una mirada de aversión.

—Bueno, tengo hambre —dijo el guerrero.

—Comeremos en el camino —contestó su hermano.

Caramon suspiró. Recogió las dos mochilas y el odre y salió de la cueva en pos de su hermano. El cielo estaba oscuro y cuajado de estrellas. El aire era frío y tan cortante que pinchaba al entrar en los pulmones. Había dejado de nevar a lo largo de la noche, poco después de alfombrar el suelo. No obstante, las nubes se acumulaban encima de las montañas; volvería a nevar antes de que acabara el día.

Solinari, la luna plateada, tenía forma de hoz en el cielo. Lunitari, la luna roja y diosa de la magia practicada por Raistlin, entraba en el último cuarto creciente. Su luz rojiza proyectaba sombras misteriosas en la nieve. El mago alzó los ojos hacia el astro y sonrió.

—La diosa alumbra nuestro camino hacia el alba —dijo—. Un buen augurio.

Caramon esperaba que su gemelo estuviera en lo cierto. Ahora, iniciado el viaje y comprometidos con el objetivo marcado, el guerrero deseaba alejarse de los demás lo antes posible. Por suerte, Raistlin tenía uno de sus días buenos. Apenas tosía y caminaba con agilidad y rapidez por la vereda.

Descendieron a buen paso por la ladera al fondo del valle y de allí se encaminaron hacia el sudeste. Al llegar a una zona arbolada se metieron entre los árboles y en seguida perdieron de vista el campamento y cualquier posible refugiado madrugador.

El guerrero respiraba más tranquilo cuando el tintineo de una armadura y un choque metálico hicieron que tirara los bultos al suelo y llevara la mano hacia su espada. Los dedos de Raistlin buscaron en un saquillo los ingredientes de conjuros.

Sturm Brightblade salió de las sombras enrojecidas de las ramas de los árboles y se plantó en el sendero, cerrándoles el paso.

Raistlin asestó a Caramon una mirada furiosa.

—¡No le dije nada, Raist! ¡De verdad! —dijo atropelladamente el guerrero.

—Tu hermano no me contó nada, Raistlin —confirmó el caballero—, así que no desahogues tu ira con él. En lo tocante a cómo me he enterado, no ha sido difícil. Te conozco desde hace muchos años, los suficientes para comprender que saldrías en busca de tus intereses sin importarte los demás ni pensar en ellos. Cuando abandonaste la reunión anoche sabía que te proponías partir a hurtadillas hacia el Monte de la Calavera.

—Entonces —repuso el mago, iracundo—, también deberías saber que no puedes impedírmelo, así que apártate a un lado y déjanos pasar a mi hermano y a mí. —Hizo una pausa y luego añadió:— Por bien de nuestra amistad no querría hacerte daño.

La mano de Sturm se desplazó hacia la empuñadura de la espada, pero no desenvainó el arma. Su mirada se desvió hacia Caramon y después volvió hacia su gemelo.

—No discuto que pongas en peligro tu vida, Raistlin. En realidad, no es un secreto que pienso que el mundo sería un lugar mejor sin estar tú en él, pero no es preciso que hagas que maten a tu hermano también.

—Caramon viene por decisión propia —repuso el mago con una sonrisa ambigua ante el candor del caballero—. ¿No es cierto, hermano?

—Raistlin dice que hemos de ir, Sturm —intervino el guerrero—. Dice que Flint y Tanis no podrán encontrar la puerta de Thorbardin sin la llave secreta que se encuentra en el Monte de la Calavera.

—Hay muchas cosas importantes por las que deberían conseguir entrar en Thorbardin, ¿no es cierto, Sturm Brightblade? —sugirió Raistlin con un ligero golpe de tos.

El caballero lo miró atentamente.

—Os dejaré ir con una condición —dijo luego, mientras soltaba la empuñadura de la espada y se apartaba a un lado—. Iré con vosotros.

Caramon se encogió al temer que su gemelo montaría en cólera.

En cambio, Raistlin dirigió a Sturm una mirada extraña, con los ojos entrecerrados.

—No veo inconveniente alguno en que el caballero nos acompañe —dijo después en voz queda—. ¿Y tú, hermano?

—No —contestó Caramon, asombrado.

—De hecho, podría serme de utilidad. —Raistlin empujó al caballero para pasar y siguió por la vereda que conducía a través del bosque.

Sturm recogió un petate que, por el ruido metálico que salía de él, debía de guardar la mayor parte de su armadura. Llevaba puestos el yelmo y el peto, con la rosa y el martín pescador, símbolo de la orden de caballería de Solamnia; el resto lo cargaba en el petate.

—¿Lo sabe Tanis? —preguntó Caramon en voz baja cuando Sturm lo alcanzó en la vereda.

—Lo sabe. Lo hice partícipe de mi sospecha de que Raistlin se marcharía por su cuenta —contestó Sturm mientras se colocaba el petate en una postura más cómoda sobre el hombro.

—¿Le... eh... dijo algo Tika?

—Así que se lo dijiste a ella —dijo el caballero con una sonrisa—, pero no se lo contaste a Tanis.

Caramon se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—No iba a decírselo a nadie, pero Tika me... acorraló. ¿Está muy enfadada? —preguntó, entristecido.

Sturm no contestó y se atusó el largo bigote, que era la forma que tenía el caballero de no entrar en un tema desagradable. Caramon suspiró y sacudió la cabeza.

—Me sorprende que Tanis no intentara detener a Raistlin. —Cree que hay algo de verdad en las afirmaciones de tu hermano, aunque no quiso decirlo delante de Hederick. Si conseguimos hallar la llave de las puertas de Thorbardin y si encontramos las puertas a tiempo, hemos de hacérselo saber de inmediato.

—¿Y cómo sabremos dónde buscarlo? —inquirió el guerrero—. Va a estar de caminata por las montañas con Flint.

Sturm dirigió una mirada penetrante a Caramon.

—Es interesante que a Raistlin no se le ocurriera preguntar eso a Tanis, ¿verdad? Sospecho que su plan es buscar Thorbardin él mismo si da con la llave. ¿Qué crees tú que anda buscando en el Monte de la Calavera?

—Eh... No lo sé —contestó Caramon, con los ojos clavados en el suelo cubierto de nieve—. No me lo había planteado.

—No —dijo Sturm en voz baja mientras le lanzaba una mirada penetrante—. Supongo que no te lo plantearías.

—¡Raist dice que vamos a ayudar a los refugiados! —arguyó el guerrero, a la defensiva, y Sturm gruñó.

—¿Cómo sabe dónde va? —preguntó luego en voz baja—. ¿Cómo es que conoce el camino? ¿O es que vamos a deambular a la aventura por ahí?

Caramon observó a su gemelo, que caminaba con seguridad por la vereda entre los árboles. El mago iba ahora más despacio y de vez en cuando tanteaba con la punta del bastón en el suelo, como haría un ciego, y, sin embargo, no daba la impresión de que se hubiera perdido. Avanzaba con determinación y cuando se paraba para mirar a su alrededor lo hacía sólo con brevedad y en seguida reanudaba la marcha.

—Dice que conoce un camino, un camino secreto. —Al advertir la expresión de Sturm añadió:— Raist sabe muchas cosas. Lee libros.

Nada más haber hablado, Caramon lamentó haberlo hecho porque le hizo pensar en algo que no le gustaba —el libro de encuadernación azul oscura— y rechazó el recuerdo rápidamente. Si Raistlin había encontrado indicaciones en el libro que había pertenecido a un malvado hechicero, él no quería saberlo.

—A lo mejor se lo dijo Flint —sugirió el guerrero, y la posibilidad de que hubiese sido así lo alegró—. Sí, eso es. Flint tiene que habérselo dicho.

Sturm sabía que era inútil señalar lo obvio: Flint no le diría a Raistlin ni la hora que era. Caramon llevaba tantos años engañándose a sí mismo con respecto a su hermano que no vería la verdad ahora ni aunque le diera una patada en el trasero.

Unos pasos por delante de los otros, Raistlin sabía perfectamente que su hermano y el caballero hablaban de él. Incluso sabía sobre qué hablaban. Podría haber citado palabra por palabra las frases de cada uno de ellos. Le daba igual. Si el caballero lo difamaba, Caramon lo defendería. Él lo defendía siempre. A veces, Raistlin se sorprendía a sí mismo deseando que Caramon sacara a relucir un poco de carácter y le hiciera frente, que lo desafiara. Entonces razonaba que si tal cosa ocurría Caramon dejaría de serle útil y todavía lo necesitaba. Llegaría el día en el que podría vivir sin depender de su hermano, pero por ahora no. Todavía no.

El mago echó una mirada de soslayo por encima del hombro a los dos hombres: su hermano cargado como una acémila y Sturm Brightblade, el caballero venido a menos, a cuestas por el mundo con su nobleza dentro de un petate.

«¿Por qué habrá querido venir? —se preguntó Raistlin, intrigado—. ¡Desde luego, al noble caballero no le preocupa la suerte que pueda correr yo! Finge estar preocupado por Caramon, pero sabe perfectamente que mi hermano es un guerrero experimentado que sabe cuidar de sí mismo. Sturm tiene alguna razón propia para acompañarnos. Me pregunto qué será... ¿Por qué se muestra tan interesado en el Monte de la Calavera? En realidad ¿por qué me interesa tanto a mí?» se planteó Raistlin.

No sabía la respuesta a eso.

El mago se quedó plantado en medio del sendero, obstruyéndoles el paso a los otros dos, y escudriñó la pared rocosa de la montaña. Buscaba la imagen que todavía era borrosa en su mente, pero que se iba haciendo más clara y más precisa a cada paso que daba. Sabía lo que estaba buscando... O, más bien, lo sabría cuando lo viera. Sabía un camino secreto que llevaba al Monte de la Calavera, pero aún no lo conocía. Había recorrido ese camino antes y jamás había puesto los pies en él. Había estado allí y no había estado. Había hecho todo aquello sin hacerlo.

El día del ataque del dragón en la arboleda, Raistlin estaba escribiendo un nuevo conjuro en su libro de hechizos cuando de repente el cálamo, aparentemente por voluntad propia, se había puesto a garabatear las palabras «Monte de la Calavera» sobre la página.

Raistlin había mirado de hito en hito aquellas palabras, el cálamo y la mano con la que lo sujetaba. Tras romper la página estropeada había intentado anotar de nuevo el encantamiento. Por segunda vez, la pluma había escrito el mismo nombre. Raistlin había arrojado lejos de sí el cálamo mientras rebuscaba en su mente hasta recordar, por fin, dónde había oído ese nombre y relacionado con qué y con quién.

Fistandantilus. El Monte de la Calavera era la tumba del hechicero.

Un escalofrío desagradable le había recorrido todo el cuerpo al tiempo que sentía un hormigueo en la sangre, como si le estuviera entrando fiebre. No lo había pensado hasta ese momento, pero el Monte de la Calavera tenía que hallarse cerca de donde estaban acampados. ¡Las maravillas que podría encontrar allí! Artefactos mágicos de la antigüedad, los libros de encantamientos del hechicero, iguales al que ya tenía en su poder.

Esa sería su recompensa, pero Raistlin tenía la incómoda sensación de que alguien lo estaba guiando hacia el Monte de la Calavera por razones más oscuras y siniestras. De ser así —y tal era la razón de que hubiese decidido admitir a Sturm en el grupo— ya se enfrentaría a ello llegado el momento.

Sturm Brightblade era un mojigato arrogante e insufrible que no meaba sin antes rezar por ello. Aun así, era un diestro espadachín. Quizás el Monte

de la Calavera sólo era un montón de antiguas ruinas, como les había dicho a los demás en la asamblea la noche anterior.

Ni siquiera él mismo lo creía.

* * *

—Así que Raistlin ha ido al Monte de la Calavera —dijo Flint, que añadió con acritud—: Pues... ¡adiós muy buenas! Pero ha llevado a dos buenos hombres, Caramon y Sturm, a su muerte.

—Esperemos que las cosas no lleguen a eso —deseó Tanis—. ¿Estás listo?

—Todo lo listo que puedo estar —rezongó el enano—. Pero quiero hacer constar que todo esto es una pérdida de tiempo. Si damos con las puertas, cosa que dudo, los enanos no las abrirán para nosotros jamás. Si las abren, no nos dejarán entrar. Los corazones de los clanes de Thorbardin son duros y fríos como la misma montaña. La única razón de que vaya, semielfo, es para tener la oportunidad de decir: «¡Te lo dije!»

—Son tantas las cosas que están cambiando en el mundo que quizá los corazones de los enanos han cambiado también —sugirió Tanis.

Flint soltó un sonoro resoplido y continuó haciendo el equipaje. Dejó que Tanis se encargara de apaciguar al kender, que se mostraba tremendamente defraudado.

—¡Por favor, por favor, por favor, Tanis, déjame ir! —suplicaba Tasslehoff. Estaba sentado en una silla, la misma a la que lo habían atado hacía poco, y daba patadas contra las patas—. Es justo y lo sabes. Después de todo, vas a utilizar uno de mis mejores mapas.

—¡Que le llevemos, dice! —rezongó Flint desde el otro lado de la cueva—. Nos dejarían fuera otros trescientos años. Los enanos nunca permitirían entrar a un kender en la montaña.

—Creo que sí lo harían —argumentó Tas, anhelante—. Después de todo, los enanos y los kenders estamos emparentados.

—¡No es cierto! —bramó Flint.

—Pues claro que sí —discutió Tas—. Al principio éramos gnomos, luego apareció la Gema Gris y los gnomos intentaron atraparla y ocurrió algo, ahora no me acuerdo qué, y Reorx convirtió a algunos gnomos en enanos y a otros en kenders, así que, ya ves, somos primos hermanos, Flint.

El enano empezó a farfullar.

—¿Por qué no me esperas fuera? —le pidió Tanis.

Flint lanzó una mirada furibunda a Tas y después recogió su mochila y salió pisando fuerte.

—Por favor, Tanis —imploró el kender, que lo miraba con ojos suplicantes—. Sabes que me necesitas para evitar que te metas en líos.

—Aquí te necesito mucho más, Tas —adujo el semielfo.

—Eso sólo lo dices por decir. —El kender sacudió la cabeza con aire abatido.

—Estando ausentes Sturm, Caramon y Raistlin, cuando nos marchemos Flint y yo ¿quién va a cuidar de Tika y de Laurana? Y de Riverwind y Goldmoon.

Tas reflexionó sobre ello.

—Riverwind tiene a Goldmoon. Laurana tiene a Elistan... ¿Qué pasa, Tanis? ¿Te duele el estómago?

—No, qué va a dolerme el estómago —repuso el semielfo, irritado. No sabía por qué la mención de Laurana y Elistan tenía que ponerlo de mal humor. Al fin y al cabo, lo que hicieran no era de su incumbencia.

—Es que has puesto ese gesto que tiene la gente cuando les da dolor de...

—¡He dicho que no me duele el estómago! —gritó Tanis.

—Pues mejor así —comentó Tas—. No hay nada peor que un dolor de estómago cuando se emprende un largo viaje. Tienes razón. Estando fuera Caramon, Tika no tiene a nadie. Me quedaré para cuidar de ella.

—Gracias, Tas. Me has quitado un peso de encima.

—Será mejor que vaya a buscarla ahora mismo —añadió Tas, encantado con su nueva responsabilidad—. A lo mejor está en peligro.

A decir verdad, el que corría peligro era el kender. Tika no se levantaba nunca antes del mediodía si podía evitarlo y justo en ese momento el día

estaba rompiendo. Tanis no quería imaginar lo que le podía ocurrir al pobre Tas cuando irrumpiera en la cueva y la despertara a esa hora tan temprana.

Tanis encontró a Riverwind y a Goldmoon esperándolo. La mujer le dio un suave beso.

—Pediré a los dioses que te acompañen, Tanis —dijo y añadió con una sonrisa traviesa—: tanto si quieres que vayan contigo como si no.

Tanis esbozó una mueca un tanto tímida y se rascó la barba. No sabía qué decir y, para cambiar de tema, se volvió hacia Riverwind.

—Gracias por aceptar tomar el mando de la gente, amigo mío —le dijo—. Sé que no ha sido una decisión fácil y tampoco lo será la tarea que te espera, me temo. ¿Sabes lo que hay que hacer si atacan el valle?

—Lo sé. —Riverwind tenía una expresión sombría, si bien agregó en voz queda—: Los dioses están con nosotros. Confiemos en que ese ataque no se produzca.

«*Los dioses están más con Verrninaard que con nosotros* —pensó el semielfo con amargura—. *Lo trajeron de vuelta a la vida.*»

Sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza y, mientras estrechaba la mano a Riverwind, volvió a recordarle la ubicación del lugar en el que habían acordado reunirse, un poblado de enanos gullys al mismo pie de la montaña donde Flint decía que podría encontrarse la puerta a Thorbardin.

A regañadientes y sólo después de muchos esfuerzos para persuadirlo, el enano reveló la existencia de ese poblado. Se negó a decir cómo sabía que estaba allí, pero Tanis sospechaba que había sido allí donde el viejo enano había sido capturado por los gullys unos cuantos años atrás y lo habían tenido prisionero. Flint nunca había querido hablar de los detalles de aquella experiencia horrenda y traumática.

Riverwind señaló el mapa enrollado que llevaba metido debajo del cinturón. Lo había dibujado la noche anterior con las indicaciones de Flint y consultando uno de los mapas de Tasslehoff.

—Sé dónde está situado el poblado —dijo—. Se encuentra al otro lado de las monrañas y, por ahora, no hay forma de cruzar esa cordillera.

—Hay un paso —afirmó, impasible, Flint.

—No dejas de repetir eso, pero mi gente ha rastreado el área y no ha encontrado la menor señal de que lo haya.

—¿Tus exploradores son enanos? Cuando lo sean, vuelve y hablaremos —rezongó Flint. Colgados de un correa a la espalda llevaba el hacha de guerra y el zapapico y se ajustó las armas hasta encontrar una postura más cómoda, tras lo cual dirigió una mirada ceñuda a Tanis—. Si vamos a marcharnos, más vale que nos pongamos en camino y nos dejemos de cháchara.

—Bien, pues, nos vamos. Iremos marcando el camino para que lo sigáis si tenéis que hacerlo. Espero que...

Enmudeció en mitad de la frase cuando un escalofrío de miedo le estrujó las entrañas. Se le puso piel de gallina y el vello de la nuca se le erizó. Las viejas comadres habrían dicho que alguien caminaba sobre su tumba. Goldmoon había empalidecido y la respiración de Riverwind, que tenía prietos los puños, era agitada. Flint sacó el hacha y buscó al enemigo, pero la sensación pasó sin que hubiese aparecido enemigo alguno.

—Dragones —dijo el enano, sombrío.

—Están ahí arriba —convino Goldmoon con un escalofrío, y se arrebujo en la capa—, observándonos.

Riverwind tenía la cabeza echada hacia atrás y escudriñaba el cielo. Tanis hizo otro tanto, pero ninguno de los dos consiguió divisar nada en el pálido azul del alba. Los dos hombres se miraron y comprendieron que ambos habían adivinado lo que pasaba.

—Tanto si los vemos como si no, están ahí arriba. Haz que la gente esté preparada, Riverwind. Si surgen problemas, no dispondréis de mucho tiempo para huir.

Tanis se entretuvo un poco más buscando alguna frase de esperanza o de consuelo. No se le ocurrió nada que decir. Recogió la mochila y el enano y él echaron a andar por la vereda que conducía pendiente abajo. El enano se detuvo un instante y se giró hacia atrás.

—¡Traed picos! —gritó.

—¡Picos! —repitió Riverwind, fruncido el entrecejo—. ¿Es que quiere que nos abramos camino al interior de la montaña a golpe de pico? Esto no

me gusta. Empiezo a pensar que me equivoqué al tomar esta decisión. Nuestro pueblo debería haber partido sin otra compañía.

—Tus razones para tomar esta decisión eran acertadas, esposo. Ni siquiera los guerreros que-kiris se opusieron cuando les comunicaste tu decisión. Tienen suficiente sentido común para darse cuenta de que un grupo numeroso da más seguridad. No empieces a cuestionar tus decisiones. El jefe de tribu que mira hacia atrás mientras camina hacia adelante tropezará y caerá. Es lo que decía mi padre.

—¡Otra vez a vueltas con tu padre! —replicó Riverwind, furioso—. ¡No siempre tomó decisiones acertadas! Fue él quien ordenó a la gente que me lapidara ¿o es que te has olvidado de eso, Hija de Chieftain?

Echó a andar y dejó a Goldmoon, que no salía de su asombro, siguiéndolo con la mirada.

—No lo dijo en serio —la tranquilizó Laurana, que subía por la ladera y se paró a su lado—. Lo siento, no pude evitar oír lo que hablabais. Está preocupado, eso es todo. Carga con una gran responsabilidad.

—Lo sé. —Goldmoon suspiró con tristeza—. Y me temo que no soy precisamente una ayuda. Tiene razón. No tendría que compararlo cada dos por tres con mi padre. Mi intención era aconsejarlo, nada más. Mi padre era un hombre sabio y un buen jefe. Cometió un error, pero eso fue porque no entendía la situación. —Miró de nuevo a su esposo y suspiró otra vez.

»Lo amo muchísimo y, sin embargo, parece que le hago más daño del que le haría a mi peor enemigo.

—El amor nos da un poder mayor para hacer daño que el que da el odio —susurró Laurana.

Dirigió la vista hacia Flint y Tanis, unas formas imprecisas en el plomizo amanecer que descendían hacia el valle.

—¿Viniste a decirle adiós a Tanis? —preguntó Goldmoon al observar que la mirada de la joven los seguía.

—Pensé que querría despedirse de mí —contestó Laurana—. Esperé, pero no vino. —Se encogió de hombros—. Por lo visto le da igual.

—No le da igual, Laurana —la contradijo Goldmoon—. He visto cómo te mira. Lo que pasa es que... —Vaciló.

—No puedo competir con el recuerdo de una rival —dijo la elfa con amargura—. Kitiara siempre será perfecta para él. Sus besos siempre sabrán más dulces. No está aquí y no puede decir o hacer mal algo. Así es imposible que yo gane.

Goldmoon estaba impresionada con el comentario de la elfa. Competir con un recuerdo. Eso era lo que ella le estaba obligando a hacer a Riverwind. No era extraño que se sintiera molesto. Fue en su busca para disculparse, cosa que, al estar recién casados, sabía que un tierno «lo siento» sería bien acogido.

Laurana se quedó allí, con la mirada prendida en Tanis.

* * *

—¡Hola, Tika! —Tas apartó la mampara y entró en la cueva; sólo entonces recordó que tendría que haber llamado antes—, ¿No has sentido un escalofrío por todo el cuerpo hace unos segundos? Yo sí. ¡Era un dragón! ¡Pensé que más valía que me viniera de prisa para protegerte! ¡Ay! —gritó al tropezar con un bulto en la oscuridad... ¿Tika? —El kender tanteó con la mano—. ¿Este bulto eres tú?

—Sí, soy yo. —A juzgar por el tono, no parecía muy contenta.

—¿Qué haces sentada a oscuras?

—Pensar.

—¿Pensar en qué?

—En que Caramon Majere es el tonto más grande que hay en el mundo.

—Hubo una pausa y después la joven añadió:— Se ha marchado al Monte de la Calavera con su hermano, ¿verdad?

—Supongo que sí. Es lo que dijo Tanis.

—¡Mandé a Sturm a que hablara con Tanis para que no lo dejara marcharse! —Tika le asestó una mirada feroz—. ¿Por qué no se lo han impedido?

—Tanis cree que podría haber algo importante en el Monte de la Calavera. En cuanto a Sturm, no lo sé —explicó el kender mientras se sentaba al lado de Tika, en la oscuridad. Suspiró, anhelante—. El Monte de

la Calavera. ¿No te parece un sitio absolutamente maravilloso con ese nombre?

—Me parece espantoso. Es una trampa —dijo Tika.

—¿Una trampa? ¡Ahora querría haber ido con ellos! ¡Me encantan las trampas! —Tas estaba desconsolado.

—No esa clase de trampas —aclaró la joven, desdeñosa—. Significa que Raistlin conduce a Caramon hacia una encerrona. He estado despierta toda la noche pensando en ello. Raistlin va debido a ese horrible hechicero antiguo, ese Fistandelano o como quiera que se llame. Caramon me contó todo sobre él y sobre ese maligno libro suyo, el mismo que sacó Raistlin a hurtadillas de Xak Tsaroth. El hechicero era un hombre malvado y ese sitio es un lugar siniestro. Raistlin lo sabe, pero no le importa. Va a conseguir que maten a Caramon.

—¡Un sitio siniestro que pertenece a un hechicero malvado y que está lleno de trampas! —Tas suspiró con anhelo—. Si no le hubiese hecho a Tanis la solemne promesa de quedarme para protegerte, Tika, me iría allí ahora mismo.

—¡Protegerme! —La joven estaba indignada—. No hace falta que me protejas. Nadie tiene que hacerlo. El que necesita protección es Caramon. Tiene menos sentido común que un chotacabras. Alguien debe advertirle sobre ese hermano suyo. Tanis no lo hará, así que supongo que me tocará a mí.

Tika apartó la manta que tenía echada sobre los hombros. La luz iba aumentando en la cueva de minuto en minuto y ahora el kender pudo ver que la joven estaba vestida para viajar, con pantalón y camisa de hombre y un chaleco que a Tas le resultaba muy parecido al que Flint había tenido una vez. Tas recordaba que el enano había protestado porque no lo encontraba. ¡De hecho, le había acusado a él de habérselo llevado!

La espada que Tika no sabía muy bien cómo utilizar estaba encima de la mesa, junto a su escudo; ése sí que sabía cómo usarlo, aunque no exactamente del modo para el que estaba pensado un escudo. Éste tenía una mella donde lo había golpeado contra la cabeza de un draconiano. Tas empezó a saltar con entusiasmo.

—¡Tanis me hizo prometerle solemnemente que te protegería, así que si tú vas al Monte de la Calavera, entonces tengo que ir contigo!

—No voy al Monte de la Calavera. Voy a encontrar a Caramon y a impedirle que vaya allí. Mi idea es hacer entrar en razón a ese cabeza de chorlito.

—Creo que sería más fácil enfrentarse a un hechicero malvado en el Monte de la Calavera que conseguir que Caramon tenga un poco de sentido común —opinó el kender.

—Seguramente tienes razón, pero he de intentarlo. —Tika cogió la espada para ceñírsela a la cintura—. ¿Hace mucho que se han ido?

—Antes de que amaneciera, pero Raistlin camina bastante despacio. Podremos alcanzarlos...

—¡Chitón! —advirtió la muchacha.

Alguien se acercaba a la mampara de la entrada. La luz del sol brillaba en el cabello rubio.

—¡Laurana! —gimió Tika en un susurro y se apresuró a dejar de nuevo la espada sobre la mesa—. ¡Ni una palabra, Tas! ¡Querrá impedirnoslo!

—¡Estás despierta! —dijo la elfa al entrar en la cueva. Se paró, sorprendida, al ver el atuendo de Tika—. ¿Por qué vas vestida así?

—Yo... eh... Voy a lavarme la ropa —contestó la joven humana—. Toda.

—¿Pensabas lavar también la espada? —inquirió Laurana con sorna.

Tika se ahorró tener que decir otra mentira, ya que la elfa siguió hablando.

—Estás de suerte. Tendrás compañía, porque Maritta ha decidido que hoy sea día de colada. Todas las mujeres van a lavar las prendas de vestir y la ropa de cama al arroyo. Tas, échanos una mano. Coge esas mantas...

Tas miró angustiado a Tika. La joven se encogió de hombros, impotente. No se le ocurría nada para salir airoso del atolladero.

El kender, que se tambaleaba bajo el peso de las mantas, iba hacia la boca de la cueva cuando Tika lo agarró.

—Nos escabulliremos cuando las mujeres vayan a comer —susurró—. ¡No me pierdas de vista! ¡Cuando haga una señal, ven corriendo!

—No te preocupes porque se retrase el viaje —musitó el kender—. Será fácil seguir el rastro de los enormes pies de Caramon, además de que Raistlin camina muy, muy despacio.

Tika fue en pos de Tas y de Laurana por el sendero que bajaba al arroyo. Sólo le quedaba esperar que el kender tuviera razón.

7

El plan de Dray-yan La opinión de Grag sobre ese plan

Dray-yan estaba sentado a la gran mesa de obsidiana, en los aposentos del difunto lord Verminaard, y bebía lo que quedaba del aprovisionamiento de vino elfo de su señoría. El aurak tomó nota mental de ordenar al comandante responsable de la lucha contra los elfos que le enviara otro barril. Mientras sorbía el vino, Dray-yan repasó los acontecimientos de los últimos días y consideró en qué podrían afectar a sus planes futuros. El aurak estaba complacido por la forma en que se habían desarrollado algunas cosas y no tan satisfecho de cómo lo habían hecho otras.

Como era de esperar, los Dragones Rojos destacados en Pax Tharkas por su Oscura Majestad habían visto a través de la imagen ilusoria de Verminaard tras la que se ocultaba Dray-yan. Ofendidos por la idea de recibir órdenes de uno de los draconianos a los que los grandes reptiles llamaban despectivamente «yemas de huevo podridas», los dragones habían estado a punto de marcharse.

El comandante Grag había elevado preces a Takhisis y le había presentado los planes del aurak. La diosa había tenido a bien escucharlo y le gustaron las ideas de Dray-yan, por lo que ordenó a los Rojos que continuaran en Pax Tharkas y secundaran los planes del aurak, al menos de

momento. Grag informó a Dray-yan que la reina sólo lo respaldaba porque no tenía otro comandante del que pudiera prescindir para que dirigiese el Ala Roja de sus ejércitos. El liderazgo de Dray-yan era temporal, pero, de tener éxito, quizá se convertiría en algo permanente.

Con la ayuda prestada a regañadientes de los Dragones Rojos, Grag pudo por fin reabrir el paso bloqueado por las piedras que habían caído al ponerse en funcionamiento el mecanismo de la gran cadena. Las tropas draconianas entraron en Pax Tharkas, aunque no en gran número. El Ala Roja del ejército tenía una dotación limitada. Había suficientes draconianos para atender las necesidades de la fortaleza, pero no tantos como para que trabajaran en las minas de hierro. Los comandantes del campo de batalla necesitaban desesperadamente armas y armaduras. El acero era un artículo más valioso que el oro. Dray-yan tenía que recuperar la mano de obra esclava o buscar nuevos horizontes. Decidió que haría las dos cosas.

Grag envió tropas en pos de los refugiados. En seguida encontraron el rastro y lo siguieron hasta un paso de montaña bloqueado por una avalancha, así como por las sucesivas nevadas.

Los Rojos informaron que despejar ese paso sería difícil en extremo. Lo que es más, dejaron claro a Dray-yan que despejar pasos era una tarea tediosa y poco lucrativa. En otras partes de Ansalon los dragones incendiaban ciudades y asaltaban pueblos, en vez de quitar piedras. Los Rojos no despejarían el paso y, si no se le ocurría algún tipo de trabajo interesante y aceptable para ellos, pensaban irse a otra parte.

Dray-yan consideró pedirle a Takhisis que intercediera de nuevo con los dragones, pero no soportaba la idea de tener que arrastrarse otra vez ante su reina para suplicar ayuda. A Takhisis no le gustaban los quejicas y sus favores eran limitados. Le gustaban los comandantes que tenían iniciativa y seguían adelante con sus propios planes e ideas, dejándola así libre para ocuparse de sus propios asuntos.

Dray-yan desechó la idea de marchar con el ejército a través del paso. Se le ocurrió otra, una con la que esperaba ganarse el reconocimiento y el elogio de la Reina Oscura.

El aurak, con el disfraz de lord Verminaard, reconoció el terreno por sí mismo y descubrió el lugar donde se ocultaban los refugiados. Tuvo el placer de verlos correr como corderos llevados por el pánico ante su presencia. Imaginaba la consternación que habría sido para esas gentes presenciar el regreso del hombre que creían que habían matado.

Tras sobrevolar la zona, Dray-yan quedó convencido de que su plan funcionaría. Su idea le requeriría tener mucha persuasión, pero confiaba en que a los dragones les pareciera divertido y estuvieran de acuerdo en colaborar. No estaba seguro de lo que pensaría el comandante Grag al respecto.

Haría caso del dicho de no dejar para mañana lo que podía hacerse hoy. Cuanto antes lo averiguara, mejor.

Dray-yan envió un mensajero con la orden de que Grag se presentara ante él. O, más bien, fue lord Verminaard quien envió el mensaje. Al aurak le resultaba agotador mantener la farsa que requería el uso de la ilusión mágica cada vez que quería asomar la cabeza por la puerta y gritar una orden a un subordinado. Estaba deseando que llegara el día en el que enterraría a Verminaard de una vez por todas. Con suerte, si su plan funcionaba, ese día no tardaría en llegar.

Grag acudió a su llamada, y lo invitó a compartir el vino. El comandante lo rechazó alegando que estaba de servicio.

—¿Qué informes han traído los Dragones Azules exploradores? —se interesó Dray-yan.

—Uno sobrevoló el valle esta mañana cuando rayaba el día. Los humanos siguen en las cuevas —contestó el bozak—. Parece que planean quedarse allí a pasar el invierno, porque el dragón no vio señales de preparativos para emprender la marcha.

—¿Y por qué iban a marcharse? —El aurak se encogió de hombros—. No creen que podamos atravesar el paso.

—Y tienen razón. No podemos —dijo Grag con gesto adusto.

—Cierto, pero hay muchas formas de despellejar a un humano o, como dicen ellos, de despellejar a un gato. Tengo un plan.

Dray-yan le explicó su idea.

Grag escuchó con atención. Al principio miró con incredulidad al aurak como si pensara que se había vuelto loco. Sin embargo, conforme Dray-yan exponía el plan y explicaba con paciencia cómo podía realizarse, Grag empezó a darse cuenta de que el aurak podía tener razón. ¡Podía hacerse! Era un plan osado, audaz y peligroso, pero no imposible.

—¿Qué te parece? —preguntó finalmente Dray-yan.

—Habría que convencer a los Rojos.

—Yo me encargaré de hablar con ellos. Creo que estarán de acuerdo.

Grag pensaba lo mismo.

—Mis tropas necesitarán tiempo para entrenarse.

Dray-yan lo miró, fruncido el entrecejo. No había contado con eso.

—¿Es preciso hacerlo?

—Teniendo en cuenta lo que vas a pedirles que hagan ¡sí! —repuso acaloradamente el bozak.

Dray-yan lo pensó un poco antes de agitar la mano rematada en garras en un gesto de resignación.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo?

—Un mes.

—Totalmente descartado —respondió Dray-yan tras soltar un bufido.

—Los humanos no van a ninguna parte.

—Eso no lo sabemos. Tenéis una semana.

—Dos —contemporizó Grag—, o no accederé a colaborar.

Dray-yan lo observó de hito en hito.

—Podría buscar otro comandante que quiera hacerlo —dijo luego.

—Es cierto —admitió fríamente Grag—, pero eso significaría que habría uno más que sabría tu pequeño secreto, lord Verminaard.

—Tienes dos semanas —accedió Dray-yan—. Aprovecha bien el tiempo.

—Es lo que me propongo hacer. —El bozak se puso de pie—. ¿Cómo marchan las negociaciones con los enanos de Thorbardin?

—Bastante bien —contestó Dray-yan—. Si esto funciona, no necesitaremos a los humanos y podrás acabar con ellos, sin más.

—Nos estamos tomando muchas molestias para que luego no los necesitemos —apuntó Grag.

—No podemos permitir que nos consideren débiles. Aunque sólo sea por eso, la muerte de esos esclavos servirá para meter miedo a otros que pudieran estar pensando en rebelarse.

Grag asintió con la cabeza y vaciló un instante antes de decidirse a hablar.

—Sabes que no me caes bien, Dray-yan.

El aurak frunció los labios.

—No hemos venido a este mundo para caernos bien, comandante.

—Y que no soy dado a los halagos —continuó Grag.

—¿Adónde quieres llegar con todo esto, comandante? Tengo mucho que hacer.

—Quiero decir que considero este plan tuyo propio de un genio. Haremos historia. El emperador Ariakas y los otros Señores de los Dragones mirarán a nuestra raza con nuevo respeto y admiración.

—Tal es mi esperanza —convino Dray-yan. Aunque no lo dijo, le complacía la alabanza de Grag. Ya podía verse con la armadura de un Señor del Dragón—. Haz bien tu trabajo, comandante. Tienes dos semanas.

El bozak saludó y se dirigió a la puerta para empezar con los preparativos.

—Ah, comandante —llamó Dray-yan antes de que saliera—, si te parece bien, podrías hablarle de mi plan a su Oscura Majestad. Sólo mencionárselo de pasada...

8

Los conocimientos de un enano El misterio de un mago

El valle en el que los refugiados se cobijaban tenía forma de cuenco, con unos dieciocho kilómetros de largo por otros tantos de ancho, Flint y Tanis se encaminaban hacia el sur sin apartarse de las estribaciones al pie de las montañas y sin descender al suelo del valle. Flint marcaba un curso sinuoso y Tanis habría pensado que el enano se había perdido y deambulaba al tuntún si no hubiese viajado con él muchos años y no supiera a qué atenerse.

Un enano podría perderse en un desierto. Un enano se perdería en el mar casi con toda certeza, si es que por desgracia acababa allí, pero no había nacido el enano que se perdiera entre las montañas y las colinas de las Kharolis, holladas desde antaño por las botas de sus antepasados. Flint no apartaba los ojos de las paredes rocosas que se alzaban imponentes desde el suelo del valle; de vez en cuando cambiaba de dirección y corregía el curso que seguían.

Llevaban varias horas de viaje cuando el enano giró de repente a la derecha. Abandonando las estribaciones, empezó a subir por una empinada cuesta.

Tanis lo siguió. Había ido atento por si descubría alguna señal de que Raistlin, Caramon y Sturm hubieran pasado por ese camino, pero no había visto nada.

—Flint, ¿en qué dirección queda el Monte de la Calavera desde aquí?
—preguntó el semielfo cuando empezaron a ascender.

El enano hizo un alto para orientarse y señaló hacia el este.

—Por allí, al otro lado de esa montaña. Si han ido en esa dirección no llegarán muy lejos. Supongo que nos hemos preocupado sin razón.

—¿No hay un paso por allí?

—¡Utiliza los ojos, muchacho! ¿Acaso ves un paso?

Tanis sacudió la cabeza y después sonrió.

—Tampoco veo un paso en esta dirección.

—¡Ah, pero eso es porque no eres un enano! —sentenció Flint antes de reanudar el ascenso.

* * *

Caramon, Sturm y Raistlin se encontraban en el fondo del valle y seguían una vereda apenas marcada, tan cubierta de vegetación que en ocasiones era impracticable y se veían obligados a entrar en el bosque para dar un rodeo. Sin embargo, por mucho que se alejaran de la vereda, Raistlin siempre los conducía de vuelta a ella indefectiblemente.

El arroyo que corría cerca de la zona del campamento serpenteaba a través del valle como una culebra reluciente y cortaba la vereda en varios puntos. Hasta ese momento, cada vez que habían tenido que cruzar el arroyo, el lecho estaba a poca profundidad y lo habían vadeado sin problemas. Habían llegado a un sitio en el que la corriente fluía con rapidez y era caudalosa y no podían cruzarla. Raistlin se encaminó hacia el norte siguiendo el curso del arroyo y, tras recorrer un tramo, encontraron un punto donde el agua les llegaba sólo a los tobillos.

Una vez que estuvieron en la otra orilla, el mago encabezó la marcha en dirección contraria hasta llegar de nuevo a la vereda.

—¿Cómo sabía dónde encontrar el vado? —preguntó Sturm en voz baja.

—Pura casualidad —contestó Caramon.

—Pues parece tener muchos de esos aciertos casuales —comentó el caballero, que miraba al mago con gesto adusto.

—Cosa que debería alegrarnos —masculló el guerrero—. De otro modo estaríamos dando vueltas por ahí, perdidos.

Caramon apretó el paso para alcanzar a su gemelo, que se había distanciado un buen trecho.

—¿No crees que deberías descansar, Raist? —le preguntó solícito cuando llegó a su lado. Le preocupaba el paso que estaba marcando su endeble gemelo. Llevaban horas caminando sin hacer un alto—. Realmente has hecho un gran esfuerzo esta mañana.

—No tenemos tiempo para descansos —dijo el mago, que apretó más el paso. Echó un vistazo al cielo—. Tenemos que estar allí al anochecer.

—¿Que tenemos que estar allí al anochecer? —repitió Caramon, desconcertado.

Raistlin pareció sentirse momentáneamente confuso; después desestimó la pregunta con un gesto de la mano.

—Tendrás...

Un ataque de tos lo interrumpió y lo dejó sin resuello, medio asfixiado.

Caramon se acercó a él y observó, sin poder hacer nada, que Raistlin se limpiaba los labios, estrujaba el pañuelo y se lo guardaba rápidamente en el bolsillo, aunque no antes de que el guerrero viera puntos tan rojos como la túnica del mago en la tela blanca.

—Vamos a parar —dijo Caramon.

Raistlin intentó protestar, pero le faltaba aliento para discutir. Alzando los ojos al sol, que todavía no había llegado a su cénit, cedió y se sentó con pesadez en el tronco de un árbol caído. Respiraba de forma trabajosa, con ásperos resuellos. Caramon quitó el tapón del odre de agua y, mientras se lo tendía a su hermano para que bebiera, advirtió que en la tez dorada de Raistlin había un rubor febril. Sabedor de que era mejor no mencionar aquello y temeroso de provocar la ira de su hermano, Caramon aprovechó la

oportunidad al tenderle el odre para rozar con su mano la de él. Raistlin tenía siempre un calor en la piel que no parecía natural, pero a Caramon le dio la impresión de que estaba más caliente de lo que era habitual.

—Sturm, ¿podrías recoger un poco de leña? Quiero encender una lumbre —pidió el guerrero—. Te preparé la infusión, Raist. Tú puedes dar una cabezada.

El mago le lanzó una mirada que lo hizo enmudecer.

—¡Una cabezada! —repitió Raistlin con mordacidad—. ¿Crees que esto es una excursión kender, hermano?

—No —contestó Caramon en tono desdichado—. Es sólo que te...

Raistlin se puso de pie. En las profundidades de la capucha sus ojos centellearon.

—Adelante, Caramon, prepara una lumbre. Tú y el caballero podéis disfrutar de una comida campestre. Podrías ir de pesca y a lo mejor capturas una trucha. Cuando hayáis terminado, quizá consideréis la idea de alcanzarme. —Señaló con el bastón sus huellas en la nieve—. No tendréis problemas para seguirme el rastro.

Empezó a toser, pero se las arregló para sofocar la tos en la manga de la túnica. Luego se apoyó en el bastón y echó a andar.

—Por los dioses y por un céntimo de cobre doblado que yo sí me iría a pescar —manifestó Sturm con vehemencia—. ¡Deja que se vaya y acabe en las tripas de un lobo hambriento!

Caramon no se molestó en contestar y se limitó a recoger en silencio su equipaje y el de su gemelo antes de echar a andar tras él.

—Por un céntimo de cobre doblado —masculló Sturm.

Puesto que no había nadie por allí para que le ofreciera un incentivo, el caballero recogió su equipo y los siguió, torvo el gesto.

* * *

Tanis no se sorprendió en absoluto cuando Flint dio con la antigua senda enana, oculta a la vista y cortada en la piedra de la falda de la montaña. Flint había avanzado sin quitar ojo del suelo ni de las paredes rocosas;

buscaba señales que sólo él era capaz de ver, marcas secretas dejadas por su pueblo, que había vivido en las Kharolis y en sus aledaños desde el principio de los tiempos, cuando Reorx, el dios de los enanos, había forjado el mundo.

El semielfo, sin embargo, fingió sorprenderse y juró que tenía la seguridad de que se habían perdido sin remedio. Flint enrojeció, enorgullecido, si bien se comportó como si no hubiese hecho nada del otro mundo. Tanis observó el trazado del sendero, que se extendía ante ellos sinuoso, serpenteando a través de la cara de la montaña.

—Es estrecho —dijo, pues pensaba en los refugiados que quizá tendrían que utilizarlo—. Y empinado.

—Lo es, sí —convino el enano—. Está pensado para que lo recorran pies enanos, no humanos. —Señaló al frente—. ¿Ves esa brecha en la pared, más adelante? Allí es donde conduce el sendero. Así es como cruzamos las montañas.

Desde luego la brecha era angosta y tenía la forma casi perfecta de una «V». Tanis no sabía lo ancha que era realmente, ya que se hallaba a cierta distancia, pero desde la ventajosa posición en la que estaba calculó que dos humanos que caminaran por ella hombro con hombro entrarían muy justos. En el sendero en el que se encontraba —cabrían un par de humanos en algunos tramos, pero saltaba a la vista que en otros sitios habría que caminar en fila, de uno en uno.

Flint y él habían ido subiendo sin parar desde que habían dejado atrás las estribaciones. A un lado del sendero se alzaba el respaldo sólido de la montaña, en tanto que en el otro había un gran precipicio. Atravesar semejante terreno no inquietaba lo más mínimo a los enanos. Flint afirmaba que mientras tuviesen roca bajo los pies, las botas enanas no resbalaban. Tanis imaginó a Goldmoon —a la que aterraban las alturas— recorriendo ese sendero y por un instante deseó creer en esos dioses recién encontrados para así rogarles que ahorraran a la mujer y a los demás la necesidad de realizar ese terrible viaje. Tal como estaban las cosas, sólo quedaba la esperanza y él no tenía mucha.

Los dos continuaron y la marcha se fue haciendo más lenta porque, si bien el enano caminaba con seguridad por el sendero, Tanis tenía que ir con más cuidado. Por suerte, la montaña había resguardado el sendero de la nieve y no estaba helado. Aun así, el semielfo tenía mucho cuidado en mirar dónde pisaba y, aunque la altura no le impresionaba, cada vez que echaba una ojeada por el borde del precipicio notaba que ciertas partes del cuerpo se le encogían.

Al final de la tarde, Flint y él llegaron a la brecha, que resultó ser tan angosta y difícil de cruzar como le había parecido desde lejos.

—Acamparemos aquí para pasar la noche, donde las paredes nos resguardarán del viento —dijo el enano—. Cruzaremos por la mañana.

Mientras Tanis buscaba el sitio menos malo para pasar una fría noche en una garganta sembrada de piedras, Flint se puso en jarras y contempló con los labios fruncidos el pico que se erguía, imponente, sobre ellos. Finalmente, tras un largo y detenido examen, gruñó con satisfacción.

—Justo lo que me imaginaba —dijo—. Tenemos que dejar una señal a Riverwind.

—He ido dejando señales, ya lo has visto —comentó el semielfo—. No le será difícil encontrar el sendero.

—No es el sendero lo que quiero indicarle. Ven y echa un vistazo. —Flint señaló un gran pedrusco—. ¿Qué te parece eso, muchacho?

—Una roca. Como cualquier otra de las que hay por aquí.

-Aja. Pero no lo es —dijo en tono triunfal el enano—. Esa roca tiene vetas rojas y naranjas, mientras que las que hay alrededor son grises.

—Entonces será que ha caído rodando por la cara de la montaña. Hay montones de rocas y pedruscos sueltos ahí arriba.

—Ésa no cayó. Alguien la puso ahí. Bien, pues ¿por qué crees tú que alguien haría una cosa así? —Flint sonrió. Se estaba divirtiendo.

Tanis se limitó a sacudir la cabeza.

—Es una clave, una piedra angular —explicó Flint—. Quítala de ahí y se quitará esa otra roca, y esa roca quitará esa otra y antes de que te des cuenta todo el tinglado se te habrá venido encima.

—Así que quieres que advierta a Riverwind de que nadie toque esa roca —dijo Tanis.

—El frío te ha congelado los sesos, semielfo —repuso Flint con un resoplido—. Quiero que le adviertas que si alguien los persigue debe echarla abajo una vez que la gente haya cruzado y esté a salvo. Bloqueará el sendero.

—Traed picos, le avisaste —recordó Tanis la conversación de esa mañana. Observó pensativamente la enorme piedra y sacudió la cabeza—. Explicar algo tan complicado va a resultar difícil, a menos que se le deje una nota escrita. Deberías haberle comentado algo esta mañana.

—No estaba seguro de que la encontraría. Que yo supiera, si mi pueblo había dejado una piedra angular, cosa que a veces hace y a veces no, cabía la posibilidad de que ya se hubiera utilizado o que se hubiera desplomado por sí misma.

—Lo que habría significado que este paso habría sido impracticable —razonó Tanis—. Habríamos llegado hasta aquí para nada, a no ser que haya otra salida.

Flint se encogió de hombros.

—Por las señales dejadas por mi pueblo, éste es el único paso que hay. Y no había forma de saber si seguía abierto sin venir a comprobarlo nosotros mismos.

—Aun así, deberías haberle hablado de la piedra angular a Riverwind.

—Enseñarte esto ya es una deslealtad hacia mi pueblo, semielfo, pero lo que no pienso hacer es ir revelando secretos a un montón de humanos. —El enano echaba chispas por los ojos.

Iracundo, echó a andar y dejó a Tanis para resolver el problema. Finalmente, el semielfo cogió el pico de Flint y lo dejó junto a la piedra angular con la punta encarada a la roca. Cualquiera que se lo encontrara por casualidad pensaría que se les había caído o que lo habían dejado allí por descuido. Esperaba que Riverwind recordara que Flint había mencionado específicamente los picos y comprendiera que era una pista. Que llegara a la conclusión de que era una pista para bloquear el camino tras su paso si los iban persiguiendo ya era harina de otro costal.

Encontró a Flint cómodamente instalado entre las piedras y masticando unas tiras de tasajo de venado.

—Estaba pensando en lo que dijiste sobre los enanos compartiendo sus secretos con los humanos. En mi opinión, si todos fuéramos capaces de vernos como un «pueblo», éste sería un mundo mejor.

—¿Qué diablos rezongas, semielfo? —demandó Flint.

—Decía que es una lástima que no confiemos unos en otros.

—Ah, si confiásemos unos en otros entonces seríamos kendens —dijo Flint—. ¿Y dónde estaríamos en tal caso? Me voy a dormir. Haz tú la primera guardia.

El enano, terminada la cena, se arrebujó en una manta y se tumbó boca arriba entre las piedras.

Tanis se recostó contra una roca inclinada; incapaz de encontrar una postura cómoda, alzó los ojos hacia el cielo estrellado.

—Si no hay otra salida del valle, ¿cómo llegará Raistlin al Monte de la Calavera? —preguntó.

—Volando en su escoba, seguramente —rezongó Flint y dio un tremendo bostezo, retiró una piedra que se le clavaba entre los hombros, cerró los ojos y soltó un profundo suspiro de satisfacción—. Me siento como en casa —dijo mientras enlazaba los dedos de las manos sobre el pecho. Poco después estaba roncando.

* * *

Raistlin, Caramon y Sturm siguieron por la vereda a través del valle durante toda la tarde. Era como si el mago estuviera insuflado de una energía fuera de lo normal que le impedía descansar y lo obligaba a seguir adelante. Caramon insistió varias veces en que se pararan, pero fue una pérdida de tiempo porque Raistlin se sentaba sólo unos instantes y en seguida se ponía de pie y paseaba con impaciencia mientras sus ojos iban hacia el sol, que ya empezaba a descender en el cielo.

—El ocaso —era lo único que decía antes de echar a andar otra vez.

La parte boscosa del valle terminó y ante ellos apareció el paisaje despejado de la pradera. La vereda que habían seguido entre los árboles desapareció, pero Raistlin siguió adelante por la hierba ahora cubierta de nieve. Caminaba con la cabeza gacha y se apoyaba pesadamente en el bastón. No miraba a derecha ni a izquierda, sino que mantenía la vista fija en los pies, como si así volcara toda su voluntad en dar un paso tras otro. La otra mano la llevaba apretada contra el pecho y la respiración era una especie de matraqueo en sus pulmones.

Sturm esperaba que el mago se desplomara en cualquier momento. Sin embargo, sabía que no debía decir nada, consciente de que cualquier intento de hacer que Raistlin descansara tendría por respuesta una mirada enconada y una pulla sarcástica.

—Esto será la muerte de tu hermano —le advirtió a Caramon en voz baja.

—Lo sé —contestó el guerrero, preocupado—, pero no quiere parar. He intentado hablar con él, pero se pone furioso.

—¿Dónde va con tanta prisa? ¡Delante de nosotros sólo hay una sólida pared rocosa!

La pradera, uniforme, sin señales de rastros, se extendía unos cuatro kilómetros y acababa de golpe en una pared vertical de piedra que salía del suelo del valle. La pared rocosa formaba una especie de puente natural entre dos montañas.

—Desde que dejamos la cobertura de los árboles y salimos a la pradera, hasta un enano gully ciego podría localizarnos.

Caramon admitió cuan acertado era ese comentario con un lento cabeceo y siguió caminando.

—Esto no me gusta, Caramon —continuó el caballero—. Aquí pasa algo muy raro. —Había estado a punto de decir que parecía que estuviera interviniendo algo maligno, pero se contuvo en el último momento por miedo a molestar al guerrero, que de nuevo se limitó a asentir con la cabeza sin dejar de caminar.

Sturm se paró para recuperar el aliento. Siguiendo con la mirada a los gemelos, sacudió la cabeza.

«Creo que Raistlin podría ordenar a Caramon que lo siguiera al Abismo y él lo haría sin dudarlo un instante», se dijo para sus adentros. La lealtad fraternal era digna de admiración, pero no debería ser ciega y caminar dando tumbos, sino ver con claridad por dónde iba. Caramon se volvió.

—Surm, ¿vienes?

El caballero recogió el petate y echó a andar. La lealtad hacia los amigos era incuestionable.

9

¿Qué Pheragas? Despiértame si ves un fantasma

Mientras el sol languidecía y Flint y Tanis se acomodaban para pasar la noche en la montaña, Sturm, Caramon y Raistlin casi habían llegado al final del recorrido de ese día: una pared desnuda. Tanto el caballero como el guerrero se daban cuenta de que la caminata a través de la pradera nevada llevaba directamente a un callejón sin salida. Los rayos del sol poniente daban de lleno en la inmensa pared de piedra. Caramon había pensado que quizá podrían escalarla, pero la brillante luz del sol ponía de manifiesto que la pared era lisa completamente, que no se distinguían huecos donde apoyar manos y pies. Era ligeramente curvada, como el costado de un cuenco, y tan alta que ni las máquinas de asedio más grandes que se hubiesen construido jamás habrían llegado siquiera a la mitad de su altura. No tenía cuevas ni grietas ni hendiduras por donde atravesarla o salvarla, pero aun así Raistlin se dirigió hacia ella con tenaz determinación.

Caramon no decía nada sobre el hecho de que iban de camino a ninguna parte porque detestaba contrariar a su hermano. Sturm no decía nada a Raistlin en voz alta, aunque sí mascullaba —y mucho— entre dientes. Caramon oía rezongar al caballero, que caminaba detrás de él. El guerrero sabía que Sturm estaba enfadado con él además de con su hermano. Sturm

creía que Caramon debería poner fin a aquello y obligar a Raistlin a volver sobre sus pasos, y daba por hecho que no lo hacía porque le tenía miedo a su gemelo.

Sturm sólo acertaba a medias. El hombretón temía la cólera de su hermano, pero se habría arriesgado de buena gana a sufrir comentarios sarcásticos y pullas despectivas si hubiese creído que Raistlin estaba haciendo algo equivocado o que lo pusiera en peligro. Y no tenía la seguridad de que fuera ése el caso. Raistlin actuaba de un modo muy raro, pero también lo hacía con resolución y determinación. El guerrero se sentía obligado a respetar las decisiones de su hermano.

«Si luego resulta que se ha equivocado y nos hemos dado la caminata hasta aquí para nada —reflexionó con encono—, al menos Sturm tendrá la satisfacción de decir que ya me lo había advertido.»

Siguieron adelante a través de la pradera. Raistlin apretó el paso conforme las sombras de la noche se iban extendiendo por el valle. Finalmente llegaron a la base de la gran pared gris.

El campo guardaba ese silencio misterioso y profundo que va de la mano con el manto blanco que cubre la tierra tras una nevada. El cielo estaba tan vacío como la tierra alrededor de los tres hombres. Podrían haber sido los únicos seres vivos en el mundo.

Raistlin se retiró la capucha de forma que le cayó sobre los hombros y contempló la pared que se levantaba ante él. Parpadeó y pareció un tanto sorprendido, como si la viese por primera vez y no tuviera muy claro cómo había llegado hasta allí.

Ese desconcierto no le pasó inadvertido a Sturm.

El caballero soltó sin miramientos el petate en el que guardaba la armadura, que cayó al suelo con estrépito, y el ruido levantó ecos en la cara de la montaña y a Caramon le hizo dar diente con diente.

—Tu hermano no tiene ni idea de dónde está ni qué hace aquí, ¿verdad? —dijo Sturm con voz átona. Echó un vistazo hacia atrás—. Oscurecerá en seguida. Podremos acampar en el bosque si nos ponemos en marcha ahora...

Dejó de hablar porque ninguno de los dos lo escuchaba. Raistlin había empezado a caminar a lo largo de la base de la pared y escudriñaba

atentamente la roca gris, que reflejaba brillos anaranjados a la luz del sol poniente. Dio varios pasos hacia un lado y luego los desanduvo sin quitar los ojos en ningún momento de la pared. Finalmente se detuvo. Retiró con la mano la nieve que se había quedado pegada a la piedra y sonrió.

—Aquí está —dijo.

Caramon se acercó a mirar. Su hermano había dejado al descubierto una marca cincelada en la piedra, a la altura de la cintura. El guerrero la identificó como una runa, una de las letras del lenguaje de la magia. Se le encogió el estómago y se le puso piel de gallina. Ansiaba preguntar a su hermano cómo había sabido viajar kilómetros a través de un valle desconocido y desolado y dirigirse a esa vasta pared de piedra precisamente en ese punto. Sin embargo no preguntó, quizá porque temía la respuesta que pudiera darle Raistlin.

—¿Qué...? ¿Qué significa? —preguntó, en cambio.

Sturm lo apartó para acercarse a mirar.

—El mal, eso es lo que significa —dijo al ver la marca, torvo el semblante.

—No es nada maligno; es magia —lo contradijo Caramon a pesar de saber que perdía el tiempo. Según el modo de pensar del caballero solámnico, lo uno era equivalente de lo otro.

Raistlin no prestaba atención a ninguno de los dos. Los largos y delicados dedos del mago se posaban con ligereza, casi acariciantes, en la runa.

—¿No sabes dónde estás, Pheragas? —inquirió de repente Raistlin—. Ésta sería nuestra ruta de suministros en caso de que nos sitiaran y nuestra vía de escape si la batalla iba mal. Sé que a veces eres corto de entendederas, Pheragas, pero ni siquiera tú puedes haber olvidado algo de tanta importancia.

Caramon miró a su alrededor, perplejo, y después se volvió hacia su gemelo.

—¿Con quién hablas, Raist? ¿Quién es Pheragas?

—Eres tú, naturalmente —repuso Raistlin, irritado—. Pheragas... Miró a Caramon y parpadeó, luego se llevó la mano a la frente y enfocó de nuevo

los ojos.

—¿Por qué he dicho eso? —Al reparar en la runa sobre la que posaba los dedos retiró bruscamente la mano y recorrió con los ojos la altísima pared de arriba abajo y de un lado al otro. Se volvió hacia Caramon y preguntó en voz baja—. ¿Dónde estamos, hermano?

—Paladine se apiade de nosotros —dijo Sturm—. Se ha vuelto loco.

Caramon se lamió los labios resecaos antes de preguntar, vacilante:

—¿No lo sabes? Tú nos has traído hasta aquí, Raist.

—¡Limítate a decirme dónde estamos! —demandó el mago con un gesto de impaciencia.

—En el extremo oriental del valle. —Caramon echó un vistazo a los alrededores—. Según mis cálculos, el Monte de la Calavera debe de encontrarse en alguna parte al otro lado de esta pared. Dijiste algo sobre una «vía de escape». Por si «la batalla iba mal.» ¿Qué... eh... querías decir con eso?

—No tengo ni idea —contestó Raistlin, que miró la pared y la runa, fruncido el entrecejo—. Sin embargo, me parece recordar...

Caramon puso la mano con gesto solícito en el hombro de su gemelo.

—Da igual, Raist. Estás agotado. Deberías descansar.

Raistlin no le estaba prestando atención. Seguía mirando fijamente la pared y entonces el gesto se le suavizó.

—Sí, eso es —musitó—. Si toco esta runa...

—¡Raist, no! —El guerrero asió a su hermano del brazo.

Raistlin movió rápidamente el bastón y le dio un golpe al guerrero en la muñeca. Caramon soltó un quejido y retiró la mano. Raistlin tocó la runa y apretó con fuerza.

Una sección de piedra que rodeaba la runa cincelada se desplazó hacia atrás unos siete u ocho centímetros. Del interior de la pared rocosa salió un sonido chirriante, seguido de un fuerte chasquido y crujidos. El contorno rectangular de una puerta de menos de dos metros de altura se perfiló en la pared. La puerta tembló y desprendió la nieve pegada en la cara de la pared, tras lo cual se detuvo. No ocurrió nada más.

Raistlin se quedó mirándola, fruncido el entrecejo.

—Algo debe de funcionar mal en el mecanismo. Pheragas, empuja la puerta con el hombro. Y tú también, Denubis. Hará falta la fuerza de los dos.

Ninguno de los dos hombres se movió y Raistlin les dirigió una mirada irritada.

—¿A qué esperáis? ¿A que vuelvan vuestros cerebros? Creedme, tal cosa no sucederá. Pheragas, no te quedes ahí plantado con la boca abierta como un pez destripado y haz lo que te mando.

Caramon siguió mirando fijamente a su gemelo, boquiabierto, en tanto que Sturm arrugaba el entrecejo y daba un paso atrás.

—No tendrá nada que ver con magia oscura, espero —dijo.

Raistlin soltó una risa que no tenía nada de alegre.

—¿Magia? ¿Es que estás sordo? Esto no es magia. ¡Si esta puerta fuera mágica sería fiable! Esta marca no es una runa mágica, sino la runa enana que equivale a la palabra «puerta». El mecanismo tiene trescientos años y se ha atascado, eso es todo. —Volvió la vista hacia su hermano—. Pheragas...

—No soy Pheragas, Raist —dijo lentamente Caramon.

El mago lo miró con atención. Luego parpadeó y dijo en voz baja:

—No, no lo eres. No sé por qué sigo llamándote así. Caramon, por favor, no tienes nada que temer. Sólo tienes que empujar la puerta con el hombro...

—Espera un momento, Caramon. —Sturm detuvo al hombretón cuando estaba a punto de obedecer—. Puede que esa puerta no sea mágica, como dice —lanzó una mirada funesta a la puerta—, pero yo por lo menos quiero saber por qué tu hermano conocía su existencia y el sitio preciso.

Raistlin miró ferozmente al caballero y Caramon se encogió al imaginar que su hermano iba a arremeter contra él. Al guerrero siempre lo pillaban en medio entre su gemelo y sus amigos, y detestaba estar así. Sus peleas le revolvían el estómago. Lanzó una mirada suplicante a Sturm, como pidiéndole que dejara ya el tema. Después de todo, sólo era una puerta...

Su hermano no atacó; el estallido de rabia que Caramon temía no se produjo. Raistlin apretó los labios. Miró la puerta, miró hacia atrás, al rastro que habían dejado en la nieve y en la vereda que se extendía por la zona

boscosa y a través del valle. Los ojos se desviaron luego hacia Sturm, y a sus finos labios asomó un atisbo de sonrisa.

—Nunca has confiado en mí, Sturm Brightblade —dijo en voz queda— e ignoro por qué. Que yo sepa, nunca te he traicionado. Nunca te he mentado. Si de vez en cuando me guardo alguna información, supongo que estoy en mi derecho de hacerlo. Para ser sincero —añadió mientras se encogía de hombros—, no sé cómo he encontrado esta puerta. No sé cómo estaba enterado de que se encontraba aquí. No sé cómo conocía la forma de abrirla. Lo he hecho y eso es lo único que puedo decir. —Al advertir que el caballero iba a hablar, levantó una mano.

»Y también sé esto: Detrás de la puerta hallaremos un túnel que nos conducirá directamente al interior de la fortaleza de Zhaman, que ahora se conoce como el Monte de la Calavera. —Raistlin miró la puerta y suspiró.

»O al menos eso era así antaño. Es posible que el túnel se destruyera con la explosión.

—Ahora que has hablado sin tapujos y con sinceridad, supongo que das por sentado que entramos sin más —dijo Sturm, sombrío.

—Es eso o es pasar los próximos días buscando un camino a través de esas montañas y luego, si es que es posible cruzarlas, otros cuantos días más de caminata —contestó el mago—. De ti depende, señor caballero. Tú verás lo que prefieres hacer. En aras de ahorrar tiempo, Caramon y yo tomaremos esta ruta. ¿No es así, hermano?

—Claro, Raist.

Sturm seguía mirando la puerta con gesto ceñudo.

»Venga, Sturm —le dijo el guerrero en voz baja—. No querrás patearte estas montañas de aquí para allí. Puede que nunca encuentres un camino. Como dice Raist, la puerta no es mágica, la construyeron los enanos. En Pax Tharkas vimos puertas que funcionaban así. En cuanto a cómo sabía Raist que estaba aquí, eso no importa. A lo mejor leyó un libro en el que se hablaba de ella y se le ha olvidado.

El caballero miró a su amigo, pensativo. Luego sonrió y puso la mano en el hombro del guerrero.

—Si toda la humanidad fuese tan leal y digna de confianza como tú, Caramon, el mundo sería un lugar mejor. Por desgracia —su mirada se desvió hacia el mago—, no es ése el caso. Aun así, como has dicho, esto nos ahorra tiempo y esfuerzo.

Sin más, se encaminó hacia la puerta y apoyó el hombro contra ella. Caramon se le unió y los dos empujaron. Al principio no hubo progresos; era como si quisieran desplazar la ladera de la montaña. Dieron otro empujón y, de repente, el bloque de piedra se deslizó hacia atrás tan de prisa sobre carriles de acero que Caramon perdió el equilibrio y cayó de bruces. Sturm también trastabilló y no se reunió con su amigo en el suelo por poco.

El sol se había metido y el arrebol del ocaso era toda la luz que había en el cielo, y no tardaría en desaparecer.

—*Shirak* —dijo Raistlin al tiempo que alzaba el bastón. El cristal que asía firmemente la garra dorada resplandeció. El mago se abrió paso entre su hermano y Sturm, que se había quedado parado cerca del acceso abierto en la pared de piedra, vacilante, y entró en el túnel.

La luz brilló en una vía de acero de unos dos metros de longitud que penetraba recta en el pasaje hasta una confluencia donde se dividía; una parte trazaba una curva a la izquierda y acababa en una pared, mientras que el resto seguía túnel abajo y desaparecía en la oscuridad. Raistlin examinó el mecanismo con interés.

—Fijaos en esto —dijo al tiempo que señalaba—. La puerta está montada sobre ruedas que corren por la vía. Entonces se la puede empujar contra esa pared para apartarla a un lado.

Había cuatro vagonetas en la vía montadas en hilera. Todavía se encontraban en buenas condiciones, y el suelo y las paredes estaban secos ya que el pasadizo había permanecido cerrado herméticamente. Raistlin se asomó a las vagonetas. Estaban vacías. Por su aspecto, nunca se habían utilizado.

—Las carretas de suministro podían llegar hasta el túnel y vaciar el contenido en estas vagonetas, que se empujaban o se tiraba de ellas por las vías, túnel adelante, hasta Zhaman. Así, aun asediada, la fortaleza podía

reabastecerse. Y en caso de que la derrota fuera inminente, los que se hallasen dentro de la fortaleza podían usar esta ruta de escape.

—Eso no tiene sentido —comentó Caramon que había entrado y miraba a su alrededor.

—¿El qué? —preguntó su hermano con impaciencia.

—Según Flint, cuando el hechicero vio que estaba a punto de caer derrotado, decidió destruirlo todo y se mató a sí mismo y a miles de guerreros de sus propias tropas. —Gesticuló señalando el túnel—. ¿Por qué iba a hacer algo así cuando podría haberse puesto a salvo?

—En eso tienes razón, hermano —convino el mago, pensativo—. Es extraño. Me pregunto...

—¿Qué te preguntas? —inquirió Caramon.

—Nada. —Raistlin sacudió la cabeza, pero siguió meditabundo.

—¡Bah! El hechicero estaba loco, consumido por su propia maldad —dijo Sturm, rotundo.

—A Fistandantilus se le podrán atribuir otras muchas cosas, pero no estaba loco —lo contradijo con suavidad el mago, que se encogió de hombros y pareció salir de su ensoñación—. Estamos perdiendo el tiempo con especulaciones vanas. No es probable que se llegue a saber la verdad de lo que ocurrió en Zhaman al final.

En la exploración que llevaron a cabo por el túnel descubrieron un depósito con armas y armaduras de manufactura enana, así como antorchas y faroles, picos y otras herramientas, provisiones de comida y barriles de cerveza. Los roedores habían devorado todos los alimentos. Para desencanto de Caramon, los barriles también estaban vacíos, aunque su hermano indicó que una cerveza que hubiese permanecido en barricas durante tres siglos difícilmente habría estado en condiciones de beberse.

Sturm encendió una de las antorchas y se puso a examinar la zona para buscar huellas u otras señales que indicaran que se hallaba habitada. Exploró el túnel a lo largo de más de un kilómetro y volvió para informar que no había encontrado ninguna indicación de que otros seres vivos hubiesen recorrido el túnel. Le dio un énfasis sombrío a la palabra «vivos»,

lo que les recordó que se suponía que en el Monte de la Calavera había fantasmas.

Raistlin sonrió y no dijo nada.

Caramon propuso pasar la noche en la entrada y al día siguiente recorrer el túnel. Raistlin habría seguido adelante a pesar de saber que no llegaría lejos antes de desplomarse. Aunque cansado hasta el agotamiento, estaba desasosegado, incapaz de quedarse quieto.

Comió poco y bebió su infusión. Caramon y Sturm se sentaron cómodamente y hablaron sobre lo que sabían de la Guerra de Dwarfgate, conocimientos que en su mayor parte provenían de las historias que les había contado Flint sobre el conflicto. Raistlin paseaba por el túnel y contemplaba fijamente la oscuridad deseando poder traspasarla y arrancarle sus secretos. Cuando por fin estuvo tan exhausto que no pudo dar un paso más, se tumbó en el petate y al instante se quedó profundamente dormido.

Caramon y Sturm debatieron si cerraban la entrada al túnel empujando la piedra hasta ponerla en su sitio. Decidieron dejarla abierta por si tenían que hacer una huida rápida.

Como dijo el caballero mientras se arropaba con la manta, sabían lo que había allí fuera, pero no lo que había ahí dentro.

—Y sabemos que no nos han seguido —añadió Caramon con un bostezo.

* * *

Resultó que los dos se equivocaban. Tas y Tika estaban allí fuera y los habían estado siguiendo.

Había pasado la mitad del día cuando Tasslehoff y Tika consiguieron por fin escabullirse de la asignación de la colada. Cuando llegó el momento de extender las empapadas prendas de vestir y la ropa de cama sobre los arbustos para que se secaran, Tika se había ofrecido voluntaria para la tarea. Un rápido codazo en las costillas había logrado que Tas se ofreciera voluntario también. El kender se las había ingeniado para recuperar las mochilas y esconderlas debajo de un tronco carcomido. Tras recogerlas, los

dos habían tirado la colada que se suponía tenían que poner a secar y se habían marchado a hurtadillas del campamento.

No fue difícil dar con la vereda que habían tomado los tres hombres. En la nieve se marcaban las huellas de los pies estrechos de Raistlin y las marcas del roce del repulgo de la túnica, así como los hoyos dejados por la punta del bastón. Las grandes huellas de Caramon estaban siempre cerca de las más pequeñas de su hermano y las pesadas marcas de Sturm iban detrás, en la retaguardia.

Muy conscientes de que habían perdido un tiempo valioso y que sólo les quedaba medio día antes de que la oscuridad les diera alcance, Tika intentó hacer todo lo posible para avanzar de prisa. No era cosa fácil, ya que Tasslehoff se distraía continuamente con algo que veía y se desviaba cada dos por tres para investigar. Tika tenía que convencerlo por las buenas para que se olvidara de ello o retenerlo a la fuerza o, si miraba hacia otro lado cuando se escabullía, salir en su persecución.

Cuando cayó la noche los dos estaban dentro del bosque.

—Tenemos que parar —dijo la joven, desanimada—. Si seguimos adelante podríamos perderles el rastro en la oscuridad. ¿Este claro sería un buen sitio para acampar?

—Como cualquier otro —contestó Tas—. Probablemente habrá lobos rondando por ahí, listos para hacernos pedazos, pero si encendemos una hoguera los mantendremos a raya.

—¿Lobos? —Tika echó una ojeada inquieta al oscuro bosque.

Había llegado muy lejos de Solace y de la posada *El Ultimo Hogar*, donde había trabajado como camarera, al emprender un viaje que nunca había imaginado que haría. Tampoco había imaginado que se enamoraría en ese viaje y desde luego no de Caramon Majere, que se había burlado cruelmente de ella cuando era una chiquilla llamándola «pelo de zanahoria», «cara pecosa» y «flacucha».

Ahora ya no la llamaba esas cosas, claro. Nadie lo hacía. Tika se había rellenado muy bien; demasiado, a su entender, si se comparaba con la grácil Laurana, que parecía una sílfide. De generosos senos, ancha de hombros, brazos fuertes y musculosos conseguidos tras años de acarrear pesadas

bandejas y levantar grandes jarros de cervezas, a Tika le hacía gracia cuando alguien la decía «bonita». Los rizos pelirrojos, los ojos verdes y la fulgurante sonrisa habían robado más de un corazón en Solace y ahora el de Caramon se contaba entre ellos; el que ella atesoraba de verdad.

Y allí estaba ahora, lejos de casa, lejos de cualquier cosa parecida a un hogar, y pasando la noche en un bosque oscuro, muy oscuro, con un kender por toda compañía. Aunque Tasslehoff era su mejor amigo y se alegraba de que estuviera con ella, no podía evitar desear que no hablara tanto ni tan alto y, sobre todo, que dejara de dar brincos con cada ruido raro mientras chillaba: «¿Has oído eso, Tika? ¡Ha sonado como si fuese un oso!»

Tika había pasado muchas noches al raso en terreno agreste durante ese viaje, pero siempre en compañía de guerreros experimentados que sabían cómo defenderse. La muchacha había participado en unos cuantos combates, pero hasta el momento la única arma que había manejado con brío era una pesada sartén de hierro. Había encontrado una espada, pero era muy consciente, ya que se lo habían dicho hasta la saciedad, de que cuando la blandía sólo era peligrosa para sí misma.

La joven no había tenido intención de pasar la noche sola, sino con Caramon. Sabía que cuando los alcanzaran ni Sturm ni Caramon la obligarían a regresar sola y sin protección, dijera lo que dijera Raistlin. Tendrían que dejar que Tas y ella se unieran al grupo y así podría impedir que Caramon se metiera en cualquier situación peligrosa a la que sin duda su hermano lo arrastraría.

Un chasquido cercano hizo que se le parara el corazón.

—¿Qué ha sido eso? —dijo con un respingo.

A Tas le había entrado sueño para entonces y se había acostado.

—Probablemente un goblin —respondió adormilado—. Tú haces la primera guardia.

Tika dio un chillido ahogado y asió la espada.

—No te preocupes —la animó Tas mientras se tapaba la cabeza con la manta—. Los goblins casi nunca atacan de noche. Los fantasmas y los espectros sí lo hacen.

Tika, que se había calmado un poco, dejó de sentirse tranquila.

—No crees que haya fantasmas aquí, ¿verdad? —preguntó consternada.

—No hay lugares de enterramiento por los alrededores, al menos no los hemos visto, así que espero que no —dijo Tas tras reflexionar un poco sobre el asunto. Luego, con un bostezo descomunal, añadió—: Si aparece un fantasma, Tika, no te olvides de despertarme. No querría perdérmelo.

La joven se dijo que el chasquido que había oído lo habría hecho un venado, no un oso ni un lobo, pero en seguida echó más leña a la hoguera hasta que se dio cuenta de que el fuego los delataba a sus enemigos. Entonces se preguntó, aterrada, si debería apagarlo.

Antes de que hubiera tomado una decisión, el fuego empezó a apagarse y no quedaba más leña que echarle. Tika tenía miedo de entrar en el bosque a buscar leña y, cuando la luz titilante de la última brasa se apagó, se quedó sentada en la oscuridad, aferrando la espada y odiando a Tasslehoff con todas sus fuerzas por dormir tan profunda y tranquilamente cuando había fantasmas, goblins, lobos y otras cosas horribles todo en derredor.

Sin embargo, el terror es agotador, sin contar que había pasado la mitad del día llevando y trayendo agua y escurriendo la ropa de la colada y la otra mitad caminando trabajosamente a través del bosque. Se le cayó la cabeza sobre el pecho. La mano que sostenía la espada aflojó los dedos.

Lo último que pensó antes de que el sueño se apoderara de ella fue que se suponía que uno jamás debía dormirse estando de guardia.

10

Un recuerdo del pasado
Esperanza para el futuro
El juego del clavo

Sturm hizo el primer turno de guardia esa noche y Caramon, el segundo. No le pidieron a Raistlin que hiciese guardia. Sturm no se habría fiado de él, y Caramon manifestó que su hermano estaba demasiado débil y necesitaba dormir.

La noche transcurría en un silencio y una quietud tan profundos que a Sturm le costaba mantenerse despierto. Finalmente tuvo que ponerse a dar paseos de un lado a otro del pasadizo para luchar contra el deseo de cerrar los párpados. Mientras caminaba, su mente volvió —como solía ocurrirle cuando estaba solo— a los tiempos vividos en Solamnia, tiempos de recuerdo agridulce, aunque con más amargor que dulzura.

La caballería, respetada en otros tiempos en Solamnia, hacía mucho que había caído en el descrédito. Las razones de que hubiera ocurrido tal cosa eran numerosas. El Cataclismo había llevado muerte y destrucción a todo Krynn, sin excluir a la nación de Solamnia. Poco después de sobrevenir el desastre, empezaron a correr rumores por todo el país de que a los caballeros se les había dado poder para evitar el Cataclismo y no lo habían impedido.

La gente que lo había perdido todo —hogar, medio de vida, amigos y familia— se alegró de tener a alguien a quien echar la culpa y los caballeros fueron una diana fácil. Si a esa situación inestable se le añadía la envidia de unos por el poder ejercido por los caballeros y la creencia de otros, con razón o sin ella, de que los caballeros se habían enriquecido a expensas de los pobres, no es de extrañar que la mezcla explotara.

Las turbas asaltaron los castillos y las residencias de los caballeros. Los caballeros no podían vencer en tales circunstancias. Si se defendían contra la chusma, los acusarían de asesinos. Si no lo hacían, corrían el riesgo de perderlo todo, incluida su vida. Los disturbios en Solamnia aflojaban durante un tiempo y después su monstruosa cabeza volvía a levantarse. Los caballeros siguieron intentando, desesperados, devolver la paz y la estabilidad al país y en algunos sitios llegaron a conseguirlo, pero como la orden de caballería se había roto, los caballeros no podían mantener individualmente el control mucho tiempo.

La familia de Sturm se había esforzado por mantener la paz en su feudo ancestral y lo había logrado durante más tiempo que la mayoría, ya que los Brightblade eran honrados y respetados por aquellos a quienes gobernaban. Sin embargo, llegaron forasteros a los pueblos y villas que estaban bajo su control y empezaron a provocar problemas, como para entonces ya ocurría en gran parte de Solamnia. En realidad, todo aquello era un esfuerzo conjunto urdido por las fuerzas de la Reina Oscura para socavar el poder de sus enemigos más implacables. Pero nadie sabía eso por entonces. Angriff Brightblade, previendo problemas, envió a su esposa y a su hijo al sur, a la ciudad arbórea de Solace, conocida desde hacía mucho como un refugio seguro para quienes atravesaban por una situación desesperada.

Sturm creció en Solace, criado con los relatos de su madre sobre las glorias pasadas de la caballería. Leyó y estudió la Medida —el código de leyes concebidas por los caballeros— y vivió conforme al Código *Est Sularis oth Mithas*, «Mi honor es mi vida». Su madre y él tuvieron muy pocas noticias del norte y las que recibieron no fueron buenas. Después llegó un momento en el que ya no tuvieron más noticias. Cuando murió la

madre de Sturm, el joven decidió ir en busca de su padre y viajó hacia el norte, a Solamnia.

Encontró el castillo de su familia en ruinas, porque no sólo había sido saqueado, sino también incendiado y arrasado. No consiguió encontrar a su padre ni pudo descubrir qué había sido de Angriff Brightblade. Unos decían una cosa; otros decían otra. Nadie sabía nada con certeza. Sturm creía que su padre tenía que haber muerto; en caso contrario, nada le habría impedido que regresara para reclamar el castillo de sus antepasados.

No obstante, aunque su padre estuviera muerto sus deudas no lo estaban; en absoluto. Angriff había pedido prestadas sumas cuantiosas avaladas con sus tierras a fin de seguir con ellas como antes y proporcionar ayuda a los pobres y necesitados que estaban bajo su protección. A Sturm no se le escapaba la amarga ironía del hecho de que aquellos que habían atacado el castillo eran los mismos que seguían vivos por la ayuda de su padre. Se vio obligado a vender las tierras de sus antepasados para saldar las deudas. Cuando las hubo pagado, sólo le quedaban la espada y la armadura de su padre. Y su honor.

Sturm rememoró todo aquello mientras paseaba durante la guardia, en la oscuridad del pasadizo, con la débil luz de un farol alumbrando sus pasos.

La noche anterior a su regreso a Solace, el único hogar que conocía, había entrado en la cripta del castillo, donde los Brightblade muertos reposaban. Situado en las ruinas de la capilla familiar, el panteón sólo era accesible a través de una puerta de bronce sellada y cuya llave permanecía escondida en la capilla. Había señales de que la turba había intentado echar abajo la puerta, seguramente con la esperanza de encontrar riquezas dentro. La puerta se había mantenido firme, como los Brightblade, a través de los siglos.

Sturm encontró la llave escondida, abrió la puerta y —en un silencio reverente y medio cegado por las lágrimas— accedió a la cripta. Las tumbas que guardaban los restos de sus antepasados se encontraban envueltas en la penumbra. Caballeros de piedra yacían encima de los sarcófagos, siendo espadas esculpidas con manos esculpidas. Su padre no tenía tumba, ya que nadie sabía dónde estaba enterrado su cadáver. El joven había puesto una

rosa fresca en el suelo, en memoria de su progenitor, y había caído de hinojos para pedir perdón a sus antecesores por haberles fallado.

Se mantuvo en vela toda la noche y, cuando la luz del amanecer empezaba a colarse sigilosamente en la cámara, se puso de pie con trabajo porque estaba entumecido e hizo el juramento solemne de restablecer el honor y la gloria de la familia Brightblade. Salió de la cripta y cerró con llave la puerta de bronce. La llave la guardó consigo hasta que se encontró a bordo de un barco, de regreso a Abanasinia. De pie en la cubierta y bajo la plateada luz de Solinari, Sturm había confiado la llave a las profundidades del océano.

Y, sin embargo, no había hecho nada para cumplir aquel juramento.

Recorría el túnel a pasos acompasados, sumido en sus pensamientos melancólicos, cuando lo interrumpió la voz de Raistlin.

—¡Quieres dejar de andar! —demandó, malhumorado—. No puedo dormir si estás yendo y viniendo sin parar.

Sturm se detuvo y se volvió para enfrentarse al mago.

—¿Qué es lo que esperas encontrar en este sitio maldito, Raistlin? ¿Qué es tan importante para que arriesgues la vida de todos nosotros para encontrarlo?

Lo único que el caballero alcanzaba a ver de Raistlin eran las extrañas pupilas en forma de reloj de arena, que relucían a la luz del farol. En realidad no esperaba que le contestara, así que se sobresaltó cuando se oyó la voz del mago, clara y fría, en la oscuridad:

—¿Qué es lo que esperas encontrar tú en el Monte de la Calavera? —Al no responder el caballero, Raistlin continuó:— Desde luego, no fue tu aprecio por mí lo que hizo que te decidieras a acompañarnos. Sabes que tanto Caramon como yo nos valemos por nosotros mismos, de modo que ¿por qué has venido?

—No veo por qué íbamos a intercambiar opiniones tú y yo, Raistlin —replicó Sturm—. Mis motivos sólo me incumben a mí.

—El Mazo de Kharas —dijo Raistlin. La última sílaba la articuló con un siseo sibilante.

Sturm se sorprendió. Sólo le había hablado del Mazo de Kharas a Tanis. Su primer impulso fue dar media vuelta y apartarse del mago, pero fue incapaz de resistir el reto.

—¿Qué sabes tú del Mazo de Kharas? —inquirió en voz baja.

Raistlin hizo un sonido áspero, rasposo, que podría ser una risilla desabrida; o quizá había carraspeado.

—Mientras tú y mi hermano os machacabais la cabeza el uno al otro con las espadas de madera, yo estudiaba, cosa por la que te burlabas de mí. Ahora acudes a mí buscando respuestas.

—Nunca me burlé de ti, Raistlin —respondió Sturm en voz queda—. Pienses lo que pienses de mí, al menos has de reconocerme eso. A menudo te protegí, como cuando esa turba estuvo a punto de quemarte en una hoguera como ofrenda a ese dios serpiente. Si quieres saber la verdad, el desagrado que me inspiras se debe al trato abominable que das a tu hermano.

—Lo que haya entre mi hermano y yo es algo de nuestra exclusiva incumbencia, Sturm Brightblade —replicó el mago—. Tú no lo entiendes.

—Tienes razón, no lo entiendo —contestó Sturm con frialdad—. Caramon te quiere, daría la vida por ti y tú lo tratas como si fuera basura. Ahora tengo que dormir un poco, así que te doy las buenas noches...

—Lo que ahora se conoce como el Mazo de Kharas se llamaba Mazo del Honor —dijo Raistlin—. Lo hicieron para honrar al Martillo de Reorx que el dios utilizó para forjar el mundo. El Mazo del Honor era un símbolo de paz entre los humanos de Ergoth, los elfos de Qualinesti y los enanos de Thorbardin. Durante la Tercera Guerra de los Dragones, el Mazo le fue entregado al legendario caballero, Huma Dragonbane, para que lo utilizara junto con el Brazo de Plata mágico para forjar las primeras Dragonlances, las que forzaron a la Reina Oscura a regresar al Abismo, donde ha permanecido desde entonces o, más bien, hasta ahora.

»En tiempos del Rey Supremo Duncan y de la Guerra de Dwarfgate, el Mazo del Honor se entregó al cuidado del héroe Kharas, un enano tan respetado que el nombre del Mazo se cambió en su honor. El Mazo se vio por última vez durante la guerra, blandido por Kharas, pero éste abandonó

pronto el campo de batalla, atribulado por verse obligado a luchar contra sus semejantes. Llevó el Mazo consigo, de vuelta a Thorbardin, y allí se le perdió la pista, porque las puertas del reino de la montaña se cerraron, ocultas para el mundo. —Raistlin hizo un alto para tomar aliento y luego prosiguió.

»Aquel que recupere el Mazo y lo utilice para forjar Dragonlances será aclamado como héroe. Hallará fama y fortuna, honor y gloria.

Sturm dirigió una mirada incómoda al mago. ¿Sus palabras eran meras generalidades o es que había estado husmeando en sus pensamientos más ocultos?

—Tengo que dormir un poco —dijo el caballero y se dirigió hacia Caramon, que roncaba, para despertarlo.

—El Mazo no está en el Monte de la Calavera —le dijo Raistlin—. Si todavía existe, se halla en Thorbardin. Si es el Mazo lo que buscas, deberías haber ido con Tanis y Flint.

—Dijiste que la llave para acceder a Thorbardin está en el Monte de la Calavera.

—En efecto —contestó Raistlin—, pero ¿desde cuándo alguien escucha lo que digo?

—Tanis lo hace —repuso Sturm—. Por eso me envió contigo y con tu hermano, para asegurarnos de que si encuentras la llave, la entregues.

El mago no tenía nada más que decir respecto a eso, de lo que el caballero se congratuló. Las conversaciones con Raistlin lo incomodaban siempre, le dejaban la sensación de que todos sus conceptos puros del mundo estaban en realidad renegridos y deslustrados.

Despertó a Caramon. El hombretón, entre bostezos y estiramientos, lo relevó en la guardia. Sturm estaba cansado y se quedó profundamente dormido casi de inmediato. En sus sueños, usaba el Mazo de Kharas para echar abajo la puerta de bronce de la cripta de su familia.

La noche transcurrió sin acontecimientos dignos de mención incluso para quienes la pasaron al raso. Los que no hicieron guardia —Tika y Tasslehoff— durmieron sin que nada perturbara su descanso. Unos ojos que todo lo veían los guardaron.

* * *

El día amaneció despacio, de mala gana. El sol luchó para penetrar a través de las densas y grises nubes, pero acabó fracasando de forma estrepitosa y finalmente se ocultó, malhumorado. El cielo amenazaba con llover o nevar, si bien no hizo ni lo uno ni lo otro.

Cuando un sol débil y desvaído alumbró la entrada del pasadizo, Sturm, Caramon y Raistlin reanudaron la marcha. Hablaron de empujar la puerta de piedra a su sitio para cerrar el acceso tras ellos.

Tras un examen, ninguno de ellos, ni siquiera Raistlin, supo determinar cómo funcionaba el mecanismo para abrir la puerta una vez que estuviera cerrada. Aun en el caso de que acabaran discutiendo cómo hacerlo, el mecanismo ya no había funcionado bien una vez y podría repetirse el fallo. Entonces se encontrarían atrapados y no tenían ni idea de lo que encontrarían más adelante. El túnel podría estar bloqueado y en tal caso no les quedaría otra opción que admitir el fracaso y volver sobre sus pasos. Convinieron en dejar abierta la puerta.

Los tres echaron a andar túnel adelante, con la luz del cristal del bastón de Raistlin alumbrándoles el camino. Sturm llevaba un farol porque le desagradaba sobremanera la idea de que, con sólo pronunciar una palabra, Raistlin pudiera dejarlos totalmente a oscuras.

El túnel, construido por ingenieros enanos, se internaba en la montaña en línea recta. Las paredes estaban labradas con tosquedad y el suelo era relativamente liso. No había señales de que alguien hubiera entrado en él nunca.

—Si los enanos hubiesen huido de la fortaleza asediada, encontraríamos alguna armadura desechada, armas rotas, cadáveres —dijo Caramon—. Este pasadizo no se ha utilizado nunca.

—Lo que avala la teoría de que Fistandantilus no arrasó Zhaman de forma deliberada —apuntó Raistlin—. La explosión fue accidental.

—Entonces ¿qué la causó? —preguntó Caramon, interesado.

—Magia maléfica —afirmó Sturm y el mago negó con la cabeza.

—No sé de ninguna magia, sea del tipo que sea, capaz de arrasar una fortaleza tan enorme. Según Flint la explosión devastó el área colindante a Zhaman en kilómetros a la redonda. Los eruditos llevan mucho tiempo preguntándose qué ocurrió realmente en esa fortaleza. Quizá seamos nosotros quienes descubramos la verdad.

—Sin duda escribirás un tratado sobre el tema y lo leerás en voz alta en el próximo Cónclave de Hechiceros —dijo Sturm.

—Sí, tal vez. ¿Por qué no? —contestó Raistlin con una sonrisa.

Los tres siguieron caminando.

* * *

Tasslehoff despertó a Tika recriminándole que se hubiera quedado dormida estando de guardia. Seguro que habían dejado de ver varios fantasmas que los habrían ido a visitar por la noche.

La propia joven se reprochó a sí misma su negligencia, abochornada al imaginar cómo la habría regañado Caramon por dormirse estando de guardia. Irritada, le dijo a Tas en voz alta que se callara y se diera prisa. Volvieron a la vereda por la que los habían precedido los tres hombres y reanudaron la tenaz persecución.

Tas y ella también empezaron su jornada muy pronto para recuperar el tiempo perdido. La falta de sueño y la conciencia de lo lejos que estaba de casa y de cualquier ayuda pusieron de mal humor a Tika. Se mostraba irascible con Tas y no quería charlar, ni siquiera sobre chismorreos interesantes como por ejemplo que Tasslehoff había descubierto que Hederick, el Sumo Teócrata, tenía su propia despensa secreta donde ocultaba comida.

Tika avanzaba por la vereda a zancadas, con aire enfadado, los ojos clavados en el suelo, sin apartarlos de las huellas marcadas en la nieve y resistiéndose al fuerte impulso de dar media vuelta y regresar al asentamiento a todo correr. Si se le hubiese ocurrido la forma de volver a hurtadillas sin que nadie supiera que se había marchado, lo habría hecho.

La joven habría acabado ideando alguna historia verosímil, pero sabía que Tasslehoff no podría evitar que se le escapara la verdad, y a la chica le daba pavor la idea de que la gente se riera de ella y dijera que había salido corriendo en pos de Caramon como una tonta colegiala enamoriscada.

En su favor hay que decir que no se debió sólo al temor de ser ridiculizada lo que le impidió darse media vuelta. El corazón de Tika rebotaba amor —un profundo amor— por Caramon y su temor de que le pasara algo malo era muy real. La idea de que quizá podría salvarlo de las maquinaciones de Raistlin la impulsó a seguir adelante.

En cuanto a Tas, estaba feliz de encontrarse de nuevo en la calzada en busca de aventuras.

Los dos llegaron al final del bosque cerca de mediodía y vieron el rastro sinuoso que se internaba en la pradera abierta y alfombrada de nieve.

—¡Mira, Tika! —señaló Tas con mucha excitación al irse acercando a la pared rocosa—. Hay una cueva. ¡Su rastro conduce a una cueva!

El kender agarró a la chica de la mano y se puso a tirar de ella para que se apresurara.

»Me encantan las cuevas. Uno nunca sabe qué va a encontrar dentro. ¿Te he contado lo de aquella vez que entré en una gruta y había dos ogros que jugaban al clavo, sólo que con un cuchillo, y que al principio iban a arrancarme las extremidades de una en una y a devorarlas, empezando por los dedos de los pies? Yo no lo sabía, pero por lo visto los ogros consideran un manjar los dedos de los pies de los kenders. Sea como sea, el caso es que les dije a los ogros que se me daba muy bien jugar al clavo, mejor que a cualquiera de ellos. Los ogros me dejaron un cuchillo que se suponía que tenía que lanzar al suelo, pero que en cambio se lo clavé a los ogros en las rodillas. Así no podrían perseguirme, claro, y escapé de acabar devorado. ¿Sabes jugar al clavo tú, Tika? Lo digo por si acaso hubiese ogros en la cueva y quisieran comernos.

—No. —A Tika no le gustaban nada las cuevas y el corazón le palpitaba muy de prisa al pensar que tenía que entrar en una.

Tas estaba a punto de lanzarse a contar más detalles sobre los ogros, pero Tika le ordenó que se callara y, como no le hizo caso, le pegó un tirón

del copete y lo amenazó con arrancárselo de raíz si no hacía el favor de cerrar la boca y la dejaba pensar.

Tas no sabía en qué tendría que pensar Tika, pero como le tenía mucho cariño a su copete no quiso correr ningún riesgo, aunque no creía que hubiera dicho en serio lo de arrancárselo. La joven se había puesto pálida, tenía los labios prietos y cada vez que creía que él no la miraba se enjugaba una lágrima.

Las huellas de pisadas se dirigían directamente a la gruta, que al final resultó que era un túnel. Dentro vieron huellas de botas embarradas, huellas muy grandes. Tika comprendió que Caramon y los otros habían pasado por allí.

—¡Enciende el farol! —dijo Tas—. Veamos que hay por ahí dentro.

—No he traído farol —contestó Tika, consternada.

—¡No importa! —exclamó el kender, que tanteaba en la oscuridad—. He encontrado un montón de antorchas.

—Oh, bien. —Tika miró fijamente la oscuridad que se extendía sin fin frente a ellos y sintió que le flaqueaban las rodillas como si las piernas se le hubiesen vuelto de gelatina.

El kender, tras encender una de las antorchas, recorría la cueva, se asomaba a unas vagonetas y se paraba para examinar las paredes.

—¡Eh, Tika, mira! ¡Ven aquí! ¡Fíjate en esto!

La joven no quería mirar. Sólo quería dar media vuelta y correr sin parar, correr todo el camino hasta hallarse de vuelta en el campamento. Entonces Tas le contaría a todo el mundo que Tika había huido como una niñita grande asustada. Rechinando los dientes, la muchacha fue a ver qué había encontrado el kender con la esperanza de que no fuera demasiado horrible.

Tas señalaba la pared. Allí, garabateado con carbón, había un corazón y en medio estaba escrita la palabra «Tika».

—Apuesto a que Caramon dibujó eso —dijo Tas, sonriente.

—Yo también apuesto a que fue él —susurró la joven mientras alargaba la mano y le quitaba la antorcha al kender—. Sígueme —ordenó y, con la

sensación de que el corazón se le saldría del pecho por la felicidad, fue delante por el túnel, que penetraba más y más en la oscuridad.

11

Cuestión de fe
El final del túnel
La escalamita, devoradora de hombres

Flint y Tanis atravesaron poco a poco el paso, que más que paso era una brecha grande. Tanis imaginó a los refugiados intentando cruzar aquella garganta angosta y rocosa con los niños a remolque y esperó fervientemente que no hubiera necesidad de llegar a eso. Pasaron gran parte de la mañana sorteando peñascos y trepando por los desprendimientos de rocas para, por fin, salir al otro lado tras horas de afanosos esfuerzos.

—Bien, ahí tienes, semielfo —señaló Flint con su hacha de guerra—. Thorbardin.

Tanis miró el paisaje que se extendía a sus pies. Llanuras de un color gris ceniciento morían al pie de estribaciones de tonalidades verde oscuro en las que se alzaba la cara gris y vacía del pico más alto de la cordillera de las Kharolis. El semielfo contempló la montaña con abatimiento.

—Allí no hay nada.

—Aja —asintió el enano con sombría satisfacción—. Justo lo que te dije.

Flint se lo había dicho, sí, pero su amigo tenía tendencia a exagerar y adornar un poco sus relatos de vez en cuando, en especial los que tenían que

ver con los atropellos e injusticias sufridos por su pueblo, ya fuesen reales o entendidos como tales. Por mucho que Tanis escudriñó, no consiguió divisar señal de nada que pareciera una puerta en la cara de la montaña o un sitio donde pudiera instalarse una.

—¿Seguro que Thorbardin es allí? —preguntó después.

Flint se apoyó en el hacha y miró fijamente la montaña.

—Nací y crecí por los alrededores. Los huesos de mis antepasados yacen en las praderas que tenemos a nuestros pies. Murieron porque nuestros parientes les cerraron la puerta de esa montaña. *Buscador de Nubes* arroja una sombra sobre todos nosotros. Todos y cada uno de nosotros, los Enanos de las Colinas, lo vemos surgir imponente en nuestros sueños. No es probable que me olvide de este sitio. —Flint escupió en la tierra—. Eso es Thorbardin.

Tanis suspiró hondo, se rascó la barba y se preguntó para sus adentros qué diablos iban a hacer.

No albergaba esperanza de tener éxito en su misión. Ni Flint ni él tenían ni idea de por dónde empezar a buscar la puerta perdida al reino enano. Podían pasar años deambulando por la cara de *Buscador de Nubes*. Los codiciosos y los desesperados habían buscado esa puerta durante trescientos años sin hallarla. No había razón para pensar que Flint y él tuvieran éxito donde muchos otros habían fracasado.

Tanis se planteó la idea de renunciar. Empezó incluso a darse media vuelta y dirigir la vista atrás, por donde habían venido; hasta llegó a dar un paso en esa dirección y después, otro. Cuando Tanis se giró de nuevo, Flint asintió con la cabeza.

—Vamos a seguir, entonces —dijo.

—Sabes tan bien como yo que sólo es cuestión de tiempo que Verminaard ataque —contestó el semielfo, que añadió, frustrado—: ¡Tiene que haber un modo de entrar en Thorbardin! Sólo porque nadie lo haya descubierto...

—Después de todo, los dioses están con nosotros —comentó el enano.

Tanis miró a su amigo para ver si había hablado con sorna o si estaba serio. No llegó a ninguna conclusión. La expresión del enano era

inescrutable y, por si fuera poco, la espesa barba y las cejas pobladas le tapaban gran parte de la cara.

—¿Crees que los dioses están con nosotros? —preguntó Tanis—. ¿Crees lo que Elistan y Goldmoon han estado enseñando?

—No es fácil contestar a eso —dijo Flint, que no parecía sentirse a gusto hablando de ese tema. Miró a su amigo de soslayo—. ¿He de suponer que tú no?

—Querría creer. —Tanis sacudió la cabeza—. Pero no puedo.

—Hemos visto milagros —apuntó el enano—. Riverwind estaba quemado como un tizón con el fuego del dragón. A Elistan lo revivieron estando al borde de la muerte.

—Y a Verminaard también lo hicieron volver de la muerte —replicó Tanis de forma seca—. He visto a Raistlin esparcir unos pocos pétalos de rosa y hacer que los goblins se caigan dormidos a sus pies.

—Eso es distinto —gruñó Flint.

—¿Por qué? ¿Porque es magia? Sea magia o no, uno podría calificar de milagrosas cosas así.

—Yo las califico de brujerías —masculló el enano.

—Pues yo sólo tengo por cierto que el único que va conmigo por el camino eres tú, amigo mío —dijo Tanis sonriente al tiempo que daba una palmada a Flint en el hombro—. No podría pedir un compañero de viaje mejor. Incluidos los dioses.

El enano enrojeció de satisfacción, pero se limitó a rezongar que Tanis era tonto de remate y que no debería hablar de ese modo tan irrespetuoso sobre cosas que escapaban a su comprensión.

—Creo que deberíamos seguir —dijo Tanis—. Raistlin podría encontrar la llave de la entrada al Monte de la Calavera.

—¿Crees que planea traérnosla si la encuentra? —El enano resopló con sorna—. Y afirmas no creer en milagros.

Los dos echaron a andar hacia lo que Tanis se temía que fuera un lento y trabajoso deambular por la cara de la montaña, cuando Flint se paró de golpe.

—¿Quieres echar un vistazo a esto? —inquirió.

El semielfo lo hizo y se maravilló. No era un milagro. Era una calzada. Construida por enanos hacía siglos, la calzada estaba recortada en la roca. Serpenteando de un lado a otro por la vertiente, conducía a las estribaciones y después volvía a subir por el otro lado de la montaña. Lo único que tenían que hacer los refugiados era conseguir llegar hasta ese punto y, a partir de ahí, el camino sería fácil.

—Eso, contando con que la calzada lleve a la puerta —comentó Flint, que leyó los pensamientos a Tanis.

—Ha de ser allí. ¿Dónde más podría conducir?

—Eso es justo lo que la gente se ha preguntado a lo largo de los últimos trescientos años —argumentó, brusco, Flint.

* * *

A Sturm, Caramon y Raistlin, que avanzaban por el interior de la montaña, el trayecto les resultó largo, tedioso y sin incidentes. Era una zona proclive a los terremotos, pero el túnel construido por enanos había aguantado casi incólume cientos de esos seísmos. De vez en cuando advertían que las paredes tenían fisuras, y aquí y allí un pequeño desprendimiento de piedras les dificultaba el paso, pero eso fue todo.

El túnel se extendía recto, sin giros ni intersecciones. Tampoco estaba encantado ni habitado por ningún ser vivo o muerto. Caminaron durante varias horas a buen paso. De nuevo Raistlin denotaba una energía fuera de lo normal. Iba delante, el paso vivo acompañado por el frufrú de la roja túnica al rozarle los tobillos. Cuando los otros dos hablaron de hacer un alto para darse un respiro, el mago les recordó en tono cáustico que de su progreso dependían vidas.

Allí abajo, en la oscuridad, sin que hubiese manera de saber la hora, ninguno de ellos tenía idea de cuánto tiempo llevaban caminando ni cuántos kilómetros habían recorrido. Cada dos por tres pasaban por delante de marcas en la pared que parecían ser algún tipo de indicador de distancias. Las marcas estaban en lenguaje enano, sin embargo, ninguno de los tres sabía lo que significaban.

Caminaron tanto tiempo que Caramon empezó a preguntarse si no habrían dejado atrás el Monte de la Calavera. Quizá habrían atravesado el continente y saldrían a algún reino lejano, tal vez al distante límite del Muro de Hielo, en el sur. Estaba absorto en sus fantasías, soñando con vastas extensiones de yermos blancos, cuando Sturm llamó su atención hacia los escombros y cascotes que eran cada vez más numerosos en el pasadizo.

—Debemos de estar llegando al final —comentó Raistlin—. La destrucción que vemos es resultado de la explosión que arrasó la fortaleza.

—¿Y qué haremos si la explosión destruyó el túnel? —preguntó el caballero.

—Esperemos que estuviera protegido —contestó Raistlin—. Como puedes observar, las vigas que sujetan el techo no están dañadas. Ésa es una buena señal.

Siguieron avanzando con cansancio. La luz de la antorcha de Sturm y la que irradiaba el bastón de Raistlin no llegaban muy lejos, y el mago estuvo a punto de chocar contra la pared de piedra antes de percatarse de que estaba allí. Se frenó de golpe y dirigió la luz a un lado y a otro.

—Espero que esto sea una puerta disimulada como la otra —comentó Caramon—. En caso contrario habremos venido hasta aquí para nada.

—No tienes fe en mí, ¿verdad, Pheragas? —murmuró Raistlin, que, alcanzando el bastón para alumbrarse, empezó a examinar el muro en busca de marcas.

—¿Quién será ese Pheragas? —murmuró Caramon.

—Probablemente es mejor que no lo sepas —dijo con voz severa Sturm.

—¡La encontré! —anunció Raistlin, que señaló una marca igual a la que habían visto en la puerta del otro extremo del pasadizo, la runa enana que significaba «puerta».

Hizo presión en la marca y, como había ocurrido el día anterior, esa sección de la piedra se hundió y se deslizó hacia adentro en la pared. Hubo un sonido rechinante seguido de chasquidos conforme la piedra se separaba y aparecía el contorno de un vano. En esta ocasión el mecanismo había funcionado bien. La pesada puerta retrocedió tan de prisa en medio de sordos retumbos que casi arrolló a Raistlin, quien tuvo que quitarse de en

medio con diligencia, lo que provocó que Sturm se atusara el bigote para disimular la sonrisa.

La pesada puerta retumbó y chirrió sobre los oxidados raíles y luego se frenó contra el muro con un golpetazo estruendoso que levantó ecos en el pasadizo.

—Nada como anunciar nuestra presencia —comentó el caballero.

—¡Chist! —Raistlin alzó una mano.

—Un poco tarde para eso —dijo Caramon al tiempo que le guiñaba un ojo a Sturm, por lo que se ganó una mirada furiosa de su hermano.

—Quítate el yelmo y quizás encuentres tu cerebro dentro —increpó el mago—. Los ruidos que he oído vienen de ahí. —Señaló el hueco en la pared de piedra y, ahora que los ecos se habían apagado, oyeron gritos estridentes y el golpeteo metálico de armas.

Caramon y Sturm desenvainaron la espada en tanto que Raistlin toqueteaba uno de los saquillos colgados del cinturón.

—*Dulak* —murmuró el mago y el brillo del cristal del bastón se apagó dejando como única fuente de luz la antorcha de Sturm.

—¿Por qué has hecho eso? —demandó el caballero, que añadió a regañadientes—: Por mucho que odie tener que admitirlo, no nos vendría mal la luz de tu bastón.

—No es juicioso anunciar al enemigo que uno es hechicero —contestó Raistlin en voz baja.

—La magia funciona mejor a hurtadillas y en la oscuridad, ¿no es eso? —replicó el caballero.

—Venga, dejadlo ya los dos —intervino Caramon.

Se quedaron inmóviles y callados, atentos a los ruidos de lucha que sonaban a lo lejos, muy distantes.

—Parece que alguien más está interesado en los secretos del Monte de la Calavera —dijo Sturm al cabo.

Esas palabras parecieron actuar como un acicate en Raistlin.

—Voy a ver qué pasa. Vosotros dos podéis quedaros aquí.

—No, iremos los tres —se opuso Sturm.

Moviéndose cautelosamente, con la antorcha en una mano y la espada en la otra, el caballero cruzó el umbral. Raistlin iba a continuación y Caramon, echando ojeadas atrás, cerraba la marcha.

* * *

Avanzando por el oscuro túnel, Tasslehoff Burrfoot llegó a la conclusión de que no quería volver a ver una sola roca en toda su vida. Al principio, recorrer un pasadizo secreto a través de una montaña resultó excitante. Cabía la posibilidad de que un esqueleto guerrero estuviera acechando a la vuelta de un recodo, listo para saltar sobre ellos y estrangularlos. Alguna criatura espectral podría intentar absorberles el alma o lo que quiera que hicieran esos seres a la gente.

Por otro lado, Tika, que no encontraba el túnel excitante en absoluto, parecía estar nerviosa y sentirse desdichada.

Tas consideraba que era su obligación conseguir que no perdiera el ánimo, así que amenizó la marcha relatándole todas las historias horripilantes, espeluznantes y pavorosas que había oído contar sobre cosas que pululaban en túneles secretos bajo las montañas. En lugar de conseguir el efecto deseado, sus relatos parecieron sumir a Tika en un mayor desánimo. De hecho, hubo un momento en el que se giró con intención de sacudirle un tortazo. Acostumbrado a esa clase de comportamiento en sus compañeros, Tas se agachó a tiempo y decidió cambiar de tema.

—¿Cuánto tiempo crees que llevamos andando, Tika?

—Yo diría que semanas —repuso ella, hosca.

—Pues yo creo que sólo han sido unas pocas horas —dijo Tas.

—Vaya ¿y qué sabes tú? —espetó la joven.

—Sé que es muy, pero que muy aburrido —contestó el kender, que dio una patada a una piedra que lanzó rodando por el suelo—. ¿Nos queda algo de comida?

—¡Pero si acabas de comer!

—¡Pues me parece que hace días ya! —Tas agitó los brazos—. Tú misma has dicho que llevamos semanas caminando.

—Oh, cierra el pico... —empezó Tika, pero entonces enmudeció, petrificada en el sitio.

Un ruido horrible —un prolongado estruendo acompañado de un chirrido estridente— resonó en el pasadizo. El suelo tembló y se desprendió polvo de las paredes. El retumbo y los chirridos se prolongaron durante varios segundos angustiosos y después cesaron de repente.

—¿Qué...? ¿Qué ha sido eso? —preguntó Tika con voz temblorosa.

—Creo que ha sido una escalamita —contestó Tas en susurros, tras reflexionar.

—¿Una escala qué? —musitó la joven, a quien le temblaban las manos tanto que la luz de la antorcha brincaba por todo el pasadizo.

—Escalamita —repitió el kender con gesto solemne—. He oído contar algunas cosas sobre ellas. Crecen en las cuevas y son bestias enormes y bastante feroces. Siento tener que decirte esto, Tika, pero deberías prepararte para lo peor. Ese ruido que hemos oído seguramente era una escalamita devorando a Caramon.

—¡No! —gritó Tika, como loca—. No creo que... —Hizo una pausa para mirar al kender—. Espera un momento. Nunca he oído hablar de esas escalamitas.

—En serio, Tika, deberías salir más a menudo.

—¡Lo que quieres decir es estalagmita!

—Eso es lo que he dicho. —Tas estaba dolido—. Una escalamita, que sólo hay en las cavernas.

—¡Una estalagmita es una formación rocosa que se forma en algunas cavernas, cabeza hueca! —Tika se enjugó el sudor de la frente.

—¿Estás segura? —Tas odiaba renunciar a la idea de una feroz escalamita devoradora de hombres.

—Sí, lo estoy. —La joven parecía muy enojada.

—Bueno, pues si ese ruido no lo hizo una escalamita al devorar a Caramon, entonces ¿qué fue? —preguntó el kender en plan realista.

Tika no tenía respuesta para eso y deseó no haberlo sacado a colación. Se dio media vuelta.

—Creo que deberíamos regresar...

—Ya hemos estado allí, Tika —señaló el kender—. Sabemos lo que hay en ese lado: un montón de oscuridad muy, muy oscura. Y no sabemos lo que hay más adelante. A lo mejor a Caramon no se lo ha comido una formación rocosa, pero él y su hermano aún podrían estar en apuros y necesitar nuestra ayuda. ¿No sería maravilloso que los dos, tú y yo, rescatáramos a Raistlin y a Caramon? Entonces nos respetarían. Se acabarían los tirones del copete y los cachetazos en las manos cuando lo único que quiero hacer es tocar ese viejo bastón birrioso.

Tika imaginó un Raistlin humilde y apocado que le agradecía efusivamente haberle salvado la vida y a Caramon estrechándola en un fuerte abrazo y repitiendo una y otra vez lo orgulloso que estaba de ella.

Tas tenía razón. Detrás sólo había oscuridad.

Temerosa pero resuelta, la joven reanudó la marcha a lo largo del túnel acompañada por Tasslehoff, que albergaba la esperanza de que su amiga se hubiera equivocado respecto a la escalamita.

12

Muerte en la oscuridad *Un mensajero espeluznante*

Sturm sólo había dado unos pocos pasos en la estancia que había al otro lado del umbral cuando topó con una pesada viga que se había precipitado desde el techo y que le cerraba el paso. En el pequeño círculo de luz que arrojaba la antorcha vio que había tropezado con una destrucción tan absoluta que apenas distinguía detalles de lo que quiera que estuviera mirando. El fuego había arrasado la estancia. Los escombros, en su mayoría renegridos y abrasados, se amontonaban en el suelo más arriba del tobillo, así como bultos calcinados que quizás alguna vez habían sido muebles.

Apartando los escombros a patadas, el caballero rodeó la pesada viga y encontró otra puerta.

—Los ruidos vienen de ahí —informó en susurros a sus compañeros.

—De la armería —dijo Raistlin—. Ahora sé dónde estamos. Ésta era la biblioteca. ¡Lástima que no escapara indemne!

Se agachó para recoger los restos de un libro. Las páginas se deshicieron en una lluvia de cenizas. Todo cuanto quedaba era la cubierta de cuero y también estaba quemada, con las esquinas ennegrecidas y enroscadas.

—Qué lástima —repitió en voz queda el mago.

Soltó el libro y al alzar los ojos encontró a Sturm observándolo con intensidad.

—¿Armería? ¿Biblioteca? ¿Cómo sabes tanto sobre este sitio maldito? —inquirió el caballero.

—Caramon y yo vivimos aquí hace mucho tiempo —respondió Raistlin con sarcasmo—. ¿No es cierto, hermano? Tenemos que habértelo contado, estoy seguro.

—Venga, Raist —murmuró el guerrero—. Déjalo ya.

Sturm siguió mirando al mago con desconfianza; casi parecía que le hubiese creído.

—¡Oh, por lo que más quieras! —espetó Raistlin—. ¿Hasta qué punto puede llegar tu necedad, Sturm Brightblade? Hay una explicación perfectamente lógica. He visto mapas de Zhaman. Ya está. Resuelto el misterio.

Raistlin se agachó para recoger otro libro, pero se le deshizo en la mano. Dejó caer las cenizas entre los dedos. Sturm y Caramon habían llegado hasta la puerta, llevándose la antorcha con ellos. Agachado en el suelo, Raistlin agradeció quedarse a oscuras porque así no se veía que le temblaban las manos ni la cara perlada de un sudor frío que le resbalaba por el cuello. Estaba medio muerto de miedo y deseó con toda su alma haber hecho caso a los que le habían advertido que no fuera a ese lugar. Había mentido a Sturm y había mentido a su hermano. Jamás había visto un mapa de Zhaman. Ni siquiera sabía con certeza que existiese tal mapa. No tenía ni idea de por qué sabía dónde encontrar la runa en la falda de la montaña. Nunca había oído hablar de alguien llamado Pheragas. Ignoraba cómo sabía que los ruidos procedían de la armería o que esa estancia era la biblioteca. Desconocía por qué sabía que bastante más abajo de ese nivel de la fortaleza había un laboratorio...

El joven mago tuvo un escalofrío y se apretó la cabeza con las manos como si así pudiera llegar dentro y arrancarse de la memoria los recuerdos de cosas que nunca había visto y de sitios en los que nunca había estado.

—¡Basta! —susurró, frenético—. ¡Déjame en paz! ¿Por qué me atormentas?

—¡Raist! —llamó su hermano—. ¿Te encuentras bien?

Raistlin apretó los dientes y se clavó las uñas en las palmas para que dejaran de temblarle las manos. Hizo una inhalación profunda y estremecida. Luego, asiendo con fuerza el bastón, apretó la fría madera contra la piel ardiente de la caray cerró los ojos. La sensación de espanto lo abandonó poco a poco y fue capaz de ponerse de pie.

—Estoy bien, hermano —contestó, consciente de que, si no respondía, Caramon iría a buscarlo. Se desplazó despacio a través de la habitación cubierta de cascotes para reunirse con Sturm y con su hermano, que se habían parado en la puerta y escuchaban los sonidos de lucha a la vez que discutían la conveniencia de acercarse a investigar o no.

—Podría haber alguna persona inocente metida en problemas —argüía el caballero—. Deberíamos ir para ver si podemos ayudar a quien sea.

—¿Qué iba a hacer una persona inocente deambulando por este sitio? —demandó Caramon—. Esa lucha no nos incumbe, Sturm. No debemos ir metiendo las narices en la guarida de un goblin. Esperemos aquí hasta que acabe y luego iremos para ver cómo ha acabado la cosa.

—Tú quédate con tu hermano —dijo el caballero, ceñudo—. Yo me acercaré al menos para ver qué...

Ahogando la voz de Sturm y el resto de la frase, un bestial rugido de dolor, agonía y rabia sacudió el suelo y desprendió polvo a montones del techo. El bramido acabó de manera brusca en un gorgoteo estertóreo. Unas voces ásperas lanzaron un grito de triunfo, y el entrechocar de espadas sonó con más fuerza. Los tres amigos se miraron unos a otros, alarmados.

—¡Eso sonaba como un dragón! —dijo Caramon.

—¡Te dije que había alguien en peligro! —Sturm soltó la bolsa donde llevaba la armadura, inútil en ese momento porque no había tiempo para ponérsela.

Caramon abrió la boca para increpar a su amigo, pero antes de que tuviera ocasión de decir nada Sturm había salido disparado de la estancia y se había sumergido en la oscuridad. El guerrero miró a su hermano con gesto de súplica.

—¡No podemos dejarlo ir allí solo, Raist! ¡Tenemos que ayudarlo!

—Supongo que sí, aunque cómo vamos a luchar contra un dragón sin más armas que espadas y pétalos de rosa es algo que me sobrepasa.

—Parecía que estuviese herido. Probablemente esos guerreros lo tienen acorralado —sugirió Caramon, esperanzado, antes de salir corriendo en pos de Sturm.

—¡Qué alivio! No es más que un dragón herido y acorralado —rezongó el joven mago.

Repasó mentalmente la lista de hechizos que tenía buscando alguno que hiciera algo más que irritar al dragón... o darle risa. Tras elegir uno que le pareció aceptable, Raistlin se apresuró a ir detrás de su hermano con la esperanza de evitar, al menos, que a Caramon acabaran matándolo en una grandiosa y noble carga final de los Brightblade.

Caramon salió de la destrozada biblioteca detrás de Sturm y se encontró en un pasillo ancho. Esa parte de la fortaleza había escapado a los peores efectos de la explosión. Los únicos daños eran grietas en las paredes y los suelos y algunos pedazos de techo que habían caído en el corredor. Los rugidos del dragón sonaban como si llegaran del otro extremo del pasillo. Se hicieron más fuertes y más aterradores.

Las voces de los que combatían con la bestia también sonaron más altas. Caramon no entendía lo que decían, pero daba la impresión de que se mofaran de su enemigo y se azuzaran entre sí. Sturm corría delante; no había mirado hacia atrás, así que ignoraba si Caramon lo había seguido o no.

El guerrero avanzó con más cautela. Había algo en esa batalla que le resultaba chocante. Habría querido que su hermano estuviese ya con él. Se volvió a medias.

—Raist, date prisa —lo llamó en voz baja.

Una mano lo asió del brazo y una voz susurrante que salió de la oscuridad le habló:

—Estoy aquí, hermano.

—¡Maldita sea, Raist! ¡No te acerques a mí así, a hurtadillas!

—Hemos de apresurarnos si queremos impedir que el caballero acabe reducido a pavesas —dijo Raistlin en tono sombrío.

—Esto no me gusta —dijo su hermano.

—No se me ocurre por qué —repuso el mago, cáustico—. Nosotros tres, marchando con arrojo al encuentro de la muerte...

—No es por eso —añadió el guerrero al tiempo que sacudía la cabeza—. Fíjate en esas voces, Raist. Ya las he oído antes, o algo muy patecido a como suenan.

Raistlin miró a su gemelo y vio que Caramon estaba serio. Los dos habían servido juntos como mercenarios y había llegado a respetar su destreza y su instinto como guerrero. Raistlin se retiró la capucha para escuchar mejor las voces. Luego miró a Caramon y asintió con la cabeza.

—Tienes razón, ya habíamos oído antes esas voces. ¡Necio caballero! —añadió con acritud—. Tenemos que detenerlo antes de que lo maten. Ve tú por delante, que yo te alcanzaré.

Caramon así lo hizo.

—*Shirak* —pronunció Raistlin la palabra mágica, y la luz del cristal del bastón irradió. Cuando pasaba por delante reparó en los restos de una enorme escalera de caracol hecha de hierro que descendía a los niveles inferiores.

—Conduce a mis aposentos —se dijo.

Centrado en la ejecución de su magia no se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—¡Sturm, espera! —gritó Caramon cuando creyó que el caballero lo oiría por encima del entrecuchar de las armas. El caballero se detuvo y se volvió hacia él.

—Bien ¿qué pasa? —inquirió con impaciencia.

—¡Esas voces! —dijo el guerrero, que resopló por el esfuerzo realizado—. Son draconianos. ¡No, escucha! —apremió a su amigo mientras lo asía del brazo para detenerlo.

El caballero escuchó y frunció el entrecejo mientras bajaba la espada.

—¿Por qué iban unos draconianos a atacar a un dragón?

—A lo mejor han tenido una discusión —sugirió su amigo, que intentaba recuperar el aliento—. El mal se vuelve contra sí mismo.

—No estoy tan seguro de que sea eso —dijo Raistlin, que se acercó a ellos. Miró alternativamente al caballero y a su hermano—. ¿Alguno de los dos siente ese temor debilitador que hemos experimentado cuando había cerca una de esas criaturas?

—No —contestó Sturm—, pero el dragón no nos está viendo.

—Eso no tendría por qué influir en el terror que inspiran. En el campamento del valle sentimos el miedo al Dragón Rojo mucho antes de que lo viéramos o nos viera.

—Todo esto es muy extraño —musitó Sturm, pensativo.

—Lo que sí sabemos es esto: el enemigo de mi enemigo es amigo mío —citó Raistlin.

—Cierto —convino el caballero con una leve sonrisa—. En tal caso, deberíamos ayudar al dragón.

—¡Ayudar al dragón! —Caramon los miró con los ojos desorbitados—. ¿Os habéis vuelto locos los dos?

Al parecer sí, ya que Sturm echó de nuevo a correr hacia el ruido de la lucha y Raistlin lo siguió de prisa para no quedarse atrás. Sacudiendo la cabeza, el guerrero salió disparado en pos de su gemelo y del caballero.

El fragor de la lucha se había intensificado. Los siseos de los draconianos y sus voces guturales se oían ahora con absoluta claridad. Hablaban en su lenguaje, aunque lo mezclaban con el Común, por lo que Caramon entendía una de cada cuatro palabras. Los rugidos del dragón habían perdido fuerza. Salía luz de la armería al corredor.

Sturm se había pegado contra la pared y al acercarse a la puerta se arriesgó a echar una ojeada dentro. Lo que vio lo dejó tan sorprendido que fue incapaz de moverse y se quedó paralizado, sin poder apartar los ojos de la escena. Caramon lo retiró de un tirón.

—¿Y bien? —demandó.

—Hay un dragón —dijo Sturm, apabullado—. Uno que no se parece en nada a los que he visto o de los que me han hablado. Es hermoso. —Se sacudió como para salir de una ensoñación y volver a la realidad—. Y está malherido.

Caramon se asomó para verlo por sí mismo.

Sturm tenía razón. El dragón era distinto de todos los dragones con los que se había topado. Había visto dragones con escamas tan negras como el corazón de la Reina Oscura, dragones con escamas rojas como llamas abrasadoras, dragones con escamas de un azul tan intenso como un cielo de color cobalto. Este era distinto. Era más pequeño que los otros y era hermoso, como había dicho Sturm. Las escamas le brillaban como latón bruñido.

—¿Qué clase de dragón es? —le preguntó Caramon a su gemelo.

—Eso es lo que hemos de averiguar —contestó Raistlin—, lo que significa que no debemos dejar que lo maten.

—Hay cuatro draconianos —informó Sturm—. Uno está malherido y los otros tres siguen de pie. Están de espaldas a nosotros y centrados en acabar con el dragón. Van armados con arcos y le han estado disparando flechas. Podríamos sorprenderlos por detrás.

—Déjame ver qué puedo hacer —dijo el mago—. Quizá consiga ahorrarnos tiempo y problemas.

Raistlin sacó algo de un saquillo, lo estrujó entre los dedos, pronunció unas palabras mágicas e hizo un gesto con la mano.

Una bola de fuego abrasador voló desde sus dedos, atravesó la estancia y alcanzó a uno de los draconianos en la espalda. El fuego mágico estalló en la piel escamosa de la criatura. El draconiano soltó un chillido espeluznante y se desplomó en el suelo, donde rodó sobre sí mismo aullando de dolor mientras el fuego ennegrecía las escamas y chamuscaba la carne. Sus compañeros brincaron para apartarse de él ya que las llamas se extendían y les lamían los talones.

—¡Recordad los dos! —advirtió Raistlin cuando Caramon y Sturm entraron a la carga en la habitación—. ¡Los draconianos son tan peligrosos muertos como cuando están vivos!

—¡*Arras, Solamni!* —lanzó su grito de guerra Sturm, que significaba «Levanta, Solamnia».

El grito hizo dar un respingo a los draconianos, y uno que se volvió para hacer frente a ese nuevo enemigo se encontró con la espada de Sturm; el acero penetró en sus entrañas. El caballero sacó el arma de un tirón, antes

de que el cadáver del draconiano se convirtiera en piedra y la espada se quedara atrapada. Caramon no corrió riesgos. Ciñendo la mano sobre la empuñadura de la espada, golpeó al otro draconiano en la nuca. El cuello de la criatura se rompió con un chasquido y el ser cayó al suelo, duro como mármol.

—¡Tres muertos! —informó el guerrero, que se chupó los doloridos nudillos. Corrió hacia el draconiano herido para rematarlo, pero resultó que ya había muerto. El cuerpo se deshizo en ceniza mientras se acercaba a él —. Cuatro muertos —rectificó.

Finalizada la lucha, Sturm se dirigió con rapidez hacia el dragón. La enorme criatura yacía despatarrada en el suelo, con las brillantes escamas de color latón embadurnadas de sangre. Raistlin también se acercó al dragón tan de prisa como pudo. La magia siempre se cobraba un precio del cuerpo y el mago se sentía tan agotado como si hubiese combatido durante tres días en lugar de tres minutos.

—Vigila el corredor —ordenó a Caramon cuando pasó junto a su hermano—. Había más draconianos en esta estancia. A estos cuatro los dejaron para rematar la tarea.

El guerrero recorrió con la mirada la cámara y al ver el ingente número de flechas caídas en el suelo de los disparos fallidos asintió con la cabeza, torvo el gesto. Echó otra ojeada al dragón y el corazón le latió en el pecho con fuerza. El animal era tan hermoso, tan magnífico... Aunque fuera un dragón no debería estar sufriendo así. Salió para vigilar el corredor desde la puerta.

Sturm se acuclilló al lado de la cabeza del dragón. Éste tenía los ojos abiertos, pero el brillo en ellos se apagaba muy de prisa. La respiración era trabajosa. Miró a Sturm, asombrado.

—Un caballero solámnico... ¿Por qué estás aquí? ¿Luchas con... los enanos? —El dragón salió de su estupor y alzó un poco la cabeza con esfuerzo—. ¡Tienes que matar a ese vil hechicero!

Sturm miró a Raistlin.

—A mí no —espetó el mago—. El dragón habla de enanos en combate... ¡Debe de referirse a Fistandantilus!

—Me encontré mientras dormía —murmuró el dragón—. Me lanzó un hechizo, me hizo prisionero... Y ahora ha enviado a sus demonios para que me maten...

El dragón tosió y le salió sangre por la boca.

—¿Qué tipo de dragón eres? —preguntó Raistlin—. Nunca hemos visto uno como tú.

El cuerpo reluciente se estremeció. La inmensa cola golpeó el suelo, una convulsión sacudió las patas y las alas se contrajeron. Tuvo un último estremecimiento y la sangre le salió a borbotones por las fauces. La cabeza del reptil colgó de lado. Los ojos los miraron fijamente sin verlos.

Raistlin soltó un suspiro contrariado y Sturm le lanzó una mirada de reproche, tras lo cual inclinó la cabeza para orar.

—Paladine, dios de la luz y de la clemencia, de la sabiduría y de la verdad, acoge el alma de este noble animal en tu bendito reino...

—¡Sturm, he oído algo! —Caramon entró corriendo en la estancia. Se detuvo, consternado, cuando vio que el caballero rezaba y luego miró a su gemelo—. He oído voces que vienen de la biblioteca.

—Señor caballero —dijo Raistlin, tajante—, deja las plegarias. Paladine sabe qué tiene que hacer con un alma, no necesita que tú se lo expliques.

Sturm hizo caso omiso, acabó el rezo y después se puso de pie.

—He oído voces que llegaban del corredor —repitió Caramon en tono de disculpa—. Quizá sean draconianos. No estoy seguro.

—Acompaña a mi hermano —instruyó el mago—. La magia me ha dejado exhausto. He de descansar.

Se sentó pesadamente en el suelo y apoyó la cabeza en la pared. Caramon se alarmó al verlo.

—Raist, no deberías quedarte solo aquí.

—Ve, Caramon —contestó Raistlin y cerró los ojos—. Sturm necesita tu ayuda. Además, ¡me agobias lo indecible con tus aspavientos!

La luz titilante del cristal del bastón brillaba en la tez dorada. Tenía el semblante demacrado. Empezó a toser y buscó el pañuelo en uno de los bolsillos.

—No sé —vaciló el guerrero.

—Aquí estará bastante seguro —opinó Sturm—. Los draconianos han seguido camino.

Caramon miró a su gemelo con incertidumbre.

—Deberías apagar la luz, Raistlin.

Raistlin esperó hasta oír que las pisadas apresuradas de Sturm y de su hermano se perdían en la distancia. Cuando estuvo seguro de que se habían marchado y confiando en que a su hermano no se le metiera en la cabeza la idea de regresar, Raistlin se puso de pie.

Como había dicho, la estancia había sido una armería. Había pedazos de perchas de antiguos petos desperdigadas por el suelo. Seguramente los draconianos las habían tirado y hecho cachos buscando algún botín. Armas de diversos tipos alfombraban el suelo cubierto de sangre, la mayoría de ellas rotas o tan oxidadas que no tenían arreglo. Raistlin les echó una rápida ojeada pero no vio nada de interés. Los draconianos eran criaturas inteligentes que sabían si algo era valioso cuando lo veían y se habrían apropiado ya de cualquier cosa que mereciera la pena.

El mago se acercó al objeto que había despertado su interés: un gran saco de arpillera, cerca del montón de polvo que había sido un draconiano. Dejó el bastón en el suelo y se arrodilló junto al saco, con cuidado de que la túnica no rozara en la sangre.

Dio golpecitos con el dedo a uno de los bultos que había dentro del saco y notó algo duro y sólido. El saco estaba empapado de sangre. Los diestros dedos de Raistlin tiraron y hurgaron el nudo del cordel que cerraba la boca del saco. Por fin consiguió soltarlo y lo abrió.

La luz del cristal del bastón brilló en un yelmo. Y no en un yelmo cualquiera, por cierto. El draconiano había sabido ver su valor bajo la capa de polvo y mugre que lo cubría y, aunque Raistlin no era un entendido para juzgar los detalles que hacían excelente una pieza de armadura, hasta él se daba cuenta de que el yelmo era obra de un experto, diseñado tanto para proteger a quien lo llevara puesto como de adorno.

El mago lo frotó con la bocamanga para quitar un poco de polvo. Destacando de las otras gemas engastadas, un gran rubí centelleó al reflejar la luz.

Raistlin miró dentro del saco, no vio nada más de interés y de nuevo centró su atención en el yelmo. Pasando la mano sobre él, murmuró unas palabras y el yelmo empezó a irradiar un fulgor tenue.

—Ah, de modo que eres mágico... Me pregunto...

El vello de la nuca se le erizó y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Había alguien con él en la estancia. Alguien se acercaba a hurtadillas, a su espalda. Con lentitud, Raistlin soltó el yelmo; en el mismo movimiento asió el bastón y giró sobre los pies.

Unos ojos fríos, pálidos, envueltos en sombras, lo contemplaban desde la oscuridad. Los ojos no tenían sustancia ni cabeza ni cuerpo. No eran los ojos de un ser vivo. Raistlin reconoció en aquella mirada cruel el odio y el dolor de un alma obligada a morar en el Abismo, prisionera del Dios de la Muerte, incapaz de hallar reposo ni alivio del atroz tormento de su terrible existencia.

Los ojos se deslizaron en el aire hacia él, con la agitada negrura abismal que lo envolvía siguiéndolo como una estela.

Raistlin alzó el bastón y lo sostuvo ante sí. El cayado era su única protección, pues estaba demasiado débil para lanzar otro hechizo aun en el caso de que hubiese sido capaz de recordar algún conjuro eficaz contra el aterrador espectro. Consideró la idea de gritar pidiendo ayuda, pero temió que hacer tal cosa indujera al espectro a atacarlo. Ante todo debía impedir que el espectro lo tocara, ya que el tacto mortífero le consumiría el calor, la energía y la vida.

El espectro se aproximó más y, de repente, la luz del bastón irradió con repentina intensidad, tan blanca, tan deslumbrante que casi cegó a Raistlin y lo obligó a resguardarse los ojos con la mano. El espectro se detuvo.

Una voz habló. Era una voz seca como hueso y suave como ceniza que provenía de una boca invisible.

—El Amo me pide que te dé este mensaje, Raistlin Majere. Has encontrado lo que buscas.

El joven mago estaba tan estupefacto que casi dejó caer el bastón. La mano le tembló y la luz titiló, vacilante. El espectro se acercó más y

Raistlin aferró el cayado con fuerza y lo adelantó ante sí. La luz brilló firmemente y el espectro retrocedió.

—No... entiendo. —Raistlin tenía la boca muy seca. Tuvo que intentarlo dos veces antes de conseguir hablar y, cuando le salieron las palabras, sonaron como un graznido.

—Ni lo entenderás. Ni debes entenderlo. Al menos durante mucho tiempo. Sabe que ahora estás al cuidado del Amo.

Los ojos espectrales se cerraron. La oscuridad se disipó. El brazo de Raistlin empezó a temblar de forma incontrolada y se vio obligado a soltar el bastón. Tenía los nervios de punta y cuando una voz habló a su espalda se dio un susto de muerte. Era Sturm.

—¿Con quién hablabas? —El tono del caballero sonaba desagradable y desconfiado—. Te oí hablar con alguien.

—Hablabo conmigo mismo —replicó Raistlin. Metió el yelmo en el saco con la esperanza de que el caballero no lo hubiera visto. Luego inquirió con voz cortante:— ¿Qué eran esas voces que había oído mi hermano? ¿Dónde está Caramon?

Sturm no estaba dispuesto a que lo distrajera. Había visto el brillo metálico.

—¿Qué guardas ahí? —demandó— ¿Por qué intentas esconderlo? ¡Déjame verlo!

—No intento esconder nada —dijo Raistlin con un suspiro—. Encontré un antiguo yelmo enano dentro de este saco. Sé poco sobre piezas de armadura, pero parece tener cierto valor. Puedes juzgar por ti mismo. —Le tendió el saco—. ¿Dónde está Caramon?

—Recibiendo invitados —repuso Sturm.

El caballero abrió el saco, sacó el yelmo y lo sostuvo a la luz. Soltó un suave suspiro.

—Excelente manufactura. Nunca había visto nada igual. —Lanzó una mirada feroz al mago—. ¡«Cierto» valor! Esto vale el rescate de un rey. Un yelmo así sólo lo llevaría puesto alguien de sangre real, un príncipe o tal vez el propio rey.

—Eso lo explicaría... —musitó Raistlin, que añadió con tono despreocupado:— Deberías manejarlo con cuidado. Creo que podría estar encantado.

Estaba pensando en lo que el espectro le había dicho: «Has encontrado lo que buscas.» ¿Qué había ido a buscar allí? Raistlin no lo sabía en realidad. Le había dicho a Tanis que buscaba la llave que les abriría las puertas de Thorbardin. ¿Era cierto o sólo había sido una excusa? ¿O quizá la verdad se encontraba en medio, entre lo uno y lo otro...?

—¿Recibiendo invitados? —repitió el mago cuando el extraño comentario del caballero penetró en la bruma que le enturbiaba la mente—. ¿Qué quieres decir? No estará en peligro...

—Eso depende de lo que entiendas por peligro —contestó Sturm, que soltó una corta carcajada.

Preocupado, Raistlin hizo intención de ir en ayuda de su hermano, pero encontró a Caramon en el umbral de la armería. El guerrero tenía el rostro encendido.

—Eh, Raist, fíjate quién ha venido —dijo con una sonrisa tímida.

Tika apareció junto a Caramon. Le dirigió a Raistlin una sonrisa que se disipó rápidamente ante la mirada fría del mago. Éste se disponía a decir algo, pero se lo impidió Tasslehoff al entrar en la estancia dando saltos y hablando de forma atropellada por la excitación.

—¡Hola, Raistlin! Vinimos a rescataros pero supongo que no hacía falta. Caramon creía que éramos draconianos y casi nos ensartó con la espada. ¡Guau! ¿Eso es un dragón? ¿Está muerto? ¡Pobre! ¿Puedo tocarlo?

Raistlin asestó a su gemelo una mirada penetrante.

—Caramon, tenemos que hablar —dijo en tono gélido.

13

Invitado real

La salida

Un descubrimiento pavoroso

Sturm pasó la mano por el yelmo, maravillado por la destreza de su artífice. Era vagamente consciente de la tensión que flotaba en el ambiente, de la reprimenda de Raistlin a su hermano con voz baja e irritada, del ruido que hacía Caramon con los pies al apoyar el peso ora en uno ora en otro y de sus respuestas apenadas sobre que aquello no era culpa suya, de que Tika agarraba al kender por el cuello de la camisa y lo sacaba de la estancia a la fuerza mientras mascullaba algo sobre buscar la salida de aquel sitio horrible. El caballero era consciente de todo lo que pasaba, pero no prestaba atención a nada de aquello. No podía apartar los ojos ni la mente del yelmo.

Con las yemas de los dedos quitó la mugre de las gemas para que brillaran con más intensidad. Una en particular atrajo su mirada: un rubí tan grande como el puño de un niño que iba engastado en el centro del yelmo. Sturm imaginó el aspecto que tendría ese yelmo cuando estuviese bruñido, reluciente. De repente sintió la tentación de ponérselo.

No sabía de dónde le había venido la idea. Ni que decir tiene que no cambiaría su propio yelmo —que había llevado su padre y antes su abuelo— ni por todas las monedas de acero de Krynn; de todos modos, ese yelmo

no le quedaría bien. Se había hecho para un enano y, en consecuencia, era demasiado grande para un humano. La cabeza le repicaría dentro igual que un guisante en una cáscara de nuez, pero a pesar de todo Sturm deseaba probárselo. A lo mejor era sólo para ver qué se sentía al lucir un objeto que valía el rescate de un rey o quizás era para juzgar la calidad de aquella pieza artesanal o tal vez era que el yelmo le estaba hablando y lo instaba a ponérselo en la cabeza y cubrirse con él el largo y oscuro cabello, en el que empezaban a menudear las canas a pesar de que sólo tenía veintinueve años.

Se quitó el yelmo de su padre y lo dejó en el suelo, a sus pies. Sosteniendo el enojado yelmo y contemplándolo con admiración, a Sturm le pareció recordar que Raistlin había dicho algo respecto a que el yelmo era mágico. El caballero desechó esa idea. Ningún guerrero de verdad como tenía que haber sido el enano que lo había lucido le habría permitido a un hechicero que se acercara a su armadura. Lo que intentaba Raistlin con esa advertencia era despertar su recelo para que no lo tocara siquiera. El mago quería el yelmo para sí mismo.

Sturm se lo puso. Para su sorpresa y su satisfacción, le ajustaba como si se lo hubiesen hecho especialmente para él.

—Bueno, Raist ¿qué clase de dragón crees que es? —preguntó Caramon en un intento desesperado de cambiar de tema y evitar la agarrada que veía venir—. Tiene un color raro. A lo mejor era un dragón mudable.

—Querrás decir mutante, mentecato —lo corrigió Raistlin con frialdad—. ¡Y en este momento me importa un ardite qué era! —Inhaló con un sonido silbante.

—Creo que iremos a buscar la salida, Caramon —anunció Tika, que dijo lo primero que se le vino a la cabeza—. Vamos, Tas. Vayamos a buscar la salida —dijo al tiempo que agarraba al kender por el cuello de la camisa.

—¡Pero si sabemos cómo salir! —arguyó Tas—. ¡Sólo tenemos que volver por donde hemos venido!

—Vamos a buscar una salida diferente —replicó la joven, hosca, mientras tiraba de él hacia la puerta.

Raistlin asestó a Caramon una mirada fulminante bajo la que el hombretón se encogió como si hubiese menguado a la mitad de su tamaño.

—¿Qué hace ella aquí? —demandó el mago—. ¿Le dijiste que viniera? Lo hiciste, ¿verdad?

—¡No, Raist, lo juro! —Caramon estaba cabizbajo, con la vista clavada en las botas—. No tenía ni idea.

—De las muchas tonterías que has hecho, ésta es el colmo. ¿Te das cuenta del peligro en el que la has puesto? Y el kender. ¡Por los dioses, el kender!

Raistlin tuvo que hacer una pausa para inhalar aire, y eso lo hizo toser. Le fue imposible hablar durante unos segundos, en los que rebuscó su pañuelo.

Caramon observaba a su gemelo con angustia, pero no se atrevía a decirle ninguna palabra de consuelo ni intentó ayudarlo. Ya estaba metido en un buen apuro; un apuro que, se mirara como se mirara, no era culpa de él. Y si bien por un lado lo emocionaba que Tika lo considerara lo bastante importante para ir tras él, por otro habría querido que la joven estuviese en la otra punta del continente.

—Ella no te dará problemas, Raist —dijo—. Y Tas tampoco. Sturm puede acompañarlos de vuelta al campamento. Tú y yo... Seguiremos a Thorbardin o donde sea que quieras ir.

Por fin el mago consiguió respirar de nuevo. Se limpió los labios y miró a su hermano con aprobación aunque a regañadientes. El plan de Caramon no sólo los libraría de Tika y de Tasslehoff, sino que también les quitaría de en medio al caballero.

—Han de marcharse de inmediato —dijo Raistlin, que hablaba con voz enronquecida por la tos.

—Claro, Raist —accedió Caramon con un gran alivio—. Iré a hablar con Sturm... ¡Sturm! Ah, estás ahí.

Se había dado media vuelta y ahora tenía al caballero ante sí. Caramon miró a su amigo con desconcierto. Se había quitado su yelmo, un yelmo que para él valía más que su propia vida, y lo había sustituido por otro que estaba sucio, manchado de sangre y que era demasiado grande para él. La visera le llegaba al cuello y los ojos apenas se le veían a través de las ranuras superiores.

—Eh... ese yelmo que has encontrado es bonito, Sturm —dijo Caramon.

—Te dirigirás a mí con el debido respeto y el tratamiento de «alteza» —declaró Sturm con una voz que sonaba extraña al salir de aquel yelmo—. Os preguntaría vuestros nombres y de dónde sois, pero no podemos perder tiempo en cumplidos. ¡Hay que cabalgar hacia Thorbardin ahora mismo!

Caramon dirigió una mirada desconcertada a su hermano. No tenía ni idea de qué decía su amigo. No era propio del serio caballero hacer el tonto.

Raistlin observaba a Sturm con los ojos entrecerrados, atentos.

—Venga, Sturm, déjate de bromas —pidió el guerrero, que ahora estaba asustado—. He hablado con Raist y hemos decidido que deberías escoltar a Tas y a Tika de vuelta al campamento.

—No sé quién es ese tal Sturm del que no dejas de hablar —lo interrumpió el caballero, impaciente—. Soy Grallen, hijo de Duncan, el Rey Bajo la Montaña. Hemos de regresar a Thorbardin de inmediato. —El tono de su voz se tornó triste—. Me temo que todo está perdido. Hay que informar al rey que sus hijos han muerto.

Caramon se había quedado boquiabierto.

—¿Grallen? ¿Hijo de Duncan? ¿Qué? Raist, ¿sabes tú de qué habla?

—Qué interesante —murmuró el mago, que miraba a Sturm como si fuese algún tipo de experimento metido en un frasco de laboratorio—. Se lo advertí, pero no me hizo caso.

—¿Qué le ha ocurrido? —demandó el guerrero.

—El yelmo se ha apoderado de su voluntad. No es tan inusual ese tipo de magia. Está el famoso Broche de Adoración elfo, creado por un hechicero para que guardara el espíritu de su esposa muerta. También existe la Flauta Camarina de Leonora, que...

—¡Raist! ¡Déjate de lecciones! ¿Qué le pasa a Sturm? —increpó Caramon.

—Al parecer el yelmo perteneció a un príncipe enano llamado Grallen —le explicó Raistlin—. Murió, ya fuera en el campo de batalla o aquí, en la fortaleza. No estoy seguro del tipo de encantamiento, pero imagino que el alma del príncipe tenía alguna razón poderosa para permanecer en este mundo, una razón tan importante que se negó a renunciar a ella, ni siquiera

ante la muerte. Su alma se convirtió en parte del yelmo con la esperanza de que alguien fuera lo bastante necio para cogerlo y ponérselo. Es decir, Sturm Brightblade.

—¿Así que ese príncipe enano es ahora Sturm? —preguntó Caramon, aturdido.

—Al revés. Sturm es ahora el príncipe enano Grallen.

Caramon dirigió una mirada afligida a su amigo.

—¿Y volverá a ser Sturm alguna vez? —preguntó.

—Si se quita el yelmo, probablemente —contestó el mago.

—¡Ah, bien, entonces se lo quitaremos!

—Yo no lo... —empezó Raistlin, pero Caramon ya había asido el yelmo y empezaba a tirar de él para sacarlo de la cabeza de Sturm.

El caballero lanzó un grito de dolor y de indignación y apartó a Caramon de un empujón.

—¿Cómo osas ponerme las manos encima, humano? —increpó al tiempo que llevaba la mano a la espada.

—Os pedimos disculpas, alteza —se apresuró a intervenir Raistlin—. Mi hermano no sabe lo que hace. El ardor de la batalla lo ha dejado confundido...

Sturm envainó la espada.

—El yelmo estaba como atascado, Raist —informó Caramon—. ¡Me fue imposible moverlo!

—No me sorprende. Me pregunto... —Se quedó en silencio, pensativo.

—¿Qué quieres decir con que no te sorprende? ¡Éste es Sturm! ¡Tienes que romper el encantamiento, quitárselo o hacer lo que sea con él!

—El hechizo no se puede romper hasta que el alma del príncipe Grallen lo libere —explicó Raistlin a la par que sacudía la cabeza.

—¿Y eso cuándo ocurrirá? ¿Será Sturm un enano para siempre?

—No es probable —repuso el mago, que añadió, irritado:— ¡Y deja de gritar! ¡Conseguirás que todos los draconianos que haya en este sitio caigan sobre nosotros! El alma del príncipe está resuelta a cumplir una misión. Quizá sea algo tan sencillo como regresar para dar la noticia sobre la muerte de su hermano.

Raistlin hizo una pausa; en silencio, miró el yelmo de hito en hito.

—Quizás era esto a lo que se refería el mensaje... —murmuró.

Caramon se pasó los dedos por el cabello. Se le notaba muy preocupado.

—¡Sturm cree que es un enano! ¡Es terrible! ¿Qué vamos a hacer?

—Alteza, nos sentiríamos muy honrados de escoltaros de vuelta a Thorbardin, pero, como podéis ver, somos humanos —empezó Raistlin—. No sabemos el camino.

—Yo os guiaré, por supuesto —repuso de inmediato Sturm—. Habrá una cuantiosa recompensa para vosotros en pago al servicio que me hacéis. ¡El rey debe saber esta terrible noticia!

Caramon se volvió hacia su hermano, que parecía extremadamente complacido consigo mismo.

—¡No pensarás utilizarlo de ese modo! —protestó el guerrero.

—¿Por qué no? Hemos encontrado lo que buscábamos. —Señaló al caballero—. Hete aquí la llave a Thorbardin.

* * *

Tika se sentó en una columna rota y dio un suspiro apesadumbrado.

—Ojalá toda la fortaleza se desplomara sobre mí, me enterrara bajo los escombros y acabar así de una vez.

—Creo que llegas tarde —comentó Tas, que deambulaba por el corredor sembrado de cascotes, alumbraba aquí y allí con la antorcha y hurgaba con la jupak en los rincones oscuros con la esperanza de encontrar algo interesante—. La fortaleza se derrumbó todo lo que podía derrumbarse.

—Bien, pues, ojalá me caiga en un foso —dijo Tika—. O que ruede por una escalera y me rompa el cuello. Cualquier cosa con tal de no tener que volver a verle la cara a Caramon. ¿Por qué, por qué, por qué se me ocurriría venir? —Hundió la cara en las manos.

—No pareció muy contento de vernos, ¿verdad? —admitió Tas—. Lo que es raro, considerando todo el trabajo que nos hemos tomado para rescatarlo de esa escalamita devoradora de hombres.

Tika había dicho un pequeño embuste al asegurar que Tas y ella iban a buscar la salida. La fortaleza era un lugar oscuro y escalofriante y, aunque al kender le habría hecho feliz explorarla, la joven no tenía ni pizca de ganas de aventurarse en ella. Lo único que había deseado era alejarse de Caramon, así que Tas y ella se habían quedado en el corredor, no muy lejos de la estancia donde el guerrero discutía con su gemelo. La luz de las antorchas y del bastón de Raistlin se derramaba en el pasadizo. Tika oía las voces enfadadas, sobre todo la del mago, pero no entendía lo que decía. Hablarían mal de ella, sin duda. Las mejillas le ardieron. Acongojada, se mecía atrás y adelante mientras gemía.

Tasslehoff le daba palmaditas en el hombro para que se tranquilizara cuando, de pronto, se puso a olisquear con fuerza.

—Huelo aire fresco —dijo y encogió la nariz—. Bueno, quizá no sea fresco, pero al menos me huele como aire de fuera, no de aquí dentro.

—¿Y qué? —repuso la joven con voz apagada.

—Le dijiste a Caramon que íbamos a buscar una salida. Bueno, pues creo que la hemos encontrado. ¡Vayamos a ver!

—No me refería a ese tipo de salida —comentó Tika con un suspiro—. Me refería a una salida de esa estúpida situación.

—Pero si encontramos una salida mejor que por donde entramos, entonces podrás decírselo a Caramon y Caramon se lo dirá a Raistlin, que ya no estaría enfadado con nosotros. Habremos sido útiles.

Tika alzó la cabeza. Eso era verdad. Si demostraban que podían ser útiles, Raistlin no seguiría enfadado con ellos. Caramon se alegraría de que lo hubiera seguido. Olisqueó el aire. Al principio lo único que percibió fue el olor húmedo y malsano de un sitio que ha permanecido bajo tierra mucho, mucho tiempo. Entonces supo a lo que se refería Tas. El soplo de aire era húmedo y lo impregnaba un hedor a putrefacción pero, al menos, como había dicho el kender, olía diferente del aire estancado en ese subterráneo.

—Creo que viene de allí arriba —dijo Tika, que echó la cabeza hacia atrás y escudriñó la penumbra de lo alto—. No veo nada. Alza más la antorcha.

Tas trepó ágilmente sobre la columna rota y desde allí se encaramó a otro fragmento que estaba caído encima del primero, con lo que se situó a la altura de los hombros de Tika. Estirando el brazo hasta casi descoyuntárselo, alzó la antorcha todo lo posible. La luz reveló la parte inferior de una pasarela de hierro de aspecto desvencijado.

—El aire fresco viene de ahí arriba, desde luego —informó Tas, aunque en realidad no percibía ninguna diferencia, pero quería que Tika dejara de pensar en sus problemas—. Tal vez si trepamos a esa pasarela encontremos una puerta o algo. ¿Has traído cuerda?

—Sabes perfectamente bien que no —replicó la joven, que volvió a suspirar—. No hay nada que hacer.

—¡Pues claro que sí! —gritó el kender, que luego escudriñó hacia arriba con la cabeza echada atrás—. Creo que si te subes a este trozo de columna y luego me subes a tus hombros podría llegar a la pasarela. ¿Entiendes lo que te digo? —Bajó la vista hacia Tika—. Como esos saltimbanquis que vimos en la feria el año pasado. Había un tipo que se ataba un nudo y...

—Nosotros no somos saltimbanquis —señaló la muchacha—. Seguramente nos romperíamos el cuello.

—Bueno, hace un momento decías que te lo querías romper —le recordó el kender—. ¡Venga, Tika, al menos podríamos intentarlo!

La joven sacudió la cabeza y Tas se encogió de hombros.

»Entonces supongo que no nos queda otra opción que volver y decirle a Caramon que hemos fracasado.

Eso le dio que pensar a Tika.

—¿De verdad crees que podemos hacerlo? —preguntó.

—¡Pues claro que sí! —Tas buscó un sitio donde poner la antorcha en la piedra sin que se apagara—. Ponte aquí. Planta bien los pies y quédate muy quieta. Voy a trepar por tu espalda hasta los hombros. ¡Uy, espera! Deberías quitarte la espada...

Tika desabrochó el talabarte y soltó el arma en la piedra, junto a la antorcha. Tas y ella intentaron de varias formas distintas que el kender se subiera a sus hombros, pero trepar por una persona no resultó tan fácil

como parecía. Tras unos cuantos intentos fallidos, Tas resolvió cómo hacerlo.

—Por suerte tienes las caderas anchas —le dijo a la chica.

—Muchísimas gracias —replicó ella con acritud.

Plantando un pie en la cadera de la joven, Tas se aupó. Puso el otro pie en un hombro, subió el otro y se encontró encaramado a los hombros de Tika. Despacio, balanceándose un poco y apoyado con las manos en la cabeza de la joven, el kender se puso erguido.

—¡No imaginaba que pesaras tanto! —jadeó Tika—. ¡Será mejor que te... des prisa!

—¡Sujétame por los tobillos! —indicó Tas, que alzó las manos y logró asir dos de los balaustres de hierro—. ¡Ya puedes soltarme!

Tas levantó la pierna derecha para engancharla al balcón. Tras dos intentos consiguió hacerlo. Deslizó la pierna entre los balaustres y entonces no supo qué hacer con la otra pierna. Se quedó colgado un instante en una postura rara, incómoda y precaria en extremo.

Tika miró hacia arriba y se llevó la mano a la boca, aterrada de que Tas pudiera caerse.

Por suerte, su amigo descendía de un largo linaje de kenders que trepaban a balcones o se encaramaban a cornisas o caminaban por el caballete de los tejados. Un quiebro del cuerpo, unos cuantos gruñidos, un reajuste de la pierna para no correr el peligro de dislocarse la cadera, otro quiebro y un estrujar el cuerpo de manera que se deslizó entre los balaustres de hierro y se encontró tendido boca abajo en la pasarela.

—¡Lo has conseguido! —gritó Tika, impresionada—. ¿Qué hay ahí arriba? ¿Ves alguna salida?

La joven oyó que el kender rebullía en la oscuridad, pero no alcanzaba a ver qué hacía. Una vez pareció que tropezaba con algo, ya que soltó un quejido en tono irritado. Después volvió y se tendió al borde de la barandilla.

—Oye, Tika ¿por qué crees que se llama pasarela? ¿Se llamaría «Ela» quien la inventó?

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Y eso qué importa? —replicó la joven, irritada.

—Nada, sólo me lo preguntaba. Supongo que esa tal Ela estaba en un apuro y tenía que pasar a otra parte para escapar y entonces inventó la «pasarela».

Antes de que Tika tuviera ocasión de decirle que aquello no tenía sentido alguno, el kender añadió:

—Aquí hay montones de cuerda, rollos y rollos, así como antorchas y un saco con algo blandengue que apesta y que hace «chuf-chuf» al tocarlo. Seguiré buscando.

Volvió a desaparecer en la oscuridad. Tika recogió la antorcha y miró a su alrededor con nerviosismo; no le gustaba quedarse sola. Caramon no estaba lejos y acudiría si gritaba. Tas regresó poco después.

—¡La encontré! ¡Hay un agujero en el techo que creo que conduce a un conducto que estoy bastante seguro de que lleva al exterior! Apuesto a que podríamos subir por ese conducto. ¿Quieres que lo intentemos?

—Sí —accedió Tika, convencida de que, condujera donde condujera, aquel conducto sería mejor que donde estaba ahora. Cualquier cosa sería mejor que volver con Caramon y su hermano—. ¿Cómo subo a la pasarela?

—Descolgaré una cuerda. Sostén esa antorcha donde pueda ver lo que estoy haciendo.

Tika alzó la antorcha. Trabajando a su luz titilante, Tas ató una punta de la cuerda a un balaustre y después la dejó caer hasta Tika.

—Será mejor que apagues la antorcha —aconsejó—. Así no nos perseguirán draconianos. Yo encenderé una aquí arriba.

La joven hizo lo que le decía y después aferró la cuerda y empezó a subir a pulso. De pequeña le había gustado mucho trepar así por una cuerda; en la ciudad arbórea de Solace, los niños subían y bajaban por cuerdas con la agilidad de una araña. Desde aquel entonces no había practicado mucho lo de subir a pulso, pero la habilidad reapareció en seguida.

—Tienes unos brazos fuertes —comentó el kender, admirado.

—Y caderas anchas —masculló la joven, que se aupó a la pasarela y se encaramó a ella.

—El conducto de aire está por aquí.

Tas y la antorcha la condujeron hasta un agujero en el techo, bastante ancho. Aunque Tika no alcanzó a ver la luz del sol sí que notó el olor a aire fresco que venía desde arriba y le acariciaba la cara con suavidad. Hizo una profunda inhalación.

—Es una salida, no cabe duda —dijo.

—Creo que también es el acceso de entrada —comentó el kender—. Los draconianos utilizan esta vía para acceder a la fortaleza. Sólo tienes que ver las cosas que hay tiradas por aquí.

—¡Eso significa que volverán a recogerlas! —contestó la joven, alarmada.

—En cualquier momento, sí —respondió muy contento el kender—, así que si queremos explorar el conducto, deberíamos hacerlo cuanto antes.

—¿Y si hay guardias draconianos ahí dentro? —flaqueó Tika.

Tas escudriñó el conducto con el semblante arrugado en un gesto pensativo.

—No creo —dijo después—. Si los draconianos hubieran regresado conducto arriba, se habrían llevado sus cosas. No. Tienen que estar en otra parte. Seguramente explorando las ruinas, allí abajo.

—Entonces, subamos —dijo Tika, que temblaba al imaginar un encuentro con esas criaturas.

Los dos treparon por un montón de escombros caídos al final del conducto y desde allí por el conducto propiamente dicho. Una tenue luz grisácea se filtraba desde arriba, así que pudieron dejar la antorcha. El conducto no subía recto, como una chimenea, sino en una pendiente gradual, por lo que ascender no resultó difícil. La brisa que se colaba conducto abajo se hizo más fuerte y más fría, y poco después tenían a la vista un denso manto de nubes grises que parecían estar al alcance de la mano. La abertura era un agujero ovalado de gran tamaño abierto en la roca; los bordes emitían un brillo húmedo con la luz plomiza.

Tas asomó la cabeza por el agujero pero la echó atrás de inmediato.

—¡Draconianos! —susurró el kender—. A montones, justo debajo de nosotros.

Los dos se quedaron muy quietos, sin hacer ruido, y luego Tas volvió a incorporarse para asomarse otra vez.

—¿Qué haces? —incredó Tika en voz baja mientras le tiraba de las calzas—. ¡Te van a ver!

—No, ni hablar —contestó el kender—. Estamos por encima de ellos. Ven, puedes asomarte.

A Tika no le hacía gracia la idea, pero tenía que verlo por sí misma. Se acercó con toda cautela al borde del agujero y se asomó.

Los draconianos estaban agrupados en la base de la fortaleza en ruinas, en uno de los pocos espacios de tierra seca que había. Una hedionda ciénaga de aspecto tenebroso los rodeaba. Las nubes grises que bullían en lo alto resultaron no ser nubes, sino una densa niebla que salía de las aguas pútridas. Los draconianos rodeaban a otro que parecía ser su cabecilla. Era más grande que el resto y tenía las escamas de distinto color; les impartía órdenes en voz alta de timbre grave y lo oían con claridad.

—¡Tika, sé hablar draconiano! —exclamó Tas, entusiasmado—. Entiendo lo que dice.

—Yo también entiendo lo que dice. Está hablando en Común —lo desengañó la joven.

Los dos escucharon y observaron.

»¡Vamos, hemos de contárselo a los otros! —susurró después Tika.

—¿No convendría esperar y enterarnos de algo más?

—Ya hemos oído más que de sobra —repuso Tika.

La muchacha empezó a deslizarse conducto de aire abajo. Tas se quedó escuchando un instante más y después la siguió.

—¿Sabes qué, Tika? Después de todo ha sido una suerte que viniésemos —opinó Tas cuando llegaron a la pasarela.

—Yo estaba pensando lo mismo —convino ella.

14

Malas noticias ¿Quién va a regresar?

—¡Raistlin! ¡Caramon! ¡Sturm! ¡Hay un ejército de draconianos justo ahí fuera! —anunció Tas, que irrumpió en la armería a todo correr.

—¡Los draconianos planean atacar a los nuestros en el valle! —dijo Tika al mismo tiempo—. ¡Oímos al grandullón decírselo a sus soldados! El ataque llegará desde Pax Tharkas.

—Nos enteramos porque ahora entiendo el draconiano. —El kender alzó la voz para hacerse oír por encima de lo que hablaba Tika—. Oye ¿por qué lleva Sturm ese yelmo de aspecto raro?

Raistlin los miró colérico.

—No entiendo una palabra de lo que decís. ¡Hablad de uno en uno, por partes!

—Tas, ve a vigilar el corredor —ordenó la chica.

—Pero, Tika...

Ella lo fulminó con la mirada y Tasslehoff salió. La joven repitió lo que había dicho antes y continuó.

—Esa tropa de draconianos es parte de una fuerza mayor. Los han apostado aquí para asegurarse de que los nuestros no vienen por esta ruta. Ha sido una suerte que Tas y yo viniésemos —añadió con una mirada

desafiante a Raistlin—. En caso contrario no habríamos descubierto el peligro que corren los refugiados.

Raistlin miró a Caramon, que suspiró y sacudió la cabeza.

—Esto dificulta las cosas —dijo el mago.

—¿Qué? ¿Cómo? No entiendo. —Tika estaba desconcertada. No era ésa la reacción que esperaba.

Había confiado en que Caramon estuviese contento con ella. Bueno, contento tal vez no, porque les llevaba malas noticias, las peores que podía haber, pero al menos podría haberse mostrado contento porque Tas y ella habían descubierto el ataque a tiempo de tomar medidas.

Sin embargo, Caramon se limitó a quedarse plantado allí con aire preocupado e infeliz mientras Raistlin apretaba los labios con fuerza. No habría sabido decir la expresión que tenía Sturm porque el caballero llevaba puesto una especie de yelmo extraño que le tapaba la cara. En resumen, que todos actuaban de forma rara.

—¿Qué os pasa? Deberíamos ponernos en marcha de inmediato. Ahora mismo. ¿Y por qué lleva Sturm ese yelmo tan raro?

—Tiene razón, Raist —intervino Caramon—. Deberíamos regresar.

—¿Qué harán los refugiados una vez que les hayamos advertido? —demandó el mago—. ¿Dónde irán que estén a salvo? —Miró de soslayo al caballero—. A Thorbardin.

—Por supuesto que hemos de ir a Thorbardin —afirmó Sturm con un viso de impaciencia en la voz—. Ya nos hemos demorado demasiado. Yo me marchó. Si vais a acompañarme, humanos, venid pues.

Echó a andar hacia la puerta, pero Raistlin reaccionó con prontitud y se interpuso en su camino, tras lo cual posó la mano en el brazo del caballero.

—Queremos ir con vos, alteza, pero ha surgido una emergencia que hemos de solucionar antes. Si sois tan amable de tener un poco más de paciencia...

—¡Alteza! —Tika miró de hito en hito a Sturm y después preguntó a Caramon en voz baja:— ¿Le han dado otro golpe en la cabeza?

—Es una larga historia —contestó el guerrero, taciturno.

—Digamos que Sturm no es el mismo de siempre —intervino Raistlin en tono seco. Se volvió a mirar a su hermano—. Hemos de ir a Thorbardin con el caballero. Puede que no se nos presente otra oportunidad de encontrar el reino enano.

—No, hemos de regresar al campamento —insistió Tika.

—Riverwind es muy consciente de que puede haber un ataque —adujo el mago—. Estará preparado si se produce.

—¿Y por qué no hacemos las dos cosas? —preguntó Caramon—. Que el príncipe Grallen nos acompañe al campamento. Después el príncipe podrá conducir a los refugiados a Thorbardin y problema resuelto.

—¿El príncipe Grallen? ¿Quién es el príncipe Grallen? —quiso saber Tika, pero nadie le respondió.

—Una idea excelente, sólo que no funcionaría —repuso Raistlin de forma rotunda.

—Pues claro que sí —insistió el guerrero.

—Inténtalo y lo verás —dijo Raistlin al tiempo que se encogía de hombros—. Díselo al príncipe Grallen.

Caramon, que parecía sentirse muy incómodo, se dirigió hacia donde Sturm estaba parado cerca de la puerta y daba golpecitos con el pie en el suelo.

—Alteza, queremos ir a Thorbardin, pero antes daremos un pequeño rodeo. Tenemos unos amigos que están atrapados en un valle, hacia el norte...

Sturm se apartó de Caramon y le asestó una mirada iracunda a través de las rendijas superiores del yelmo.

—¡Al norte! No iremos al norte. Nuestra ruta es hacia el sur, a través de las llanuras de Dergoth. Habría agradecido vuestra compañía, humanos, pero si vais al norte, iréis solos.

—Te lo advertí —susurró Raistlin.

Caramon dio un profundo suspiro.

—¿Qué le pasa a Sturm? —preguntó Tika, asustada—. ¿Por qué habla de ese modo?

—El yelmo se ha apoderado de él —explicó Caramon—. Cree que es un príncipe enano que vivió hace trescientos años. Está empeñado en ir a Thorbardin.

—El yelmo no le permitirá hacer otra cosa —aclaró Raistlin—. Con un encantamiento no hay razonamiento que valga.

—¿Y si lo dejamos sin sentido de un golpe, lo atamos y lo llevamos a rastra? —preguntó la joven.

—Tika, estamos hablando de Sturm. —Caramon estaba horrorizado.

—Bueno, pues no lo parece —espetó ella—. Es el príncipe «No-sé-quién». —No entendía nada de aquello, pero sí había pillado lo suficiente para saber adonde llevaba la discusión y no le gustaba—. ¡Caramon Majere, nuestros amigos corren peligro! ¡No podemos abandonarlos así, sin más!

—Lo sé —contestó el hombretón con aire desdichado—. Lo sé.

—Dudo que pudiésemos dejarlo inconsciente —observó Raistlin—. El yelmo actuará para protegerlo de cualquier daño. Si intentamos atacarlo, luchará contra nosotros y alguien podría salir herido. El hecho de que Sturm crea ser un príncipe enano no significa que haya perdido su destreza con la espada.

Tika se interpuso entre Raistlin y Caramon. Le dio la espalda al mago y se enfrentó al guerrero, puesta en jarras, temblándole los rizos pelirrojos y los verdes ojos centelleándole.

—¡Con Thorbardin o sin Thorbardin, con príncipe o sin príncipe, alguien tiene que advertir a Riverwind y a los demás! Tú y yo deberíamos regresar, Caramon. Que tu hermano y Sturm vayan a Thorbardin.

—Sí, Caramon —intervino Raistlin en tono almibarado—. Márchate con tu amiga. Déjame solo para que haga todo el camino a través de las malditas llanuras de Dergoth en compañía de un caballero que se cree un enano. Moriremos los dos, por supuesto, y nuestra misión fracasará, pero vosotros dos lo pasaréis bien, no me cabe duda.

Tika estaba tan furiosa que faltó poco para volverse y soltar un bofetón a Raistlin en la dorada mejilla. Sin embargo, sabía que con eso sólo conseguiría empeorar las cosas. Clavándose las uñas en la carne para no

perder los nervios, siguió mirando a Caramon y obligándolo a que la mirara, que hablara con ella, que pensara en ella y en lo que le decía.

—Raistlin exagera —argumentó—. Lo que intenta es hacer que te sientas culpable. ¡Es un hechicero! Tiene su magia y, como él mismo dice, el yelmo protegerá a Sturm y Sturm sabe cómo usar su espada. ¡Tienes que venir conmigo!

Caramon lo estaba pasando muy mal. Tenía la cara congestionada, de un intenso color rojo salpicado de manchas blancas. Miró a su gemelo y miró a Tika, tras lo cual se apartó de los dos.

—No sé —masculló.

Tasslehoff asomó la cabeza por la puerta.

—Estáis metiendo mucho ruido —advirtió con aire circunspecto—. ¡Os oigo chillar desde el fondo del corredor!

Tika se sumió en un silencio iracundo. Caramon aún no había dicho nada y Sturm empezó a pasear adelante y atrás, impaciente por ponerse en camino.

—Tú verás qué decides, hermano —dijo Raistlin.

—¿Y bien? —inquirió Tika.

El guerrero lanzó una mirada incómoda a la joven.

—Tengo una idea —dijo—. Ha sido un día muy largo y todos estamos cansados y hambrientos. Volvamos al túnel, comamos algo, descansemos y mañana hablamos de todo esto.

—Vas a irte con tu hermano —manifestó Tika con voz gélida.

—No lo sé —fue la evasiva respuesta de Caramon—. Aún no lo he decidido. Necesito pensarlo.

Los verdes ojos de Tika le asestaron una mirada torva que lo atravesó como una lanza. La muchacha salió de la estancia, airada.

—¡Tika, espera! —Caramon echó a andar en pos de ella.

—¿Dónde vas? —increpó Raistlin—. Tienes que ayudarme a convencer al príncipe de que se quede. No le agradará la demora.

El guerrero miró a la joven, que se alejaba corredor abajo en dirección a la biblioteca. Saltaba a la vista que estaba encolerizada.

—Tas, ve con ella —pidió Caramon en voz baja para que su hermano no lo oyera.

El kender echó a correr tras ella, obediente. Caramon los oyó hablar a los dos.

—Tika, ¿qué pasa? —inquirió Tas mientras corría para alcanzarla.

—Caramon es imbécil —respondió la joven, sofocada por la rabia—. ¡Y lo odio!

—¡Caramon! —llamó Raistlin, tajante—. ¡Te necesito!

Con un triste suspiro, el guerrero regresó junto a su gemelo.

Tras mucho hablar y razonar, Raistlin convenció al príncipe Grallen de que se quedara a pasar la noche en el Monte de la Calavera. Le dijo al príncipe que su hermano y él necesitaban descansar antes de emprender viaje y por fin el príncipe accedió, aunque de mala gana.

Regresaron a la biblioteca y desde allí, al túnel. Caramon, temeroso de que los draconianos los encontraran, quería cerrar la puerta. Raistlin señaló que los draconianos ignoraban la existencia del túnel y que estarían a salvo allí. Cerrar la puerta de piedra haría mucho ruido. La única razón de que los draconianos no hubiesen oído el estruendo la primera vez se debió a los rugidos del dragón. Naturalmente, tras ese argumento no hubo más discusión y la puerta se quedó abierta.

Tomaron una cena frugal ya que les aguardaba un largo viaje, fueran en una o en otra dirección, y debían racionar las vituallas. Sturm comió lo que le dieron y de inmediato se sumió en un sueño tan profundo que no lo habrían podido despertar.

Caramon se sentía tan desdichado que casi no probó bocado. Tika no le dirigió la palabra, ni siquiera lo miró. Estaba sentada con la espalda apoyada en el muro de piedra y masticaba el trozo de tasajo en silencio, con gesto taciturno. Raistlin comió poco, como siempre, y después se puso a estudiar sus conjuros tras ordenarles a todos que lo dejaran en paz. Se sentó en el suelo, arrebujado en la túnica para entrar en calor, con el libro apoyado en las rodillas y bañado por la luz del bastón.

Tasslehoff estaba fascinado con el Sturm convertido en enano. El kender se sentó al lado del príncipe y se puso a hablar con él mientras el

príncipe estuvo despierto y cuando Sturm se quedó dormido el kender siguió sentado a su lado, observándolo.

—¡Pero si hasta ronca diferente de como lo hace Sturm! —informó Tas cuando Caramon se acercó para comprobar cómo le iba al caballero.

El hombretón miró a su hermano y después se agachó y aferró el yelmo.

—¿Vas a quitárselo de un tirón? ¡Eh, déjame ayudarte! —se ofreció Tas, entusiasmado—. ¿Puedo ponérmelo yo después? ¿Puedo ser el príncipe?

La única respuesta de Caramon fue un quedo gruñido. Tiró del yelmo, lo retorció y, cuando eso no funcionó, le dio un porrazo para ver si conseguía aflojarlo.

El yelmo aguantó firme, sin ceder un ápice.

—No vas a conseguir sacarlo como no le arranques la cabeza a Sturm y supongo que no es una posible alternativa, ¿verdad? —comentó el kender.

—No, no lo es.

—Qué pena —dijo Tas, decepcionado pero resignado—. En fin, si no puedo ser un enano, al menos tengo la diversión de ver a Sturm actuar como uno de ellos.

—Diversión —resopló Caramon.

Se recostó en la pared, cruzado de brazos, y buscó una postura cómoda en el duro suelo. Se había ofrecido a hacer la primera guardia. Tika se puso de pie, se sacudió las manos y se encaminó hacia él. El guerrero gimió para sus adentros y se preparó para lo que se avecinaba.

—¿Has cenado bien? —preguntó mientras se ponía de pie, nervioso.

Tika miró de soslayo a Raistlin y, al verlo absorto en la lectura, habló en voz baja:

—Ya has tomado una decisión. Te irás con tu hermano, ¿verdad?

—Mira, Tika, he estado pensando —empezó Caramon—. ¿Y si mañana nos dirigimos todos a Thorbardin? Nos reuniremos con Flint y Tanis y entonces Raistlin podrá quedarse con ellos y tú y yo regresaremos para advertir a los demás...

—Querrás decir que regresaremos para enterrarlos —lo interrumpió la joven, que después giró sobre sus talones y volvió a su sitio junto a la pared.

«No lo entiende —se dijo el guerrero para sus adentros—. No se da cuenta de lo débil que es Raistlin, de lo enfermo que se pone. Me necesita. No puedo dejarlo solo. A los refugiados no les pasará nada. Riverwind es listo y sabrá lo que tiene que hacer.»

Raistlin, que sólo había fingido estar estudiando sus conjuros, sonrió para sí con satisfacción al ver que Tika se daba media vuelta. Cerró el libro de hechizos, lo guardó en la mochila que siempre le llevaba su hermano y, sintiéndose de pronto muy débil tras los grandes esfuerzos hechos ese día, apagó la luz del bastón y se durmió.

* * *

La noche avanzaba. La oscuridad en el túnel era impenetrable. Sentada contra la pared, Tika estaba despierta y escuchaba los distintos sonidos: los ronquidos sonoros de Sturm, el arrastrar de pies de Caramon, las vueltas y sacudidas en sueños de Tas y otros ruidos que quizás los hacían ratas o tal vez no.

Caramon soltó un descomunal bostezo y, tanteando en la oscuridad, encontró al kender y lo sacudió.

—No puedo seguir despierto más tiempo —susurró—. Sustituyeme.

—Claro, Caramon —contestó Tas con voz adormilada—. ¿Te parece bien que me siente al lado de Sturm? A lo mejor se despierta y entonces podré preguntarle al príncipe si me deja que me ponga el yelmo aunque sólo sea un rato.

Caramon masculló algo sobre que el príncipe y el yelmo podían irse derechos al Abismo por lo que a él concernía. Al oír que se acercaba donde estaba ella, Tika se tumbó rápidamente y cerró los ojos, aunque probablemente él no la vería en la oscuridad.

El guerrero la llamó.

—Tika —susurró, vacilante.

Ella no contestó.

»Tika, intenta entenderlo —pidió, quejumbroso—. Tengo que ir con Raist, me necesita.

Siguió callada. Entonces Caramon soltó un sonoro suspiro y, tropezando con los pies de Sturm, avanzó a tientas hasta encontrar su petate y se tumbó en él. Cuando empezó a roncar, Tika se puso de pie. Encontró la mochila y la antorcha y se acercó con sigilo a donde Tasslehoff se entretenía empujando con la punta de la jupak a Sturm con el propósito de despertarlo.

—Tas, necesito que me enciendas esta antorcha —pidió Tika en voz queda.

Siempre dispuesto a hacer un favor, el kender rebuscó en uno de sus saquillos. Sacó un yesquero y en un santiamén la antorcha ardía con fuerza. Tika contuvo la respiración, casi esperando que la luz despertara a los durmientes. Raistlin masculló algo, se echó la capucha sobre los ojos y se dio la vuelta. Sturm ni se movió. Caramon, que en cierta ocasión había seguido dormido durante el ataque de un ogro, siguió roncando.

La joven soltó un suspiro suave. No era su intención despertarlo, pero en parte se sintió decepcionada.

—¿Recuerdas tú que he hecho con mi espada? —le preguntó a Tas.

El kender se quedó pensativo un momento.

—Te la quitaste cuando trepamos a la pasarela. Supongo que te la olvidaste allí con todo el jaleo. Seguramente aún sigue tirada en esa columna caída, en la fortaleza.

Tika suspiró para sus adentros. Ningún guerrero de verdad habría olvidado dónde había dejado su espada.

—¿Quieres que vaya a buscarla? —preguntó Tas, anhelante.

—¡Desde luego que no! —contestó la joven—. Quién sabe qué cosas espantosas merodean por allí de noche. Fíjate lo que le ha pasado a Sturm.

Ahora le llegó el turno a Tas de suspirar para sus adentros. Había gente que tenía más suerte que nadie. No era justo.

—Préstame *Mataconejos* —pidió Tika.

Tas dio una palmadita afectuosa a la daga que llevaba al cinto antes de pasársela a Tika.

—No la pierdas. ¿Dónde vas? —preguntó el kender.

—Vuelvo al campamento para advertir a los otros.

—¡Voy contigo! —Tas se levantó de un salto.

—No. —Tika sacudió los pelirrojos rizos—. Estás de guardia, ¿recuerdas? No puedes marcharte.

—Ah, sí, tienes razón —convino el kender y Tika, que esperaba más oposición, se sorprendió. Había temido que surgiría una discusión por ese asunto.

—Iré si realmente me necesitas —le dijo Tas—. Pero si no, prefiero quedarme. No me quiero perder lo de Sturm siendo un enano. Es algo que no se ve todos los días. Despertaré a Caramon.

—No, ni hablar —se negó la joven, muy seria—. Intentaría detenerme. Se metió la daga en el cinturón y se colgó la mochila al hombro.

—¿De verdad vas a ir sola? —preguntó el kender, impresionado.

—Sí. Y no le digas nada a nadie, ¿entendido? Hasta mañana, ni media palabra. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —contestó Tas, rápido y locuaz.

Tika conocía a Tasslehoff y sabía que para el kender las promesas eran como pelusas, fáciles de quitar sacudiéndolas con la mano. Lo miró muy seria.

—Tienes que jurarlo por todos los objetos que guardas en los saquillos —dijo—. Que todos se vuelvan cucarachas y se escapen de noche si rompes tu juramento.

A Tas se le abrieron los ojos como platos ante una posibilidad tan espantosa.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó mientras se retorecía—. Ya lo he prometido...

—¡Júralo! —espetó Tika con voz terrible.

—Lo juro. —Tas tragó saliva.

Bastante segura de que aquel juramento tremendo lo mantendría al menos durante unas horas, las suficientes para darle una buena ventaja, Tika echó a anclar túnel adelante. Sin embargo, sólo había recorrido unos pasos cuando se acordó de algo y dio media vuelta.

—Tas, dale un recado a Caramon de mi parte, ¿quieres?

Tasslehoff asintió con la cabeza.

—Dile que lo entiendo. En serio.

—Se lo diré. Adiós, Tika. —Tas agitó la mano.

El kender tenía la impresión de que ese asunto de irse ella sola no estaba bien. Debería despertar a alguien; entonces pensó en todas las cosas maravillosas que guardaba en sus saquillos y las imaginó convirtiéndose en cucarachas y escabullándose, y ya no supo qué hacer. Volvió a sentarse al lado de Sturm e intentó encontrar un modo de soslayar el juramento. La luz que llevaba Tika fue disminuyendo en la distancia más y más hasta que el kender dejó de verla y él aún no había discurrido una forma de salir del apuro.

Siguió pensando y pensó con tanta fuerza que las horas pasaron sin que se diese cuenta.

* * *

Resultó que Raistlin se equivocaba al suponer que los draconianos no conocían la existencia del túnel. Deambulando por la biblioteca en busca de botín, un baaz había descubierto el túnel secreto. Se encontraba dentro cuando oyó regresar a los humanos. Los tuvo encima antes de darse cuenta y se quedó atrapado. El baaz se planteó atacarlos, ya que sólo eran cinco y uno era un kender renacuajo y otro, una hembra.

Al verla, el baaz tuvo una idea mejor. Mataría al resto, la capturaría viva a ella, se divertiría un poco y luego la llevaría a rastras hasta sus compañeros para cambiársela por aguardiente enano. El baaz se retiró a una distancia segura por el oscuro túnel y espió al grupo.

Dos de los humanos eran guerreros que llevaban la espada con segura facilidad. Otro era un despreciable hechicero que se apoyaba en un bastón que arrojaba luz, y el brillo le hacía daño en los ojos al baaz. El draconiano odiaba y desconfiaba de todos los que hacían magia; decepcionado, decidió dejar en paz al grupo, al menos de momento. Tal vez alguno se quedaba dormido mientras hacía guardia y entonces se acercaría a hurtadillas y los mataría mientras dormían.

Al parecer, el baaz iba a seguir sufriendo decepciones, porque el guerrero grande hizo la primera guardia y permaneció alerta todo el tiempo.

El draconiano no se atrevió a mover una sola garra por miedo a que lo oyera. Entonces el hombretón despertó al kender y las esperanzas del draconiano renacieron, porque hasta los de su raza sabían que los kenders, aunque de sabor delicioso, no eran de fiar. También sabía que los kenders tenían un oído muy fino y una vista incluso mejor, y ése parecía estar más alerta de lo habitual. También permaneció totalmente despierto.

El baaz se había acomodado para pasar una larga noche de aburrimiento cuando su suerte sufrió un inesperado cambio. La hembra humana encendió una antorcha, habló algo con el kender y después echó a andar túnel adelante, sola. Pasó justo por delante de él, que se había agazapado en las sombras y sin mover un solo músculo. Si hubiese vuelto la cabeza habría visto el brillo de la luz de la antorcha reflejado en sus escamas de latón y sus ojos rebosantes de lujuria. Pero ella caminaba con la cabeza gacha, fija la mirada en los pies. No lo vio.

El draconiano esperó en tensión a que el kender o alguno de los otros fuera en pos de ella, pero ninguno lo hizo.

Moviéndose muy despacio y con cuidado para evitar que las garras de las patas sonaran en el suelo de piedra, el baaz se deslizó sigilosamente detrás de la hembra humana.

Tendría que dejarla llegar lo bastante lejos de los demás antes de abordarla, para que nadie la oyera gritar.

15

Caramon toma una decisión
Tika echa de menos su sartén
Raistlin echa de menos un hechizo

—¿Que hizo qué? —Caramon se erguía, imponente, frente a Tasslehoff. El hombretón tenía el rostro congestionado y los ojos le echaban chispas. El kender no lo había visto tan enfadado nunca—. ¿Por qué no me despertaste?

—¡Me obligó a que lo jurara! —se lamentó Tas.

—¿Y desde cuándo cumples tú un juramento? —bramó el guerrero—. ¡Enciéndeme esa antorcha y date prisa!

—Me hizo jurar que si te lo decía todas las cosas de mis saquillos se convertirían en cucarachas —informó el kender.

La luz se encendió y Raistlin se sentó mientras se frotaba los ojos.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? Deja de dar voces, Caramon. ¡Haces tanto ruido que despertarías a un muerto!

—Tika se ha marchado —contestó su hermano al tiempo que se abrochaba la hebilla del talabarte—. Se fue en mitad de la noche, de vuelta para poner sobre aviso a los otros.

—Bien hecho por ella —dijo Raistlin, que observó a su hermano unos segundos en silencio antes de añadir:— ¿Dónde diablos vas?

—Tras ella.

—No seas idiota —contestó fríamente Raistlin—. Hace horas que se marchó, no la alcanzarás.

—A lo mejor ha hecho un alto para descansar. —Caramon agarró la antorcha—. Espérame aquí. Y vuelve a dormirte. No tardaré mucho... —Hizo una pausa antes de añadir en tono alterado:— ¿Dónde está Sturm?

—Por amor de... —Raistlin se incorporó con precipitación—. ¡*Shirak!* —dijo y la luz del bastón empezó a brillar—. ¡Esto es lo que pasa cuando se deja a un kender haciendo la guardia!

—Entró ahí. —Tas señaló la biblioteca—. Creí que iba a hacer pis.

—¿Dijo algo? —Los ojos del mago tenían un brillo febril.

—Le pregunté si podía ponerme el yelmo que lleva puesto y dijo «no» —informó el kender, malhumorado.

Raistlin empezó a recoger sus pertenencias.

—Hemos de ir tras Sturm. No tiene ni idea de lo que está haciendo. ¡Es capaz de darse de cara con el ejército draconiano!

—No es justo —opinó Tasslehoff mientras recogía sus saquillos—. Sturm tuvo puesto el yelmo toda la noche. Le dije que me tocaba a mí.

—¿Qué pasa con Tika? —demandó Caramon—. Está sola.

—Vuelve al campamento, así que no corre peligro. Sturm sí.

—No sé... —El guerrero estaba angustiado.

—Haz lo que quieras. Yo voy tras Sturm. —Raistlin recogió la mochila y echó a andar.

—Yo también —dijo Tas—. A lo mejor me toca ponerme el yelmo esta noche. Le dejé *Mataconejos* a Tika, Caramon —añadió, porque le daba pena su amigo—. Se dejó la espada en el corredor. ¡Ah, y me dio un mensaje para ti! Casi se me olvida. Me encargó que te dijera que lo entiende.

Caramon gimió suavemente y negó con la cabeza.

—Me quedaría para charlar un poco más, pero he de marcharme. Raistlin me necesita —se disculpó el kender.

Tas esperó un momento para ver si Caramon iba con él, pero el hombretón no se movió. Temeroso de que los otros dos lo dejaran atrás, Tas

se dio la vuelta y salió a toda carrera. El guerrero oyó la voz del kender que hablaba en la biblioteca:

—¡Puedo llevarte la mochila, Raistlin!

—Tócala y te corto la mano —oyó responder a su hermano.

Caramon tomó una decisión. Tika lo entendía. Lo había dicho. Alcanzó a su gemelo en la puerta que conducía a la fortaleza.

—Deja que lleve yo eso. Pesa demasiado para ti —dijo el guerrero, que se cargó la mochila al hombro.

* * *

Tika caminó durante horas; sentía la rabia, la frustración y el amor arder como brasas en su interior. Primero, el amor llameaba y después moría sólo para que la rabia se avivara, candente. El fuego de sus sentimientos parecía prestarle fuerzas y avanzó a buen paso, o eso le parecía a ella. Era difícil calcular cuánto trecho había recorrido, porque el túnel parecía interminable. Hablaba consigo misma mientras andaba, sostenía conversaciones imaginarias con Caramon y le decía a Raistlin lo que pensaba exactamente de él.

En cierto momento le pareció oír algo a su espalda y se paró; el corazón le latió desbocado, pero no de miedo, sino de esperanza.

—¡Caramon! —llamó, anhelante—. ¡Me has seguido! Me alegro tanto...

Esperó, pero no hubo respuesta. No volvió a oír el ruido y llegó a la conclusión de que se lo había imaginado.

—Me había hecho ilusiones —masculló entre dientes y le pegó una patada a una piedra que salió rodando por el suelo—. No va a venir.

En ese momento afrontó la verdad. Le había dado un ultimátum: ella o su hermano. Y había elegido a Raistlin.

«*Siempre elegiré a Raistlin* —se dijo para sus adentros—. *Sé que me ama, pero siempre elegiré a Raistlin.*»

No tenía ni idea de por qué estaba tan convencida de ello. Sólo sabía que seguiría siendo así hasta que ocurriera algo que los separara a los dos y puede que ni siquiera entonces.

De nuevo sonó el ruido y esta vez Tika estaba segura de no haberlo imaginado.

—¿Tasslehoff? ¿Eres tú?

Sería muy propio del kender dejar su puesto e ir tras ella. Seguramente planeaba acercarse con sigilo, saltar sobre ella desde las sombras y partirse de risa por el susto que le había dado.

Si era Tas, el kender no contestó a su llamada.

Volvió a oír el ruido. Sonaba como una respiración áspera y pisadas que raspaban el suelo. Y, quienquiera que fuese, ya no se molestaba en ocultar su presencia.

—Tasslehoff, esto no tiene gracia... —Le falló la voz.

Mientras hablaba, supo que no era el kender. El miedo le provocó retortijones en el estómago y le hizo un nudo en la garganta. Era incapaz de tragar ni de respirar. Se cambió la antorcha a la mano izquierda y casi la dejó caer. La mano derecha se le cerró, temblorosa, sobre la daga que llevaba al cinto. No quería morir sola, en la oscuridad. La idea hizo que se le escapara un débil gimoteo de terror.

No veía nada, pero oía ruido de garras al desplazarse por el suelo de piedra y comprendió de inmediato que su perseguidor era un draconiano. El primer pensamiento, producto del pánico, fue echar a correr, pero aunque el cerebro le gritaba que huyera, las piernas se negaban a obedecer. Además, no tenía dónde ir. Ni dónde huir. Ni dónde ocultarse.

Los ásperos jadeos y los gruñidos se acercaron más y más. El draconiano había abandonado todo sigilo.

Entró en la zona alumbrada por la antorcha delante de ella, corriendo directamente en su dirección. Al verla, la horrenda cara escamosa se desfiguró con una mueca repulsiva. Gorgoteó y le resbaló saliva de las fauces. Llevaba una espada de hoja curva, pero no la había desenvainado. No quería matar a su presa; antes quería divertirse un poco.

Tika dejó que el bestial ser se acercara y no como parte de una estrategia pensada, sino porque estaba demasiado aterrada para moverse. Los ojos rojos del draconiano relucían; las manos, más bien garras, se

abrían y se cerraban. Extendió las alas y saltó sobre ella con intención de derribarla al suelo con él encima.

La determinación cobró firmeza en Tika y, trocando el miedo en fortaleza, prestó firmeza a su mano. Moviendo la antorcha en un violento revés, la estrelló contra el lascivo rostro del draconiano. Aunque por casualidad, fue un golpe asestado en el momento justo y alcanzó al baaz en pleno vuelo.

El estacazo torció la cabeza del draconiano hacia un lado mientras los pies seguían hacia el contrario llevados por el impulso, con el resultado de caer patas arriba. Se dio un buen porrazo en el suelo de piedra, con las alas chafadas debajo del cuerpo. Tika arrojó a un lado la antorcha y, sosteniendo la daga con las dos manos, se abalanzó sobre el baaz al instante. Gritando de rabia, lo apuñaló y acuchilló una y otra y otra vez.

El draconiano aulló e intentó sujetarla. La joven no sabía en qué parte del cuerpo le estaba clavando la daga; no veía bien porque un velo rojo le nublabá los ojos. Golpeaba todo lo que se movía. Asestaba patadas, pisotones, cuchilladas y tajos donde fuera, le daba igual; lo único que sabía era que tenía que seguir luchando hasta que la criatura dejara de moverse.

Entonces la hoja del arma chocó contra la piedra y el impacto le ocasionó una dolorosa sacudida en los brazos; la daga se le resbaló de las manos, empapadas de sangre. Aterrada, Tika gateó en busca del arma. La encontró, la asió y la enarboló al tiempo que se giraba; entonces vio a su enemigo muerto a sus pies. La daga no había chocado contra el suelo, sino en el cadáver del draconiano, convertido en piedra.

Temblorosa, jadeante y sacudida por los sollozos, Tika saboreó un líquido repulsivo en la boca. Vomitó y se sintió mejor. Los enloquecidos latidos del corazón empezaron a normalizarse. Ahora respiraba un poco mejor y sólo sentía la quemazón y el escozor de los arañazos que tenía en los brazos y en las piernas. Recogió la antorcha y, sosteniéndola sobre el cadáver del draconiano, esperó a que se deshiciese en polvo. Sólo entonces, cuando por fin se desintegró, la joven se convenció de que estaba muerto.

Tuvo un escalofrío y estaba a punto de dejarse caer pesadamente en el suelo de piedra cuando se le ocurrió la idea de que podía haber más de esos

monstruos en el túnel. Se limpió con presteza la sangre que tenía en la mano para asir mejor la empuñadura de la daga y esperó. Los dolorosos arañazos le ardían en los brazos y las piernas y la joven empezó a tiritar.

La mente se le despejó. Si hubiese habido más, ya la habrían atacado a esas alturas. Ese había actuado por su cuenta, con la esperanza de tener la recompensa para él solo.

Tika hizo un repaso de las heridas recibidas. Arañazos largos e irregulares le cruzaban brazos y piernas, pero no había más daños. Su violento ataque había pillado por sorpresa al draconiano. Los arañazos le ardían muchísimo y no dejaban de sangrar, pero eso era positivo. La hemorragia impediría que las heridas se infectaran.

Se los limpió con agua del odre, se limpió la sangre del draconiano de la cara y de las manos y se enjuagó la boca para quitarse el horrible sabor, tras lo cual, la escupió. Tenía miedo de tragarla por si volvía a vomitar.

Estaba exhausta, enferma y temblorosa. Habría querido hacerse un ovillo en el suelo y darse una hartada a llorar, pero no soportaba la idea de pasar un instante más en aquel túnel horrible. Además, tenía que llegar al campamento para advertir a Riverwind y no había tiempo que perder.

Apretando los dientes, Tika se metió la daga en el cinto y echó a andar con resolución.

* * *

Tasslehoff condujo a Caramon, Raistlin y al príncipe Sturm, como lo llamaba ahora el kender, por el conducto de ventilación. Al llegar arriba, se asomaron con cautela y albergando cierta esperanza. No habían oído ruidos de draconianos durante la noche y habían confiado en que, tras matar al dragón y saquear el lugar, habrían seguido adelante. En cambio, se encontraron con que los draconianos habían acampado justo debajo de la salida de la fortaleza en ruinas.

Los draconianos dormían al raso, enroscados en el suelo, con las colas alrededor de los pies y las alas plegadas. La mayoría apoyaba la cabeza en sacos en los que se marcaban los bultos de lo que quiera que hubiesen

tomado como botín en la fortaleza. Había un draconiano montando guardia, con la espalda apoyada en una roca. De vez en cuando daba una cabezada y entonces se despertaba con una sacudida.

—Creí haberte entendido que era un ejército —increpó Caramon al kender con acritud.

—Eso es casi un ejército —repuso Tas sin inmutarse.

—Ni de lejos —lo contradijo el guerrero.

—Sean quince o mil quinientos tanto da —intervino Raistlin—. El asunto es que tenemos que pasar por su posición.

—A menos que haya otra salida. —Caramon miró a Sturm y éste sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Thorbardin se encuentra en esa dirección. —Señaló al sur—. Al otro lado de las llanuras de Dergoth.

—Sí, lo sé. No haces más que repetirlo —contestó Caramon—. ¿Hay alguna otra salida de la fortaleza? ¿Una ruta secreta?

—Nuestro ejército tomó al asalto las puertas, entramos por delante y arrollamos a los defensores.

—No hay más salida que ésta —informó Raistlin.

—Eso no lo sabes de cierto. Podríamos explorar un poco.

—Hazme caso —repuso el mago en tono monótono—. Sé lo que digo.

Caramon sacudió la cabeza, pero no siguió discutiendo.

—Esperaremos a que se vayan los draconianos, simplemente —decidió Raistlin—. No se quedarán ahí todo el día. Seguramente regresarán a la fortaleza para buscar más botín. Una vez que hayan entrado, podremos irnos.

—Deberíamos matarlos ahora —sugirió Sturm—. Sólo son goblins. Nosotros cuatro podríamos dar buena cuenta de esas sabandijas con facilidad.

—¿Goblins? —Caramon contempló a Sturm, asombrado—. Ésos no son goblins. —Desconcertado, miró a su hermano—. ¿Por qué cree que son goblins?

—Extraordinario —musitó el mago, intrigado—. Sólo son conjeturas, pero puesto que los draconianos no existían durante la época en la que vivió

el príncipe, deduzco que el yelmo no sabe qué pensar sobre estos monstruos. En consecuencia, el príncipe ve lo que espera ver: goblins.

—Estupendo —rezongó el guerrero—. Tiene narices.

Se asomó por el borde a la pared negra y lisa, que trazaba un pronunciado repecho de unos diez metros para acabar en un montículo de cascotes que eran fragmentos de la fortaleza derruida y que se mezclaban con rocas en un gran amasijo. Al pie del cerro de escombros había un amplio espacio de suelo seco, que era donde los draconianos habían acampado, y más allá la niebla y el miasma de una ciénaga.

—Supongo que podríamos descolgarnos por la pared —sugirió Caramon en tono dudoso—. Aunque parece resbaladiza.

El guerrero esperó hasta ver que al draconiano se le caía la cabeza en el pecho y después sacó un poco el cuerpo por el borde para ver mejor la pendiente. En el momento en el que tocó con la mano la roca suave y negra la retiró bruscamente y soltó una imprecación.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras se frotaba la palma que se le había puesto de un intenso color rojo—. ¡Esa condenada roca está fría como el hielo! ¡Es como meter la mano en un lago helado! —Se chupó los dedos.

—¡Déjame probar a mí! —pidió Tas, anhelante.

La cabeza del guardia se irguió con brusquedad. El draconiano bostezó y miró a su alrededor. Caramon agarró al kender y tiró de él hacia atrás.

—Al menos tú puedes usar la magia para descender flotando —increpó el guerrero a su hermano con tono de reproche—. Los demás tendremos que usar cuerdas para empujar con los pies y separarnos de la pared. Eso nos hará ir más lentos y seremos blancos fáciles.

—Estás de muy mal humor esta mañana, hermano —contestó Raistlin, que miró de soslayo a Caramon.

—Sí, bueno... —El guerrero se frotó la mandíbula, en la que crecía la barba de un par de días y empezaba a picarle—. Estoy preocupado por Tika, eso es todo.

—Me culpas porque la chica se largara sola.

—No, Raist, no te culpo a ti —contestó Caramon con un suspiro—. Si quieres saberlo, la culpa es mía.

—Puedes echarme la culpa a mí también —ofreció Tas, lleno de remordimientos—. Debería haber ido con ella.

El kender se asió el copete y se dio un fuerte tirón como castigo.

—Si hay que culpar a alguien, es a la propia Tika. Marcharse ha sido una imprudencia, un impulso absurdo fruto de su insensatez —opinó Raistlin—. Pero baste decir que corre menos peligro al regresar al campamento que el que estaría corriendo ahora aquí, con nosotros.

Caramon rebulló y pareció a punto de decir algo, pero Raistlin se le adelantó.

—Será mejor que nos preparemos para la partida. Caramon, tú y Tas volved y traed más cuerdas y cualquier otra cosa que encontréis y que creáis que nos podría ser de utilidad. Yo me quedaré con su alteza.

En el instante en el que Caramon y Tasslehoff se pusieron de pie, Sturm pensó que se ponían en marcha y sólo los argumentos persuasivos del mago impidieron que el caballero saliera corriendo.

—Espero que esos draconianos entren pronto en la fortaleza, porque no vamos a poder retener a Sturm mucho más tiempo —comentó Caramon.

El guerrero y el kender regresaron con cuerdas y empezaron a prepararlas para el descenso por la ladera. Una vez que Sturm se dio cuenta de lo que hacían, les ofreció su ayuda. El caballero no sabía nada sobre escalar montañas, pero el príncipe Grallen, que había pasado toda la vida bajo la montaña en los pasadizos subterráneos de los enanos, era experto en la materia. Su consejo resultó inestimable. Le enseñó a Caramon cómo hacer nudos fuertes y la mejor forma de asegurar las cuerdas.

Mientras trabajaban, los draconianos acampados abajo empezaron a despertarse. Raistlin, que hacía guardia, advirtió que el bozak tenía el mando del grupo. Más grande y supuestamente más listo que los baaz, el bozak de escamas bronceas más que actuar como un comandante lo hacía como un matón y un tirano.

En el momento en el que se despertó, se puso a dar patadas y golpes a los baaz hasta que, entre rezongos y gruñidos, se pusieron de pie. El bozak repartió trozos de carne agusanada a los baaz y se quedó con la parte más grande para sí mismo y cinco baaz que por lo visto eran su escolta.

Por lo que Raistlin pudo entender de la mezcla de Común, argot de soldadesca y draconiano, el bozak ordenaba a sus soldados entrar de nuevo en la fortaleza para seguir buscando cualquier cosa de valor. Les recordó que después se quedaría con su parte y que más valía que nadie se guardara nada o le cortaría las alas de cuajo.

Encabezados por el bozak, los draconianos entraron en tropel en la fortaleza y poco después Raistlin oía los gritos guturales del bozak que resonaban a lo largo de corredores, a bastante profundidad por debajo del conducto de aire.

Caramon esperó en tensión, con la cuerda en la mano, hasta que las voces draconianas y el ruido del pataleo de pisadas se perdieron en la distancia. Entonces miró a su hermano y asintió con la cabeza.

—Estamos preparados.

Raistlin se subió al borde del agujero. Sosteniendo el Bastón de Mago se colocó, miró abajo, hacia el suelo que tenía unos veinticinco metros más abajo, y levantó los brazos.

—¡No, Raist! —exclamó de repente Caramon—. Puedo cargarte a la espalda.

Raistlin se giró para mirarlo.

—Me has visto hacer esto incontables veces, hermano.

—Sí, lo sé. Es sólo que... tu magia no funciona siempre.

—Mi magia no funciona siempre porque soy humano y falible —repuso el mago, irritado, porque eso era algo que no le gustaba que le recordaran—. Sin embargo, la magia del bastón nunca falla.

A despecho de sus palabras de convicción, Raistlin sentía el mismo cosquilleo de incertidumbre en la boca del estómago que sentía siempre que se entregaba por completo en manos de la magia. Se dijo a sí mismo, como hacía siempre, que estaba siendo un estúpido. Extendió los brazos, pronunció la palabra imperativa y saltó al aire.

El Bastón de Mago no le falló. La magia del cayado lo envolvió y, sustentado en las corrientes de la magia como si fuera tan ligero como un vilano, lo bajó y lo posó suavemente en el suelo.

—Ojalá pudiera hacer yo eso —dijo Tasslehoff con anhelo, asomado al borde—. ¿Crees que podría intentarlo, Caramon? A lo mejor ha quedado un poquito de magia en el aire...

—¿Y perderte la diversión de descender por esta pared vertical que está tan fría que te quemaría la piel si la rozaras? —gruñó Caramon—. ¿Por qué ibas a querer hacer eso?

Miró abajo y vio que Raistlin le hacía una seña para que supiera que estaba bien y luego se dirigía presuroso hacia la entrada de la fortaleza. El mago se quedó allí, observando y escuchando un buen rato y después volvió a mover el brazo para indicarle que todo estaba tranquilo. Caramon bajó con una cuerda las mochilas y el resto del equipaje, incluidas la jupak de Tas y la armadura de Sturm, que Raistlin habría querido dejar allí pero que el guerrero había insistido en llevar.

Raistlin desató los bultos, los apartó a un lado y después se situó cerca de la entrada, escondido detrás de una roca para coger por sorpresa a los draconianos si volvían. Caramon, Tas y Sturm empezaron el descenso.

El caballero bajó a pulso y con la facilidad de la práctica. Tasslehoff descubrió que descender una pared rocosa era realmente divertido; se empujaba con los pies contra la ladera de manera que salía lanzado al aire y luego volvía hacia la pared y vuelta a hacer lo mismo. Rebotó contra la cara del monte con gran regocijo hasta que Caramon lo regañó y le ordenó que se dejara de tonterías y bajara de una vez. El guerrero se movía despacio, nervioso de confiar la sustentación de su peso a la cuerda, y plantando los pies con torpeza contra la piedra. Fue el último en llegar abajo y lo hizo con un profundo suspiro de alivio. Comparado con eso, el descenso por el montón de piedras y cascotes resultó relativamente sencillo. Recogían sus posesiones cuando Raistlin salió de su escondrijo y les siseó para que guardaran silencio.

—¡Se acerca alguien!

Alarmado, Caramon alzó la vista hacia las tres cuerdas que colgaban desde el agujero del conducto. Visto desde esa posición, el guerrero entendió el nombre dado al monte. Tenía una extraña semejanza con una calavera. El conducto de aire formaba una de las cuencas de los ojos. Un

segundo conducto de aire en el lado opuesto formaba la otra. La entrada a la fortaleza era la boca de la calavera, con estalagmitas y estalactitas irregulares como dientes. Las cuerdas, descolgadas desde una de las cuencas de los ojos, eran un anuncio al mundo de su presencia allí. El guerrero se planteó ocultarse entre los densos vapores de la ciénaga, pero los draconianos irían tras ellos y si tal cosa ocurría prefería enfrentarse al enemigo en terreno firme y seco.

Caramon desenvainó la espada. Tasslehoff, pesaroso por no contar con su *Mataconejos*, enarboló la jupak. También Sturm desenvainó la espada.

Caramon esperaba que el príncipe Grallen fuera un guerrero tan experimentado como Sturm Brightblade. Raistlin, escondido detrás de la roca, preparó sus conjuros.

El bozak y sus cinco escoltas baaz salieron de la fortaleza con la intención de revisar el botín que los baaz habían dejado allí y ver si alguno se había guardado algo sin darle su parte. Con su plan de saquear a los saqueadores, el bozak no estaba preparado para un combate. Él y los otros recibieron un buen susto al encontrarse frente a unos enemigos armados.

Sin embargo, los draconianos habían sido creados para la batalla y el bozak se recobró de la sorpresa con rapidez. Usó su magia en primer lugar y lanzó un encantamiento sobre el guerrero que en su opinión era el más peligroso. Un rayo de luz cegadora salió disparado de la garra del bozak y alcanzó a Sturm, que gritó mientras se llevaba las manos al pecho y después caía encogido al suelo, entre gemidos.

Al ver al caballero tendido en el suelo, el bozak se volvió hacia Caramon. El draconiano extendió las enormes alas que lo hacían parecer aún más grande y cargó sin dejar de gruñir a la par que blandía la espada con poderosos arcos y tajos. Caramon paró el primer golpe con la espada; el brazo acusó la sacudida del violento impacto hasta el codo.

Antes de que el guerrero pudiera recuperarse, el bozak se giró y le golpeó las piernas con la enorme cola, lo que le hizo perder el equilibrio y caer de rodillas. Mientras intentaba ponerse de pie lo antes posible, alzó la vista y se encontró con el bozak volviéndose de nuevo contra él, enarbolada

la espada. Caramon alzó la suya y las dos armas entrechocaron con estruendo.

Raistlin, agazapado y oculto en su escondrijo próximo a la entrada, esparció pétalos de rosa a la par que pronunciaba el conjuro de sueño sobre los tres baaz que tenía más cerca. No las tenía todas consigo respecto al resultado del encantamiento, ya que había probado ese y otros conjuros con draconianos en otras ocasiones y habían resistido a los efectos de la magia.

Dos de los baaz dieron un traspiés y el tercero se quedó boquiabierto y bajó la espada, pero sólo durante un momento. Luego consiguió sacudirse el sueño y cargó hacia la refriega. Los otros dos siguieron de pie y, lo que era peor, comprendieron que un hechicero había intentado someterlos a un conjuro. Giraron sobre sus talones, espada en mano, y descubrieron a Raistlin.

El mago estaba a punto de lanzar una mortal bola de fuego contra ellos cuando descubrió con espanto que las palabras mágicas del hechizo lo eludían. Frenético, buscó en su memoria, pero las palabras no estaban allí. Se reprochó amargamente su estupidez. Había estado más pendiente de vigilar a Tika y a su hermano la noche anterior que de estudiar sus conjuros.

Para entonces, uno de los draconianos acometía contra él mientras blandía la espada con ferocidad. Desesperado, rogando que la madera no se quebrara, Raistlin alzó el bastón para detener el golpe.

Cuando la espada tocó el bastón se produjo un destello, una especie de chisporroteo y un aullido. El baaz soltó el arma y se puso a dar saltos a la par que gruñía y se estrujaba la mano con gesto de dolor. Al ver la suerte corrida por su compañero, el otro baaz se aproximó al mago y al bastón con cautela, pero no dejó de avanzar. Raistlin pegó la espalda contra las rocas y sostuvo el bastón ante sí con firmeza.

Ninguno de los draconianos se había tomado la molestia de atacar al kender, a quien habían dejado para el final creyendo que no era peligroso. Uno de los baaz corrió hacia Sturm, ya fuera para rematarlo o para saquearlo si había muerto o ambas cosas.

—¡Eh, cara de lagartija! —gritó Tas, que echó a correr y golpeó al baaz en la parte posterior de la cabeza con la jupak.

El golpe poco daño podía hacer en la dura cabeza del draconiano, como no fuera irritar al baaz. Espada en mano, se dio media vuelta con intención de destripar al kender, pero atraparlo no era tan sencillo. Tasslehoff brincaba primero aquí y después allí y se mofaba del baaz desafiándolo a que intentara golpearlo.

El baaz blandió la espada una y otra vez; pero, hiciera lo que hiciera, el kender siempre estaba en otra parte profiriendo insultos y golpeándolo con la jupak. Entre saltos, agachadas e insultos tan variados como «culo escamoso» y «boñiga de dragón», la rabia cegó al baaz, que se lanzó sobre el kender.

Tasslehoff alejó al baaz de Sturm pero, por desgracia, llevado por el entusiasmo, el kender no miró hacia dónde iba y se encontró peligrosamente cerca de la ciénaga. Dando un último salto para evitar que el enfurecido baaz lo hiciera rodajas, Tas resbaló en una piedra y, tras mucho agitar de brazos y manotear el aire, cayó al agua empantanada con un grito y un chapoteo.

El baaz iba a ir tras él cuando una seca orden del bozak lo hizo entrar en razón. Tras un momentáneo titubeo, el baaz dejó al kender, que había desaparecido en la bruma, y corrió a ayudar a su compañero a rematar al mago.

Caramon y el bozak intercambiaron una serie de golpes violentos que hicieron saltar chispas de los aceros. Los dos estaban igualados como adversarios y puede que Caramon se hubiera alzado con la victoria al final porque el bozak había pasado gran parte de la noche de juerga y no se encontraba en buenas condiciones físicas. El miedo por su hermano y la desesperación por poner fin a esa lucha hicieron que el guerrero actuara con temeridad. Creyó ver un hueco en las defensas del draconiano y cargó sólo para darse cuenta, demasiado tarde, que era una finta. Su espada salió lanzada por el aire y cayó al agua, a su espalda, con un chapoteo descorazonador. Caramon echó un vistazo angustiado a su gemelo y después saltó hacia un lado y rodó por el suelo, perseguido por el bozak.

El guerrero lanzó una patada y acertó a dar al bozak en la rodilla. El draconiano gruñó de dolor y respondió a su vez con otra patada que alcanzó

a Caramon en la tripa y que lo dejó sin resuello e indefenso momentáneamente. El bozak alzó la espada y estaba a punto de descargar el golpe mortal cuando un aullido atroz, espantoso, que sonó a su espalda hizo que frenara la cuchillada y mirara hacia atrás.

Caramon alzó la cabeza para mirar. Tanto el bozak como él se quedaron mirando de hito en hito, aterrados.

Unos ojos fríos, pálidos, embozados en los desgarrados jirones de la noche, flotaban cerca de Raistlin. Un draconiano yacía en el suelo y el cuerpo empezaba a deshacerse en polvo. El otro baaz gritaba de un modo horrible mientras una mano tan fría y pálida como los ojos incorpóreos le retorció un brazo. El baaz se estremeció al contacto letal del espectro y después se desplomó con los estertores de la muerte que lo convirtieron en piedra.

Caramon hizo un esfuerzo para incorporarse, convencido de que su hermano sería la siguiente víctima de los espectros. Para su sorpresa, los escalofriantes entes no hicieron caso de Raistlin, que, pegado contra la roca, sostenía el bastón ante sí. Los ojos sin vida y la oscuridad que flotaba tras ellos como una estela se abatieron sobre el bozak como una nube terrible. Aullando de dolor, el bozak se retorció en el mortífero abrazo. Se debatió y forcejeó para escapar, pero estaba bien sujeto.

Cuando el cuerpo del draconiano empezó a ponerse rígido, Caramon recordó lo que pasaba cuando moría un bozak y gateó, resbaló y tropezó en su afán por poner la mayor distancia posible entre él y el cadáver del draconiano. Los huesos del bozak estallaron. El horrendo calor y la onda expansiva de la explosión alcanzaron al guerrero, lo aplastaron contra el suelo y lo dejaron momentáneamente aturdido.

Sacudió la cabeza para despejarse y se puso de pie con rapidez, pero se encontró con que la lucha había terminado. Dos de los draconianos supervivientes huían a todo correr de vuelta al interior de la fortaleza. Los espectros se deslizaron en el aire tras ellos y Caramon oyó los gritos de muerte de los baaz. Soltó un suspiro de alivio y entonces se quedó petrificado.

Un par de ojos envueltos en oscuridad flotaba cerca de Raistlin. El guerrero corrió hacia su gemelo, aunque no tenía ni idea de cómo salvarlo.

Entonces vio que los ojos se agachaban, casi como si el ente espectral estuviera haciendo una reverencia a su hermano. Después, dejando tras de sí un helor que entumecía hasta los huesos y el polvo de sus víctimas, desaparecieron.

—¿Estás herido? —preguntó Caramon, jadeante.

—No. ¿Y tú? —preguntó Raistlin, lacónico.

Echó una rápida ojeada a su hermano que debió de bastarle para tener respuesta a su pregunta, ya que desvió la vista hacia Sturm.

»¿Y él?

—No lo sé —repuso Caramon—. Lo alcanzó algún tipo de conjuro. Raist, esos espectros...

—Olvida los espectros. ¿Está malherido? —preguntó el mago, que apartó a su hermano para dirigirse hacia el caballero.

—No lo sé. —Caramon renqueó detrás de su hermano—. Estaba un poco ocupado para fijarme en detalles.

Alargó la mano y, asiendo a su hermano por el brazo, lo detuvo.

»Esa cosa te hizo una reverencia. ¿La invocaste tú?

Raistlin miró a su hermano con frialdad en tanto que esbozaba una sonrisa sarcástica.

—Tienes una idea exagerada sobre mis poderes, hermano, si crees que podría invocar espectros. Ese tipo de hechizo está fuera de mi alcance, te lo aseguro.

—Pero, Raist, vi que...

—¡Bah! Imaginaciones tuyas. —Miró la mano de su hermano, ceñudo—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me gusta que me toquen?

Caramon le soltó el brazo, y Raistlin se acercó de prisa a Sturm para comprobar su estado. El guerrero no recordaba haber visto nunca a su hermano preocupado por el caballero y tenía la impresión de que a Raistlin le interesaba más el príncipe Grallen que Sturm. Echó a andar en pos de él justo cuando Tasslehoff, tosiendo y escupiendo agua fangosa, salía de la ciénaga.

—¡Puag! —exclamó el kender mientras se apartaba el pelo empapado de los ojos—. ¡Qué sitio tan absurdo para poner una ciénaga! ¿Cómo está Sturm? ¿Qué me he perdido?

Raistlin sujetaba la muñeca del caballero para tomarle el pulso. El peto estaba chamuscado, pero lo había protegido bastante del impacto. Al sentir los dedos de Raistlin, Sturm movió las manos, abrió los ojos e intentó incorporarse.

—Raist, si tú no los invocaste ¿por qué no nos atacaron los espectros? —preguntó Caramon, que ayudaba al caballero a ponerse de pie—. ¿Por qué atacaron sólo a los draconianos?

—Lo ignoro, Caramon —respondió el mago, exasperado—. No soy un experto en los entes no muertos. —Viendo que su hermano todavía esperaba una respuesta, Raistlin suspiró.

»Hay muchas explicaciones. Sabes tan bien como yo que esos entes actúan a menudo como guardianes. Quizá los draconianos se apoderaron de algún tipo de artefacto sagrado o, tal vez, como tanto le gusta decir al caballero, el mal se vuelve contra sí mismo.

—Sí, tal vez. —Caramon no parecía convencido. Miró a su hermano y después añadió de improviso: Deberíamos largarnos de aquí antes de que el resto de los baaz regresen.

Raistlin miró la boca de la cueva que semejaba la mandíbula entreabierta de una calavera y por un instante le dio la impresión de que las ruinas se reían.

—No creo que los otros regresen, pero tienes razón. Deberíamos irnos. —Miró en derredor a los fardos del saqueo que estaban esparcidos por el suelo y negó con la cabeza—. Lástima que no tengamos tiempo para echar un vistazo a todo eso. Quién sabe los objetos valiosos que encontraron allí abajo.

—No tocaría nada aunque me pagasen por hacerlo —dijo Caramon, que dirigió una mirada sombría a los fardos—. Bien, alteza, mostradnos el camino.

Sturm estaba aturdido pero no parecía que tuviese heridas aparte de algunas quemaduras superficiales en las manos y los brazos. Se metió en la

ciénaga y vadeó el agua, que le llegaba más arriba de los tobillos. La niebla se agitó y se enroscó a su alrededor.

—Acabo de salir de ahí —protestó Tas—. No es tan divertido como podría imaginarse. —Se encogió de hombros y recobró la jupak—. Bueno, supongo que ya no puedo mojarme más de lo que estoy. —Saltó a la ciénaga y avanzó torpemente detrás de Sturm.

Raistlin puso un gesto de desagrado. Se recogió la túnica alrededor de las rodillas, metió el bastón en la ciénaga para tantear el fondo y después entró con pies de plomo en las oscuras aguas.

Caramon lo siguió, alerta y preparado para sujetar a su hermano si era menester.

—Lo que pasa es que creí oír que el espectro te decía algo, Raist. Me pareció oírle llamarte «Amo».

—Pero qué imaginación más fértil tienes, hermano —repuso el mago en tono mordaz—. Quizá, cuando esto haya acabado, deberías escribir un libro.

16

Tika advierte del peligro
El dilema de Riverwind
Los refugiados deciden

Laurana estaba en la cueva que compartía con Tika, tendida en el jergón. Había pasado un día y una noche buscando a su amiga y al kender, que habían desaparecido, y se sentía exhausta. Con todo, era incapaz de conciliar el sueño. No dejaba de pensar una y otra vez en todo lo que Tika había dicho y había hecho la última vez que habían estado juntas. Las pistas las tenía allí, justo delante de ella. Tendría que haberse imaginado de inmediato que Tika se proponía ir en pos de Caramon y que Tas se iría con ella. Tendría que haber hecho algo para impedirselo.

—Si no hubiese estado tan preocupada pensando en... otras cosas... —
Otras cosas como Tanis. Laurana acababa de cerrar los ojos y empezaba a quedarse dormida, cuando la voz de Goldmoon le hizo abrir los ojos de par en par, despabilada por completo.

—¡Laurana! ¡La han encontrado!

Dos Hombres de las Llanuras llevaron a Tika en una camilla improvisada y la metieron en la cueva donde se atendía a los enfermos y a los heridos. La gente se reunió para ver qué pasaba y entre las mujeres se alzaron murmullos de pena y de preocupación en tanto que los hombres se

limitaban a sacudir la cabeza. Dejaron la camilla en el suelo con mucho cuidado. Riverwind prendió la lumbre mientras su esposa llevaba agua fría. Laurana se acercó a Tika.

—¿Dónde la han encontrado?

—Tendida en la orilla del arroyo —contestó Goldmoon.

—¿Estaba Tas con ella?

—Estaba sola. No había rastro del kender.

Tika gemía de dolor y no dejaba de bullir en el catre, desasosegada. Tenía los ojos muy abiertos y con un brillo febril, pero sólo veía el mundo creado por su delirio. Cuando Goldmoon se inclinó sobre ella, la joven chilló y empezó a golpearla violentamente con los puños. Fue necesario que Riverwind y los dos guerreros de las Llanuras la sujetaran e incluso entonces siguió forcejeando para soltarse.

—¿Qué le pasa? —preguntó Laurana, alarmada.

—Fíjate en esos arañazos. Algún animal salvaje la ha atacado —respondió Goldmoon, que refrescó la frente de Tika con un paño mojado en agua fría—. Un oso o un puma, quizá.

—No —dijo Riverwind—. Un draconiano.

Su esposa alzó la cabeza y lo miró, consternada.

—¿Por qué lo sabes?

Riverwind señaló varias manchas de polvo gris en el coselete de cuero de la joven.

—Sólo tiene marcas de garras en los brazos y las piernas, cuando un animal salvaje se las habría dejado por todo el cuerpo. El draconiano intentaba reducirla para abusar de ella...

Laurana se estremeció. Riverwind tenía el gesto sombrío y a su esposa se la notaba muy preocupada.

—¿Qué pasa? —inquirió la elfa—. Se pondrá bien, ¿verdad? Puedes sanarla...

—Sí, Laurana, sí —le aseguró Goldmoon con voz tranquilizadora—. Dejadla sola conmigo, todos. —Acarició los rizos pelirrojos de la joven, húmedos de sudor, y posó la mano en el medallón de Mishakal que llevaba

colgado al cuello— Deberías convocar una asamblea con el consejo, esposo.

—Antes tengo que hablar con Tika.

—De acuerdo —accedió Goldmoon tras una breve vacilación—. Te mandaré llamar cuando haya vuelto en sí, pero para hablar sólo un poco. Necesita descanso y alimentos.

—Deja que me quede —pidió Laurana—. Esto es culpa mía.

—Tienes que ir a buscar a Elistan —respondió Goldmoon al tiempo que sacudía la cabeza.

Laurana no entendía, pero se daba cuenta de que a los dos les preocupaba algo. Laurana salió del refugio detrás del Hombre de las Llanuras.

—¿Qué ocurre? ¿Qué os tiene alarmados?

—A Tika la atacó un draconiano —contestó Riverwind—. Ese ataque tiene que haber ocurrido aquí o muy cerca.

De repente Laurana comprendió las terribles implicaciones.

—¡Que los dioses se apiaden de nosotros! ¡Eso significa que nuestros enemigos han hallado una forma de entrar en el valle! Goldmoon tiene razón, he de decírselo a Elistan.

—Hazlo con discreción —advirtió Riverwind—. Tráelo aquí contigo. Y no digas una palabra de esto a nadie más, al menos de momento. Sólo nos faltaba que cundiera el pánico entre la gente.

—No, claro que no —convino la elfa, que se alejó a buen paso.

La gente se había reunido a una distancia discreta de la cueva y esperaba noticias. Tika, con su risa pronta y su temperamento alegre, era muy apreciada por toda la gente del campamento, aparte del Sumo Teócrata.

Maritta paró a Laurana cuando la elfa salió de la cueva y le preguntó, preocupada, qué tal estaba Tika. Laurana comprendió que sería más fácil hacer un comunicado sucinto del estado de su amiga.

—Ahora está muy enferma, pero Goldmoon se encuentra con ella y Tika se recuperará —les dijo a los reunidos—. Necesita descanso y tranquilidad.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Maritta.

—No lo sabremos hasta que vuelva en sí —fue la respuesta evasiva de la elfa, que se las ingenió para escabullirse del grupo y fue en busca de Elistan. Se cruzó con él cuando iba de camino a la cueva de Goldmoon.

—Me he enterado de lo de Tika —dijo el hombre—. ¿Cómo está?

—Se pondrá bien, gracias a los dioses —contestó Laurana—. Riverwind quiere hablar contigo.

Elistan la miró con aire escrutador. Advirtió la preocupación y el temor plasmados en su semblante e iba a preguntarle qué ocurría, pero lo pensó mejor.

—Iré de inmediato.

Cuando llegaron a la cueva todavía quedaban unas cuantas personas en los alrededores. De nuevo, Laurana les aseguró que Tika se pondría bien y añadió que lo mejor que podían hacer para ayudarla era pedir por ella en sus plegarias.

Riverwind se encontraba en la boca de la cueva. Cuando Laurana y Elistan se acercaron para hablar con él, Goldmoon apartó a un lado la manta y les pidió que entraran.

—Se le ha cortado la fiebre y las heridas se le están curando, pero aún está conmocionada por la terrible experiencia que le ha tocado pasar. Sin embargo, quiere hablar contigo, esposo. Ha insistido.

Tika yacía envuelta en mantas delante de la lumbre. Aún estaba tan pálida que las pecas, que eran su pesadilla, resaltaban en un fuerte contraste con la blancura de la tez. Con todo, intentó sentarse cuando los otros entraron.

—¡Riverwind, tengo que hablar contigo! —dijo en tono urgente, tendiéndole una mano temblorosa—. Por favor, escúchame...

—Lo haré —le dijo Riverwind, que se arrodilló a su lado—, pero antes tienes que tomarte este caldo y después te tumbas o mi esposa nos arrojará a los dos al crudo frío del exterior.

Tika se bebió el caldo y su cara recuperó algo de color. Laurana se arrodilló al lado de su amiga.

—Estaba muy preocupada por ti.

—Lo siento —se disculpó Tika con pesadumbre—. Goldmoon me ha contado que todo el mundo salió a buscarnos a Tas y a mí. No era mi intención... No creí que... —Soltó un profundo suspiro y dejó el cuenco a un lado. En su rostro se plasmó una expresión decidida—. Al final fue una suerte que nos marcháramos.

—Espera un momento —pidió Riverwind—. Antes de que nos cuentes lo que te ha pasado, ¿dónde está el kender? ¿Se encuentra a salvo Tasslehoff?

—Supongo que tan a salvo como se pueda estar —respondió tristemente la joven—. Se ha quedado con Raistlin, Caramon y Sturm. Si es que aún se lo puede seguir llamando Sturm

Al ver la expresión preocupada en sus caras, Tika suspiró.

—Empezaré por el principio.

Relató lo ocurrido, que había decidido seguir a Caramon para intentar hacerle entrar en razón.

—Fui una tonta, ahora lo sé —añadió, apesadumbrada.

Siguió con el relato de cómo el kender y ella habían entrado en el túnel que discurría por debajo de la montaña y cómo habían salido en la otra punta del pasadizo para encontrarse en el Monte de la Calavera con un dragón muerto, hordas de draconianos y Grallen, príncipe de Thorbardin, antes Sturm Brightblade.

—El yelmo que se puso estaba encantado o maldito o algo así. No lo entendí y Raistlin no quería hablar de ello —comentó Tika.

Elistan tenía el gesto serio, el semblante de Riverwind denotaba dudas y Goldmoon parecía inquieta. Le puso un paño frío en la frente a Tika al tiempo que decía que debería descansar. La joven se quitó el paño de la frente.

—Sé que no me creéis. Yo tampoco lo creería de no haberlo visto con mis propios ojos. Incluso hablé con ese... príncipe Grallen. Caramon dijo que el yelmo había estado esperando a que llegara alguien y se lo pusiera para así obligar a esa persona a ir a Thorbardin a informar al rey que habían perdido la batalla.

—Con trescientos años de retraso —susurró Laurana.

—Pero ahora han encontrado un modo de entrar a Thorbardin, ¿comprendéis? —apuntó Tika—. Ese príncipe Grallen va a conducirlos hasta allí.

Hubo un intercambio de miradas entre todos. Riverwind sacudió la cabeza. El Hombre de las Llanuras sentía una desconfianza innata hacia la magia y aquello parecía demasiado extraño para ser cierto. Se centró en lo que era una amenaza más inmediata.

—Oíste que los draconianos decían que un ejército estaba en marcha, que venía hacia aquí, al valle.

—Sí. Por eso regresé, para advertiros.

—¿Por qué no ha venido Caramon contigo? —inquirió Riverwind en tono desaprobador—. ¿Por qué te mandó sola de vuelta?

—Caramon quería acompañarme —lo siguió defendiendo resueltamente—. Yo le dije que no, que debía quedarse con Sturm, su hermano y Tas porque Sturm se creía un enano y todo eso. Le dije que podía apañármelas bien yo sola. Y lo hice. —La expresión de sus ojos se endureció y la joven apretó los puños—. Maté a ese monstruo cuando me atacó. ¡Lo liquidé!

No le pasaron por alto las expresiones preocupadas de sus amigos, y rompió a llorar.

—¡Caramon no sabía que había un draconiano escondido en ese pasadizo! ¡Nadie lo sabía! —Se dejó caer pesadamente en la camilla, sacudida por los sollozos.

—Ahora tiene que descansar —ordenó Goldmoon con firmeza—. Creo que sabéis todo lo que necesitáis saber, esposo.

Los hizo salir y volvió para estrechar a Tika entre los brazos y dejarla que llorara lo que quisiera.

—¿Qué hacemos, Hijo Venerable? —preguntó Riverwind.

—La decisión es tuya —contestó Elistan—. Tanis te puso al frente de todos nosotros.

Riverwind suspiró hondo y dirigió la vista al sur, taciturno.

—Si se da crédito a lo que ha contado Tika...

—¡Pues claro que lo damos! —intervino Laurana, enfadada—. Arriesgó la vida para advertirnos del peligro.

—Hederick y los demás no le creerán —observó Riverwind.

Laurana guardó silencio. Tenía razón, por supuesto. El Sumo Teócrata y sus compinches no querían marcharse y buscarían cualquier excusa para quedarse. Casi podía oír a Hederick diciéndole a la gente que no podía fiarse de Tika. Ladrona en el pasado y ahora camarera y los dioses sabían qué más cosas, había huido para estar con su amante y se había inventado ese cuento para ocultar sus pecados.

—Hay pocos a los que les cae bien Hederick —indicó la elfa—, pero sí aprecian a Tika.

—Y, lo que es más importante —añadió Elistan—, es que tú les caes bien y te admiran, Riverwind. Si les dices que se acerca un peligro y que tienen que irse, te harán caso.

—¿Crees que deberíamos irnos? —preguntó Laurana.

—Sí —contestó él, convencido—. Lo he estado pensando desde el día que el dragón nos sobrevoló. Deberíamos dirigirnos al sur antes de que las grandes nevadas bloqueen los pasos de montaña. Este valle ya no es un refugio seguro. La historia de Tika simplemente confirma lo que llevo temiéndome mucho tiempo. —Hizo una pausa y luego añadió en voz baja:

»Pero ¿y si me equivoco? Un viaje así está lleno de peligros e incertidumbre. ¿Y si llegamos a Thorbardin y encontramos cerradas las puertas? Lo que es peor ¿y si nunca encontramos Thorbardin? Podríamos andar deambulando por las montañas hasta morir de hambre o de frío. Le estaría pidiendo a toda esta gente que abandonara un sitio seguro y fuera de cabeza hacia el peligro. No tiene sentido.

—Acabas de afirmar que el valle no es un sitio seguro —observó Elistan—. Desde que apareció el dragón, la gente ha estado inquieta, asustada. Sabe que los dragones nos vigilan, aunque no se los vea.

—Es una pesada carga tener a mi cargo la vida de cientos de personas —se lamentó Riverwind.

—No sólo a tu cargo, amigo mío —le dijo suavemente Elistan—. Paladine está contigo. Acude a él con tus temores y preocupaciones.

—¿Me dará una señal, Hijo Venerable? ¿Me dirá el dios qué tengo que hacer?

—Nunca te diré lo que tienes que hacer —repuso el clérigo—. Te concederé la sabiduría de tomar la decisión correcta y la fortaleza para llevarla a cabo.

—Sabiduría. —Riverwind sonrió y sacudió la cabeza—. No soy un sabio. Fui pastor...

—Y como pastor utilizabas tus conocimientos y tu instinto para guardar a tu rebaño a salvo del lobo. Ésa es la sabiduría que Paladine te ha dado, una sabiduría en la que debes confiar.

Riverwind meditó sobre aquello.

—Convocad a la gente para una reunión a mediodía —dijo después—. Anunciaré mi decisión entonces.

Cuando se marchaban, Laurana miró hacia atrás y vio que Riverwind se encaminaba hacia la gruta donde habían construido un pequeño altar en honor a los dioses.

—Es un buen hombre. Su fe es firme y sólida —dijo la elfa—. Tanis hizo una buena elección. Ojalá que...

Se calló. No había sido su intención expresar en voz alta lo que pensaba.

—¿Ojalá, qué, querida? —preguntó Elistan.

—Ojalá Tanis encontrara una fe igual —contestó por fin Laurana—. Él no cree en los dioses.

—Tanis no encontrará la fe. Más bien será la fe la que lo encuentre a él, como me ocurrió a mí —comentó Elistan con una sonrisa.

—No entiendo.

—Tampoco estoy seguro de entenderlo yo —admitió Elistan—. Mi corazón está afligido por él, pero Paladine me asegura que puedo dejar tranquilamente esas preocupaciones en sus manos.

—Espero que las tenga muy grandes —dijo Laurana con un suspiro.

—Tan grandes como el cielo —contestó el clérigo.

* * *

Si Riverwind se dirigió a Paladine no pareció haber encontrado mucho alivio o sosiego en la comunión con el dios. Tenía sombrío el gesto cuando

ocupó su sitio frente a la multitud. Sus palabras no eran para tranquilizar ni consolar. Les contó el viaje de Tika. Dijo que el caballero, Sturm Brightblade, había descubierto una forma de llegar a Thorbardin (fue vago en los detalles). Les contó que Tika había oído a hurtadillas hablar a los draconianos sobre un ejército que se preparaba para asaltar el valle y la forma en la que la había atacado una de esas criaturas cuando volvía para advertirles.

Hederick frunció los labios, puso los ojos en blanco y soltó un resoplido despectivo.

—Tika Waylan es una buena chica, pero como algunos de vosotros recordaréis antes era camarera...

—Yo le creo —lo interrumpió Riverwind, y su voz firme acalló incluso a Hederick, al menos temporalmente—. Creo que este valle, que hasta ahora ha sido un refugio de paz, puede convertirse dentro de poco en un campo de batalla. Si nos atacan aquí no tendremos dónde huir ni dónde resguardarnos. Nos habrán acorralado como ratas y acabaremos capturados o masacrados. Los dioses nos envían este aviso y cometeremos un error si no hacemos caso. Propongo que nos marchemos en los próximos días y viajemos hacia el sur, a Thorbardin, para reunimos allí con nuestros amigos.

—Oh, venga ya, sé razonable —dijo Hederick, que se volvió hacia la muchedumbre y alzó las manos para pedir silencio—. ¿No os parece extraño a vosotros que los dioses hayan elegido dar ese aviso a una camarera en lugar de alguien honrado y respetado...?

—¿Alguien como tú? —lo interrumpió de nuevo Riverwind.

—Iba a decir como el Hijo Venerable Elistan —contestó Hederick con fingida humildad—, pero sí, creo que los dioses podrían haberme utilizado como receptáculo de su voluntad.

—Si hubiesen querido un recipiente para cerveza, tal vez —le susurró al oído Gilthanas a Laurana.

—Chitón, hermano —le regañó ella—. ¡Esto es serio!

—Pues claro que lo es, pero no harán caso a Riverwind. Para ellos es un forastero, igual que nosotros. —Miró a Laurana—. ¿Sabes? Por primera vez

en la vida empiezo a entender lo solo y aislado que Tanis debió de sentirse entre nosotros.

—Yo no me siento sola con estas personas —protestó la elfa.

—Desde luego que no —repuso Gilthanas, fruncido el entrecejo—. Tú tienes a Elistan.

—Oh, Gil, tú también —empezó Laurana, pero su hermano se había alejado para reunirse con los Hombres de las Llanuras. Estos no le dijeron nada, pero le hicieron sitio entre sus filas.

Los forasteros juntos.

Laurana lo habría seguido, pero estaba enfadada con él, con Tanis, con Tika, con todo aquel que pareciera estar empeñado en malinterpretar su relación con Elistan. Trabajaba para el clérigo del mismo modo que lo había hecho para su padre: actuando como diplomática y mediadora. Tenía el don de saber tratar con la gente, de calmarla, de ayudarla a superar la ira y el temor y entrar en razón. Elistan y ella formaban un buen equipo. No había nada romántico en eso. Si acaso, el clérigo era como un padre para ella.

O un hermano.

Miró a Gilthanas y su ira se diluyó en el remordimiento. Hubo un tiempo en el que los dos habían estado muy unidos. Apenas le había dirigido la palabra desde que había empezado a trabajar para Elistan. No, la falta de comunicación venía de antes, desde que Tanis había vuelto a entrar en su vida.

Quizá ni siquiera se trataba de Tanis. Su hermano era tan opuesto a su relación con el semielfo como lo era antaño. Sin embargo, era la relación que mantenía con todos los humanos lo que se le atragantaba. En su opinión, debería mostrarse distante con ellos, mantenerse aparte.

Al igual que su padre, a Gilthanas lo irritaba el hecho de que los dioses hubiesen considerado adecuado servirse de humanos como heraldos de su regreso. Los dioses deberían haber acudido a los elfos, que, después de todo, eran el pueblo elegido. Habían sido los humanos con sus transgresiones los que habían provocado que los dioses descargaran su ira sobre el mundo.

«Somos los hijos buenos —se dijo para sus adentros Laurana—. No tendrían que habernos castigado. Mas ¿éramos realmente buenos? ¿O es que nunca nos pillaron en un renuncio?»

Los elfos no albergaban tales dudas. Los elfos estaban seguros de su sitio en el universo. Los humanos, por otro lado, siempre dudaban, siempre buscaban, siempre se hacían preguntas. A Laurana le gustaba eso de los humanos. Así no se sentía tan sola con sus dudas.

Se le ocurrió la idea de que nunca había intentado explicarle eso a Gilthanas y decidió hacerlo y ayudarlo a comprender. Miró en su dirección y sonrió para demostrar que no estaba enfadada. Él la vio pero rehuyó los ojos a propósito. Laurana suspiró y prestó atención de nuevo a la reunión.

La discusión proseguía. Elistan apoyaba a Riverwind, al igual que Maritta.

—Todos vimos al dragón con ese diablo, Verminaard, encaramado a la espalda —les dijo la mujer mayor—. Ahora han atacado a uno de nosotros aquí, en este valle, o tan cerca de él que da lo mismo. Si eso no es una señal de que ya no estamos a salvo, no sé qué más podría serlo.

Sin embargo, los argumentos de Hederick también eran persuasivos, y les daba más peso el razonamiento de que no estaban en peligro en ese momento, pero sí lo estarían si abandonaban la seguridad y el refugio de las cuevas para aventurarse en terreno agreste, como lo demostraba el ataque sufrido por Tika.

Riverwind no podía argumentar nada contra esos hechos. El peso debía cargarlo su corazón y lo aceptaba tal como era y sin andarse con tapujos.

—Si nos vamos, quizás alguno de nosotros muera —dijo—, pero creo que si nos quedamos y no hacemos nada, si pasamos por alto la advertencia de Tika, caeremos víctimas de un enemigo cruel y brutal.

Al menos, estaba convencido de que su pueblo se uniría a él. Los guerreros de las Llanuras eran todos de la opinión de que se avecinaban problemas y por fin habían acordado, incluso los que-kiris, elegir a Riverwind como su jefe. Mientras oraba, Riverwind no había oído una voz inmortal haciéndole promesas, no había sentido el tacto tranquilizador de

una mano inmortal, pero había dejado atrás el altar con la reconfortante convicción de que no caminaba solo.

Se disponía a añadir algo más cuando se produjo una ligera agitación en la entrada. Apareció Goldmoon, que guiaba los pasos vacilantes de Tika.

—Ha insistido en venir —dijo Goldmoon—. La insté a que descansara, pero dijo que debía hablar por sí misma.

Hubo murmullos suaves de compasión entre los reunidos. Los arañazos de los brazos se habían curado, pero todavía seguían siendo visibles. Pálida y débil por efecto de la fiebre, Tika apartó la mano de Goldmoon y se sostuvo sola para decir lo que tenía que decir.

—Sólo quiero recordaros a todos quién fue el que os liberó de Pax Tharkas —empezó la joven—. Quién os salvó de la esclavitud y de la muerte. No fue él, el Sumo Teócrata. —Asestó una mirada abrasadora a Hederick—. Fueron Tanis el Semielfo y Flint Fireforge, y los dos han partido para intentar encontrar Thorbardin. Fueron Sturm Brightblade y Caramon Majere y Raistlin Majere, y también han ido, corriendo un gran peligro, al Monte de la Calavera, donde han hallado un modo de entrar en Thorbardin. Fueron Riverwind y Goldmoon, que os enseñaron a sobrevivir y sanaron vuestras heridas.

»Ninguno de ellos tenía por qué hacer lo que hicieron. Podrían haberse ido hace tiempo y regresar a sus hogares, pero se quedaron. Permanecieron aquí y arriesgaron la vida por ayudaros. Sé que será difícil partir, pero... En fin, sólo quiero que penséis lo que os he dicho.

Mucho lo pensaron e hicieron los comentarios correspondientes, hablando a favor de marcharse. Otros no estaban tan seguros. Riverwind dejó que la discusión fluyera sin trabas, pero cuando empezaron a repetirse los mismos argumentos una y otra vez, le puso fin.

—Yo ya he tomado una decisión. Cada cual tendrá que hacer lo mismo. Mi esposa y yo y quienes vengan con nosotros estaremos preparados para partir pasado mañana, con la primera luz del día. —Hizo una breve pausa y después continuó.

»El camino será difícil y peligroso y no puedo prometeros que encontraremos refugio seguro en Thorbardin. O en cualquier otro lugar del

mundo, dicho sea de paso. Sí puedo prometeros una cosa: empeñaré mi vida por vosotros. Haré todo cuanto esté en mi mano para interponerme entre vosotros y la oscuridad. Lucharé para defenderos hasta mi último aliento.

Abandonó la cueva donde estaban reunidos en medio de un gran silencio. Los suyos y Gilthanas lo acompañaron. Tika insistió en regresar a su cueva argumentando que descansaría mejor en el jergón.

La gente se arremolinó alrededor de Elistan buscando su consejo y consuelo. Muchos querían que decidiera por ellos: ¿debían partir o quedarse? Esto fue algo que el clérigo no hizo, sino que insistió en que cada uno debía tomar esa decisión. Les repitió que fueran con sus dudas y preocupaciones a los dioses y tuvo la satisfacción de ver que algunos se dirigían al altar. Otros, sin embargo, se alejaron enfadados rezongando que para qué servían unos dioses que no les decían qué hacer.

Laurana se quedó junto a Elistan para ayudarlo con la gente, paciente, ofreciendo sus propias palabras de sosiego y su consejo. Cuando se marchó el último la elfa se sentía completamente exhausta y decaída.

—Hasta este momento no entendía cómo podía alguien adorar con conocimiento de causa a un dios del mal, pero ahora lo entiendo —le dijo a Elistan—. Si fueras un clérigo de Takhisis les habrías prometido a esas personas cuanto hubieran querido. Esas promesas costarían un precio muy alto y no se guardarían, pero eso daría igual. La gente no quiere hacerse responsable de su propia vida. Quieren que otro les diga qué hacer y quieren tener alguien a quien echar la culpa si las cosas salen mal.

—Aún estamos en los primeros días del regreso de los dioses, Laurana —arguyó Elistan—. Nuestra gente es como un ciego que de repente vuelve a ver. La luz los ciega tanto o más que la oscuridad. Dales tiempo.

—Tiempo... Lo único que no tenemos —repuso la elfa con un suspiro.

Al final, la mayoría de la gente decidió ir con Riverwind. El terror de los dragones sobrevolando el campamento influyó tanto como cualquiera de sus argumentos para convencer a los refugiados de que se marcharan. No obstante, Hederick y sus seguidores hicieron saber que pensaban quedarse.

—Estaremos aquí esperando a dar la bienvenida a quienes regresen —anunció el Sumo Teócrata, que añadió en tono ominoso—: Los que

sobrevivan...

* * *

Riverwind trabajó incansablemente ese día y gran parte de la noche y también todo el día siguiente respondiendo preguntas, ayudando a la gente a decidir qué llevar consigo y a hacer el equipaje. Los refugiados habían hecho el duro viaje de Pax Tharkas al valle y ya sabían qué necesitarían para el camino. Hasta los chiquillos prepararon sus pequeños fardos.

La noche anterior a la partida Riverwind no pudo dormir. Yació despierto, mirando la oscuridad, dudando de sí mismo, dudando de su decisión, hasta que Goldmoon lo tomó en sus brazos. Él besó a su esposa, la estrechó contra sí y, acompasando su respiración a la de ella, se quedó dormido.

Riverwind se levantó antes del amanecer. La gente salía de las cuevas en la penumbra, saludaban a amigos o regañaban a los niños, a quienes el viaje les parecía una fiesta y se comportaban con una exaltación rebelde. Hederick apareció lanzando grandes suspiros y despidiendo a los viajeros con aire afligido, como si los viese muertos en el camino.

A Riverwind no le pasó por alto que algunos empezaban a vacilar y tomó la resolución de ponerse en marcha en cuanto hubiese un poco de luz en el cielo, antes de que tuvieran ocasión de cambiar de parecer. Sus exploradores habían encontrado la trocha abierta por Tanis y le informaron que la primera parte del viaje sería fácil; eso levantaría el ánimo a los viajeros y les daría confianza.

El día amaneció soleado y brillante. Justo antes de emprender la marcha, los exploradores volvieron con noticias de que la senda del enano conducía a un paso entre las montañas que hasta ese momento les había pasado inadvertido. Riverwind estudió el rudimentario mapa que Flint le había dibujado y los exploradores afirmaron que el mapa coincidía con lo que ellos habían encontrado. Mirando los trazos, Riverwind recordó la enigmática orden de Flint: llevar picos. Aunque ello significaba más carga para algunos, siguió las instrucciones del enano.

Los refugiados lanzaron vítores ante la noticia de que se había descubierto un paso y lo interpretaron como un buen augurio para el futuro. Emprendieron la marcha en silencio, sin mucho jaleo ni aspavientos. La dura vida de adversidades y privaciones los había endurecido. Estaban acostumbrados al esfuerzo físico; habían caminado muchos kilómetros para llegar a ese lugar y estaban preparados para caminar otros tantos kilómetros o más. Gozaban de buena salud; Mishakal había sanado a los enfermos. Hasta Tika se había recuperado casi por completo. Laurana reparó en que su amiga se mostraba inusitadamente taciturna y prefería ir sola, evitando tener compañía. Las heridas del cuerpo se habían sanado; las del corazón eran más profundas y ni siquiera una diosa podía remediarlas.

El sol brillaba y la temperatura aumentó conforme pasaba el tiempo, justo con el frío suficiente para que el esfuerzo de la caminata no resultara agobiante por el calor. Maritta empezó a entonar una canción adecuada para marchar por el camino, y en seguida todos unieron sus voces a la de la mujer. Avanzaron a buen ritmo por la vereda, a un paso regular y sostenido.

Riverwind sintió que su carga se aligeraba.

Esa noche, tras la partida de los refugiados, Hederick el Sumo Teócrata se encontró sentado solo en su cueva. Había pasado el día «deleitando» con algunos de sus mejores discursos a aquellos de sus seguidores que habían decidido quedarse. Eran menos de los que Hederick había esperado que se quedarían y ya habían escuchado varias veces todas sus arengas. Cuando empezó a oscurecer, pusieron cualquier excusa para escabullirse, ya fuera para irse a acostar o para reunirse a la luz de la lumbre a jugar a «puntos negros», un juego en el que unas teselas blancas marcadas con puntos negros se colocan siguiendo diversos patrones de números. Puesto que el Sumo Teócrata había prohibido terminantemente las apuestas, los hombres creyeron que era mejor mantener en secreto su juego.

Hederick se encontró solo, sin audiencia. La noche era silenciosa; increíblemente silenciosa. Estaba acostumbrado al ruido y el ajetreo del campamento, acostumbrado a caminar por el asentamiento haciéndose el importante. Todo eso se había acabado. Aunque había tenido buen cuidado de no demostrarlo, lo irritaba que tan poca gente hubiese confiado lo

suficiente en él para quedarse y que la mayoría hubiese elegido partir hacia lo desconocido con un tosco e inculto salvaje. Hederick se había dicho que lo lamentarían.

Ahora que estaba solo, con tiempo para pensar, el que lo lamentaba era él. Sentado en la oscuridad se preguntó con inquietud qué pasaría si esa tonta camarera tuviera razón.

17

Sin sombra
Demasiadas sombras
Los sueños de un enano

La misma luz del sol que calentaba el corazón y el ánimo de los refugiados brillaba en el cielo sobre Caramon, Raistlin, Sturm y Tas. Sin embargo, el astro no consiguió calentar ni animar a ninguno de los cuatro. Caminaban por una tierra yerma, inhóspita, desolada. Caminaban por las llanuras de Dergoth.

Todos habían creído que no podía haber nada peor que vadear la ciénaga que rodeaba el Monte de la Calavera. El agua hedía a podredumbre y corrupción. No tenían ni idea de qué clase de criaturas vivirían bajo las aguas limosas, pero alguna había. Por las ondas que rizaban la superficie o por un repentino movimiento alrededor de los pies, era evidente que al pasar molestaban a alguna especie habitante del pantano. Tuvieron que mantenerse juntos para no perderse de vista entre la densa niebla y se vieron obligados a avanzar despacio, arrastrando los pies, para evitar tocones y ramas muertas que quedaban ocultos bajo el agua.

Por suerte, no era un pantano grande y salieron en seguida de la lobreguez de la ciénaga a un terreno seco, liso y duro. Los zarcillos tenues de la niebla siguieron enroscados alrededor de los amigos, pero un viento

frío no tardó en deshacerlos. Volvieron a ver el sol y se felicitaron al creer que habían sobrevivido a lo peor. Sturm señaló una cadena montañosa que se alzaba en lontananza.

—Debajo de aquel pico conocido como *Buscador de Nubes* se encuentra Thorbardin —les dijo el príncipe Grallen, y Raistlin lanzó a Caramon una mirada de triunfo.

Tras un breve descanso reemprendieron la marcha y entraron en las llanuras de Dergoth. Poco después todos empezaron a desear hallarse en cualquier otro sitio, incluso de vuelta en el fétido miasma que acababan de dejar atrás. Al menos la ciénaga tenía vida. Era una vida verde y fangosa, escamosa y sinuosa, espeluznante y serpenteante, pero vida al fin y al cabo.

En las llanuras de Dergoth imperaba la muerte. Allí ya no vivía nada. Antaño habían existido praderas y bosques poblados de pájaros y otros animales. Trescientos años atrás allí se había librado una batalla en la que combatieron enanos contra enanos en una disputa encarnizada. La tierra se empapó de sangre, se exterminó a los venados, las aves huyeron. La hierba se pisoteó y se talaron los árboles para hacer piras funerarias en las que incinerar los cadáveres. Aun así, seguía quedando vida. Los árboles habrían crecido de nuevo, la hierba habría reverdecido y las aves y los animales habrían regresado.

Entonces ocurrió la espantosa explosión que demolió la gran fortaleza y acabó con todos los combatientes de ambos bandos. La conflagración destruyó todo lo que existía con tal violencia que no quedó ni el más leve vestigio de vida. Ni árboles ni hierba ni bestias ni insectos ni líquen ni musgo. Nada excepto muerte. Grotescos montones de armaduras retorcidas, chamuscadas y derretidas y pilas de ceniza alfombraban el suelo arrasado por el fuego. No había quedado nada más de los dos ejércitos cuyos denodados esfuerzos habían finalizado en un único instante terrible en el que el fuego devoró cuerpos, hizo hervir la sangre y los consumió totalmente.

Las llanuras de Dergoth, situadas entre el Monte de la Calavera y Thorbardin, eran planicies de desesperación. El sol brillaba en el cielo azul, pero era una luz fría, como la de las lejanas estrellas, y no proporcionaba

calor a quienes se veían obligados a cruzar aquel espantoso lugar, un sitio tan horrible que hasta borró la alegría del kender.

Tasslehoff caminaba con la mirada prendida en sus botas cubiertas de ceniza, porque mirarlas era mejor que mirar al frente y no ver nada aparte de nada, cuando de repente se fijó en algo extraño. Alzó los ojos al cielo y de nuevo los bajó al suelo.

—Caramon, he perdido mi sombra —dijo con voz tensa.

El guerrero oyó al kender, pero fingió que no. Ya tenía bastante con preocuparse de su hermano. Raistlin lo estaba pasando mal. Fuera cual fuese la energía que lo había sostenido y le había dado fuerzas en el viaje al Monte de la Calavera, parecía que lo hubiese abandonado al marcharse de allí. La caminata a través de la ciénaga lo había dejado exhausto. Caminaba despacio, apoyado en el bastón, y cada paso parecía costarle un gran esfuerzo.

Aun así, se había negado a descansar. Insistió en que siguieran adelante y comentó que el supuesto príncipe Grallen no les permitiría detenerse, cosa que seguramente era verdad. Caramon tenía que ir frenando continuamente a Sturm, que marchaba a paso rápido, fija la vista en las montañas, porque en caso contrario habría dejado atrás al agotado mago con su marcha lenta.

—Mira, Caramon, tú también has perdido la tuya —señaló Tas con alivio—. Ya no me siento tan mal.

—¿Que he perdido qué? —inquirió el guerrero, que sólo le prestaba atención a medias.

—Tu sombra —contestó Tas al tiempo que señalaba al suelo.

—Probablemente será mediodía —comentó con desgana Caramon—. No se ve la sombra de uno cuando tienes el sol justo encima de la cabeza.

—Eso es lo que pensé yo —dijo Tas—, pero mira el sol. Está casi en el horizonte. Faltan un par de horas para que oscurezca. No, nuestras sombras han desaparecido —concluyó con un suspiro.

Con una sensación de ridículo, Caramon se volvió a mirar hacia atrás para ver su sombra. Tenía el sol delante, pero no había una sombra alargándose detrás de él. Ni siquiera veía sus huellas, que deberían haberse

marcado con claridad en la fina ceniza gris. Experimentó la repentina sensación de haber dejado de existir.

—Caminamos por un mundo de muerte al que no pertenecen los seres vivos —dijo Raistlin con la voz reducida a un mero susurro—. No proyectamos sombra ni dejamos huellas.

—Odio este sitio —dijo Caramon, estremecido por un escalofrío.

Lanzó una mirada aciaga a Sturm, que se había parado para esperarlos y daba golpecitos con un pie en señal de impaciencia.

—Raist, ¿y si el yelmo encantado que lleva puesto nos está conduciendo hacia una trampa mortal? Quizá deberíamos regresar.

Raistlin se planteó, anheloso, volver al Monte de la Calavera. No le encontraba explicación, pero mientras habían estado allí se había sentido fuerte y sano, casi como antes de la Prueba. Allí fuera, ahora, tenía que obligarse a dar cada paso, cuando lo que deseaba era dejarse caer en el suelo cubierto de ceniza gris y dormir sobre el polvo de los muertos. Tosió, sacudió la cabeza e hizo un débil ademán para señalar al caballero.

Caramon entendió. Sturm, bajo la influencia del yelmo, estaba obligado a ir a Thorbardin. Si regresaban, no querría ir con ellos.

Raistlin le tiró de la manga a su hermano.

—¡Tenemos que seguir! —dijo jadeante—. ¡No debemos dejar que la noche nos sorprenda en este horrible lugar!

—¡Amén a eso, hermano! —convino Caramon de todo corazón. Colocó el fuerte brazo debajo del de su gemelo para servirle de apoyo en su vacilante caminar y alcanzaron a Sturm.

—Espero recuperar mi sombra —dijo Tasslehoff, que iba detrás—. Le tenía cariño. Acostumbraba venir conmigo a todas partes.

Siguieron avanzando trabajosamente.

* * *

Su sombra, alargándose a un lado del camino, advertía a Tanis que sólo quedaban unas pocas horas de luz. Habían bajado de la montaña con rapidez por la antigua calzada enana que descendía entre pinos. Unos

cuantos kilómetros más y llegarían al bosque. Un lecho de agujas de pino sonaba muy bien después de las incómodas y lúgubres noches en la montaña, con la roca por colchón y una piedra de almohada.

—Huelo a humo —dijo Flint, que se frenó de golpe.

El semielfo husmeó el aire. También él captó el olor a humo. No se había percatado de ello. En el campamento, ese olor de las lumbres de las cocinas había sido penetrante. Estaba cansado de caminar todo el día y no había sabido apreciar realmente lo que ese olor significaba allí. Cuando cayó en la cuenta, irguió la cabeza y escudriñó el cielo.

—Allí está —dijo al tiempo que señalaba unos pocos zarcillos negros que se elevaban por encima de los pinos, no muy lejos de su posición. Observó el humo—. A lo mejor es un incendio forestal.

—Huele a carne quemada —respondió el enano a la par que sacudía la cabeza. Frunció el entrecejo y lanzó una mirada cargada de pesimismo por debajo de las pobladas cejas—. Qué va, no huele a incendio forestal. —Clavó el pico en el suelo y manifestó con gesto avinagrado:— Huele a enano gully. Ése es el pueblo del que te hablé. —Miró en derredor—. Debería haber reconocido dónde habíamos venido a parar, pero nunca había llegado hasta aquí desde esta dirección.

—Me he estado preguntando si el pueblo al que te referías era en el que estuviste prisionero.

Flint soltó un fuerte resoplido y se puso muy colorado.

—¡Como si fuera yo a acercarme a ese sitio ni en mil años!

—No, claro que no —dijo Tanis, que disimuló una sonrisa y cambió de tema—. Hasta ahora siempre habíamos encontrado a los enanos gullys en ciudades. Parece extraño hallarlos instalados aquí, en terreno agreste.

—Esperan a que las puertas se abran —contestó Flint.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —inquirió Tanis, que miró al enano con aire perplejo.

—Trescientos años. —Flint agitó la mano—. Hay madrigueras de gullys por toda esta zona. El día que las puertas se cerraron y los dejaron fuera, los gullys se sentaron en cuclillas delante de la montaña a esperar, convencidos de que las puertas volverían a abrirse. Todavía siguen esperando.

—Al menos esto demuestra que los gullys son optimistas —comentó el semielfo. Entonces salió de la calzada hacia una vereda que viraba en la dirección del humo.

—¿Dónde crees que vas? —demandó Flint, inmóvil en la calzada como si se hubiese quedado clavado en el sitio.

—A hablar con ellos —contestó el semielfo, a lo que su amigo respondió con un gruñido.

—Se ve que como el kender no anda por aquí echas en falta tu ración diaria de estupideces —rezongó el enano.

—Los enanos gullys tienen un talento natural para localizar lo oculto —repuso Tanis—. Como vimos en Xak Tsaroth, lograron colarse por pasadizos secretos y túneles. ¿Quién sabe? Quizás han descubierto alguna forma de entrar en la montaña.

—En tal caso, ¿por qué siguen viviendo fuera? —razonó Flint, aunque fue en pos de su amigo.

—Puede que no sepan lo que han encontrado.

Flint sacudió la cabeza.

—Aun en el caso de que hubiesen encontrado un modo de acceder a Thorbardin nunca conseguirías hallar sentido a lo que te contaran. Y no permitas que esos desdichados te convenzan para quedarte a cenar. —El enano arrugó la nariz—. ¡Puag! ¡Qué peste! ¡Ni siquiera una rata asada huele tan mal como eso!

Habían llegado a un punto donde el humo era ya más denso y el olor resultaba muy desagradable. Si era de una lumbre, Tanis no llegaba a imaginar qué estarían cocinando los gullys.

—No te preocupes —contestó y se tapó nariz y boca con la mano a la par que intentaba respirar lo menos posible.

La vereda los condujo a un claro entre los árboles. Allí, Flint y Tanis se pararon en seco y contemplaron en un silencio sombrío la terrible escena. Los edificios habían sido incendiados y se había masacrado a todos los enanos gullys. Sólo quedaban esqueletos carbonizados e informes masas humeantes de carne ennegrecida.

—No era rata asada, sino gullys asados —dijo Flint con aspereza.

Poniéndose harapos sobre la nariz y la boca y con los ojos llorosos por el humo, los dos amigos recorrieron el pueblo por si quedaba alguno que siguiera vivo, pero su búsqueda resultó infructuosa.

Quienesquiera que fuesen responsables de aquello habían atacado rápida y brutalmente. Al parecer habían pillado desprevenidos a los enanos gullys —sobradamente conocidos por su cobardía—, sin tiempo para huir. Los habían matado allí donde los sorprendieron. Algunos de los cadáveres tenían agujeros de parte a parte, otros estaban partidos en pedazos, mientras que otros tenían astas de flechas medio quemadas que les sobresalían entre las costillas y algunos no tenían rastros de heridas, pero aun así estaban muertos.

—Aquí ha intervenido magia oscura —dijo Tanis, severo.

—No fue lo único que intervino.

Flint se agachó y, con mucho cuidado, recogió por la empuñadura una espada rota caída junto al cadáver de un gully que había llevado puesta en la cabeza, boca abajo, una sopera. Quizás el improvisado yelmo le había salvado la vida un poco de tiempo, lo suficiente para llegar al mismo borde del poblado antes de que su atacante lo alcanzara y le hiciera pagar caro romperle la espada. El gully, todavía con la sopera puesta en la cabeza, yacía retorcido, con el cuello roto.

—Draconiana —dijo Flint mientras miraba la espada.

Aunque sólo quedaba la mitad de la hoja era fácil de identificar por los extraños filos aserrados que utilizaban los servidores de la Reina de la Oscuridad.

—De modo que están a este lado de la montaña —concluyó el semielfo con tono adusto.

—Quizás estén ahora mismo ahí fuera, observándonos —sugirió Flint, que soltó la espada rota para armarse con el hacha.

Tanis desenvainó la espada y los dos amigos escudriñaron con atención las sombras.

Los últimos rayos de sol empezaban a desaparecer tras las montañas. Ya estaba oscuro entre los pinos, y las sombras de la cercana noche, junto con el humo, hacían difícil ver algo.

—Ya no podemos hacer nada por estos pobres desdichados —dijo el semielfo—. Marchémonos de aquí.

—De acuerdo —contestó Flint, pero de repente se quedó muy quieto.

—¿Has oído eso? —preguntó Tanis en un susurro.

El enano se acercó a él, pero espalda contra espalda con Tanis.

—Suenan como el tintineo de armaduras, algo grande deslizándose sigilosamente entre los árboles —dijo en voz baja.

El semielfo recordó a los enormes draconianos y su gran envergadura de alas, las pesadas extremidades protegidas bajo piezas de armadura y cotas de malla. Podía imaginar a los monstruos intentando deslizarse entre los pinos, haciendo susurrar la maleza al engancharse en ella, pisando las hojas secas y chascando ramas... justo los sonidos que estaban oyendo. De pronto el ruido cesó.

—¡Nos han visto! —musitó Flint.

Sintiéndose vulnerable y a descubierto en el claro, Tanis estuvo tentado de decirle a Flint que corriera hacia los árboles, pero se contuvo. Con la penumbra y el humo, lo que quiera que estuviese ahí fuera podría haberlos oído, pero todavía no los habría localizado. Si corrían, atraerían la atención hacia ellos y revelarían su posición.

—No te muevas —advirtió Tanis—. ¡Espera!

Al parecer, el enemigo del bosque había tenido la misma idea. No oyeron más ruidos de movimiento, pero sabían que aún estaba allí, esperando también.

—¡A la mierda! —masculló el enano—. No podemos quedarnos aquí toda la noche. —Antes de que Tanis pudiera impedirselo, el enano alzó la voz—. ¡Lagartijas babosas! ¡Dejaos de merodear y salid aquí a luchar!

Oyeron un chillido, rápidamente ahogado.

—Flint, ¿eres tú? —preguntó con recelo una voz y el enano, al oírla, bajó el hacha.

—¿Caramon? —llamó.

—¡Y yo, Flint! —gritó otra voz—. ¡Tasslehoff!

Flint gimió y sacudió la cabeza.

Hubo mucho estrépito en la pinada, se encendieron antorchas y Caramon salió entre los árboles sosteniendo a Raistlin, que apenas podía caminar. Tasslehoff apareció detrás a toda carrera aunque llevaba a Sturm de la mano y tiraba de él.

—¡Vas a ver a quién he encontrado! —exclamó Tas.

Tanis y Flint miraron al caballero de hito en hito al ver que se cubría la cabeza con un yelmo demasiado grande para él. Tanis se acercó para abrazar a Sturm, pero el caballero dio un paso atrás, hizo una reverencia y se mantuvo apartado. Tenía la mirada prendida en Flint y la expresión no era amistosa.

—No te conoce, Tanis —explicó el kender, que casi no podía contener el entusiasmo—. ¡No nos conoce a ninguno!

—No lo habrán golpeado en la cabeza otra vez, ¿verdad? —preguntó Tanis mientras se volvía hacia Caramon.

—Qué va. Está hechizado.

Tanis desvió la mirada hacia Raistlin.

—No he sido yo —dijo el mago, que se sentó pesadamente en un tocón de árbol que había salido indemne del fuego—. Fue cosa del propio caballero.

—Es una larga historia, Tanis. ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Caramon al tiempo que miraba la destrucción del poblado.

—Draconianos —fue la escueta respuesta del semielfo—. Por lo visto esos monstruos han cruzado la montaña.

—Sí, nosotros también nos topamos con draconianos —dijo el guerrero—. En el Monte de la Calavera. ¿Crees que siguen por los alrededores?

—No hemos visto ninguno. ¿De modo que conseguisteis llegar a la fortaleza? —inquirió Tanis.

—Sí, y damos gracias por estar lejos de ese sitio horrible y de esas malditas llanuras. —Con un gesto de la cabeza señaló hacia la dirección de la que llegaban.

—¿Cómo nos habéis encontrado?

Raistlin tosió y echó una ojeada a su hermano. A Caramon se le puso la cara roja y apoyó el peso ora en un pie ora en otro con nerviosismo.

—Le pareció que olía a comida —aclaró Raistlin, mordaz. Caramon esbozó una sonrisa avergonzada y se encogió de hombros.

Entretanto, Flint había estado observando intensamente a Sturm y a Tasslehoff, que se retorció para contener el regocijo.

—¿Qué le pasa a Sturm? —preguntó el enano—. ¿Por qué me mira de ese modo, como si quisiera fulminarme? ¿Y de dónde ha sacado ese yelmo? ¿Por qué lo lleva puesto? No le queda bien. Ése es un yelmo... —Se acercó más, entrecerrando los ojos para ver mejor el casco en la penumbra—. ¡Es enano!

—¡No es Sturm! —soltó de repente Tasslehoff—. ¡Es el príncipe Grallen de debajo de la montaña! ¿No es maravilloso, Flint? Sturm cree que es un enano. ¡Pregúntale!

Flint estaba boquiabierto. Entonces cerró la boca con un fuerte chasquido.

—No puedo creerlo. —Se dirigió al caballero—. Óyeme bien, Sturm, no pienso permitir que me toméis el...

Sturm cerró la mano sobre la empuñadura de la espada. Los ojos marrones eran fríos y duros bajo el yelmo. Dijo algo en lenguaje enano, a trompicones, como si le costara trabajo pronunciar las palabras.

Flint se quedó mirándolo de hito en hito, mudo de asombro.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Tasslehoff.

—Guarda las distancias, escoria de las colinas —tradujo Flint—. O algo por el estilo. —El enano lanzó una mirada furiosa hacia Caramon y en especial a Raistlin—. ¡Más vale que alguien me explique qué está pasando aquí!

—Fue culpa del propio caballero —repitió el mago, que asestó una fría mirada a Flint—. No tengo nada que ver con eso. Se lo advertí. Le dije que el yelmo era mágico y que no lo tocara, pero no me hizo caso. Se puso el yelmo y éste es el resultado. Cree ser el príncipe Grallen, sea quien sea ese personaje.

—Un príncipe de Thorbardin —confirmó Flint—. Uno de los hijos del rey Duncan. Grallen vivió hace más de trescientos años. —Sin acabar de fiarse de Raistlin, el enano se acercó más para examinar el yelmo.

—Es realmente una pieza digna de la realeza —admitió—. ¡Jamás había visto nada igual! —Alargó la mano—. Si pudiese...

Surm desenvainó la espada y la sostuvo ante el pecho de Flint.

—¡No te acerques más! —avisó Raistlin—. Tienes que entenderlo, Flint. Eres un Enano de las Colinas, y el príncipe Grallen te ve como el enemigo contra el que luchó y murió.

—¡Que entienda! —increpó Flint, furioso. Sin quitar ojo a Surm, alzó las manos y retrocedió—. No entiendo nada de esto. —Asestó una mirada fulminante a Raistlin—. Estoy de acuerdo con Tanis. ¡Esto apesta al trabajo de un mago!

—Como así es —confirmó fríamente Raistlin—. Pero no mío.

Explicó que se había encontrado el yelmo por casualidad y que Surm lo había visto con él en las manos y se había quedado prendado del casco.

—El encantamiento debía de buscar un guerrero y, cuando Surm lo cogió, el hechizo se apoderó de él. No es una magia maligna, más allá de tomar prestado el cuerpo durante un corto tiempo. Cuando llegemos a Thorbardin, el alma del príncipe habrá llegado a casa. Probablemente la magia liberará al caballero y volverá a ser el severo y hosco Surm Brightblade que siempre hemos conocido.

Tanis miró de nuevo a Surm, que seguía con la espada desenvainada y sin apartar la torva mirada de Flint.

—Dices que «probablemente» la magia lo liberará —le habló a Raistlin.

—Yo no lancé el hechizo, Tanis, así que es imposible que lo sepa con certeza. —De nuevo tosió, lo que lo obligó a callarse, y luego continuó—: Quizá no te has dado cuenta de lo que esto significa. El príncipe Grallen sabe dónde se encuentran las puertas de Thorbardin.

—¡Por las barbas del gran Reorx! —exclamó Flint—. ¡El mago tiene razón!

—Te dije que la llave para acceder a Thorbardin se hallaba en el Monte de la Calavera.

—Nunca puse en duda tus palabras —contestó el semielfo—. Aunque he de admitir que mi idea sobre esa «llave» se acercaba más a un mapa. —

Se rascó la barba—. Ahora el problema es, según lo veo yo, impedir que el príncipe mate a Flint antes de que hayamos llegado allí.

—El príncipe cree que somos mercenarios. Podríamos decirle que Flint es nuestro prisionero —sugirió Caramon.

—¡Ni se os ocurra! —bramó el enano.

—¿Y qué tal un emisario que viene a negociar las condiciones de un armisticio? —dijo Raistlin.

Tanis miró a Flint, quien se sintió en la obligación de oponerse arguyendo que nadie en su sano juicio creería tal cosa. Sin embargo, al final asintió con un gesto de cabeza, a regañadientes.

—Decidle que también yo soy príncipe, un príncipe de los neidar.

Tanis disimuló una sonrisa y se puso a explicar las cosas al príncipe Gralien, a quien por lo visto le pareció aceptable, ya que Sturm envainó la espada y le dedicó a Flint una mínima reverencia envarada.

—Ahora que eso ya está solucionado, ¿alguno de los dos tiene algo de comer? —preguntó Caramon—. Hemos agotado todo lo que traíamos.

—No entiendo cómo puedes tener hambre —dijo Raistlin, que se apretó la manga de la túnica contra la boca y la nariz—. ¡El hedor es espantoso! Al menos deberíamos movernos contra el viento.

Tanis echó otro vistazo al poblado destruido y a los pequeños y patéticos cadáveres.

—¿Por qué harían esto los draconianos? ¿Por qué tomarse la molestia de masacrar a unos enanos gullys? —se preguntó en voz alta.

—Para silenciarlos, por supuesto —le respondió Raistlin—. Toparon con algo con lo que no debían topar, algún secreto de los draconianos o algún secreto que a los draconianos les habían ordenado proteger. Por eso tuvieron que morir.

—Me pregunto qué secreto será —caviló el semielfo, preocupado.

—Dudo que lleguemos a saberlo alguna vez —dijo Raistlin, que se encogió de hombros.

Abandonaron el poblado y volvieron a la calzada que ascendía hacia la montaña que albergaba Thorbardin.

—He rezado una oración por los pobres gullys —dijo Tasslehoff en voz solemne mientras se acercaba a Tanis—. Es una plegaria que me enseñó Elistan. «Comandé» sus almas a Paladine.

—Encomendé —lo corrigió el semielfo—. Encomendé sus almas.

—Sí, eso también —contestó Tas con un suspiro.

—Ha sido un bonito detalle que hagas eso —dijo Tanis—. A ninguno de los demás se nos ha ocurrido.

—Porque estáis ocupados pensando en cosas grandes —le explicó Tas—. Yo me ocupo de cosas pequeñas.

—Por cierto —dijo el semielfo cuando se le vino una idea a la cabeza—. ¡Te dejé en el campamento del valle! ¿Cómo es que apareces con Raistlin, Sturm y Caramon? Creí haberte dicho que cuidaras de Tika.

—¡Y lo hice! —repuso Tas—. ¡Espera a que te cuente!

Se lanzó a relatar lo ocurrido y, a medida que avanzaba en los hechos, el gesto de Tanis se tornaba más severo.

—¿Dónde está Tika? ¿Por qué no ha venido con vosotros?

—Regresó para advertir a Riverwind —contestó Tasslehoff, animado.

—¿Sola? —Tanis se volvió a mirar a Caramon, que intentaba en vano ocultar su corpachón detrás de su gemelo.

—Se escabulló durante la noche, Tanis —explicó el guerrero a la defensiva—. ¿Verdad, Raist? No sabíamos que iba a marcharse.

—Podríais haber ido tras ella —dijo el semielfo, cada vez más serio.

—Sí, podríamos haberlo hecho —contestó suavemente Raistlin—. Y, de haber sido así, ¿en qué situación estarías ahora, semielfo? Deambulando por las montañas buscando la forma de entrar en Thorbardin. Tika no corría peligro. La ruta por la que habíamos llegado sólo la conocíamos nosotros.

—Eso espero —dijo Tanis, sombrío.

Tragándose las palabras iracundas que no habrían servido de nada, se puso a la cabeza del grupo. Hacía muchos años que conocía a Raistlin y a Caramon y sabía que los gemelos tenían un vínculo que era imposible romper. Un vínculo malsano —o así lo había considerado siempre— pero no era el lugar ni el momento para decir nada. Había albergado la esperanza de que el floreciente idilio entre Tika y Caramon daría al hombretón la

fuerza necesaria para liberarse del férreo control de su hermano. Parecía ser que no.

Tanis no sabía qué había pasado en el Monte de la Calavera, aunque imaginaba —a juzgar por la mirada malcontenta que Caramon había dirigido a su hermano— que Tika había intentado persuadir al guerrero de que la acompañara y Raistlin lo había impedido.

—Si le ocurre algo, me lo cobraré en la piel de Raistlin —masculló entre dientes el semielfo.

Al menos Tika había tenido el sentido común de ir a poner sobre aviso a Riverwind. Confiaba en que la joven hubiese llegado a tiempo hasta los refugiados y que éstos hubiesen hecho caso del aviso y hubiesen huido. Él no podía regresar ahora, por mucho que le hubiese gustado hacerlo. La urgencia de su misión en Thorbardin acababa de multiplicarse por ochocientos.

Flint marchaba en la retaguardia, detrás de Sturm, incapaz de apartar los ojos del caballero y del maravilloso yelmo que llevaba puesto... O, más bien, según Raistlin, el yelmo que lo llevaba a él. El enano no confiaba en ningún tipo de magia —y menos en la que tuviera algo que ver con Raistlin — y nadie iba a convencerlo de que aquello no era obra del joven mago de algún modo.

El enano tenía que admitir que algo había pasado para cambiar así a Sturm. El caballero era capaz de pronunciar unas cuantas palabras del lenguaje enano aprendidas de oírlo a él a lo largo de los años, pero no eran muchas. Desde luego, no sabía nada del que se hablaba en Thorbardin y que era ligeramente distinto del que utilizaban los Enanos de las Colinas.

Después de que hubieron acampado, Tanis le pidió al príncipe que le describiera la ruta a Thorbardin. El príncipe Grallen lo hizo de buen grado; habló de un cordal de crestas que seguirían para subir a la montaña. Les dijo la distancia que tendrían que viajar y cómo localizar la puerta secreta, si bien no les contó qué debían hacer para abrirla una vez que llegaran a ella.

Tanis miró a Flint para recibir confirmación del enano. Este no sabía a qué cordal específico se refería el príncipe, pero sonaba verosímil, si bien no lo dijo.

Lo único que el viejo enano dijo, entre rezongos, fue que suponía que descubrirían si era verdad al día siguiente y que esperaba que Tanis se callara y los dejara descansar un poco esa noche.

Cuando Flint se tumbó, alzó la vista al cielo y se puso a buscar la estrella roja que era la fragua de Reorx, el Forjador del Mundo, hasta que dio con ella.

A Flint le gustaba la idea de ser un emisario. Ni que decir tiene que había protestado cuando Raistlin lo propuso, sólo por el mero hecho de haberlo propuesto él, pero no se había opuesto con firmeza. Había accedido sin poner muchas pegas. Y entonces se le ocurrió algo.

«¿Y si soy realmente un emisario? ¿Y si soy el enano que une por fin a los clanes beligerantes?»

Yació despierto mucho tiempo contemplando las chispas que saltaban por el cielo a medida que el dios proseguía su eterna tarea de forjar la creación. Se vio a sí mismo como una de esas chispas, sólo que la luz de la suya brillaría para siempre.

18

Adiós al valle
Cornisa peligrosa
La piedra angular

El primer día de viaje fue relativamente fácil para los refugiados. El segundo día no habían llegado muy lejos cuando eso cambió y empezaron las dificultades. La vereda proseguía hacia arriba y, a medida que subía, se hacía más empinada y más angosta hasta que al final se convirtió en una senda estrechísima con un muro vertical a un lado y un aterrador precipicio en el otro. Más allá se encontraba el paso. Casi habían llegado allí, pero antes había que salvar ese obstáculo.

Tendrían que recorrer en fila ese tramo peligroso y Riverwind ordenó hacer un alto. Ya había muchos que estaban aterrados sólo de ver el precipicio y el riesgo de caída tan cerca de los pies; entre ellos, como Tanis había adivinado, se encontraba Goldmoon.

Había nacido y crecido en las llanuras centrales de Abanasinia, un territorio llano y monótono que se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros sin que nada se interpusiera entre ella y el glorioso cielo. Este mundo de montañas y valles era nuevo para Goldmoon y no se había acostumbrado a él. Riverwind caminaba arriba y abajo de la fila animando a la gente, cuando uno de sus guerreros llegó corriendo.

—Es Goldmoon —informó—. Será mejor que vengas.

Riverwind encontró a su esposa con la espalda pegada contra la pared del risco, mortalmente pálida, temblando de terror. Se acercó a ella, y la mano con la que se asió a él con una fuerza increíble estaba fría como el hielo.

Se hallaba a la cabeza de la fila. Riverwind no había olvidado el miedo que su esposa le tenía a los sitios altos y había intentado convencerla de que se pusiera al final, pero ella no quiso atender a razones. Afirmó que ya estaba curada del vértigo y había echado a andar con aparente seguridad. Podría haberlo conseguido, ya que no era un tramo largo, pero cometió el fatal error de mirar hacia abajo. Se vio a sí misma precipitándose al vacío y estrellándose contra el fondo sembrado de rocas, con los huesos rotos, el cráneo aplastado y las piedras salpicadas con su sangre, que iba formando un charco debajo del cuerpo destrozado.

—Lo siento, no puedo hacerlo, esposo —musitó y, cuando él la apremió suavemente para que siguiera adelante, se puso rígida—. Dame unos instantes.

—Goldmoon —dijo en voz queda mientras miraba hacia atrás, a los refugiados que aguardaban en fila—, los demás te observan, te miran buscando en ti el ánimo necesario para cruzar.

La mujer lo miró con expresión de súplica.

—Quiero hacerlo. ¡Sé que he de hacerlo, pero no puedo moverme!

Miró de nuevo por el borde del precipicio a las rocas, los árboles y el valle que parecía tan lejano bajo sus pies; se estremeció y volvió a cerrar los ojos.

—No mires abajo —aconsejó él—. Mira hacia arriba, hacia adelante. Fíjate en esa brecha en forma de «V» que hay allí en lo alto. Es el paso de montaña. ¡Sólo tenemos que cruzarlo y estaremos al otro lado!

Goldmoon miró, sacudió la cabeza y pegó la espalda contra la pared.

»¿Has rezado a los dioses para que te den ánimo? —le preguntó el guerrero a su esposa.

—En mi corazón está el coraje de Mishakal, esposo —contestó con una sonrisa trémula—, pero aún tiene que abrirse paso hasta mis pies.

Riverwind la amó más aún en ese momento y la besó en la mejilla. La mujer le echó los brazos al cuello y se ciñó contra él con tanta fuerza que casi le cortó la respiración. La condujo de vuelta a la vereda, a terreno firme, y se preguntó qué iba a hacer.

Habría otros como su esposa a los que les resultaría difícil, si no imposible, recorrer aquel tramo. Tenía que discurrir una forma de ayudarlos.

Le dijo a la gente que parara a descansar mientras pensaba en aquel problema. Reflexionaba en busca de alguna solución cuando vio llegar a buen paso, senda abajo, a uno de los exploradores. El hombre le hizo una seña.

—Hemos encontrado algo extraño —informó el explorador—. Arriba, en la brecha de acceso al paso, está tirado en el suelo el pico del enano.

—Quizá le pesaba mucho y no quiso cargar más con él —sugirió Riverwind.

El explorador sonrió y negó con la cabeza.

—Sabes que no siento mucho aprecio por los enanos, jefe, pero no conozco a ninguno que no sea capaz de cargar a la espalda el peso de esta montaña si se le ha metido en la cabeza hacerlo. No es probable que se dejara atrás un pico.

—A menos que tuviera una buena razón —dijo Riverwind, pensativo—. ¿Hay algo más? ¿Nada que sugiera que él y Tanis fueron atacados o que encontraran la muerte?

—Si hubiese habido un ataque, habríamos visto señales de lucha, pero no hay sangre en las piedras, ni marcas en la tierra y no hay mochilas ni otros componentes del equipo. Para mí que ese pico se dejó a propósito, como una especie de señal, pero ninguno de nosotros ha sabido discurrir su significado.

—Dejadlo donde está —instruyó Riverwind—. Que ninguno de los hombres lo toque hasta que yo vaya a echar un vistazo. A lo mejor consigo descifrar este misterio.

El explorador asintió con la cabeza y regresó junto a sus compañeros. Se llamaba Garra de Águila y avanzó por la angostura con la fácil agilidad

de un puma. Riverwind lo siguió con la mirada y observó la cornisa. Ésta se ensanchaba en algunos sitios lo suficiente para que cupieran dos o incluso tres personas juntas. Podía situar a hombres como Garra de Águila, inmunes a las alturas, en cada uno de esos puntos, preparados para ofrecer un brazo fuerte y una mano firme a quienes pasaran por la cornisa.

Riverwind explicó su plan y pidió voluntarios, entre los que eligió hombres fornidos, resueltos y sin miedo a las vertiginosas alturas, y los situó en varios puntos a lo largo de la cornisa. Luego se acercó a Goldmoon, le dijo lo que tenía que hacer y señaló al primer hombre que se encontraba en la cornisa a unos cuantos palmos de distancia, con la mano extendida.

—Sólo tienes que avanzar una corta distancia tú sola —le explicó—. No mires abajo, lleva la espalda pegada a la pared y mira únicamente a Chotacabras.

Goldmoon asintió con un tembloroso cabeceo. Tenía que hacerlo, su esposo contaba con ella. Musitó el nombre de la diosa sanadora y luego, temblorosa, avanzó despacio, pasito a pasito. El corazón le palpitaba con fuerza y la boca se le había quedado seca. Consiguió llegar hasta la mano de Chotacabras y se agarró con una fuerza espasmódica. El guerrero la ayudó a pasar mientras la sujetaba firmemente y le hablaba en tono animoso. El siguiente hombre estaba más lejos, pero la mujer se volvió a mirar a Riverwind y le dedicó una sonrisa triunfal aunque un poco trémula antes de seguir adelante.

Riverwind se sintió orgulloso de ella. Parecía que su plan funcionaba, pero avanzaban muy despacio. Para algunas personas no representaría una dificultad, por supuesto. Maritta, que pasó después de Goldmoon, recorrió el tramo de cornisa con seguridad, rechazando la mano de Chotacabras con un ademán. Otras, como Goldmoon, se la asieron con toda su alma. Hubo quienes fueron incapaces de hacerlo caminando, pero los obligaron a cruzar a gatas.

A ese paso, tardarían todo el día o más en llegar a la brecha del paso. Dejando a Elistan a cargo de la gente, Riverwind siguió adelante para ver por sí mismo el pico que, inexplicablemente, el enano había dejado atrás.

Riverwind coincidió con Garra de Águila. El pico se había dejado allí de forma intencionada. Se preguntó por qué. Para señalar el paso no, porque desde ese punto resultaba obvio. Reparó en la roca veteada, distinta de las otras que había a su alrededor, y se fijó en la forma en la que la punta del pico descansaba en la piedra.

Al acucillarse se dio cuenta de que la punta no estaba en realidad apoyada, sino que se había encajado suavemente debajo de la roca.

Se incorporó y, cruzado de brazos, escudriñó atentamente en derredor, arriba y abajo de la cara de la montaña. Los exploradores habían entrado en el paso a través de la cortadura y habían encontrado las marcas dejadas por Tanis.

¿Qué significaba, pues, aquel pico? Que era algo importante no le cabía duda.

«*Al menos —se dijo mientras observaba el lento avance de los refugiados vereda arriba— tengo tiempo para cavilar y deducirlo.*» No iba a disponer de tanto tiempo como pensaba.

A última hora de la tarde, cuando el sol empezaba a ponerse y a envolver la vereda en sombras, Riverwind ordenó hacer un alto en la ascensión. Estaba contento con el ritmo que se había mantenido. Sólo quedaban unas cien personas más para pasar la peligrosa cornisa que conducía al paso. No había perdido a nadie en la travesía, aunque había habido momentos angustiosos cuando el pie de alguien había resbalado o alguna mano se había soltado de la que la sujetaba. O cuando un chiquillo se quedó paralizado en la cornisa, incapaz de moverse, y uno de los hombres tuvo que bajar poco a poco hasta donde se había quedado parado para rescatarlo.

Los que habían cruzado ya se preparaban para hacer noche en el paso, aliviados de haber recorrido la primera parte del viaje y comentando, esperanzados, que lo peor ya había quedado atrás. Los exploradores habían informado a Riverwind del hallazgo de lo que parecía ser una antigua calzada enana. A partir de allí la marcha sería más fácil.

Riverwind calculó que habrían atravesado el paso a media mañana. Algunos de los que aún no habían arrostrado el tramo de la cornisa

necesitarían más tiempo, porque entre ellos había varios que todavía no habían tenido valor para intentarlo. El hecho de que sus compañeros de viaje hubiesen pasado sin incidentes les daba cierta seguridad y dijeron a Riverwind que creían que lograrían hacerlo tras una noche de descanso. Todo el mundo estaba muy animoso y se preparaba para acampar durante la noche. Laurana y Elistan se habían ofrecido a quedarse con ese grupo demorado y Riverwind había accedido con la tranquilidad de saber que la gente estaba en buenas manos.

El atardecer se presentaba frío, y acampar entre piedras distaba mucho de resultar cómodo. Riverwind convenció a los refugiados para que no encendieran lumbres. Cualquier luz en la montaña sería como un faro en la noche. Los refugiados se arrebujaron en capas y mantas y se tumbaron muy juntos unos a otros para darse calor, encajados entre las piedras de la mejor forma posible, preparados para pasar una noche incómoda y deprimente. Riverwind hizo las rondas y habló con los que hacían guardia para comprobar que estaban despiertos y alerta. Y durante todo el tiempo siguió dándole vueltas a la incógnita del pico.

Lo último que hizo antes de acostarse fue quedarse plantado junto a la herramienta, cavilando a la fría luz de las estrellas qué habrían querido decirle al dejarla allí.

Un grito aterrado de su esposa lo sacó del sueño. Se despertó para encontrar a Goldmoon asiéndolo por el hombro.

—¡Hay algo ahí fuera!

Él también lo sentía, al igual que muchos otros, porque oyó gritar a la gente y la sintió bullir con inquietud a su alrededor. Riverwind ya estaba de pie cuando uno de los guardias llegó corriendo.

—¡Dragones! —dijo en un susurro urgente, sin alzar la voz—. ¡Sobrevuelan las montañas!

—¿Qué pasa? —preguntó la gente, asustada, cuando Riverwind acompañó al guardia fuera del paso hacia la zona abierta desde donde podría otear. Miró hacia el norte y un estremecimiento lo sacudió.

Oscuras alas tapaban las estrellas. Dragones en el extremo más alejado del valle. Volaban despacio y hacían amplios virajes, como si los reptiles

cargaran un peso y se esforzaran para mantener la altitud. A Riverwind le recordó los virajes que hacía un halcón al intentar atrapar a un conejo de las praderas.

El miedo al dragón lo atenazó, pero ahora ya sabía identificarlo y se negó a sucumbir a él. Estaba a punto de convocar a sus guerreros cuando oyó pisadas y, al volverse, encontró a los suyos agrupados a su alrededor, silenciosos y expectantes, esperando sus órdenes.

—Eso es el ataque al campamento del que Tika nos avisó —dijo, sorprendido de su propia calma—. No creo que los dragones sepan que nos hemos marchado. ¡Decídes a todos que han de permanecer en silencio y ocultos, que sus vidas dependen de ello! El llanto de un bebé podría delatarnos.

Goldmoon se alejó de prisa junto con algunos de los otros Hombres de las Llanuras y empezó a explicar a la gente el peligro que corrían.

Aquí y allí, se oyó el lloriqueo de un niño, gemidos y gritos sofocados a medida que el miedo al dragón se propagaba, pero Goldmoon y los demás estaban cerca para darles consuelo con plegarias a los dioses.

Los dragones llegaron a un punto situado por encima de la arboleda quemada. Lunitari estaba medio llena esa noche y su luz brilló en las rojas escamas y en la figura con un yelmo montada en el primer dragón. Riverwind reconoció la máscara astada de lord Verminaard. Detrás de él volaban cuatro dragones más. Mientras los observaba, el vuelo de los reptiles perdió velocidad. Las bestias empezaron a realizar lentos virajes que los llevaron encima de las cuevas en las que los refugiados habían vivido.

Aquéllos no eran los gráciles y ágiles Dragones Rojos que Riverwind había visto combatiendo en el cielo de Pax Tharkas. Esos dragones volaban con pesadez y, de nuevo, tuvo la impresión de que llevaban una carga pesada.

Gilthanas apareció a su lado.

—¿Qué pasa con Laurana y con los que están al otro lado de la cornisa? —preguntó.

Riverwind había estado pensando en Hederick y los que se habían quedado en el valle y sólo supo sacudir la cabeza, consciente de que no tenían ninguna posibilidad. Entonces se dio cuenta de lo que preguntaba realmente Gilthanas. Se refería a los que todavía no se habían aventurado por la cornisa. Estaban acampados a descubierto, en la cara de la montaña, sin un sitio donde refugiarse ni donde ocultarse.

—Tenemos que conseguir que crucen —lo apremió el elfo.

—¿A oscuras? Demasiado arriesgado. —Riverwind sacudió la cabeza—. Confiemos en que los dragones se contenten con atacar las cuevas. Y esperemos que no se les ocurra volar en esta dirección.

Se preparó para ver cómo los dragones escupían fuego sobre las cuevas, pero no ocurrió así. Por el contrario, los dragones siguieron sobrevolando el valle en círculos cada vez más bajos, descendiendo en una formación en espiral. El dragón que llevaba a Verminaard permaneció a más altura, observando desde arriba. Riverwind estaba desconcertado y entonces divisó algo que incrementó su desconcierto.

Unos bultos caían de la espalda de los dragones; o al menos eso era lo que parecían. A Riverwind no se le ocurría qué podían estar dejando caer los reptiles. Entonces dio un respingo, horrorizado.

No eran bultos. ¡Eran draconianos y saltaban del lomo de los dragones! Distinguía las alas de las criaturas al extenderlas cuando saltaban, veía la luz de la luna destellar en las pieles escamosas y en las hojas de las espadas.

Las alas de los draconianos frenaban el descenso y los capacitaban para planear a fin de aterrizar cuando llegaban al suelo. Por lo visto no eran expertos en saltar desde los dragones, ya que algunos caían de cabeza contra las gruesas ramas de los árboles y muchos se zambullían, pateando y agitando los brazos, en el arroyo. Aullidos de rabia rasgaron el gélido aire de la noche. Riverwind alcanzó a oír las voces gritando órdenes a los que habían aterrizado cuando los oficiales intentaron poner orden, encontrar a los soldados y situarlos en formación.

Eso no tardaría mucho en conseguirse. Los draconianos marcharían hacia las cuevas y descubrirían que su presa había huido. Empezarían a buscarlos.

—Tienes razón —le dijo a Gilthanas—. Tenemos que hacer que crucen los que están al otro lado. —Sacudió la cabeza despacio—. ¡Los dioses nos ayuden!

Caminar por la empinada y angosta cornisa había sido difícil y atemorizador con la luz del día y ahora tenía que pedir a esas personas que lo hicieran de noche y a oscuras. Y en silencio.

Riverwind volvió por la peligrosa cornisa y encontró a Elistan y a Laurana esperándolo.

—Ya hemos despertado a todos y están preparados —se anticipó el clérigo.

—Pobre Hederick —susurró Laurana al ver que los draconianos empezaban a cubrir las colinas como un enjambre.

A Riverwind le era difícil sentir atisbo alguno de pena por ese hombre o los que estaban tan engañados como para confiar en él. Tampoco disponía de tiempo para perderlo pensando en él. Contempló al grupo reunido, con los semblantes pálidos que destacaban en la oscuridad, pero todos guardaban silencio y estaban preparados. Riverwind detestaba hacer lo que tenía que hacer a continuación, pero no le quedaba otra opción.

—Tenemos que taparles la boca con mordazas.

Elistan y Laurana lo miraron fijamente, tal vez preguntándose si se habría vuelto loco.

—No entiendo... —empezó Laurana.

—El silencio es nuestra única esperanza de escapar —explicó Riverwind—. Si alguien se cayera, los draconianos podrían oír los gritos.

Laurana palideció y se llevó la mano a la boca.

—Claro —dijo Elistan en voz queda antes de alejarse a buen paso hacia el grupo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el guerrero a Laurana.

—Sí —logró responder ella sin apenas voz.

—Me alegro. —Riverwind se mostraba enérgico, flemático—. Tenemos que empezar a pasar ya, no hay tiempo que perder. Los draconianos atacarán las cuevas, pero no tardarán mucho en comprender que nos hemos ido. Vendrán tras nosotros.

—¿Estaremos a salvo en el paso? —preguntó la elfa.

—Eso espero —contestó procurando darse confianza a sí mismo tanto como a ella—. No sabíamos que el paso estaba aquí y hemos vivido en la zona durante meses. Con suerte y la ayuda de los dioses, los draconianos no nos encontrarán. Si lo hacen, nos defenderemos del ataque.

Dejó de hablar y dio un respingo. Fue como si la cegadora luz de un relámpago iluminara de pronto su mente. La punta del pico encajada en una piedra distinta de todas las demás.

—¡Daos prisa! —apuró a Laurana—. Que sigan avanzando. No dejéis que nadie se pare. —Se dio media vuelta para regresar, pero se volvió de nuevo hacia la elfa—. Si alguien se resiste a cruzar, habrá que dejarlo aquí. No tenemos tiempo para mimar a nadie. ¡Que se muevan todos!

Regresó por la peligrosa cornisa arriba al tiempo que pensaba que en realidad resultaba más fácil hacerlo a oscuras. Así no se veía hasta dónde podía uno caer ni las afiladas piedras del fondo que aguardaban para destrozar el cuerpo. Los hombres que habían hecho lo mismo por la mañana ocuparon sus puestos a lo largo del tramo, listos para ayudar a los que ya empezaban a cruzar. Elistan estaba al principio para ofrecer palabras tranquilizadoras y bendiciones en nombre de Paladine. Con las mordazas ceñidas sobre la boca, la gente empezó a avanzar despacio a lo largo de la cornisa.

Riverwind hizo un alto para mirar en la dirección donde se hallaban las cuevas y vio algunos draconianos que corrían ya hacia ellas. Una vez en la zona habitada, la sorpresa al ver que sus víctimas habían escapado los sumiría en una gran confusión. Pensarían que la gente se había internado más dentro de las cuevas y registrarían los túneles y pasadizos. Al final, los draconianos comprenderían la verdad: que las cuevas estaban abandonadas. Verminaard sabía que los refugiados no podían dirigirse hacia el norte; la ruta más lógica era el sur. Allí sería donde buscaría en primer lugar.

El Hombre de las Llanuras echó una ojeada hacia el este y se preguntó cuántas horas tendrían hasta el amanecer.

No creía que fuesen muchas...

—Venid conmigo —ordenó a sus guerreros—. No necesitaréis armas, sino picos. ¡Y traedme a algunos de los hombres que trabajaban en las minas!

La primera oleada de draconianos acometió contra los riscos que habían habitado los refugiados. Los aullidos lanzados con el propósito de causar espanto en sus víctimas dieron paso a maldiciones al registrar cueva tras cueva y hallar muebles toscos, juguetes, ropas y reservas de comida y agua que los refugiados se habían visto obligados a dejar atrás.

Riverwind condujo a los mineros donde Flint había dejado el pico. Les enseñó la herramienta y la roca veteada mientras les explicaba lo que creía que el enano intentaba decirles.

Los mineros examinaron el área lo mejor que pudieron a la luz de la luna y de las estrellas y convinieron en que aquella roca era una piedra angular. Sin embargo, que funcionara o no, eso ya no podían asegurarlo.

El cruce por la cornisa proseguía, aunque con una lentitud angustiosa. Riverwind no le quitaba ojo al cielo. Aún no apuntaba claridad alguna, pero el brillo de las estrellas empezaba a difuminarse.

Las últimas personas cruzaban despacio ya. Una de ellas, una joven, al llegar al otro lado trastabilló y cayó al suelo. Estaba temblando y las lágrimas le corrían por las mejillas, pero no hizo ruido. Goldmoon la sujetó y se la llevó lejos de la cornisa.

Laurana fue la penúltima en cruzar. Gilthanas, uno de los que estaban situados a intervalos en la cornisa, le dijo algo en elfo mientras la ayudaba a pasar. Ella le apretó la mano y lo besó.

Elistan fue el último y llevaba a un niño cargado a la espalda, con los bracitos del crío enlazados con fuerza alrededor del cuello. Los pasos del clérigo eran firmes y no vaciló. La madre del pequeño, que esperaba al otro lado de la cornisa, se cubría la cara con las manos, incapaz de mirar.

—Ha sido divertido, Elistan —dijo el chiquillo tras quitarse la mordaza una vez que llegaron a terreno seguro—. ¿Podemos repetirlo?

La gente rió, aunque era una risa temblorosa. Los hombres salieron de la cornisa y todos emprendieron la marcha hacia el paso.

Atrás, en el campamento del valle, los draconianos salieron de las cuevas. Ahora ya había luz suficiente para que Riverwind viera sin dificultad lo que pasaba allí. El dragón de Verminaard se posó en tierra y los draconianos se apelotonaron alrededor del Señor del Dragón. Éste inclinó la cabeza para conferenciar con sus oficiales. A su orden, los otros tres reptiles rojos sobrevolaron el valle en distintas direcciones. Uno fue hacia el este. Otro hacia el oeste.

El tercero lo hizo hacia el sur, directo hacia los refugiados. Sin embargo, el reptil no miraba hacia allí, sino hacia abajo; escudriñaba el suelo del valle.

—¡Rápido, rápido! —urgió Riverwind en voz baja mientras azuzaba a la gente y la conducía como antaño había hecho con las ovejas—. Refugiaos en el paso, moveos tan de prisa como podáis.

La gente apretó el paso, sin pánico, y Riverwind empezaba a pensar que al final iban a tener éxito y que escaparían sin ser vistos, cuando un grito hendió la noche.

—¡Esperad! ¡No me abandonéis! ¡No me dejéis aquí!

El dragón oyó la voz, alzó la cabeza y dirigió la mirada hacia allí.

Mascullando maldiciones, Riverwind se volvió.

Hederick corría por la vereda, y la tripa fofa se le sacudía arriba y abajo; tenía la cara congestionada y boqueaba como un pez fuera del agua. Sus acólitos corrían detrás de él y se propinaban empujones y codazos en su pánico por ir más de prisa.

El Sumo Teócrata llegó a la cornisa, miró a Riverwind, miró hacia abajo y se puso lívido.

—¡No puedo cruzar por ahí!

—Todos los demás lo hemos hecho —replicó fríamente el Hombre de las Llanuras, que a continuación señaló hacia el dragón. El reptil había virado y volaba directamente hacia ellos.

Los partidarios de Hederick lo apartaron sin miramientos, entraron en la cornisa y la cruzaron casi corriendo. El Teócrata, temblando de miedo, avanzó casi a rastras detrás de ellos.

Llegó al final de la cornisa sin incidentes y se acercó hecho una furia a Riverwind, dispuesto a interpellarlo con protestas y demandas. Riverwind lo agarró y lo empujó hacia varios guerreros, que asieron al Teócrata por los brazos y lo azuzaron para dirigirse a toda prisa hacia el interior del paso.

El dragón levantó la cabeza y lanzó un gran bramido.

Riverwind corrió hacia el lugar donde el enano había dejado el pico. Echó una ojeada hacia atrás y vio que el grito del reptil había alertado a lord Verminaard. Su dragón se impulsó con las patas en el suelo y emprendió el vuelo. También los draconianos empezaron a correr en su dirección. Se desplazaban por tierra más de prisa que los humanos, ya que se servían de las alas para ayudarse. Brincando y corriendo, fluyeron por la trocha como un río de escamas.

El dragón de Verminaard lo conducía rápidamente hacia el paso, y los draconianos se aproximaban a éste mucho más de prisa de lo que Riverwind habría creído posible.

Riverwind asió el pico, miró hacia la brecha y vio que los pocos rezagados ya estaban a salvo dentro del paso.

—¡Que Paladine nos guarde! —rogó entonces y, en un gesto de respeto a Flint, añadió:— Y que Reorx guíe mi mano.

El Hombre de las Llanuras golpeó la roca veteada justo en el sitio donde había estado encajada la punta. Riverwind se apartó de un salto y la roca bajó rodando la ladera. Al principio no pasó nada, y al guerrero se le cayó el alma a los pies. Miró y vio que el dragón planeaba hacia allí. Verminaard tenía extendido el brazo y señalaba el paso, guiando al reptil.

Entonces el suelo tembló. Hubo un sonido rechinante, desgarrador, y ante la mirada atónita de Riverwind fue como si la ladera de la montaña se moviera y se precipitara sobre él.

Dio media vuelta y corrió hacia la seguridad del paso. Las galgas que brincaban sobre otras rocas grandes le pasaban volando por encima de la cabeza. Con un ruido semejante al trueno, el corrimiento de tierra cayó en cascada vertiente abajo y se llevó por delante la trocha y la cornisa que acababan de cruzar los últimos refugiados. La brecha del paso empezó a llenarse de pedruscos.

Riverwind se tiró aplastado contra el suelo y se protegió la cabeza con los brazos. No veía al dragón, pero oía los rugidos de frustración de la bestia. El corrimiento siguió unos instantes más y entonces terminó y se hizo un repentino silencio roto únicamente por algunas piedras al desplazarse o al encajar en el sitio.

El guerrero alzó la cabeza con precaución para mirar. El paisaje había cambiado. La entrada al paso estaba obstruida por unas enormes galgas. Al otro lado de la nueva pared rocosa se oía batir las alas al dragón; el reptil no podía aterrizar. El corrimiento de tierra había arrastrado o cubierto cualquier zona llana que hubiese existido antes en la cara de la montaña. Riverwind oyó ruidos como si el reptil estuviera intentando abrirse paso con las garras a través de los escombros. No debió de resultar efectivo el intento ya que el dragón cejó pronto en su empeño.

Riverwind alzó la vista al cielo. Las cumbres nevadas se erguían a gran altura sobre él a ambos lados. Asustado, se preguntó si el dragón intentaría sobrevolar el paso. La brecha era angosta y escarpada; no creía que el dragón cupiera por ella. Desde luego, correría el riesgo de dañarse las alas. El reptil aún podía hacer estragos desde gran altura.

El guerrero esperó en tensión ver la sombra del inmenso corpachón y de las alas tapando la luz del alba, pero el dragón no apareció. Sólo fue consciente de que se había marchado cuando dejó de sentir el miedo al dragón. De momento, estaban a salvo.

De momento.

Riverwind pasó entre las piedras para reunirse con los demás. Estaban abrazados unos a otros entre risas, lágrimas y plegarias de agradecimiento y júbilo. El guerrero no podía unirse a la celebración. Sabía muy bien la razón de que Verminaard no hubiera atacado. No hacía falta que su dragón se arriesgara a entrar por la angosta brecha cuando lo único que tenía que hacer era salirles al paso por el otro lado. Como Tika les había contado, había draconianos en la otra vertiente de la montaña. Los refugiados no podían quedarse agazapados en el paso para siempre. Al final tendrían que salir y las fuerzas del Señor del Dragón los estarían esperando, indudablemente.

Su única esperanza era que Tanis, Flint y los otros encontraran las puertas a Thorbardin.

En caso contrario, los refugiados habrían llegado a un punto muerto, literalmente.

SEGUNDA PARTE

19

*Vuelve el príncipe Grallen
Las puertas de Thorbardin
Y ahora ¿qué?*

Encabezados por un Sturm sometido a la influencia mágica del yelmo encantado, los compañeros avanzaron hacia el *Buscador de Nubes* dando vueltas y revueltas y ascendieron por una escarpada garganta que penetraba en la vertiente de la montaña. La garganta era una entre tantas y sin la guía del príncipe no la habrían encontrado nunca o la habrían elegido por pura casualidad.

Tanis siguió marcando el camino para los refugiados y más de una vez se preguntó si no estaría perdiendo el tiempo. A menudo se volvía a mirar por donde habían llegado con la esperanza de ver alguna señal de que se encontraban a salvo, pero la niebla o las nubes bajas ocultaban el paso con frecuencia y no se veía nada.

El ascenso estaba siendo relativamente fácil. Cada vez que llegaban a una parte de la garganta que por lo empinada habría resultado difícil de subir, encontraban toscos escalones tallados en la pared rocosa que hacían segura la travesía. Ni siquiera a Raistlin le resultaba trabajosa la marcha. La noche de descanso le había permitido recobrar las fuerzas. Decía que el aire

puro y frío de la montaña le abría las vías respiratorias. Tosía menos y, de hecho, parecía estar de un relativo buen humor.

Con el sol radiante en un cielo totalmente despejado se divisaban las desoladas llanuras que se extendían bajo ellos y a lo lejos la fortaleza en ruinas que, como había dicho Caramon, parecía una calavera en una bandeja. Avanzaban a buen ritmo, al menos hasta donde Tanis podía juzgar considerando que ignoraba dónde iban. Le había preguntado a Sturm más de una vez que les señalara su punto de destino, pero el caballero, sacudiendo la cabeza, se había negado a contestar y había seguido caminando. Tanis miraba a Flint, pero el enano se limitaba a encogerse de hombros. Era obvio su escepticismo respecto a todo aquello.

—Si hay una puerta en la ladera de la montaña, no la veo —rezongó malhumorado.

A medida que ascendían, el aire se enrarecía y era más frío. Los humanos, el semielfo y el kender empezaron a sentirse mareados y a costarles más trabajo respirar.

—Espero que no tengamos que ir mucho más lejos —dijo Tanis, que había alcanzado a Sturm—. Si es así, me temo que algunos de nosotros no lo conseguiremos.

Se volvió a mirar a Raistlin, que se había dejado caer al suelo, agotado. Adiós muy buenas al aire puro de montaña. Caramon estaba apoyado en un peñasco y Tasslehoff se tambaleaba un poco. Hasta Flint jadeaba un poco, aunque ese viejo gruñón se negara a admitir que le pasaba algo.

Sturm alzó la cabeza y oteó a través de las ranuras del yelmo.

—Casi hemos llegado.

Señaló un saliente de piedra de menos de dos metros que sobresalía de la cara de la montaña. La garganta terminaba allí. Tanis se volvió a mirar a Flint y, para su sorpresa, advirtió que los ojos del viejo enano resplandecían en su rostro encendido. Su amigo se atusó la barba con una mano.

—Creo que hemos dado con ello, muchacho —susurró—. ¡Creo que estamos cerca!

—¿Por qué? ¿Es que ves algo? —preguntó el semielfo.

—Es un palpito, una sensación. Siento que es cierto.

—Pues yo no siento nada —contestó Tanis mientras miraba a su alrededor—. No veo nada, ni señal de una puerta.

—Tú no puedes —repuso Flint, enorgullecido—. Con esos ojos tuyos, mitad elfos y mitad humanos, no. Admítelo, amigo mío. Nunca habrías encontrado el camino.

—Lo admito de buen grado —dijo Tanis, que añadió con una sonrisa—: Y tú ¿qué?

—Yo sí —insistió Flint—. Si hubiera estado interesado, lo habría encontrado, cosa que hasta ahora no ha sido así.

La mirada de Tanis recorrió la vasta extensión gris de piedra que se alzaba ante ellos.

—Si encontramos la puerta, ¿nos dejarán entrar los Enanos de la Montaña?

—Ésa no es la pregunta que me hago yo —repuso Flint. Tanis lo miró con expresión interrogante.

»Lo que yo me pregunto es si habrá enanos bajo la montaña que puedan responder "sí" o "no" a esa cuestión. Quizá la razón de que la puerta haya permanecido clausurada durante trescientos años es que no queda nadie vivo para abrirla.

Sturm había reanudado la marcha y Flint echó a andar detrás de él. Tanis se volvió a mirar a los gemelos.

—Ya vamos —dijo Caramon.

Raistlin asintió con la cabeza y, ayudado por el bastón y por su hermano, empezó a ascender. Tasslehoff los seguía.

Dejaron la garganta y llegaron a la cornisa rocosa.

—Esto lo construyeron enanos —dijo Flint mientras pateaba con fuerza el saliente—. ¡Hemos llegado, semielfo! ¡Hemos llegado!

La cornisa era lisa y llana. Antaño había sido mucho más ancha, pero partes de ella se habían caído o desmoronado con el paso del tiempo. No habían avanzado mucho por el saliente, tal vez unos quince metros, cuando Sturm se detuvo y se volvió de cara a la pared rocosa. Flint escudriñó ávidamente la piedra. Los ojos se le humedecieron. Soltó un largo y trémulo suspiro. Cuando habló, la voz le sonó enronquecida.

—La hemos encontrado, Tanis. La puerta de Thorbardin.

—¿De veras? —El semielfo miró arriba y abajo y no vio nada salvo roca lisa.

Sturm se acercó a la pared con la mano extendida.

—¡Mira eso! —exclamó en voz queda Flint.

Raistlin apartó con el codo a Tanis en su ansiedad por ver lo que estaba a punto de ocurrir. Tasslehoff corrió junto al caballero y miró, expectante, la pared vacía.

—Yo que tú no me quedaría parado ahí —advirtió Sturm.

—Es que no quiero perderme nada —protestó el kender.

Sturm se encogió de hombros y, volviéndose de cara a la montaña, levantó las manos y gritó unas palabras en lengua enana.

—Soy Grallen, hijo de Duncan, el Rey Bajo la Montaña. Mi espíritu regresa a las estancias de mis antepasados. En nombre de Reorx, requiero que la puerta se abra.

Al oír mencionar el nombre del dios, Flint se quitó rápidamente el yelmo y lo sostuvo contra su pecho, inclinada la cabeza.

Un rayo de luz irradió desde el rubí engarzado en el centro del yelmo de Sturm. Roja y resplandeciente como el fuego de la forja de Reorx, la luz iluminó la cara de la montaña.

El suelo retumbó y tiró a Tanis, que se quedó a gatas. La montaña tembló y se sacudió. Raistlin mantuvo el equilibrio apoyado en el bastón. Caramon también cayó al suelo y se deslizó senda abajo un tramo. Una puerta colosal, de unos dieciocho metros de ancho por nueve de alto, apareció en la vertiente de la montaña. Un ruido chirriante como el de una gigantesca rueda de molino sonó dentro, en algún sitio.

—¡Quítate de en medio! —bramó Flint, que asió a Tasslehoff por el cuello de la camisa y lo apartó a un lado.

Como el tapón de un barril de cerveza, el colosal bloque de piedra salió de la pared y se deslizó por el saliente justo por donde antes había estado Tasslehoff.

Ahora que la enorme puerta estaba abierta, vieron un inmenso mecanismo con forma de tornillo que empujaba el bloque de granito hacia

afuera. La puerta rechinó sobre la plataforma exterior y siguió desplazándose, pasado ya el borde de la cara de la montaña. El mecanismo que la operaba gemía y chirriaba, empujándola más y más lejos hasta que el pesado bloque de piedra sobresalió del borde de la cara de la montaña.

El eje que impulsaba la puerta era de roble, macizo y fuerte, pero no pudo soportar la brutal tensión y se partió. El bloque de piedra se tambaleó y se precipitó por el vacío para estrellarse con gran estruendo en las rocas del fondo. Los compañeros contemplaron el desastre en un silencio impresionado. Entonces, Raistlin habló:

—La puerta de Thorbardin está abierta —dijo—. Y ya no puede cerrarse.

Tanis comprobó que todos se encontraban bien. Caramon subía por la senda de la garganta; Flint apartaba de sí a Tasslehoff, que intentaba abrazar al enano mientras afirmaba que le había salvado la vida.

—¿Dónde está Sturm? —preguntó el semielfo, alarmado, temeroso de que la puerta lo hubiese aplastado.

—Entró poco después de que la puerta se abrió —informó Raistlin.

—¡Maldita sea! —masculló Tanis.

Se asomaron al hueco dejado por el bloque de granito, pero no se veía nada ni se oía nada. Un aire cálido con un intenso olor a tierra salía a bocanadas de la caverna. Flint, serio el gesto, enarboló el hacha. Empezaron a entrar lenta y cautelosamente.

Todos excepto Tasslehoff.

—¡Apuesto a que soy el primer kender que pisa Thorbardin en trescientos años! —gritó y, blandiendo la jupak, entró a la carrera al tiempo que gritaba—: ¡Hola, enanos! ¡Estoy aquí!

—Lo más probable es que sean trescientos siglos —masculló Flint, iracundo—. Jamás se ha permitido entrar a un kender bajo la montaña. ¡Y con toda la razón, he de añadir!

El enano fue en pos de Tas con andares pesados, como si soportara una carga. Tanis y los demás se apresuraban a reunirse con él cuando, procedente de la oscuridad, llegó la voz de Tasslehoff articulando la exclamación que más teme todo aquel que haya tenido trato con kenders:

—¡Ups!

—¡Tas! —gritó el semielfo, pero no tuvo respuesta.

La pálida luz del sol entraba a raudales por la puerta, de manera que iluminaba el camino de los compañeros un corto trecho. Sin embargo, en seguida dejaron la luz atrás y los engulló la noche impenetrable e infinita.

—No alcanzo a verme la nariz —rezongó Caramon—. Raist, enciende el bastón.

—¡No, no lo hagas! —lo previno Tanis—. Aún no. No conviene que delatemos nuestra presencia. Y hablad en voz baja.

—A menos que estén sordos, los enanos ya saben que nos encontramos aquí —comentó Caramon en tono irritado.

—Es posible —admitió el semielfo—, pero más vale pecar de precavidos.

—Los enanos pueden vernos en la oscuridad —le dijo Caramon a su gemelo en un susurro—. ¡Tanis también ve en la oscuridad! Nosotros somos los que estamos ciegos.

De la oscuridad llegó el sonido de pies a la carrera y el entrechocar metálico de piezas de armadura. Caramon enarboló la espada, pero Tanis sacudió la cabeza.

—Es Flint —les dijo—. ¿Has encontrado a Tas? —le preguntó al enano cuando llegó donde estaban ellos.

—Sí. Y a Sturm —informó Flint en tono lúgubre—. Mirad allí. Vedlo por vosotros mismos. Ese kender tonto se ha metido en un buen aprieto esta vez. ¡Los han capturado los theiwars!

—¡No veo nada! —masculló Caramon.

—Chitón, hermano —aconsejó Raistlin en voz queda.

Tanis, con su visión elfa, vio a Sturm tendido en el suelo, ya fuera muerto o inconsciente. Tasslehoff se había agachado junto al caballero y sostenía el yelmo del príncipe Grallen en las manos. A juzgar por las apariencias, había estado a punto de ponérselo cuando lo interrumpieron.

Seis enanos, equipados con cota de malla que les llegaba a las rodillas y armados con espadas, rodeaban al kender. Al menos, Tanis imaginó que eran enanos. No lo sabía con seguridad, porque nunca había visto enanos

con esa apariencia. Eran delgados y parecían desnutridos, tenían el cabello largo, negro y desgredado; las negras barbas también tenían un aspecto desastrado. La piel no era del tono acastañado que se veía en la mayoría de los enanos, sino de un blanco enfermizo, como la tripa de un pez. Olía el hedor de sus cuerpos sucios. Tres de los enanos apuntaban con la espada a Tasslehoff, en tanto que los otros tres rodeaban a Sturm con la aparente intención de robarle la armadura.

—¿Qué pasa? —demandó Caramon en un susurro alto—. ¿Qué ocurre ahí? ¡No veo!

—*Shirak* —dijo Raistlin y el cristal del bastón irradió una luz brillante.

—Creí haberte dicho que no... —empezó Tanis, que se había vuelto hacia él, enfadado.

Unos gritos penetrantes lo interrumpieron. Se giró, estupefacto, y vio que los enanos tiraban las espadas al suelo para protegerse los ojos con las manos mientras gemían de dolor y maldecían con rabia.

Flint se volvió a mirar a Raistlin con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué me miras así? —demandó el mago—. Dijiste que eran enanos theiwars. Es sabido que los theiwars son extremadamente sensibles a la luz.

—Sabido por los enanos, tal vez —replicó Flint, encolerizado—. No conozco ningún humano que haya oído hablar de los theiwars.

—Bueno, pues ahora ya conoces a uno —repuso fríamente Raistlin.

Flint miró de soslayo a Tanis, que sacudió la cabeza. El semielfo nunca había oído nombrar a los theiwars y era amigo de Flint desde hacía muchos años. A decir verdad, Raistlin se estaba comportando de un modo extraño en ese viaje, incluso tratándose de él.

—¡Largo de aquí, escoria theiwar! —ordenó Flint en la lengua enana. Echó a andar con el hacha enarbolada en un gesto amenazador.

—¡Estiércol de las colinas! —insultó con un gruñido uno de los theiwars, que empezó a murmurar entre dientes a la par que movía los dedos.

—¡Detenlo! —advirtió Raistlin—. ¡Está lanzando un conjuro!

Flint se frenó de golpe.

—¡Tú eres el mago! ¡Detenlo tú! —le gritó a Raistlin.

—Entonces, quítate de en medio.

Flint se arrojó de bruces al suelo y oyó el chisporroteo de los rayos que pasaban por encima. Los rayos relampagueantes alcanzaron al theiwar en el torso y una conmoción sacudió la cámara. El cuerpo humeante del theiwar se desplomó. Sus compañeros renunciaron a su intento de robar a Sturm y huyeron por un pasadizo a toda prisa. El tintineo de las cotas de malla y el pataleo de las botas se oyeron durante un tiempo y luego, de repente, cesaron.

—No han ido muy lejos —advirtió Tanis.

—¡Puercos theiwars! —Flint estaba que echaba chispas y asestó una mirada feroz al semielfo—. ¡Te dije que era un error volver! Me apostaré en el corredor un poco más adelante y vigilaré. Tú ocúpate del caballero. —Echó a andar y añadió con un bramido:— ¡Y quita ese yelmo al kender!

Raistlin estaba parado junto al caballero y sostenía el bastón de manera que cayera la luz del cristal sobre él mientras Caramon lo examinaba.

—Está vivo y el pulso es firme. No sé qué le pasa. No se le ven heridas...

Tanis miró muy serio a Tas.

—¡No fui yo! —protestó el kender de inmediato—. Lo encontré tirado en el suelo, inconsciente. Y tenía el yelmo caído a su lado. Creo que debió de dejarlo caer.

—Más bien fue el yelmo el que lo dejó caer a él, por decirlo de algún modo —puntualizó Raistlin—. Puesto que el príncipe Grallen vuelve a estar en el hogar de sus antepasados, la magia del yelmo ha liberado al caballero. Cuando Sturm despierte, volverá a ser el de siempre... Una lástima.

—Creo que lo mejor será que me des ese yelmo —pidió Tanis al kender al tiempo que extendía la mano.

Tasslehoff apretó el yelmo contra su pecho.

—¡Esos horribles enanos iban a robarlo! ¡Yo lo salvé! ¿Puedo probármelo aunque sólo sea una vez? ¡Me encantaría ser un enano...!

—¡Por encima de mi cadáver! —voceó Flint desde la oscuridad.

—¡Sturm! —Caramon sacudió a su amigo por el hombro—. ¡Sturm, despierta!

El caballero gimió y abrió los ojos. Miró a Caramon con desconcierto un instante y entonces reconoció a su amigo.

—¿Por qué me has dejado dormir tanto rato? Tendrías que haberme despertado. Mi turno de guardia debe de haber pasado hace mucho. —Se sentó y se llevó la mano a la cabeza, aquejado de un repentino mareo—. Estaba teniendo un sueño de lo más extraño...

Tanis llamó con un ademán a Raistlin para hacer un aparte con él.

—¿Recordará algo de lo que ha pasado?

—Lo dudo —contestó el mago—. De hecho, podría costarle trabajo creernos cuando le contemos lo que le ha pasado.

—¡Sturm, te juro que es verdad! —dijo Caramon en ese momento—. Te pusiste el yelmo y de repente dejaste de ser tú. Eras un enano, el príncipe Grallen. Ya no estamos en el Monte de la Calavera. No, en serio, Sturm, no te miento. Ha ocurrido así, lo juro. Si no me crees, pregúntale a Tanis.

Sturm se volvió hacia el semielfo y se echó hacia atrás, sobresaltado.

—¿Qué haces aquí, en el Monte de la Calavera? Te fuiste con Flint. —Hizo una pausa y miró en derredor, aturdido—. Entonces ¿es verdad lo que dice Caramon? ¿Que he estado bajo... una especie de encantamiento? ¿Y que nos encontramos dentro de Thorbardin? ¿Que os conduje yo aquí? —Se notaba que estaba realmente perplejo—. ¡No sé cómo es eso posible! ¡No tengo ni idea de dónde estamos ni cómo hemos llegado aquí!

—Quizá la próxima vez que te aconseje que dejes en paz un objeto me hagas caso —comentó Raistlin.

Sturm lo miró y la cólera le encendió el rostro. Entonces los ojos se le fueron hacia el yelmo, que Tasslehoff le había entregado a Tanis con no poca renuencia y muchas protestas. El caballero lo estuvo contemplando largo rato y la ira se desvaneció. Miró de nuevo a Raistlin.

—Quizá lo haga, sí —dijo a regañadientes. Sacudiendo la cabeza, se dio media vuelta y echó a andar y salió del círculo de luz hacia la oscuridad.

—Necesita estar a solas un rato —dijo el mago, que detuvo a Tanis cuando el semielfo hizo intención de seguirlo para hablar con él—. Tiene

que acostumbrarse y aceptar a este otro Sturm. Tú tienes otros asuntos en los que pensar, semielfo.

—Sí —se mostró de acuerdo Caramon—. Estamos aquí, en Thorbardin. —Miró a Tanis—. Y ahora ¿qué?

—Buena pregunta.

La puerta se abría a un vestíbulo sembrado de piezas sueltas de armaduras y armas rotas, los despojos de una vieja batalla. Tanis miró a su alrededor y supuso —por las telarañas y el polvo acumulados— que allí no había habido nadie desde el final de la guerra, trescientos años atrás. Para consolarse por lo del yelmo, Tasslehoff revolvía entre los despojos y Raistlin hurgaba con la punta del bastón algunos objetos, cuando Flint apareció corriendo de la oscuridad.

—¡Alguien viene! Enanos hylars, por su aspecto. Se han enzarzado con los theiwars —añadió.

A lo lejos brillaba una luz y, aunque todavía no alcanzaban a ver a los enanos, sí les llegaba el ruido de pesadas botas en el suelo de piedra, el tintineo de armaduras y de cotas de malla y el entrechocar de armas. Una voz profunda habló en un tono imperativo. A la voz le respondieron maldiciones y hubo un ruido de pies corriendo.

El golpeteo de las botas en el suelo continuó dirigiéndose hacia ellos.

—Manteneos firmes y dejadme hablar a mí —los aleccionó Flint, que mientras decía lo último dirigió una severa mirada a Tasslehoff.

—¿Quiénes son los hylars? —inquirió Caramon en voz baja—. ¿En qué se diferencian de los theiwars?

—A los theiwars se los conoce como enanos oscuros porque odian la luz. No son de fiar. Hace mucho que ansian gobernar bajo la montaña y, visto lo visto, a lo mejor lo han conseguido.

—También los theiwars son los únicos enanos que saben usar la magia —agregó Raistlin.

Flint asestó una mirada venenosa al mago.

—Como decía, los theiwars no son de fiar —continuó—. Los hylars eran los dirigentes de Thorbardin y fue su rey, Duncan, el que nos cerró las puertas y dejó que nos muriésemos de hambre.

—Eso fue hace mucho tiempo, amigo mío —comentó Tanis en voz queda—. Es hora de dejar atrás el ayer. Lo pasado, pasado está.

Flint no dijo nada. El golpeteo de botas se aproximó. Sturm se había puesto su yelmo, que Caramon había llevado consigo durante el viaje, y tenía la espada desenvainada. Raistlin preparaba otro conjuro y Tasslehoff hacía girar la jupak. El semielfo los miró a todos.

—Hemos venido a pedirles a los enanos un favor —les recordó—. Acordaos de los que cuentan con nosotros.

—Será mejor que me dejes el Yelmo de Grallen —pidió Flint.

Tanis se lo dio. El enano le frotó un poco la suciedad y le sacó brillo al rubí con la manga. Después se lo puso debajo del brazo y esperó.

—¿Esos hylars huyen de la luz? —preguntó Caramon.

—No. Los hylars no le temen a nada —contestó Flint.

20

Héroe renacido *Una complicación imprevista*

Un contingente de doce enanos hylars avanzaba de frente por el corredor. Todos excepto uno vestían cota de malla y un pesado peto de armadura encima. La excepción era un enano sucio y con aspecto de estar enfermo que llevaba grilletes en las muñecas. Mientras los hylars hacían frente a los extraños, ese enano se sentó pesadamente en el suelo, como si estuviese exhausto. Uno de los hylars se paró para ponerle la mano en un hombro mientras le decía algo. El enano con aspecto de estar enfermo asintió con la cabeza, como si le asegurara a su compañero que se encontraba bien.

Algunos de los hylars blandían espadas y otros empuñaban lanzas, además del martillo de guerra que llevaban colgado de un correa a la espalda. Varios sostenían faroles que irradiaban una extraña luz verdosa que alumbraba una amplia área. Los enanos caminaban despacio, pero a paso regular, corredor adelante.

Al irse acercando, uno de ellos se adelantó al resto. Iba equipado con armadura igual que sus compañeros, pero, a diferencia de ellos, vestía un tabardo encima de la armadura. En el tabardo lucía un martillo como insignia y en una mano empuñaba un martillo de guerra increíblemente grande; mucho más grande que el que llevaría un enano por norma general.

A lo largo del mango e incluso en la cabeza del martillo, se habían grabado runas de alabanza a Reorx, Forjador del Mundo.

Sturm miró de hito en hito el martillo y se acercó a Tanis.

—¡Ése es el Mazo de Kharas! —dijo el caballero en voz baja—. ¡Lo he reconocido por haberlo visto en cuadros antiguos!

—Tienes buena vista, humano —dijo el enano en Común. Alzó el mazo y lo contempló con cariño—. Éste no es el verdadero mazo, sino una réplica. Encargué que me lo hicieran cuando tomé mi nombre, porque soy Kharas —manifestó enorgullecido—. Arman Kharas. Kharas el menor. Kharas renacido. Algún día me será otorgada la capacidad de saber cómo hallar el verdadero mazo. Hasta ese día, empuño éste como un recordatorio para todos de que estoy destinado a la grandeza.

—Dioses benditos —masculló Sturm. No osó mirar a Tanis.

Arman Kharas era más alto que otros enanos. Era el enano más alto que Tanis había visto en su vida y tanto por físico como por estatura podía rivalizar con Caramon entre los humanos. Tenía los hombros anchos, así como el torso, en tanto que las piernas eran gruesas y musculosas. El largo y negro cabello le llegaba más abajo de los hombros. La negra barba trenzada le sobrepasaba la cintura. Llevaba puesto un yelmo con gemas engarzadas y marcado con el símbolo del martillo.

Arman y sus soldados se detuvieron a unos veinte pasos de los compañeros. Los otros hylars observaban al grupo con una mezcla de sorpresa y suspicacia. Arman los miraba sosegadamente. Les hizo una seña a algunos de sus guerreros.

—Id a ver qué ha sido ese ruido.

Los soldados partieron y pasaron corriendo junto a los compañeros, a los que lanzaron miradas desconfiadas.

—Ese ruido que habéis oído era la Puerta Norte al abrirse —dijo Flint, que cambió del Común al lenguaje enano.

Arman le lanzó una fugaz ojeada y después miró a otro lado mientras esperaba el regreso de sus soldados. Volvieron pronto, a toda prisa, e informaron que la Puerta Norte estaba abierta y que no podía cerrarse de nuevo porque estaba hecha añicos al pie de la ladera.

—¿Lo habéis hecho vosotros? —inquirió Arman, ceñudo.

—No rompimos la puerta, si es a eso a lo que te refieres —repuso Flint.

Tasslehoff había estado observando con atención los faroles que llevaban los enanos.

—¡Hay gusanos ahí dentro! —exclamó de repente—. ¡Gusanos que brillan! Caramon, mira...

—Cuatro humanos, un neidar y un kender. —Arman pronunció la última palabra como si le hubiese dejado mal sabor de boca.

—Tasslehoff Burrfoot —se presentó Tas, que dio un paso adelante con la mano extendida.

Caramon asió al kender y tiró de él hacia atrás. Lo mantuvo sujeto firmemente por el hombro, y Raistlin lo ayudó plantando el bastón delante de Tas.

—Sólo trataba de ser educado —protestó Tas, ofendido.

—¿Cómo han pasado por la puerta clausurada cuatro humanos, un neidar y un kender? —demandó Arman.

Flint abrió la boca para contestar, pero Arman alzó la mano en un gesto imperioso.

—¿De dónde has sacado ese yelmo que sostienes bajo el brazo? Es un antiguo diseño hylar y, según parece, vale una fortuna. ¿Cómo ha llegado semejante yelmo a manos de un neidar?

—Lo encontramos —dijo Tas, que añadió su latiguillo preferido—: Creo que se te debió de caer.

Caramon suspiró y le tapó la boca al kender con su manaza.

Flint se había ido enfureciendo paulatinamente desde que Arman Kharas había empezado a hablar. No lo aguantó más y la rabia lo desbordó.

—¡Veo que los enanos bajo la montaña no han aprendido modales en los últimos trescientos años! —espetó, furioso—. Estás en presencia de una persona mayor, joven, pero ni siquiera has tenido la cortesía de preguntar cómo me llamo o por qué estamos aquí antes de ponerte a lanzar acusaciones.

—Soy un príncipe hylar —dijo Arman, que había enrojecido—. Yo hago las preguntas y doy las órdenes. Con todo —dijo tras una pausa que

indicaba que quizá no estaba tan seguro de sí mismo como hacía ver—, permitiré que os expliquéis, si es que podéis. Decid vuestros nombres.

—Soy Flint, hijo de Durgar, nieto de Rhegar Fireforge. Un Enano de las Colinas —añadió, casi gritando las palabras—, como lo fueron mi padre y mi abuelo antes que yo. ¿Quién es tu padre, Arman Kharas, para que afirmes ser un príncipe?

—Soy, como he dicho, Arman Kharas, hijo de Hornfel, thane de los Hylar. Soy el héroe renacido de los enanos. Cuando me fue dado este nombre, una luz sagrada me rodeó... El espíritu de Kharas entró en mi cuerpo. Soy su encarnación y, como tal, estoy destinado a hallar el Mazo, unificar las naciones enanas y hacer a mi padre, Hornfel, rey.

Mientras Arman proclamaba su importante legado, Tanis reparó en que alguno de los hylars ponían los ojos en blanco. Varios parecían sentirse abochornados. Uno masculló algo entre dientes y los que estaban cerca de él esbozaron una sonrisa. Su regocijo cesó rápidamente cuando Arman miró de casualidad en su dirección.

Flint se atusó la barba. No sabía qué decir a eso y por ello decidió retomar el asunto de la puerta.

—Como te he dicho, Arman Kharas, la puerta se abrió para nosotros. No hemos tenido nada que ver en su destrucción. El saliente en el que debería haberse apoyado el bloque de granito se había desmoronado con el paso del tiempo. El mecanismo empujó la puerta más allá del borde, el eje no pudo soportar la tensión generada por el peso del bloque de granito y se partió. La puerta cayó al fondo de la garganta.

—¿Cómo habéis encontrado la puerta que ha permanecido oculta durante trescientos años, Flint Fireforge? —demandó Arman Kharas, fruncido el entrecejo. Seguía utilizando el Común para que todos pudieran entender—. ¿Y con qué medios entrasteis tú y tus compañeros humanos?

—Y kender —murmuró Tasslehoff bajo la manaza de Caramon—. ¡Me deja fuera todo el tiempo!

—Ilusiones —masculló Caramon.

—Nos guió esto —contestó Flint, que sostuvo en las manos el Yelmo de Grallen—. Mis amigos lo encontraron en el Monte de la Calavera...

—Yo encontré el yelmo en el Monte de la Calavera —lo corrigió Raistlin, que hizo una leve inclinación de cabeza a Arman Kharas—. Soy Raistlin Majere y éste es mi hermano, Caramon.

El guerrero hizo una torpe y brusca reverencia.

—Supe de inmediato que el yelmo era mágico —prosiguió Raistlin—. Estaba poseído por el espíritu de su difunto dueño, muerto en batalla. Se llamaba Grallen, hijo de Duncan...

Arman dio un grito y se llevó la mano a la espada al tiempo que retrocedía un paso. Sus hombres se agruparon a su alrededor en medio de un clamor de gritos, y las graves voces resonaron en la cámara.

Caramon llevó la mano a la espada, al igual que Sturm. Miraron a Flint, que parecía tan desconcertado como cualquiera de ellos. Ésa no era la reacción que habían esperado. Habían dado por sentado que serían aclamados como héroes por llevar de vuelta el yelmo del príncipe muerto. En cambio, parecía más probable que se vieran obligados a luchar para salvar la vida.

Arman hizo que cesara el tumulto con un gesto imperioso. Miró fijamente el yelmo con expresión torva, severa, y luego volvió a mirar a Raistlin.

—Un hechicero humano. Debería haberme dado cuenta. ¿Fuiste tú el que trajo aquí el yelmo? —demandó.

—Lo encontré —repuso Raistlin—. El noble caballero —señaló a Sturm— se ofreció a ponérselo, permitiendo así que el espíritu del príncipe enano tomara control de su cuerpo. Bajo el encantamiento del yelmo, el príncipe Grallen nos pidió que lo acompañáramos al hogar de sus antepasados. El espíritu del príncipe abrió la puerta. Nos alegra haber podido satisfacer la petición de su alma, ¿verdad, Sturm? —dijo el mago con mordacidad.

—Soy Sturm, hijo de Angriff Brightblade —se presentó el caballero sin apartar la mano de la espada—. He tenido el honor de poder servir al príncipe caído en batalla.

Arman los miró con detenimiento a todos ellos; los oscuros ojos relucían bajo el entrecejo fruncido.

—Te toca, Tanis —dijo suavemente Raistlin.

Tanis miró a Flint, que se encogió de hombros. Estaba tan desconcertado como los demás.

—Alteza —se dirigió Tanis a Arman Kharas—, Raistlin es diplomático cuando dice que vinimos aquí con el yelmo de forma voluntaria. La verdad es que no tuvimos otra opción. El yelmo había tomado a nuestro amigo, Sturm Brightblade, de rehén, o como si lo fuera, y lo obligó a venir a Thorbardin. Sturm no sabía lo que hacía. Estaba en trance, dominado por un príncipe muerto hace trescientos años. No teníamos idea de quién era ese príncipe, excepto Flint, que conoce la historia de vuestro pueblo.

—Ya lo creo que la conozco. Muy bien. Sé cómo el rey Duncan nos dejó fuera de la montaña, para que muriéramos de hambre...

—Así no estás ayudando —murmuró Tanis.

Flint rezongó algo entre dientes.

Kharas sacudió la cabeza.

—Si doy crédito a lo que contáis y nos trajisteis el yelmo con toda inocencia, entonces es peor aún. —Miró el yelmo y su expresión se ensombreció—. El yelmo del príncipe Grallen está maldito y, si es éste, habéis hecho que la maldición caiga sobre nosotros. ¡Habéis traído la perdición a los enanos!

—Lo siento. —Tanis suspiró—. Era imposible que supiéramos eso. —Su disculpa era poco convincente, pero no se le ocurría otra cosa.

—Tal vez sí o tal vez no —dijo Arman Kharas—. He de informar sobre la destrucción de la puerta al Consejo de Thanes. Tendréis ocasión de contarles vuestra historia. Si la creen...

—¿Qué quieres decir con «si»? —inquirió Flint, encrespado—. ¿Tienes el valor de insinuar en mis propias barbas que mis amigos y yo estamos mintiendo?

—Sólo tenemos vuestra palabra de que ese yelmo es lo que afirmáis que es. Podría ser un fraude, una falsificación.

Flint parecía a punto de reventar de rabia, pero Raistlin se le adelantó antes de que tuviese ocasión de contestar.

—Hay un modo sencillo de comprobar si decimos la verdad, alteza — sugirió con voz fría.

—¿Y cuál sería? —demandó Kharas con desconfianza.

—Que te pongas el yelmo —repuso Raistlin.

—¡Ningún enano se atrevería a hacerlo! —Kharas dirigió al yelmo una mirada de espanto—. Tendrá que ser el Consejo el que determine qué es lo mejor que se puede hacer en este asunto.

—¡Yo me lo pondré! —se ofreció Tasslehoff, pero nadie lo tomó en cuenta.

—¡No tengo por qué demostrar a ese Consejo ni a nadie que no soy un mentiroso! —Flint estaba tan enfadado que casi no podía hablar. Se volvió bruscamente hacia sus amigos—. ¡Os dije a todos que era un error venir aquí! ¡No sé qué pensáis hacer vosotros, pero yo me marchó! ¡Y puesto que veo que aquí no se desea este yelmo, me lo llevo!

Flint se metió el yelmo debajo del brazo y echó a andar por el corredor en dirección a la puerta rota.

—¡Detenedlo! —ordenó Arman Kharas al tiempo que hacía un gesto imperativo—. ¡Apresadlos!

Sus soldados se pusieron en movimiento desde que pronunció la primera orden. Sturm bajó la vista hacia la punta de lanza que le hacía cosquillas en el cuello. Tanis sintió algo puntiagudo que le tocaba la espalda. Caramon alzó los puños, pero Raistlin le susurró algo y el guerrero, asestando una mirada fulminante a los enanos, bajó los brazos y los dejó caídos contra los costados. Tasslehoff dio un golpe con la jupak, pero un enano se la quitó de la mano de una patada y a continuación asió al kender por el copete al tiempo que le ponía un cuchillo al cuello.

Al oír el jaleo a su espalda, Flint giró sobre sus talones. Tenía el rostro congestionado de rabia y se le marcaban las venas de la frente. Dejó el Yelmo de Grallen a sus pies, como para protegerlo, y enarboló el hacha de guerra.

—¡Mandaré con sus antepasados el alma del primer enano que se me acerque y que Reorx me lleve si no lo hago!

Arman Kharas impartió una seca orden y cuatro enanos fueron hacia Flint con las armas enarboladas.

Tanis gritó a Flint que lo dejara, pero el indignado Enano de las Colinas maldecía, juraba mientras blandía el hacha en violentos arcos y, o no lo oyó, o es que hizo caso omiso de la orden de Tanis. Los soldados enanos lo aguijonearon con las lanzas y Flint arremetió contra ellos con el hacha. Mientras tanto, otro soldado se había deslizado detrás de él, le hizo una zancadilla y Flint cayó de espaldas al suelo. Los otros soldados saltaron sobre él y uno le arrebató el hacha. Los demás le sujetaron brazos y piernas.

—¡Traición de Thorbardin! ¡Lo esperaba! ¡Te advertí sobre esto, Tanis! —bramó Flint mientras forcejeaba en vano para soltarse—. ¡Te dije que nos tratarían así!

Una vez que las manos de Flint estuvieron atadas, los soldados lo pusieron de pie, aunque seguía maldiciendo y rabiando. Todos, Kharas incluido, miraron el Yelmo de Grallen que seguía en el suelo, donde Flint lo había dejado. Ninguno hizo la menor intención de acercarse a él y mucho menos tocarlo.

—Lo llevaré yo —se ofreció Raistlin.

Pareció que Kharas estuviera tentado de aceptar, pero luego sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Si esta maldición ha venido a Thorbardin, que caiga sobre mí.

Se agachó para recoger el yelmo. Los otros enanos se apartaron de él y observaron con aterrada expectación, convencidos de que algo espantoso iba a suceder.

Kharas asió el yelmo y pareció encogerse en un gesto reflejo cuando tocó el metal.

No ocurrió nada.

Alzó el yelmo y se lo puso debajo del brazo al tiempo que se limpiaba el sudor de la frente. Hizo un gesto a sus compañeros.

—Desarmadlos y atadlos bien.

Los enanos los maniataron a todos excepto a Raistlin, que les prohibió que lo tocaran. Lo miraron de soslayo, intercambiaron una mirada entre

ellos y lo dejaron en paz. Arman se paró para ayudar a levantarse al enano enfermo y después encabezó la marcha por el oscuro pasadizo.

Tanis, a quien lo azuzó una lanza para que anduviera, fue tras él.

—Supongo que no es un buen momento para pedirles que den asilo a ochocientos humanos —murmuró Raistlin, que caminaba a continuación.

El semielfo le asestó una dura mirada.

El enano que iba detrás de Tanis volvió a azuzarlo en la espalda.

—¡No te pares, escoria! —ordenó en lenguaje enano. Se internaron más y más en la montaña llevando consigo la perdición de los enanos; y probablemente la suya.

21

Fe
Esperanza
Y Hederick

Los refugiados avanzaban penosamente por el estrecho paso. La marcha era lenta y agotadora porque tenían que ir abriéndose paso entre rocas y peñascos, siempre pendientes del encapotado cielo gris sobre sus cabezas. No veían dragones, pero sentían su presencia de forma constante. El miedo al dragón que irradiaba de los reptiles no era fuerte, ya que las criaturas volaban alto, ocultas por las nubes, pero el temor era un peso añadido para los ánimos y los hacía caminar más despacio.

—El paso es demasiado peligroso para que entren los dragones. ¿Por qué correr riesgos? —le dijo Riverwind a Elistan—. Sólo tienen que esperar a que salgamos de aquí, cosa que habremos de hacer antes o después porque no nos quedan vituallas para mucho tiempo. Una vez que salgamos a terreno abierto, nos atacarán, y no sabemos a qué distancia estamos de Thorbardin o incluso si habrá refugio para nosotros cuando lleguemos allí.

—Siento el miedo como una sombra en el corazón —contestó el clérigo — y sin embargo, amigo mío, las sombras las crea la luz del sol que tienen detrás. Hay otros ojos que nos contemplan y velan por nosotros. No estaría de más recordarle eso a la gente.

—Entonces más vale que me lo recuerdes a mí antes —dijo Riverwind—. Mi fe en los dioses está siendo puesta a prueba en exceso, lo admito.

—La mía también —dijo Elistan en tono sosegado y Riverwind lo miró con gran asombro. El clérigo sonrió.

»Pareces sorprendido de oírme decir eso. Llegar a tener fe en los dioses no es fácil, amigo mío. No los vemos, no los oímos. No caminan a nuestro lado como padres protectores en exceso que nos miman y nos consienten y nos llevan de la mano para que no tropecemos y caigamos. Creo que si lo hicieran así en seguida nos enfadaríamos y nos rebelaríamos.

—¿Es malo dudar de ellos?

—Dudar es algo natural. Somos mortales. Nuestras mentes son como un grano de arena comparadas con las de los dioses, que son tan grandes como el cielo. Los dioses saben que no podemos comprender su clarividencia. Son pacientes e indulgentes con nosotros.

—Y aún así arrojaron una montaña de fuego contra el mundo, como castigo —adujo Riverwind—. Murieron millares y muchos millares más pasaron penalidades como resultado. ¿Cómo se explica eso?

—No se puede explicar —se limitó a contestar Elistan—. Podemos sentir tristeza o ira. Eso es perfectamente natural. Me encolerizo cuando pienso en ello. No entiendo por qué los dioses hicieron algo semejante. Los cuestiono constantemente.

—Y, sin embargo, sigues creyendo en ellos —se maravilló Riverwind—. Los amas.

—Cuando tengas hijos ¿no se enfadarán nunca contigo? ¿Nunca dudarán de ti ni te desafiarán? ¿Querrías que tus hijos fueran sumisos y dóciles, que siempre acudieran a ti en busca de respuestas y te obedecieran sin discusión?

—Pues claro que no. Unos chiquillos tan débiles nunca serían capaces de valerse por sí mismos.

—¿Amarías a tus hijos si te desafiaran, si se rebelaran contra ti?

—Me enfadaría con ellos, pero los querría —respondió Riverwind en voz baja y buscó con la mirada a su esposa, que iba y venía entre los

refugiados, hablaba con ellos suavemente y les daba consuelo y alivio—. Los querría porque serían mis hijos.

—Pues así es como nos aman los dioses de la luz.

Uno de los guerreros de las Llanuras se movía cerca, sin querer interrumpir su conversación, pero era evidente que era portador de noticias importantes. Riverwind se volvió hacia él y le hizo una seña a Elistan para que se quedara a escuchar las nuevas.

—La vereda marcada por el semielfo y el enano continúa montaña abajo por una antigua calzada que lleva a una pinada y luego asciende por una garganta angosta. El elfo, Gilthanas, que tiene vista de águila, divisa un agujero en la ladera. Cree que podría ser la legendaria puerta de Thorbardin.

—O una cueva... O el cubil de un dragón —dijo Riverwind.

No había acabado de expresar sus dudas cuando ya dirigía una sonrisa arrepentida a Elistan. Chotacabras sacudió la cabeza.

—Según Gilthanas es un agujero rectangular con los lados en escuadra. No es algo formado por la naturaleza. Y tampoco por un dragón.

—¿Qué tipo de terreno hay entre nuestra posición y esa puerta, si resulta que es una puerta? —preguntó Riverwind.

—Abierto al viento y al cielo —contestó Chotacabras.

—Y a los ojos de dragones y a los del ejército draconiano —añadió Riverwind.

—Sí, jefe —repuso Chotacabras—. El enemigo está ahí fuera y en movimiento. Divisamos lo que parecían tropas draconianas que salían de las estribaciones en dirección a la montaña.

—Saben que estamos aquí. Los dragones se lo habrán dicho.

—Podemos defender este paso —sugirió Chotacabras.

—Pero no podemos quedarnos aquí para siempre. Tenemos provisiones para unos cuantos días y las nevadas empezarán dentro de poco. ¿Qué aspecto tiene esa antigua calzada?

—Está bien construida. Se puede ir por ella de dos en dos con hueco de sobra, pero no hay cobertura hasta llegar a la línea de árboles que hay abajo ni tampoco la hay cuando empieza a subir por la ladera. No se ve ni un árbol ni un arbusto.

Riverwind sacudió la cabeza con aire pesimista.

—Vuelve y seguid vigilando al enemigo y ese agujero en la cara de la montaña. Informadme si alguien sale o entra. Eso podría indicarnos que hemos encontrado realmente la puerta. —Riverwind se volvió hacia Elistan.

»¿Qué hago ahora, Hijo Venerable? Parece que hemos descubierto la puerta de Thorbardin, pero no podemos llegar a ella. Los dioses nos dan su bendición con una mano y con la otra, una bofetada.

Elistan iba a contestarle algo cuando Goldmoon se les acercó.

—Pues espera a escuchar esto —dijo. Era evidente que estaba enfadada. Tenía los labios apretados y los azules ojos echaban chispas.

—¿Qué nuevo problema me traes, esposa? —preguntó con un suspiro.

—Un viejo problema: Hederick. ¿Por qué no le haría perder el equilibrio Mishakal cuando cruzaba esa cornisa...? —Goldmoon cayó en la cuenta de que Elistan estaba allí y se puso colorada—. Lo siento, Hijo Venerable, sé que está mal pensar esas cosas...

—Hederick es muy capaz de poner a prueba hasta la paciencia de un dios —dijo Elistan en tono duro—. Estoy seguro de que Mishakal debe de haber estado tentada de hacer exactamente eso. ¿Qué conflicto está ocasionando ahora?

—Le está diciendo a la gente que Riverwind nos ha llevado a la muerte, que Riverwind provocó el alud de rocas y ahora no podemos regresar a las cuevas, que estamos atrapados en este paso, donde moriremos de frío y de hambre.

—¿Qué más? —preguntó Riverwind al notar que Goldmoon había vacilado—. Dime lo peor.

—Hederick está propugnando la rendición, quiere que nos entreguemos a Verminaard.

—¡Fue Hederick el que atrajo la atención de los dragones hacia nosotros! —protestó Riverwind, enfurecido—. ¡Me vi obligado a provocar el alud porque él nos puso en peligro! ¡Debí abandonarlo a su suerte!

—¿Le presta oídos la gente? —preguntó Elistan, grave la expresión.

—Eso me temo, Hijo Venerable. —Goldmoon posó la mano en el brazo de su esposo en un gesto comprensivo—. No es culpa tuya. Ellos lo saben,

pero tienen frío y están cansados y abrumados por el miedo al dragón. No pueden volver a las cuevas y les aterra la idea de seguir adelante.

—¡Saben lo que les hará Verminaard! Los mandará de nuevo a las minas.

—Lo dudo mucho —dijo Elistan—. Fue a las cuevas con intención de matar, no de capturar.

—La gente no creerá eso. Una persona que deambula perdida por territorio agreste ve como un refugio hasta una prisión —razonó Goldmoon—. Tienes que hablarles, esposo. Debes tranquilizarlos, darles seguridad. Chotacabras me comentó que los exploradores creen haber encontrado la puerta...

—Para lo que nos va a servir... —masculló Riverwind—. Hay un ejército draconiano entre nosotros y esa puerta. Ni siquiera sabemos con certeza que ese agujero en la cara de la montaña sea una puerta. Podría tratarse de una simple oquedad en la ladera. ¡Y si es la puerta, podría haber un ejército enano apostado dentro para masacrarnos! —Se sentó pesadamente en una piedra, abatido y con los hombros encorvados—. Tanis se equivocó de hombre al elegirme. No sé qué hacer.

—Al menos sabes qué es lo que no tienes que hacer —lo animó su esposa—. ¡No le prestes atención a Hederick!

Riverwind sonrió por su comentario e incluso soltó una risa queda, si bien fue breve. Rodeó con el brazo a Goldmoon y la atrajo hacia sí.

—¿Qué me aconsejas que haga, esposa?

—Decirle a la gente la verdad. —Le tomó la cara entre las manos y lo miró amorosamente a los ojos—. Sé sincero con ellos, es todo lo que piden. Alzaremos nuestras plegarias a los dioses y les pediremos que nos ayuden en esta larga noche. El amanecer traerá un nuevo día y una esperanza renovada.

Riverwind la besó.

—Tú eres mi gozo y mi salvación. Saben los dioses qué haría sin ti.

—Y tenemos una pequeña ventaja —dijo Goldmoon, acurrucada entre los brazos de su esposo—. Puesto que los dragones saben que estamos aquí,

ya no es necesario que nos ocultemos, así que podemos encender hogueras para calentarnos.

—Por supuesto que sí. Encenderemos las hogueras no sólo para que nos den calor, sino como desafío. Y, en lugar de pedir a los dioses que nos salven, les daremos las gracias por nuestra libertad. ¡Ni siquiera nos plantearemos la rendición!

Los refugiados encendieron hogueras en desafío a los dragones y, cuando el fuego ardió con fuerza proporcionando calor y alegría, la gente elevó sus plegarias a los dioses en acción de gracias. El miedo al dragón pareció disiparse y los ánimos mejoraron. Todos hablaban con optimismo del amanecer de un nuevo día.

Hederick vio que había perdido a su audiencia y dejó de hablar de rendirse y entonó junto a los demás las preces de agradecimiento con aparente devoción. No creía en esos nuevos dioses aunque fingiese lo contrario porque era políticamente recomendable. Sin embargo, tenía una fe ilimitada en sí mismo, y realmente creía que si se rendían a Verminaard, como había propugnado, conseguiría ganarse el favor del Señor del Dragón con artimañas. En favor de Hederick habría que decir que no albergaba la menor esperanza de escapar. Estaba convencido de que Riverwind era un salvaje ignorante que preferiría verlos muertos a todos antes que doblegarse ante su enemigo.

El Teócrata no se desanimó. Como político, sabía que las masas eran tornadizas. Sólo tenía que esperar el momento propicio y los convencería para que aceptaran su punto de vista. Esa noche se fue a dormir, muy satisfecho de sí mismo, pensando en el nuevo día, cuando Riverwind, Elistan y sus seguidores no tendrían más remedio que admitir la derrota.

* * *

Amaneció y con el alba llegaron cambios. Por desgracia no fueron cambios para bien. Los dragones volaban más cerca, el miedo al dragón era más intenso, el aire más frío y el día más desapacible.

Hederick se acercó a Riverwind y habló en voz alta para que lo oyera el mayor número posible de personas.

—¿Qué harás ahora, jefe? Los nuestros empiezan a enfermar y dentro de poco empezarán a morir. Sabes tan bien como yo que no podemos quedarnos aquí. Tus dioses te han fallado. Admite que esta aventura fue una empresa absurda. Nuestra única esperanza es rendirnos al Señor del Dragón, una tarea desagradable y peligrosa, si bien es una tarea que me comprometo a realizar.

—Y así recibirás la recompensa de Verminaard por entregarnos —contestó Riverwind.

—A diferencia de ti, yo pienso en el bienestar de la gente —repuso el Teócrata—. ¡Tú preferirías vernos muertos a todos antes que admitir que te has equivocado!

Lo cierto es que Riverwind habría visto con alegría la muerte de uno de ellos, pero guardó silencio.

—¿Acaso esperas que los dioses realicen un milagro? —azuzó Hederick en tono de mofa.

—Tal vez sí —murmuró el Hombre de las Llanuras, que giró sobre sus talones y se alejó.

—¡La gente no te seguirá! —advirtió Hederick—. ¡Ya lo verás!

Riverwind pensó que probablemente ocurriera así. Mientras caminaba entre los refugiados los vio acurrucados unos contra otros para darse calor, pálidos y demacrados. El brillo del fuego que había alegrado los corazones la noche anterior era fría ceniza esa mañana. Tenían comida y agua suficiente para unos cuantos días más, más o menos los que emplearían en llegar a esa puerta... si es que era una puerta y si es que los enanos los dejaban entrar.

Si, si, si... Demasiados «si».

—No nos vendría mal un milagro —dijo Riverwind mientras alzaba los ojos al cielo—. No pido un gran milagro como mover la montaña... Bastaría con uno pequeño.

Algo frío y húmedo le cayó en la cara. Riverwind se llevó la mano a la mejilla y sintió cómo se deshacía un copo de nieve. Otro le cayó en un

párpado y otro más en la nariz. Alzó la vista hacia las nubes grises, a la masa de copos blancos que caían flotando perezosamente del cielo.

En lugar de un milagro, los dioses les mandaban más pruebas. La nieve atascaría el paso. Tendrían que marcharse o correrían el riesgo de quedar atrapados allí definitivamente.

El desaliento se apoderaba de Riverwind cuando sintió que el ánimo reconfortaba su corazón de nuevo. Al principio no entendió por qué, pero después la razón se abrió paso en su mente. El miedo al dragón había desaparecido. Los dragones ya no volaban en el cielo.

Miró de hito en hito la intensa nevada que caía a su alrededor y habría caído de hinojos para dar las gracias, pero no había tiempo que perder.

Le habían concedido el milagro pedido. Ahora dependía de él saber hacer un buen uso de ese don.

22

El destino de Arman
Eco del Yunque
Pozos de la muerte y carne de gusano

Flint había descrito muchas veces a Tanis las maravillas del reino enano de Thorbardin, siempre con un toque de amargura porque, aunque ningún Enano de las Colinas cambiaría jamás su hogar en el mundo de «arriba» para vivir bajo la montaña, hasta el último neidar consideraba una ofensa el hecho de que no les hubiesen dejado a ellos la posibilidad de elegir.

Tanis siempre había pensado para sus adentros que Flint exageraba en sus explicaciones de las vistas asombrosas que existían en el reino de la montaña. De hecho, Flint nunca las había visto. Se limitaba a repetir los relatos que le había contado su padre, quien a su vez los había oído de boca de su abuelo y así continuaba remontándose a más generaciones. Flint estaba convencido de que en Thorbardin se guardaban riquezas inmensas que les habían sido negadas a él y a su pueblo, así que cada vez que había contado que existía una ciudad construida en su totalidad dentro de una estalactita gigantesca, Tanis procuró siempre disimular una sonrisa.

Ahora, mientras recorría las calzadas bajo la montaña, Tanis empezó a pensar que había sido injusto con su amigo. Mientras que los humanos construían edificios con piedra poniendo un bloque sobre otro, los enanos

excavaban los edificios en el interior de la roca, sacando piedra en lugar de amontonarla, de manera que todas las estructuras parecían entrelazarse unas a otras en bellas formaciones que extasiaban.

Al dejar atrás la puerta entraron en un inmenso vestíbulo sostenido por pilares redondos. La fosforescencia verde de los extraños gusanos luminosos y el radiante cristal del bastón de Raistlin brillaban en relieves maravillosamente cincelados que representaban escenas de la vida enana.

Aunque el vestíbulo estaba desierto, al parecer había sido construido a fin de aprovechar las ventajas del tráfico que antaño había entrado y salido por la gran puerta. Vagones y vagonetas con ruedas de hierro se habían deslizado sobre raíles empotrados en el suelo para transportar mercancías y visitantes hacia zonas que penetraban más en el interior de la montaña.

Mirando a su alrededor con asombro, Tanis imaginó el vasto vestíbulo animado con el bullicio de atareados enanos y gentes de otras razas que iban a Thorbardin. En otros tiempos los elfos habían caminado por esos lugares, igual que habían hecho los humanos, porque los productos de la artesanía enana estaban muy solicitados. El oro y la plata habían entrado a raudales en Thorbardin por aquel entonces. Gemas preciosas y excepcionales, hierro y acero extraídos de la montaña habían salido en grandes cantidades.

Ahora los raíles de las vías estaban oxidados y las vagonetas yacían caídas de costado, con las ruedas paralizadas en el tiempo. Las tiendas que antaño vendían ollas y cazos, llantas para ruedas de carretas, juguetes de madera, espadas, armaduras y resplandecientes joyas ahora sólo atendían los tristes y vacíos sueños de fantasmas.

Las casas se habían clausurado con tablas y las contraventanas se estaban cayendo; las puertas de madera colgaban de goznes herrumbrosos.

—Tanis —llamó Caramon en un susurro—, echa un vistazo a Flint. Algo va mal.

El semielfo volvió la cabeza para mirar al enano, preocupado. Caramon tenía razón. Flint no tenía buen aspecto. Había dejado de forcejear y de maldecir a sus captores, todo lo cual era una mala señal. Tenía la cara marcada de manchas rojas y su respiración sonaba trabajosa. Los guardias

los azuzaban para que avanzaran a paso rápido y mantenían prestas las armas y estaban ojo avizor.

—Alteza —llamó Tanis—, ¿sería posible parar un rato para descansar o, al menos, ir un poco más despacio?

—Aquí no —contestó Arman—. De hecho, ya llevamos demasiado tiempo en esta zona del reino. Vinimos para liberar a mi hermano, Pico —añadió a la par que señalaba al enano enfermo que caminaba a su lado—. Oímos el ruido de la puerta y nos acercamos a investigar, pero ahora debemos irnos antes de que vengan más theiwars.

—¿Así que esta parte del reino está gobernada por los theiwars? —preguntó Tanis, que miró a Flint de soslayo, pero su amigo no parecía prestar atención a lo que hablaban—. ¿Están en guerra los theiwars y los hylars?

—Aún no —contestó Arman, serio—. Pero sólo es cuestión de tiempo.

—Qué suerte la nuestra —masculló Sturm—. Guerra bajo la superficie al igual que arriba.

Tanis estaba pensando lo mismo y se preguntaba cómo afectaría ese conflicto entre enanos a su propia causa, cuando de repente, con sobresalto, se dio cuenta de que Raistlin se había puesto a su lado, muy cerca. El semielfo olió el inquietante olor a pétalos de rosa y a putrefacción y reculó un poco sin poder evitarlo.

—Quiero hablar contigo, semielfo —dijo el mago—. A propósito de los theiwars, ¿no te resulta extraño que no parecieran sorprenderse al vernos? Compara su reacción con la de Arman Kharas y sus soldados.

—Para ser sincero, no me fijé en la reacción de los theiwars, aparte de las espadas que llevaban empuñadas, claro —respondió Tanis.

—Esto no es algo para tomárselo a broma —lo reprendió Raistlin y, antes de que Tanis pudiera decir nada más, se apartó con enojo y se situó de nuevo junto a su hermano.

El semielfo suspiró. Tenía cierta idea respecto a lo que se refería Raistlin, pero era otra preocupación con la que no quería cargar también. Volvió a mirar a Flint; el enano tenía prietos los dientes, quizá por la rabia o quizá para aguantar el dolor. Con ese viejo testarudo no era fácil saberlo.

Caramon le preguntó si estaba herido o enfermo, pero Flint no le hizo ni caso. Siguió caminando con determinación, sordo a la preocupación de sus amigos.

Para sorpresa de Tanis, Arman Kharas dejó su posición a la cabeza del grupo y retrocedió para caminar junto a los prisioneros. Arman parecía encontrarlos fascinantes, porque no dejaba de mirarlos; sobre todo a Tanis.

—No eres un humano —dijo por último.

—Tengo sangre elfa —reconoció Tanis.

Arman asintió con la cabeza, como si lo hubiese sospechado.

—Este vestíbulo tuvo que ser muy hermoso en otros tiempos —dijo Tanis—. Quizás ahora que la puerta está abierta, esta zona desierta de Thorbardin pueda reconstruirse y devolverle la prosperidad de antaño.

—Esto pertenece ahora a los theiwars y ellos no tienen ningún interés en construir, ya que están más centrados en sus oscuras conjuras y confabulaciones. Y esta parte del reino no está desierta —añadió Arman en tono ominoso—. Los theiwars están ahí, observándonos desde las sombras y asegurándose de que no permanezcamos mucho tiempo en su reino.

—¿Por qué no nos atacan? —preguntó el semielfo, complacido de que el príncipe hylar hablara al menos con él.

—Los theiwars prefieren oponentes que vayan solos y desarmados, como mi hermanastro. Cayó por casualidad en terreno theiwar y lo tomaron prisionero. Pidieron rescate, pero mi padre se negó, con toda razón, a pagar a matones y asesinos. Nuestros espías me informaron dónde retenían a Pico y mi padre envió tropas a mi mando con la orden de liberarlo.

Salieron del gran vestíbulo y entraron en una zona que parecía un templo antiguo, ya que tenía símbolos de varios dioses cincelados en las paredes.

—En los viejos tiempos debió de venir muchísima gente a Thorbardin —comentó Tanis.

—Venían de todo Ansalon —confirmó Arman en tono enorgullecido—. Incluso de la lejana Istar. Visitaban el reino para comprar o trocar mercancías. También venían a contratar a nuestros metalúrgicos y a nuestros maestros canteros y constructores. Trajeron riqueza y prosperidad

a nuestro pueblo. —La voz del príncipe se endureció y sus palabras se tornaron amargas—. Trajeron el Cataclismo y después, la guerra, y nuestra prosperidad acabó.

—No tendría que haber acabado si los habitantes bajo la montaña no hubiesen cerrado la puerta y dejado fuera a sus parientes, que tenían derecho a entrar —intervino Flint; eran las primeras palabras que pronunciaba desde hacía mucho rato.

Tanis sintió alivio al ver que la cara de su amigo volvía a tener un poco de color. Eso —y el hecho de que sacara de nuevo a relucir su viejo argumento— era señal de que se estaba recuperando de lo que quiera que le hubiese pasado.

—No es menester que entremos en esa controversia ahora —lo amonestó el semielfo, pero fue gastar saliva en balde.

—El rey Duncan, o Derkin, como lo llamáis los neidars, no tuvo elección —manifestó Arman—. El Cataclismo también nos había afectado a nosotros. Muchos de nuestros campos de cultivo en los suburbios se destruyeron. Las provisiones de víveres eran limitadas. Si hubiésemos permitido que vuestro pueblo entrara no os habríamos salvado. Habríamos muerto todos de inanición.

—Eso es lo que tú dices. —Flint soltó un resoplido desdeñoso, pero no habló con su habitual tono de agravio ni de convicción.

Siguió echando ojeadas de soslayo a las ruinas de la que en tiempos había sido una gran ciudad y, a pesar de sus denodados esfuerzos para ocultarlo, era evidente lo conmocionado y deprimido que se sentía ante lo que veía. Las maravillas de Thorbardin eran vagonetas destrozadas y goznes de puertas oxidados.

Tanis decidió cambiar de tema antes de que Flint se lanzara a una nueva diatriba.

—Si la Puerta del Norte permanece abierta, los theiwars la controlarán. ¿En qué afectará eso a los hylars?

—La puerta no permanecerá abierta —fue la rotunda respuesta de Kharas—. A menos que ocurra algo que lo impida, el Consejo de Thanés

enviará soldados para guardar la puerta e impedir el paso a intrusos hasta que se pueda cerrar y clausurar de nuevo.

—Tú crees que tendría que mantenerse abierta, ¿verdad? —dijo el semielfo con la esperanza de haber encontrado un aliado.

—Creo que es mi destino, una vez que haya conseguido el Mazo de Kharas, gobernar las Naciones Enanas unidas —dijo Arman—. Para conseguir eso, la puerta ha de permanecer abierta.

—¿Por qué estás tan seguro de que serás tú quien encuentre ese martillo de guerra? —inquirió Flint.

Arman irguió la cabeza y alzó la voz de modo que sus palabras reverberaron en la caverna.

—Así habló Kharas: *«Sólo cuando llegue un enano bueno y honesto a unir las naciones, reaparecerá el Mazo de Kharas. Será el símbolo de su rectitud.»* —Se llevó la mano al pecho—. Yo soy ese enano.

Un sonido grosero llegó de la oscuridad. Alguno de los soldados rió con disimulo, entre dientes. Si Kharas lo oyó, fingió lo contrario.

—Hazle más preguntas sobre el Mazo de Kharas —apremió Sturm a Tanis, pero el semielfo sacudió la cabeza.

Flint se había sumido de nuevo en el silencio. El viejo enano jamás admitiría que empezaba a estar cansado, pero a Tanis no le pasaba inadvertido que le costaba un gran esfuerzo caminar.

—¿Cuánto queda para salir de territorio theiwar? —preguntó.

—Tenemos que cruzar aquel puente —contestó Arman al tiempo que señalaba hacia adelante—. Una vez que nos encontremos al otro lado, en Suburbios Oeste, estaremos a salvo. Entonces podremos darnos un descanso.

Una vasta caverna se abría ante ellos y la cruzaba un puente de piedra de extraña construcción. Unas estatuas de enanos talladas en la piedra flanqueaban el puente a ambos lados. Los enanos de piedra medían alrededor de metro y medio de altura y formaban un parapeto para evitar que cayeran al vacío quienes cruzaran el puente. Por el centro de éste había raíles y, a uno y otro lado, aceras para los peatones. El puente, como todo lo demás en esa parte de Thorbardin, mostraba señales de deterioro. A algunas

de las estatuas de enanos les faltaban la cabeza o los brazos, en tanto que otras estaban completamente destruidas de manera que dejaban brechas en sus filas.

—Esta caverna se conoce como Eco del Yunque porque se dice que el sonido de un martillo enano golpeando un yunque en esta cueva resonaría por toda la eternidad —les contó Arman.

—Una excelente construcción defensiva —dijo Sturm, que miraba el puente con aprobación. Miró a lo alto, pero la oscuridad no le permitía ver nada—. ¿Me equivoco al suponer que hay buhederas en el techo?

Arman Kharas parecía complacido por los elogios del caballero.

—Las hay, aunque aquí se las llama pozos de la muerte. El enemigo nunca pasó este puente. Los defensores de la Puerta Norte arrojaron por esas buhederas rocas, plomo derretido y aceite hirviendo sobre los que intentaron cruzarlo. Pocos lo consiguieron y sus esqueletos todavía yacen en el fondo de la cueva.

Flint se encrespó al oír aquello. Se paró, fruncido el entrecejo.

—No pienso cruzar —anunció.

—Ahora ya nadie sube ahí arriba —dijo Arman que malinterpretó el comentario de Flint—. No hay por qué tener miedo... —empezó en tono prepotente.

—¿Miedo? —La sangre se le agolpó en la cara a Flint—. ¡De miedo nada! Es respeto. Los míos murieron en este puente y tú dices que sus restos yacen ahí abajo sin recibir sepultura mientras sus almas vagan perdidas sin rumbo.

—También mi gente yace ahí abajo —dijo Arman—. Cuando llegue el bendito día en el que unifique los reinos, daré órdenes para que los muertos de ambos bandos sean enterrados con el respeto debido.

Esa manifestación dejó tan desconcertado a Flint que el viejo enano pareció quedarse sin palabras. Masculló algo sobre que suponía que podía cruzar, si bien no dejó de echar miradas raras a Arman.

El hylar ordenó a varios de sus soldados que se adelantaran para asegurarse de que la travesía por el puente era segura. A continuación fue él

con los prisioneros, y el resto de los soldados cerró la larga marcha a través de un extremo al otro de Eco del Yunque.

—Chiflado como una marmota —masculló Flint.

—Sí que es largo este puente —exclamó Tasslehoff con un borrasco suspiro. Caramon gruñó en señal de conformidad.

El kender no se había metido en jaleos principalmente debido al hecho de que los enanos lo habían atado con tanta eficacia que le había sido imposible soltarse. Cada vez que Tas veía algo interesante y hacía intención de desviarse, el soldado lo azuzaba en la espalda con la lanza. Caramon se preguntó cuánto duraría ese tira y afloja antes de que el kender encontrara la forma de escapar o de que el enano se sintiera tan frustrado que lo ensartara.

—Pensé que cruzar un puente con buhederas que se llaman pozos de la muerte sería muy interesante, pero no lo es. Es aburrido.

—Y en ningún momento se ha hablado de comer —rezongó Caramon—. Tengo el estómago tan vacío que está sacudiéndose alrededor de la columna vertebral. Por cierto, ¿qué comen los enanos de Thorbardin?

—Gusanos —aseguró Tasslehoff—. Como los que hay dentro de los faroles.

—¡No! —exclamó el guerrero, conmocionado.

—Oh, sí —insistió Tas—. Los enanos tienen enormes granjas donde crían unos gusanos gigantes y tienen carnicerías donde cortan filetes de gusano y chuletas de gusano y carne para guisar de gusano...

Caramon estaba horrorizado.

—Raist, Tas dice que los enanos comen gusanos. ¿Es verdad?

Su hermano, que estaba atento a la conversación de Tanis con Arman, lanzó una mirada a Caramon que dejó tan claro como si lo hubiese dicho con palabras que no lo molestara con preguntas tontas.

El guerrero se dio cuenta de pronto que ya no tenía tanta hambre como un momento antes. El kender se había pegado al parapeto e intentaba divisar el fondo.

—Si me caigo, ¿estaría cayendo hasta que saliera al otro lado del mundo? —preguntó Tas.

—Si te caes, caerás hasta que te estrelles y acabes salpicado en todas las rocas de abajo —le dijo Caramon.

—Supongo que tienes razón. —Tas miró hacia adelante, donde Flint, Tanis y Arman Kharas caminaban juntos—. ¿Oyes lo que dicen?

—Quiá —contestó Caramon—. Es imposible oír nada con todo ese pataleo de botas y golpeteo de armaduras. ¡Estos enanos hacen tanto ruido como un festival ogro!

—Y no hablemos ya del trueno —abundó Tas.

—¿Qué trueno? —preguntó Caramon, que lo miró desconcertado.

—Hace un momento se oyó un trueno. Debe de acercarse una tormenta —contestó el kender.

—Si la hubiera no se oiría desde aquí. —Caramon frunció el entrecejo—. ¿Te lo estás inventando?

—No, Caramon. ¿Por qué iba a hacerlo? He oído tronar y noté en los pies lo mismo que se siente cuando cae un rayo...

Ahora también lo oyó Caramon. El guerrero alzó la vista hacia la oscuridad.

—Eso no son truenos... ¡Raistlin, cuidado!

Arrojándose hacia adelante, Caramon derribó a su hermano y lo cubrió con su cuerpo para protegerlo justo cuando un enorme pedrusco se estrellaba en el sitio donde antes se encontraba el mago. La piedra aplastó dos estatuas de enanos y abrió una gran brecha en el parapeto antes de precipitarse en la oscuridad.

Los hylars se dispersaron cuando otro pedrusco salió lanzado detrás el primero. Ese salió desviado y pasó lejos del puente. Oyeron al primero llegar con un fuerte impacto al fondo y romperse en pedazos.

—¡Raistlin, apaga esa luz! —gritó Tanis—. ¡Que todo el mundo se eche pegado al suelo!

—¡*Dulak!* —dijo Raistlin, y la luz del cristal del bastón se apagó. Los enanos hicieron lo mismo con los faroles y quedaron inmersos en la oscuridad.

—Tampoco es que vaya a servir esto de mucho —gruñó Flint—. Los theiwars ven mejor a oscuras que con luz. Sólo es cuestión de apuntar para

dar en el blanco.

—Creía que habías comentado que el acceso a las buhederas era infranqueable —le dijo Tanis a Arman.

—Lo era. —El cabecilla enano era el único que seguía de pie y miraba hacia arriba con estupefacta indignación—. Los theiwars tienen que haberlo reparado, aunque eso es raro...

Se calló cuando otra enorme piedra cayó sobre el puente, un trecho por delante de donde él se encontraba. La piedra se rompió e hizo que el puente se sacudiera de manera alarmante.

—¡Caramon, quítate de encima! ¡No puedo respirar! —urgió Raistlin, malhumorado.

—Lo siento, Raist. —El guerrero se desplazó a un lado—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy tirado de espaldas en un puente, en medio de una oscuridad total, mientras alguien nos lanza piedras enormes. No, pues claro que no me encuentro bien —replicó Raistlin.

Otra piedra se estrelló contra el parapeto y destrozó más estatuas enanas; todos dieron un respingo.

—¡Ésa me ha pasado rozando! —informó Sturm en tono serio—. ¡No podemos quedarnos aquí hasta que nos hagan papilla!

—¿Cuánto falta para llegar a terreno seguro? —preguntó el semielfo a Arman en voz baja.

—No mucho. Sólo unos cincuenta pasos más.

—Deberíamos salir corriendo hacia allí —apremió Tanis.

—Algunos no vemos en la oscuridad como tú, semielfo —le recordó Caramon—. Me parece que prefiero acabar aplastado por una roca que caerme del puente.

Todos se pegaron más contra el suelo al oír el ruido sordo de otra gran piedra rodando en alguna parte cercana. Arman hizo un gesto a sus soldados.

—Descorred la pantalla de los faroles —les mandó.

Los enanos cumplieron la orden con presteza, y todos echaron a correr.

—Pues resulta que el puente no era tan aburrido como había pensado yo —comentó alegremente Tasslehoff—. ¿Crees que nos echarán aceite hirviendo a continuación?

—¡Corre y calla, maldita sea! —ordenó Tanis.

El kender corrió y, siendo como era ágil y al estar acostumbrado a escapar a toda prisa de todo tipo de peligros, desde alguaciles iracundos hasta amas de casa furiosas, el kender en seguida dejó atrás a todo el mundo. Caramon se movía pesadamente, sin alejarse de su hermano. Raistlin se había recogido los vuelos de la túnica y, bastón en mano, corría con rapidez. Sturm marchaba el último. No era fácil correr con las manos atadas, pero los impactos de los pedruscos les dieron un excelente incentivo para no pararse.

De pronto, tras ellos sonó un grito. Pico, el enano enfermo, había tropezado y había caído de rodillas. Arman se dio media vuelta y, al ver el aprieto en el que estaba su hermano, le tendió el Yelmo de Grallen a uno de sus soldados. Éste se encogió, sacudió la cabeza y siguió a todo correr.

—¡Yo lo cogeré! —se ofreció Flint—. Tendrás que cortar la cuerda para soltarme las manos.

Otra piedra pasó silbando y todos se agacharon en un gesto automático. Pico profirió un grito de terror cuando el pedrusco golpeó el puente muy cerca de él y una lluvia de esquirlas lo salpicó. Kharas vaciló sólo un instante y luego sacó un cuchillo, cortó las ataduras de Flint y le lanzó el yelmo. Entonces, esquivando otra piedra que chocó con la balaustrada y rebotó, regresó a toda prisa por el puente. Asiéndolo las manos de su hermano, Arman lo levantó y se lo cargó a la espalda.

Sin dejar de correr, avanzaron puente adelante. La luz verde de los gusanos de los faroles brillaba primero en un sitio y luego en otro conforme los faroles se mecían atrás y adelante. El centelleo enloquecido hacía que las estatuas de enanos dieran la impresión de estar ejecutando algún tipo de danza absurda que estimulaba la concepción macabra que su raza tenía de la muerte.

Tanis seguía de cerca a Flint, que ahora cargaba con el yelmo, por si su amigo necesitaba ayuda. Sin embargo, el viejo enano corría con fuerza,

gacha la cabeza y las piernas moviéndose a un ritmo regular. Sujetaba firmemente el Yelmo de Grallen entre los brazos y, aunque la muerte los seguía de cerca, la sonrisa de sombría satisfacción que esbozaba no presagiaba nada bueno para cualquiera que intentara quitarle el yelmo de nuevo.

Más piedras cayeron en medio de la oscuridad teñida de verde; pasaban silbando tan cerca que notaban el soplo de aire en las mejillas. Tanis ya divisaba el final del puente que llegaba a la entrada de un pasadizo en arco. La luz arrancó destellos en los barrotes y las afiladas puntas del rastrillo, que, por fortuna, estaba levantado.

Aquello espoleó al grupo y les dio nuevos bríos a los que flaqueaban. Tasslehoff llegó a la entrada el primero, seguido por los soldados enanos, que llegaron en tromba. El resto del grupo venía detrás. Raistlin se desplomó a corta distancia del acceso y su hermano tuvo que arrastrarlo dentro. Arman Kharas, cargado con Pico a la espalda, fue el último. Una vez que estuvieron fuera del puente, las piedras dejaron de caer.

—Los theiwars nos eligieron como blanco —dijo Sturm, falto de resuello.

—Su blanco era Raistlin —comentó Tanis.

Flint resopló.

—Dije que los theiwars eran perversos, no que no tuvieran sentido común —manifestó el enano.

23

El templo de Reorx
El Mazo de Kharas
Un encuentro extraño

Todos, incluso los robustos enanos, que por lo general daban poca importancia a cualquier esfuerzo físico, se echaron al suelo y se quedaron allí tumbados, jadeantes. Tanis tenía muchas preguntas que hacer, pero le faltaba el resuello.

Raistlin se recostó en la pared de la torre de guardia. La piel dorada tenía una rara tonalidad verdosa a la luz del farol; el mago había cerrado los ojos y de vez en cuando se oía el sonido rasposo de su respiración.

—No está herido, sólo exhausto —les informó Caramon.

—Todos lo estamos, no es únicamente tu hermano —replicó Sturm, malhumorado, mientras se frotaba la pierna para aliviar el calambre de un músculo—. Nos hemos pasado la mitad del día escalando una montaña. Tengo la garganta seca. Necesitamos agua y descanso...

—Y comida —abundó Caramon, que añadió precipitadamente—: Verduras o algo así.

—Esta zona sigue estando en territorio theiwar y no es segura. Un poco más adelante se encuentra el templo de Reorx —les dijo Arman—. Allí podremos descansar a salvo.

—Raist, ¿puedes seguir caminando? —Caramon miraba a su gemelo con expresión dubitativa.

—Supongo que tendré que hacerlo —contestó Raistlin, que, aún con los ojos cerrados, hizo un gesto de dolor.

—Me temo que he de pedirte que lleves de nuevo el yelmo —le dijo Arman a Flint—. El pobre Pico no puede seguir sin mi ayuda y ninguno de mis soldados quiere saber nada de eso.

—Si piensan que este yelmo es tan terrible, ¿por qué no lo arrojan por ese puente y acaban con el problema de una vez? —le preguntó Caramon a Flint.

—¿Arrojarías tú los huesos de tu padre muerto por ese puente? —le preguntó a su vez el enano a la par que le asestaba una mirada feroz—. Esté encantado o no, el espíritu del príncipe ha vuelto con su pueblo y hay que enterrarlo.

Arman insistió en que se pusieran en marcha y, entre gruñidos y gemidos, echaron a andar y cruzaron un puente levadizo que por las apariencias no se había levantado hacía muchos años. Temiendo que los persiguieran, Sturm sugirió que se intentara levantar el puente, pero Arman dijo que el mecanismo estaba oxidado y no funcionaría.

—Los theiwars no nos perseguirán —añadió.

—También dijiste que no nos atacarían —señaló Flint.

—Mi padre se enfadará cuando se entere de este asalto contra mí y mis soldados —manifestó Arman—. Tal vez esto acabe en guerra.

Dejando atrás la torre de guardia salieron a una calzada principal flanqueada por más casas y comercios vacíos. Calles y callejones partían de la calzada en diversas direcciones. No había luces ni sonidos ni indicios de que los edificios estuviesen habitados.

Raistlin cojeaba y su hermano lo ayudaba a caminar. Flint marchaba con la cabeza agachada y el yelmo sujeto con fuerza. Los pasos de Tasslehoff empezaban a flaquear. Arman salió de la calzada principal y tomó un desvío a la izquierda que los llevó a una calzada secundaria.

Ante ellos se alzaba un gran edificio. Las puertas de bronce, con el símbolo de un martillo, estaban abiertas.

—El templo de Reorx —dijo Arman.

Los soldados hylars se quitaron el yelmo al entrar, aunque parecía que lo hacían más por costumbre que por verdadero respeto o devoción. Ya dentro, los enanos se relajaron y no dudaron en ponerse cómodos; se tendieron en el suelo, donde se había levantado un altar en otros tiempos, echaron largos tragos de los odres de cerveza y rebuscaron algo de comer en las mochilas.

Arman conferenció con los soldados y después mandó a uno por delante a fin de informar a su padre. Destacó a otro para guardar la puerta y ordenó a otros dos más que vigilaran a los compañeros.

Tanis habría podido hacer la observación de que no era probable que intentaran escapar ya que ninguno de ellos tenía el menor deseo de cruzar el Eco del Yunque por segunda vez. Sin embargo, estaba demasiado cansado para discutir.

—Pasaremos aquí la noche —anunció el príncipe—. Pico no está lo bastante fuerte para viajar. Creo que estaremos bastante seguros. Los theiwars no suelen aventurarse tan lejos, pero por si acaso he enviado a uno de mis hombres para que traiga refuerzos de los Suburbios Oeste.

A Tanis le pareció una idea excelente.

—¿Podríais desatarnos al menos? —le pidió a Arman—. Tenéis nuestras armas y no tenemos intención de atacaros. Queremos hablar ante el Consejo.

El príncipe lo miró inquisitivamente y después asintió con la cabeza.

—Desatadlos —ordenó a los soldados.

A los hylars no pareció gustarles la idea, pero hicieron lo que les mandaba. Volcado con su hermano, Arman se ocupó de que tuviera algo de comer y que estuviera cómodo. Tanis miró a su alrededor con curiosidad. Se preguntó si Reorx se habría presentado ante los enanos como habían hecho los otros dioses. A juzgar por el estado desvencijado del templo y la actitud despreocupada de los enanos mientras disponían el acomodo para pasar la noche, Tanis dedujo que el dios, por las razones que fuera, todavía no había informado a los enanos de su regreso.

Según los estudiosos, la creación del mundo había empezado cuando Reorx, amigo del dios Gilean, el Fiel de la Balanza, golpeó con su martillo el Yunque del Tiempo, lo que forzó a Caos a frenar su ciclo de destrucción. Las chispas que saltaron del martillo del dios se convirtieron en estrellas. La luz de esas estrellas se transformó en espíritus a los que los dioses dieron cuerpos mortales y el mundo de Krynn para que habitaran en él. Aunque la creación de los enanos había sido siempre un tema de controversia (los enanos creían que Reorx los había creado a su imagen mientras que otros mantenían que los enanos habían aparecido como raza al paso de la caótica Gema Gris de Gargath), los enanos creían firmemente que eran el pueblo elegido de Reorx.

Para los enanos fue devastador que Reorx se marchara con los otros dioses después del Cataclismo. La mayoría se negó a creerlo y se aferró a su fe en el dios aun cuando sus plegarias no tenían otra respuesta que el silencio. En consecuencia, mientras que la mayoría de los habitantes de Krynn olvidaron a los dioses, los enanos todavía recordaban y reverenciaban a Reorx y contaban viejas historias sobre él, seguros de que algún día volvería con su pueblo.

Los enanos de Thorbardin aún hacían juramentos en nombre de Reorx; Tanis lo sabía porque había oído soltar muchos juramentos en el puente. Flint también lo había hecho desde que Tanis lo conocía, aunque Reorx llevaba ausente centenares de años. Según Flint, los clérigos de Reorx habían abandonado el mundo justo antes del Cataclismo, marchándose al mismo tiempo que otros clérigos de los dioses verdaderos habían desaparecido de forma misteriosa. Mas ¿habría ahora nuevos clérigos bajo la montaña?

Sus amigos también miraban el templo y Tanis imaginó que estarían pensando más o menos lo mismo que él; o algunos de ellos, al menos. Caramon observaba tristemente la ración de comida que Arman iba ofreciendo a cada uno de ellos.

Los enanos masticaban trozos de algún tipo de carne en salazón. Caramon miró la ración que le ofrecía con cara de hambre y luego desvió la vista hacia Tasslehoff, pensando en gusanos; con un profundo suspiro

sacudió la cabeza. Arman se encogió de hombros y le dio una gran porción a Flint, que la aceptó mientras le daba las gracias casi en un murmullo.

Raistlin había rechazado cualquier tipo de alimento y se fue a dormir de inmediato. Tasslehoff estaba sentado con las piernas cruzadas enfrente de uno de los faroles y masticaba el trozo de carne al tiempo que observaba el gusano que había dentro. Flint le había contado que el gusano era la larva de los gusanos gigantes que abrían túneles masticando la roca. Tas estaba fascinado y no dejaba de dar golpecitos en el cristal para ver cómo se retorció la larva.

—¿Crees que deberíamos hablarles del regreso de los dioses? —preguntó Sturm, que se había acercado para sentarse al lado de Tanis.

El semielfo sacudió la cabeza de forma rotunda.

—Ya tenemos problemas de sobra tal como están las cosas.

—Tendremos que sacar a colación a los dioses cuando preguntemos por el Mazo de Kharas —insistió Sturm.

—No vamos a mencionar el Mazo —dijo Tanis, cortante—. Lo que vamos a hacer es intentar que no nos metan en una mazmorra enana.

—Tienes razón —admitió el caballero tras meditar sobre eso—. Hablar de los dioses resultaría inoportuno, sobre todo cuando Reorx no se ha presentado ante ellos. Aun así, no veo por qué no podemos preguntarle sobre el Mazo a Arman. Demostraríamos tener ciertos conocimientos sobre su historia.

—Déjalo ya, Sturm —espetó Tanis y después se dirigió hacia Flint para hablar con él.

Se sentó al lado del enano y aceptó un poco de su ración.

—¿Qué le pasa a Caramon? Nunca lo había visto rechazar comida.

—El kender le dijo que era carne de gusano.

Tanis escupió la carne que tenía en la boca.

—Es carne de res en salazón —le aclaró Flint con una risita divertida.

—¿Se lo has dicho a Caramon?

—No —contestó el enano con una sonrisa maliciosa—. No le vendrá mal perder un poco de peso.

Tanis fue a apaciguar los celos de Caramon y lo dejó masticando con voracidad el duro y fibroso tasajo y jurando que le arrancaría al kender las puntiagudas orejas y se las metería en las botas. El semielfo regresó junto a Flint para acabar la conversación.

—¿Has oído a estos enanos mencionar a Reorx, aparte de cuando soltaban juramentos? —le preguntó.

—No. —Flint sostenía el Yelmo de Grallen en el regazo y tenía las manos encima, en un gesto protector—. Y tú tampoco, imagino.

—Entonces ¿no crees que Reorx haya vuelto entre ellos?

—¡Ni que fuera a hacer algo así! —resopló Flint—. Los Enanos de las Montañas dejaron a Reorx fuera de la montaña cuando nos cerraron las puertas a nosotros.

—Sturm me preguntaba si... ¿Crees que deberíamos hablarles del regreso de los dioses?

—¡A un Enano de las Montañas no le diría siquiera cómo encontrarse la barba en medio de una ventisca! —respondió, desdeñoso.

Con las manos encima del yelmo, Flint se recostó en la pared y se dispuso a dormir.

—Manten un ojo abierto, amigo mío —susurró Tanis.

Flint gruñó y asintió con la cabeza.

* * *

Tanis hacía la ronda. Sturm se había tumbado en el suelo boca arriba, con la mirada perdida en la oscuridad. Tasslehoff se había quedado dormido al lado del farol del gusano.

—Qué narices con el puñetero kender —dijo Caramon mientras tapaba a Tas con una manta—. ¡Podría haberme muerto de hambre! —Miró en derredor con disimulo—. No confío en estos enanos, Tanis —susurró—. ¿No debería quedarse alguno de nosotros de guardia?

Tanis sacudió la cabeza.

—Estamos todos agotados y hemos de presentarnos ante ese Consejo mañana. Hemos de estar alertas y tener la mente clara.

Se tumbó en el frío suelo de piedra del templo abandonado y pensó que nunca en su vida había estado tan cansado, pero aun así no pudo dormirse. Tenía visiones de todos ellos arrojados a una mazmorra para no volver a ver jamás la luz del día. De hecho, ya empezaba a sentir claustrofobia; era como si los muros de piedra lo estuvieran oprimiendo. Por grande que fuera el templo no lo era lo bastante para contener todo el aire que Tanis necesitaba. Se sentía como si se asfixiara e intentó sacudirse de encima la sensación de pánico que se apoderaba de él cada vez que estaba en sitios oscuros y cerrados.

Le dolía el cuerpo del cansancio y empezaba a relajarse y a quedarse dormido, cuando la voz de Sturm lo despertó completamente.

—Vuestro héroe, Kharas, estuvo presente en la batalla final, ¿verdad?

Tanis maldijo entre dientes y se sentó.

Sturm y Arman estaban sentados juntos al otro lado de la cámara. Los soldados enanos hacían que las paredes temblaran con sus ronquidos, pero Tanis oía la conversación de los dos con toda claridad.

—Los Caballeros de Solamnia le pusieron a Kharas ese nombre —dijo Sturm—. En mi lengua, «kharas» significa caballero.

Arman asintió varias veces con la cabeza y se atusó la barba con gesto enorgullecido, como si Sturm estuviese hablando de él en lugar de su insigne antepasado.

—Eso es cierto —manifestó Arman—. A los caballeros solámnicos les impresionó mucho su pundonor y su valor.

—¿Llevaba consigo el legendario Mazo durante la última batalla? —preguntó Sturm.

Tanis gimió para sus adentros. Habría intervenido, porque no quería que los enanos sospecharan que habían ido allí a robar el Mazo, pero era tarde para participar en la conversación; si se metía ahora, podría hacer más mal que bien, así que siguió callado.

—Kharas combatió valerosamente —relató Arman, que disfrutaba muchísimo con ello—, aun cuando se había opuesto con empeño a la guerra, porque decía que los hermanos no debían matarse unos a otros. Kharas llegó incluso a afeitarse la barba para demostrar su desacuerdo con

la guerra, y su gesto conmocionó a la gente. Llevar la mandíbula afeitada es la marca de un cobarde.

»Y eso lo llamaron algunos, porque cuando Kharas vio que los enanos de ambos bandos habían perdido por completo la razón y se mataban unos a otros por odio y por venganza, abandonó el campo de batalla llevando consigo los cadáveres de los dos hijos del rey Duncan que habían muerto luchando codo con codo. De ahí que Kharas sobreviviera a la terrible explosión que arrebató la vida a miles de enanos y de humanos.

»El rey Duncan supo de la muerte de sus hijos y cuando le llegó la noticia de la explosión y supo que incontables enanos yacían muertos en las llanuras de Dergoth, ordenó que las puertas de Thorbardin se cerraran. En su dolor, juró que nadie más moriría en esa guerra atroz.

—Dices que Duncan tenía dos hijos y que murieron en el campo de batalla y que Kharas se llevó sus cadáveres. Entonces ¿qué hay del príncipe Grallen? —Sturm se puso pálido; parecía preocupado—. No sé mucho sobre esto, pero el príncipe no murió en el campo de batalla. Su cuerpo nunca se encontró.

Arman echó una ojeada de soslayo al yelmo. Flint se había quedado dormido, pero incluso en sueños sujetaba la reliquia con fuerza.

—El Consejo decidirá si se cuenta esa historia —repuso Arman con gesto severo—. De momento no hablaremos de ese tema.

—Entonces, hablemos de cosas más agradables —dijo Sturm. Su voz enronqueció con un timbre reverente—. Toda mi vida he oído los relatos del legendario Mazo de Kharas, el martillo sagrado blandido por el mismísimo Huma Dragonbane. Me gustaría enormemente poder ver el Mazo y rendirle honores.

—Nos gustaría a todos —manifestó Arman.

Sturm frunció el entrecejo como si pensara que el enano se burlaba de él.

—No entiendo —dijo luego, envarado.

—El Mazo de Kharas se perdió. Hemos pasado trescientos años buscándolo. Sin el Mazo sagrado no se puede nombrar Rey Supremo a ningún enano, y sin Rey Supremo el pueblo enano nunca se podrá unificar.

—¿Que se perdió? —repitió Sturm, conmovido—. ¿Cómo pudisteis los enanos extraviar un artefacto tan valioso?

—No se extravió —replicó con enfado Arman Kharas—. Después de que las puertas se clausuraron, los clanes empezaron a maquinarse para derrocar al rey Duncan, porque para entonces consideraban que se había debilitado. Todos los thanes acudieron por separado ante Kharas para que los respaldara en su reclamación del trono. Kharas no quería tener nada que ver con ninguno de ellos, así que abandonó Thorbardin por medios desconocidos hacia un exilio voluntario. Permaneció ausente muchos años y, finalmente, cansado ya de viajar y lleno de añoranza por su tierra y por su gente, Kharas regresó a Thorbardin sólo para descubrir que la situación había empeorado.

»Los clanes estaban enzarzados en una guerra civil. Kharas consiguió hablar con Duncan una última vez antes de que muriera. Abrumado por la pena, Kharas llevó el cadáver del rey a la magnífica tumba que Duncan se había hecho construir. Kharas se llevó consigo el famoso Mazo. Ya te conté lo que dijo —añadió Arman—, la profecía que cumpliré.

Sturm asintió cortésmente con la cabeza, pero las profecías no le interesaban.

—Así que el Mazo está en la tumba del rey Duncan.

—Sólo son suposiciones. Kharas nunca regresó para decirlo. Nadie sabe qué fue de él.

—¿Y dónde está esa tumba?

—En lo que es la última morada de todos los enanos, el Valle de los Thanes.

Sturm se dio tironcitos del largo bigote, señal de que se sentía desasosegado. Tanis imaginaba la causa. Un verdadero caballero jamás perturbaría el sueño sagrado del noble muerto, pero su deseo de tener el Mazo era muy grande.

—Tal vez —dijo al cabo de un momento—, se me permita entrar en la tumba. Lo haría con reverencia y respeto, por supuesto. ¿Por qué sacudes la cabeza? ¿Está prohibido?

—Podría decirse que lo está —contestó Arman—. Al ver que Kharas no regresaba, los thanes y sus seguidores corrieron a la tumba, cada cual con la esperanza de ser el que reclamara como suyo el Mazo. Se entabló una lucha en el valle sagrado y fue entonces, estando la batalla en su apogeo, cuando una fuerza poderosa la arrancó del suelo y la elevó en el aire.

—¿La tumba desapareció? —Sturm estaba desolado.

—No desapareció. Podemos verla, pero no podemos llegar a ella. La tumba de Duncan está flotando a docenas de metros por encima del Valle de los Thanes.

El caballero adoptó un gesto ceñudo.

—No te entregues al desánimo, caballero —dijo Arman con complacencia—. Tendrás la oportunidad de ver el maravilloso Mazo.

—¿A qué te refieres?

—Como ya he dicho, soy el enano del que habla la profecía. Soy el destinado a hallar el Mazo de Kharas. Cuando llegue el momento, el propio Kharas me guiará hasta él y estoy convencido de que ese momento está a punto de llegar.

—¿Y por qué estás tan seguro?

Arman no quiso contestar. Declaró que estaba cansado, se acercó a su hermano para comprobar su estado y luego se tumbó en su petate.

Profundamente decepcionado, Sturm se sumió en un sombrío silencio. Tanis se quedó mirando fijamente la impenetrable oscuridad. El Mazo que necesitaban para forjar las Dragonlances había desaparecido o, si no desaparecido, sí estaba fuera del alcance de cualquiera.

Nada salía bien, por lo visto.

* * *

Flint hizo lo que Tanis le había sugerido: dormir con un ojo abierto. Y lo abrió de par en par cuando vio que un enano extraño entraba en el templo tan campante, con tanto descaro como si aquel lugar le perteneciera. No había visto un enano como aquél en toda su vida. El extraño tenía una barba magnífica, brillante y frondosa, mientras que el cabello, largo y ensortijado,

le caía en rizos por la espalda. Vestía una chaqueta azul con botones dorados, botas altas que le llegaban a los muslos, camisa con chorreras en pechera y puños y sombrero de ala ancha tocado con una pluma roja. Ante semejante aparición, Flint se sentó derecho.

Estaba a punto de dar la alarma cuando algo en la actitud arrogante y atrevida del enano se lo impidió; eso y el hecho de que el enano se encaminó directamente hacia él y lo miró con descortés fijeza.

—Eh, un momento —dijo Flint, ceñudo—. ¿Quién eres?

—Tú sabes mi nombre —respondió el enano, que siguió observándolo de hito en hito—. Lo sabes igual que yo sé el tuyo. Soy un viejo amigo, Flint Fireforge.

—¡Tú qué vas a ser un viejo amigo mío! —barbotó Flint, indignado—. Nunca he tenido un amigo que se pusiera tanto oropel. ¡Plumas, chorreras y puños de encaje! ¡Le sacarías los colores a un pisaverde de Palanthas!

—Aun así, me conoces. Me nombras a menudo. Juras por mi barba y me pides que tome tu alma si mueres. —El enano hurgó en la oscuridad y sacó un frasco de barro, le quitó el tapón, lo olisqueó y, con una sonrisa de oreja a oreja, se lo ofreció a Flint.

El fragante olor del fuerte licor conocido como aguardiente enano impregnó el aire.

—¿Te apetece un trago? —preguntó el desconocido.

Una terrible sospecha se abrió paso en la mente de Flint. Sintió necesidad de contar con algún apoyo. Tomó el frasco de barro, se lo llevó a la boca y echó un trago. El abrasador licor le quemó la lengua, le raspó el gañote, le retorció el pescuezo y bajó siseando esófago abajo hasta el estómago, donde explotó.

Flint soltó un suspiro cargado de vapores y se limpió las lágrimas.

—Bueno, ¿eh? Es de elaboración propia —dijo el enano, que añadió con orgullo—: Apuesto a que nunca habías probado algo igual.

Flint asintió con la cabeza y tosió.

El enano recuperó el frasco de barro de un manotazo, echó un trago, le puso el tapón y volvió a hacerlo desaparecer en el aire. Se puso en cuclillas

delante de Flint, que se retorció bajo la intensa mirada de los negros ojos del desconocido.

—¿Te has imaginado ya mi nombre? —preguntó el enano.

Flint sabía ese nombre tan bien como el suyo, pero el hecho de tener ese conocimiento era tan pasmoso que no quería creerlo, así que sacudió la cabeza.

—No voy a insistir más en ello —dijo el enano al tiempo que se encogía de hombros y esbozaba una sonrisa afable—. Baste decir que te conozco, Flint Fireforge. Te conozco muy bien. También conocía a tu padre y a tu abuelo y ellos me conocían a mí, igual que tú me conoces aunque seas demasiado testarudo para admitirlo. Eso me complace. Me complace muchísimo.

»En consecuencia —continuó el enano, que se echó hacia adelante y, con el índice, propinó a Flint secos golpecitos en el esternón mientras hablaba—, voy a hacer algo por ti. Voy a darte la oportunidad de ser un héroe. Voy a darte la oportunidad de encontrar el Mazo de Kharas y salvar el mundo forjando las Dragonlances. Tu nombre, Flint Fireforge, se repetirá en estancias y palacios de todo Ansalon.

—¿Dónde está la pega? Porque tiene que haber una —respondió Flint, desconfiado.

El enano prorrumpió en carcajadas y el estallido de hilaridad hizo que se doblara por la cintura. Curiosamente, ningún otro de los que estaban en el templo lo oyó. Nadie se movió.

—No te queda mucho tiempo, Flint Fireforge. Tú lo sabes, ¿verdad? A veces te cuesta trabajo recobrar el aliento, te duele la mandíbula y el brazo izquierdo... Los mismos síntomas que tenía tu padre cuando faltaba poco para el final.

—¡A mí no me pasa nada! —manifestó Flint, indignado—. Estoy tan en buena forma como cualquiera de los enanos aquí presentes. ¡O en mejor forma, si lo digo yo!

El desconocido se encogió de hombros.

—Lo único que digo es que has de pensar en el legado que dejarás al marchar. ¿Entonarán los bardos tu nombre cuando te hayas ido o tendrás

una muerte ignominiosa, solo y olvidado por todos?

—Como he dicho ya, ¿cuál es la pega? —inquirió Flint, ceñudo.

—Lo único que has de hacer es ponerte el Yelmo de Grallen —contestó el enano.

—¡Ja! —soltó Flint en voz alta. Dio con los nudillos en el yelmo que sostenía entre las manos—. ¡Lo sabía! ¡Una trampa!

—No es tal —afirmó el enano mientras se atusaba la barba con complacencia—. El príncipe Grallen sabe dónde está el Mazo. Sabe cómo llegar hasta él.

—¿Y qué pasa con la maldición? —cuestionó Flint.

—Hay peligro, no lo niego. —El enano se encogió de hombros—. Pero, claro, ¿qué es la vida sino una continua apuesta, Flint Fireforge? Hay que arriesgarlo todo para ganar todo.

Flint lo rumió unos instantes mientras se frotaba el brazo izquierdo sin ser consciente de ello. Entonces sorprendió al extraño observándolo con una sonrisa maliciosa y dejó de hacerlo.

—Lo pensaré —concedió.

—Hazlo —dijo el enano, que se incorporó, se desperezó y bostezó. Flint, en un gesto de respeto, se incorporó también.

—¿Has... eh...? ¿Has hecho esta oferta a alguien más?

—Eso es cosa mía —contestó el enano con un guiño pícaro.

Flint lo aceptó con un gruñido.

—Estos enanos... ¿Saben que estás aquí? —preguntó.

El enano asestó una mirada fulminante al templo.

—¿Acaso da esto a entender que lo saben? ¡Pandilla de consentidos! ¡Haz esto! ¡Haz aquello! Dame esto. Dame lo otro. Favoréceme a mí en vez de a él. Escucha mis preces, no escuches las tuyas. Soy digno y él no. ¡Bah!

El enano soltó un tremendo bramido. Alzó las manos al cielo y sacudió los puños a la par que bramaba otra vez, y otra. La montaña se sacudió y Flint cayó de hinojos, encogido de miedo.

El enano bajó los brazos, se alisó la chaqueta, se arregló las chorreras y recogió el sombrero adornado con la pluma.

—Puede que vuelva a Thorbardin —dijo con un guiño y una sonrisa maliciosa—. Y puede que no. Depende.

Se puso el sombrero, lanzó una mirada penetrante a Flint y, silbando una alegre melodía, salió del templo como si estuviera de paseo.

Flint continuó de hinojos.

Arman Kharas se despertó y lo vio encogido en el suelo.

—Ah, has notado el temblor de tierra —dijo—. No te preocupes, era pequeño. Carracas, los llamamos, porque hacen repicar unos cuantos platos, nada más. Vuelve a dormirte.

Arman se tumbó y se dio la vuelta; poco después roncaba de nuevo.

Tembloroso, Flint se incorporó y se limpió el sudor de la frente. Miró el Yelmo de Grallen y pensó —no por primera vez— qué se sentiría siendo un héroe. Pensó en el dolor del brazo y pensó en la muerte y pensó en no ser recordado por nadie. Pensó en los platos que tintineaban en Thorbardin.

Se volvió a tumbar en el suelo, pero no se durmió. Dejó el yelmo a un lado, con cuidado de no tocarlo.

24

Ambiciones congeladas Planes para un deshielo

Dray-yan paseaba por el cuarto mientras esperaba que Grag llegara con su informe. Pasear —igual que encogerse de hombros— era otro amaneramiento que el aurak había copiado de los humanos. La primera vez que vio al Señor del Dragón Verminaard intentando resolver problemas con paseos de una punta a otra de la habitación, Dray-yan había considerado esa práctica con desdén, una lamentable pérdida de energía física. Eso fue antes de que él se enfrentara a sus propios problemas. Ahora el aurak paseaba también.

Cuando sonó la llamada a la puerta, Dray-yan reconoció la forma de tocar la puerta de Grag y bramó la orden de entrar con la voz de Verminaard.

Grag entró y en seguida cerró la puerta tras de sí.

—¿Y bien? —demandó Dray-yan al fijarse en la sombría expresión que tenía Grag—. ¿Qué noticias hay?

—La puerta de Thorbardin está abierta y nieva en las montañas. Hemos tenido que abandonar la persecución de los esclavos.

—Lástima —dijo Dray-yan.

—¡La nieve es copiosa y húmeda y oculta todo! —adujo en su defensa el bozak—. Los dragones, tanto los Rojos como los Azules, se niegan a volar mientras nieve así. Dicen que se les acumula en las alas. No los deja ver, por lo que se desorientan y les da miedo tropezar con la vertiente de la montaña. Que si queremos dragones acostumbrados a la nieve, que mandemos venir a los Dragones Blancos, que están en el sur.

—Se los está utilizando en la campaña del Muro de Hielo. Aun en el caso de que aceptaran venir, pasaríamos semanas negociando con el Señor del Dragón Fealthas y no me sobra tiempo para malgastarlo.

—Después de tomarnos tantas molestias para atacarlos, no parece estar muy interesado por los humanos —observó Grag.

—No lo estoy. Los esclavos pueden irse al Abismo. —El aurak frunció el entrecejo y gesticuló hacia un rollo de pergamino atado con una cinta negra que estaba encima del escritorio—. He recibido una felicitación de Ariakas por duplicar la producción de hierro.

—Deberías sentirte complacido, Dray-yan —comentó Grag, que se preguntaba por qué no lo estaba el aurak.

—Te lo diré de otra forma. Lord Verminaard ha recibido una felicitación. —Además de poner énfasis en el nombre, dio la impresión de que lo masticara y lo escupiera.

—Ah —comprendió Grag.

—¡Entrar en Thorbardin fue obra mía! —despotricó—. ¡Fue idea mía! ¡Mío el tiempo empleado en negociar con esas ratas bizcas y peludas de los theiwars! ¿Y quién se lleva los laureles? ¡Verminaard! ¡Ha recibido una invitación del emperador para visitarlo en Neraka y recibir sus más expresivas gracias además de una promoción! ¿Qué voy a hacer, Grag? ¡No puedo entrar en el templo de su Oscura Majestad envuelto en esta ilusión y tampoco quiero hacerlo! ¡Yo, Dray-yan, soy quien merece esa felicitación y las gracias y la promoción!

—Siempre te queda el recurso de enviar un mensaje a Ariakas informándole que han matado a Verminaard.

—Ariakas enviaría aquí a otro Señor del Dragón humano tan de prisa que la fuerza del aire me arrancaría las escamas; tal vez esa hembra a la que

llaman la Dama Oscura. Nada la complacería más que dirigir el Ala Roja y, por lo que tengo entendido, desprecia a los draconianos. ¡Tú y yo acabaríamos trabajando en las minas de hierro si tomara el mando ella!

Dray-yan reanudó los paseos por el cuarto. Las garras de las patas dejaban marcas de arañazos en las baldosas del suelo.

—El emperador pregunta de nuevo por los esclavos huidos y por ese objeto, el martillo enano. Parece estar obsesionado con él. Quiere que yo, o mejor dicho, Verminaard, lo encuentre y lo lleve a Neraka cuando vaya. ¿Cómo se supone que voy a descubrir un herrumbroso martillo viejo? El emperador también quiere garantías de que se ha matado a los esclavos. Hay elementos peligrosos escondidos entre esa gente, asesinos elfos o algo por el estilo.

Grag observó en silencio las idas y venidas del aurak por el cuarto. En realidad le importaban un bledo las ambiciones personales de Dray-yan de convertirse en un Señor del Dragón, pero el aurak tenía razón en algo. Él también había oído algunos rumores sobre la Dama Oscura. Grag llevaba una buena vida allí y lo sabía.

—¿Qué vamos a hacer con esos esclavos? —preguntó—. Seguramente aprovecharán la nevada para intentar escabullirse sin que los veamos y llegar a la puerta de Thorbardin.

—¿Tenemos tropas en esa zona? —preguntó Dray-yan mientras se volvía hacia él.

—Algunas, pero la mayoría está apostada en los alrededores de la zona meridional de Thorbardin. No llegarían al norte a tiempo. Qué mala suerte que el ataque de lord Verminaard al valle fracasara.

Dray-yan maldijo entre dientes. Su plan de ataque —transportar tropas draconianas a lomos de dragones— había sido brillante. Él personalmente había supervisado la batalla disfrazado como el Señor del Dragón Verminaard. No le gustaba que le recordaran que su plan había sido un fiasco y no le hizo ninguna gracia que Grag lo sacara a relucir.

—¡Los humanos sabían que íbamos hacia allí! —gruñó—. Es la única explicación. Me gustaría saber cómo se enteraron.

—¿Es que no lo entiendes, Dray-yan? ¡La culpa es de lord Verminaard! —puntualizó Grag, que puso énfasis en el nombre—. El Señor del Dragón no sabía mantener la boca cerrada. No dejaba de hablar sobre su brillante idea de montar draconianos a lomos de dragones y enviarlos tras los humanos. Sus espías lo descubrieron y consiguieron avisar a los humanos, de modo que tuvieron tiempo de escapar. Será eso lo que le dirás al emperador, si es que lo pregunta.

Dray-yan captó el brillo en los ojos del bozak y pilló la idea.

—¡Tienes razón, Grag! —dijo el aurak—. La culpa fue de lord Verminaard. Prosigue con lo que me estabas diciendo. Hablábamos de nuestras tropas en la zona. ¿Qué hay de las fuerzas destacadas en el Monte de la Calavera?

—No aparecieron en el punto de encuentro acordado. O han desertado o están muertos.

—O sea —dijo Dray-yan— que debido a la chapuza de lord Verminaard ahora no tenemos suficientes soldados en la zona para impedir que esos humanos lleguen a Thorbardin.

—Lord Verminaard ha llevado realmente mal este asunto. Es una lástima —continuó Grag—, porque su Oscura Majestad sabe que fue idea tuya transportar draconianos a lomos de dragones. Está complacida contigo.

—¿De veras? —preguntó el aurak, escéptico—. Entonces ¿por qué me complica la vida? ¿Por qué no despeja el cielo de nubes y cesa la nevada para que sus dragones puedan volar?

—Los dioses menores hacen lo que pueden para combatirla —respondió Grag, desdeñoso—. Su Oscura Majestad no les presta atención. Te está dando una oportunidad para demostrar lo que vales, Dray-yan, y aunque sigues sin caerme bien...

—Lo sé. No dejas de repetírmelo.

—A pesar de ello, tu éxito sería un buen presagio para todos los draconianos. Si te convirtieras en un Señor del Dragón, todos los demás nos beneficiaríamos.

—Sí, continúa —lo animó Dray-yan.

—Lord Verminaard ya estaba en apuros por haber dejado escapar a los esclavos, para empezar. Ahora se ha metido en otro lío al fracasar en el intento de capturarlos.

—Pero Verminaard ha recibido una felicitación del emperador Ariakas por la negociación con los enanos.

—Negociación que te encargó a ti mientras él perseguía a los esclavos.

—Brillante... —murmuró Dray-yan.

—Si lord Verminaard fracasara de nuevo y a continuación de ese fracaso sufriera una muerte ignominiosa e indigna y si entonces tú saltaras a primer plano y salvaras la situación, el emperador no podría dejar de recompensarte. De eso se encargaría su Oscura Majestad.

Dray-yan se había sumido en el silencio, dándole vueltas a todo el plan; cuanto más lo pensaba, más le gustaba. Todos sus errores se los atribuirían a Verminaard. Los triunfos serían suyos. Sonriendo de oreja a oreja, palmeó al bozak en el escamoso hombro.

—¡Bien hecho, Grag! ¡Formamos un buen equipo!

—Confío en que lo recuerdes cuando seas un Señor del Dragón —fue el seco comentario de Grag, encrespadas las escamas por la irritación. No le gustaba que lo tocaran.

—¡Lo recordaré, lo recordaré! ¿Qué quieres como recompensa, Grag? —preguntó el aurak, magnánimo.

—Comandar un regimiento —repuso al instante el bozak—. Un regimiento de humanos.

—Creo que podrá hacerse —contestó Dray-yan con una sonrisa—. Y ahora, con respecto a esos esclavos...

—Podríamos atacarlos con las fuerzas que tenemos —propuso Grag—. Las tropas que arrasaron el nido de enanos gullys siguen por esa zona.

—¿Enanos gullys? —El aurak lo había olvidado.

—Los que descubrieron nuestros túneles secretos.

—Ah, éstos. No —contestó Dray-yan tras meditarlo un poco—. Lord Verminaard va a meter la pata otra vez. Va a dejar que los humanos entren en Thorbardin. —El aurak sacudió la cabeza con fingida tristeza—. Un error fatal por parte de su señoría, ¿no estás de acuerdo, Grag?

—Fatal —dijo el bozak con un chasquido de dientes.

—Por suerte para su Oscura Majestad —continuó Dray-yan mientras tomaba pluma, tinta y pergamino—, el brillante draconiano aurak que es lugarteniente de Verminaard estará a mano para salvar la situación.

25

Pesadillas
Setas gigantes
Pensamientos íntimos

Flint se despertó y se encontró con una mano descansando en el Yelmo de Grallen. La apartó bruscamente y miró el yelmo con inquietud. Recordaba con toda claridad el sueño de la noche anterior; era tan vivido que casi le parecía real. Ridículo, por supuesto. Oh, sí, todo eso de tener encuentros con los dioses estaba muy bien para Goldmoon y Elistan. Después de todo eran humanos y éstos siempre hablaban de sus dioses con confianza, como si fueran compañeros, y hacían proselitismo y compartían sus creencias religiosas con cualquiera.

Pero eso no iba con Flint Fireforge. La religión era un tema profundo y privado para el enano. Sí, quizá jurara por las barbas de Reorx de vez en cuando, pero era más una expresión de respeto y Flint no iba por ahí ensalzando las virtudes del dios a unos completos extraños. ¡Si lo hiciese, muy bien podría ocurrir que el kender decidiera venerar a Reorx!

Reorx no era un dios que metiera las narices en los asuntos privados de un enano. De igual modo, un enano no andaba dándole la lata al dios para que interviniera. Eso era lo que Flint opinaba sobre ese tema. Aunque tenía la impresión de que algunos de sus congéneres no compartían dicha

opinión. Toda esa charla sobre enanos demandando a Reorx que hiciera tal cosa por ellos o que arreglara tal otra...

Eso, si daba crédito a un extraño con ropa estrambótica que no tenía nada mejor que hacer que molestar a un tipo dormido.

Flint miró el yelmo. Se lo había cogido a Arman porque le había puesto furioso que éste se lo quitara a él. De otro modo, no tuvo más remedio que admitir Flint, no habría tocado esa maldita cosa. Porque estaba maldita, no cabía duda.

El yelmo era mágico, lo que significaba que tenían que haberlo hecho los theiwars, los únicos enanos con habilidades en la magia. Sí, el yelmo era de manufactura antigua y, según se contaba, los theiwars no habían sido tan retorcidos y perversos antaño como en la actualidad. El yelmo los había conducido a sus amigos y a él allí y les había mostrado cómo entrar por la puerta, aunque aún estaba por ver si eso era bueno o no. El yelmo no le había causado ningún daño a Sturm. En lo que a Flint concernía, que lo hubiese transformado de humano a enano era dar un paso adelante.

Con todo, el yelmo era mágico y, en opinión de Flint, no existía eso de «magia buena». No pensaba ponérselo. El enano miró hacia Tanis, que aún dormía, aunque no era un sueño profundo ni relajado a juzgar por los suspiros y murmullos del semielfo.

«Me pregunto si debería contarle lo del sueño», se planteó para sus adentros.

De todos sus amigos, Tanis era el único al que el enano consideraría siquiera decírselo. Sabía lo que dirían los demás si supieran que Reorx le había brindado una oportunidad de hallar el Mazo de Kharas. Una vez que hubiesen oído que lo único que tenía que hacer era ponerse el yelmo, Raistlin y Sturm se lo encasquetarían hasta las orejas. Contárselo a Caramon estaba descartado, porque se lo diría a su gemelo. En cuanto a Tasslehoff, ni siquiera se lo planteaba.

«No —decidió Flint—. Tampoco puedo contárselo a Tanis. Tiene a todos esos refugiados a su cargo. Jamás haría nada que me perjudicara, pero si la cosa llegara a un punto en el que tuviera que elegir, me pediría que me pusiera el yelmo...» Flint suspiró.

—¡Era un sueño! —se dijo entre dientes—. Un sueño estúpido. Como si yo pudiera llegar a ser un héroe... ¡O como si quisiera serlo!

* * *

A la mañana siguiente, Arman los despertó para ponerse pronto en camino, o al menos dedujeron que sería por la mañana, ya que no había manera de saber qué hora era. Siguieron caminando a través del reino enano y su vastedad los llenó de asombro porque parecía extenderse más y más y, en palabras de Tasslehoff, «iba arriba, abajo y a los lados».

—Thorbardin ocupa unos ochocientos kilómetros cuadrados bajo la montaña —se jactó Arman—. Hemos construido viviendas, tiendas e industrias en todos los niveles, uno sobre otro, todos ellos dispuestos a la vieja usanza. Se puede ir a cualquier ciudad de cualquier parte de Thorbardin y saber exactamente dónde encontrar qué.

Eso no habría podido demostrarlo con Tanis. El semielfo se hallaba perdido en el laberinto; para él, todas las calles, tiendas y viviendas le parecían iguales, hasta que llegaron a lo que Arman denominó «conductos elevadores», unos grandes pozos abiertos en la roca que conectaban todos los niveles. Una especie de cajas metálicas sujetas a enormes cadenas subían y bajaban entre los niveles en medio de golpeteos y ruidos metálicos. Los que querían ir de un nivel a otro (y no deseaban hacerlo por las escalas de cadenas tendidas entre los niveles) podían subir a una de las cajas y bajarse al llegar a su punto de destino.

Tanis se asomó por el borde de uno de esos conductos y se quedó estupefacto al ver los muchos niveles que había. Arman Kharas consideraba esas plataformas elevadoras una maravilla de la ingeniería enana y esperaba que los compañeros se mostraran impresionados. Sufrió una desilusión al enterarse de que ya habían visto artilugios parecidos en las ruinas de la ciudad hundida de Xak Tsaroth y manifestó, desdeñoso, que los habrían diseñado ingenieros enanos.

No subieron a los elevadores, cosa que Caramon agradeció infinito; su última experiencia con mecanismos de transporte enanos era algo que

prefería olvidar. Siguieron caminando por la que Arman llamó Calzada de los Thanes. La caminata los llevó, por la Calzada Primera, desde las viviendas abandonadas de la ciudad theiwar hasta un bosque; un extraño y fabuloso bosque situado en una enorme cueva natural que tenía el nombre de Suburbios Oeste. En aquel lugar el asombro de los compañeros alcanzó un grado suficiente para satisfacer incluso a Arman Kharas.

—¡Los árboles son hongos! —gritó Tasslehoff.

El kender aplaudió de puro placer y, sin darse cuenta, dejó caer un pequeño cuchillo que Tanis reconoció como perteneciente a Arman. Recuperó el arma con presteza y, cuando el enano estaba ocupado mostrando las maravillas del bosque de hongos, se lo deslizó con agilidad por el borde de la bota.

Raistlin, que había realizado extensos estudios sobre hierbas y plantas, estaba ansioso por inspeccionar los gigantescos hongos que se alzaban por encima de sus cabezas. Las colosales setas, otros tipos de hongos y extrañas plantas que medraban en la oscuridad, crecían en la rica marga que llenaba la zona de un olor acre y terroso. No era desagradable, pero bastó para recordarle a Tanis que se encontraba a bastante profundidad bajo la superficie, enterrado vivo.

De repente tuvo la horrible sensación de que si no salía de allí se moriría asfixiado. Sintió el pecho oprimido, gotas de sudor le perlaron la frente y sintió la urgente tentación de escapar y volver corriendo a la puerta. Ni siquiera la amenaza de las piedras cayendo sobre él lo disuadió. Se lamió los labios y miró a su alrededor en busca de una ruta de escape.

Entonces apareció Flint, firme y tranquilo, a su lado.

—¿El viejo problema de siempre? —preguntó el enano en voz baja.

—¡Sí! —Tanis se estiró el cuello de la túnica que, a pesar de quedarle flojo, no le parecía lo bastante.

Flint sacó un odre de agua que había llenado en un pozo público, cerca del templo.

—Toma, echa un trago. Intenta pensar en otra cosa.

—Otra cosa que no sea estar atrapado en una tumba —dijo Tanis, que tragó el agua fresca y se echó un poco en la frente y en el cuello.

—Anoche tuve una pesadilla —comentó Flint en tono gruñón—. Reorx se me aparecía y me ofrecía entregarme el Mazo de Kharas. Lo único que tenía que hacer era ponerme este yelmo.

—Pues pónitelo, entonces —dijo Sturm—. ¿Por qué vacilas?

Flint frunció el entrecejo, se giró para mirar hacia atrás y se encontró con el caballero pegado a sus talones.

—No hablaba contigo, Sturm Brightblade. Hablaba con Tanis.

—¡El dios de los enanos se te aparece, te dice que te pongas el yelmo y a cambio te guiará hasta el Mazo de Kharas y no pensabas contármelo!

—¡Fue un sueño! —protestó Flint en voz alta.

—¿Qué fue un sueño? —preguntó Caramon, que se acercaba a ellos. Sturm se lo explicó.

—Eh, Raist —llamó Caramon—. Será mejor que vengas a oír esto.

—¿Que vaya a oír qué? —gritó Tas mientras corría hacia allí.

Raistlin dejó de mala gana el examen de los hongos y se reunió con los demás. Sturm relató la historia y Flint volvió a puntualizar, malhumorado, que sólo había sido un sueño y que ahora lamentaba haberlo mencionado.

—¿Estás seguro de que fue un sueño? —inquirió el semielfo—. Después de todo, estábamos en el templo de Reorx.

—¿Así que dices que ahora crees en los dioses? —demandó Flint.

—No —repuso Tanis.

Sturm le dirigió una mirada de reproche.

»Pero creo que... —Tanis enmudeció.

—¿Crees que debería ponerme el yelmo? —inquirió el enano.

—¡Sí! —corearon al unísono Sturm y Raistlin. Tanis no contestó.

—El yelmo no le dijo a Sturm dónde se encontraba el Mazo —arguyó Flint.

—Sturm no es un enano —comentó Caramon, con lo que se ganó una mirada fulminante de Flint.

—¿Te pondrías tú este yelmo, pedazo de tonto?

—¡Yo sí! —gritó Tasslehoff.

Caramon sacudió la cabeza.

—Es lo que imaginé —gruñó Flint—. ¿Y bien, semielfo?

—Si encontraras el Mazo de Kharas y se lo devolvieras a los enanos te convertirías en un héroe —dijo Tanis—. Los thanes estarían dispuestos a concederte cualquier cosa que les pidieras, puede que incluso acoger en su reino a los refugiados.

—¡Oh, tonterías! —replicó Flint y se alejó echando chispas.

—Tienes que conseguir que se ponga ese yelmo, Tanis —apremió Sturm—. Uno de los soldados habla Común y le pregunté sobre el Mazo. Me dijo de forma categórica que el Mazo no existía, que sólo era un mito. Según él, Arman Kharas ha estado recorriendo el Valle de los Thanes arriba y abajo buscando la forma de acceder a la tumba. Pero si Flint sabe cómo encontrar el Mazo...

—Tiene razón, Tanis —intervino Raistlin—. Debes convencer a Flint de que se ponga el yelmo. No le hará ningún daño. No se lo hizo a Sturm.

—No, sólo se apoderó de su cuerpo y lo esclavizó —replicó el semielfo—. Lo cambió en otra persona y lo obligó a venir aquí.

—Pero después lo liberó —argumentó Raistlin al tiempo que extendía las manos como si no entendiera a qué venía tanto alboroto.

—Ya conocéis a Flint. Sabéis lo cabezota que puede ponerse. ¿Cómo sugerís que lo convenza de que se ponga el yelmo si se niega siquiera a considerar la posibilidad? ¿O queréis que lo sujetemos, lo inmovilicemos y se lo pongamos a la fuerza?

—¡Tengo cuerda en mi mochila! —ofreció Tas, deseoso de colaborar.

—Tiene que decidirlo él —manifestó Tanis—. Sabéis que cuanto más se lo presiona para que haga algo más se empeña en no hacerlo. Sugiero que lo dejemos en paz. Que dejemos que tome sus propias decisiones.

Raistlin y Sturm intercambiaron una mirada. Los dos conocían a Flint y los dos sabían que Tanis tenía razón. El mago agachó la cabeza y volvió hacia los hongos para proseguir con su estudio. Sturm echó a andar mientras se daba tirones del bigote.

Tanis deseó que el enano no hubiese comentado nada.

—Al Abismo con todo —rezongó.

Arman se acercó a él.

—Llevamos aquí mucho rato. Me han informado que el Consejo de Thanos se reunirá con vosotros.

—Qué generoso por su parte —dijo Caramon—. Iré a buscar a Raistlin y a separarlo a la fuerza de lo que esté examinando.

Caramon se alejó y por fin localizó a su gemelo a gatas y estudiando una planta de aspecto grotesco que tenía las hojas negras, el tallo púrpura y un olor a estiércol de vaca. Por fin consiguió persuadir a Raistlin para que se marcharan, aunque con la promesa de que podría volver en algún momento a seguir con sus estudios.

Raistlin habló con locuaz entusiasmo de las maravillas que había visto y se ganó el aprecio de Arman al hacerle incontables preguntas sobre el proceso de cultivo de los hongos, el tipo de tierra en el que prosperaban mejor, de cómo mantenían húmeda la tierra los granjeros enanos, etcétera, etcétera, mientras seguían calzada adelante.

Tanis pensó que, al menos, la sorprendente revelación del enano le había hecho olvidar la idea de que estaba atrapado bajo tierra.

El semielfo supuso que debería sentirse agradecido.

El bosque de hongos dio paso a campos de setas cultivadas, otros tipos de hongos y más plantas de aspecto extraño. Arman los hizo avanzar a paso rápido y no permitió que se hicieran más paradas. Los enanos de los campos dejaban de trabajar para mirarlos de hito en hito. Hasta los pequeños ponis que tiraban de arados alzaban la cabeza para echar un vistazo. Más de un enano soltó el rastrillo o el azadón y echó a correr por los campos, supuestamente para correr la voz de que por primera vez en trescientos años unos «Altos» habían encontrado la forma de entrar en la montaña.

En las zonas más populosas de Thorbardin, el sistema de vagones movidos por tracción sobre raíles funcionaba todavía. Los guardias de Arman incautaron varios y ordenaron a los enanos que viajaban en ellos que bajaran y esperaran a que llegaran otros. Ninguno de esos enanos había visto un humano en toda su vida y probablemente pensaban que su existencia era un mito, como el Mazo. Así pues, se quedaban como

clavados en el suelo y con los ojos muy abiertos. Los niños prorrumpían en sollozos, aterrados.

Casi ninguno decía nada y se contentaban con mirar boquiabiertos. Sin embargo, acá y allá unos pocos enanos hacían comentarios y todos iban dirigidos a Flint, quien, por sus ropas y el estilo de su barba, resultaba obvio que era un Enano de las Colinas. Era evidente que no era uno de ellos y en seguida se corrió la voz de que era un neidar, un enemigo.

Tanis era muy consciente de que Flint y todo su pueblo habían abrigado rencor contra Thorbardin durante trescientos años. Había esperado que los enanos de Thorbardin fueran más generosos. Después de todo, habían ganado la guerra, si es que podía hablarse de «victoria» cuando habían perecido a millares en ambos bandos. No obstante, por las miradas sombrías y los comentarios mascullados, ninguna de las dos partes estaba dispuesta a olvidar y menos aún a perdonar.

No todos los insultos iban dirigidos a los forasteros, como tampoco las piedras, una de las cuales alcanzó a uno de los soldados entre los omóplatos. No era una piedra grande y rebotó en el peto sin causar daño al soldado. Aun así, los soldados hylars se enfurecieron y querían perseguir a los malhechores, quienes habían desaparecido entre la multitud.

Arman recordó a sus hombres en tono severo que el Consejo se reunía por la tarde y que no podían retrasarse. Los soldados rezongaron pero obedecieron. Tanis tenía la impresión de que aquello sólo era una excusa. Al mirar en derredor a la multitud congregada y advertir la torva expresión en los rostros enanos, vio lo mismo que veía Arman: sus fuerzas se encontraban en inferioridad numérica y el estado de ánimo de la muchedumbre la hacía peligrosa. Lo sorprendente y preocupante era que esos enanos no pertenecían al clan theiwar.

—Problemas bajo la montaña —dijo Flint, que no pudo evitar hablar con cierto tono presuntuoso.

—Entérate de qué ocurre —pidió Tanis—. Es posible que eso influya en lo que el Consejo decida hacer con nosotros.

A Flint no le apetecía mantener una conversación con Arman Kharas, pero tuvo que admitir que Tanis tenía razón. Necesitaban saber algo de la

situación política de Thorbardin antes de presentarse ante el Consejo. Esperó a hablar con Arman hasta que todos se encontraron dentro del vagón y cuando éste ya traqueteaba por los raíles, internándose más en la montaña. Flint no estaba acostumbrado a sonsacar información a la gente y se sentía incómodo, sin saber cómo empezar. Por suerte, Arman era dado a conversar y se volvió hacia él.

—Para algunos la guerra no ha terminado —declaró, y Flint no supo si el hylar lo decía a modo de disculpa o si era una acusación.

—Para algunos no terminará nunca —repuso con acritud—. Mientras los habitantes bajo la montaña vivan a salvo y con comodidad, mientras mi pueblo trabaje la tierra y combata contra goblins y ogros para defenderla, no.

—¿Es que crees que vivimos bien aquí? —preguntó Arman con un resoplido desdeñoso.

—¿Y acaso no es así? —increpó Flint, desafiante, a la par que señalaba los campos de cultivo, las casas acogedoras y los comercios ante los que pasaban con rapidez en el vagón de transporte.

—Tiene aspecto de prosperidad —admitió Arman—, pero lo que no ves son los centenares de mineros que no tienen trabajo porque las minas de hierro se han cerrado o, mejor dicho —añadió—, sí los has visto. Eran los que lanzaban piedras.

—¡Las minas cerradas! —Flint estaba estupefacto—. ¿Por qué? ¿Se han agotado?

—Oh, tenemos mena de hierro de sobra —contestó Arman—, sólo faltan compradores. Si cada enano que vive en Thorbardin necesitara diez espadas o catorce cazos o treinta y seis ollas, nuestros productores de hierro tendrían negocio de sobra, pero eso no ocurre. Los propietarios de las minas no podían pagar a los mineros. Los enanos que no tienen trabajo no pueden pagar al carnicero, que a su vez no puede pagar al casero, que a su vez no puede pagar al agricultor...

—A nuestros hijos los están matando dragones, goblins y hombres-lagarto —interrumpió Flint, acalorado—. ¡La guerra ha estallado ahí arriba y tú te quejas porque no se puede pagar la cuenta del carnicero! En fin, he

dicho más de lo que debería. El semielfo os lo explicará cuando hable ante el Consejo.

Arman parpadeó.

—Cuéntame algo más de lo que pasa en la superficie.

Flint negó con la cabeza.

»También aquí abajo estallará la guerra —dijo Arman cuando comprendió que el otro enano no pensaba hablar—. Ya viste a esos enanos y oíste lo que nos llamaban. El Consejo sigue gobernando Thorbardin, pero la gente está cada vez más descontenta. Hace un año ningún theiwar se habría atrevido a atacar a un hylar. Ahora, con el creciente malestar entre la población, nuestros enemigos, los theiwars y los daergars, nos ven debilitados y vulnerables. —Arman se calló y luego añadió con brusquedad: — Me has preguntado qué señal tenía de que mi destino se cumpliría dentro de poco. Te lo diré. Creo que fue la apertura de la Puerta Norte.

—¿Y qué pasa con el Yelmo de Grallen? —inquirió Flint.

El semblante de Arman se ensombreció.

—No lo sé. No entiendo muy bien esa parte. —Se encogió de hombros y entonces su rostro recuperó el sosiego—. Con todo, tengo fe en Kharas. Él me guiará. Mi momento se acerca.

Flint rebulló en el asiento, incómodo. Se sentía culpable por su sueño, como si Reorx y él estuviesen tramando algo a espaldas de Arman.

«*No actúes como un viejo idiota*», se reconvino para sus adentros.

Arman Kharas se sumió en el silencio. Estaba extasiado, completamente absorto en la visión de su destino.

Los compañeros continuaron viajando por la calzada, todos ellos absortos en sus propios pensamientos y sueños.

Agarrado al borde del vagón, que se mecía de forma peligrosa sobre la vía, Caramon pensaba en Tika, se reprendía por haberla dejado ir sola y rogaba que estuviera a salvo porque sabía que se culparía de cualquier cosa que pudiera pasarle. Esperaba que lo perdonara y que entendiera, como ella misma había afirmado.

«*Raistlin me necesita, Tika* —se dijo para sus adentros una y otra vez mientras la enorme manaza se abría y se cerraba sobre el borde del vagón

—. *No puedo dejarlo solo.»*

Raistlin meditaba sobre los extraños acontecimientos que le habían ocurrido en el Monte de la Calavera. ¿Por qué sabía moverse por un sitio en el que nunca había estado? ¿Por qué había llamado a Caramon por un nombre extraño que le era del todo desconocido? ¿Por qué lo habían protegido los espectros? No tenía ni idea, pero aun así percibía una sensación en lo más hondo de su ser que no dejaba de pincharlo y no sabía por qué. Era una sensación desagradable e incómoda que lo irritaba, igual que cuando había una cosa que uno tenía que recordar, algo de vital importancia, algo que se tiene en la punta de la lengua, pero de lo que uno no acaba de acordarse.

«El Amo nos ordenó...», le había dicho el espectro. ¿Qué amo?

«*El mío no* —rechazó Raistlin para sus adentros—. *¡Por mucho que haga por mí, nadie será mi amo jamás!*»

Sturm pensaba en el Mazo de Kharas y en su larga y gloriosa historia. Conocido originalmente como Mazo del Honor, se había forjado siglos atrás en recuerdo al martillo de Reorx, y los enanos se lo habían entregado a los humanos de Ergoth como símbolo de paz. Se decía que, en cierto momento, el gran dirigente elfo, Kith-Kanan, había tenido en su poder el Mazo. Siempre se había utilizado con propósitos pacíficos y honorables, nunca para derramar sangre.

Así fue como Huma Dragonbane había buscado el Mazo y lo había puesto en manos de un famoso forjador enano al que encomendó la forja de las primeras Dragonlances. Armado con ellas, bendecido por los dioses, Huma había sido capaz de expulsar del mundo a la Reina de la Oscuridad y a sus dragones del mal, de vuelta al Abismo.

Tras aquello, el Mazo había desaparecido para reaparecer otra vez en manos de un héroe merecedor de él, Kharas, que lo había usado para intentar forjar la paz, aunque sin éxito, y ahora el Mazo estaba desaparecido.

«*¡Ojalá fuera yo quien lo devolviera a los caballeros!* —pensó Sturm—. *Llegaría ante el Comandante de la Rosa y le diría: "¡Tomad, milord, usadlo para forjar las benditas Dragonlances!" El Mazo ayudaría a los*

caballeros a derrotar al mal y así compensaría lo malo que he hecho y me absolvería de toda culpa.»

Los pensamientos de Tasslehoff eran menos fáciles de narrar al semejar una abeja achispada que va zumbando de flor en flor al buen tuntún. Más o menos sería así:

«Caramon no tendría que agarrarse a mí tan fuerte. (Indignado) ¡No voy a caerme del vagón! ¡Oh! ¡Fíjate en eso! (Excitado) Echaré un vistazo más de cerca. No, supongo que no. (Melancólico) Allá va. ¡Mira eso! ¡Más enanos! ¡Hola, enanos! Me llamo Tasslehoff Burrfoot. ¿Eso era un nabo? (Ilusionado) Arman, ¿era un nabo lo que te tiraron? Pues vaya color tan raro para un nabo. (Intrigado) Es la primera vez que veo uno negro. ¿Te importa si le echo un vistazo? Bueno, no sé por qué estás de tan mal humor. (Dolido) No te dio tan fuerte. ¡Caray, chico! ¡Fíjate en eso! (Excitado)...»

Los pensamientos de Tanis giraban en torno a Riverwind y los refugiados y se preguntaba si habrían sobrevivido al ataque de los draconianos y si estarían de camino a Thorbardin. De ser así, contaban con él para que hallara un refugio seguro allí, en el reino enano.

El semielfo recordó aquel día del pasado otoño, cuando se había encontrado con Flint en la ladera de un monte, cerca de Solace, y se preguntó —no por primera vez— cómo había llegado desde aquel momento y lugar a donde estaba ahora, montado en un transporte de manufactura enana que se desplazaba sobre ruedas oxidadas a gran profundidad bajo la superficie de la tierra, con ochocientos hombres, mujeres y niños cargados a la espalda. O cómo se había enredado en una guerra en la que nunca había tenido intención de combatir. O cómo había contribuido a traer de vuelta a unos dioses en los que no creía.

«Pero si lo único que hice fue entrar en la posada a echar un trago con unos viejos amigos», se dijo con una sonrisa y un suspiro.

Flint iba sentado con el Yelmo de Grallen bien sujeto y le parecía oír que el traqueteo de las ruedas repetía unas palabras: *«No mucho tiempo. No mucho tiempo. No mucho tiempo...»*

26

La antigua calzada enana *Huellas en la nieve*

Los refugiados avanzaban trabajosamente a través de la nieve, que para Riverwind era una bendición de los dioses. Era una nevada copiosa, de grandes copos que descendían con suavidad del cielo gris. No soplaban el viento y todo estaba en calma. Reinaba un profundo silencio, ya que la nieve amortiguaba cualquier sonido.

Riverwind temía que la nieve, a pesar de ser una bendición, también acabara siendo una maldición, pues haría que la calzada estuviera resbaladiza y recorrerla fuera peligroso. Hederick, que se encontró con que los dioses lo habían superado de nuevo en astucia, hablaba en tono ominoso de fracturas abiertas y gente que resbalaría en el hielo para ir a precipitarse a su muerte al pie de la vertiente, ya que, por supuesto, esa vieja calzada estaría en malas condiciones, rota y agrietada.

Hederick no conocía a los enanos. Cuando los enanos construían una calzada, la construían para que durase. Aunque estrecha, se conservaba intacta y se podía andar por ella sin peligro, ya que los enanos habían tenido en cuenta el hecho de que quienes la recorrieran lo harían con buen tiempo y con mal tiempo, en invierno y en verano, bajo la lluvia y bajo la nieve, con granizo y con cellisca, envueltos en niebla y aguantando fuertes ráfagas

de viento. Habían cincelado surcos en la piedra allí donde la calzada era más empinada para prevenir resbalones, y habían construido muros para que la gente no se despeñara por el borde del precipicio.

Si bien la nieve los ocultaba de sus enemigos, también impedía que se vieran unos a otros, así que la gente caminaba muy junta, sin atreverse a perder de vista a los que iban delante por miedo a perderse. Algunas veces, cuando la nevada era tan copiosa que no se veía nada excepto los esponjosos copos, tenían que detenerse y esperar hasta que los torbellinos pasaban y podían reanudar la marcha.

Con todo, llevaban un buen paso y Riverwind albergaba esperanzas de que todos hubieran dejado atrás la vertiente a la caída de la noche.

De momento no los habían atacado, y el Hombre de las Llanuras no podía evitar preguntarse por qué. Temía que su enemigo los estuviera esperando en el bosque, pero sus exploradores no habían visto hasta el momento ni rastro de draconianos, cuyas huellas habrían sido fáciles de detectar en la nieve.

—Tal vez, como les pasa a los lagartos, la sangre de los draconianos se vuelve lenta con el frío —le sugirió a Gilthanas.

Los dos caminaban cerca de la cabeza de la fila. La pinada se encontraba directamente enfrente de ellos; a través de las ráfagas de nieve alcanzaban a ver los árboles, de un verde tan oscuro que casi parecía azul. Algunos refugiados ya habían llegado al bosque y se disponían a acampar. El plan de Riverwind era que se quedaran allí, al abrigo de los árboles, mientras él se aventuraba montaña arriba para investigar el orificio y comprobar si era la puerta al reino enano.

—O quizás es que nuestros enemigos esperan a que caiga la noche —apuntó Gilthanas.

—Qué gran consuelo eres —dijo con sorna Riverwind.

—Eres tú el que insiste en mirar el diente al caballo regalado por los dioses —replicó el elfo.

—Está resultando demasiado fácil —masculló Riverwind.

En ese momento, Gilthanas resbaló en una mezcla de nieve medio derretida y hielo y habría sufrido una mala caída de no haberlo sujetado

Riverwind.

—Pues si esto es fácil, detestaría tener que afrontar lo que para ti sería difícil, Hombre de la Llanuras —rezongó Gilthanas—. Tengo la ropa empapada y los pies tan helados que ya no los siento. Casi daría la bienvenida a un dragón por su fuego.

Riverwind tiritó de golpe y no debido al frío sino a un terror sin nombre. Parpadeando para quitarse los copos de las pestañas, se giró para mirar vertiente arriba. Cuando un remolino apartó la nieve unos instantes alcanzó a ver a la gente que, en una extensa fila a lo largo del camino, avanzaba con lentitud y esfuerzo.

—Dejará de nevar pronto —predijo Gilthanas.

Riverwind estaba de acuerdo. Percibía el cambio que se aproximaba. El viento empezaba a soplar con más fuerza y arremolinaba la nieve. La temperatura era un poco más alta. Dejaría de nevar y los dragones podrían volar de nuevo.

Para cuando Gilthanas y él llegaron a los pinos, algunos de los refugiados habían preparado una gran hoguera en un claro. A Riverwind le pareció bien la zona elegida por sus exploradores para acampar. Las ramas de los pinos se entretejían en una tupida trama y formaban un dosel que hasta para los ojos de los dragones sería difícil de penetrar. Las mujeres colgaban mantas y ropas húmedas en las ramas cercanas al fuego para que se secaran y algunas, encabezadas por Tika, pensaban en lo que prepararían para cenar. Gilthanas se olvidó de sus protestas sobre el frío y habló de formar una partida de caza. Se marchó a buscar unos hombres que quisieran acompañarlo.

Tika se había recuperado de las heridas, pero Riverwind seguía preocupado por ella. La joven se encontraba entre el grupo de mujeres que hablaba de estofados, sopas y venado asado. Por lo general, la risa contagiosa de la joven habría desprendido la nieve de las ramas y habría hecho sonreír y sumarse a su regocijo a quienes estuvieran con ella. No es que no hablara, porque daba su opinión, pero se la veía desanimada y apagada. Goldmoon se acercó para ponerse al lado de su marido. Enlazó las

manos en el fuerte brazo de él y recostó la cabeza en su hombro. También ella observaba a Tika.

—No parece la misma. Tal vez no está curada del todo. Deberíamos hablar con Mishakal de ella —dijo Riverwind, pero su esposa sacudió la cabeza.

—Los dioses sanan heridas sufridas en la carne y en los huesos, pero no pueden curar las del alma. Está enamorada de Caramon y él la ama o, más bien, la amaría si tuviera libertad para hacerlo.

—Es libre —dijo Riverwind, sombrío—. Lo único que tiene que hacer es decirle a su hermano que lo deje vivir su vida, para variar.

—Caramon no puede hacer eso.

—Podría, si quisiera. Raistlin es poderoso en la magia, más de lo que hace ver. Es despierto e inteligente. Puede arreglárselas solo, no necesita a su hermano.

—No lo entiendes. Caramon sabe todo eso. Su mayor temor es que llegue el día en el que su hermano no lo necesite —musitó Goldmoon.

Riverwind resopló. Su esposa tenía razón: no lo entendía. Se volvió hacia Garra de Águila, que había esperado pacientemente cerca de ellos.

—Hemos encontrado algo que deberías ver —dijo el explorador en voz baja—. Sólo tú —añadió a la par que miraba de soslayo a Goldmoon.

Riverwind fue con él. La nieve había caído con menos intensidad en esa zona y apenas cubría el suelo con una ligera capa blanca. Tras internarse unos tres kilómetros en el bosque, llegaron a las ruinas del pueblo y los cadáveres calcinados de los enanos gullys.

—Pobres infelices —dijo Riverwind, fruncido el entrecejo en un gesto de cólera.

—Intentaron huir, no tenían intención de luchar —comentó Garra de Águila.

—No, unos gullys nunca lo harían —convino Riverwind.

—Los abatieron mientras huían de sus atacantes. Mira esto... Flechas en la espalda, cuerpos decapitados, niños despedazados. Y allí. —Señaló huellas con garras, marcadas en el barro helado—. Fueron draconianos los que hicieron esto.

—¿Algún rastro reciente de esas bestias?

—No. El ataque tuvo lugar hace días —repuso Garra de Águila—. Las cenizas están frías y los atacantes se marcharon hace mucho tiempo. Pero ven a ver algo más que hemos encontrado.

»Aquí —señaló unas huellas—. Y aquí. Y aquí y aquí. Y esto.

Apuntó hacia una cuchara doblada de latón que se había colocado con delicadeza sobre el cadáver de un niño gully, así como una ramita de pino y una pluma blanca.

—Un presente a los muertos —musitó—. Estas huellas pertenecen a un kender.

Riverwind miró alternativamente la cuchara y el pequeño cuerpo y luego sacudió la cabeza.

—Conozco esa cuchara. Pertenece a Hederick.

—Se le debió de caer —comentó Garra de Águila, y los dos hombres sonrieron.

—Las huellas de Tasslehoff están por todas partes y hay más, dos juegos de pisadas que se mantienen juntas, unas de pies grandes y las otras de pies pequeños. Aquí se ve la marca de la punta de un bastón.

—Caramon y Raistlin. Así que llegaron hasta aquí —dijo Riverwind.

—Aquí el semielfo ha dejado su habitual marca para señalar el camino y hay marcas de botas claveteadas de un enano. Y éstas son del caballero, Sturm Brightblade. Como verás, estuvieron aquí hablando durante un rato. Las huellas se hunden bastante en el barro. Después partieron en esa dirección, hacia la montaña.

—Nuestros amigos están vivos y juntos, a no ser —vaciló Riverwind y su expresión se ensombreció— que estuvieran aquí cuando los draconianos atacaron.

—Creo que no, que vinieron después. Allí puedes ver las huellas de sus pies en las cenizas. Fuera por la razón que fuera, los draconianos no llevaron a cabo esta matanza a causa de nuestros amigos. Supongo que lo harían por el mero placer de matar.

—Es posible —dijo Riverwind, aunque sin convicción. No quería decir en voz alta sus pensamientos porque, aunque no lo sabía, llevaban el mismo

curso que las especulaciones de Raistlin: que los enanos gullys habían muerto por una razón—. No contéis nada de lo que habéis visto aquí, no hay por qué preocupar a los demás. Como tú mismo has dicho, quien hizo esto hace mucho tiempo que se marchó.

Garra de Águila estuvo de acuerdo, y él y el resto de los exploradores regresaron al campamento para comer y descansar. Se pondrían en marcha muy pronto al día siguiente para emprender la subida a la montaña.

Dejó de nevar durante la noche, el aire se hizo más cálido y el viento sopló desde otra dirección, procedente del océano del oeste. La nieve empezó a derretirse y Riverwind, antes de quedarse dormido, se preocupó ante la posibilidad de que el sol brillara al día siguiente y los dragones regresaran.

Los dioses no los habían olvidado. Cuando amaneció, no se veía el sol. Una espesa niebla salía en volutas de la nieve y ascendía por encima de los pinos. Envueltos en aquel manto gris, los refugiados esperaron en el bosque mientras Gilthanas, Riverwind y cuatro exploradores subían por la cara de la montaña en dirección al agujero abierto en la ladera que quizás era o quizás no una de las Puertas de Thorbardin.

El Árbol de la Vida
El Consejo de Thanes
De mal en peor

El vagón, que avanzaba sobre la vía con un balanceo acompasado y el traqueteo de las ruedas metálicas, transportó a los compañeros hasta el corazón de Thorbardin, una caverna inmensa. Ante ellos se extendía un gigantesco lago subterráneo y, suspendida sobre sus aguas, se podía contemplar una de las maravillas del mundo.

Tan pasmosa era la vista que durante largos instantes ninguno de los amigos se movió ni habló. Caramon tragó saliva con esfuerzo. Raistlin soltó un suave suspiro. Tasslehoff se había quedado mudo, un suceso sorprendente por sí mismo. Tanis parecía incapaz de hacer nada salvo mirar fijamente. Flint se sentía conmovido en lo más hondo de su ser. Toda su vida había oído hablar de lo que ahora veía y pensar que estaba allí, el primero de su clan en trescientos años que contemplaba aquel lugar legendario, lo emocionaba profundamente. Arman Kharas salió del vagón.

—El Árbol de la Vida de Hylar —anunció mientras señalaba con un gesto histriónico—. Impresionante, ¿verdad?

—No había visto nada parecido en toda mi vida —dijo Tanis sin salir de su asombro.

—Ni lo verás —aseguró Flint con voz enronquecida y el corazón henchido de orgullo—. Sólo los enanos podrían haber construido esto.

El Árbol de la Vida de Hylar era una gigantesca estalactita que colgaba sobre el lago conocido por el nombre de mar de Urkhan. Relativamente estrecha en la punta, se ensanchaba progresivamente cuanto más cerca del techo, que estaba tan arriba que los compañeros ruvieron que echar la cabeza hacia atrás para ver los niveles superiores. Un extraño tipo de coral iridiscente que se daba en el mar había medrado en la parte externa de la estalactita, y el cálido fulgor que irradiaban de forma rítmica las miríadas de ramificaciones calcáreas iluminaban la caverna casi como si hubiera luz del día. Además, había luces que titilaban en el Árbol de la Vida por todas partes, ya que los enanos habían construido una enorme urbe en la estalactita. Ese era el legendario Árbol de la Vida, el hogar de los hylars durante muchos siglos.

Transbordadores arrastrados por cables se movían por distintas partes del lago transportando enanos de todos los clanes hacia el Árbol de la Vida o desde éste, porque, como indicaba su nombre, era el corazón palpitante de Thorbardin. Los hylars podrían afirmar que era su ciudad, pero los enanos de todos los demás clanes negociaban allí y visitaban posadas, tabernas y cervecerías presentes en todos los niveles.

Los muelles eran lugares de mucho ajetreo. Los estibadores iban y venían cargando y descargando mercancías de los transbordadores, mientras que los pasajeros esperaban en largas filas su turno para cruzar el lago.

Se había corrido la voz desde los Suburbios Oeste de que la puerta se había abierto y que a los Altos que habían entrado se los había hecho prisioneros y se los conducía a presencia del Consejo de Thanes. Una gran multitud de enanos se había reunido en los muelles para ver a los forasteros. Allí no había alborotadores como en el distrito periférico. Unos cuantos enanos fruncieron el entrecejo al verlos, ya que con Flint, el kender y el mago estaba representada la mayoría de los seres por los que sentían animosidad. Sin embargo, Flint reparó en que muchos ojos enanos se quedaban prendidos en lo que llevaba en las manos: el Yelmo de Grallen. También se había corrido la voz sobre eso. Las miradas eran sombrías,

amargas y acusadoras. Muchos enanos hicieron el antiguo signo para guardarse del mal.

Flint balanceaba el yelmo con nerviosismo. Fuera cual fuera la maldición que el yelmo portara tenía que ser muy fuerte. Esos enanos no eran unos ignorantes supersticiosos como los theiwars o los kiars de mirada demente. Eran hylars en su mayor parte, con buena educación y de mentalidad práctica. Flint habría preferido que los insultaran a voces en vez de aquel silencio cargado y ominoso que envolvía a la multitud como un paño mortuario.

Cuando Arman Kharas ordenó adelantarse a unos soldados para requisar uno de los transbordadores, Caramon lanzó una mirada preocupada a Tanis.

—¿Qué vamos a hacer con Flint? —preguntó.

—¿Qué pasa con Flint? —inquirió a su vez el semielfo, sin entender a qué venía la pregunta del guerrero.

Caramon señaló con el pulgar hacia el transbordador.

—Juró que jamás volvería a poner los pies en una embarcación.

Tanis se acordó entonces de que a Flint lo aterraban las masas de agua. Afirmaba que era culpa de Caramon, que casi lo había ahogado una vez durante una excursión para ir a pescar. El semielfo echó una ojeada inquieta a su amigo, esperando que montara una escena. Para su sorpresa, Flint observaba los transbordadores con tranquila ecuanimidad y no parecía alterado en absoluto. Al cabo de un instante, Tanis comprendió el porqué.

No había nacido enano que supiera nadar. Un enano se hundía en el agua como una piedra, como un saco de piedras. Ningún enano se sentía cómodo en el agua, y los transbordadores se habían diseñado teniendo eso en cuenta. Eran de fondo plano, largos, anchos y de sólida construcción, sin la menor concesión a mecerse, balancearse o cabecear en el agua. Asientos bajos se alineaban en los costados de madera, altos y sin ventanas, impidiendo que se viese el agua que gorgoteaba debajo.

Arman apuró a los compañeros para que subieran al transbordador porque todavía les quedaba un largo camino antes de llegar a la Sala de Consejo de los Thanes, ubicada en uno de los niveles superiores. Los

enanos que ocupaban los muelles siguieron mirándolos mientras se alejaban en el transbordador. Entonces se oyó una voz.

—Arrojad el maldito yelmo al lago y a Marman Arman con él.

Marman Arman. «Marman» en argot enano venía a ser «pirado». Flint miró a Arman con curiosidad para ver qué hacía, pero sólo le veía la espalda ya que el enano joven iba a proa, fija la mirada al frente. Tenía rígida la espalda y tensos los hombros; la barbilla apuntaba hacia adelante en un gesto de desafío. Actuaba como si no hubiese oído el malintencionado juego de palabras.

Flint cambió de postura ligeramente a fin de verle la cara. El joven enano estaba colorado, prietos los dientes. Tenía cerrados los puños, con las uñas clavadas en las palmas.

—Lo encontraré —juró. Parpadeó de prisa y en las pestañas se notó el brillo de las lágrimas—. ¡Lo encontraré!

Flint apartó la mirada, azorado, y deseó no haberlo visto. No le caía bien Arman y lo consideraba un fanfarrón y un jactancioso, pero se sorprendió al sentir lástima por él igual que la había sentido por un semielfo que no hallaba un hogar entre los elfos ni entre los humanos o como la había sentido por unos gemelos huérfanos que sólo se tenían el uno al otro para defenderse desde una temprana edad y por un joven solámnico apartado de su padre y obligado a vivir en el exilio.

Flint no equiparó a Arman con los otros de forma consciente. Desde luego no tenía intención de acudir en ayuda de ese joven enano que los había arrestado. Claro que tampoco había tenido intención de acudir en ayuda de Tanis, Sturm, Raistlin ni Caramon. Si alguien lo acusara de tal cosa, Flint lo habría negado con vehemencia. Daba la casualidad de que los gemelos eran vecinos; y daba la casualidad de que Tanis había necesitado un socio comercial. Eso era todo.

Aun así, en ese momento, Flint le tenía muchísima lástima a Arman Kharas. Si el viejo enano hubiera podido descubrir quién había lanzado el insulto, le habría dado de puñetazos.

El transbordador atracó en un muelle del Árbol de la Vida. Allí la multitud reunida era aún más numerosa, una mezcla de todos los clanes.

Los soldados habían acordonado una zona y contenían a los mirones papanatas. Los compañeros fueron recibidos con los mismos gestos ceñudos, las mismas miradas sombrías, el mismo silencio ominoso que sólo rompía la alegre voz del kender, que intentaba presentarse y dar la mano constantemente, aunque sus intentos eran fallidos porque Caramon, con cara de pocos amigos, le tiraba del cuello de la camisa y lo obligaba a volver a su lado.

Entonces, desde alguna parte en el centro de la multitud empezó a sonar un sordo retumbo que semejaba el gruñido de una bestia gigantesca con muchas gargantas. El gruñido se hizo cada vez más fuerte y más amenazador y, de repente, la muchedumbre se echó hacia adelante y empujó a los soldados, que la mantuvieron a raya entrelazando los brazos y plantando firmes los pies en el suelo de piedra.

—¡Más vale que los saques de aquí, alteza! —gritó un capitán a Arman en lenguaje enano—. Algunos son estibadores kiars y ya se sabe que los kiars están más locos que un murciélago con la rabia. No podré contenerlos mucho más tiempo.

Arman señaló hacia un conducto elevador en el que los enanos subían y bajaban por los niveles del Árbol de la Vida. Los compañeros corrieron hacia allí con los soldados hylars cerrando filas tras ellos y amagando con la punta del mango de las lanzas a los que se acercaban demasiado.

Entraron precipitadamente en las grandes plataformas que semejaban cajas metálicas, las cuales, para alivio de Caramon, demostraron ser mucho más estables que las marmitas del sistema elevador con el que habían topado en Xak Tsaroth. Apiñados en la caja junto con Arman Kharas, los compañeros observaron a la chasqueada multitud. La plataforma dio una sacudida y empezó a ascender haciendo mucho ruido y zarandeando a todos sus ocupantes.

Subieron entre traqueteos y chirridos sumidos en un tenso silencio. El mundo extraño en el que se encontraban, la opresiva oscuridad, los peligros a los que ya habían tenido que enfrentarse y el hostil recibimiento empezaban a hacer mella en todos ellos.

—Ojalá no hubieses encontrado jamás este yelmo —dijo Flint de repente, con una mirada fulminante a Raistlin—. ¡Siempre metiendo la nariz donde no debes!

—No me culpes a mí —replicó Raistlin—. Si el necio caballero hubiese hecho caso de mi advertencia y no hubiese metido la nariz en el yelmo...

—No estaríamos ahora aquí, en Thorbardin —arguyó Sturm con voz gélida.

—No, estaríamos en otra parte —repuso a su vez Flint con mordacidad—. ¡En algún sitio donde la gente no quisiera degollarnos!

—Deja en paz a Raistlin, ¿quieres, Flint? —intervino Caramon, encrespado—. ¡No hizo nada malo!

—No necesito que me defiendas, Caramon —dijo Raistlin, que añadió con aspereza—: Por mí, os podéis ir todos al Abismo.

—Pues yo siempre he querido ir al Abismo —parloteó Tasslehoff—. ¿A ti no te gustaría ir, Raistlin? ¡Tiene que ser horrible! Maravillosamente horrible, quería decir.

—¡Cierra el pico, cabeza de chorlito! —gritó Flint.

—Eso es un buen consejo para todos nosotros —comentó Tanis en voz baja.

Estaba apoyado contra el costado de la plataforma elevadora, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada. Todos supieron de inmediato qué estaba pensando: en los refugiados, que eran responsabilidad del grupo; esa gente contaba con ellos para hallar un cobijo seguro. Tal vez los refugiados estaban huyendo de sus enemigos en ese mismo momento para salvar la vida, con la esperanza de sobrevivir puesta en ellos, y el recibimiento que tendrían serían multitudes furiosas, espadas, lanzas y rocas arrojadas desde la oscuridad.

Sturm, frustrado, se retorció el bigote mientras Caramon enrojecía al sentirse culpable. Tasslehoff abrió la boca, pero la volvió a cerrar cuando Raistlin le posó una mano en el hombro, en un suave gesto de reconvención. Flint siguió con la vista clavada en el suelo de la plataforma, ceñudo, en una firme negativa a mirar a ninguno ya que suponía, acertadamente, que todos estaban pendientes de él.

Y del Yelmo de Grallen. El Yelmo de Grallen maldito.

La caja metálica ascendió más y más por el conducto elevador sin dejar de hacer ruido. Cuando la plataforma se paró finalmente con una sacudida, se encontraron en uno de los niveles superiores de la estalactita. Allí, según Arman, estaba la Sala de Thanes, donde el Consejo se reuniría ese día para considerar la destrucción de la puerta y el regreso de un fantasma.

Los thanes de Thorbardin
Oscuros aliados

Tanis y los otros no podían saber que al entrar en la Sala de Thanes se metían en una trampa porque, ignorado por todos, incluidos los otros thanes, la reina Takhisis había seducido a uno de los suyos y lo había convencido para que se uniera a su maléfica causa.

El Consejo de Thanes gobernaba Thorbardin, como lo había venido haciendo durante siglos. Cada uno de los grandes clanes enanos —hylar, theiwar, neidar, kiar, daewar, daergar y aghar— tenía asiento en el Consejo.

Los hylars, debido a su educación y cualidades innatas para la diplomacia y el liderazgo, llevaban mucho tiempo siendo el clan dominante de Thorbardin. Aunque en la actualidad no había un Rey Supremo, los hylars, bajo el liderazgo de su thane Hornfel, mantenían el control nominal de los clanes y trabajaban con empeño para evitar que estallara una guerra civil bajo la montaña. Con el cierre de las minas, Hornfel comprendió que la única salvación para los enanos sería restablecer el contacto con el mundo y, en consecuencia, abrir las puertas. Por desgracia, los propios hylars estaban divididos en cuanto a eso, algunos a favor de aventurarse en el mundo y otros convencidos de que el mundo era un lugar peligroso y que lo mejor era dejar clausuradas las puertas.

Los neidars habrían sido los únicos que, mucho tiempo atrás, podrían haber disputado a los hylars su predominio en Thorbardin, pero las cavernas en el interior de la montaña resultaron demasiado restrictivas para la naturaleza inquieta de los neidars y demasiado abarrotadas para su gusto. Mucho antes del Cataclismo, los neidars se habían marchado de Thorbardin para viajar por el mundo. En la superficie trabajaron como artesanos y cultivaron la tierra, recogiendo cosechas y cuidando animales que no podían vivir en la perpetua oscuridad del interior de la montaña. Los neidars y el resto de los clanes habían seguido llevándose bien hasta que el Cataclismo azotó el mundo y lo cambió para siempre.

Cuando el hambre y la peste empezaron a ser una amenaza para el reino de la montaña, el Rey Supremo, Duncan, creyó que los neidars sobrevivirían por sí mismos y tomó la desesperada decisión de clausurar las puertas. Los neidars se enfurecieron. También ellos se enfrentaban a la hambruna y las enfermedades y, lo que era peor, sufrían los ataques de goblins, ogros y humanos desesperados. Rompieron las relaciones con los enanos bajo la montaña y les declararon la guerra con resultados desastrosos. Los neidars seguían teniendo su asiento en el Consejo a pesar de que no se había ocupado durante siglos.

Los kiars eran gentes vesánicas y algunos cuchicheaban que Reorx les había echado una maldición cuando pilló a un kiar haciéndole trampas en una partida de dados. Una vena de locura aquejaba al clan. En cada familia kiar al menos uno de sus miembros estaba total o parcialmente loco. Por ello, los kiars tendían a ser reservados, cosa que no les venía mal porque eran muy diestros en el manejo de los gusanos urkhans que excavaban los túneles, en la explotación de granjas y en el pastoreo de animales. Los hylars se consideraban protectores de los kiars y éstos, a cambio, se habían comprometido a respaldar a los hylars en todo lo que hacían.

Si a los kiars los había maldecido Reorx, los daewars eran sus predilectos... O eso era lo que afirmaban ellos. Con tendencia al fanatismo en cualquier actividad o profesión que escogieran, los daewars se veían como los elegidos del dios, y muchos del clan se habían hecho clérigos dedicados a Reorx. Habían construido templos magníficos con lujosos

enseres, y los altos honorarios marcados por los servicios de los sacerdotes daewars habían sufragado la construcción de templos aún más grandiosos.

Cuando los dioses abandonaron el mundo, los daewars se sintieron destrozados y consternados. Algunos de los suyos, clérigos verdaderos, desaparecieron por entonces. Los que se quedaron perdieron sus poderes para sanar las enfermedades que asolaban el reino o para echar conjuros de nutrición a las cosechas. Los otros enanos empezaron a echar la culpa de su infortunio a los daewars y atacaron sus templos. Temerosos de que sus maravillosos templos fueran destruidos, los daewars aseguraron que Reorx y los otros dioses aún seguían por el mundo, sólo que rehuían a la gente.

Los sacerdotes daewars continuaron con su rutina diaria y mantuvieron encendido el fuego en los templos de Reorx, le pidieron que escuchara sus plegarias y, en algunas ocasiones, creaban sus propios «milagros» en un intento de demostrar que había respondido a las súplicas. Los fieros soldados daewars —tan fanáticos en la batalla como lo eran sus clérigos en sus creencias— se encargaron de que otros clanes no entraran en su territorio.

A medida que pasaba el tiempo, todos salvo los más fanáticos dejaron de creer en los dioses. Algunos recurrieron a cultos que veneraban todo, desde una sagrada rata albina hasta una formación rocosa fuera de lo normal.

Muchos daewars se dedicaban a la vida militar y su clan tenía la fuerza combativa más disciplinada, aguerrida y mejor entrenada bajo la montaña. Aunque excelentes guerreros, los daewars no destacaban por su inteligencia o creatividad. Como rezaba el dicho: «La barba les crecía en el cerebro.»

Los daergars era una rama del clan theiwar y sus semejantes aún los consideraban enanos «oscuros». A los daergars se los acusó de haber conspirado contra los hylars durante la Guerra de Dwarfgate y fueron desterrados por el rey Duncan a las zonas más profundas de la montaña. Eso no fue una penalidad para los daergars, ya que llevaban mucho tiempo trabajando como mineros y eran habilidosos en descubrir y extraer los valiosos filones, ya fueran de hierro, de oro o de plata.

La pérdida de los ingresos de la minería asestó un duro golpe a la economía de los trabajadores, y los daergars se habían hundido en la miseria y la degradación. Matones y pandillas se adueñaron de las calles del territorio del clan a medida que los enanos empobrecidos se buscaban la vida por cualquier medio, casi siempre deshonesto.

Los daergars culpaban de sus problemas a los hylars y creían que el cierre de las minas era un complot para destruirlos. Elthane hylar, Hornfel, temía que los daergars y los theiwars planearan unirse con la intención de derrocar al Consejo y hacerse con el control de Thorbardin. Hornfel hacía todo lo posible para ser conciliador con los dos, pero en lugar de conseguir su propósito el resultado había sido que ahora lo consideraran débil.

Resultó que Hornfel había actuado demasiado tarde. Theiwars y daergars no planeaban aliarse, sino que ya lo habían hecho y además tenían nuevos y poderosos aliados que los ayudaban en su causa.

Los aghars, conocidos como enanos gullys, también tenían un asiento en el Consejo, para la perplejidad general del resto de Krynn. Denigrados por todas las razas, ignorantes hasta la saciedad y notoriamente cobardes, los gullys no eran verdaderos enanos; al menos eso era lo que los enanos aseguraban siempre. Se decía que los gullys tenían algo de sangre gnoma (cosa que, por supuesto, los gnomos negaban). En cuanto a las razones de que los aghars hubieran recibido un asiento en el Consejo, era algo que databa de los primeros tiempos, cuando Thorbardin aún se estaba construyendo.

En aquel entonces, el clan de los theiwars era el que dirigía a los Enanos de la Montaña. Sin embargo, al ver que los hylars ganaban poder, los theiwars quisieron asegurarse la mayoría en el Consejo. Como habían aterrorizado e intimidado a los gullys durante mucho tiempo, los theiwars creían que seguirían coaccionándolos y los forzarían a apoyar cualquier medida que propusieran ellos. Los theiwars insistieron en que se diese un asiento a los aghars y privilegios de derecho a voto en el Consejo.

Los hylars vieron la argucia de los theiwars e intentaron impedirlo, pero los theiwars argumentaron astutamente que, si a los aghars se los excluía del Consejo, otros clanes los seguirían después. Eso encolerizó a los

impulsivos daergars y asustó a los inseguros kiars. Los hylars no tuvieron más remedio que ceder y, en consecuencia, aunque los enanos gullys no tenían ciudad debajo de la montaña, sino que plagaban todas sus áreas como las ratas que eran el artículo básico de su alimentación, recibieron un asiento en el Consejo. Por desgracia para los theiwars, los gullys acabaron respaldando la causa de los hylars la mayoría de las veces porque a los hylars les daban lástima y eran buenos con ellos (al menos, según pautas de los gullys).

Un octavo asiento estaba destinado al reino de los muertos. Los enanos veneraban a sus antepasados y, aunque ese asiento estaba siempre vacío, tenían la profunda convicción de que sus muertos eran una parte integral de la vida enana y no se los debía relegar.

Había un noveno asiento destinado al Rey Supremo, uno de los thanes elegido por el Consejo. Ese asiento también permanecía vacío desde hacía trescientos años. Según Arman Kharas, no podía haber un Rey Supremo a menos que se encontrara el Mazo de Kharas. Eso, quizá, sólo fuera una excusa. Había habido Reyes Supremos en tiempos anteriores al Mazo. Dado el estado actual de descontento social, ningún clan era lo bastante fuerte para reclamar la soberanía. Uno de los thanes estaba situándose en posición de remediar esa situación.

Realgar de los theiwars era un enano peligroso en extremo, mucho más peligroso de lo que nadie sospechaba. Ello tenía en parte que ver con su aspecto, porque era flaco, huesudo y más bajo de lo normal. Su familia había sido una de las más pobres entre los menesterosos, hasta el punto de que envidiaban a los gullys. El hambre había frenado su crecimiento, pero también le había aguzado el ingenio.

Había escapado de la pobreza vendiéndose a un hechicero theiwar para el que realizó diversos actos infamantes, entre ellos hurtar y asesinar. Entre paliza y paliza, Realgar recogía ansiosamente fragmentos de la ejecución de conjuros que el hechicero iba dejando caer. Despierto y astuto, Realgar alcanzó en seguida más destreza en la magia oscura que su maestro. Se vengó del hechicero, se trasladó a la vivienda del fallecido maestro y trabajó con ahínco para convertirse en el enano más temido —y por

consiguiente el más poderoso— del clan theiwar. Se autoproclamóthane, pero no se conformó con eso. Realgar estaba decidido a coronarse Rey Supremo. Los theiwars volverían a gobernar bajo la montaña.

Sin embargo, no tenía medios para cumplir el alto objetivo que se había marcado. Los theiwars no eran guerreros experimentados. No sabían nada sobre disciplina y nunca se conseguiría agruparlos en una unidad de combate cohesiva. Ni era propio del carácter egoísta theiwar concebir el concepto de sacrificar la propia vida por una causa. A los theiwars se les daba bien apuñalar por la espalda, usar la magia negra contra los enemigos, raptar y robar. Y si bien esas habilidades resultaban útiles para ayudarlos a sobrevivir y mantener el control de su territorio, nunca derrotarían a los poderosos hylars o a los fieros daewars. Al parecer, los theiwars habrían de vivir sujetos al dominio del detestado Hornfel para siempre.

Realgar rumió sus ambiciones rotas durante años, hasta que, por fin, sus lamentos llegaron a oídos de alguien que buscaba almas oscuras y descontentas. La Reina de la Oscuridad se le apareció a Realgar, y el theiwar se postró ante ella. Takhisis le brindó ayuda para que sus aspiraciones se cumplieran a cambio de unos cuantos favores. Favores que no fueron difíciles de realizar y, de hecho, beneficiaron a los theiwars. Realgar no tuvo ningún problema para cumplir su parte del trato y, hasta ese momento, Takhisis había cumplido con su parte también.

Realgar había abordado althane de los daergars, un enano conocido por el nombre de Ranee, y le hizo una proposición. Realgar había encontrado un comprador para el hierro de las minas daergars cerradas. Quería que se reabrieran unas cuantas, las que estaban ubicadas en lo más profundo de las cavernas laberínticas del territorio daergar. Los mineros volverían a trabajar, pero lo harían en secreto.

A cambio de esto y la promesa de parte del poder cuando Realgar se convirtiera en Rey Supremo, Ranee prometió construir un túnel secreto a través de las montañas que condujera a Pax Tharkas, en la actualidad gobernada por el Señor del Dragón Verminaard. Todo aquello había de hacerse sin que lo supiera ninguno de los otros thanes.

Ranee era un enano corpulento y no muy despierto que era thane porque su banda de matones era la que tenía el mando en ese momento. Le daba igual quién fuera el Rey Supremo siempre y cuando él sacara tajada de los beneficios. Por ello, construyó túneles secretos que conducían a Pax Tharkas. A espaldas de Hornfel, Realgar y Ranee fueron los primeros en reabrir las puertas de Thorbardin, y la primera persona que entró en el reino fue el Señor del Dragón Verminaard.

El trato se cerró. A cambio de enviar un ejército de draconianos para que los ayudara a derrotar a los hylars, los theiwars y los daergars accedieron a vender hierro a Pax Tharkas, así como armas de acero, entre ellas espadas y mazas, martillos y hachas de guerra, moharras y puntas de flecha. Fue un golpe de suerte para lord Verminaard que eso ocurriera en el momento más oportuno, aunque no vivió para saberlo.

Así las cosas, Dray-yan pudo mantener el suministro continuo de hierro y proporcionar a los ejércitos de los Dragones excelentes armas.

Las tropas de draconianos ya habían entrado por el túnel secreto. Realgar estaba casi preparado para lanzar su ataque, cuando la apertura de la Puerta Norte y la llegada de forasteros desbarató su plan. Había intentado matar a los Altos él mismo con la esperanza de librarse de ellos antes de que otros conocieran su presencia en Thorbardin. Los ingenieros draconianos habían reparado y reconstruido los pozos de la muerte del Eco del Yunque. Se suponía que su trabajo era un secreto, ya que el comandante draconiano se proponía utilizar las buhederas en caso de una invasión del ejército hylar.

Realgar no tenía tiempo para secretos, así que envió a sus theiwars allí arriba con órdenes de tirar grandes piedras por los pozos de la muerte hasta el puente.

Resultó que hacerlo no era una tarea tan sencilla como Realgar había supuesto. Los theiwars no eran físicamente fuertes y les costó trabajo situar las piedras en posición. No veían a sus blancos —la luz mágica del bastón del mago los había cegado cada vez que se asomaron por el borde de las buhederas— de modo que más que apuntar para hacer blanco las habían dejado caer al azar. Los Altos habían escapado y Realgar se encontró

metido en problemas con el comandante de los draconianos, un detestable lagarto llamado Grag, que lo abroncó por haber desvelado una de sus mejores ventajas estratégicas.

—Puede que tu acción nos cueste una guerra —lo había increpado Grag fríamente—. ¿Por qué no nos mandaste llamar a mis soldados y a mí? Nos habríamos ocupado rápidamente de esa escoria. De hecho, se te habría recompensado. Esos criminales fueron los instigadores de la revuelta de los esclavos humanos y se ha puesto precio a sus cabezas. Ahora, por tu chapucería, están en pleno corazón de Thorbardin, fuera de nuestro alcance. ¿Quién sabe qué perjuicios pueden ocasionarnos?

Realgar se maldijo por no haber llamado a los draconianos para que lo ayudaran con los Altos. Tendría que haber imaginado que existía recompensa por ellos, pero lo ignoraba hasta que Grag lo dijo.

—Esos esclavos huidos vienen hacia Thorbardin —continuó el comandante draconiano, que estaba que echaba chispas—. Tienen intención de entrar para pedir asilo. ¡Tenéis ochocientos humanos ahí fuera, prácticamente en la puerta!

—No serán ochocientos guerreros, ¿verdad? —preguntó Realgar, alarmado.

—No. Alrededor de la mitad son niños y viejos, pero los hombres y algunas de las mujeres son combatientes aguerridos y tienen uno o dos dioses de su parte. Dioses débiles, por supuesto, pero han resultado ser un engorro para nosotros en el pasado.

—Confío en que no estés diciendo que les tienes miedo a unos pocos centenares de esclavos humanos y a sus insignificantes dioses —dijo Realgar con una mueca burlona.

—Puedo ocuparme de ellos —replicó Grag, severo—, pero eso significará dividir las fuerzas, combatir una batalla en dos frentes con la posibilidad de encontrarnos flanqueados en ambos.

—Aún no han entrado en la montaña —manifestó Realgar—. Necesitarán el permiso del Consejo para hacerlo y eso es algo que no se concederá así como así. He oído comentar que han traído consigo un artefacto maldito, conocido como el Yelmo de Grallen. Ni siquiera Hornfel

es tan blando ni tan estúpido como para permitir que ochocientos humanos entren tranquilamente en Thorbardin. ¡Y menos si están malditos! No te preocupes, Grag. Estaré en la reunión del Consejo y haré lo que sea menester para asegurarme de que nuestros planes sigan adelante.

Realgar había enviado a sus informadores para que corrieran la voz de que los forasteros traían con ellos el yelmo maldito de un príncipe muerto. Todo el mundo conocía la tétrica historia, aunque hablar de ello públicamente había sido prohibido por los hylars durante trescientos años. Habiendo hecho todo lo posible para poner a la gente en contra de los forasteros, Realgar se dirigió a la reunión del Consejo.

El hechicero theiwar no vestía túnica. Realgar era un renegado, como lo eran casi todos los hechiceros enanos. No sabía nada de las Ordenes de la Alta Hechicería. Ni siquiera sabía que su magia le llegaba como un don de un dios de la oscuridad, Nuitari, al que le caían bien esos sabios enanos. Realgar no tenía libros de conjuros, porque no sabía leer ni escribir. Ejecutaba los hechizos que su maestro había realizado en su presencia y que a su vez había aprendido de su maestro antes y así sucesivamente, remontándose en el tiempo.

Realgar llevó puesta armadura a la reunión del Consejo, una pieza de excelente manufactura ya que los theiwars tenían habilidad para trabajar el metal. El yelmo era de cuero e iba equipado con cristal ahumado en las ranuras de la visera a fin de protegerle los ojos sensibles a la luz. La máscara tenía la ventaja adicional de impedir que los demás le vieran la cara, que recordaba la de una comadreja porque tenía la nariz larga y fina, los ojos muy pequeños y la barbilla retraída, cubierta por una barba rala.

Elthane theiwar ni siquiera había entrado en la Sala de los Thanés, cuando Ranee le salió al paso.

—¿Qué sabes de esos Altos? —demandó.

—¡Baja la voz! —susurró Realgar, que apartó a Ranee a un lado.

—¡He oído que esos Altos entraron por la Puerta Norte y pasaron a través de tu territorio! Han traído el yelmo maldito. ¡Y entre ellos hay un hechicero y un neidar! ¿Por qué les permitiste entrar? ¿Por qué has dejado que lleguen tan lejos? ¿Qué supone esto para nuestros planes?

—Si te callas un momento, podré decírtelo —increpó Realgar—. Yo no los dejé entrar. Destruyeron la puerta, lo que ya los señala como delincuentes. En cuanto al yelmo, puede que sea una maldición para los hylars y una bendición para nosotros. Mantén la boca cerrada y haz lo que yo te indique.

A Raneë no le gustaba aquello, porque no confiaba lo más mínimo en el theiwar. De haberse encontrado solos, habría acosado a Realgar hasta tener respuestas a sus preguntas, pero Hornfel había llegado y lanzaba miradas desconfiadas en su dirección. No podían dejarse ver en una actitud confidencial en exceso. Mascullando entre dientes, Raneë entró en la Sala con sonoras zancadas y fue a ocupar su asiento en el trono de los daergars. Realgar hizo lo mismo en el de los theiwars.

Iba a dar comienzo la sesión del Consejo de Thanës.

29

El Yelmo de Grallen habla Flint hace una apuesta

La Sala del Consejo de Thanes era una construcción grandiosa en una de las murallas exteriores del Árbol de la Vida. Unos soldados hylars, con uniformes de gala, condujeron a los compañeros a través de una puerta doble de bronce a una sala larga e imponente, flanqueada por columnas. Al otro extremo de la sala había un estrado de planta curva en el que descansaban nueve tronos. Esos tronos estaban tallados en marfil estriado, cada uno de color diferente en una gama que iba del blanco al gris, del rojizo castaño al verde. El trono que pertenecía al reino de los muertos se había tallado en obsidiana negra. El noveno trono, situado en el centro del arco, era de mayor tamaño que el resto y estaba tallado en mármol blanco puro, con adornos en oro y plata.

Los soldados formaron dos hileras a lo largo de las columnas. Arman Kharas condujo a los compañeros hasta una zona en forma de rotonda, delante de los tronos. Una vez allí, la persona que se dirigiera al Consejo le hablaría al Rey Supremo, cuyo trono tendría enfrente, con los otros thanes observando a uno y otro lado. Puesto que no había Rey Supremo, la persona que tuviera que hablar estaría situada en el centro de la sala para mirar a todos los thanes al mismo tiempo o de otro modo habría de girar la cabeza

continuamente a uno y otro lado para dirigirse a todos los thanes, cosa que lo dejaría en bastante desventaja.

Flint iba delante de sus compañeros, con el Yelmo de Grallen en las manos. Se había producido un fugaz altercado entre Arman y él antes de entrar en la Sala respecto a cuál de los dos debería llevar el Yelmo. Para ser sincero, Flint no quería tener nada que ver con el maldito objeto y habría renunciado a él de buen grado, pero se había sentido herido en su orgullo y no estaba dispuesto a dejar que lo llevara el hylar. Además, en un rincón de su pensamiento siempre tenía presente la promesa de Reorx.

Arman Kharas tampoco quería el yelmo. Había pedido llevarlo porque se sentía comprometido por el honor a hacerlo, de modo que, en un gesto de gentileza, no insistió y manifestó que temía que un altercado condujera a un derramamiento de sangre.

Tanis iba detrás de Flint, con Sturm a su lado. Raistlin y Caramon los seguían, con Tasslehoff entre ambos. El mago había amenazado con lanzarle un conjuro de sueño en cuanto abriera la boca para hablar y, aunque por lo general a Tasslehoff le habría parecido una fantástica perspectiva ser hechizado, no quería perderse nada de lo que pudiese ocurrir con los enanos, así que estaba en un dilema. Al final decidió que podían hechizarlo cualquier otro día, mientras que presentarse ante el Consejo de Thanes era una oportunidad que se presentaba una vez en la vida, de modo que se dispuso a hacer el esfuerzo heroico de mantener la boca cerrada.

Los thanes se encontraban sentados en los tronos y mostraban un aparente sosiego a pesar de que la apertura de la puerta y la llegada del yelmo maldecido habían supuesto una conmoción. El único que estaba realmente imperturbable era elthane de los aghars, el Gran Bulp del clan bulp, que estaba profundamente dormido. Y siguió dormido durante casi todo el proceso, ya que sólo se despertó cuando un ronquido especialmente sonoro lo despabiló. Cuando ocurrió esto, parpadeó, bostezó, se rascó y volvió a dormirse.

Flint observó a los thanes conforme Arman Kharas se los presentaba y tomó nota mental de cuál podría ser amistoso y cuál peligroso. Hornfel de los hylars era un enano de semblante majestuoso y porte noble, serio y

digno. Su expresión se tornó preocupada cuando miró a Flint y después sombría, al contemplar el yelmo.

El theiwar, Realgar, cuyo trono se hallaba en lo más oscuro de las oscuras sombras, los contempló con ceñudo desagrado, al igual que el thane daergar, Ranee. A Flint no le sorprendió aquello, ya que los enanos oscuros odiaban a todo el mundo. Lo que lo intranquilizó fue el aire de satisfacción que emanaba del theiwar. Flint no distinguía los ojos de Realgar tras el cristal ahumado del yelmo, pero una mueca burlona le curvaba las comisuras de los labios, algo que a Flint le resultaba perturbador; era como si Realgar supiera algo que el resto ignoraba. Flint decidió no quitar ojo al theiwar.

El cabecilla de los daewars, Gneiss, ofrecía una estampa muy imponente con toda la parafernalia de combate, pero al parecer era todo cuanto se podía decir de él. Tufa, del clan kiar, tenía la misma apariencia enajenada que todos los kiars, incluso los que estaban en sus cabales. Tufa no dejaba de echar ojeadas inquietas a Hornfel, como si esperara a que le dijera lo que tenía que pensar. Ranee, de los daergars, sería enemigo de los neidars por la mera razón de que siempre había sido así y siempre lo sería. La cuestión era si los daergars estaban aliados con los theiwars en fuera cual fuera la maldad que estuvieran tramando.

Acabada la presentación de todos los thanes, Flint hizo una respetuosa reverencia al trono vacío del reino de los muertos y luego se inclinó con aire desafiante ante el otro trono vacío, el que pertenecía a los neidars. Hornfel presenció eso último con actitud seria mientras que Realgar soltaba un resoplido desdeñoso, con lo que sacó de su sueño al Gran Bulp, que rezongó antes de volver a hacerse un ovillo en el trono y dormirse otra vez.

—Soy Flint Fireforge —empezó Flint con las presentaciones, y se giró hacia Tanis—. Y éste es...

—¿Por qué no están encadenados con grilletes estos criminales? —interrumpió Realgar—. Han destruido la Puerta Norte. Son asesinos y espías. ¿Por qué no están en una mazmorra?

—No somos espías —replicó Flint, furioso—. Somos portadores de noticias urgentes y una advertencia del mundo que hay más allá de la

montaña. La reina Takhisis, a la que los enanos conocen como el Falso Metal, ha regresado del Abismo trayendo consigo sus dragones del mal. Ha creado unos hombres-dragón, guerreros terribles a las órdenes de los Señores de los Dragones, que están haciendo la guerra en el mundo. Muchos reinos han caído ya presas de la oscuridad, entre ellos Qualinesti. El siguiente será Thorbardin.

Todos los thanes empezaron a hablar a la vez, a gritos y gesticulando, señalándose unos a otros y a Flint, que también gritaba y apuntaba con el dedo.

—Sin duda nuestros clérigos lo habrían sabido si el Falso Metal hubiese regresado —manifestó Gneiss, desdeñoso—. No hemos visto ninguna señal de ello.

—En cuanto a esas afirmaciones sobre dragones y hombres-dragón, ¿acaso somos niños para creer esos cuentos? —gritó Raneë.

El Gran Bulp, a quien sacaron bruscamente de su sueño, miró a su alrededor, aturullado.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sturm a Tanis, que era el único aparte de Flint que hablaba el lenguaje enano. El caballero estaba acostumbrado a la protocolaria etiqueta de los solámnicos y estaba espantado ante semejante tumulto—. ¡Esto es más una reyerta de taberna que una reunión de dirigentes!

—Los enanos no son dados al ceremonial —contestó Tanis—. Flint les ha dicho que Takhisis ha vuelto y discuten esa afirmación.

—¡Demostraré que son espías! —La voz de Realgar era tenue y áspera y tenía un dejo quejumbroso, como si se sintiera constantemente maltratado—. Mi gente intentó arrestar a esta pandilla, pero se los llevaron Arman Kharas y sus secuaces, que no tenían derecho a encontrarse en nuestro territorio.

—Tenía todo el derecho a sacar a mi hermano de vuestras mazmorras —replicó Arman, acalorado.

—Infringió nuestras leyes —argumentó Realgar, malhumorado.

—No infringió ninguna ley. Lo raptasteis para intentar obtener un rescate...

—¡Eso es mentira! —Realgar se incorporó bruscamente.

—¿También es mentira que hemos tenido que correr para salvar la vida en el Eco del Yunque? —increpó con voz atronadora Arman—. ¡Los tuyos nos arrojaron piedras por los pozos de la muerte para aplastarnos!

—¿Que dices? —Hornfel se puso de pie y asestó una mirada torva al thane theiwar—. ¡Nadie me ha mencionado nada sobre eso!

Tanis iba traduciendo lo que hablaban los enanos para que sus amigos supieran lo que pasaba. Flint no apartaba la vista del theiwar. Había intentado reconducir la conversación al motivo por el que sus compañeros y él habían viajado a Thorbardin, pero no estaba haciendo muchos progresos. De repente Flint adivinó lo que iba a decir el theiwar y comprendió, desanimado, que tanto Arman como él se habían dejado manipular por alguien muy astuto.

—Admito que atacamos a nuestros parientes hylars —dijo Realgar—. Los míos intentaban impedir que esos criminales entraran en nuestro territorio. Los Altos son espías. Intentaron colarse a hurtadillas en Thorbardin, sin ser vistos, y trayendo consigo el yelmo maldito para destruirnos. Habrían tenido éxito, pero su delito se frustró gracias a la intervención de los míos.

—¿Espías? ¿Criminales? —repitió Hornfel, exasperado—. No dejas de repetir lo mismo Realgar, pero ¿en qué te basas para hacer esas acusaciones? —En su voz asomó un dejo cortante—. Eso tampoco explica por qué intentaste matar a mi hijo y a sus soldados.

Flint sabía lo que venía a continuación. Vio el pozo ante sí, pero para cuando quiso darse cuenta ya había caído y yacía en el fondo, indefenso.

—Sí, intentamos matarlos para proteger Thorbardin. ¡Estos Altos —el theiwar apuntó con el dedo a Tanis y a los demás— y su neidar lameculos abrieron la puerta para que un ejército de humanos, que ahora se encuentra en las estribaciones, pudiera lanzar un ataque contra nosotros!

Los thanes enmudecieron, atónitos.

»Detesto tener que decir esto, Hornfel, pero tu hijo forma parte del complot. Mi gente iba a arrestar a los Altos, pero tu hijo los rescató. Les ha revelado nuestras defensas. —Realgar hizo una pausa y luego añadió

suavemente—: O quizás tú ya sabías todo esto, Hornfel. Quizá también estás metido en esta maquinación.

—¡Eso es mentira! —gritó Arman, que se abalanzó, furioso, contra Realgar. Los soldados, con las armas desnudas, lo rodearon rápidamente y, por si acaso, también rodearon a los compañeros.

—Así es como Hornfel planea convertirse en Rey Supremo —gritó Realgar—. ¡Vendiendo Thorbardin a los humanos!

El Gran Bulp contribuía a acrecentar el jaleo al encaramarse al trono mientras chillaba a voz en cuello que estaban a punto de matar a los Altos. Gneiss, elthane daewar, se había puesto de pie y a enumerar normas de actuación procedente que nadie oía. Elthane kiar también estaba de pie, con un cuchillo en la mano.

Tanis dejó de hacer de intérprete y se limitó a informar a los demás lo que pasaba.

—¡Pero eso es terrible! —dijo Sturm, sombrío—. ¡Ahora nunca permitirán que los refugiados entren!

—La cuestión es: ¿cómo sabía lo de los refugiados? —musitó Raistlin—. Dile a Flint que se lo pregunte.

—No veo qué importancia puede tener eso —adujo Sturm, impaciente.

—Claro que no lo ves —replicó el mago con mordacidad—. Pregúntaselo, Flint.

El enano sacudió la cabeza.

—No me harían caso —comentó, sombrío— Nos hemos metido en la trampa tendida por Realgar. Poco se puede hacer ahora al respecto.

Hornfel se vio obligado a defenderse y a negar rotundamente los cargos hechos por Realgar contra él. Arman Kharas también los negaba, explicaba que había topado con los compañeros por casualidad y añadía que él mismo los había arrestado para llevarlos ante el Consejo.

—Junto con la maldición de Grallen —chilló Realgar.

—Silencio todos —ordenó con voz atronadora Hornfel y, por fin, los otros thanes dejaron de discutir. Les asestó una mirada fulminante hasta que todos se hubieron sentado de nuevo en los tronos. Los soldados soltaron a Arman, que se atusó la barba y dirigió una mirada furiosa al theiwar; éste

observó al joven enano con aire malicioso. Volviéndose hacia Flint, Hornfel habló en tono severo.

»Respóndeme, Flint Fireforge de los neidars. ¿Son ciertos esos cargos?

—No, no lo son, gran thane.

—¡Pregúntale sobre los humanos escondidos en el valle! —gruñó Realgar.

—Venimos en nombre de un grupo de humanos —dijo Flint.

—¡Lo admite! —gritó con aire triunfal el theiwar.

—Pero no son soldados. ¡Son refugiados! —replicó Flint, enfadado—. Hombres, mujeres y niños. ¡Nada de un ejército! Y no intentamos entrar a hurtadillas en Thorbardin. La Puerta Norte se abrió para nosotros.

—¿Cómo? —inquirió Hornfel—. ¿Cómo encontrasteis la puerta que había permanecido oculta estos trescientos años?

Flint respondió de mala gana, consciente de que era lo que no debería decir porque jugaba a favor del theiwar, pero no podía dar ninguna otra explicación.

—El Yelmo de Grallen nos condujo hasta la puerta y nos la abrió.

Raistlin estaba al lado de Tanis y cerró la mano sobre el brazo del semielfo.

—Dile a Flint que pregunte al theiwar cómo sabía lo de los refugiados —lo apremió.

—¿Y eso qué importa? —Tanis se encogió de hombros—. Una vez que la puerta se abrió, seguramente su gente salió a investigar.

—Imposible —lo contradijo Raistlin—. ¡Los theiwar no soportan la luz del sol!

—Eso es cierto... —Tanis lo miró con atención.

—Callaos los dos —advirtió Sturm.

Hornfel había adelantado un paso y alzó la mano para pedir silencio.

—Los cargos presentados contra ti y tus amigos son muy serios, Flint Fireforge —manifestó—. Habéis entrado en nuestro reino sin permiso. Habéis destruido la puerta.

—Eso no fue culpa nuestra —chilló Tasslehoff, aunque la manaza de Caramon lo silenció casi de inmediato al taponarle la boca.

—Nos habéis traído el yelmo maldito...

—El Yelmo de Grallen no está maldito —lo contradijo Flint, iracundo—. Y puedo demostrarlo.

Alzando el yelmo, se lo encajó en la cabeza.

Los thanes, todos a una, se incorporaron como impulsados por un resorte, hasta el aghar que, equivocadamente, pensó que como todos se habían puesto de pie era hora de levantar la sesión.

—Esto podría tener fatales consecuencias, amigo mío —dijo Raistlin, que clavó las uñas en el brazo de Tanis.

—¡Eras tú el que quería que se pusiera el maldito trasto! —protestó el semielfo.

—No es el lugar ni el momento que habría elegido para que lo hiciera —repuso el mago.

En un gesto instintivo, Sturm se llevó la mano a la vaina vacía, olvidando que los enanos le habían quitado la espada. Los soldados habían dejado las armas confiscadas cerca de la entrada. Sturm calculó la distancia y se preguntó si llegaría hasta su espada antes de que los soldados lo alcanzaran. Tanis advirtió la dirección de la ojeada del caballero y supo lo que estaba pensando. Lanzó a Sturm una mirada de advertencia. El caballero asintió con la cabeza con disimulo, aunque también dio un par de pasos hacia la puerta.

Flint se encontraba en medio de la sala, con el yelmo en la cabeza, y durante unos instantes largos y tensos no ocurrió nada. Tanis empezaba a respirar con más tranquilidad cuando la gema del yelmo irradió un destello que inundó la estancia de una intensa luz roja anaranjada, un fuego sagrado en medio de los presentes. El yelmo le cubría el rostro a Flint; sólo se le veía la barba, asomando por debajo, y los ojos.

Tanis no reconoció a su amigo en aquellos ojos ni, al parecer, Flint lo reconoció a él ni a ninguno de los otros. Miró a su alrededor como si hubiese entrado en una habitación llena de extraños.

Los thanes guardaban silencio, un silencio torvo que no presagiaba nada bueno. Todos habían llevado la mano al martillo de guerra o a la espada; o a ambas armas. Los soldados tenían prestas las suyas.

Flint no hizo caso de los thanes ni de los soldados. Contempló el entorno; la mirada, a través de las ranuras de la visera, no dejó pasar nada por alto, como alguien que vuelve a un lugar querido tras un largo viaje.

—Estoy en casa... —dijo con una voz que no era la suya.

La expresión furiosa de Hornfel se suavizó para dar paso a otra dubitativa, insegura. Volvió la vista hacia su hijo, que sacudió la cabeza y se encogió de hombros. Realgar sonrió con burla, como si hubiera sido eso lo que esperaba, ni más ni menos.

—Es puro teatro —masculló.

Flint se dirigió hacia el estrado, subió los escalones y se sentó en uno de los tronos vacíos: el negro, el asiento sagrado del reino de los muertos. Miró con aire desafiante a los thanes, como retándolos a que hicieran o dijeran algo al respecto. Los thanes lo miraban, paralizados por la impresión.

—¡Nadie se sienta en el trono de los muertos! —gritó Gneiss, que asió a Flint por el brazo e intentó levantarlo del sagrado solio.

Flint no movió un solo dedo pero, de repente, elthane daewar trastabilló hacia atrás, como si hubiese recibido el golpe de un martillo invisible. Cayó del estrado y se quedó tendido en el suelo, tembloroso de miedo y pasmo. Sentado en el trono del reino de los muertos y con el yelmo de un muerto en la cabeza, Flint habló:

—Soy el príncipe Grallen —dijo y su voz sonó severa y fría, distinta de la de Flint—. He vuelto al hogar de mis antepasados. ¿Así es como se me da la bienvenida?

Los otros thanes echaban ojeadas de soslayo al daewar, que seguía tendido en el suelo. Ninguno se acercó a ayudarlo. Ahora nadie se burlaba ni hacía mofa.

—Tú eres su descendiente —dijo Rane a Hornfel, nervioso—. Tu familia nos acarreó esta maldición. Deberías ser tú quien hablara con él.

Hornfel se quitó el yelmo en señal de respeto y se acercó al trono con dignidad. Arman habría acompañado a su padre, pero elthane hizo un gesto con la mano con el que indicó a su hijo que se quedara atrás.

—Eres bienvenido al hogar de tus antepasados, príncipe Grallen —dijo Hornfel, que habló con cortesía, pero también con orgullo y sin temor,

como correspondía a un thane de los hylars—. Te pedimos disculpas por actuar de forma indebida.

—Los daergars no tenemos nada que ver con ello, príncipe Grallen —se apresuró a decir Ranee en voz alta—. Tú debes saberlo.

—No es justo que suframos una maldición —añadió Gneiss mientras se levantaba del suelo—. Nuestros antepasados ignoraban el complot que había contra ti.

—Tu maldición debería caer sólo sobre los hylars —dijo Ranee.

—Silencio todos —ordenó Hornfel, que miró a su alrededor, ceñudo—. Oigamos lo que el príncipe tiene que decir.

Tanis comprendió. Hornfel era inteligente. Estaba poniendo a prueba a Flint en un intento de descubrir si estaba fingiendo todo aquello o si realmente el espíritu del príncipe Grallen hablaba por su boca.

—Hubo un tiempo en el que os habría maldecido —les dijo Flint. El tono de su voz se tornó más duro y terrible—. Hubo un tiempo en el que mi cólera habría echado abajo esta montaña —aseguró, iracundo—. ¿Cómo osas intercambiar palabras conmigo, Hornfel de los hylars? ¿Cómo osas afrentar más aún a mi fantasma, muerto prematuramente, mi vida segada por mis propios parientes? —Flint golpeó con el puño el brazo del trono.

La montaña se sacudió, el Árbol de la Vida se estremeció, el suelo se movió y los tronos de los thanes traquetearon sobre el estrado. En el techo apareció una grieta mientras las columnas crujían y chascaban. El Gran Bulp soltó un agudo chillido y se desplomó, desmayado.

Hornfel cayó de rodillas. Ahora sí que estaba asustado. Todos lo estaban. Uno tras otro, los soldados que había en la sala hincaron la rodilla en el suelo de piedra. A continuación lo hicieron los thanes hasta que únicamente Realgar se quedó de pie y, finalmente, hasta él se arrodilló aunque era evidente que odiaba tener que hacerlo.

Los temblores cesaron. La montaña se calmó. Tanis echó una rápida ojeada a su alrededor para asegurarse de que todos se encontraban bien.

Sturm estaba inclinado sobre una rodilla y con el brazo levantado en el saludo solámnico de un caballero a la realeza. Raistlin seguía de pie, manteniendo el equilibrio gracias al bastón, con el semblante y los

pensamientos ocultos en las sombras de la capucha. Caramon se había quitado el yelmo, aunque no había soltado a Tasslehoff.

—¡Ojalá Fizban estuviera aquí para ver esto! —dijo el kender con gesto pesaroso.

Tanis volvió a poner su atención en Flint y se preguntó en qué acabaría todo aquello. «*En nada bueno*», pensó, taciturno.

El silencio era tan absoluto que a Tanis le parecía que oía el sonido del polvillo de la piedra deslizándose por el suelo.

—Tus hermanos confesaron su crimen antes de morir, príncipe Grallen. —La voz de Hornfel sonó temblorosa—. Aunque no fuera a sus manos, se consideraban responsables de tu muerte.

—Y lo eran —habló Grallen, iracundo—. Yo era el menor, el favorito de nuestro padre. Temían que los pasara por alto y me dejara a mí el gobierno de Thorbardin. Aunque es cierto que sus manos no dieron el golpe mortal, sí que fue culpa suya que muriera.

»Yo era joven, participaba en mi primera batalla. Mis hermanos mayores juraron velar por mí y protegerme. En cambio me enviaron a la muerte. Me ordenaron que marchara con una pequeña fuerza a Zhaman, la fortaleza del perverso hechicero. Hice lo que me mandaban. ¿Por qué no? Los quería y los admiraba, ansiaba impresionarlos. Mis propios soldados intentaron avisarme, me advirtieron que era una misión suicida, pero no les hice caso. Confiaba en mis hermanos, que afirmaron que mis soldados mentían, que podía decirse que la batalla estaba ganada. Yo tendría el honor de capturar al hechicero y sacarlo de allí encadenado.

»Me regalaron este yelmo asegurándome que me haría invencible. Sabían la verdad, sabían que no me haría invencible. Siendo obra de los theiwars, la magia de la gema atraparía mi alma y así el yelmo me mantendría retenido en él, de manera que ni siquiera mi fantasma vengativo pudiera regresar para revelar la verdad de lo ocurrido.

—Tus hermanos se sintieron avergonzados de lo que habían hecho, noble príncipe —dijo Hornfel—. Admitieron su culpabilidad ante Kharas y después buscaron la muerte en la batalla. Tu padre lloró cuando le llevaron las amargas nuevas. Hizo todo lo posible para enmendar el daño. Mandó

crear una estatua en tu honor y construyó una tumba para ti. A tus hermanos se les dio sepultura en una tumba sin nombre.

—Y, sin embargo, mi padre no volvió a pronunciar mi nombre jamás —arguyó el príncipe.

—Tu noble padre se culpaba a sí mismo, alteza. No soportaba el recuerdo de la tragedia. «He perdido tres hijos», clamaba. «Uno en batalla y dos por la oscuridad.»

»En realidad no es menester que nos maldigas, gran príncipe —añadió Hornfel con amargura—. El trono en el que se sentó tu padre como Rey Supremo ha permanecido vacío desde su muerte. El Mazo de Kharas está perdido para nosotros. Ni siquiera tenemos el consuelo de rendir homenaje a tu padre en su tumba, porque alguna fuerza terrible la arrancó de la tierra y ahora flota a gran altura sobre el Valle de los Thanés. Allí está suspendido el panteón de nuestro Rey Supremo, fuera de nuestro alcance, como un constante castigo y reproche para nosotros.

»Nuestra nación está dividida y pronto, me temo, la disensión desembocará en una guerra civil. No sé qué más daño podrías hacernos, príncipe Grallen —dijo Hornfel—, a no ser que desplomes la montaña sobre nuestras cabezas.

—¡Guau, chico! —Tasslehoff silbó—. ¿De verdad que Flint podría hacer eso? ¿Derribar la montaña?

—¡Chitón! —ordenó Tanis y su expresión era tan feroz que el kender enmudeció.

—Hubo un tiempo en el que me habría vengado de vosotros, pero mi alma ha aprendido mucho a lo largo de los siglos. —La voz de Flint se suavizó. Dio un suspiro y el puño que tenía apretado se relajó—. He aprendido a perdonar. —Flint se puso de pie muy despacio.

»Los espíritus de mis hermanos han marchado a la siguiente etapa del viaje de su existencia. El espíritu de mi padre ha hecho lo mismo, acompañado en el tránsito por el del noble Kharas. Pronto me reuniré con ellos, porque ahora soy libre del cruel encantamiento que me retenía.

»Antes de partir, os haré un regalo, una advertencia. El Falso Metal ha regresado, pero también lo han hecho Reorx y los demás dioses. La puerta

de Thorbardin está abierta de nuevo y la luz del sol penetra en la montaña. Si cerráis esa puerta, si dejáis fuera la luz, la oscuridad os consumirá.

—Esto es todo una farsa —masculló Realgar—. ¿Es que no os dais cuenta, necios?

—¡Cierra el pico o te lo cierro yo! —increpó Tufa. El kiar seguía con el cuchillo empuñado.

—Te damos las gracias, príncipe Grallen —dijo Hornfel en actitud respetuosa—. Tendremos en cuenta tus palabras.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirnos, príncipe Grallen? —Arman se incorporó—. ¿No hay nada que debas decirme a mí?

—¡Calla, hijo mío! —exhortó Hornfel.

—¡El príncipe ha dicho que los dioses se hallan de nuevo entre nosotros! Es el tiempo del que Kharas hablaba: *«Cuando el poder de los dioses vuelva también lo hará el Mazo para forjar de nuevo la libertad de Krynn.»* —Arman se adelantó para situarse ante el trono del reino de los muertos.

»Dime cómo entrar en la Tumba de Duncan. ¡Dime dónde buscar el Mazo de Kharas, noble príncipe, pues tal es mi destino!

El brillo de la gema perdió intensidad, parpadeó y se apagó.

—¡Espera, príncipe Grallen! —gritó Arman—. ¡No puedes irte sin habérmelo dicho!

Muy despacio, Flint alzó las manos y también muy despacio se quitó el yelmo. Su expresión no era triunfante ni exaltada. Patecía muy cansado. Tenía el semblante demacrado y pálido. Daba la impresión de haber envejecido tantos años como los que el príncipe llevaba muerto.

—¡Tú lo sabes! —gritó de repente Arman, que señalaba a Flint. La voz del joven enano temblaba por la furia—. ¡Te lo dijo!

Flint se alejó del trono de los muertos con el Yelmo de Grallen sujeto debajo del brazo.

—¡Esto es un simulacro, una falacia! —Realgar se echó a reír—. Está mintiendo. Ha mentido desde el principio. ¡No tiene ni idea de dónde está el Mazo!

—Sabía los detalles de la vida y la muerte del príncipe Grallen —argumentó Hornfel—. La montaña tembló cuando dudamos de él. Quizá Reorx y los otros dioses han vuelto.

—Estoy de acuerdo con Realgar —intervino Ranee—. *Buscador de Nubes* se ha sacudido con anterioridad y ninguno de nosotros creyó que fuera algo más que un temblor natural de la montaña. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez?

Flint se abrió paso entre los thanes, pero Arman se interpuso en su camino.

—¡Dime dónde buscar el Mazo! Soy un príncipe. ¡Es mi destino!

—¿Por qué iba a decírtelo? —estalló Flint, acalorado—. ¿Para que así te quedes con el Mazo y nos arrojéis a mis amigos y a mí a una mazmorra?

—Retened como rehenes a sus amigos a cambio del Mazo —sugirió el daewar.

—¡Hacedlo y el Mazo seguirá perdido otros trescientos años! —replicó iracundo Flint.

Los ojos entrecerrados de Realgar habían estado observando a Flint con suma atención.

—Propongo hacer una apuesta —dijo entonces, con una sonrisa. Los otros thanes parecían intrigados por la propuesta. Al igual que su dios, a los enanos les encantaba jugar.

—¿Qué apuesta? —preguntó Hornfel.

—Si ese neidar encuentra el Mazo de Kharas y nos los trae, entonces consideraremos dar asilo a esos humanos en nuestro reino... Siempre y cuando no formen parte de un ejército, claro. Si fracasa, entonces él y sus amigos seguirán siendo nuestros prisioneros y cerraremos la puerta.

Hornfel se atusó la barba y miró a Flint con gesto especulativo. El daewar asintió con la cabeza, satisfecho, y el kiar soltó una risita mientras se rascaba la barbilla con la hoja del cuchillo.

—¡No es posible que digan eso en serio! —saltó Sturm cuando Tanis tradujo—. ¡No puedo creer que apuesten con algo tan serio! Claro que Flint no les seguirá el juego.

—Estoy de acuerdo con el caballero —manifestó Raistlin—. Aquí pasa algo raro.

—Es posible —masculló Flint—. Pero a veces hay que arriesgarlo todo para conseguir todo. Acepto la apuesta —dijo luego en voz alta—, con una condición. Conmigo podéis hacer lo que os plazca, pero si pierdo, mis amigos quedan libres y se marchan.

—¡No puede hacer eso, Tanis! —protestó Sturm, escandalizado e indignado—, ¡Flint no puede jugar con el sagrado Mazo de Kharas!

—Tranquilízate, Sturm —increpó el semielfo, irritado—. El Mazo aún no está en poder de nadie para que haga nada con él.

—¡No lo permitiré! —manifestó Sturm—. Si tú no intervienes, entonces lo haré yo. ¡Esto es un sacrilegio!

—Deja que Flint lleve este asunto a su modo, Sturm —advirtió Tanis, que asió al caballero por el brazo al ver que pensaba darse media vuelta, y lo obligó a escuchar lo que iba a decirle—. No estamos en Solamnia, sino en el reino de los enanos. No sabemos nada de sus normas, de sus leyes ni de sus costumbres. Flint sí. Corrió un gran riesgo al ponerse ese yelmo, así que al menos le debemos un voto de confianza.

Sturm vaciló. Por un instante pareció dispuesto a desafiar al semielfo, aunque lo pensó mejor y asintió con la cabeza, de mala gana.

—Haremos la apuesta —dijo Hornfel, que habló en nombre de los otros thanes— con estas condiciones: no aceptamos hacer excepciones respecto a tus amigos, Flint Fireforge de los neidars. Su suerte está vinculada a la tuya. Si realmente encuentras el Mazo de Kharas y nos lo entregas, consideraremos permitir la entrada a Thorbardin de los humanos a los que representáis basándonos en la valoración que hagamos de ellos. Si son, como tú afirmas, familias y no soldados, serán bienvenidos. ¿Te parece bien?

—¡Los dioses nos valgan! —murmuró Sturm.

Flint se escupió en la palma de la mano y se la tendió. Hornfel hizo otro tanto y se estrecharon la mano, con lo que el trato quedó cerrado.

Hornfel se volvió hacia Tanis.

—Seréis nuestros huéspedes durante la ausencia de vuestro amigo. Se os alojará en aposentos de invitados en el Árbol de la Vida y se os proporcionarán guardias para vuestra seguridad.

—Gracias, pero iremos con nuestro amigo —dijo Tanis—. El solo no puede acometer lo que podría ser una misión peligrosa.

—Vuestro amigo no irá solo —contestó Hornfel con un atisbo de sonrisa—. Mi hijo, Arman, lo acompañará.

—¡Esto es una locura, Flint! —dijo Raistlin con voz queda—. Pongamos que encuentras el Mazo. ¿Qué impedirá que ese enano se revuelva contra ti, te mate y lo robe?

—El hecho de que yo estaré ahí para impedirlo —manifestó Flint, enfadado.

—Ya no eres tan joven ni tan fuerte como antes —replicó Raistlin—, mientras que Arman es ambas cosas.

—Mi hijo jamás haría una cosa así —intervino Hornfel, iracundo.

—Por supuesto que no —corroboró Arman, ofendido—. Tenéis mi palabra como hijo de mi padre y como hylar de que la vida de vuestro amigo será para mí una responsabilidad sagrada.

—A decir verdad, Flint podría matar a Arman y robar el Mazo —intervino Tasslehoff con voz alegre—. ¿Verdad, Flint?

El enano enrojeció. Caramon, soltando un suspiro, plantó la mano en el hombro del kender y lo condujo hacia la puerta.

—¡Flint, no accedas a ir solo! —apremió Sturm.

—Eso es algo que no está sujeto a discusión —dijo Hornfel en tono resuelto—. Ningún humano, semielfo y, por supuesto, ningún kender profanará con su presencia la sagrada tumba del Rey Supremo. El Consejo de Thanos ha concluido. Mi hijo os escoltará a vuestros aposentos.

Hornfel se volvió sobre sus talones y se marchó. Los soldados cerraron filas alrededor de los compañeros, que no tuvieron más remedio que dejarse conducir.

Flint se puso al lado de Tanis. El viejo enano llevaba gacha la cabeza y los hombros hundidos. Sujetaba firmemente el Yelmo de Grallen.

—¿Sabes en realidad dónde hallar el Mazo? —preguntó Tanis en un susurro.

—Quizá —masculló Flint.

Tanis se rascó la barba.

—¿Sabes que has apostado la vida de ochocientas personas en ese «quizá»?

—¿Acaso tienes una idea mejor? —Flint miró de soslayo a su amigo. Tanis sacudió la cabeza en un gesto negativo—. Es lo que suponía —gruñó Flint.

30

La posada de los Altos
Sturm discute
Flínt talla madera

El alojamiento que los enanos proporcionaron a los compañeros estaba ubicado en el nivel inferior del Árbol de la Vida, en una parte de la ciudad que era mas antigua que el resto y que apenas se utilizaba. Todos los edificios estaban abandonados y clausurados con tablones. Flint señaló la razón.

—Todo está adecuado para la estatura de humanos, puertas y ventanas. Esta parte del Árbol de la Vida se construyó para albergar humanos.

—A esta zona se la conocía como Ciudad Alta —les informó Arman—. Esta era el área reservada para los comerciantes humanos y elfos que antaño vivían y trabajaban aquí. Os instalaremos en una de las posadas construidas especialmente para vuestra raza.

Caramon en particular se sintió aliviado. Ya había tenido que meterse encogido en vagones y cajas elevadoras pensadas para el tamaño de los enanos y le había preocupado tener que pasar la noche en una cama hecha para las piernas cortas de esa raza.

La posada estaba en mejores condiciones que el resto de los edificios ya que algún enano emprendedor la utilizaba en la actualidad como almacén.

Tenía dos plantas, con ventanas de cristalerías emplomadas y una sólida puerta de roble.

—Antes del Cataclismo esta posada estaba abarrotada todas las noches —dijo Arman mientras conducía a sus «invitados» al interior del establecimiento—. Los mercaderes venían de todas partes de Ansalon, desde Istar, Solamnia y Ergoth. En tiempos, este salón retumbaba con las risas y el tintineo de las monedas de oro. Ahora no se oye nada.

—Salvo los chillidos de las ratas. —Raistlin se recogió los pliegues de la túnica con gesto de asco cuando varios roedores, asustados con la repentina luz que irradiaba la larva de un farol, salieron corriendo en todas direcciones.

—Al menos las camas son de nuestro tamaño —dijo Caramon con agradecimiento—. Y también lo son las mesas y las sillas. Ahora sólo falta que tuviésemos algo de comer y de beber...

—Mis soldados os traerán carne, cerveza y ropa de cama limpia —les informó Arman, que se volvió hacia Flint—. Sugiero que los dos disfrutemos de una buena noche de sueño y partamos hacia el Valle de los Thanes mañana a primera hora. —Arman vaciló un instante antes de añadir —: Porque supongo que es allí a donde vamos, ¿verdad?

La única respuesta de Flint fue un gruñido. Se dirigió hacia una silla, se sentó pesadamente en ella y sacó un tarugo de madera y el cuchillo de tallar. Arman Kharas se quedó de pie en el umbral, clavada la vista en Flint, al parecer esperando a que el enano revelara algo más.

Obviamente Flint no tenía nada más que decir. Tanis y los otros seguían parados y miraban en derredor la posada envuelta en penumbra, sin saber qué hacer.

Arman frunció el entrecejo. Era evidente que quería ordenar a Flint que hablara, pero no estaba en posición de hacer tal cosa.

—Apostaré guardias fuera para que no se perturbe vuestro descanso —dijo por fin.

Raistlin soltó una risa sarcástica y Tanis le asestó una mirada de advertencia antes de darse media vuelta. Sturm fue hacia un rincón y sacó con esfuerzo uno de los bastidores de madera para cama que estaban

amontonados junto con barriles, cajas y cajones en embalaje. Caramon se ofreció a ayudarlo, así como Tas, aunque lo primero que hizo el kender fue ponerse a abrir agujeros en una caja de embalaje para ver si podía atisbar lo que había dentro. Arman los observaba mientras Flint seguía tallando.

Al fin, Arman se dio un tirón de la barba y les dijo si querían hacer alguna pregunta.

—Sí —contestó Caramon, que sostenía en vilo sobre la cabeza uno de los pesados bastidores de cama para colocarlo en el suelo—. ¿A qué hora cenamos?

La comida que les dieron era sencilla y la regaron con cerveza de una de las barricas. Arman Kharas se marchó por fin. A Tanis le daba pena el joven enano y se sentía molesto con Flint, que al menos podría haberse mostrado agradable con Arman puesto que los sueños que había albergado toda su vida acababan de hacerse añicos. Pero Flint estaba de un humor de perros y Tanis no le comentó nada porque supuso que cualquier cosa que dijera sólo serviría para empeorar las cosas. Flint comió en silencio, engullendo la comida con rapidez, y cuando acabó se fue de la mesa y se puso de nuevo a tallar el tarugo.

Sturm estuvo todo lo que duró la cena sentado tieso como un palo, su desaprobación patente en el bigote erizado y en el brillo helado de sus ojos. Raistlin picoteó de su plato y comió poco, absorta la mirada y sumido en sus pensamientos. Caramon bebió más cerveza de lo que le convenía y se quedó dormido con la cabeza apoyada en el tablero de la mesa. El único que habló fue Tasslehoff, que parloteó sin parar sobre los excitantes acontecimientos del día y sin que en ningún momento pareciera darle importancia al hecho de que nadie le prestara atención. De repente Raistlin apartó el plato y se puso de pie.

—Voy a estudiar mis hechizos y no quiero que nadie me moleste. —Se apropió de la única silla cómoda y la llevó cerca del gran hogar de piedra, donde Tanis había conseguido encender un pequeño fuego.

El mago dirigió una mirada de desagrado a su gemelo que, tirado sobre la mesa, exhalaba vapores de cerveza con cada ronquido.

—Confío en que alguien acueste a ese zoquete —dijo. Luego sacó el libro de conjuros y se ensimismó en la lectura.

Sturm y Tanis llevaron al ebrio guerrero hasta la cama más sólida y lo echaron en el colchón. Después, Sturm se acercó a Flint y se paró junto al enano, prendida la mirada en él.

—Flint, no puedes hacer esto —dijo.

El cuchillo del enano se deslizó por la madera y una astilla bastante grande salió disparada por el aire y estuvo a punto de dar a Tas, que se entretenía en hurgar con una ganzúa el cerrojo de un arcón grande para forzarlo.

—No puedes salir en una misión de tanta importancia con ese Arman Kharas. Para empezar, albergo ciertas dudas sobre que esté en su sano juicio. En segundo lugar, es demasiado peligroso. Deberías negarte a ir a menos que uno de nosotros te acompañe.

Pequeñas virutas salían enroscadas del filo del cuchillo de Flint e iban a caer a sus pies. El rostro de Sturm enrojeció.

—Los thanes no pueden negarte eso, Flint. ¡Sólo tienes que decirles que no irás a buscar el mazo sin llevar la debida protección! Yo estaré encantado de servirte de escolta.

Flint alzó la vista hacia él.

—¡Bah! —dijo y bajó la vista de nuevo al tarugo. Otra astilla salió volando—. ¡Lo que escoltarías sería el Mazo fuera de Thorbardin hasta Solamnia!

Sturm golpeó la mesa con el puño y los platos tintinearón; Tas se sobresaltó y dejó caer la ganzúa.

—¡Eh! —increpó el kender, serio—. No hagáis ruido. Raistlin y yo intentamos concentrarnos.

—¡El Mazo es vital para nuestra causa! —reprochó el caballero, furioso.

—Baja la voz, Sturm —lo previno Tanis—. Las paredes son gruesas, pero la puerta no, y los guardias están justo al otro lado.

—Sólo hablan enano —replicó el caballero, aunque bajó el tono. Dio un par de vueltas por el salón con intención de calmarse y después volvió junto

a Flint.

»Me disculpo por gritar, pero no creo que entiendas la importancia de tu empresa. La Dragonlance es la única arma que sepamos que puede matar a esos dragones del mal y el Mazo de Kharas es el único que se puede utilizar en la creación de las Dragonlances. Si llevas el Mazo a los caballeros serás un héroe, Flint. Se te honrará en leyendas y cantos por siempre. ¡Lo que es más importante, salvarás miles de vidas!

Flint no lo miró, aunque parecía interesado en lo que decía el caballero. El cuchillo se deslizó más despacio sobre la madera; ahora sólo caían unas pocas virutas. A Tanis no le gustó el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Acaso has olvidado la razón por la que vinimos aquí, Sturm? —le preguntó Tanis—. Vinimos a buscar un refugio seguro para ochocientos hombres, mujeres y niños. Flint ha prometido entregar el Mazo a los enanos si lo encuentra. A cambio, Hornfel ha prometido que los refugiados podrán entrar en Thorbardin. No lo hará si intentamos irnos con el sagrado Mazo de los enanos. De hecho, probablemente no saldríamos vivos de aquí. Afronta los hechos, Sturm. La Dragonlance es una quimera, una leyenda, un mito. Ni siquiera estamos seguros de que tal arma haya existido.

—Algunos sí lo estamos —repuso el caballero.

—Los refugiados son reales y el peligro que corren es real —replicó el semielfo—. Convengo con Sturm en que no deberías ir solo mañana, Flint, pero debería ser yo el que te acompañara.

—Así que no te fías de mí, ¿es eso, semielfo? —Sturm se había puesto lívido.

—Me fío de ti, Sturm —contestó Tanis con un suspiro—. Sé que darías la vida por mí, por Flint o por cualquiera de nosotros. No dudo de tu valor, de tu honor ni de tu amistad. Pero es que... ¡Me preocupa que estés siendo poco práctico! Has trocado el sentido común por un sueño ilusorio de salvar al género humano.

Sturm sacudió la cabeza.

—Te respeto, Tanis, como habría respetado al padre que apenas conocí. En este asunto, sin embargo, no puedo ceder. ¿Y si salvamos a ochocientos

ahora, sólo para perder a miles cuando la maligna reina caiga sobre Ansalon para conquistarlo y esclavizarlo? ¡Puede que la Dragonlance sea un sueño ahora, pero está en nuestras manos convertir ese sueño en realidad! Los dioses me trajeron aquí para buscar el Mazo de Kharas, Tanis. Lo creo de todo corazón.

—Los dioses me dijeron a mí dónde encontrarlo, Sturm Brightblade —intervino Flint mientras se guardaba el cuchillo en el cinto, se ponía de pie y echaba al fuego el tarugo que había estado tallando—. Me voy a acostar.

—Sturm tiene razón en una cosa, Flint —insistió Tanis—. Deberías decirles a los thanes que quieres que uno de nosotros te acompañe. Me da igual quién sea. Lleva a Sturm, a Caramon. ¡Pero lleva a alguien! ¿Lo harás?

—No. —Flint se dirigió hacia una cama que tenía el tamaño adecuado para un enano y que había encontrado en otro rincón del salón.

—Sé lógico, amigo mío. —Tanis empezaba a exasperarse con la tozudez del enano—. ¡No debes ir solo con Arman Kharas! No puedes fiarte de él.

—De hecho, Flint, si quieres un compañero que te sea realmente útil deberías escogerme a mí —dijo Raistlin desde su sitio junto al hogar.

—¡Como si alguien se fiara de ti! —Sturm asestó al mago una mirada torva—. Yo tendría que ir.

Flint se paró en seco en mitad de la estancia y se giró para mirarlos. Tenía el semblante lívido de rabia.

—Antes me llevaría al kender que a cualquiera de vosotros. ¡Ya lo sabéis! —Echó a andar hacia la cama mientras Tasslehoff se incorporaba de un brinco.

—¿Yo? ¿Vas a llevarme contigo, Flint? —gritó con entusiasmo.

—No voy a llevar a nadie —bramó.

Llegó junto a la cama, se tumbó, se tapó con la manta hasta la cabeza y se dio media vuelta, de espaldas al grupo.

—Pero Flint, acabas de decir que... —gimió el kender.

—Tas, déjalo en paz —ordenó Tanis.

—¡Dijo que me llevaba! —discutió Tasslehoff.

—Flint está cansado. Todos lo estamos. Creo que deberíamos acostarnos. A lo mejor vemos las cosas con más claridad por la mañana.

—Flint dijo que iba a llevarme —masculló el kender—. Debería afilar mi daga.

Se puso a hurgar en los saquillos para buscarla. Encontró la piedra de amolar, pero no daba con *Mataconejos*. Como se fue topando con un montón de cosas, a cual más interesante, se olvidó completamente de la daga.

Raistlin cerró su libro con un golpe seco.

—Espero que los dos estéis satisfechos —dijo el mago, cuando pasó junto a Sturm y Tanis, de camino a su lecho.

—Cambiaré de parecer por la mañana —contestó el caballero.

—Yo no estoy tan seguro. —Tanis miró la espalda del enano—. Ya sabes lo testarudo que puede llegar a ser.

—Lo haremos entrar en razón —manifestó Sturm.

El semielfo, que de vez en cuando había intentado razonar con el viejo e irascible enano, no albergaba muchas esperanzas.

Flint yacía con la mirada prendida en la oscuridad. Sturm tenía razón. Tanis tenía razón. ¡Hasta Raistlin tenía razón! La lógica dictaba que uno de ellos lo acompañara al día siguiente. Hornfel se lo permitiría si hacía de ello un problema. Los thanes no tendrían elección.

Sin embargo, siguió dándole vueltas al asunto y acabó cayendo en la cuenta de que había tomado la decisión correcta. Que la hubiese tomado por razones equivocadas no la hacía menos acertada.

«El Mazo del Honor no les pertenece a los caballeros y sus sueños de gloria —se dijo para sus adentros—. Tampoco les pertenece a los elfos. Ni a los humanos, por muchos problemas que tengan. Han de ser los enanos los que decidan qué hacer con él, y si eso significa utilizarlo para salvarnos, que así sea.»

Ésa era una buena razón y sonaba estupendamente, pero no era la única por la que Flint quería ir solo. *«Esta vez, el héroe seré yo.»*

Claro que siempre cabía la posibilidad de que el héroe fuese Arman Kharas, pero Flint no lo creía probable. Reorx le había prometido que, si se

ponía el yelmo, el Mazo sería su recompensa.

Flint Fireforge, Salvador del Pueblo, Unificador de las Naciones Enanas. Puede que incluso Flint, Rey Supremo.

Flint sonrió para sí. Eso último no pasaría casi con toda seguridad, pero también un viejo enano tenía derecho a soñar ¿o no?

31

Falso Metal
Extraños compañeros de cama
La promesa de Flint

Los compañeros tenían la impresión de que acababan de acostarse cuando Arman Kharas los despertó aporreando la puerta. Encontrándose a gran profundidad bajo la superficie y privados de la luz del sol, era imposible calcular la hora, pero Arman les aseguró que en el mundo exterior los primeros rayos de sol doraban las cumbres nevadas de las montañas.

—¿Cómo lo sabes? —rezongó Caramon. No le hacía gracia que lo hubieran despertado «en mitad de la noche», como dijo él, sobre todo cuando sufría los efectos de haber bebido demasiada cerveza.

—Hay sitios en Thorbardin desde donde se puede ver el sol y regulamos los relojes de agua guiándonos por ello. Hoy verás uno de esos sitios —añadió en tono solemne, dirigiéndose a Flint—. El Valle de los Thanes.

Sturm dirigió una mirada sombría a Tanis, que sacudió la cabeza y miró a Flint, que ponía todo su empeño en no mirar a nadie. El viejo enano iba por la sala de un lado a otro, ocupado con distintas tareas, como vestirse la armadura, ponerse el casco con la «melena de grifo» y colgarse al cinto el Yelmo de Grallen.

Tanis vio el cambio de expresión de Sturm y supo lo que el caballero iba a decir; intentó impedirselo, pero ya era demasiado tarde.

—Flint, sé razonable. Llévate a uno de nosotros —pidió en tono severo.

Flint se volvió hacia Arman.

—Me hará falta un arma. No pienso hacer frente a lo que quiera que arrancara esa tumba del suelo sin tener empuñada mi hacha de guerra.

Arman Kharas se sacó el mazo ornamentado del correa que llevaba a la espalda. Lo contempló con pesar y después se lo tendió a Flint.

—Eso es tuyo —dijo el enano mayor—. Quiero mi hacha de guerra.

Su rechazo hizo que Arman frunciera el entrecejo.

—Se te ha dado a conocer la forma de hallar el verdadero Mazo. Tendrías que ser tú quien llevara la réplica. Se hizo especialmente para este momento. Es mi homenaje a Kharas. Lo llevarás a la tumba del rey en honor a Kharas.

Flint no supo qué decir. Se habría sentido mucho más a gusto con su hacha de guerra, pero no quería herir los sentimientos del joven enano más de lo que ya se los habían herido.

Alargó la mano, asió el martillo de guerra y casi lo dejó caer. Sospechó la razón de que Arman se lo hubiera dado. Era pesado y difícil de manejar; su manufactura era buena, pero no lo era su diseño. Ensayó un par de golpes de un lado a otro y faltó poco para que aquel trasto le rompiera la muñeca.

Observó con desconfianza a Arman para ver si sonreía. Sin embargo, la expresión de Arman era seria y Flint comprendió que el joven enano no lo había hecho con segunda intención. Le tendió la mano.

—La acepto en un gesto de amistad —dijo.

Arman vaciló, pero después se la estrechó con aire estirado.

—Quizás hemos juzgado mal a Arman —comentó Tanis, a lo que Sturm soltó un resoplido desdeñoso.

—Va por ahí con un martillo mágico que es falso. Me parece que eso sólo viene a confirmar que está loco.

Raistlin pareció que iba a decir algo, pero cambió de idea. Miró a Flint y al mazo con aire pensativo.

—¿Qué? —le preguntó el semielfo.

—Deberías intentar otra vez hablar con Flint.

Tanis podría haberle contestado que era una pérdida de tiempo, pero se acercó a su viejo amigo, que seguía preparando el equipo. Tasslehoff se había ofrecido a ayudarlo, con el resultado de que Flint echó en falta su cuchillo favorito. Se giró inmediatamente hacia el kender, lo asió y se puso a sacudirle los saquillos sin hacer caso de los gritos de protesta de Tasslehoff.

—Sturm, quiero decirte algo —llamó Raistlin.

El caballero no se fiaba del extraño brillo en las pupilas en forma de reloj de arena del mago, que lo acompañó hasta una ventana.

—¿Ese martillo es una réplica exacta del mazo verdadero? —le preguntó Raistlin en voz baja.

—Sólo he visto el Mazo en cuadros, pero a mi juicio es idéntico —contestó Sturm.

—¿Cómo distinguiría alguien el verdadero de la copia?

—El Mazo tiene fama de ser ligero de peso, pero cuando golpea lo hace con la fuerza del dios que hay tras él y cuando el verdadero Mazo cae sobre el sagrado Yunque de Thorbardin suena una nota que se puede oír en cielo y tierra.

Raistlin echó una ojeada al mazo falso. Introdujo las manos en las bocamangas de la túnica y se inclinó hacia el caballero para hablar en susurros.

—Flint podría cambiarlos.

Sturm lo miró de hito en hito, ya fuera porque no le comprendía o porque no quería comprenderle.

—Flint tiene el mazo falso —explicó Raistlin—. Sólo tendría que reemplazarlo por el verdadero. Se queda con el real y entrega el otro a los enanos.

—Notarán la diferencia —arguyó Sturm.

—Creo que no. —El mago sonrió—. Puedo echar un hechizo al martillo falso para recrear los efectos que me has descrito, o al menos lo bastante parecidos para que los enanos no sean capaces de diferenciarlos durante

bastante tiempo. Una vez que Arman tenga el mazo en su posesión, el que lleva toda su vida buscando, no lo examinará detenidamente para descubrirle algún fallo. Puedo hacerlo, pero necesito tu ayuda —añadió.

—No tomaré parte en eso —rechazó Sturm al tiempo que sacudía la cabeza.

—¡Pero así se resolverían todos nuestros problemas! —insistió el mago, que posó la mano en el brazo del caballero. Sturm dio un respingo a su contacto, pero siguió escuchándolo—. Damos a los enanos lo que quieren. Nosotros tenemos lo que queremos. Una vez que las Dragonlances se hayan forjado, podrás traérselo de vuelta. No se habrá perjudicado a nadie... y se habrá beneficiado a muchos.

—No es... honorable —adujo Sturm.

—Bueno, si lo que quieres es honor, entonces, por supuesto, eleva una plegaria honrosa por los niños pequeños mientras los dragones de la Reina Oscura les calcinan la carne y se la arrancan de los huesos. —Los dedos de Raistlin presionaron el brazo del caballero—. Puede que tú tengas derecho a elegir el honor antes que la vida, pero piensa en quienes no tienen elección, en los que padecerán y morirán bajo el dominio de la Reina Oscura. Y tendrá el dominio, Sturm. Sabes tan bien como yo que las fuerzas del bien, las insignificantes fuerzas del bien que existen, no pueden hacer nada para detenerla.

Sturm se quedó callado. Raistlin veía y percibía el conflicto en el que se debatía el caballero. Los músculos del brazo estaban tensos, los ojos le brillaban, tenía los puños apretados. No sólo pensaba en los inocentes, sino también en sí mismo. Podría llevar el Mazo a los caballeros, sería el elegido para forjar las legendarias Dragonlances. Sería el salvador de las gentes de Solamnia, de las del mundo entero.

Raistlin adivinaba mucho de lo que pasaba por la mente de Sturm y casi no erró en sus suposiciones. El mago imaginaba que a Sturm lo había seducido un sueño de gloria cuando, en realidad, la idea de todos los inocentes que sufrirían con la inminente guerra afectaba profundamente al caballero. En su imaginación volvía a ver las ruinas calcinadas y los niños masacrados de Que-shu.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó el caballero, que pronunció las palabras como si hablara con renuencia. Jamás había imaginado que accedería a ayudar a Raistlin a tejer uno de sus enredos. Se recordó a sí mismo los inocentes.

—Tienes que hablar con Flint —instruyó Raistlin—. Cuéntale el plan. A mí no querrá escucharme.

—No estoy seguro de que me escuche a mí —dijo Sturm.

—¡Al menos tenemos que intentarlo! Métele la idea en la cabeza. — Raistlin hizo una pausa y después añadió suavemente:— No le digas nada a Tanis.

Sturm comprendió. Tanis se opondría a un plan así. No sólo era deshonesto, sino también peligroso. Si los enanos lo descubrían, podría significar la muerte para todos ellos, pero las Dragonlances era su mayor esperanza de ganar la guerra... Algo que el semielfo se negaba, obcecado, a comprender.

El caballero hizo un breve asentimiento con la cabeza. Raistlin sonrió para sí desde las sombras de la capucha. Había obtenido una victoria sobre el virtuoso caballero, derribándolo de su pedestal de altivez. En el futuro, cuando los sermones moralizadores de Sturm resultaran tediosos, lo único que tendría que hacer sería musitar las palabras: «El Mazo de Kharas.»

—Me llevaré a Tanis aparte para que puedas hablar con Flint.

El semielfo había recuperado el cuchillo de tallar de Flint y había enviado a Tasslehoff a investigar un ruido extraño que afirmaba haber oído en la parte trasera del edificio. Flint y él hablaban del viaje —es decir, Tanis hablaba y Flint no decía palabra— cuando Raistlin se acercó y le preguntó al semielfo si podía hablar con él.

—Me preocupa la salud de Caramon —dijo Raistlin con gesto grave—. No se siente bien esta mañana.

—Lo que pasa es que bebió demasiado, nada más —contestó Tanis—. Tiene resaca. No es la primera vez que lo vemos así. Habría dicho que estarías acostumbrado a eso a estas alturas.

—Creo que es algo más serio que una resaca —insistió el mago—. Algún tipo de enfermedad. Ven a echarle un vistazo, por favor.

—Tú sabes de enfermedades más que yo, Raistlin...

—Querría que me dieras tu opinión, semielfo. Sabes lo mucho que te respeto.

Tanis no lo sabía, en absoluto; pero, por si acaso se daba la remota posibilidad de que Caramon se hubiera puesto enfermo realmente, el semielfo acompañó a Raistlin hasta la cama donde el guerrero yacía con un paño húmedo sobre los ojos.

Raistlin aguardó, solícito, junto a su hermano mientras Tanis le echaba una ojeada a Caramon. La mirada del mago estaba pendiente de Sturm y de Flint. No oía su conversación, pero no le hacía falta. Supo exactamente cuándo el caballero le habló al enano del cambio de mazos, porque Flint se quedó boquiabierto y contempló a Sturm mudo de asombro. Luego, fruncido el entrecejo, sacudió la cabeza con fuerza.

Sturm siguió hablando con él, presionándolo. El caballero se mostraba vehemente, serio. Ahora se refería a los inocentes. Flint sacudió la cabeza otra vez, pero con menos fuerza. Sturm siguió hablando y Flint empezó a prestar atención a lo que le decía. Lo estaba pensando. El enano echó una ojeada a Arman y luego al mazo falso. Tenía un profundo ceño. Sus ojos buscaron a Raistlin, que le sostuvo la mirada sin pestañear, firmemente. Flint desvió los ojos. Le dijo algo a Sturm, que giró sobre sus talones y se encaminó con premeditada indiferencia hacia Raistlin.

—¿Cómo se encuentra el pobre Caramon? —preguntó el caballero en tono sombrío, como quien vela junto a un lecho de muerte.

Raistlin negó con la cabeza y suspiró.

—Bebió demasiado, eso es todo —dijo Tanis, exasperado.

—A lo mejor fue la carne de gusano —sugirió Raistlin.

—¡Oh, dioses! —gimió Caramon, que se apretó el estómago, rodó en la cama para levantarse, corrió hacia un rincón y vomitó en el cubo de aguas sucias.

—¿Ves, Tanis? —dijo Raistlin en tono de reproche—. ¡Mi hermano está muy enfermo! Lo dejo a tu cuidado. He de hablar un momento con Flint antes de que se vaya.

—Y yo querría decirte algo, Raistlin —intervino Sturm—. Si puedes dedicarme unos instantes.

Los dos echaron a andar y dejaron a Tanis, que los siguió con la mirada, asombrado y rascándose la barba.

—¿Qué se traerán entre manos esos dos? Hacer frente común para presionar a Flint, supongo. Allá ellos, que tengan suerte.

Se acercó a Caramon para tranquilizar al guerrero asegurándole que no había comido carne de gusano.

—Flint ha prometido que al menos se lo planteará —dijo Sturm.

—Entonces tendrá que planteárselo pronto —contestó Raistlin—. Necesito tiempo para ejecutar el hechizo y nuestro joven amigo está impaciente por emprender la marcha.

Arman se hallaba junto a la puerta, cruzado de brazos. Cada dos por tres fruncía el entrecejo, soltaba un suspiro y daba golpecitos con la puntera de la bota en el suelo.

—Cuando lo hayamos encontrado hemos de llevar el Mazo al Templo de las Estrellas —informó Arman—. Le dije a mi padre que estaríamos allí al ocaso, si no antes.

Flint se quedó mirándolo fijamente.

—Pero ¿qué crees tú? ¿Que sólo tenemos que entrar tranquilamente en la tumba, coger el Mazo y salir tan campantes?

—No lo sé —repuso fríamente Arman—. Tú eres el que sabe cómo encontrarlo.

Flint gruñó algo y sacudió la cabeza. Cerró el petate, lo alzó del suelo y se lo echó al hombro. Los ojos del enano se encontraron con los de Raistlin, y Flint hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—¡Lo hará! —le dijo el mago a Sturm, exultante—. Pero hay un problema. El hechizo que tengo que lanzar es uno de transmutación, pensado para reducir un objeto.

—¿Reducir? —repitió el caballero, espantado—. ¡No queremos que el mazo sea más pequeño!

—Soy consciente de ello —repuso Raistlin, irritado—. Mi plan es modificar el conjuro de forma que reduzca el peso del martillo, no el

tamaño. Hay una mínima posibilidad de que cometa un error. De ser así, nuestro plan se descubriría.

—En tal caso no deberíamos continuar —opinó Sturm, enfadado.

—Es una mínima posibilidad —señaló el mago—. Minúscula.

Se inclinó hacia Flint, que le dirigió una mirada hosca bajo las pobladas cejas.

—Esta réplica es una obra de excelente manufactura —dijo Raistlin—. ¿Podrías dejármela un momento para examinarla más de cerca?

Flint miró a su alrededor. Arman había dejado de guardar la puerta y había salido para intentar calmar su creciente frustración con paseos arriba y abajo. Tanis se encontraba al otro extremo de la sala y hablaba con Caramon. Despacio, el enano alargó la mano hacia el martillo, lo sacó del correaje con torpeza y se lo tendió.

—Pesa bastante —advirtió.

Raistlin lo tomó, lo sopesó y después fingió que examinaba las runas.

—Resultaría más fácil de llevar si fuera menos pesado —dijo Flint, que jugueteó con las correas de la armadura, nervioso.

—¿Nos mira alguien? —susurró el mago.

—No —contestó Sturm mientras se atusaba el bigote—. Arman ha salido y Tanis está con tu hermano.

Raistlin cerró los ojos. Asió el martillo con una mano mientras que la otra la pasaba sobre el metal cincelado con runas. Inhaló ligeramente y a continuación pronunció palabras extrañas que a Flint le hicieron sentir la misma sensación que cuando un insecto le subía por la pierna. Lamentó su decisión y ya alargaba la mano hacia el martillo para asirlo, cuando Raistlin exhaló un suspiro y abrió los ojos.

—Sí que pesa —dijo mientras se lo tendía—. Acuérdate de ir con cuidado cuando lo manejes.

Obviamente, el hechizo había fallado. Flint sintió alivio. Aferró el mazo y casi se cayó de espaldas por el impulso. El martillo era tan ligero como la pluma de gallina que guardaba el kender en un saquillo.

Los ojos de Raistlin relucieron. El mago metió las manos en las bocamangas de la túnica.

Flint miró el mazo de arriba abajo, pero no veía ningún cambio. Iba a ponerlo de nuevo en el correaje cuando su mirada se encontró con la de Raistlin y recordó justo a tiempo que se suponía que el mazo pesaba mucho. Al enano no se le daba muy bien fingir y lamentó por partida doble haber accedido a tomar parte en el plan, pero ya era demasiado tarde.

—Bueno, pues me voy —anunció. Iba un poco encorvado hacia adelante, como doblado por el peso del mazo; en realidad lo sentía como un peso en su conciencia.

—Ojalá reconsideraras tu decisión —dijo Tanis, que se acercó para despedirse de él—. Aún estás a tiempo de cambiar de opinión.

—Aja, lo sé. —Flint se frotó la nariz. Hizo una pausa, carraspeó y luego añadió con voz gruñona:— ¿Querrás hacer un favor a este viejo enano, Tanis? Dame una oportunidad de hallar la gloria al menos una vez en mi aburrida vida. Sé que suena ridículo, pero...

—No —lo interrumpió el semielfo, que puso las manos en los hombros de su amigo—. No es ridículo en absoluto. Que Reorx te acompañe.

—No invoques a dioses en los que no crees, semielfo —repuso Flint iracundo—. Trae mala suerte.

Irguiendo los hombros, Flint salió para reunirse con Arman Kharas, que le dijo en un tono que no admitía discusión que era hora de emprender la marcha. Los dos echaron a andar, escoltados por soldados hylars. Dos de los guardias hylars se quedaron y ocuparon sus puestos a uno y otro lado de la puerta de la posada.

—Espero que no hayan olvidado el desayuno —suspiró Caramon mientras se sentaba en la cama.

—Creía que te sentías mal —increpó Raistlin en tono hiriente.

—Me siento mejor ahora que he vomitado. ¡Eh! —Caramon cruzó la sala, abrió la puerta y asomó la cabeza fuera—. ¿Cuándo comemos?

Tasslehoff se quedó mirando por la ventana hasta que Flint desapareció al girar en la esquina de un edificio. Entonces el kender se sentó pesadamente en una silla.

—Flint me prometió que podría ir con él a la tumba flotante —dijo Tas al tiempo que daba pataditas a los travesaños de la silla.

Tanis sabía que sería inútil intentar convencer al kender de que Flint no había hecho semejante promesa, así que lo dejó en paz, seguro de que habría olvidado todo al cabo de cinco minutos, cuando hubiera encontrado alguna otra cosa interesante. Sturm también miraba por la ventana.

—Podríamos ocuparnos de los guardias de la entrada, Tanis. Sólo son dos.

—Y luego ¿qué? —demandó Raistlin, mordaz—. ¿Cómo recorreremos Thorbardin sin llamar la atención? ¿Nos hacemos pasar por enanos? Puede que el kender lo consiguiera, pero el resto de nosotros tendríamos que ponernos barbas falsas y caminar de rodillas.

El rostro de Sturm enrojeció por el sarcasmo del mago.

—Al menos podríamos intentar hablar con Hornfel, decirle lo preocupados que estamos por nuestro amigo. A lo mejor cambiaba de opinión.

—Bueno, supongo que podríamos pedir audiencia, pero dudo que tengamos éxito —comentó Tanis—. Dejó bien claro que sólo podían entrar enanos en la tumba sagrada.

Sturm siguió mirando por la ventana con aire sombrío.

—Flint va camino del Valle de los Thanes, el reino de los muertos, con un enano chiflado para protegerle las espaldas y el espíritu de un príncipe muerto para guiarlo —dijo el semielfo—. Preocuparse por él no servirá de nada.

—Pero rezar por él sí —repuso el caballero y acto seguido se arrodilló en el suelo.

—Me vuelvo a la cama —dijo Raistlin tras encogerse de hombros. No había nada más que hacer. Tanis también se metió en su cama y se quedó tendido boca arriba, mirando el techo. Mientras Sturm rezaba para sus adentros.

«Sé que lo que hice estuvo mal, pero lo hice por el bien de muchos —oró a Paladine. Entrelazó las manos con fuerza ante sí—. Como siempre he hecho...»

Tasslehoff dejó de dar pataditas a los travesaños de la silla. Esperó hasta que Sturm se quedó absorto en su comunión con el dios, hasta que Tanis

cerró los ojos y su respiración se tornó regular y acompasada, hasta que oyó los ronquidos de Caramon y cesó la tos rasposa de Raistlin.

—Flint prometió que yo podría ir —murmuró Tas—. «Antes me llevaría al kender.» Eso fue lo que dijo. Tanis está preocupado por él y no lo estaría ni la mitad si yo lo acompañara y cuidara de él.

Tasslehoff se despojó de sus saquillos. Separarse de ellos le causaba un gran dolor, pues sin ellos se sentía como si estuviese desnudo, pero haría ese sacrificio por su amigo. Se bajó de la silla y, moviéndose tan en silencio como sólo un kender era capaz cuando se lo proponía, abrió la puerta y salió sigilosamente.

Los dos soldados le daban la espalda. Estaban charlando y no lo habían oído.

—¡Hola! —dijo en voz alta.

Los guardias desenvainaron las espadas y giraron sobre sus talones más de prisa de lo que Tasslehoff habría creído capaces a unos enanos. No sabía que los enanos fueran tan ágiles, sobre todo si iban cargados con tanto metal.

—¿Qué quieres? —gruñó uno de ellos.

—¡Vuelve ahí dentro! —dijo su compañero, que señaló la posada.

Tas hablaba unas cuantas palabras del lenguaje enano. Hablaba unas cuantas de cualquier lenguaje, ya que siempre era útil saber decir «¡Pero si lo dejaste caer tú!» a desconocidos con los que uno se encontraba en el camino.

—Quiero mi jupak —pidió amablemente Tasslehoff. Los enanos lo miraron de hito en hito y uno hizo un gesto amenazador con su arma.

—Espada no —aclaró Tas, que malinterpretó la intención del gesto del soldado—. Jupak. Se pronuncia «ju», «pak», que se escribe «j, u, p, a, k» y en kender significa «jupak».

Los soldados seguían sin entender y empezaban a estar enfadados. Claro que Tasslehoff también empezaba a estarlo.

—¡Jupak! —repitió en voz alta—. Es eso que tenéis ahí, a ese lado.

Señaló la espada de Sturm y los soldados se volvieron para mirar.

—¡Ups! Me equivoqué —exclamó Tasslehoff—. Me refería a esto. — Un salto, un brinco y tuvo la jupak en las manos. Un salto, un golpe seco y atizó a uno de los soldados en la cara con el extremo romo del palo, tras lo cual utilizó la parte ahorquillada para asestar otro golpe seco en la tripa al segundo guardia.

Les propinó a ambos varios golpetazos en la cabeza para asegurarse de que no se levantaran demasiado pronto y fueran un incordio. Luego, eligiendo al más pequeño de los dos enanos, le quitó el yelmo.

—Qué buena idea la de Raistlin. ¡Me disfrazaré como un enano!

El yelmo le quedaba muy grande y le bailaba en la cabeza. La cota de malla enana le sobraba de ancho y de largo y pesaba seis toneladas por lo menos. La descartó y en su lugar se puso el coselete de cuero que el enano llevaba debajo. Consideraba buena la idea de una barba postiza y observó la del enano con aire pensativo, pero no tenía nada con lo que cortársela. Tas se quitó el casco, aflojó el copete, se echó el cabello por delante de la cara y luego volvió a encasquetarse el yelmo. Por debajo del casco le asomaba el largo cabello.

Lo malo era que todo el pelo le caía por delante de los ojos. Resultaba muy molesto porque no le dejaba ver bien y además no paraba de hacerle cosquillas en la nariz y lo hizo estornudar varias veces. Sin embargo, por un amigo se hacía cualquier sacrificio.

Tasslehoff se detuvo para echarse un vistazo en una ventana rota. Los resultados lo dejaron pasmado. Le pareció imposible que alguien notara la diferencia entre él y un enano. Echó a andar calle adelante a buen paso. Flint y Arman Kharas le llevaban bastante ventaja, pero Tas estaba convencido de que los alcanzaría.

Después de todo, Flint lo había prometido.

Trescientos años de odio
El Valle de los Thanes

Flint había albergado la esperanza de poder ir a Kalil S'rith, el Valle de los Thanes, de prisa y discretamente, evitando jaleos, molestias y multitudes boquiabiertas. Pero los thanes no habían mantenido la boca cerrada. Se había corrido la voz por el reino enano de que un neidar iba en busca del Mazo de Kharas.

Flint, Arman y sus escoltas dejaron atrás la ciudad de los Altos y se internaron entre la muchedumbre hostil. Al ver a Flint, los enanos agitaban los puños y lanzaban insultos, le gritaban que volviera a sus colinas o que se fuera a otros sitios no tan agradables. Arman no escapó de ser blanco de los ultrajes; lo llamaban traidor y el viejo mote insultante «Marman Arman».

A Flint le ardían las orejas y lo abrasaba el odio. De repente se alegró de que a Raistlin se le hubiera ocurrido la idea de escamotear el verdadero Mazo y sacarlo de Thorbardin, dejándoles el falso a los enanos. Se lo llevaría y que sus despreciables parientes se quedaran encerrados para siempre en la montaña.

La muchedumbre estaba tan embravecida que Flint y Arman podrían haber acabado en el Valle de los Thanes como perpetuos residentes, pero Hornfel, informado de que estaba a punto de estallar un tumulto, envió una

tropa numerosa. Sus soldados ordenaron a la multitud que se dispersara y usaron el extremo romo de las lanzas y la parte plana de las espadas para reforzar sus órdenes. Cerraron y aislaron la Calzada Octava, que conducía al valle. Eso llevó tiempo. Arman y Flint tuvieron que esperar mientras los soldados despejaban de transeúntes la calzada y ordenaban a los pasajeros de los vagones que se bajaran. Si Flint hubiera estado atento se habría fijado en un enano de aspecto extraño que se abría paso entre la multitud a empujones y codazos, un enano de constitución esbelta (podría decirse que anémica), con un casco que le bailaba en la cabeza y cuya barba le salía por las rendijas de la visera. Pero Flint estaba cegado por la ira. Sostenía el mazo en la mano, deseoso de utilizarlo para aplastar unas cuantas cabezas de Enanos de las Montañas.

Justo cuando el enano de aspecto raro casi los había alcanzado, los soldados anunciaron que la Calzada Octava estaba despejada. Arman y Flint se subieron al primer vagón. Flint se sentaba cuando creyó oír gritar una voz familiar de timbre agudo:

—¡Eh, Flint! ¡Espérame!

Flint alzó la cabeza con brusquedad y se volvió, pero el vagón se puso en marcha entre traqueteos antes de que tuviera tiempo de ver algo.

Tasslehoff forcejeó, empujó, dio patadas y se abrió paso entre la muchedumbre de enanos furiosos. Se las había ingeniado para llegar lo bastante cerca de Flint para gritarle que esperara, cuando el vagón en el que iba su amigo dio un tirón, arrancó y rodó vía adelante. Tasslehoff creyó que había fracasado.

Entonces recordó que tenía una Misión, en mayúsculas. Todos sus amigos estaban preocupados porque Flint iba solo. Sturm incluso se había puesto a rezar. Se sentirían muy defraudados con él si permitía que una cosa insignificante, como era un regimiento de enanos armados con lanzas, lo detuviera.

Arman y Flint habían subido al primero de seis vagones enganchados; los soldados de la escolta de Arman habían intentado subir para acompañarlos, pero el príncipe les había ordenado que se quedaran, con lo que los otros cinco vagones iban vacíos.

Los vagones cobraron velocidad. Los soldados enanos, enlazados por los brazos y con los pies bien separados, formaban una barrera humana que impedía que la multitud asaltara el mecanismo que controlaba los vagones. Tas vio un hueco. Se echó al suelo a cuatro patas y gateó entre las piernas de un guardia, el cual estaba tan ocupado conteniendo la presión de los cuerpos que empujaban que no se fijó en el kender.

Tas salió a todo correr por la vía y alcanzó el último vagón. Echó dentro la jupak, después se subió a la parte trasera del vagón y se agarró con la fuerza de una garrapata.

Tras un instante de tensión en el que casi le resbalaron las manos, Tas echó una pierna por encima del borde del vagón. La siguió el resto del cuerpo, y el kender cayó al fondo del vagón junto con la jupak. Se quedó tendido boca arriba y admiró el panorama de las estalactitas por las que pasaban de camino al valle mientras pensaba lo complacido que estaría Flint cuando lo viera.

Las Calzadas Séptima, Octava y Novena conducían a Kalil S'rith, el Valle de los Thanés. Las tres acababan en unos accesos llamados salas de guardia, a pesar de que nunca había habido enanos de guardia en ellas. La reverencia y el respeto eran los guardianes del valle. Los enanos que acudían allí para enterrar a sus muertos eran los únicos que entraban y sólo se quedaban el tiempo necesario para rendir homenaje a los difuntos.

En el pasado no había sido así, al menos por lo que Flint había oído contar. Antes del Cataclismo, los clérigos de Reorx cuidaban del valle y lo mantenían limpio y arreglado. Los enanos iban a celebrar aniversarios familiares con sus antepasados y acudían peregrinos a visitar el lugar de reposo de antiguos thanés.

Después de que los clérigos desaparecieron, los enanos siguieron yendo al valle; pero, sin clérigos que lo cuidaran, la hierba creció alta y salvaje, las tumbas se deterioraron y poco después los enanos dejaron de ir allí. Aunque reverenciaban a sus antepasados y los tenían en tanto como para incluirlos en temas de política y en la vida diaria, pidiéndoles consejo o ayuda, en la actualidad los enanos eran reacios a perturbar el sueño de los muertos. Una

vez que un enano recibía sepultura en una tumba o en un túmulo, su familia se despedía de él y se marchaba para volver únicamente cuando llegaba el momento de enterrar a otro miembro de la familia.

El Valle de los Thanes era suelo santificado, bendecido muchos siglos atrás por Reorx. Antaño el valle había sido un lugar de quietud y paz. Ahora era un lugar de pesadumbre. El valle también era un lugar al sol y al aire, con nubes y estrellas, porque se encontraba en la única zona de Thorbardin al aire libre. Ésa era otra de las razones por la que los enanos iban allí rara vez. Eran como bebés en el vientre de su madre, que lloraban al ver la luz. Al vivir toda la vida en la acogedora oscuridad bajo la montaña, los enanos de Thorbardin se sentían incómodos —vulnerables y desprotegidos— cuando entraban en el espacio vacío barrido por el viento y bañado en sol del valle.

Las inmensas puertas de bronce de la sala de guardia llevaban cincelado el símbolo del reino del más allá: un martillo cabeza abajo, en descanso, dejado por la mano del guerrero.

Ni Flint ni Arman hablaron durante el trayecto por la Calzada Octava. Tampoco cuando se encaminaron hacia las puertas de bronce. El ruido de la caótica escena que habían dejado atrás se había disipado en la distancia. Cada cual iba absorto en sus pensamientos, esperanzas, sueños, deseos y temores.

Llegaron ante la doble puerta y, en un mutuo acuerdo tácito, pusieron las manos en hojas opuestas: Flint la de la izquierda y Arman Kharas la de la derecha. Se quitaron los yelmos y, con la cabeza agachada, abrieron las grandes puertas de Kilil S'rith.

La luz del sol radiante, intensa, les dio de lleno en la cara. Arman Kharas entrecerró los ojos y alzó la mano para resguardarse los ojos de la luz cegadora. Flint parpadeó rápidamente y a continuación hizo una profunda inhalación para llenarse los pulmones del frío y vigorizante aire de la montaña y alzó el rostro para recibir la cálida caricia del sol.

—¡Por Reorx! —exclamó Flint—. ¡No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos esto! ¡Es como volver a la vida!

«*Irónico —pensó—, estando en un valle de muerte.*»

Arman seguía resguardándose los ojos. No podía alzar la vista hacia el inmenso cielo azul.

—Para mí es como la muerte —dijo, hosco—. Ni muros, ni límites, ni fronteras, ni principio, ni fin. Veo la vasta extensión del universo sobre mí y no soy nada en él, menos que nada, y eso no me gusta.

Fue entonces cuando Flint comprendió de verdad, por primera vez, la enorme brecha que se abría entre su pueblo y aquellos que vivían bajo la montaña. Mucho tiempo atrás, ambos clanes se habían sentido cómodos tanto si caminaban bajo la luz del sol como en la oscuridad. Ahora, lo que para unos era la vida para los otros era la muerte.

Flint se preguntó si su pueblo podría alguna vez volver a lo que había sido antaño, como soñaba Arman Kharas. Al evocar las maldiciones, los insultos, las palabras de odio —más afiladas, hirientes y letales que cualquier arma arrojadiza— y sentir que la ira volvía a arder en su propio corazón, Flint no lo creyó probable ni con Mazo ni sin él. Eso, a pesar de estar furioso, despertó en él una profunda sensación de tristeza, como si hubiese perdido algo entrañable y precioso.

Los dos enanos esperaron a que las pupilas se les acostumbraran a la intensa luz antes de seguir adelante. Ninguno de los dos veía muy bien y por esa razón tampoco ninguno de ellos reparó en que Tasslehoff se bajaba del vagón. Se había despojado del pesado casco y también se quitó el coselete de cuero porque le picaba y además olía muy fuerte, hecho lo cual se dirigió presuroso hacia las grandes puertas de bronce con intención de pillar por sorpresa a Flint; siempre era divertido ver al viejo enano dar un brinco en el aire y ponerse rojo como un tomate.

Tas cruzó rápidamente las puertas y el sol le dio de lleno en la cara. La luz del astro era brillante e inesperada por completo. Llevándose las manos a los ojos, el kender reculó a través de las grandes puertas. El resplandor parecía haberle entrado directamente al cerebro, y lo único que veía era una gran salpicadura roja veteada con trazos azules y adornada con pequeñas motas amarillas. Cuando aquel fenómeno ciertamente ameno e interesante pasó, Tas abrió los ojos y vio, para su consternación, que la doble puerta de

bronce se había cerrado sola y lo había dejado tirado en la oscuridad, que ahora era peor que nunca.

—Estoy teniendo un montón de problemas —rezongó el kender al tiempo que se frotaba los ojos—. Espero que Flint sepa apreciarlo.

El Valle de los Thanes había sido una caverna que se había desplomado miles de años atrás y había dejado el área al aire libre. Los muertos yacían en pequeños túmulos que asomaban entre la alta y susurrante hierba mustia o bajo grandes montículos con una puerta de piedra o, en los casos de enanos ricos y poderosos, descansaban dentro de mausoleos. Cada lugar de enterramiento estaba indicado con una estela que llevaba el nombre de la familia cincelado arriba y los nombres de cada miembro enterrado añadido debajo, en filas. Algunas familias tenían varias de esas estelas ya que las generaciones se remontaban muy atrás en el tiempo. Flint iba ojo avizor a nombres neidars, incluido el suyo, Fireforge. Otro punto de enfrentamiento entre clanes cuando Duncan clausuró la montaña, era que los neidars que quisieran volver a Thorbardin para ser enterrados se hallaban excluidos de su última morada tradicional.

Alrededor de las tumbas no había caminos ni veredas. Los pies de mortales rara vez caminaban por allí. Flint y Arman dirigieron sus pasos entre túmulos y mausoleos hacia su punto de destino, visible para ellos desde el instante en el que los ojos se les acostumbraron a la luz: la Tumba de Duncan.

La compleja y ornamentada construcción, más una fortaleza pequeña que una tumba, flotaba majestuosamente a muchas decenas de metros sobre un tranquilo lago azul en el centro del valle. El lago se había formado por la escorrentía de la nieve de la montaña al verterse en el agujero dejado cuando la tumba se desgarró de la tierra y se elevó en el aire.

Flint no podía apartar los ojos de la maravillosa vista. Contemplaba la tumba de hito en hito, pasmado. Había visto muchos monumentos contruidos por enanos con anterioridad, pero ninguno igualaba a aquél. Con toneladas y toneladas de peso, la tumba flotaba entre las nubes como si fuese tan liviana como ellas. Torres y torreones de mármol blanco adornados con tejas de un intenso color rojo resplandecían al sol. Ventanas

de cristales de colores se abrían a balconadas. Escaleras empinadas conducían de un piso a otro, se entrecruzaban, subían y bajaban en círculo en torno al edificio.

Una nota musical grave resonó en la tumba y levantó ecos en el valle. La nota sonó una vez y luego la música se perdió en la distancia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Flint, atónito.

Arman Kharas miraba hacia arriba, al milagro de la tumba flotante.

—Algunos cuentan que es Kharas manejando el mazo. Nadie lo sabe con certeza.

La nota sonó de nuevo y Flint no tuvo más remedio que admitir que el sonido era muy parecido al de un martillo golpeando metal. Pensó en lo que podría estar aguardándoles en esa tumba —si es que conseguían llegar hasta ella— y deseó haber hecho caso del consejo de Sturm e insistir a Hornfel para que permitiera que sus amigos lo acompañaran.

—La tumba del rey Duncan se empezó a construir cuando él aún vivía —indicó Arman—. Tenía que ser un gran monumento donde sus hijos y los hijos de sus hijos y todos los que vinieran después de él fueran enterrados. Pero ¡ay!, su visión de una dinastía hylar no se cumpliría. Mandó enterrar a sus dos hijos en un túmulo sencillo, sin nombres. La tumba de su tercer hijo permanecerá vacía para siempre.

»Cuando el rey murió, Kharas, asqueado de la lucha entre clanes, llevó personalmente el cadáver a la tumba. Temiendo que el funeral del rey se malograra por el comportamiento impropio de los thanes enemistados, prohibió a todos que asistieran a la ceremonia. Se dice que intentaron entrar, pero las grandes puertas de bronce se cerraron ante ellos. Kharas no regresó jamás. Los thanes aporrearón las puertas en un intento de abrirlas a la fuerza. La tierra empezó a sacudirse con tal violencia que se derrumbaron edificios, se abrió una grieta en el Árbol de la Vida y el lago se desbordó e inundó la tierra que lo rodeaba.

»Cuando la montaña dejó de moverse, las puertas de bronce se abrieron. Deseosos todos ellos de hallar el mazo y reclamarlo como suyo, los thanes lucharon para ver quién entraba antes en el valle. Sangrantes y vapuleados, irrumpieron en tropel por las puertas y entonces, para su horror,

descubrieron que la tumba del rey había sido desgajada de la tierra por alguna fuerza pavorosa y flotaba a gran altura sobre sus cabezas.

»A lo largo de los años, muchos buscaron los medios para tener acceso a ella, pero hasta el día de hoy nadie ha encontrado la forma de entrar y ahora... —Arman desvió la vista de la tumba para dirigir una mirada sombría a Flint—. Ahora, tú, un neidar, afirma conocer el secreto. —Arman se atusó la larga y negra barba—. Yo, al menos, lo dudo.

Flint picó en el anzuelo.

—¿Dónde está la tumba del príncipe Grallen? —De repente tenía ganas de acabar de una vez con todo aquello.

—No muy lejos. —Arman señaló—. Aquel obelisco de mármol negro que se ve junto al lago. Hubo un tiempo en el que se encontraba delante de la Tumba de Duncan, pero eso fue antes de que fuera arrancada de la tierra. Allí hay una estatua del príncipe y detrás se hallan las ruinas de un arco de mármol que se desmoronó cuando la montaña tembló. —Arman miró a Flint de soslayo.

»¿Qué haremos cuando lleguemos a la tumba del príncipe? A no ser que prefieras no decírmelo —añadió con aire estirado.

Flint creyó que al menos le debía eso al joven enano. Después de todo, Arman le había entregado su mazo.

—He de llevar el yelmo a su tumba —contestó.

Arman se quedó mirándolo de hito en hito, estupefacto.

—¿Eso es todo? ¿Nada sobre el Mazo?

—No exactamente —repuso Flint, evasivo.

Había habido una sensación, una impresión, pero nada específico. Ésa era la principal razón por la que no les había dicho nada más a sus amigos y, al mismo tiempo, una razón más para que decidiera ir solo.

—Pero accediste a hacer la apuesta con Realgar...

—Ah, eso —dijo Flint mientras sorteaba montículos y túmulos—. ¿Y qué enano que se tenga por tal ha rechazado nunca una apuesta?

* * *

Tasslehoff observó las puertas de bronce y después se acercó y dio una patada a una de las hojas, no porque creyera que podría abrirla de esa forma, sino porque estaba muy enfadado con ella. Le entró un hormigueo por los dedos del pie que le fue subiendo por el cuerpo hasta los hombros y se enfadó aún más.

Tas tiró la jupak al suelo, apoyó las dos manos en una de las puertas y empujó. Empujó y empujó y no ocurrió nada. Hizo un alto para limpiarse el sudor de la cara mientras pensaba que no se tomaría tantas molestias por nadie excepto por Flint. También pensó que había notado como si la puerta cediera un poco, así que volvió a empujar y esta vez cargando con todo su peso contra la hoja.

«¿Sabes quién te vendría ahora muy bien? —se dijo para sus adentros al tiempo que empujaba con todas sus fuerzas—. *Fizban. Si estuviera aquí, lanzaría una de sus bolas de fuego a la puerta y así se abriría de golpe.*»

Que fue exactamente lo que hizo la puerta en ese momento.

Abrirse de golpe. Con el resultado de que Tas se encontró empujando aire y luz del sol y acabó de bruces en el suelo. Caer de bruces le recordó a Tas otra cosa que Fizban habría hecho, dada la ausencia de llamas, humo y destrucción general que por lo general iban de la mano de los hechizos del viejo mago chiflado. Tas se quedó un instante tendido en la hierba y suspiró tristemente por la muerte de su amigo. Entonces, al recordar su Misión, con mayúsculas, se levantó de un salto y miró a su alrededor.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta que la puerta de bronce se cerraba tras él. El kender saltó hacia su jupak y se las arregló para recogerla en el último instante antes de que la puerta se cerrara con estruendo. Dando media vuelta alzó los ojos al cielo y vio la tumba flotante y oyó lo que sonaba como el golpe de un mazo contra un gong. El kender se quedó embelesado.

Tas perdió unos segundos contemplando la tumba, mudo de asombro. El mazo estaba allí arriba, en esa tumba que flotaba en el aire, y Flint iba a subir para tomarlo. Tas soltó un suspiro.

—Espero que al decir esto no hiera tus sentimientos, reina Takhisis —manifestó con solemnidad—, y quiero asegurarte que aún tengo intención

de visitar el Abismo algún día, pero ahora mismo el sitio donde más deseo estar de todo el mundo es ahí arriba, en la Tumba de Duncan.

Tasslehoff echó a andar en busca de su amigo.

* * *

La del príncipe Grallen era una más de las tumbas, montículos y túmulos funerarios que se habían construido alrededor del lago en el centro del valle. Allí, en torno al lago, los thanes y sus familias habían recibido sepultura durante siglos. La tumba de Grallen era la única que estaba vacía, sin embargo; no se había cerrado, a la espera de acoger un cuerpo que jamás se encontraría. Un obelisco negro y una estatua del príncipe de tamaño natural señalaban la tumba. La estatua representaba a Grallen con el uniforme de gala, pero iba sin armas. Las manos estaban tan vacías como la tumba, y la cabeza descubierta.

Kharas se detuvo delante de la estatua del príncipe, inclinada la cabeza en señal de respeto, y con el yelmo en la mano. Flint, que tenía seca la boca, se acercó despacio con el Yelmo de Grallen. No sabía qué tenía que hacer. ¿Se suponía que debía poner el yelmo dentro de la tumba vacía? Iba a dar media vuelta cuando notó un helado roce en la piel. Las manos de piedra de la estatua descansaban sobre las suyas.

A Flint le dio un vuelco el corazón. Le temblaban las manos y casi dejó caer el yelmo. Intentó moverse, pero las manos de piedra sujetaban las suyas con firmeza. Miró el rostro de la estatua, a los ojos, y vio que no era piedra inerte, sino que en ellos brillaba la vida. Los labios de la estatua se movieron.

—He tenido la cabeza descubierta, expuesta al sol y al viento, a la lluvia y la nieve, todos estos largos años.

Flint se estremeció y deseó no haber ido allí nunca. Vaciló, tratando de darse ánimo, y después, tembloroso de miedo, colocó el yelmo en la cabeza de piedra, de forma que le cubrió los ojos. La gema roja destelló.

—Voy a unirme con mis hermanos. Llevan mucho tiempo esperando para hacer juntos este tránsito.

Una sensación de paz inundó a Flint y ya no tuvo miedo. Lo embargó un sentimiento de amor abrumador, un amor que lo perdonaba todo. Soltó el yelmo casi de mala gana e inclinó la cabeza. Oyó que Arman daba un respingo y, cuando consiguió ver a través del velo de lágrimas que le empañaba los ojos, se encontró con que la estatua del príncipe llevaba ahora un yelmo de piedra.

Se obligó a tragar el nudo que tenía en la garganta, se frotó los ojos para quitarse las lágrimas que los humedecían y miró a su alrededor. Tras hallar lo que buscaba, rodeó el obelisco.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Arman, que lo seguía—. ¿Dónde vas?

—A ese arco de ahí —contestó Flint al tiempo que señalaba.

—El arco era un monumento a Kharas —comentó Arman—. Se desmoronó cuando la tumba fue arrancada de la tierra. Estuvo en ruinas mucho tiempo. Mi padre lo hizo reconstruir y volvió a dedicarlo con la esperanza de que nos condujera hasta el Mazo, pero no sirvió de nada.

Flint asintió con la cabeza.

—Tenemos que caminar a través del arco.

—¡Bah! —El escepticismo de Arman era obvio—. He caminado a través del arco incontables veces y no ha ocurrido nada.

Flint no contestó nada y reservó el aliento para dedicarlo a caminar. Como Raistlin le había recordado con tan poco tacto, no era precisamente joven. La gresca con la multitud, la caminata por el valle y el encuentro con la estatua le habían menguado mucho las fuerzas. Que él supiera, había una larga distancia hasta el Mazo.

El arco estaba hecho del mismo mármol negro del obelisco. Era muy sencillo, sin tallas, y sólo llevaba cinceladas unas palabras: «*Espero y vigilo. Él no regresará. ¡Ay, lloro a Kharas!*»

Flint se paró. Se meció atrás y adelante sobre los pies mientras se decidía y luego, haciendo una profunda inhalación y cerrando los ojos, echó a correr a través del arco.

—¡Lloro a Kharas! —gritó mientras lo hacía.

La carrera de Flint tendría que haberlo conducido a la hierba marchita del otro lado del arco. En cambio, las botas repicaron en un suelo de tablas de madera desvencijadas. Sobresaltado, abrió los ojos y se encontró en una estancia en penumbra con la única iluminación de un rayo de sol que se colaba a través de una aspillera en el muro de piedra.

Flint dio un respingo y soltó el aire con sobrecogimiento. Se dio la vuelta y allí estaba el arco, lejos, muy lejos de él. Oyó una voz lejana gritar «¡Lloro a Kharas!», y Arman apareció en el arco. El enano joven miró en derredor con asombro.

—¡Estamos aquí! —gritó—. ¡Dentro de la tumba! —Se puso de rodillas—. Mi destino está a punto de cumplirse.

Flint se dirigió hacia la saetera y se asomó. Allá abajo se extendía la hierba marchita, un lago iluminado por el sol y un pequeño obelisco. Abrió los ojos de par en par y retrocedió un paso con rapidez.

—¡Aprisa! ¡Cierra la entrada! —bramó, pero ya era demasiado tarde.

—¡Lloro a Kharas! —gritó una voz aguda.

Tasslehoff Burrfoot, jupak en mano, irrumpió a través del arco.

—¡Un kender! —exclamó Arman con espanto—. ¡En la tumba del Rey Supremo! ¡Esto no puede permitirse! Debe volver.

Corrió hacia Tasslehoff, que estaba tan asombrado que se le olvidó correr. Arman lo asió y se disponía a lanzarlo hacia atrás por el arco cuando de repente lo soltó.

—¡El arco ha desaparecido! —exclamó.

—Oye, si el arco ha desaparecido, ¿cómo vamos a volver abajo, al valle? —inquirió Tas mientras se levantaba del suelo.

—Quizá no volvamos —contestó Flint en tono sombrío.

33

Lagartos Pulgas Sabandijas

—Cuéntame más cosas sobre ese mazo —pidió Dray-yan.

—Es una vieja y mohosa reliquia enana —contestó Realgar. Observó al hombre-lagarto con desconfianza—. Nada que sea de interés para ti.

—Según lo que ha llegado a oídos de su señoría, el enano que encuentre el mazo decidirá quién ha de ser Rey Supremo —añadió Dray-yan—. Y ahora nos enteramos de que dos enanos han partido en busca de ese objeto. No le mencionaste nada de eso a lord Verminaard.

—No pensé que eso pudiera interesarle a su señoría. —Realgar estaba ceñudo.

—Todo lo contrario —dijo Dray-yan, cuya larga lengua asomó entre los dientes y volvió a meterse en la boca con rapidez—. A su señoría le interesa todo lo que ocurre aquí, en Thorbardin.

El draconiano aurak y su comandante, Grag, se encontraban a gran profundidad debajo de la montaña, reunidos con elthane theiwar. Uno de los informadores a sueldo de Dray-yan le había comunicado la noticia sobre el mazo a un mensajero draconiano, el cual la consideró lo bastante importante para recorrer los túneles secretos lo más rápido posible y

despertar a Grag en mitad de la noche. Grag también lo había considerado tan importante como para despertar a Dray-yan. El mismo mensajero también tenía información respecto a los esclavos huidos y la banda de asesinos que los encabezaba.

Dray-yan y Grag viajaron rápidamente a Thorbardin para discutir esos asuntos con Realgar. El aurak se había reunido con el cabecilla theiwar en otras ocasiones, pero lo había hecho con la apariencia de lord Verminaard. Ese día Dray-yan había decidido presentarse con su verdadero aspecto.

Lord Verminaard iba de camino a Thorbardin, le había dicho a Realgar, y que su señoría estaría presente cuando el mazo se encontrara.

—En cuanto a decidir quién será el Rey Supremo, serán las hachas, las espadas y las lanzas las que decidan eso, no un pedazo de metal oxidado. — Elthane se rascó la nuca, atrapó una pulga, la aplastó entre los dedos y luego la tiró a un lado.

Dray-yan era paciente y continuó con el interrogatorio. El emperador Ariakas estaba muy interesado en obtener el mazo. El aurak dudaba que al emperador le importara quién era rey de los enanos.

—Pero el mazo tiene fama de ser mágico.

Realgar lanzó al draconiano una mirada penetrante. Creía saber a qué venía aquello.

—Las Dragonlances. Te refieres a eso, ¿verdad? —Soltó una risita—. Entiendo la razón de que eso le interese a Verminaard.

Dray-yan y Grag intercambiaron una mirada. El bozak sacudió la cabeza.

—Su señoría no sabe nada de esas Dragonlances —contestó Dray-yan.

—Eran unas lanzas que mataban dragones... Y otros reptiles —añadió Realgar con una mueca desagradable.

Dray-yan dirigió una mirada sombría al theiwar. Le habría gustado estrangular al apestoso gusano. Sin embargo, tenía que mostrarse conciliador. Sus planes dependían de él.

—Informaré a su señoría sobre esas Dragonlances —dijo el aurak—. Entretanto, se supone que el mazo se encuentra en... —Había olvidado el nombre y miró a Grag.

—El Valle de los Thanes —dijo el bozak.

—Dos enanos han ido a buscarlo...

—Como si van doscientos. No lo encontrarán. Y, aunque lo hallaran, ¿qué importancia podría tener? —le dijo con sorna Realgar al aurak—. ¿O acaso te ves como el rey bajo la montaña, lagarto?

Dray-yan contestó en el lenguaje draconiano para que sólo Grag entendiera.

—Créeme, sucia comadreja, mis planes no son convertirme en Rey Supremo de un puñado de sabandijas infestadas de pulgas. Bastante fastidio será teneros de esclavos. No obstante, todos hemos de hacer sacrificios por la causa.

La cola de Grag se mecía en un gesto de conformidad. Realgar, que no entendía el lenguaje draconiano, los miró alternativamente con aire irritado.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho a Grag que no sueño con alcanzar tan alta distinción,thane —contestó el aurak—. Servir a mi señor Verminaard colma mis humildes ambiciones. —Hizo una pausa—. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de lord Verminaard.

Las pobladas cejas del theiwar se fruncieron sobre los ojos entrecerrados y casi los taparon.

—¿A qué te refieres?

—¿Deberíamos decírselo? —le preguntó Dray-yan a Grag.

—Elthane nos ha sido de gran ayuda —contestó el comandante draconiano a la par que asentía en un gesto solemne—. Es justo que lo sepa.

—¿Que sepa qué? —demandó Realgar.

—Consideremos lo que podría ocurrir si lord Verminaard obtuviese el Mazo de Kharas y se convirtiera en Rey Supremo de Thorbardin. Controlaría la producción de hierro. Y recibiría los beneficios.

—¡Ningún humano puede ser Rey Supremo! —gritó el theiwar estallando de rabia—. El mazo es un pedazo de metal, nada más.

—La Reina Oscura no considera el mazo un «pedazo de metal» —dijo Dray-yan—. Es posible que también esté interesada en esas picas.

—Lanzas —lo corrigió Grag—. Dragonlances.

El aurak se encogió de hombros.

—Si, como dices, el mazo sólo es un «pedazo de metal», entonces no tienes por qué preocuparte. En cambio, si el mazo posee realmente poderes mágicos, entonces el emperador Ariakas, en nombre de su Oscura Majestad, recompensará a quien se lo entregue y lo nombrará Rey Supremo de Thorbardin. Y esa persona será lord Verminaard.

—¡Verminaard no tiene derecho a gobernarnos! —declaró Realgar, malhumorado.

—La ambición de su señoría es grande, como lo son sus deseos. Lo que no implica que por eso disminuya su grandeza —se apresuró a añadir.

—Le pedí ayuda para convertirme en rey yo —señaló Realgar—. De haber sabido que planeaba reclamar el trono para sí nunca habría cerrado este trato con él. El rey seré yo, ningún otro, y menos un humano.

Rumió todo aquello durante unos instantes y después miró a Dray-yan con un interés especulativo.

—Pareces inteligente... Para ser un lagarto, se entiende.

El aurak no quiso mirar a Grag por miedo a que ambos prorrumpieran en carcajadas.

—Te agradezco esa buena opinión,thane —contestó. Luego añadió—: Ojalá su señoría la compartiera.

—Hablas como si quisieras cambiar a otro tu lealtad —comentó el theiwar—. Servir a un nuevo amo.

—Grag y yo podríamos considerarlo, dependiendo de lo que consiguiéramos por hacerlo —dijo Dray-yan.

—Una parte de los beneficios.

Los dos draconianos discutieron la propuesta.

—La comadreja se ha tragado el anzuelo —dijo el aurak en draconiano—. Tal como lo hablamos, cuando el mazo se haya recuperado yo me encargaré de distraer a los thanes o, más bien, «su señoría» los distraerá. Tus tropas entrarán en Thorbardin, se apoderarán de las fortificaciones claves enanas y las ocuparán.

—Las tropas están reunidas en el túnel, esperando mi orden —asintió Grag—. Si se encuentra el mazo, los enanos lo llevarán a la construcción

que llaman Templo de las Estrellas. Una vez que los thanes se hayan reunido, bloquearemos las salidas y así los tendremos atrapados dentro a ellos y al mazo.

—Después de que su señoría sufra su triste final y el mazo esté a salvo en mis manos, tendré una charla con los thanes —dijo el aurak—. Les haré saber quién mandará de ahora en adelante. —Lanzó una mirada torva a Realgar.

—Los draconianos seremos las primeras tropas al servicio de la Reina Oscura que conquistan una nación de Ansalon —observó Grag—. El emperador Ariakas no tendrá más remedio que darnos el respeto que merecemos. Quizás algún día un draconiano pueda llevar la Corona del Poder.

Dray-yan casi podía sentir la corona en su escamosa cabeza. A regañadientes, dejó a un lado su sueño y volvió a centrarse en los asuntos que tenían entre manos.

—Grag y yo hemos hablado. Aceptamos tu oferta —le dijo a Realgar.

—Como pensaba que haríais, lagartos —repuso el theiwar con una mueca desdeñosa.

—Hemos fraguado un plan para encargarnos de su señoría —prosiguió Dray-yan—. Pero antes, a Grag y a mí nos preocupan esos seis delincuentes que han entrado en vuestro reino. Esos hombres están a sueldo de los elfos, que los enviaron a Pax Tharkas para que intentaran asesinar a su señoría. Verminaard sobrevivió al ataque, pero ellos consiguieron escapar.

—Parece que tengáis miedo a esos criminales —comentó Realgar.

A Dray-yan le temblaron las garras. Cuando tomara el mando, tenía reservado algo muy especial para el theiwar.

—No les tengo miedo —dijo—. Pero sí respeto, como deberías tenérselo tú. Son listos y hábiles y cuentan con la bendición de sus dioses.

—Y están muertos —manifestó Realgar con aire de suficiencia—. No debéis preocuparos por ellos.

La lengua del aurak salió y entró rápidamente. No creía a Realgar.

—¿Muertos? ¿Cómo? —inquirió con acritud.

Lo interrumpió un enano que llegó corriendo al sumidero que era la vivienda del thane. El enano empezó a parlotear en su lenguaje, y Realgar lo escuchó con interés. Entre la rala barba apareció una sonrisa que dejó a la vista dientes podridos. Casi al mismo tiempo, un draconiano baaz entró también, saludó y esperó a que Grag respondiera al saludo. Después le dio su informe y el comandante le comunicó las nuevas a Dray-yan.

—Un grupo pequeño de humanos se acerca a la Puerta Norte. Parece una partida de exploradores.

—¿Mis esclavos fugitivos?

—Casi con toda seguridad. Uno de ellos es ese Hombre de las Llanuras tan alto que luchó contra Verminaard. Encabeza a otros como él, seis en total, todos vestidos con pieles de animales. Un lord elfo va con ellos. También fue visto en Pax Tharkas.

—Imagino que hemos recibido la misma noticia —dijo Realgar, que observaba con atención a los draconianos—. Unos guerreros humanos han llegado a la Puerta Norte.

—Sí —admitió el aurak—. Los mismos criminales que se nos escaparon en Pax Tharkas.

—Alabada sea su Oscura Majestad —dijo Realgar mientras se frotaba las sucias manos con satisfacción—. Aquí no se nos escapan.

—Mandaré a mis fuerzas para que acaben con ellos —empezó Grag.

—¡No, esperad! —medió Realgar—. No hay que matar a todos. Quiero que se capture al menos dos con vida.

—Un enemigo vivo es un enemigo peligroso —adujo Grag—. Matémoslos y acabemos de una vez.

—Normalmente habría estado de acuerdo —dijo Realgar—, pero necesito a esa escoria para demostrar a Hornfel y a los otros miembros del Consejo que un ejército humano planea invadirnos. Llevaré a esos espías ante el Consejo, se los mostraré y los haré confesar. Hornfel no tendrá más remedio que cerrar la Puerta Norte, lo que garantizará la continuación de nuestros tratos secretos con el ejército draconiano. Los theiwars se enriquecerán y se harán poderosos. Los hylars morirán de hambre y dentro de poco yo gobernaré bajo la montaña, con mazo o sin él.

—Sabes, por supuesto, que no hay ningún ejército humano —argüyó Grag—. Son simples esclavos desesperados. ¿Por qué iban a decir lo contrario esos humanos?

—Cuando haya acabado con ellos, no sólo asegurarán que son los cabecillas de un ejército enviado aquí para atacarnos, sino que creerán lo que confiesen. Y también lo harán quienes los oigan. Entre tanto, vosotros y vuestras tropas bajad al bosque, rastread la posición de los otros humanos y matadlos.

—No acepto órdenes de... —empezó Grag, que llevó la garra hacia la empuñadura de la espada.

—Paciencia, comandante —aconsejó Dray-yan, que añadió en su propia lengua— ... El tal Realgar será una comadreja, pero es una comadreja astuta. Haz lo que te ha dicho respecto a los esclavos. Captúralos vivos. De momento dejaremos que crea que él manda. Mientras, quiero que te asegures de que dice la verdad. Descubre si han matado a los asesinos, como afirma. Si no es así, ocúpate tú de ellos.

—¡Dejad de cuchichear entre vosotros! A partir de ahora sólo hablaréis en Común en mi presencia. ¿Qué le has dicho? —demandó el theiwar, desconfiado.

—Lo que me ordenaste que le dijera,thane —repuso el aurak con aire sumiso—. He transmitido tus órdenes a Grag y le he dicho que sus hombres han de capturar vivos a los Hombres de las Llanuras.

Realgar rezongó algo.

—Llevadlos a las mazmorras cuando los tengáis —dijo luego—. Estaré allí para interrogarlos.

—Comandante, ya has oído las órdenes delthane —dijo Dray-yan en Común. Luego miró a Realgar—. Imagino que no habrá ninguna objeción a que el comandante Grag vea los cadáveres de los seis asesinos, ¿verdad?

—Sin el menor problema —contestó Realgar—. Mandaré a algunos de los míos para que lo escolten. —Hizo un gesto a un par de theiwars que aguardaban en las sombras.

»Supongo que el tal Grag es capaz de llevar a cabo mis órdenes —agregó Realgar mientras lanzaba al comandante draconiano una mirada

despectiva.

—Es muy inteligente —repuso el aurak con sequedad—. Para ser un lagarto.

34

La Tumba de Duncan *Otro Kharas más*

—El yelmo estaba maldito —dijo Arman con la voz temblorosa por la ira y el miedo. Se giró hacia Flint—. ¡Nos has llevado a nuestra perdición con engaños!

A Flint se le retorcieron las entrañas. Imaginó durante un instante horrible lo que sería quedar aprisionado allí, hasta morir de hambre, y entonces recordó el roce de las manos de piedra del príncipe y la sensación de paz que lo había inundado.

—Imagino que no esperarías entrar y encontrar el Mazo tirado en el suelo, ¿verdad? —le preguntó a Arman—. Se nos pondrá a prueba, tanto si nos gusta como si no, antes de hallarlo. Tal vez muramos, pero no nos trajeron hasta aquí para morir.

Arman meditó sobre aquello.

—Seguramente tienes razón —dijo, más tranquilo—. Tendría que haberseme ocurrido. Una prueba, claro, para ver si somos dignos.

La luz del sol penetraba en rayos oblicuos por las aspilleras. Arman rebuscó en un saquillo de cuero que llevaba en el cinturón y sacó un trozo de pergamino amarillento doblado. Lo desplegó con sumo cuidado y luego se acercó a la luz para examinarlo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Flint con curiosidad.

Arman no contestó.

—Es un mapa —dijo Tasslehoff, que se había acercado al enano y se asomaba por encima de su hombro—. Me encantan los mapas. ¿De dónde es?

Arman cambió de postura para darle la espalda al kender.

—De la tumba —dijo—. Lo dibujó el arquitecto que la construyó. Ha pertenecido a nuestra familia durante generaciones.

—¡Entonces todo lo que tenemos que hacer es usar el mapa para encontrar el Mazo! —exclamó Tas, entusiasmado.

—No, cabeza de chorlito, no podemos hacer eso —dijo Flint—. El Mazo se guardó después de que Duncan fue enterrado aquí. Es imposible que esté indicado en el mapa. —Miró a Arman—. ¿O sí?

—No —contestó el enano joven mientras estudiaba el mapa. Luego alzó la vista y miró a su alrededor y de nuevo bajó la vista al mapa.

—¿Te importa si echo una ojeada? —preguntó Flint.

—Es un mapa muy antiguo y muy frágil —arguyó Arman—. No debería toquetearse. —Dicho esto se lo guardó debajo del cinturón.

—Pero al menos nos indicará por dónde salir —comentó Tas—. Tiene que haber una puerta principal.

—¿Y de qué te serviría eso cuando estamos flotando a decenas de metros del suelo, cabeza hueca? —demandó Flint.

—Oh. Sí, claro.

El arco mágico a través del que habían pasado también se habría añadido tras la muerte de Duncan, sin duda creado por la misma fuerza poderosa que había arrancado la tumba del suelo y la había elevado hasta las nubes. La misma fuerza que aún podía estar al acecho en el interior de la tumba, aguardándolos.

Arman paseó por la estancia, escudriñó los rincones oscuros y se asomó por las aspilleras para echar vistazos al lejano valle. Se volvió hacia Flint.

—Lo primero que deberías hacer es buscar la salida.

—Buscaré lo que he venido a buscar: el Mazo —repuso el viejo enano, hosco.

Como si la palabra la hubiese conjurado, la nota musical resonó de nuevo. Ya no era débil, como se había oído desde abajo, sino profunda y melodiosa. Mucho después de que el sonido se hubo apagado, las vibraciones todavía seguían en el aire.

—Ese ruido pasa a través de mí de la cabeza a los pies. Hasta lo noto en los dientes —dijo Tas, encantado. Alzó la vista al techo y señaló—. Viene de allí arriba.

—Aquí hay una escalera que sube —informó Arman desde el lado opuesto de la estancia. Hizo una pausa y luego añadió con aire estirado—: Lamento haber perdido los nervios. No volverá a pasar, te lo aseguro.

Flint asintió con la cabeza, evasivo. Tenía intención de realizar su propia inspección a la estancia.

—¿Dónde estamos, según el mapa?

—Esta es la Sala de Enemigos —dijo Arman—. Esos trofeos conmemoran las batallas del rey Duncan.

Varios escudos, armas y otros implementos de guerra estaban en exhibición junto con placas de plata grabadas que relataban los triunfos del rey Duncan sobre sus enemigos, incluidas sus hazañas en la famosa guerra contra los ogros. Sin embargo, no había trofeos de la última guerra, la más amarga y terrible por disputarla contra sus semejantes.

Flint sorprendió al kender en un intento de enarbolar una enorme hacha de guerra ogra.

—¡Suelta eso! —se indignó el enano—. ¿Qué más te has metido en los saquillos?

—No he traído saquillos —hizo notar Tas, pesaroso—. Tuve que dejarlos para ponerme la armadura enana.

—En los bolsillos, entonces —barbotó Flint—. Y si descubro que has robado algo...

—¡No he robado nada en mi vida! —protestó Tas—. Robar está mal.

Flint hizo una profunda inhalación.

—Bien, entonces si descubro que has «tomado prestado» algo o has recogido alguna cosa que alguien «dejó caer...».

—Robar a los muertos está muy, pero que muy mal —aseguró Tas con solemnidad—. Y a veces hasta acarrea maldiciones.

—¿Me vas a dejar que acabe alguna frase? —rugió el viejo enano.

—Sí, Flint —contestó Tas, sumiso—. ¿Qué querías decir?

—Se me ha olvidado. Ven conmigo. —Flint estaba que echaba chispas.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la esquina en la que Arman había indicado que había una escalera. Tas se desvió hacia uno de los expositores y soltó un pequeño cuchillo con empuñadura de hueso que, a saber cómo, había conseguido colársele por la manga de la camisa arriba. Dio una palmadita al cuchillo y suspiró, tras lo cual se reunió con Flint; éste contemplaba con atención varios martillos de guerra que había apoyados contra una pared.

—Supongo que estará bien que tú robes a los muertos —dijo Tas.

—¿Yo? —dijo Flint, furioso—. Yo no...

Se interrumpió al no saber muy bien qué decir.

—¿Y qué me dices del Mazo? —preguntó Tas.

—Eso no es robar —contestó el enano—. Es... hallar. Ésa es la diferencia.

—¿Así que si yo «hallo» algo puedo quedármelo? —quiso saber el kender. Después de todo, había hallado el cuchillo con mango de hueso en la manga de su camisa.

—¡Yo no he dicho eso!

—Pues claro que lo has dicho.

—¿Dónde está Arman? —Flint se había dado cuenta de repente de que Tas y él se encontraban solos.

—Me parece que ha subido por esa escalera —señaló Tas—. Cuando no chillas lo oigo hablar con alguien.

—¿Con quién rayos va a hablar? —se preguntó Flint, inquieto. Prestó atención y, en efecto, le pareció oír dos voces, una de las cuales pertenecía sin duda a Arman.

—¡Un fantasma! —dedujo Tas e hizo intención de correr hacia la escalera.

Flint sujetó al kender por el faldón de la camisa.

—No tan de prisa.

—¡Pero si es un fantasma no quiero perdérmelo! —gritó Tas al tiempo que se retorció para soltarse.

—¡Chitón! Quiero oír de qué hablan.

Flint se acercó a la angosta escalera sin hacer ruido; Tas lo siguió, sigiloso. Además de estrecha, la escalera era empinada y no veían dónde conducían los peldaños. Poco después, Flint jadeaba y empezaba a sentir calambres en los músculos de las piernas. Continuó subiendo y de pronto se paró en seco. Dos de los peldaños de piedra sobresalían hacia afuera en un ángulo extraño y dejaban un hueco del tamaño justo para que cupiese un humano grande, más o menos. Del interior salía una luz.

—Ah, un pasadizo secreto —gruñó Flint.

—¡Me encantan los pasadizos secretos! —Tas empezó a colarse por el hueco. Flint lo asió por el tobillo y lo sacó a rastras.

—Primero yo.

El viejo enano entró a gatas al pasadizo. Al otro extremo había una pequeña puerta de madera entreabierta. Flint atisbó por el resquicio. Tas no veía nada al taparle Flint, así que forcejeó para hacerse sitio y meter la cabeza.

—La cámara mortuoria —susurró Flint—. El rey yace ahí. —Se quitó el yelmo.

Un sarcófago de mármol ornamentado se alzaba en el centro de una estancia. Tallada encima, yacía la figura del rey. Al otro extremo había dos enormes puertas de bronce y oro cerradas. Esas grandes puertas sólo se habrían abierto en ocasiones especiales, como el aniversario de la muerte del Rey Supremo. Alrededor del sepulcro, silenciosas hileras de estatuas de guerreros enanos montaban guardia para siempre. La luz arrancaba destellos de un yunque de oro situado a los pies del sarcófago y de una armadura completa de oro y acero.

Arman estaba arrodillado, con el yelmo en el suelo, a su lado. De pie ante él y contemplándolo había un enano de cabello blanco y lengua barba blanca. La edad había encorvado al anciano, pero incluso encorvado era más alto que Flint y de constitución imponente.

—No es un fantasma —susurró Tas, desilusionado—. Sólo es un viejo enano. Sin ánimo de ofender, Flint.

—¡Calla! —ordenó Flint, que le dio un puntapié al kender.

—Es un honor hallarme en tu presencia, gran Kharas —dijo Arman con voz estrangulada por la emoción.

A Flint se le desorbitaron los ojos y enarcó las cejas como si fueran a salirse de la frente.

—¿Kharas? ¿Ha dicho Kharas? —preguntó Tas—. Ya tenemos dos Kharas: Arman y el muerto. ¿Es éste otro? ¿Cuántos hay?

Flint le dio otro puntapié, y Tas se calló y se frotó las doloridas costillas.

—Ponte en pie, joven —dijo el anciano—. No deberías inclinarte ante mí. No soy un rey, sino simplemente alguien que guarda el descanso del rey.

—Llevas aquí todos estos siglos —dijo Arman, sobrecogido—. ¿Por qué no volviste con tu pueblo, gran Kharas? Necesitamos de tu dirección a toda costa.

—Ya ofrecí consejo a mi pueblo —repuso el anciano con acritud—, pero no lo quería. No estoy en esta tumba por elección propia. Puede decirse que se me exilió a este lugar, que la insensatez de mi pueblo me mandó aquí.

Flint estrechó los ojos y se dio tirones de la barba.

—Qué modo de hablar tan extraño —masculló.

Arman había agachado la cabeza, avergonzado.

—Hemos sido unos necios, gran Kharas, pero todo eso cambiará ahora. Volverás con nosotros, nos traerás el Mazo y estaremos unidos bajo un único rey.

El proecto enano observó al joven con atención.

—¿Por qué has venido aquí, Arman Kharas?

—Para... rendir homenaje al rey Duncan —balbució Arman.

—Viniste por el Mazo, creo. —Kharas sonrió con tristeza.

—¡Lo necesitamos! —protestó a la defensiva Arman, sonrojado—. Nuestro pueblo sufre, los clanes están divididos. La Puerta Norte, clausurada durante siglos, se ha abierto. Hay rumores de guerra en el mundo de la superficie y me temo que la habrá también bajo la montaña. Si

podiera llevar el Mazo a Thorbardin, mi padre sería Rey Supremo y él... — Enmudeció sin acabar la frase.

—Y él ¿qué? ¿Qué haría? —preguntó suavemente Kharas.

—Uniría a los clanes. Daría la bienvenida a la montaña a nuestros parientes, los neidars. Abriría las puertas a humanos y elfos y restablecería las relaciones comerciales y los negocios.

—Unas metas encomiables —dijo Kharas mientras asentía sabiamente con la cabeza—. ¿Por qué necesitas el Mazo para llevarlas a cabo?

Arman parecía desconcertado.

—Tú mismo lo dijiste hace mucho tiempo, antes de irte: «Sólo cuando llegue un enano bueno y honesto a unir las naciones, reaparecerá el Mazo de Kharas. Será el símbolo de su rectitud...»

—¿Y eres tú ese enano? —preguntó Kharas.

Arman se irguió, con la cabeza bien alta.

—Soy Arman Kharas —respondió enorgullecido—. Hallé el camino hasta aquí cuando ningún otro supo encontrarlo en trescientos años.

—¿Cómo que él encontró el camino aquí? —Flint estaba ceñudo.

—¡Chist! —Ahora fue Tas el que le dio un puntapié.

—¿Por qué llevas el nombre de Kharas? —preguntó el viejo enano.

—¡Porque eres un gran héroe, naturalmente!

—Él no tenía intención de convertirse en un héroe —musitó Kharas—. Sólo era una persona fiel a sus convicciones que hizo lo que creyó que era correcto. —Miró fijamente a Arman antes de preguntar—. ¿Cómo te llamas?

—Arman Kharas —respondió el enano joven.

—No, así es como te haces llamar, pero ¿cuál es tu nombre? —insistió Kharas.

—No sé qué quieres decir. —Arman había fruncido el entrecejo—. Ése es mi nombre.

—Hablo del nombre que te dieron al nacer.

Arman se había puesto rojo como la grana.

—¿Y eso qué importa? Mi nombre es el que yo digo que es. Lo elegí y, al hacerlo, una bendita luz roja...

—Sí, sí —lo interrumpió Kharas con impaciencia—. Ya sé todo eso. ¿Cómo te llamas?

Arman abrió la boca. Volvió a cerrarla y tragó saliva. Había enrojecido aún más. Masculló algo.

—¿Qué? —Kharas se inclinó hacia él.

—Picazo —dijo Arman en tono hosco—. ¡Me llamo Picazo, pero Picazo no es nombre de héroe!

—Podría serlo —argumentó Kharas.

Arman sacudió la cabeza.

Flint gruñó; al oír el ruido, el vetusto enano giró la cabeza y lanzó una mirada penetrante hacia el pasadizo secreto. Flint retrocedió hacia las sombras y tiró del kender hacia atrás.

Kharas sonrió y se atusó la blanca barba. Luego se volvió hacia Arman.

—No has venido solo, ¿verdad? —dijo.

—Han venido otros dos conmigo. Mis sirvientes —añadió Arman, al desgaire.

—¡Sus sirvientes! —exclamó Tas—. ¿Has oído eso, Flint?

El kender esperaba que su amigo estallara en cólera o saliera corriendo y atizara a Arman con el mazo o se pusiera hecho una furia o quizá las tres cosas a la vez.

Sin embargo, Flint siguió en el mismo sitio y se limitó a darse pequeños tirones de la barba.

—¿Lo has oído, Flint? —insistió Tas en un sonoro susurro—. ¡Te ha llamado su sirviente!

—Lo he oído —contestó Flint. Dejó de darse tirones en la barba y se puso a atusarla.

—Así que sirvientes. Entonces supongo que no hace falta ponerlos a prueba —manifestó Kharas.

Una ráfaga de aire cerró la puerta de golpe y faltó poco para que le pillara el copete a Tas.

—¡Qué maleducado! —exclamó el kender, que sacudió la cabeza justo a tiempo de apartar el pelo.

—¡Ábrela! —ordenó Flint, ceñudo.

Tasslehoff sacudió la manija de la puerta y se quedó con ella en la mano.

—¡Ups!

—Tendrás una ganzúa, ¿verdad? —gruñó Flint—. Para variar, podría sernos de utilidad.

Tas se tanteó los bolsillos.

—Debo de haberlas dejado en uno de mis saquillos.

—¡Oh, por amor de Reorx! —rezongó el enano—. ¡Para lo único que sirves de vez en cuando es para forzar alguna que otra cerradura y ahora resulta que ni siquiera puedes hacer eso!

Flint acercó la oreja a la cerradura.

—¿Oyes algo? —preguntó el kender.

—No.

—¡Más vale que nos marchemos! —apremió Tas al tiempo que tiraba de la manga a su amigo—. El viejo y verdadero Kharas conducirá a nuestro Kharas hasta el mazo. ¡Tenemos que adelantarnos!

—Esto no es una carrera —contestó Flint, pero de repente dio media vuelta y empezó a bajar la escalera a toda velocidad, tan de prisa que pilló desprevenido al kender, así que Tas tuvo que apresurarse cuando reaccionó para poder alcanzarlo.

—El verdadero nombre de Arman es Picazo y el de su hermano Pico. ¡Pico y Picazo! —El kender rió divertido—. ¡Tiene gracia!

Flint no hizo comentario alguno. Llegó a la Sala de Enemigos y se puso a registrar la estancia. Golpeó las paredes y pateó el suelo para ver si había alguna trampa.

—¡Maldita sea! ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—¿Serviría esto? —Tas metió la mano en un bolsillo y sacó un trozo de pergamino doblado—. Es el mapa de Arman. Lo *hallé*, en serio —añadió poniendo énfasis en el verbo.

Le tendió el mapa a Flint.

El enano vaciló un instante antes de cogerlo.

—Se le debió de caer a Arman —masculló Flint.

*Caramon se salta el desayuno
Grag llega tarde a comer*

Escuchando la plegaria de Sturm, Tanis se sintió tranquilo y sosegado de repente. Las preocupaciones lo dejaron en paz por un instante y se quedó dormido. La tos de Raistlin lo despertó. El mago no había sufrido un ataque de tos fuerte desde hacía algún tiempo. Le mandó a Caramon que se levantara para prepararle la especial infusión de hierbas que tomaba. Para ello hubo de avivar el fuego, buscar un cazo y después hervir el agua, todo lo cual, menos mal, mantuvo ocupado al hombretón lo suficiente para que dejara de hablar de comida. Los enanos aún no les habían llevado nada de comer y Caramon empezaba a preocuparse.

Raistlin tomó la infusión a sorbos y dejó de toser. Se quedó sentado en la silla, adormecido, tan cerca de la lumbre como era posible. Sturm seguía arrodillado, encontrando al parecer alivio en sus plegarias. Tanis envidió a su amigo. Deseaba creer; lo deseaba de verdad. Sería reconfortante poner la suerte de Flint en manos de los dioses con el convencimiento de que cuidarían de él y lo guiarían. Esa misma fe le aseguraría que a Hornfel se le haría ver la verdad y cambiaría de opinión en cuanto a acoger a los refugiados.

En lugar de fe, Tanis tenía a Flint en sus pensamientos a cada paso que daba y veía oscuridad y peligro en cada esquina. Rebulló y se dio media vuelta; iba a intentar dormirse de nuevo cuando Caramon hizo una pregunta que lo despabiló con un sobresalto.

—Eh, ¿alguno de vosotros ha visto a Tas?

Tanis se puso en movimiento en cuanto tocó el suelo con los pies y empezó a buscar por la sala. Fue en vano.

—¡Maldición! ¡Pero si estaba aquí hace unos instantes!

—No sé yo —dijo Caramon al tiempo que sacudía la cabeza—. No lo he visto hace mucho rato, desde que Flint se marchó. Claro que he estado preparando la infusión a Raistlin...

—Sturm —llamó el semielfo, sacando al caballero de sus rezos—, ¿has visto a Tasslehoff?

Sturm se incorporó con movimientos agarrotados. Echó una rápida ojeada en derredor.

—No. No he estado pendiente de él. Lo vi antes de que Flint se marchara.

—Mira en el piso de arriba —ordenó Tanis.

—¿Por qué? —inquirió Raistlin en un ronco susurro—. ¡Sabes dónde ha ido! Ha seguido a Flint.

—Buscadlo de todos modos —dijo el semielfo con aire severo.

Buscaron debajo de cajas, dentro de armarios y en los dormitorios del primer piso, pero no había rastro del kender. Sturm aprovechó la oportunidad cuando Tanis y Caramon andaban rebuscando en el otro piso para hablar con Raistlin.

—¡Tas podría estropear el plan! ¿Qué hacemos?

—Ahora ya no hay nada que podamos hacer —dijo Raistlin con una mueca.

—Las únicas que dan la lata ahí arriba son las ratas —informó Caramon cuando Tanis y él bajaron a la sala—. Podríamos preguntarles a los guardias si lo han visto.

—Y llamaríamos la atención hacia el hecho de que ha desaparecido —argumentó Tanis—. Con los problemas que tenemos ya, sólo nos faltaba

tener que decirle a Hornfel que hemos dejado suelto a un kender entre su confiada población. Además, Tas podría volver en cualquier momento.

—Y también podría atravesar un muro de piedra, pero lo dudo —dijo Sturm.

Raistlin iba a decir algo pero lo interrumpió un enano al abrir la puerta.

Se quedaron inmóviles, esperando recibir la grave noticia de que habían encontrado a Tasslehoff y lo habían arrojado al lago o lo habían encerrado en las mazmorras o algo peor.

—Desayuno —anunció el enano.

El guardia sostuvo la puerta abierta mientras otros dos enanos entraban con bandejas llenas con pesados cuencos de barro. Caramon olisqueó el apetitoso aroma y se sentó a la mesa.

Los otros intercambiaron una mirada, preguntándose si los guardias se darían cuenta de que faltaba uno de ellos. Sin embargo, a los enanos no se les ocurrió contarlos. Descargaron los cuencos de las bandejas y los repartieron por la mesa, dejaron dos hogazas de pan moreno y un par de jarras grandes de cerveza y luego salieron, cerrando la puerta tras ellos.

Todos soltaron un suspiro de alivio.

Sturm se sentó a la mesa, al igual que Tanis. Caramon ya se ocupaba de repartir la comida.

—Huele bien —dijo, hambriento. Tomó un cuenco y se lo tendió a su hermano—. Toma, Raist, son setas con salsa. Y creo que también lleva cebollas.

Raistlin giró la cabeza.

—Tienes que comer, Raist —dijo su hermano.

—Déjalo ahí. —El mago señaló una mesa que había cerca de la silla en la que estaba sentado. Entonces miró el cuenco con más atención.

Olía bien. Tanis no se había dado cuenta de que tenía hambre, pero cogió la cuchara. Sturm rezó a Paladine pidiendo que bendijera su alimento. Partiendo un buen trozo de pan, Caramon lo mojó en la salsa y se lo llevaba a la boca, goteando, cuando el Bastón de Mago le golpeó la mano y le tiró el pan al suelo.

—¡No te comas eso! —gritó el mago—. ¡No lo comáis ninguno de vosotros!

Volvió a blandir el bastón contra el cuenco de Sturm y lo lanzó al suelo, tras lo cual golpeó el cuenco que sostenía Tanis justo cuando el semielfo metía la cuchara en él.

Los cacharros se rompieron y la salsa salpicó todo. Las setas se deslizaron sobre la mesa y cayeron al suelo.

Todos miraban a Raistlin de hito en hito.

—¡Son venenosas! ¡Las setas! ¡Son mortalmente tóxicas! ¡Mirad! —señaló.

Atraídas por la comida tirada en el suelo, las ratas habían salido de sus agujeros para tener su parte. Una empezó a lamer la salsa derramada. Sólo dio un par de lametones antes de que el cuerpo del animal se estremeciera y se quedara tieso. La rata cayó pesadamente de costado y luego se quedó inmóvil. Las otras ratas o escarmentaron al ver la suerte corrida por su compañera o no les gustó el olor, porque se escabulleron de vuelta a sus agujeros.

Caramon se puso pálido y, levantándose precipitadamente de la mesa, hizo otra visita al cubo de las aguas sucias.

Sturm contemplaba, paralizado, la rata muerta.

Tanis dejó caer la cuchara. Las manos le temblaban.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó.

—Recordarás que estuve examinando las setas cuando pasamos por aquel bosque de hongos —contestó Raistlin—. A algunos de vosotros os pareció muy divertido mi intetés. Arman y yo hablábamos del aguardiente enano que, como ya sabes, se consigue de la destilación de hongos. Lo que me pareció muy interesante fue que las setas que se usan para la preparación del aguardiente enano son inocuas y se pueden ingerir si se las deja fermentar, pero son venenosas si se comen crudas o cocinadas. Nunca había visto una planta u hongo con esa peculiaridad y tomé nota de algo tan singular. Reconocí los hongos del aguardiente enano en el guiso. Quienquiera que haya intentado matarnos dio por sentado que desconocíamos esa propiedad del hongo.

—Y la desconocíamos —admitió el semielfo—. Te estamos agradecidos, Raistlin.

—Desde luego —murmuró Sturm, que seguía con los ojos clavados en la rata muerta.

—Me pregunto quién querrá matarnos —dijo Tanis.

—¡Los enanos que trajeron el desayuno! —gritó Sturm mientras se incorporaba de un salto. Corrió a la puerta, la abrió de un tirón y salió disparado a la calle. Volvió a entrar trayendo consigo la espada de Caramon y la suya.

—No están —informó—. Y tampoco los guardias. Ahora al menos podemos recuperar nuestras armas y estaremos preparados si regresan.

—Nuestra principal preocupación tendría que ser por Flint —dijo Raistlin en tono cortante—. ¿No se os ha ocurrido pensar que si vinimos en busca del Mazo entonces podría haber otros que también lo estuvieran buscando? Otros como la Reina Oscura y sus secuaces.

—La Dragonlance fue responsable de la expulsión de Takhisis de vuelta al Abismo —dijo Sturm—. Puedes tener la seguridad de que intentará impedir que vuelvan a forjarse.

—Han intentado matarnos. Flint podría estar muerto a estas alturas —musitó Tanis.

—Lo dudo. Hasta que haya encontrado el Mazo no creo que tengan intención de matarlo —argumentó Raistlin.

—A lo mejor todos los enanos están confabulados con la oscuridad —sugirió Sturm, sombrío.

—Hubo un tiempo en el que los enanos oscuros rendían culto a Takhisis o así está escrito —dijo el mago—. Y si recuerdas, Tanis, te pregunté por qué los theiwars estaban enterados de la presencia de los refugiados en el bosque. En aquel momento no hiciste caso, pero creo que no tendremos que buscar más allá del thane theiwar para hallar la respuesta, ese tal... ¿Cómo se llama?

—Realgar. Estoy de acuerdo contigo —reconoció Tanis—, Puede que Hornfel no se fíe de nosotros o que no le caigamos bien, pero no parece el

tipo de persona que se rebajaría a asesinar. Pero no veo cómo podríamos demostrarlo o pillarlos en falta.

—Muy fácil —intervino Caramon, que había vuelto a la mesa y se limpiaba la boca con el dorso de la mano—. Quienquiera que hiciera esto volverá para asegurarse de que su maniobra funcionó. Cuando entre, se llevará una sorpresa.

Raistlin, Tanis y Sturm miraron a Caramon y luego se miraron entre sí.

—Estoy impresionado, hermano —dijo Raistlin—. A veces denotas destellos de inteligencia.

—Gracias, Raist —contestó Caramon, ruborizado de placer.

—Así que fingiremos estar muertos y cuando el asesino entre...

—Lo atrapamos y lo hacemos hablar —finalizó Caramon.

—Podría funcionar —admitió Sturm—. Llevamos al asesino ante Hornfel y eso demostrará que Flint corre peligro.

—Y Tas —les recordó Caramon.

—Dondequiera que esté —dijo Tanis con un suspiro. En los últimos minutos había olvidado por completo al kender.

—Hornfel tendrá que dejarnos ir en busca de Flint —concluyó Sturm.

Tanis no estaba muy seguro respecto a eso, pero al menos el atentado contra sus vidas pondría a los thanes a la defensiva, a menos que todos ellos estuviesen metidos en aquello.

—El asesino esperará encontrar nuestros cadáveres. ¿Cómo estaríamos si nos hubiésemos envenenado?

—Qué mala suerte que los cuencos se hayan roto —comentó Sturm—. Eso nos delatará.

—En absoluto —lo contradijo Raistlin en tono frío—. Lo lógico es que los cuencos se nos cayeran y los golpeáramos en los estertores de la muerte. Y ahora, si me permitís, dispondré nuestros cuerpos para conseguir un buen golpe de efecto.

* * *

Cuanto más lo pensaba Realgar, menos le gustaba la idea de que Grag anduviera de aquí para allá por el Árbol de la Vida para ver los cuerpos de los criminales asesinados. El thane theiwar había discutido larga y vehementemente y con bastante lógica que Grag —al ser un «lagarto» como lo llamaba Realgar, con alas y cola incluidas— no pasaría inadvertido. Los cadáveres no iban a ir a ninguna parte y Grag podría esperar a verlos cuando el Mazo estuviera ya a buen recaudo en manos theiwars.

Sin embargo, Dray-yan insistió. No se fiaba de esos criminales y tampoco de los theiwars. Quería estar seguro de que los humanos estaban muertos, como le habían prometido. Grag iría disfrazado, oculto bajo la capa y el capuchón. Los enanos se fijarían en el alto bozak; eso era algo que no podía evitarse. Pero había corrido la voz sobre la presencia de humanos en Thorbardin, así que a Grag lo tomarían por uno de ellos.

Realgar acabó por aceptar porque no le quedaba otro remedio. Detestaba a los «lagartos», pero los necesitaba a ellos y a su ejército para conquistar y someter a los otros clanes. Los guerreros-lagarto de Grag ya habían demostrado su valía al emboscar a un grupo de humanos bárbaros que había entrado por la Puerta Norte. Y los draconianos no sólo habían capturado a los humanos, sino que también habían tomado prisionero a un lord elfo.

A los cautivos se los había puesto en manos theiwars para que los sometieran a interrogatorio. A Grag le habría gustado estar presente, pero Dray-yan le dijo que no hacía falta, que ya sabían todo lo que necesitaban saber de esos humanos. Realgar sólo tenía que convencer a uno o dos de ellos de que «dijeran la verdad» obligándolos a admitir que habían ido a Thorbardin con el propósito de invadir el reino enano y ahí acabaría todo para ellos. Tras pasar unos minutos viendo los «métodos» de interrogatorio, Grag había tenido que reconocer que los theiwars sabían bien lo que hacían en lo referente a torturar. No le cabía duda de que en seguida tendrían una confesión.

Realgar estaba tomándose muchas molestias sin necesidad, pensó Grag. Una vez que Thorbardin estuviese en su poder, sus tropas y él iban a matar a los esclavos de todas formas. Aun así, como señaló Dray-yan, fomentar la

desconfianza entre humanos y enanos beneficiaría a su causa. Que los hylars creyeran que los humanos habían estado a punto de invadir su reino. Después de eso, no parecía probable que volvieran a fiarse de ningún humano.

Satisfecho con la idea de que todo marchaba según lo planeado, Grag acompañó a cuatro enanos oscuros a la posada. Realgar no fue con ellos. El thane theiwar había pedido una reunión del Consejo de Thanes para tratar un asunto urgente. Se proponía llevar a dos de los prisioneros y mostrárselos a los otros thanes.

—Esta revelación sumirá en el caos al Consejo —le dijo el aurak a Grag— y así dispondrás de tiempo para formar a tus tropas y situarlas en posición. De ese modo tendremos a todos los thanes limpiamente atrapados en la misma ratonera.

—Incluido a Realgar —añadió Grag mientras abría y cerraba las garras en un gesto de ansia.

—Incluido ese inmundo gusano. Y cuando lleven el Mazo de Kharas, «su señoría» estará presente para recibirlo.

—Verminaard ha desarrollado un plan excelente —dijo Grag con una sonrisa—. Qué mala suerte que lo eche a perder. Menos mal que sus dos brillantes lugartenientes estarán presentes para salvar la situación.

—Brindo por ellos. —Dray-yan alzó una jarra con aguardiente enano.

Grag alzó la suya y las entrechocaron, tras lo cual echaron un buen trago. Hacía poco tiempo que los draconianos habían descubierto ese fuerte licor destilado por los enanos y los dos estaban de acuerdo en que si bien los enanos podían ser una raza de cretinos peludos y repugnantes, sí sabían hacer bien dos cosas: forjar acero y destilar una buena bebida.

El comandante bozak aún saboreaba el aguardiente en la lengua y sentía el fuego abrasador en el estómago cuando bajó del transbordador en el que había viajado junto a sus acompañantes theiwars a través del lago hasta el Árbol de la Vida de Hylar. Realgar y sus dos cautivos —ambos vapuleados y ensangrentados— iban en el mismo transbordador.

Los cautivos iban cubiertos con sacos de arpillera para mantener en secreto su identidad hasta el gran momento de Realgar ante los otros thanes.

Los dos hombres yacían inconscientes en la proa del transbordador, aunque de vez en cuando alguno de ellos gemía. Uno de los cautivos era un bárbaro, un hombre muy alto identificado como el cabecilla de los refugiados. El otro era el lord elfo. Las escamas de Grag tintineaban por la peste de la sangre elfa. El bozak esperaba que Realgar no lo matara. Grag odiaba a todas las gentes de Ansalon, pero en su corazón tenía un sitio especial reservado a los elfos.

El bozak notó que la sangre empezaba a filtrarse por el saco de arpillera. Se preguntó si Realgar planeaba arrastrar a los cautivos a través de la ciudad hasta la Sala de Thanes sin llamar demasiado la atención.

Al parecer esos detalles no preocupaban a Realgar, que contemplaba el Árbol de la Vida a través de las rendijas de la máscara mientras hablaba en un tono engreído del día en el que su clan abandonaría las malsanas y húmedas cuevas para trasladarse a ese lugar selecto. Se refirió a ciertos negocios fundamentales de los que tenía pensado que se hicieran cargo los suyos. En cuanto a su residencia, se instalaría en la casa en la que vivía actualmente Hornfel. Hornfel ya no la necesitaría porque iba a trasladarse al Valle de los Thanes.

Grag oía las bravatas jactanciosas del enano oscuro y sonreía para sus adentros.

Pocos theiwars realizaban el transbordo desde el territorio de su clan al Árbol de la Vida, ya que era escaso el intercambio comercial entre theiwars y hylars en la actualidad. El muelle en el que los theiwars atracaban estaba vacío. Realgar y sus hombres sacaron a los cautivos del transbordador sin que nadie se fijara en ellos. Sin embargo, una vez que entraron en las calles se cruzaron con la muchedumbre que todavía rondaba por allí y hablaba en tono acalorado del detestado neidar que buscaba «su» mazo. Pocos prestaron atención a los theiwars o a los sacos de arpillera manchados de sangre que cargaban. A los que lo hicieron se les dijo que los theiwars habían hecho «matanza de cerdos».

Grag y sus guías se separaron de Realgar. Los enanos que andaban por las calles lanzaron miradas torvas al draconiano y, como se suponía que era un Alto, le tocó aguantar sus insultos. Eso no lo afectó en absoluto y siguió

adelante, sonriente, arrastrando por los adoquines los pies envueltos en trapos para ocultar las garras.

Los theiwars condujeron a Grag a la parte de la ciudad donde los Altos se albergaban. No habían avanzado mucho cuando dos figuras se apartaron de las sombras del edificio donde habían permanecido ocultas y se acercaron de prisa a los guías del draconiano. Eran theiwars. Parlotearon en su jerga enana durante largos segundos; los dos señalaron la posada mientras reían entre dientes y hacían muecas. Luego indicaron con un gesto a dos enanos hylars tirados en un callejón, atados de pies y manos y con sacos cubriéndoles la cabeza.

Grag esperó con paciencia a que alguien le dijera qué pasaba. Por fin, uno de los theiwars se volvió hacia él.

—Hecho. Puedes ir a informar a tu amo que los Altos están muertos.

—Tengo órdenes de comprobarlo personalmente —dijo Grag—. ¿Dónde están los cuerpos?

El theiwar se puso ceñudo.

—En esa posada al final de la calle, pero es una pérdida de tiempo y alguien podría descubriarnos. Los hylars podrían llegar en cualquier momento.

—Correré el riesgo —insistió el draconiano, que echó a andar hacia el edificio y entonces se detuvo y señaló a los enanos hylars—. ¿Qué pasa con éstos? ¿Están muertos?

—Pues claro que no —replicó el theiwar, desdeñoso—. Nos los llevamos con nosotros.

—Sería más fácil matarlos —comentó Grag.

—Pero menos lucrativo —repuso el theiwar con una mueca burlona.

Grag puso los ojos en blanco.

—¿Seguro que los Altos de ahí dentro han muerto o es que planeáis retenerlos para pedir rescate? —preguntó, severo.

—Puedes verlo por ti mismo, lagarto —se mofó el theiwar y le señaló una ventana rota.

Grag se asomó por ella y reconoció a los humanos de Pax Tharkas. Allí estaba el caballero solámnico, que ya no tenía un aspecto tan caballeresco

despatarrado bajo la mesa. El semielfo yacía a su lado. El mago estaba desplomado en una silla. A Grag le alegró ver al mago entre los muertos. Había sido un tipo enfermizo y débil, según lo recordaba el bozak, pero los hechiceros siempre daban problemas. El guerrero musculoso y grandullón estaba tendido junto a la puerta. Seguro que el veneno había tardado más en hacerle efecto a él. Quizás había intentado salir para pedir auxilio.

—Parecen muertos —admitió—, pero tengo que examinar los cuerpos para asegurarme.

Se encaminó hacia la puerta y de repente se encontró con todos los theiwars alineados delante de él y asestándole una mirada fulminante entre las rendijas de los ojillos casi cerrados.

—¿Y ahora qué pasa? —demandó.

Uno de los theiwars lo apuntó con un dedo mugriento.

—No se te ocurra saquear los cuerpos. Cualquier cosa de valor que tengan encima nos pertenece a nosotros.

Todos los demás theiwars asintieron con un enérgico cabeceo.

Grag los miró con asco y empezó a empujarlos para abrirse paso. Los theiwars parecían decididos a oponerse, pero Grag dejó claro que no estaba dispuesto a aguantar tonterías. Llevó la mano a la empuñadura de la espada y los theiwars, sin dejar de rezongar, se apartaron a un lado de la puerta. Cuando Grag la abrió, dos theiwars se colaron dentro como rayos, se acuclillaron al lado del grandullón que estaba caído cerca de la puerta y empezaron a dar tirones de las botas de piel para quitárselas. Los otros dos entraron también a la carrera y se dirigieron directamente al mago muerto.

El draconiano entró más despacio, sin apartar los ojos del caballero. Los malditos solámnicos eran huesos duros de roer a la hora de acabar con ellos. De hecho, a Grag le pareció que el caballero tenía un aspecto muy saludable para estar cadáver. Grag había desenvainado la espada y se inclinaba sobre el solámnico para comprobar si quedaba pulso en él cuando a su espalda estalló un coro de chillidos aterrados; los gritos se cortaron bruscamente con un repugnante ruido que le recordó el que harían melones demasiado maduros al reventar, aunque era el de dos cabezas theiwars que chocaron una contra otra.

A eso lo siguió casi de inmediato un destello cegador, un alarido y una maldición. El caballero y el semielfo, los dos, se incorporaron a un tiempo, con celeridad. Medio cegado por el estallido de luz, Grag arremetió contra ellos con la espada. El semielfo volcó la mesa y paró eficazmente la estocada.

—¡Es un draconiano! —gritó el caballero a la par que blandía su espada.

Grag se agachó y esquivó el golpe.

—¡No lo matéis! ¡Atrapadlo vivo! —gritó alguien.

El bozak imaginó que sólo contaba consigo mismo para librar esa batalla y una ojeada a la ventana le demostró que estaba en lo cierto. Los dos theiwars que seguían vivos, chamuscados pelo y barba, corrían tan de prisa como podían calle abajo.

Grag los maldijo entre dientes. Tenía dos guerreros competentes y expertos ante él, pero el que más le preocupaba era el mago que estaba a su espalda. Grag estaba a punto de superar al semielfo cuando oyó un cántico. De repente se sintió soñoliento y se tambaleó. Sabía reconocer un conjuro cuando lo oía entonar y luchó contra sus efectos, pero la magia lo venció.

Lo último que vio mientras se desplomaba en el suelo fueron pétalos de rosa que descendían suavemente sobre su cabeza.

* * *

—Así es como los enanos oscuros sabían de nuestra llegada y de la presencia de los refugiados —dijo Raistlin.

Estaba de pie junto al inconsciente draconiano mientras Sturm y Caramon ataban las manos y los pies con garras de la criatura.

»Te advertí en la reunión del Consejo, Tanis, que era importante saber eso.

—Ya he dicho dos veces que lo siento —protestó el semielfo, impaciente—. La próxima vez te haré caso, lo prometo. Ahora la cuestión es ¿qué significa esto? ¿Qué hacen los draconianos en Thorbardin?

—Lo que significa es que Verminaard y sus tropas están aliados con los enanos —manifestó Sturm.

Tanis sacudió la cabeza. Se apartó y de repente asestó un violento puntapié a la pata de la mesa.

—¡Maldita sea! ¡Insté a los refugiados a que abandonaran el valle donde estaban a salvo y los he conducido directamente a una trampa! ¿Cómo puedo haber sido tan estúpido?

—Puede que algunos enanos estén aliados con la Reina Oscura —dijo lentamente Raistlin, que pensaba en voz alta—, pero no creo que Thorbardin haya caído en su poder. No nos habrían llevado ante el Consejo de ser así. Dudo que Hornfel o los otros thanes estén enterados de esto y si quieres más pruebas de ello, Tanis, fíjate que este draconiano va disfrazado. Si los draconianos mandaran en Thorbardin éste no habría intentado ocultar su identidad. Mi suposición es que Verminaard se ha aliado con los enanos oscuros, lo que significa Realgar y posiblemente ese otrothane, Ranee.

—Eso tiene sentido, Tanis —opinó Sturm—. Es probable que Hornfel y los otros no sepan nada de esto.

—Que es la razón por la que los theiwars nos arrojaron piedras cuando entramos en Thorbardin y han intentado envenenarnos ahora —terció Caramon—. ¡Tienen miedo de que se lo contemos a Hornfel!

—Que es exactamente lo que vamos a hacer —dijo Raistlin—. Debemos mostrarle este ejemplar, que es la razón por la que os urgí a no matar al draconiano.

—Estoy de acuerdo en que hay que llegar hasta Hornfel, pero ¿cómo? —planteó el semielfo.

—Ésa es la parte fácil —dijo Sturm, sombrío—. Sólo tienes que salir por la puerta. Los enanos que te prendan te llevarán inmediatamente ante los thanes.

—Eso, si antes no lo matan —comentó Raistlin.

—Iré yo —se ofreció Sturm.

—Tú no hablas enano —arguyó Tanis—. Dadme un tiempo razonable para encontrar a Hornfel. Esperad aquí un poco y después traed al draconiano a la Sala de los Thanos.

Bajó la vista hacia el bozak, que empezaba a volver en sí.

—Creo que está recobrando el conocimiento. Deberías echarle otro hechizo.

—He de dosificar mis fuerzas —respondió el mago—. Un golpe en la cabeza servirá igual y yo no tendré que agotarme más.

—No ocasionará problemas, Tanis, no te preocupes —aseguró Caramon mientras abría y cerraba las manazas.

El semielfo asintió con la cabeza. Pasó por encima de los muebles rotos y de los dos theiwars que yacían en el suelo y luego se paró en la puerta.

—¿Qué pasa con Flint? ¿Y con Tas?

—Están fuera de nuestro alcance —repuso quedamente Raistlin—. Ahora ya no podemos hacer nada para ayudarlos.

—Excepto rezar —añadió Sturm.

—Eso te lo dejaré a ti —dijo Tanis, que a continuación salió de la posada para que lo arrestaran.

36

El hallazgo de Tasslehoff
La pared de Flint
Más escaleras

Flint y Tas estaban en cuclillas en la Sala de Enemigos, con el mapa extendido ante ellos en el suelo. La dorada luz del sol que había brillado a través de las angostas saeteras había perdido fuerza al sumergirse en una espeluznante bruma teñida de un matiz rojizo. Flint tenía la extraña sensación de estar envuelto en un ocaso. Zarcillos de niebla se colaban en la sala y dificultaban la visión.

—Ojalá supiera leer enano —dijo Tas, que sostenía un farol que Flint había llevado consigo de la posada de forma que la luz diera en el mapa—. ¿Qué significa ese garabato?

Flint apartó la mano del kender con un cachete. —¡No toques! Y deja de menearte, que mueves la luz. Tas se metió la mano en el bolsillo para que se comportara bien e intentó no moverse.

—¿Por qué crees que Arman dijo que eres su sirviente, Flint? Eso no estuvo bien y menos después de todo lo que has hecho por él.

Flint rezongó algo entre dientes.

—No he pillado eso que has dicho —parloteó el kender; pero, antes de que Flint pudiera repetirlo, la nota musical sonó de nuevo y reverberó por

toda la sala.

Tas esperó a que los ecos se apagaran y entonces volvió a intentarlo.

»¿Tú qué crees, Flint?

—Creo que el Mazo está aquí. —Flint puso el corto y grueso índice en el mapa.

—¿Dónde? —Tas se inclinó, anhelante.

—¡Ya estás otra vez moviéndote! —El viejo enano lo fulminó con la mirada.

—Lo siento. ¿Dónde?

—En lo más alto. En lo que llaman la Cámara Rubí. Al menos, ahí es donde yo pondría un mazo si quisiera dejarlo donde nadie pudiera encontrarlo. —Se incorporó con movimientos agarrotados y se frotó las doloridas rodillas. Dobló el mapa con cuidado y se lo metió debajo del cinto —. Iremos allí después de buscar a Arman.

—¿Arman? —repitió Tas, estupefacto—. ¿Por qué vamos a buscarlo?

—Porque es un joven mentecato y alguien tiene que ocuparse de él —rezongó Flint.

—Pero está con Kharas y Kharas es un enano bueno y honorable. Al menos es lo que todo el mundo no deja de repetir.

—Estoy de acuerdo con el kender —dijo una voz desde las sombras—. ¿Por qué te preocupas por el hylar? Después de todo, es uno de tus enemigos de toda la vida.

Flint sacó velozmente el mazo del correa y, en su precipitación, olvidó que se suponía que tenía que fingir que pesaba mucho.

—Acércate a la luz, donde te pueda ver —dijo Flint.

—Desde luego. No necesitas tu arma —contestó el enano, que entró en el círculo de luz del farol.

Tenía la barba larga y tan blanca como el cabello y la cara tan arrugada como una manzana seca. Los ojos eran oscuros y penetrantes, tan límpidos como los de un recién nacido. Su voz sonaba firme, profunda y juvenil.

—Un extraordinario martillo de guerra el que sostienes. —El anciano lo observó con los ojos entrecerrados por la brillante luz—. Creo recordar uno igual a ése.

—Pues vas a sentirlo en la cabeza si te acercas más —advirtió Flint—. ¿Quién eres?

—¡Es otro Kharas, como el que estaba en la tumba con Arman! —dijo Tas—. ¿Cuántos son ya con éste? ¿Tres o cuatro?

El anciano adelantó otro paso y Flint enarboló el mazo.

—Quédate donde estás.

—No estoy armado —manifestó suavemente Kharas.

—Los fantasmas no necesitan armas —repuso Flint.

—Para ser un fantasma se lo ve muy, pero que muy sólido, Flint —susurró Tas.

—El kender tiene razón. ¿Qué te hace pensar que no soy quien digo ser?

—¡Bah! —resopló Flint con desdén—. ¿Por quién me tomas? ¿Por un enano gully?

—No, te tomo por un neidar que se llama Flint Fireforge. Sé mucho sobre ti. He tenido una charla con un amigo tuyo.

—Arman no es mi amigo —replicó el viejo enano, malhumorado—. Ningún Enano de la Montaña es amigo mío. ¡Y tampoco soy su sirviente!

—Nunca pensé tal cosa. Y no me refería a Arman.

Flint volvió a resoplar.

—Dejemos eso ahora —sugirió el más reciente Kharas. Una sonrisa hizo que la cara se le llenara de arrugas—. Me interesa saber por qué vas a buscar a Arman. Viniste aquí para hallar el Mazo de Kharas.

—Y me iré de aquí con el Mazo de Kharas y con el joven Arman —manifestó en tono decidido Flint—. Así que vas a decirme qué has hecho con él.

—No le he hecho nada. —Kharas se encogió de hombros—. Le dije dónde podía encontrar el Mazo. Sin embargo, puede que tarde un poco en dar con él. Por lo visto ha perdido su mapa.

—Lo dejó caer —aclaró Tas con aire apesadumbrado.

—Sí, es lo que imaginé que podía haber pasado —comentó Kharas con un atisbo de sonrisa—. ¿Y si te dijera, Flint Fireforge, que está en mis manos conducirte directamente al Mazo?

—¿Y arrojarnos a un pozo o empujarnos desde lo alto de una torre? No, gracias. —Flint sacudió el martillo de guerra en dirección al otro enano—. Si de verdad no pretendes hacernos daño, ocúpate de tus asuntos y déjanos en paz. Y deja en paz también a Arman. No es un mal chico, sólo está ofuscado.

—Necesita que se le dé una lección —dijo Kharas—. Todos los Enanos de la Montaña merecen que se les dé una lección, ¿verdad? ¿No era eso lo que siempre has pensado?

—¡No es asunto tuyo lo que piense yo! —increpó Flint, ceñudo—. Sal de aquí y ve a ocuparte de lo que quiera que te ocupes en este lugar.

—Lo haré, pero antes te propongo una apuesta. Te apuesto tu alma a que Arman acaba con el Mazo en su poder.

—Acepto la apuesta —dijo Flint—. De todas maneras, todo esto es una majadería.

—Ya veremos —contestó Kharas, cuya sonrisa se ensanchó—. Recuerda que te ofrecí mostrarte dónde hallar el Mazo y rechazaste mi ayuda.

El anciano enano retrocedió hacia la arremolinada neblina rojiza y desapareció. Flint se estremeció de pies a cabeza.

—¿Se ha ido?

Tas se acercó donde había estado el enano y agitó las manos entre la niebla.

—No lo veo. Oye, si se llevara tu alma, Flint, ¿puedo verlo?

—¡Menudo amigo eres! —Flint bajó el martillo de guerra, pero siguió con él en las manos, por si acaso.

—Espero que no lo haga —aclaró cortésmente el kender, y lo decía de verdad. Bueno, lo decía casi de verdad—. Pero si se la lleva...

—Oh, cierra el pico de una vez. Ya hemos perdido mucho tiempo parloteando con eso, fuera lo que fuera. Hemos de encontrar a Arman.

—No, tenemos que encontrar el Mazo —lo contradijo Tas—. O en caso contrario Kharas ganará la apuesta y se quedará con tu alma.

Flint sacudió la cabeza y echó a andar, de nuevo en dirección a la escalera.

—¿Volvemos a ese pasadizo secreto? —preguntó el kender mientras subían los peldaños—. Oye, ¿sabes una cosa? No llegamos al final de la escalera. ¿Dónde conducirá? ¿Qué crees que habrá allá arriba? ¿Dónde está el mapa?

Flint se paró en un peldaño, se giró y alzó un puño.

—Si vuelves a hacerme otra pregunta, te... ¡Te amordazo con tu propia jupak!

A continuación reanudó el ascenso por la escalera; ahogó un gemido al tiempo que lo hacía. Era muy empinada y, como le había recordado Raistlin, ya no era un enano joven.

Tas le iba pisando los talones y se preguntaba cómo lo podían amordazar a uno con una jupak. Tenía que acordarse de preguntárselo después.

Llegaron al punto donde había estado el pasadizo secreto, pero ahora ya no había nada allí. Los peldaños tras los que había estado oculto se habían colocado en su sitio y, por más que lo intentó, Flint fue incapaz de volver a retirarlos. Se preguntó cómo habría encontrado Arman el pasadizo. El enano anciano que decía ser Kharas probablemente tenía algo que ver en ello. Encorajinado y farfullando entre dientes, Flint subió la escalera hasta el final.

Una vez allí, consultó el mapa. Había llegado al segundo nivel de la tumba. Allí había galerías, antesalas, el Paseo de los Nobles y un salón de banquetes.

—Los thanes tendrían que haber asistido a un gran banquete en honor al rey fallecido —murmuró Flint—. Al menos, ésa era la intención de Duncan, sólo que el banquete de su funeral nunca se celebró. Los thanes peleaban por la corona y Kharas fue el único asistente al funeral. —El enano echó un vistazo a la oscuridad y añadió en tono sombrío—: Y quienquiera que levantara en el aire la tumba y la dejara flotando entre las nubes.

—Pues si no celebraron el banquete, a lo mejor queda algo de comida —comentó Tas—. Me muero de hambre. ¿Por dónde está el salón de banquetes? ¿Por aquí?

Antes de que Flint tuviese tiempo de contestar, el kender salió corriendo por el corredor.

—¡Espera! ¡Tas! ¡Cabeza de chorlito! ¡Que te llevas el farol! —gritó Flint a la penumbra envuelta en niebla, pero el kender había desaparecido.

Con un suspiro, el viejo enano fue tras él pisando con fuerza en el suelo.

—¡Qué rabia! —exclamó Tas al ver que en la mesa de banquetes no había nada excepto una gruesa capa de polvo—. No queda nada. Supongo que los ratones se lo comerían o tal vez se lo zampó Kharas. En fin. De todos modos, al cabo de trescientos años no creo que la comida supiera muy bien.

Tas deseó de nuevo haber llevado consigo sus saquillos. Por lo general siempre encontraba en ellos algo que le servía de tentempié, como una empanada de carne, pastelillos o uvas que no estaban tan mal una vez que uno les quitaba las pelusillas pegadas. Sin embargo, pensar en comida le daba más hambre, así que apartó esa idea de su mente.

La mesa de banquetes no tenía nada interesante. Tas paseó alrededor por si habían quedado algunas miguitas de algo. Oyó a Flint chillar a los lejos.

—¡Estoy aquí, en el salón de banquetes! —respondió a voces—. ¡No hay comida, así que no hace falta que corras!

Eso provocó más gritos del enano, pero Tas no entendió lo que su amigo decía. Algo sobre Arman.

—Supongo que lo está buscando —musitó el kender, así que gritó el nombre del enano joven un par de veces, para llamarlo, aunque sin mucho entusiasmo. Se asomó debajo de la mesa y curioseó en uno o dos rincones.

No encontró a Arman, pero sí halló algo y eso era mucho más interesante que un arrogante enano joven que siempre pronunciaba la palabra «kender» como si hubiese mordido un higo pocho. En un rincón de la sala había una silla y al lado de la silla, una mesa. En la mesa había un libro, pluma y tinta, así como unos anteojos.

Tas sostuvo el farol cerca del libro y vio que tenía garabatos en la portada. Imaginó que era otra cosa escrita en el idioma enano. Entonces se le ocurrió que quizás eran signos de la escritura de la magia y que el libro fuera de hechizos, como los que Raistlin guardaba y que nunca le dejaba

echar ni una pequeña ojeada, por mucho que le hubiese prometido que sería muy, muy, muy cuidadoso y que no arrugaría las páginas ni derramaría té en ellas. En cuanto a los anteojos, eran de aspecto corriente o lo habrían sido salvo por el hecho de que las lentes, en lugar de ser transparentes como las de todos los anteojos que había visto en su vida, eran de un color rojo rubí.

El kender estaba indeciso y no sabía por qué inclinarse, si por el libro — se detuvo cuando iba a cogerlo— o por los anteojos; la mano se le fue hacia ellos, pero después volvió hacia el libro. Por fin se le ocurrió que podría tener las dos cosas si se ponía los anteojos y miraba el libro con ellos.

Tomó los anteojos y se los enganchó en las orejas; al ponérselos, notó que parecían hechos justo a su medida. Casi todos lo que había tenido puestos eran demasiado grandes y se le resbalaban por la nariz, pero éstos le quedaban bien encajados. Complacido, el kender miró por las lentes y vio que los cristales carmesí hacían la niebla de tinte rojizo aún más roja que antes. Aparte de eso, los anteojos no hacían nada fuera de lo normal. No le hacían ver borroso, como pasaba con los otros que se había probado. Pensando que éstos no servían para gran cosa, Tas tomó el libro y escrutó el título.

—*La historia de Duncan, Rey Supremo de Thorbardin, con narraciones completas de las Batallas de los Ogros, la Guerra de Dwarfgate y las ulteriores ramificaciones trágicas conducentes al malestar social.* ¡Uf! — resopló Tas e hizo una pausa para que la lengua le volviera a su posición normal, ya que se le había enredado con esa última parte.

Flint apareció atisbando entre la niebla.

—Tasslehoff, cabeza hueca, ¿dónde demonios te has metido?

Tas se quitó bruscamente los anteojos y se los guardó en un bolsillo. Los había hallado abandonados en un rincón, lo que los convertía en un blanco legítimo, pero no estaba seguro de que Flint lo entendiera así y no quería perder tiempo en discusiones.

—Estoy aquí —llamó.

—¿Haciendo qué? —demandó el enano y al ver la luz avanzó hacia él.

—Nada —contestó Tas, dolido—. Sólo echaba un vistazo a este viejo libro. Sé leer enano, Flint. No sé hablarlo ni entenderlo, pero sé leerlo. ¿No

te parece interesante?

Flint apartó el farol y miró el libro.

—Eso no es enano, majadero. No sé qué es. ¿Alguna señal de Arman?

—¿Quién? ¡Ah, él! No, pero echa un vistazo a este libro. Es sobre el rey Duncan. Eso dice el título, además de un montón de cosas más sobre ramas de no sé qué y molestia social.

Dejó de hablar porque de repente ya no podía leer el título. Las palabras volvían a ser garabatos, espirales, puntos, guiones y floreos. Cuando había mirado con los anteojos eran palabras. Cuando lo miraba ahora, con los anteojos metidos en el bolsillo, ya no lo eran. Tas tuvo la impresión de saber lo que pasaba.

Miró de soslayo a Flint para comprobar si lo observaba. El enano llamó otra vez a Arman, pero sin tener respuesta.

—Esto no me gusta —rezongó Flint.

—Si anda por ahí buscando el Mazo no es probable que quiera decirnos dónde está, ¿verdad? —hizo notar Tasslehoff—. Quiere ganarnos.

Flint gruñó y se frotó la nariz y después volvió a rezongar mientras sacaba el mapa. Sosteniéndolo en la mano se acercó a una pared, la observó fijamente y luego le dio golpecitos con la punta del dedo. Miró el mapa y después miró de nuevo la pared, fruncido el entrecejo.

—Aquí tiene que haber una puerta oculta en algún sitio. —Se puso a dar golpes en la pared con el martillo—. Según el mapa, el Paseo de los Nobles está al otro lado, pero no se me ocurre cómo llegar allí.

Tas sacó los anteojos del bolsillo, se los puso delante de los ojos y miró el libro. En efecto, las «ramificaciones» y las «ulteriores» volvieron a aparecer. Tas observó a Flint a través de los anteojos para ver si con ellos veía diferente a su amigo.

Flint tenía el mismo aspecto, con gran desencanto de Tas. La pared, sin embargo, había cambiado mucho. De hecho, ni siquiera era una pared.

—No hay pared, Flint —le dijo Tas—. Sigue andando y entrarás en un vestíbulo oscuro con estatuas colocadas en fila.

—¿Qué quieres decir con que no hay pared? ¡Pues claro que la hay! ¡Mírala!

Mientras Flint se volvía hacia él, iracundo, Tas se quitó los anteojos y los escondió a la espalda. Aquello era lo más divertido que había visto hacía mucho tiempo. La pared volvía a estar allí. Una sólida pared de piedra.

—¡Anda! —exclamó el kender, asombrado.

—Deja de perder tiempo y ven a ayudarme a buscar la puerta secreta —lo regañó Flint—. Al otro lado de esta pared está el paseo. ¡Hay que recorrerlo, subir una escalera y luego subir otra y estaremos en la entrada de la Cámara del Rubí, con el Mazo! —Se frotó las manos—. Estamos cerca. ¡Muy cerca! ¡Sólo tenemos que encontrar la forma de pasar por esta condenada pared!

Empezó a golpear de nuevo la pared de piedra. Tas alzó los anteojos, echó otro vistazo y luego, escondiéndolos en el bolsillo, echó a andar hacia la pared con los ojos cerrados —por si acaso los anteojos se equivocaban y se aplastaba la nariz— y fue directamente hacia la piedra.

Oyó a Flint bramar y después oyó que el bramido se quedaba atascado en la tráquea del enano de forma que se transformó en un ruido estrangulado, tras lo cual Flint empezó a gritar.

—¡Tas! ¡Cabeza hueca! ¿Dónde te has metido?

El kender giró sobre sus talones. Veía a Flint con toda claridad, pero al parecer el enano no lo veía a él, porque Flint corría de un lado a otro por delante de la pared de piedra que no estaba allí.

—Estoy al otro lado —llamó Tas—. Te lo dije. No hay pared. Sólo parece que la hay. ¡Se puede pasar a través de ella!

Flint vaciló, titubeó un poco y después metió el martillo en el correa de la espalda y soltó el farol en el suelo. Tapándose los ojos con una mano y extendiendo la otra ante sí, echó a andar despacio y con cautela.

No pasó nada. Flint apartó la mano de los ojos y se encontró, como Tas había dicho, en un vestíbulo largo y oscuro bordeado por estatuas de enanos, cada cual situada en su propio nicho.

—Se te olvidó el farol —dijo Tas y regresó para recogerlo.

—¿Cómo supiste que no era real? —Flint miraba al kender asombrado.

—Estaba marcado en el mapa —contestó el kender, que le tendió el farol—. ¿Dónde lleva este corredor?

—No, no lo está —dijo Flint, que examinaba el mapa.

—¡Bah! ¿Qué sabrás tú de mapas? El experto soy yo. ¿Vamos a ir por este corredor o no?

Flint miró el mapa una vez más y se rascó la cabeza. Alzó la vista hacia la pared que no estaba allí y después clavó los ojos en el kender. Tas le sonreía de oreja a oreja. Flint frunció el entrecejo y luego echó a andar corredor adelante al tiempo que enfocaba las estatuas con la luz del farol; mascullaba entre dientes, algo que solía hacer con frecuencia cuando tenía cerca al kender.

Tasslehoff metió la mano en el bolsillo, dio palmaditas a los anteojos y suspiró, dichoso. ¡Eran mágicos! Ni siquiera Raistlin tenía unos anteojos tan maravillosos como éstos.

Tas tenía intención de conservarlos para siempre jamás o, al menos, durante las dos semanas siguientes que, para un kender, eran términos que más o menos significaban lo mismo.

Mientras Flint recorría el paseo y dirigía la luz del farol a uno y otro lado se olvidó de Tasslehoff y del misterio de la pared de piedra que se esfumaba. Podía decirse que el Mazo ya era suyo.

En cada nicho ante el que pasaba había una estatua de un guerrero enano vestido con la armadura de los tiempos del rey Duncan. Mientras avanzaba entre las dos largas hileras, Flint se imaginaba a sí mismo rodeado de una guardia de honor de soldados enanos ataviados con las galas ceremoniales y reunidos para rendirle homenaje. Podía oír sus aclamaciones: ¡Flint Fireforge, el Descubridor del Mazo! ¡Flint Fireforge, el Unificador! ¡Flint Fireforge, el Portador de la Dragonlance! ¡Flint Fireforge, el Rey Supremo!

No. Flint decidió que no quería ser Rey Supremo. Ser rey significaba tener que vivir bajo la montaña y a él le gustaban demasiado el aire fresco, el cielo azul y el sol para renunciar a ellos. Pero los otros títulos le sonaban muy bien, sobre todo el de Portador de la Dragonlance. Llegó al final de las hileras de soldados enanos y allí estaba Sturm, espléndido con su armadura, saludándolo. Junto a él, Caramon, con aspecto muy solemne, y Raistlin, humilde y deferente en presencia del gran enano.

Laurana también se encontraba allí, le sonreía y le daba un beso. Y estaban Tika y Otik, que le prometía el suministro de cerveza gratis de por vida si honraba su posada con su presencia. Tasslehoff apareció de repente a su lado, sonriente y saludando con la mano, pero Flint hizo que desapareciera. Nada de kenders en su sueño. Pasó ante Hornfel, que le hizo una profunda reverencia, y llegó ante Tanis, que miraba a su amigo con orgullo. Y allí, al final de la fila, se hallaba el enano vestido con ropas ostentosas de su sueño. El enano le guiñó un ojo.

—No queda mucho tiempo... —dijo Reorx.

Flint se quedó helado. Se paró y se limpió el sudor frío de la frente.

—Me está bien empleado. ¿A quién se le ocurre soñar despierto cuando debería estar ojo avizor a un posible peligro? —Giró sobre sus talones y llamó a voces al kender—. ¡A ver qué diantre haces, pensando en las musarañas cuando estamos en una misión importante!

—No estoy pensando en las musarañas —protestó Tas—. Estoy buscando a Arman, pero no creo que esté aquí. Habríamos visto sus huellas en el polvo. Probablemente no sabía que la pared no era una pared.

—Seguramente —convino Flint con un atisbo de mala conciencia. En su sueño de gloria se había olvidado por completo del joven enano.

—¿Quieres que demos la vuelta y regresemos allí? —preguntó Tas.

La hilera de estatuas acabó. Un corredor corto se bifurcaba a la izquierda del paseo. Según el mapa, ese corredor llevaba a un tramo de escalera que conducía al segundo tramo de escalera. Escaleras ocultas. Escaleras secretas. El joven Arman nunca las encontraría. Podría llegar a la Torre Rubí sin subir esas escaleras, pero la ruta era más larga y más complicada. A no ser, claro, que el enano que afirmaba ser Kharas le enseñara el camino.

—Antes encontraremos el Mazo —decidió Flint—. Después de todo, ya hemos llegado hasta aquí y nos hallamos cerca de donde debe de estar, según el mapa. Una vez que tengamos el Mazo a buen recaudo, entonces buscaremos a Arman.

Echó a andar a buen paso por el corredor, con el kender pegado a los talones, y allí estaba la escalera. Flint empezó a subirla y de nuevo los

dolores en los músculos de las piernas reaparecieron, así como la falta de resuello. Se distrajo intentando decidir qué iba a hacer con el Mazo cuando lo encontrara.

Sabía lo que Sturm y Raistlin querían que hiciera. Sabía lo que Tanis quería que hiciera. Lo que no sabía era qué quería hacer él, Flint, aunque el anciano enano que decía llamarse Kharas casi había dado en el clavo.

Darles una lección. Sí, eso sonaba muy bien, pero que muy bien. Daría una lección a los enanos, a Sturm, a Raistlin... A todos.

Llegó al final del primer tramo de escalera y se encontró en una cámara muy pequeña, muy oscura y muy vacía. Flint alzó el farol y dirigió la luz a lo largo de la pared hasta dar con una angosta arcada que estaba señalada en el mapa. Se asomó, con el farol en alto.

Tasslehoff, que también se había asomado a echar una ojeada, soltó un gran suspiro.

—Más escaleras. Estoy cansado ya de escaleras. ¿Tú no, Flint? Cuando construyan mi tumba espero que la hagan toda en un único nivel y así no tendré que subir y bajar todo el tiempo.

—¡Tu tumba! —resopló Flint con sorna—. ¡Como si alguien fuese a construir una tumba para ti! Lo más probable es que acabes en la panza de un hobgoblin. Además, si estás muerto no subirás ni bajarás nada.

—A lo mejor sí —dijo Tas—. No pienso quedarme muerto. Eso es aburrido. Mi intención es volver como un muerto viviente o como un espectro o como un alma en vena.

—En pena —lo corrigió Flint.

Estaba aplazando el terrible momento de tener que obligar a sus doloridas piernas a subir la siguiente escalera, que, según el mapa, era unas tres veces más larga que cualquiera de las que ya habían subido.

—A lo mejor ni siquiera me muero —dijo Tasslehoff, que seguía dándole vueltas al asunto—. A lo mejor todo el mundo cree que estoy muerto, pero no lo estaré, no realmente, y volveré y les daré a todos una gran sorpresa. ¿A que tú te sorprenderías, Flint?

Decidiendo que el tormento de subir escalones no era ni de cerca tan malo como el tormento de escuchar el parloteo del kender, Flint suspiró,

apretó los dientes y, una vez más, empezó a subir.

Prisioneros de los theiwars
Tanis previene a los thanes

Riverwind recobró el conocimiento cuando el agua fría le cayó en la cara. Escupió, jadeó y después gimió al sentir el dolor retorciéndose en su interior. Al abrir los ojos y encontrarse rodeado de enemigos, apretó los dientes y contuvo el quejido porque no quería que supieran lo mucho que sufría.

Una luz intensa parecía atravesarle el cráneo. Deseaba cerrar los ojos de nuevo, pero tenía que descubrir qué pasaba y por ello se obligó a mirar.

Se hallaba en una gran cámara con las paredes de piedra jalonadas de columnas y apariencia de ser una sala de asambleas, ya que había nueve sillones grandes, con aspecto de tronos, situados en un semicírculo encima del estrado donde estaba tendido él en el suelo, atado de pies y manos.

Tenía cerca a varios enanos que discutían a gritos con sus voces profundas. Riverwind reconoció a uno de ellos: el delgado rojo que llevaba yelmo con una visera de cristal ahumado y que era el que hablaba más. Había sido él quien le había hecho las preguntas, las mismas una y otra vez. Luego, cada vez que no obtenía las respuestas que quería, había ordenado a los otros que el dolor volviera de nuevo.

Oyó otro gemido y desvió la vista de los enanos. Gilthanas yacía a su lado. Riverwind se preguntó si tendría tan mal aspecto como el elfo. De ser así, debía de estar a un paso de la muerte.

La cara de Gilthanas tenía restregones de sangre a causa de los cortes en la frente y en un labio. Uno de los ojos estaba cerrado por la hinchazón, en la mandíbula tenía un bulto y una contusión enorme a un lado de la cara. La ropa estaba desgarrada y en la piel se veían quemaduras y ampollas allí donde le habían aplicado hierros candentes en la carne.

Al elfo lo habían tratado peor que a los humanos. Riverwind tenía la impresión de que los repugnantes enanos habían atormentado a Gilthanas más por simple diversión que por sacarle información. Un gully de ostentosa apariencia le echó agua fría a Gilthanas en la cara y le dio cachetes solícitos en la mejilla, pero el elfo siguió inconsciente.

Riverwind se tumbó de espaldas y se maldijo. Había tomado precauciones. Sus hombres y él —seis en total— habían entrado por la puerta armados y alertas, escudriñando en derredor con atención para tratar de determinar si aquélla era, en verdad, la legendaria puerta de Thorbardin. Sus guerreros y él no vieron llegar el ataque en ningún momento. Los draconianos habían salido de las sombras y los habían desarmado y reducido rápida y eficazmente.

De lo siguiente que tuvo conciencia fue despertar en la profunda oscuridad de una mazmorra con un enano peludo y de aliento apestoso inclinado sobre él y preguntándole en Común cuántos hombres había en el ejército, dónde se escondían y cuándo se proponían invadir Thorbardin.

Riverwind había repetido una y otra vez que no había ningún ejército, que no tenían planeada ninguna invasión. El enano le dijo que lo demostrara, que le dijera dónde estaba escondida la gente para así verlo con sus propios ojos. Riverwind se dio cuenta de la intención de esa táctica y le dijo al repulsivo rojo que se arrojara por un precipicio. Entonces intentaron hacerle hablar con golpes y patadas hasta que perdió el sentido; cuando lo hicieron volver en sí le metieron un saco por la cabeza y se lo llevaron. Primero habían ido en una vagoneta, a continuación en algún tipo de embarcación y luego se había desmayado otra vez para despertarse

donde estaban ahora. Se preguntó cómo les habría ido a sus compañeros. Había oído sus gritos y sus gemidos y comprendió, con orgullo, que los otros cuatro Hombres de las Llanuras tampoco les habían dado a los enanos las respuestas que querían oír.

Se le empezaba a despejar la cabeza y decidió que no estaba dispuesto a yacer a los pies de esos enanos como un delincuente.

«*Paladine, dame fuerzas*», rogó y, apretando los dientes, se esforzó para ponerse sentado.

El enano delgaducho le dijo algo y le asestó una patada en el costado. Riverwind ahogó un quejido, pero se negó a echarse al suelo. Otro enano, éste alto y con canas en la barba, dijo algo en tono furioso al enano del yelmo. Riverwind observó con atención a ese enano. Tenía un porte noble y un semblante orgulloso y, aunque no lo miraba con afabilidad, parecía estar indignado por la penosa condición de los prisioneros.

Ese enano bramó una orden y llamó a uno de los guardias. El guardia salió de la sala y volvió poco después con una jarra llena de un líquido maloliente. Se la puso en los labios a Riverwind y éste miró al enano de noble apariencia. El enano asintió con un cabeceo que transmitía seguridad.

—Bebe —dijo en Común—. No te hará ningún mal. —Para demostrarlo, echó un trago él.

Riverwind sorbió y al instante se ponía a toser a medida que el abrasador líquido le bajaba por la garganta. Un agradable calor se propagó por su cuerpo y lo hizo sentirse mejor. El dolor martilleante cesó. Sin embargo, cuando se le ofreció otro trago Riverwind lo rechazó sacudiendo la cabeza.

El enano de noble porte no perdió tiempo con cumplidos.

—Me llamo Hornfel —se presentó—. Soy el thane de los hylars. Este es Realgar, thane de los theiwars, el enano que os ha hecho prisioneros a ti y a los otros. Afirma que habéis llegado hasta aquí con un ejército de humanos y elfos preparados para invadirnos. ¿Es eso cierto?

—No, no lo es —contestó Riverwind, que habló despacio porque tenía los labios hinchados.

—¡Miente! —gruñó Realgar—. ¡Admitió que era cierto ante mí hace menos de una hora!

—Mentira —aseguró Riverwind, que clavó en el theiwar una mirada funesta—. Soy cabecilla de un grupo de refugiados, antiguos esclavos del perverso Señor del Dragón Verminaard, de Pax Tharkas. Hay mujeres y niños con nosotros. Nos habíamos refugiado en un valle situado no muy lejos de aquí, pero entonces los dragones y los hombres-dragón nos atacaron y nos vimos obligados a huir.

Observaba la expresión del thane y, cuando habló de dragones y hombres-dragón, vio que el rostro de Hornfel se endurecía, incrédulo.

—Ya hemos oído esas mentiras antes, Hornfel —intervino Realgar—. Es el mismo cuento que nos contaron los otros Altos.

Riverwind alzó la cara. Otros Altos. Eso sólo podía significar que se refería a sus amigos. Se preguntó dónde estarían, si se encontrarían a salvo y qué estaba ocurriendo allí. Tuvo las preguntas en la punta de la lengua, pero no las planteó. Se enteraría de más cosas sobre esos enanos antes de hablar de algo que no conviniera sacar a relucir.

No obstante, los enanos continuaron discutiendo entre ellos y Riverwind no entendió una sola palabra. Tenía la impresión de que el enano llamado Hornfel no confiaba en el que se llamaba Realgar ni le caía bien. Por desgracia, Hornfel tampoco se fiaba de él. Había otro thane que parecía estar de parte de Realgar y otro que apoyaba a Hornfel. Los demás parecían tener problemas para decidirse.

Gilthanas rebulló entre gemidos, pero los enanos no le prestaron atención y Riverwind no podía hacer nada para ayudar al elfo. No podía ayudar a nadie. Así pues, siguió sentado, observando y esperando.

* * *

Tanis no tuvo ningún problema en conseguir que lo arrestaran, si bien lo primero que tuvo que hacer fue liberarlos para que pudieran prenderlo. Caminaba calle adelante, cerca de la posada, cuando se topó con dos guardias hylars atados de pies y manos y con mordazas. Les cortó las

ataduras y los ayudó a levantarse, y después les dijo que necesitaba hablar con Hornfel de un asunto de suma importancia. Los enanos estaban furiosos, pero no con Tanis. Ellos también querían hablar con el thane y, tras una corta deliberación, decidieron llevar a Tanis con ellos.

Los guardias enanos lo apremiaron a subir a uno de los elevadores. Otros enanos lo miraban fijamente, ceñudos, y varios alzaron la voz para preguntar qué pasaba. Los guardias no tenían ni tiempo ni ganas de contestar. Lo mantuvieron sujeto, a pesar de que él les aseguró que no intentaría escapar, que quería ver a Hornfel. Cuando el elevador se detuvo, los guardias se pararon para preguntar a otros guardias dónde se encontraba Hornfel.

—En la Sala de los Thanes —fue la respuesta.

Tanis no estaba de muy buen humor. Había dormido poco y no había comido nada. Se sentía indignado por el atentado contra sus vidas y estaba muy preocupado por Flint y por Tas, sabiendo como sabía que había draconianos en Thorbardin. Entró en la Sala de los Thanes decidido a hacer entender a Hornfel el peligro que corría. Planeaba hablar en primer lugar y dar tiempo a los thanes para asimilar sus palabras. Cuando sus amigos llegaran con el prisionero draconiano, usaría a la criatura para recalcar sus argumentos. Demandaría que les dieran permiso a sus amigos y a él para buscar a Flint y a Tas en el Valle de los Thanes. Tanis estaba convencido de que a Flint lo habían engatusado —o lo iban a engatusar— para conducirlo a algún tipo de trampa.

Tenía esas palabras en la mente y en la lengua cuando, al entrar en la Sala de los Thanes, se las borraron de golpe la sorpresa y la consternación al ver a Riverwind atado, magullado y ensangrentado y a Gilthanas casi inconsciente.

El semielfo se detuvo y miró a sus amigos de hito en hito. Los thanes dejaron de hablar y lo miraron a él con fijeza. El más estupefacto fue Realgar, al estar convencido de que Tanis y los demás habían muerto. El thane theiwar previó que se avecinaban problemas, pero no sabía cómo combatirlos pues ignoraba qué era lo que había salido mal.

Tanis intentó hablar, pero los guardias se lanzaron a presentar sus quejas. Hornfel pidió, severo, una explicación de por qué el prisionero estaba suelto. Los guardias respondieron al tiempo que señalaban a Realgar con gestos furiosos, mientras los otros thanes contribuían a aumentar la confusión al exigir a voces saber qué pasaba.

El semielfo se dio cuenta de que, por el momento, sus guardias lo defendían mejor de lo que habría podido hacer él, así que se dirigió presuroso hacia Riverwind, que estaba sentado y apoyado en una columna. A su lado, Gilthanas yacía tendido en el suelo, más muerto que vivo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién os hizo esto?

—Hubo una emboscada —contestó Riverwind con un gesto de dolor y la respiración entrecortada—. Draconianos. Nos esperaban en la puerta. No te preocupes. Los refugiados están ocultos, a salvo. Dejé a Elistan a cargo.

—Chist, no hables. Yo resolveré esto.

Riverwind lo asió con una mano ensangrentada.

—Ese enano, el del yelmo, intentó hacernos admitir que habíamos venido a invadirlos... —Riverwind se hundió hacia atrás, jadeante. El sudor le perlaba la frente y le corría por la cara.

Tanis le puso los dedos en el cuello a Gilthanas para buscar el pulso. El elfo necesitaba cuidados urgentes.

Hornfel se las arregló para acallar a los otros thanes y lograr cierta apariencia de orden. Los guardias enanos empezaron su informe con la noticia de que el kender se había escapado y los había dejado inconscientes (pasaron sobre eso muy de prisa) y después, con creciente ira, explicaron que acababan de recobrar el sentido cuando los atacaron cuatro theiwars. De lo siguiente que tuvieron conciencia fue de que el Alto (señalaron a Tanis) les cortaba las ataduras e insistía en que quería ver a Hornfel.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Hornfel con una mirada fulminante a Realgar.

—Yo te lo contaré,thane —intervino el semielfo mientras se incorporaba—. Los theiwars querían quitar de en medio a nuestros guardias para poder envenenarnos.

—Eso es mentira —gruñó Realgar—. Si alguien intentó envenenaros, humano, no hemos sido mi gente y yo. En cuanto a esos guardias, mis hombres los sorprendieron borrachos en plena guardia y decidieron darles una lección.

Los guardias negaron la acusación con vehemencia. Uno saltó hacia Realgar y su compañero tuvo que sujetarlo y tirar de él hacia atrás.

—Tenemos pruebas que demuestran que lo que digo es cierto —afirmó Tanis—. Tenemos los hongos venenosos y los cuerpos de dos theiwars que entraron a la posada para regodearse con lo que habían hecho y saquear nuestros cadáveres. Y tenemos más pruebas sobre un asunto mucho más grave que atentar contra nuestra vida, grandes thanes.

—¿Y qué hay de esas otras pruebas? —demandó Realgar, que señaló a Riverwind—. Este humano y los que venían con él admitieron que estaban con un ejército de humanos y elfos y planeaban invadir nuestro reino.

—Si él o cualquiera de los que vinieron con él dijeron tal cosa, lo harían para acabar con el dolor de la tortura. ¡Mirad lo que les han hecho! —protestó Tanis—. ¿Es así como hombres de honor de cualquier raza tratan a sus prisioneros?

»Quiero preveniros, thanes de Thorbardin —continuó el semielfo—, de que existe un ejército preparado para invadir vuestro reino, pero no es un ejército de humanos. Es un ejército de hombres-dragón al servicio de la Reina Oscura.

—¡Intenta engañarnos con esa absurda historia para distraernos y así pillarnos desprevenidos él y sus humanos! Yo al menos no perderé tiempo quedándome a escuchar las mentiras de este humano. Tengo que ir a preparar a mis tropas para repeler la invasión del ejército humano...

Realgar echó a andar hacia la puerta.

—¡Detenedlo, thanes! —advirtió Tanis—. Os ha traicionado. Está confabulado con esos hombres-dragón y su cruel amo, lord Verminaard. Les ha abierto las puertas de Thorbardin.

—Realgar —dijo Hornfel, severo—, debes quedarte para responder a esas acusaciones...

—¡Tú no eres el Rey Supremo, Hornfel! —replicó el theiwar—, ¡No puedes darme órdenes!

—¡Guardias, prendedlo! —ordenó el hylar.

Realgar abrió la mano y se vio que en la palma guardaba un anillo negro como el azabache; se lo puso en un dedo. Una bocanada de humo maloliente salió del anillo e hizo retroceder a los soldados, que empezaron a dar arcadas y a toser. Realgar desapareció.

—El theiwar dice la verdad, Hornfel —manifestó Ranee—. Estos humanos y sus amigos los elfos son el verdadero peligro. No hagas caso de las mentiras de este Alto.

—¡Tengo pruebas! —replicó Tanis—. Mis amigos y yo capturamos a uno de los hombres-dragón. ¡Traen hacia aquí a ese monstruo para que lo veáis con vuestros propios ojos!

—No voy a esperar —dijo Hornfel, decidido—. Iré a verlo yo. Y tú vendrás conmigo, semielfo.

—Iré,thane, pero antes debo ocuparme de mis amigos —contestó Tanis—. Están malheridos y necesitan que se los atienda y se los cure.

—Ya se ha mandado llamar a los médicos —contestó Hornfel—. Llevarán a tus amigos a la Casa de Salud, pero —añadió en tono sombrío— todos seguiréis siendo prisioneros hasta que haya determinado la verdad de lo que está pasando.

Salió de la Sala de los Thanes, y Tanis no tuvo más remedio que acompañarlo. Los otros thanes decidieron ir con ellos, incluido Ranee, que empezaba a pensar que Realgar también lo había traicionado a él.

El Gran Bulp se unió al grupo, pero sólo porque había sacado la errónea impresión de que todos iban a comer.

38

Huida Un baño Guerra bajo la montaña

El draconiano yacía despatarrado en el suelo. Caramon se encontraba de pie a su lado y se chupaba los nudillos despellejados.

—Esta cosa tiene duro el cráneo —protestó—. Lo que me gustaría saber es por qué no lo matamos y les enseñamos a los enanos el cadáver. Sería mucho más fácil.

—Retiro lo que dije sobre tu inteligencia, hermano —criticó Raistlin. El mago se había sentido mareado y débil, consecuencia de la ejecución del hechizo, y estaba de mal humor.

—¿Qué? —Caramon lo miró desconcertado.

—No habría cadáver que enseñarles —explicó Sturm con paciencia—. Acuérdate de lo que pasa cuando matamos a una de estas bestias. O estallan en pedazos o se convierten en polvo o...

—Ah, sí, cierto. Se me había olvidado. —Caramon se dio capones en un gesto que ponía de relieve su buen carácter.

—Deberíamos irnos ya —sugirió Raistlin—. Tanis ha tenido tiempo de sobra para hablar con los thanes.

—La contemplación de esta belleza tendría que conseguir que los thanes levantaran las posaderas de sus tronos y cobraran conciencia de lo que tienen a su alrededor —dijo Sturm—. Caramon, trae aquí el tablero de la mesa y ayúdame a ponerlo encima.

Habían intentado alzar al draconiano, pero las alas de la criatura dificultaban la tarea de cargar con él. A Caramon se le había ocurrido la idea de arrancar las patas de la mesa y convertir el tablero en una improvisada camilla. El hombretón lo acercó y lo soltó al lado del inconsciente draconiano.

Gruñendo por el esfuerzo, empujó al ser y lo hizo rodar sobre el vientre para que las alas no fueran un estorbo. El draconiano las había mantenido plegadas para ocultarlas debajo de las ropas, pero cuando lo alcanzó el conjuro de sueño las alas se habían relajado y ahora le cayeron pesadamente a los costados. Entre Caramon y Sturm consiguieron, con muchos forcejeos y resoplidos, poner al draconiano sobre el tablón.

—¡Pesa tanto como una casa pequeña! —jadeó Sturm.

Caramon, que probablemente habría sido capaz de levantar una casa pequeña de habérselo propuesto, se mostró de acuerdo con un cabeceo mientras se limpiaba el sudor de la cara. El draconiano no sólo pesaba mucho, sino que además llevaba armadura debajo de la ropa, así como una espada. Sturm lo despojó de ella y la tiró a un lado.

—¿Y tenemos que cargar con este engendro de demonio hasta lo alto del Árbol de la Vida? —preguntó Caramon a la par que sacudía la cabeza—. Esto..., Raist, ¿y tú no podrías...?

—No, no podría —contestó secamente el mago—. Ya estoy debilitado por los conjuros que he lanzado hoy. Tendréis que arreglaros como mejor podáis.

—Ve tú delante —le dijo Sturm a Caramon.

El hombretón se agachó, asió el tablero con el monstruo tendido encima y, con un gruñido, lo alzó del suelo. Sturm agarró el otro extremo y consiguieron sacar tablero y draconiano por la puerta.

—¡Esperad! —ordenó Raistlin—. Deberíamos taparlo con una manta. Bastante vamos a llamar la atención para que además nos vean cargar con

un monstruo a través de sus calles.

—¡Date prisa! —jadeó Sturm.

Raistlin recogió dos mantas y las echó sobre el draconiano.

—Iré delante para ir abriendo camino —se ofreció el mago.

—¿Seguro que eso no te exigirá demasiado esfuerzo? —inquirió Sturm con acritud.

O Raistlin no le oyó o prefirió hacer oídos sordos. Los precedió a lo largo de la calle con la luz del bastón irradiando intensamente.

Sturm y Caramon tenían que pararse cada dos por tres para descansar y cambiar de posición a fin de aliviar los tirones en la espalda y en los hombros. Aun así avanzaron a buen paso, relativamente, hasta que llegaron a las zonas pobladas del Árbol de la Vida. Al ver a los Altos, los enanos los rodearon de inmediato y demandaron saber dónde iban y por qué.

Raistlin se las ingenió para dar con un enano que hablaba suficiente Común para mantener una conversación limitada. El mago explicó que uno de ellos se había puesto enfermo y que querían trasladarlo a los niveles superiores, donde —dijo— les habían indicado que estaba la Casa de Salud.

El enano quería echar un vistazo al Alto enfermo y alargó la mano hacia la manta. Raistlin posó la suya en la cabeza tapada por la manta.

—No creo que quieras tocarlo —comentó quedamente, con su voz susurrante—. Me temo que mi amigo tiene la peste.

El enano reculó con una mirada fulminante a los compañeros al tiempo que gritaba una advertencia a los otros enanos, que los miraron incluso con más desconfianza que antes, si tal cosa era posible.

—¿Qué les has dicho? —demandó Sturm—. ¡Por su expresión parece que quisieran matarnos a todos!

—¿Qué importa lo que le he dicho? —contestó Raistlin—. Lo resolveremos después. De momento, se mantendrán apartados de nosotros. Seguid caminando.

Los enanos les abrieron un paso amplio, pero cerraban filas detrás una vez que habían pasado y los siguieron como una escolta hosca y silenciosa. Los compañeros llegaron al elevador y se encontraron ante un nuevo reto.

—El tablero no cabe en la plataforma —comentó Caramon.

—Echemos al draconiano en el suelo —sugirió Sturm.

—Nos están observando —advirtió Raistlin, a la par que señalaba a la muchedumbre de enanos, cada vez más numerosa—. Tened cuidado de mantenerlo tapado.

Subió al elevador. Sturm y Caramon inclinaron el tablero y el draconiano se deslizó al suelo, donde se quedó hecho un ovillo. Raistlin se apresuró a estirar bien las mantas por encima. En la siguiente plataforma se metieron tantos enanos como cabían apelotonados y los siguieron, sin perderlos de vista.

Sturm se recostó en el lateral de la plataforma y se frotó los hombros. Caramon flexionó las manos y después arqueó la espalda en un intento de aflojar los músculos acalambrados. Raistlin iba pendiente de los enanos del elevador y éstos no le quitaban ojo de encima.

Ninguno de ellos reparó en el ligero temblor de la manta que cubría al draconiano hasta que ya fue demasiado tarde.

Grag había recuperado el sentido y se encontró transportado por sus enemigos hacia algún punto de destino desconocido. Había fingido que seguía inconsciente, esperando el momento oportuno y maldiciendo al theiwar que lo había enredado todo. Tendría que revelarse como lo que era, por desgracia, pero eso no podía evitarse ya. Grag tenía que volver con Dray-yan y contarle lo que había ocurrido para que pudiese cambiar los planes de acuerdo con la nueva situación.

Echarlo al suelo de la plataforma le dio a Grag la ocasión que esperaba. Se despojó de la manta y se levantó de un salto. Su primer movimiento fue inutilizar al mago. Un codazo en el bajo vientre lo dejó fuera de combate. El hechicero jadeó de dolor y se derrumbó. Los dos guerreros se disponían a sacar las espadas. Grag giró y golpeó a ambos con la cola, de forma que el caballero cayó de espaldas y el otro estuvo a punto de precipitarse por el borde de la plataforma.

A Grag le habría gustado ajustar las cuentas y acabar con esos tres humanos, en especial el caballero, pero no tenía tiempo para eso. Saltó al borde de la plataforma y se quedó encaramado allí un instante para orientarse. Miró hacia abajo, al conducto del elevador, y vio el fondo del

Árbol de la Vida allá abajo, muy lejos. Su idea había sido intentar descender planeando con las alas, pero el conducto era estrecho y temía golpeárselas con las paredes de piedra y dañárselas.

Los enanos de la siguiente plataforma estaban organizando un buen escándalo al tiempo que señalaban y chillaban con horror al ver al monstruo. Los enanos que esperaban el elevador en el siguiente nivel, al oír el jaleo resonando en el conducto, vieron al draconiano subido al borde de la plataforma, con las alas extendidas y agitando la cola. Un enano de mente despabilada y rápido de reflejos asió la manivela de control, la empujó a su posición de parada y el elevador se detuvo.

Grag saltó de la plataforma cuando ésta todavía se mecía por el frenazo. Cayó de pie en el suelo y se dio de bruces con Hornfel y con Tanis.

Elthane hylar echó un vistazo al monstruo, desenvainó la espada y se lanzó al ataque. Tanis miró al elevador y vio a Caramon que ayudaba a Raistlin a ponerse de pie mientras Sturm intentaba salir de la plataforma a trancas y barrancas. Tras comprobar que se encontraban bien, Tanis fue en pos de Hornfel. Elthane daewar, Gneiss, se había quedado retrasado, pero en seguida alcanzó al hylar y al kiar de mirada demente. Lanzando un penetrante grito de guerra al tiempo que blandía la enorme hacha, corrió a unirse a ellos. Los soldados se sobresaltaron al ver al monstruo, pero inspirados por el ejemplo de sus valerosos thanes se agruparon y corrieron tras ellos.

Grag no tenía intención de luchar. Lo superaban en número y, además, no era el momento ni el lugar. Echó una rápida ojeada en derredor y vio lo que parecía ser un jardín con una balconada desde la que se contemplaba el lago. El bozak puso pies en polvorosa. Utilizando las alas para impulsarse y apartar de su camino cualquier obstáculo, en seguida dejó atrás a sus perseguidores.

Al llegar a la balconada, saltó a la baranda y se balanceó un instante mientras se orientaba para ubicar su posición respecto a donde quería ir. Echó un vistazo hacia atrás, a sus perseguidores, extendió las alas y saltó al vacío.

Grag estaba en uno de los niveles altos del Árbol de la Vida y su entrenamiento de saltos desde el lomo de dragones le resultó valiosísimo en aquel momento. No podía volar, pero había aprendido que al saltar desde el lomo del dragón podía usar las alas para planear y frenar el descenso. Localizó el muelle theiwar desde el aire y, aunque estaba bastante lejos a su izquierda, podría maniobrar un poco en el aire a fin de aterrizar en el agua lo más cerca posible de territorio theiwar.

Miró hacia arriba y vio a los enanos asomados a la balconada. Más enanos —centenares de ellos— se encontraban allá abajo, con las cabezas alzadas hacia él.

Adiós buenas a los planes de actuar en secreto.

Grag se encogió de hombros y dio un golpe de alas. Como comandante, estaba habituado a giros repentinos e inesperados en la batalla. No podía perder tiempo lamentando errores cometidos en el pasado. Tenía que pensar en el futuro, decidir qué hacer y cómo hacerlo; ya había decidido el curso de acción que tomarían cuando estaba a mitad de camino hacia el fondo. Cayó al agua con un gran chapoteo.

A los draconianos no les gustaba el agua, pero sabían nadar si no les quedaba más remedio. Grag nadó hacia la zona theiwar del lago impulsando el escamoso cuerpo a través de las frías aguas del lago con poderosos movimientos de las fuertes patas mientras chapoteaba con los brazos de un modo parecido a como haría un perro.

Grag llegó al muelle y se aupó fuera del agua, chorreando. Se quitó las ropas a tirones y las dejó en un montón empapado sobre el muelle. Después, corriendo a pasos largos y con vuelos cortos, se encaminó hacia los túneles secretos donde lo esperaban sus tropas.

—¿Era ése uno de los monstruos de los que hablabas? —inquirió Hornfel, que se inclinaba sobre la balaustrada y observaba al draconiano que planeaba en el aire y descendía ligero como una pluma.

—Esos draconianos son criaturas poderosas —contestó Tanis—, capacitados para utilizar magia al igual que armas convencionales. Sus ejércitos han conquistado grandes extensiones de Ansalon. Han expulsado a

los qualinestis de sus tierras y se han apoderado de Pax Tharkas y de nuestro territorio de Abanasinia.

—¿De dónde vienen esos demonios? —preguntó Hornfel, horrorizado — ¡Nunca había visto seres así ni había oído hablar de ellos!

—Porque nunca los había habido en Ansalon —respondió el semielfo mientras sacudía la cabeza—. No sabemos qué ha engendrado esa perversión. Lo único cierto es que son muy numerosos, además de inteligentes, guerreros feroces e igualmente peligrosos al morir como estando vivos.

—¿Y crees que han invadido Thorbardin? A lo mejor sólo hay ése...

—Son como las ratas —intervino Sturm—. Si ves una, hay otras veinte escondidas detrás de las paredes.

—Estás sangrando —dijo Tanis.

—¿Sí? —Sturm se llevó la mano a la cara y la retiró manchada de sangre—. La cola de ese ser me golpeó. —Sacudió la cabeza, pesaroso—. Lamento que se escapara, Tanis. Nos engañó por completo.

—¿Cómo están Raistlin y Caramon? —se interesó el semielfo mientras echaba un vistazo a su alrededor, preocupado.

—Raistlin se llevó la peor parte. Recibió un codazo en el bajo vientre. Va a estar dolorido un tiempo, pero se pondrá bien. El draconiano casi tiró a Caramon del elevador. Más que herido está conmocionado, creo.

Tanis se volvió para ver a los gemelos, que se dirigían hacia él. Raistlin caminaba un poco encorvado y respiraba de forma entrecortada, pero en su rostro había una expresión de sombría determinación.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Tanis con preocupación.

—Eso es lo de menos —contestó el mago, impaciente—. ¿Qué vamos a hacer con Flint y con el Mazo?

Tanis sacudió la cabeza. Había visto a Raistlin marearse y casi perder el sentido por aplastarse un dedo del pie y sin embargo, tras sufrir un golpe que habría mandado al lecho a hombres más fuertes, le quitaba importancia como si no hubiese pasado nada.

Caramon caminaba detrás de su hermano con gesto de agobio. Miró a Tanis y pareció que se encogía.

—Siento que se nos escapara —dijo, mortificado.

—No ha ocurrido nada irremediable y quizá sea beneficioso. Hemos logrado lo que salimos a hacer. Los enanos han descubierto la verdad por sí mismos. Pero ahora tenemos nuevos problemas.

Mientras Tanis les contaba a sus amigos lo ocurrido con Riverwind y Gilthanas, Hornfel discutía con los thanes daewar y kiar. Al Gran Bulp no se lo veía por ningún sitio. Por desgracia, el draconiano había saltado directamente hacia él cuando huyó, lo que indujo a creer al aterrorizado aghar que estaba a punto de morir. Había dado media vuelta y había puesto pies en polvorosa para esconderse en el agujero más oscuro y más profundo que pudiera encontrar y se quedaría allí hasta que el aprovisionamiento de ratas menguara y no le quedara más remedio que salir de su escondrijo.

La ausencia delthane aghar no preocupaba a nadie. Probablemente ni se habían dado cuenta. Pero sí notaron la de Ranee, elthane de los daergars.

Ninguno lo había visto marcharse, y a Hornfel no le cabía duda de que sus peores temores se habían cumplido. Sus esperanzas de unificar los clanes bajo la montaña se habían hecho pedazos. La alianza entre theiwars y daergars ya habría sido adversa por sí misma, pero ahora había pruebas de que los enanos renegados habían abierto en secreto las puertas de Thorbardin a fuerzas de la oscuridad. La tragedia que tanto se había esforzado por evitar —una guerra civil— parecía irremediable.

Elthane daewar, que había sido el más reacio a pensar mal de sus congéneres, ahora era el más combativo y estaba dispuesto a convocar a su ejército y emprender la lucha en ese mismo instante. El kiar de mirada demente seguiría el liderazgo de Hornfel y haría todo lo que éste le ordenara hacer. Sin embargo, las fuerzas militares kiars no eran del todo fiables. Luchaban con ferocidad, pero eran indisciplinadas y caóticas.

Los theiwars no eran guerreros, pero los oscuros daergars sí. También eran numerosos, además de fieros y leales, y los consumía el odio hacia los otros clanes, en especial el hylar. Si estaban aliados con un ejército de criaturas monstruosas, Hornfel preveía la perdición y el desastre.

Tras discutir la situación con los thanes y hacer los planes que estaba en su mano hacer, Hornfel se dirigió hacia Tanis para hablar con él y ofrecerle

disculpas por el trato que se les había dado antes.

—Ofrecería asilo de buen grado a los refugiados que están a tu cuidado, semielfo —dijo el hylar, que añadió en tono sombrío—: Pero me temo que no habrá cobijo seguro para nadie bajo la montaña, ni humanos ni enanos.

—Tal vez las cosas no sean tan terribles como piensas,thane —dijo Tanis—. ¿Y si los daergars no estuviesen aliados con los theiwars? Me fijé en la expresión de Raneë cuando vio al draconiano y no parecía satisfecho. Parecía tan impresionado y horrorizado como los demás.

—Lo observé y se notaba que estaba furioso —abundó Raistlin—. Pasó a nuestro lado de camino al elevador y tenía una expresión borrascosa, iracunda. Llevaba fruncido el entrecejo y los puños apretados y mascullaba entre dientes. Imagino que no sabía que los theiwars habían traído a esos nuevos aliados tan terribles y no se lo veía contento por ello.

—Me dais esperanza, amigos, y cosas en las que pensar. —Hornfel parecía agradecido—. Ahora es mucho lo que depende de la recuperación del Mazo de Kharas. Si nos es devuelto y hay pruebas de que Reorx ha regresado también, creo que los daergars rehusarían ponerse de parte de los theiwars. Su clan sufrió mucho con el cierre de las minas y muchos se hundieron en el crimen, pero en su fuero interno son leales a Thorbardin. Se los podría convencer y hacerlos entrar en razón y se alegrarían tanto como cualquiera de nosotros de dar la bienvenida a Reorx a sus santuarios. ¡El resurgimiento del Mazo verdadero sería ahora el mejor golpe de suerte que pudiéramos imaginar!

—No es cuestión de suerte —lo contradijo Sturm—, sino intervención divina. Los dioses nos trajeron aquí por ese motivo.

«¿Lo hicieron? —se sorprendió Tanis preguntándose—. ¿O vinimos a través de tropiezos y pasos en falso, giros equivocados y elecciones acertadas, accidentes y fracasos y algún que otro triunfo? Ojalá lo supiera.»

—Tenemos que encontrar a Flint y Arman por esas mismas razones que tú has expuesto,thane —dijo.

—Me temo que es imposible —contestó Hornfel, serio—. Los míos me han informado que las puertas de bronce al Valle de los Thanes se han

cerrado y es imposible abrirlas por mucho que lo han intentado.

39

La muerte de un héroe Flínt toma una decisión

Flint se había sentado en la escalera, envuelto en la oscuridad, y se daba masajes en los muslos y en sus pobres rodillas, que crujían como un mecanismo viejo. Las piernas se habían negado a sostenerlo más y a subir más escalones. Los últimos los había remontado medio cegado por lágrimas de dolor y con un humor de perros, así que se tomó como una afrenta personal que Tasslehoff estuviera tan alegre. El kender bajó los peldaños al trote.

—La escalera acaba justo ahí arriba... ¿Qué haces sentado? —preguntó el kender, sorprendido—. ¡Date prisa! Casi hemos llegado al final.

En ese momento tocó el gong y el sonido fue mucho más alto que antes. El tono musical retumbó en el hueco de la escalera y pareció resonar dentro de la cabeza de Flint como si se la hubiese atravesado.

—No pienso moverme —rezongó—. Arman puede quedarse con el Mazo. No voy a dar un solo paso más.

—Sólo quedan unos veinte peldaños y entonces ya estarás allí —lo apremió Tasslehoff, que trató de meter los brazos por debajo de las axilas de Flint con intención de arrastrarlo—. Si haces un esfuerzo y vas deslizándote sobre el trasero...

—¡No haré tal cosa! —gritó el enano, ofendido. Forcejeó para desasirse del kender—. ¡Suéltame!

—Bueno, entonces, si no quieres subir, bajemos —sugirió Tas, exasperado—. El mapa señala otros caminos para llegar arriba...

—Tampoco pienso bajar. No voy a moverme.

Para sus adentros, Flint temía ser incapaz de hacerlo. No tenía fuerzas y ese sordo dolor en el pecho le había vuelto.

Tas lo miró intensamente y luego se sentó en un peldaño.

—Supongo que quedarse aquí para siempre tampoco está tan mal —dijo el kender—. Así tendré ocasión de contarte todas mis mejores aventuras. ¿Te he hablado de esa vez en la que encontré un mamut lanudo? Un día, caminaba por una calzada cuando oí un feroz barrito procedente del bosque. Fui a ver qué pasaba y resultó que era...

—¡Me largo! —dijo Flint. Apretando los dientes, apoyó la mano en el hombro del kender y, entre gruñidos y gemidos, se puso de pie. La cabeza le dio vueltas y se tambaleó, por lo que tuvo que apoyarse en Tasslehoff.

—Échame el brazo por encima de los hombros —sugirió Tas—. No, así. Eso es. Te apoyas en mí y subimos juntos los peldaños, de uno en uno.

Aquello era denigrante y Flint se habría negado a hacerlo, pero temía ser incapaz de mover un pie sin ayuda. Más que encontrar el Mazo, fue la terrible perspectiva de tener que oír la historia del mamut por enésima vez lo que lo indujo a intentarlo. Ayudado por el kender, Flint empezó a subir la escalera poco a poco.

—No me importa que te apoyes en mí, Flint —aseguró el kender al cabo de un instante—, pero ¿te importaría hacerlo sin cargar tanto el peso? ¡Prácticamente voy de rodillas!

—¡Creía que habías dicho que sólo quedaban veinte peldaños más! —gruñó el irascible enano, aunque procuró apoyarse menos en su amigo—. Ya he contado treinta y no veo el final.

—¿Y qué importancia tienen unos peldaños más o menos? —preguntó Tas a la ligera, pero luego, al sentir el brazo de Flint que se cerraba alrededor de su cuello, a punto de ahogarlo, se apresuró a añadir—: ¡Veo luz! ¿Tú no, Flint? Estamos llegando al final.

El enano alzó la cabeza y tuvo que admitir que en el hueco de la escalera no estaba tan oscuro como antes. Casi podían prescindir del farol. Faltó poco para que Flint tuviera que subir a gatas los últimos peldaños, pero lo consiguió.

Al final de la escalera había una puerta en arco, de madera y reforzada con bandas de hierro. La luz del sol que se colaba por las aspilleras les alumbraba el camino. Tas empujó la puerta, pero ésta no cedió. Sacudió la manija y después negó con la cabeza.

—Está cerrada con llave —informó—. ¡Qué rabia! ¡Eso me enseñará a no dejarme nunca más los saquillos! —El kender se sentó pesadamente en la escalera—. ¡Tanto subir escaleras para nada!

Flint no podía creerlo. Las doloridas piernas no querían creerlo. Dio a la puerta un empujón, enfadado, y se abrió de par en par.

—Así que cerrada —dijo con una mirada desdeñosa al kender.

—¡Te digo que lo estaba! —insistió Tas—. Puede que no sepa mucho de luchas o de política o del regreso de los dioses o de ese tipo de cosas, pero sé de cerraduras y ésta estaba cerrada.

—No, no lo estaba —le llevó la contraria el enano—. Lo que pasa es que no sabes cómo hacer funcionar la manija de un pestillo, nada más.

—De eso también sé —replicó Tas, indignado—. Soy un experto en manijas, pomos de puerta y cerraduras. Esa puerta estaba cerrada a cal y canto, te lo repito.

—¡No lo estaba! —gritó Flint, enfadado.

Porque si esa puerta había estado cerrada significaba que alguien —o algo— la había abierto cuando la empujó él y Flint no quería planteárselo siquiera.

Flint salió al sol seguido por Tasslehoff, que además de dirigir una mirada ofendida a la puerta le lanzó una patada al pasar, irritado.

Habían llegado a la parte alta de la tumba. Enfrente había una muralla de piedra almenada. Una torre jalonada de hileras de ventanas se alzaba a la izquierda de Flint. Otra torreta, ésta baja y cuadrada, se alzaba a su derecha. Más allá de las torres y de la muralla sólo se veía el azul del cielo. Giró para mirar hacia el otro lado y...

—Ni una palabra más sobre... ¡Por las barbas de Reorx! —exclamó.

—¡Oh, Flint! —Tas soltó un suave suspiro.

El sol rutilaba en un tejado con forma de cono hecho con cristales facetados de un vivo color rubí. Flint olvidó el dolor de las piernas y el pinchazo en el pecho, llevado por el asombro y la admiración.

Pegó la nariz al cristal, al igual que el kender, ambos intentando atisbar lo que había dentro.

—¿Es eso? —preguntó Tas en un susurro.

—Lo es —contestó el enano con la voz estrangulada por la emoción.

Un mazo de bronce atado a lo que parecía una cuerda fina colgaba suspendido del ápice del cono del tejado. El mazo se balanceaba muy despacio de un lado a otro de la cámara. Alrededor del techo había veinticuatro gongs enormes de bronce. Cada uno llevaba inscrita una runa y cada runa representaba las horas del día, desde la Hora del Despertar a la Primera Hora de Comer; de la Primera Hora de Labor a la Segunda Hora de Comer; y así sucesivamente hasta la Hora del Sueño. El Mazo se mecía atrás y adelante y cambiaba de posición con cada oscilación, regulado de forma que golpeaba en un gong al empezar una de las horas y después seguía desplazándose en un círculo interminable.

Flint no había visto algo tan maravilloso en toda su vida.

—Es en verdad impresionante —dijo Tasslehoff con un suspiro. Apartó la cabeza y se frotó la nariz, que había tenido aplastada contra el cristal—. ¿Los enanos pusieron el Mazo en movimiento para que oscilara así?

—No —contestó Flint, que añadió con voz enronquecida— ... Es magia. Una magia poderosa. —Aunque el sol le calentaba la nuca hasta casi resultar incómodo, esa idea le produjo un escalofrío.

—¡Magia! —Tas estaba entusiasmado— Eso lo hace mejor incluso. No sabía que los enanos pudieran hacer una magia así.

—¡Pues claro que no pueden! —replicó Flint malhumorado. Señaló con un gesto el Mazo oscilante—. Ningún enano que se precie imaginaría algo semejante, cuanto menos hacerlo. La misma magia que arrancó la tumba del suelo y la dejó flotando en el aire ha convertido el Mazo de Kharas en un reloj de cuco palanthino y... —Suspiró, abatido, y volvió a mirar el Mazo—.

Quienquiera que desee el Mazo ha de hallar la forma de entrar ahí, luego pararlo y después bajarlo del techo. Desde mi punto de vista, es imposible. Tantos esfuerzos para nada.

En el momento en el que dijo aquello experimentó un alivio repentino, inmenso e inconfesable.

La decisión de cambiar los mazos o no hacerlo ya no dependía de él. Podía volver con Sturm, Raistlin y Tanis y decirles que el Mazo estaba fuera del alcance. Lo había intentado. Había hecho todo cuanto estaba en su mano. No lo quería el destino. Sturm tendría que arreglárselas sin sus Dragonlances. Tanis tendría que encontrar otra forma de persuadir a los enanos de que permitieran a los refugiados entrar en la montaña. Y él, Flint Fireforge, no estaba hecho para ser un héroe.

Al menos, pensó con cierta sombría satisfacción, Arman Kharas tampoco podría hacerse con el Mazo.

Flint se disponía a volver hacia la escalera cuando al mirar a su alrededor se dio cuenta de que se había quedado solo. Sintió una punzada de pánico. Había olvidado las dos reglas principales para viajar con un kender. Regla número uno: evitar que un kender se aburra; regla número dos: no perder de vista a un kender aburrido.

El enano gimió de nuevo. Sólo le faltaba eso. ¡Un kender suelto en una tumba plagada de magia!

—¡Tasslehoff Burrfoot! —bramó—. ¡Ah, ahí estás!

El kender se asomó por la esquina de la rorreta achaparrada.

—¡No vuelvas a desaparecer así! —lo regañó Flint—. Vamos a bajar para buscar a Arman.

—Te has quedado en el sitio equivocado, Flint —anunció el kender.

—¿Qué? —El enano lo miró sin comprender.

—Dijiste que desde tu punto de vista no se podía llegar al Mazo y tenías razón. Desde donde estás, no puedes llegar a él. Porque te has quedado en el sitio equivocado. Pero si das la vuelta al otro lado de esta torre, hay una forma. Ven y vuelve a mirar dentro.

Tas pegó la nariz al cristal y, a regañadientes pero aun así experimentando un atisbo de emoción, Flint hizo lo mismo.

—Fíjate en esa plataforma de allí, la que sobresale de la pared, por encima de los gongs.

El enano estrechó los ojos. Creía distinguir a lo que se refería el kender. Una plataforma de piedra se prolongaba hacia el interior de la cámara, sobre el pozo que se abría en el centro.

—Si es lo que dices, como plataforma no es gran cosa —rezongó.

Tas fingió no haber oído. ¡Flint era un gran pesimista!

—Supuse que si había esa plataforma también tenía que haber alguna forma de llegar a ella, y la he encontrado. ¡Ven conmigo!

El kender rodeó la torreta cuadrada a toda prisa. Flint lo siguió más despacio, todavía buscando un modo de abandonar la tumba. Se asomó por las almenas, pero lo único que vio abajo eran volutas y espirales de niebla rojiza.

—¡Por ahí no, Flint, es por aquí! —llamó Tas.

El kender estaba parado delante de una puerta doble de madera reforzada con bandas de hierro.

—Está cerrada —informó Tas, que asestó a las hojas de madera una mirada severa.

Flint se acercó, empujó una de las dos hojas y ésta se abrió en silencio.

—¡Has vuelto a hacerlo! ¿Cómo te las arreglas? —gimió Tas.

La luz del sol entró a raudales por el umbral, como si hubiese pasado todos esos siglos esperando a iluminar la oscuridad.

Flint se internó unos pasos y se frenó de golpe. Tasslehoff, que venía pisándole los talones, tropezó con él.

—¿Qué pasa? —preguntó el kender mientras intentaba asomarse por detrás, en el angosto vestíbulo.

—Hay un cadáver —contestó Flint, conmocionado. Había estado a punto de pisarlo.

—¿El cadáver de quién? —preguntó Tas en un ahogado susurro. A Flint se le atragantaron las palabras unos instantes.

—Creo que es Kharas —dijo luego.

El cuerpo había permanecido encerrado en un vestíbulo sin ventanas y clausurado por dos puertas de doble hoja, por lo que se había conservado bien. Estaba intacto, con la piel —semejante a pergamino o cuero viejo— estirada sobre el esqueleto. Era de un enano inusualmente alto, con el cabello largo pero la barba muy corta y descuidada. Flint recordó haber oído contar que Kharas se la había afeitado en señal de duelo por la Guerra de Dwarfgate y que después no se la había dejado crecer. El cadáver estaba vestido con armadura ceremonial, como correspondía al guerrero que había llevado al rey a su reposo final. No empuñaba arma alguna ni en el cuerpo había señales de heridas, pero aun así daba la impresión de haber tenido una muerte angustiosa a juzgar por la mano crispada sobre la garganta y la boca momificada abierta de par en par.

—Aquí está el asesino —dijo Tas, que se agachó junto al cadáver y señaló los restos de un escorpión—. Lo mató con su aguijón.

—No es forma de que muera un héroe —manifestó Flint, enfadado—. Kharas habría tenido que morir combatiendo ogros, gigantes, dragones o algo así.

No abatido por un bicho.

No abatido por un corazón debilitado...

—Pero si éste es Kharas y está muerto, ¿quién es el otro Kharas? —planteó Tas—. El que le dijo a Arman que le mostraría cómo encontrar el Mazo.

—Es lo mismo que me estoy preguntando yo —contestó Flint, sombrío.

Al final del vestíbulo había otra puerta doble. Detrás de esa puerta se encontraba la Cámara Rubí y dentro de la cámara se hallaba el Mazo de Kharas. Flint sabía que esas hojas estaban cerradas y también sabía que las puertas cerradas se abrirían para él, como había ocurrido con las anteriores. Habiendo visto la plataforma había ideado una forma de obtener el Mazo.

Bajó la vista al cadáver de Kharas, el gran héroe que había tenido una muerte tan indigna y sin sentido.

—Que Reorx acoja su alma —musitó Flint—. Aunque imagino que el dios se la llevó consigo hace mucho, mucho tiempo.

Con la vista fija en el cadáver tomó una repentina decisión.

«*Por Reorx que yo no me iré así*», juró para sus adentros.

—¡Eh, qué haces! —llamó en voz alta—. ¿Dónde crees que vas?

Tasslehoff se encontraba parado delante de la puerta doble al fondo del vestíbulo, esperando con aire impaciente que Flint la abriera.

—Voy a ayudarte a conseguir el Mazo.

—De eso nada —gruñó el enano—. Tú vas a ir a buscar a Arman.

—¿Sí? —Tas estaba complacido, pero asombrado—. Hallar a Arman es muy importante, Flint. Nadie me deja hacer algo muy importante nunca.

—Pues yo voy a dejarte esta vez. No tengo otra opción. Vas a ir a buscar a Arman, vas a advertirle que esa cosa que cree que es Kharas no es Kharas y le vas a decir que sabes dónde está el Mazo. Y luego lo traes aquí.

—Pero si hago eso, encontrará el Mazo —argumentó Tas—. Creía que querías ser tú el que lo encontrara.

—Lo he encontrado —contestó Flint, imperturbable—. No discutas más, que no tenemos tiempo. Márchate ya.

—Advertir a Arman es muy importante —reflexionó Tas—, pero me parece que lo dejaré pasar. En realidad tampoco me cae muy bien. Prefiero quedarme aquí contigo.

—Vas a ir —dijo Flint con firmeza—. De un modo u otro.

Tas sacudió la cabeza, asió la manija de la puerta y se sujetó a ella con todas sus fuerzas. Tras un breve forcejeo, Flint consiguió soltar los dedos del kender. Después lo aferró por el cuello de la camisa y, mientras Tas forcejeaba y protestaba, lo llevó a rastras hasta la otra puerta y lo sacó de un empujón.

—Y esto voy a necesitarlo —añadió el enano.

Arrebató al kender la jupak con un giro hábil y a continuación le cerró la puerta en las narices.

—¡Flint! —sonó la voz del kender amortiguada y lejana a través de las hojas de madera—. ¡Abre! ¡Déjame entrar!

Flint le oyó sacudir la manija, dar patadas a la puerta y después alejarse. Tas acabaría aburriéndose en seguida y, a falta de otra cosa mejor, iría a buscar a Arman.

Flint sintió remordimiento por haber enviado al kender al encuentro de ese fantasma, demonio o lo que quiera que fuera que afirmaba ser Kharas. No tardó en desechar la sensación de culpabilidad al recordar que el kender tenía un talento extraordinario para sobrevivir.

—Lo que consigue es que otros mueran. Si acaso —masculló Flint—, tendría que preocuparme por el fantasma.

La verdad era que Flint no podía tener al kender como testigo de lo que pensaba hacer. Tasslehoff Burrfoot jamás había sabido guardar un secreto. Juraría solemnemente por su copete que nunca lo contaría y, en menos de una hora, estaría parloteando y contándoselo a todo el mundo y al perro. Y ese secreto tenía que guardarse. De ello dependían vidas. Vidas a millares...

Flint empujó la puerta doble con la mano, que se abrió con un sonoro portazo, y entró en la Cámara Rubí.

40

El secreto de Flint

El Mazo

Tas hace un descubrimiento asombroso

Dentro de la Cámara Rubí la luz del sol brillaba roja a través del techo de cristales color carmesí e inundaba la estancia de un cálido fulgor. Flint caminó por la plataforma de piedra y se maravilló de encontrarse allí. Se sentía humilde, abrumado, triunfante.

Contempló cómo el Mazo se mecía atrás y adelante en un lento arco, igual que lo había venido haciendo durante trescientos años. ¿Lo habría colgado Kharas del techo? Flint echó la cabeza hacia atrás para mirar. La cuerda de la que pendía el Mazo colgaba de un sencillo gancho de hierro. Flint tenía la impresión de que tal vez Kharas hubiese colocado el Mazo allí, pero que habían sido otras manos las que habían añadido la magia. Otras manos habían creado los gongs que daban las horas y habían construido el maravilloso techo rubí. Las mismas que habían arrancado la tumba del suelo del Valle de los Thanes y la habían dejado flotando en el aire, manos que aún seguían por allí, en alguna parte, tal vez esperando para cerrarse alrededor de su garganta.

Flint vio al Mazo contar los minutos a la par que transcurrían del mismo modo que había contado todos los minutos de su vida mientras pasaban,

desde el nacimiento hasta ese instante; igual que contaba los latidos de su viejo y débil corazón.

Todos los enanos soñaban con ser el que hallara el legendario Mazo de Kharas. Hablaban de ello mientras se tomaban una cerveza. Les contaban la historia a sus hijos, que hacían mazos de madera y jugaban a ser el héroe de los enanos. Flint había soñado con ello, pero había sido lo bastante pragmático para saber que no era más que un sueño. ¿Cómo alguien como él, un simple orfebre, juguetero y trotamundos distanciado de sus semejantes iba a ser el héroe de su raza?

Pero había ocurrido. De algún modo. Por algún milagro, los dioses lo habían conducido allí. Lo habían hecho por una razón, y estaba convencido de que sabía qué razón era.

El Mazo pasó meciéndose por encima de él con un suave sonido que recordaba el murmullo de un regato o el soplo de la brisa. Sentía en la cara el movimiento del aire a su paso y se imaginó que era el aliento de Reorx. Con movimientos agarrotados y un gesto de dolor, el enano se arrodilló con torpeza en la plataforma. Sus viejas rodillas soltaron crujidos de protesta. Flint esperaba ser capaz de volver a levantarse.

—Reorx —empezó, puesta la mirada en el fulgor rojizo—, no eres uno de los dioses de la luz, como Paladine y Mishakal. Eres un dios que ve por igual la luz y la oscuridad en el alma de un hombre. Imagino que sabes por qué estoy aquí. Sabes lo que me propongo hacer. Paladine frunciría el entrecejo y Mishakal alzaría sus bonitas manos con espanto.

»Supongo que estoy siendo deshonesto —añadió y rebulló al sentirse incómodo—, y que lo que me dispongo a hacer no es honorable, a pesar de que Sturm estaba de acuerdo con ello y es la persona más honorable que conozco.

»Verás, Reorx —explicó Flint—, sólo voy a tomar prestado el Mazo. Eso no es robarlo. Me aseguraré de que los enanos lo recuperen. Sólo quiero usarlo para forjar las Dragonlances y, una vez que eso esté hecho y hayamos ganado la batalla contra la Reina de la Oscuridad, devolveré el Mazo, cambiaré el verdadero por el falso. Los enanos no notarán la diferencia y como creerán que tienen el verdadero Mazo elegirán un Rey

Supremo, abrirán las puertas de Thorbardin al mundo, dejarán entrar a los refugiados y todo estará bien. No se hará mal a nadie y en cambio sí se hará mucho bien.

»Ése es mi plan —concluyó Flint mientras se esforzaba por ponerse de pie. Lo consiguió, aunque fue gracias a apoyarse en la jupak del kender—. Supongo que si no te gusta me tirarás de esta plataforma o me mandarás algún otro castigo semejante.

Flint esperó, pero no pasó nada. La puerta doble se cerró a su espalda, pero tan despacio y con tanta suavidad que el enano ni siquiera se dio cuenta.

Interpretando el silencio como una señal de que podía ponerse manos a la obra con la aprobación del dios, ya que no con su bendición, Flint caminó hasta el mismo borde de la plataforma de piedra. Bajó la vista hacia el foso que se abría a sus pies. Lo único que vio fue luz roja. Se preguntó si sería muy profundo y luego, encogiéndose de hombros, apartó la idea de su mente. Alzó los ojos hacia el Mazo y calculó la distancia que separaba el Mazo de la plataforma. Observó la jupak, después miró de nuevo el Mazo y pensó que el plan podría funcionar.

Flint se tendió boca abajo en la plataforma, asió la jupak por la punta y alargó el brazo todo lo posible para trabar la cuerda con el extremo ahorquillado de la jupak cuando el Mazo pasaba silbando.

Falló, pero por poco. Tenía que deslizarse otros tres o cuatro dedos más sobre el extremo de la plataforma. Se aferró al borde de piedra con la otra mano y esperó a que el Mazo pasara de nuevo por su posición.

Flint balanceó el brazo con todas sus fuerzas y el impulso casi lo sacó de la plataforma. Durante una fracción de segundo, temió que iba a caer al hueco del fuste, pero la jupak se enredó en la cuerda y, como un pescador con un pez enganchado al sedal, Flint dio un seco tirón con la jupak.

La honda de cuero que colgaba del extremo ahorquillado se enredó en la cuerda y Flint, con el corazón palpitándole desbocado, atrajo hacia sí, despacio y con mucho cuidado, la jupak y la cuerda de la que pendía el Mazo.

Soltando la jupak, Flint asió el Mazo y lo subió a la plataforma. En ese momento tuvo que hacer una pausa porque le costaba trabajo respirar. Estaba mareado y unas extrañas motitas de luz giraban delante de sus ojos. No obstante, la sensación pasó en seguida y pudo sentarse y apoyar el bendito Mazo en su regazo para contemplarlo con reverencia y admiración.

—Gracias, Reorx —musitó—. Lo usaré para hacer el bien y para honrar tu nombre. Lo juro por tu barba y por la mía.

El Mazo era un prodigio y una maravilla. Flint era incapaz de apartar los ojos de él. El mazo falso era igual que el de verdad, pero no transmitía la misma sensación. Al posar la mano en el Mazo de Kharas lo sintió vibrante de vida a la par que él se sentía conectado a una inteligencia que era justa, sabia y benevolente, apenada por la debilidad de los seres humanos pero aun así comprensiva y misericordiosa con ellos. Algunos enanos juraban que Kharas había llevado el Mazo durante tanto tiempo que estaba imbuido de su espíritu, y Flint casi podía creerlo.

Entonces se dio cuenta de que cualquier enano que hubiese tocado alguna vez el Mazo de Kharas jamás confundiría el falso con el verdadero. Por suerte, ningún enano que estuviera vivo en la actualidad había tocado el Mazo real. Ni siquiera Hornfel notaría la diferencia. El falso tenía el mismo aspecto y pesaba más o menos lo mismo, merced al encantamiento de Raistlin. Los dos mazos eran ligeros, fáciles de manejar. Las runas eran idénticas en ambos. Hasta el color era casi igual. El verdadero Mazo tenía una pátina dorada inexistente en el otro. Lo único que tenía que hacer era mantener el verdadero dentro del correa.

En cuanto a otras diferencias, el mazo falso seguramente no golpearía en el blanco con la fuerza ni con el tino del Mazo real. Flint anhelaba probarlo, ya que había oído contar que el Mazo de Kharas se fusionaba con el enano que lo blandía y reaccionaba al impulso de su mente más que al acto en sí de manejarlo. Sin embargo, Flint tendría que esperar a que sus amigos y él hubieran dejado bien atrás el reino enano antes de poder probarlo.

Al recordar que Arman podía aparecer en cualquier momento, Flint sacó el mazo falso del correa y no pudo evitar pensar la apariencia barata y de

mala calidad que tenía en comparación con el real. Metió el Mazo de Kharas en el correa, ató el falso en la punta de la cuerda y después, echando la cuerda hacia atrás todo lo posible, lo soltó, y el mazo empezó a mecerse como había estado haciendo hasta entonces el verdadero.

El mazo falso se balanceó atrás y adelante llevado por el impulso, pero luego, poco a poco, perdió fuerza hasta pararse y quedó suspendido sobre el foso, inmóvil. Flint experimentó un instante de pánico. ¡Ahora que había dejado de mecerse, el mazo no se podría alcanzar!

Se tendió en la plataforma y alargó la jupak. No llegaba y, por un momento, al viejo enano lo embargó la desesperación. Entonces recordó que los brazos de Arman eran bastante más largos que los suyos y respiró un poco más tranquilo. De hecho, era bueno que hubiera pasado eso, ya que le proporcionaba una excusa por haber fracasado.

Flint se dirigió a la puerta doble, abrió una de las hojas y se asomó al vestíbulo. Ni rastro de Arman. Sólo estaba el cadáver de Kharas. Los ojos vacíos parecían mirarlo con gesto acusador y a Flint eso no le gustó, de modo que cerró la puerta y fue a sentarse en la plataforma. El Mazo de Kharas se apretaba contra su columna vertebral e irradiaba una calidez por todo su cuerpo que alivió dolores y achaques.

El viejo enano esperó.

* * *

Después de que Flint lo echó sin miramientos de la Cámara Rubí, Tasslehoff pasó unos instantes probando todos los trucos que sabía para abrir puertas, pero fue en vano. Entonces pasó unos segundos lamentándose por la pérdida de su jupak, por la irritabilidad de los enanos y por la injusticia de la vida en general. Después, viendo que las puertas no iban a abrirse, Tas decidió que haría lo que Flint le había dicho: ir a buscar a Arman.

El kender no tuvo que ir muy lejos para encontrarlo. Sólo girar sobre sí mismo y, sorpresa, allí estaba Arman, saliendo de una torre que había a la derecha del kender.

—¡Arman! —lo saludó Tas con alegría.

—Kender —dijo el príncipe enano.

Tas suspiró. No era nada fácil conseguir que Arman le cayera bien.

—¿Dónde está Flint? —demandó.

—Ahí dentro —señaló Tas la puerta—. ¡Hemos hecho un descubrimiento maravilloso! El Mazo de Kharas está en esa cámara.

—¿Y Flint está ahí? —preguntó el enano joven, alarmado.

—Sí, pero...

—¡Quítate de en medio! —Arman pegó un empujón al kender que lo tiró al suelo, despatarrado—. ¡No puede tener el Mazo! ¡Es mío!

Tas se levantó enfurruñado y se frotó un codo en el que se había hecho una magulladura.

—También hay algo más ahí dentro —dijo—. ¡El cadáver de Kharas! —Eso último lo dijo con énfasis—. Kharas está muerto. Del todo. Lleva muerto mucho tiempo, diría yo.

Arman no le estaba prestando atención ni captó la conexión ni, quizá, le importaba haber estado haciendo migas con un Kharas que yacía momificado en el vestíbulo. El enano fue hacia la puerta doble y puso la mano en la manija.

—Está cerrada —empezó a decirle Tas.

Arman la abrió de par en par y entró.

—¿Cómo pueden hacer eso una y otra vez? —se preguntó Tas, frustrado. Corrió hacia la puerta justo cuando Arman Kharas se la cerraba en las narices.

Tasslehoff soltó un gemido quejumbroso, asió la manija y empujó la doble hoja. La puerta no cedió. Se dejó caer pesadamente frente a la puerta, desconsolado y mohíno. Los enanos abrían puertas al derecho y al revés y a él, un kender, se lo dejaba fuera. Tas juró que a partir de ese momento llevaría encima sus ganzúas siempre, aunque tuviera que guardárselas en los paños menores.

Al cabo de unos segundos cayó en la cuenta de que aunque no pudiera estar presente, al menos podía ver lo que pasaba dentro de la cámara. Corrió hacia el tejado y pegó la nariz al cristal rubí. Allí estaba Arman y allí estaba

Flint, de pie a un lado; también estaba el mazo colgando de la cuerda, aunque había dejado de balancearse. Arman tenía algo en la mano.

—¡Mi jupak! —gritó el kender, indignado. Se puso a aporrear los cristales—. ¡Eh! ¡Deja eso!

—No creo que te oiga —dijo Kharas.

Los kenders no son dados a sentir miedo, así que no hay que achacar al miedo el hecho de que Tasslehoff saltara varios palmos en el aire. Debió de ser porque tenía ganas de saltar. Dio unos cuantos brincos más para dejarlo bien claro.

Después se volvió para enfrentarse al enano de barba y cabello canos y hombros cargados. El kender alzó el índice en un gesto de reproche.

—Lo siento si hiero tus sentimientos al decir esto, pero no creo que seas Kharas. Él está muerto en ese vestíbulo. Vi el cadáver. Lo mató la picadura de un escorpión y por experiencia sé que una persona no puede estar viva aquí y muerta ahí al mismo tiempo.

—A lo mejor soy el fantasma de Kharas —sugirió el enano.

—Es lo que creí yo al principio —contestó el kender, a la vez que le daba golpecitos con el dedo en el brazo—, pero los fantasmas son incorpóreos y a ti no te falta corporeidad.

Se sintió bastante orgulloso de esas palabras tan complejas. Estaban a la altura de «Ramificación» y «Especulación».

Eso le dio una idea. ¡Sus espejuelos! Las lentes rubí le habían permitido leer escritura que él desconocía y ver a través de una pared que no existía aunque lo pareciera. A lo mejor le revelaban la verdad sobre el misterioso enano.

—¡Eh! ¡Mira detrás de ti! ¿Qué es eso? —gritó al tiempo que señalaba por encima del hombro del enano. Éste se giró para mirar.

Tas sacó los anteojos, se los puso en la nariz y atisbo a través de los cristales rojos.

Se quedó tan sorprendido por lo que vio que olvidó quitárselos. Se quedó petrificado, con el cuerpo laxo y la mente aturdida por el pasmo.

—Eres... —balbució débilmente—. Eres... —Tragó saliva con esfuerzo y por fin consiguió pronunciar la palabra—. Dragón.

El dragón era un dragón enorme, el más grande que Tasslehoff había visto en su vida, más grande que el horrible Dragón Rojo de Pax Tharkas. Este dragón era también el más hermoso. Las escamas brillaban como oro al sol. Mantenía erguida la cabeza con gesto orgulloso, su cuerpo era poderoso y, sin embargo, se movía con estudiada gracilidad. No parecía ser un dragón feroz, de esos que consideraban a un kender un apetitoso bocado de media mañana. No obstante, Tas tenía la impresión de que ese dragón podía mostrarse muy fiero cuando quisiera serlo. En ese momento el dragón sólo parecía estar preocupado y molesto.

—Ah —dijo, fija la mirada en los espejuelos rubí colocados en la nariz del kender—. Me preguntaba dónde los habría puesto.

—Los encontré —repuso de inmediato Tas—. Creo que debiste dejarlos caer. ¿Vas a matarme?

Tas no estaba realmente asustado. Sólo necesitaba que se le informara de lo que iba a pasarle. Aunque no quería que el dragón lo matara, si iba a pasar entonces no quería perderselo.

—Debería matarte, ¿sabes? —dijo el Dragón Dorado con voz severa—. Has visto lo que no debías. Supongo que esto traerá cola y seguramente tendrá graves consecuencias. —La expresión del dragón se endureció.

»Con todo, me importa poco. La reina Takhisis y sus viles lacayos han vuelto al mundo, ¿no es cierto?

—¿Quieres decir que tú no eres un «vil lacayo»? —preguntó Tas.

—Eso puedes jurarlo —contestó el dragón con un atisbo de sonrisa en los sabios y brillantes ojos.

—Entonces te contestaré. —Tas se sentía aliviado—. Sí, la Reina Oscura ha vuelto y está causando un montón de problemas. Ha echado a los pobres elfos de su maravillosa tierra y ha matado a un montón. Y ella y sus dragones mataron a la familia de Goldmoon y a todo su pueblo, incluso a los niños. Eso sí que fue realmente triste. —Al kender se le llenaron los ojos de lágrimas—. Y hay criaturas a las que llaman draconianos que parecen dragones, sólo que no lo son porque andan a dos patas, erguidos como la gente, pero tienen alas, colas y escamas como los dragones y son malos de verdad. Hay Dragones Rojos que escupen fuego a la gente y la

queman y Dragones Negros que abrasan la carne hasta que se desprende de los huesos y no sé de cuántas clases más.

—Pero no dragones como yo —dijo el reptil—. No has visto Dragones Dorados ni Plateados...

Tasslehoff experimentó una extraña sensación. Había visto Dragones Dorados y Plateados en alguna parte, pero no se acordaba dónde. Tenía algo que ver con un tapiz y con Fizban... Parecía a punto de recordarlo, pero al instante se esfumó, hizo «puf» como las esporas del bejín al pisarlo.

—Lo siento, pero nunca he visto a ninguno como tú. —La expresión de Tas se animó—. Pero vi un mamut lanudo una vez. ¿Te gustaría que te contara lo que pasó?

—Quizás en otro momento —se disculpó el dragón con cortesía. Parecía aún más preocupado que antes y tenía un gesto muy severo.

—Soy Tasslehoff Burrfoot, por cierto —se presentó el kender.

—Yo me llamo Lucero de la Tarde —dijo el dragón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Tas con curiosidad.

—Soy el guardián del Mazo de Kharas. Lo he guardado a salvo hasta que los dioses vuelvan y un héroe enano con honor y rectitud venga a reclamarlo. Ahora mi cometido se cumplió y mi castigo ha acabado. No pueden retenerme más aquí.

—Hablas como si esto fuera una prisión —dijo Tas.

—Lo ha sido —repuso seriamente Lucero de la Tarde.

—Pero —Tas abrió los brazos y alzó los ojos al vasto cielo azul— ¡podrías volar donde quisieras!

—Estaba atado a mi promesa, una promesa que he guardado durante trescientos años. Ahora soy libre de partir.

—Podrías luchar con nosotros —sugirió Tas, anhelante—. ¡Caray, apuesto a que podrías hacer un nudo a uno de esos Dragones Rojos y obligarlo a tragarse la cola!

Lucero de la Tarde sonrió.

—Ojalá pudiera ayudaros, amiguito. Nada me gustaría más, pero no puedo. Los dragones hicimos un juramento y, aunque me oponía y aconsejé no prestarlo, no lo quebrantaré. No obstante, aunque no pueda combatir a

vuestro lado, haré cuanto pueda por ayudarlos. Esas criaturas, esos draconianos que me has descrito, me preocupan muchísimo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Obligarlos a tragarse la cola?

—Eso echaría a perder mi sorpresa. Adiós, Tasslehoff Burrfoot —se despidió Lucero de la Tarde—. Te pediría que guardaras mi secreto, pues el mundo todavía no puede saber que mi raza existe, pero entiendo que los secretos pueden ser un gran peso para alguien con un corazón tan ligero y tan alegre. Por ello, es un peso con el que no te cargaré.

Tas no lo entendía. Le costaba trabajo oír. Luchaba contra un nudo en la garganta que no se le pasaba aunque tragara. El dragón era tan bello, tan maravilloso y parecía tan triste que Tasslehoff se quitó los anteojos rubí y se los tendió posados en la palma de su pequeña mano.

—Creo que son tuyos.

El dragón acercó una enorme garra, una garra que habría podido envolver completamente al kender, y enganchó los anteojos con un toquecito.

—Oh, antes de que se me olvide —dijo Tas mientras veía con tristeza cómo los anteojos desaparecían en la garra del dragón—. ¿Cómo salimos de la tumba? No es que no me divierta estar aquí —se apresuró a añadir por si su comentario ofendía al dragón—, pero dejamos solos a Tanis y a Caramon y a los otros, y tienen la mala costumbre de meterse en problemas si no estoy para impedirlo.

—Oh, sí, entiendo —contestó Lucero de la Tarde seriamente.

El dragón dibujó una gran runa en las baldosas del suelo, la sopló y la runa empezó a brillar con una fulgente luz dorada.

—Cuando estéis listos para partir, pisad en esta runa y os conducirá al Templo de las Estrellas, donde los thanes enanos se han reunido a esperar el regreso del Mazo.

—Gracias, Lucero de la Tarde —dijo Tas—. ¿Volveremos a vernos?

—¿Quién sabe? Los dioses tienen el destino de todos nosotros en sus manos.

El cuerpo de Lucero de la Tarde empezó a brillar con la misma luz dorada. El fulgor perdió intensidad, se volvió tenue y, por último,

desapareció en una bruma radiante. Tas tuvo que parpadear varias veces y resoplar mucho para quitarse el picorcillo que tenía en la nariz y en los ojos. Todavía no veía muy bien cuando sintió unos golpecitos en el hombro.

Ante él había un enano de barba blanca y cargado de hombros. El enano sostenía en la mano unos anteojos con cristales de color rubí.

—Toma —dijo el enano—, los dejaste caer. ¡Y ten cuidado de no perderlos! Anteojos como éstos no crecen en los árboles, ¿sabes?

Tas empezó a decir que los conservaría siempre como un tesoro, pero no habló porque el enano no estaba para decírselo. No se lo veía por ninguna parte.

—En fin —suspiró Tas, recobrando el ánimo—. ¡He recuperado los anteojos! Tendré muchísimo cuidado con ellos. Muchísimo.

Se los guardó en el bolsillo, bien seguros y a salvo, tras lo cual volvió a pegar la nariz en el tejado de cristal.

Flint y Arman no estaban y tampoco el Mazo. Tas se preguntaba qué habría pasado y empezaba a plantearse seriamente romper el cristal para meterse en la cámara y enterarse, cuando la puerta doble se abrió de par en par. Arman salió a la luz del sol.

—¡Tengo el Mazo de Kharas! —proclamó su triunfo. Se sentía tan complacido consigo mismo que hasta le sonrió a Tas—. ¡Mira, kender! Tengo el sagrado Mazo.

—Me alegro por ti —dijo Tas, educado; y en cierto modo era verdad. Arman parecía sentirse muy orgulloso y feliz. Se alegraba por Arman, pero le daba pena Flint, que salió detrás del enano joven. Flint parecía cabizbajo, aunque no deprimido ni desilusionado, como Tas había temido.

—Lo siento, Flint —dijo Tas, que posó la mano en el hombro del enano en un gesto de ánimo, una mano que Flint se quitó de encima en seguida—. Creo que tendrías que haber sido tú el que hubiera cogido el Mazo. Ah, por cierto, ¿puedes devolverme mi jupak?

Flint se la tendió.

—Los dioses lo decidieron así —dijo.

Tas no acababa de entender qué tenían que ver los dioses con encontrar el Mazo, pero no le gustaba discutir con Flint cuando pasaba por un mal

momento, así que cambió de tema.

—¡Vi un mamut lanudo de color dorado, Flint! Me enseñó la salida.

Flint le asestó una mirada fulminante.

—Basta ya de mamuts lanudos. Ahora no. Ni nunca.

—¿Qué? —Tas estaba confuso—. No dije nada de un mamut lanudo. No hay ningún mamut lanudo de color dorado. Me encontré con un... mamut lanudo dorado.

Tasslehoff se tapó la boca con la mano.

—¿Por qué digo eso? No vi ningún mamut lanudo. Vi un... mamut lanudo dorado.

Por mucho que lo intentó, no consiguió decir la palabra... mamut lanudo.

Tas soltó un profundo suspiro. Con lo mucho que había deseado poderles contar a Flint, a Tanis y a los demás que él, Tasslehoff Burrfoot, había hablado con un... mamut lanudo dorado, y ahora no podía. Su cerebro sabía lo que quería decir. Era la lengua la que no dejaba de confundir las cosas.

Flint se apartó de él, irritado. Arman Kharas recorría las almenas con el mazo en alto y gritándole al mundo que él, Arman Kharas, lo había descubierto. Tas fue en pos de Flint.

—Encontré la salida —dijo—. Me encontré con... eh... alguien que me la enseñó. Lo único que tenemos que hacer es pisar esa runa dorada que hay allí y nos conducirá a... no sé qué sitio. Lo he olvidado. —Señaló la runa dorada que resplandecía en las losas del suelo.

»¡Ah, sí! El Templo de las Estrellas. Tu padre se encuentra allí, esperando el retorno del Mazo —le dijo a Arman.

La expresión de Flint era una mezcla de estupefacción e incredulidad. La de Arman estaba entre la tentación de darle crédito y la desconfianza.

—¿De dónde ha salido esa runa? —demandó.

—Ya te lo he dicho. Me encontré con alguien, el guardián de la tumba. Era un... —Tas trató con todas sus fuerzas de decirlo. Tenía la palabra «dragón» en la garganta, pero sabía perfectamente bien que al querer

pronunciarla le saldría «mamut lanudo», de modo que se la tragó—. Me encontré con Kharas. Él me enseñó la runa.

El semblante de Arman se ensombreció, al igual que el de Flint.

—Kharas está muerto —dijo Arman—. Le rendí homenaje a su espíritu. Volveré cuando pueda y me encargaré de que sea enterrado con los honores debidos. No sé quién o qué sería esa aparición, pero...

—Era su espíritu errante y sin reposo —lo atajó Tas, que ahora se divertía—, condenado a vagar por la tumba de su rey, atormentado, doliente y retorciéndose las manos, sin poder marcharse hasta que apareciera un verdadero héroe enano que lo liberara. Ese héroe eres tú —le dijo a Arman—. El espíritu de Kharas es libre ahora. Se marchó dándome su bendición, ascendió en el aire como una burbuja de jabón y luego, «¡puf!», desapareció.

Flint sabía que el kender estaba mintiendo como un bellaco, pero no osó decir ni pío porque Arman escuchaba la descabellada explicación del kender con reverente atención.

—¿De dónde salió realmente esta runa? —inquirió Flint en un ronco susurro y añadió, indignado:— ¡Ningún enano hace «¡puf!» y desaparece!

—Te contaría la verdad, Flint —contestó Tas con un suspiro—, pero me es imposible. La lengua no me deja.

Flint lo fulminó con la mirada.

—¿Y esperas que me plante encima de una runa desconocida y que me traslade mágicamente Reorx sabe dónde?

—Al Templo de las Estrellas, donde esperan el retorno del Mazo.

—¡Daos prisa! —llamó Arman, impaciente—. Éste es mi momento de gloria.

—Tengo la sensación de que voy a lamentar esto —masculló Flint, pero echó a andar y se situó al lado de Arman, sobre la runa dorada.

Tasslehoff se les unió. Era el guardián de un secreto maravilloso, uno de los secretos más grandes del último par de centurias, un secreto que asombraría y sorprendería a todo el mundo... Y no se lo podía contar a nadie. La vida era muy injusta.

La runa empezó a brillar. La mano de Tas fue hacia el bolsillo y se cerró sobre los anteojos rubí y sintió que algo le hacía cosquillas en los dedos. Sacó los anteojos. El fulgor de la runa se hizo de un intenso color dorado; entonces la neblina rojiza se cerró alrededor de ellos y Tas ya no vio la tumba. Sólo vio a Flint, Arman y una pluma blanca de gallina. Entonces Tas lo entendió.

Esperanza. Ése era el secreto y era un secreto que podría compartir. Aun cuando no pudiera decir a nadie que existían los... mamuts lanudos dorados.

* * *

Cuando se corrió la voz por el reino enano de que las puertas que conducían al Valle de los Thanes se habían cerrado y no se podían abrir, los enanos de Thorbardin por fin creyeron que un acontecimiento trascendental estaba a punto de acaecer. La Calzada Octava se reabrió y los enanos se trasladaron en los vagones o a pie para montar guardia ante las puertas.

El día casi llegaba a su fin cuando las grandes hojas de bronce se abrieron. Un enano apareció; era anciano, con el largo cabello blanco y la lengua barba nívea. No era Arman Kharas ni era el enano neidar, así que los enanos agrupados a las puertas lo observaron con suspicacia.

El enano anciano se paró frente a ellos. Alzó las manos pidiendo silencio y el silencio se hizo.

—El Mazo de Kharas se ha hallado —anunció el anciano—. Lo llevan al Templo de las Estrellas para dedicárselo a Reorx, que ha regresado y ahora camina entre nosotros.

Los enanos lo miraron con desconfianza y con sorpresa. Algunos sacudieron la cabeza. El anciano alzó la voz y habló en tono severo:

—El Mazo pendía suspendido de un fino trozo de cuerda. Se balanceaba atrás y adelante contando los minutos de nuestras vidas. La cuerda se ha cortado y el Mazo se ha soltado. Sois vosotros, enanos de los clanes de Thorbardin, los que ahora colgáis suspendidos de esa frágil cuerda de salvamento y os mecéis entre la oscuridad y la luz. Se os ofrece una oportunidad. Quiera Reorx que elijáis bien.

El extraño enano se volvió hacia las grandes puertas de bronce. Algunos de los enanos más osados lo siguieron al Valle de los Thanes con la esperanza de poder hablar con él, hacerle preguntas, demandar respuestas. Pero nada más cruzar las puertas, los enanos quedaron momentáneamente cegados por la luz del sol que brillaba al otro lado y perdieron de vista al enano en aquel fulgor.

Fue entonces cuando vieron el milagro.

La Tumba de Duncan ya no flotaba entre las nubes, sino que se alzaba en el lugar donde se había construido trescientos años antes. El sol brillaba en las blancas torres y resplandecía en una torrecilla construida de cristales de color rubí. El lago había desaparecido, como si nunca hubiese existido.

Los enanos supieron entonces la identidad del extraño enano que se les había aparecido y se quitaron los yelmos e hincaron la rodilla para alzar sus preces a Reorx para pedirle su perdón y su bendición.

La estatua de Grallen montaba guardia ante la tumba, dentro de la cual encontrarían la última morada del rey Duncan y los restos del héroe, Kharas. Un yelmo de piedra cubría la cabeza de piedra de la estatua y una expresión de paz infinita se reflejaba en el pétreo semblante.

41

El Templo de las Estrellas

El Mazo retorna

Los muertos caminan

Tanis y sus compañeros estaban con Riverwind y con Gilthanas en la Casa de Salud cuando Hornfel les llevó la noticia de que se había hallado el Mazo.

Riverwind y Gilthanas estaban conscientes ya y se sentían un poco mejor. Raistlin había estudiado las artes curativas en su adolescencia y, como no se fiaba mucho de los médicos enanos, les examinó las heridas y comprobó que ninguna era grave. Les aconsejó a los dos que guardaran cama y que no se tomaran ninguna de las pociones que los sanadores enanos querían darles.

—Bebed sólo este agua —los previno Raistlin—. Caramon en persona la sacó del pozo y puedo garantizar su pureza.

Hornfel estaba impaciente por ir al Templo de las Estrellas, pero tuvo la atención —y quizá se sentía culpable— de perder unos minutos en interesarse por la salud de los cautivos y en ofrecer sus disculpas por el trato brutal que habían sufrido. Apostó a miembros de su propio personal junto a los lechos con órdenes de guardar al humano y al elfo con el mismo

cuidado con el que lo guardarían a él. Sólo entonces Tanis se sintió tranquilo de dejar solos a sus amigos.

—¿Crees que Flint ha encontrado realmente el Mazo de Kharas? —le preguntó Gilthanas.

—Ya no sé qué pensar —contestó Tanis—. Ya no sé qué esperar, si que haya encontrado el Mazo o que no lo haya encontrado. Tengo la impresión de que el hallazgo de ese objeto ocasionará más problemas que los que pueda resolver.

—Caminas en tinieblas, semielfo. Mira hacia la luz —intervino Riverwind en voz queda.

—Lo he intentado —musitó Tanis—. Me hace daño en los ojos.

Dejó a sus amigos, no sin cierta aprensión, pero no podía estar en dos sitios al mismo tiempo, y los otros y él tenían que estar presentes en el Templo de las Estrellas para ser testigos del regreso de Flint y quizá defenderlo. Si había encontrado el Mazo de Kharas, habría muchos que intentarían arrebatarlo.

El Templo de las Estrellas era el lugar más sagrado de todo Thorbardin —que para los enanos era como decir del mundo entero— porque se creía que en ese templo se encontraba el pozo que conducía a la ciudad en la que moraba Reorx.

El pozo era una formación natural descubierta durante la construcción de Thorbardin. Nadie sabía con exactitud qué profundidad tenía ni hasta dónde llegaba bajo tierra. Las piedras que se arrojaban por él nunca llegaban al fondo. Al imaginar que simplemente no alcanzaban a oírlos llegar, los enanos había tirado al foso un yunque, convencidos de que cuando tocara fondo oírían el atronador golpe.

Los enanos escucharon atentos. Escucharon durante horas. Escucharon durante días. Pasaron semanas, a las que siguieron meses y siguieron sin oír nada. Fue entonces cuando los clérigos enanos decretaron que el pozo era un lugar sagrado porque, obviamente, conectaba el mundo físico con el reino de Reorx. También se decía que si uno tenía suficiente valor para mirar directamente al agujero, se podían ver las luces de la espléndida ciudad de Reorx, que resplandecían como estrellas allá abajo. Los enanos

construyeron un magnífico templo alrededor del pozo y lo llamaron Templo de las Estrellas.

Una plataforma se extendía más allá del borde del pozo y en ella fue donde los enanos situaron un altar dedicado a Reorx. Alrededor del agujero construyeron un muro a la altura de la cintura, a pesar de que a ningún enano se le pasaría siquiera por la cabeza cometer el sacrilegio de trepar por él o saltar a él. Los clérigos enanos celebraban los más sagrados rituales allí, incluidas las ceremonias del matrimonio y de poner nombre. Allí era donde se coronaba a los reyes.

Los enanos sentían una gran veneración por el templo y desde el principio habían ido allí para ofrecer sus humildes plegarias a Reorx, para pedirle su bendición y para alabarlo. Pero, a medida que el tiempo transcurría y el poderío de Thorbardin aumentaba, también crecía la opinión que los enanos tenían de sí mismos. ¿Por qué iban ellos, poderosos e importantes, a suplicar a un dios? Comenzaron a exigir, en lugar de pedir, y a menudo ponían por escrito sus demandas en piedras que luego arrojaban al pozo. Algunos clérigos enanos consideraron tal práctica reprensible y alzaron sus voces contra ella. Los enanos se negaron a hacerles caso, y así fue que a Reorx le llovieron piedras con demandas para conceder a su pueblo de todo, desde riqueza a eterna juventud, pasando por un suministro constante de aguardiente enano.

Al parecer Reorx se hartó de aquello, porque cuando sobrevino el Cataclismo, el techo del templo se desplomó y cegó todas las entradas. Los enanos intentaron quitar los escombros, pero cada vez que movían una roca o una viga, otras se venían abajo y, al final, se dieron por vencidos.

Fue Duncan, el Rey Supremo, quien reabrió el templo. Confiaba en encontrar a Reorx al hacer eso y desarrolló un plan para abrirse paso en los escombros utilizando los gusanos urkhan. Sus detractores argumentaron que los gusanos no se detendrían una vez despejados los accesos y que seguirían triturando piedras a través de las paredes del templo, cosa que en efecto hicieron los gusanos en algunos sitios antes de que los vaqueros urkhan pudieran frenarlos. Sin embargo, los desperfectos se repararon con facilidad y los enanos pudieron entrar de nuevo en el templo.

El rey Duncan no encontró allí a Reorx, como había confiado en que ocurriría. Cuenta la leyenda que el monarca se tumbó boca abajo al borde del pozo y se asomó al vacío con la esperanza de divisar las legendarias estrellas, pero lo único que vio fue oscuridad. Con todo, siguió sosteniendo que el templo era un lugar sagrado y que el recuerdo del dios perduraba allí aunque el propio dios se hubiese marchado. Prohibió arrojar piedras al pozo y, una vez más, se celebraron ceremonias y actos importantes en el Templo de las Estrellas. De ahí que se considerara el lugar más adecuado para que los thanes presenciara la recuperación del Mazo de Kharas. Hornfel rogó para que eso ocurriera pronto, pues el reino bajo la montaña estaba sumido en el caos.

Se había corrido la voz rápidamente sobre el monstruoso hombre-dragón alado por todos los territorios de los clanes, noticia que había causado sensación. De natural lacónico, los enanos no eran dados a propagar rumores. No adornaban las historias ni exageraban los hechos, cosa más propia de humanos. Un enano al que se pillaba hinchando una noticia no era digno de confianza. Un único draconiano saltando del elevador en una comunidad humana habría terminado siendo seiscientos dragones escupiendo fuego e invadiendo el reino. Los enanos que habían visto saltar al draconiano del Árbol de la Vida y planear sobre el lago relataron el sorprendente acontecimiento a sus vecinos y familiares y lo hicieron de manera precisa.

Ninguno de los enanos sabía qué pensar de la criatura, excepto que sin duda era de naturaleza maligna, y cada cual tenía su propia opinión de lo que era y cómo había llegado a Thorbardin. Todos coincidían en una cosa: ningún monstruo así se había visto en Thorbardin mientras las puertas habían estado cerradas. Eso era lo que pasaba al abrir las puertas al mundo de la superficie. A Tanis y a los otros «Altos» se los miraba ahora incluso con más desconfianza que antes.

Cientos de enanos empezaban a congregarse en la Calzada Novena para llegar hasta el Templo de las Estrellas. Ya había habido varias peleas a puñetazos, y Hornfel temía que pasaran cosas peores. Estallarían disturbios y los enanos saldrían heridos si se les permitía apiñarse en el templo y los

alrededores. Elthane hylar decidió cerrar el templo al público. Sólo los thanes y sus guardias estarían allí para presenciar el retorno del Mazo.

Habiendo visto él mismo al draconiano, Hornfel llegó a creer que Tanis había dicho la verdad, que los theiwars habían traicionado a Thorbardin entregándolo a las fuerzas de la Reina de la Oscuridad. Elthane hylar temía que Realgar, consciente de que su perfidia había sido descubierta, elegiría ese momento para atacar. El ejército theiwar, poco más que una turba armada, no le preocupaba, pues sus tropas estaban bien entrenadas y eran disciplinadas. Pero el semielfo le había advertido que un ejército de esos draconianos podría estar preparado para invadirlos. Si tal cosa ocurría, seguramente atacarían el templo en primer lugar en un intento de apoderarse del Mazo. Hornfel quería que tropas armadas rodearan el edificio, no una muchedumbre incontrolable.

A Hornfel también le preocupaban los daergars. Si Ranees se aliaba con Realgar y los respaldaban las fuerzas de la oscuridad, Hornfel dudaba de que ni siquiera el Mazo de Kharas pudiera salvar a su pueblo.

Elthane de los hylars era un enano valeroso y noble cuya valía se había puesto a prueba en esas horas tenebrosas. Hornfel admitía sin excusas que se había dejado engañar por las mentiras de Realgar y que había juzgado mal a Tanis y a los demás.

—He vivido demasiado tiempo encerrado en la montaña —dijo tristemente Hornfel—. Necesito volver a ver la luz del sol, a respirar aire fresco.

—Lo que necesitas es buscar a Reorx —aconsejó Sturm—. Y no lo encontrarás en el fondo de un pozo.

Hornfel se quedó pensativo. Como la mayoría de los enanos, había jurado por Reorx en muchas ocasiones, pero nunca le había rezado y no sabía muy bien qué decir. Le habían contado lo que había dicho el extraño enano que había aparecido en las puertas que daban al Valle de los Thanes sobre que la suerte de Thorbardin pendía de una fina cuerda. Al final, la plegaria de Hornfel fue sencilla y sincera...

—Reorx, concédeme la sabiduría y la fortaleza para hacer lo que es correcto.

* * *

La luz arrojada por el cristal del Bastón del Mago parecía más tenue de lo habitual y sólo se derramaba sobre Raistlin, sin alumbrar nada más.

—Faltan dos thanes —dijo Sturm—, los del clan theiwar y el clan daergar.

—Que falte Realgar no es una sorpresa —comentó Tanis—, pero empieza a dar la impresión de que los daergars han unido fuerzas con sus oscuros parientes.

Elthane aghar tampoco estaba, pero nadie lo echó en falta.

La tensión aumentó mientras todos esperaban la aparición del Mazo. Los nervios se pusieron tensos. Las conversaciones disminuyeron. Nadie sabía qué iba a pasar, pero la mayoría creía que iba a ser algo malo. La tensión resultó excesiva para elthane de los kiar, que de repente echó la cabeza hacia atrás y soltó un horrible grito, un aullido feral, escalofriante, que retumbó por toda la cámara e hizo que los enanos que montaban guardia desenvainaran las armas. Sturm, Caramon y Tanis llevaron la mano a la espada. El kiar se limitó a gruñir al tiempo que hacía un gesto con la mano para indicar que no lo había hecho por nada en particular, sólo para aflojar la tensión.

—Espero que no vuelva a hacerlo —dijo Caramon mientras encajaba la espada en la vaina.

—Me pregunto por qué tardan tanto —comentó Sturm—. Quizá los han emboscado...

—Ni siquiera sabemos seguro que la noticia sobre el Mazo sea cierta —observó Raistlin—. ¿Quién nos asegura que esto no es una trampa? Tal vez nos han mandado aquí para mantenernos alejados del Mazo.

—Todo esto me gusta tan poco como a vosotros —intervino Tanis—. Estoy abierto a vuestras sugerencias.

—Yo digo que Tanis y yo vayamos al Valle de los Thanes a buscar a Flint —propuso Sturm.

—No, deberíamos ir tú y yo, Sturm —lo corrigió Raistlin.

El caballero vaciló un instante.

—Sí —dijo luego—. Raistlin y yo deberíamos ir.

Tanis estaba tan sorprendido por aquella repentina y extraña alianza que casi se le olvidó lo que iba a decir. Se disponía a sugerir que quizá todos deberían ir al Valle de los Thanes, cuando de repente Tasslehoff apareció, justo delante de él.

El semielfo nunca se había alegrado tanto de ver a alguien. Arriesgándose a perder sus posesiones personales, estrechó al kender con un fuerte abrazo. Los demás recibieron a Tas con actitud cordial y de inmediato lo acribillaron a preguntas.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿Dónde está Flint? ¿Tiene el Mazo de Kharas?

—A través de una runa mágica que hizo un mamut lanudo dorado. Flint está aquí, y no, no tiene el Mazo. Lo tiene Kharas —contestó Tasslehoff a todos de corrido.

Tas señaló a Flint, plantado en la plataforma frente al altar de Reorx. Arman Kharas se hallaba a su lado y sostenía el mazo de bronce sobre la cabeza, en un gesto de triunfo.

—¡Yo, Arman Kharas, he hallado el Mazo de Kharas! —anunció con voz atronadora—. ¡Se lo traigo de vuelta a mi pueblo!

Tanis suspiró. Se alegraba de que el Mazo se hubiera descubierto, pero le preocupaba su viejo amigo.

—Confío en que Flint no se lo esté tomando muy a pecho.

—También a mí me preocupaba eso —abundó Tas—. Pero Flint parece realmente contento. Cualquiera pensaría que fue él quien encontró el Mazo.

Sturm y Raistlin intercambiaron una mirada.

—Alabados sean los dioses... —empezó el caballero, pero su plegaria se cortó de golpe.

Una llamarada ardiente salió del pozo y estalló en medio de ellos. La cegadora luz los dejó sin ver y la atronadora onda expansiva dañó sus sentidos y derribó a muchos al suelo.

Medio cegado y aturdido, Tanis se puso de pie a trompicones mientras se buscaba la espada e intentaba ver qué había pasado. Tenía la vaga

impresión de que algo monstruoso se arrastraba fuera del pozo. Cuando se le aclaró la vista, el semielfo vio que era un hombre —aterrador por la armadura azul y la máscara astada— que se encaramaba con facilidad al borde de la plataforma.

Lord Verminaard. Vivo y bien vivo.

42

Ver es creer Metal verdadero y falso

—¡Verminaard murió! —gritó Sturm con voz enronquecida—. ¡Le atravesé el corazón!

—¡Aquí hay algo raro! —exclamó Raistlin.

—Sí, que al bastardo no hay quien lo mate —dijo Caramon.

—¡No es eso! —susurró Raistlin, que sufrió un ataque de tos. Intentaba desesperadamente hablar, pero tenía los labios manchados de sangre—. La luz... cegadora... un hechizo... —Se dobló por la cintura, casi incapaz de respirar. La tos sacudió el frágil cuerpo del mago, y éste ya no pudo decir nada más.

—¿Dónde está Flint? —preguntó Tanis, preocupado—. ¿Lo veis?

—Tengo el altar delante —contestó Sturm mientras estiraba el cuello—. La última vez que lo vi estaba de pie al lado de Arman.

La cabeza cubierta con el yelmo se giró hacia ellos. Verminaard reparó en su presencia; puede que incluso los hubiese oído hablar. No parecía muy preocupado. Toda su atención estaba volcada en el Mazo de Kharas y en el enano que lo enarbolaba.

Arman Kharas no había sido derribado por la explosión mágica. Tenía plantados los pies en el suelo con una actitud resuelta y firme y ceñía el

Mazo entre las manos con fuerza, haciendo frente al terrible adversario que se erguía ante él, imponente; un adversario que gobernaba los elementos, que manejaba fuego y luz cegadora. Un adversario que había surgido del lugar sagrado que era la morada de Reorx, haciendo escarnio del poder del dios.

—¿Quién osa profanar nuestro sagrado templo? —gritó Arman. El joven enano estaba pálido bajo la larga y negra barba, pero se mostraba resuelto y decidido y le hacía frente a su enemigo sin denotar miedo.

—Verminaard, Señor del Dragón del Ala Roja del ejército de los Dragones. En nombre de Ariakas, emperador de Ansalon, y de Takhisis, Reina de la Oscuridad, he conquistado Qualinesti, Abanasinia y Pax Tharkas. Ahora añado Thorbardin a esa lista. Entrégame el Mazo, inclínate ante mí y proclámame Rey Supremo o muere ahora mismo.

—Deberíamos atacarlo —susurró Sturm—. No puede vencernos a todos.

El Señor del Dragón movió la mano y señaló al caballero. Un rayo de luz salió disparado de la mano de Verminaard y se descargó contra la armadura metálica de Sturm. Los rayos sisearon alrededor del caballero, que se desplomó al suelo y quedó tendido en él, retorciéndose de dolor.

En ningún momento durante el ataque Verminaard había apartado la mirada de Arman, que observaba espantado al caballero derribado, con las manos crispadas y convulsas alrededor del Mazo.

—Has visto mi poder —dijo Verminaard al joven enano—. ¡Tráeme el Mazo o tú serás el siguiente!

Tanis vio que Caramon asía la empuñadura de su espada.

—¡No seas necio, Caramon! —advirtió el semielfo en voz baja—. Ve a ver cómo está Sturm.

El hombretón echó un vistazo a su gemelo. Raistlin se apoyaba en el bastón, desmadejado. La tos lo había debilitado y tenía la mano pegada contra los labios. Sacudió la cabeza y, de mala gana, Caramon soltó su arma, tras lo cual se arrodilló al lado del convulso caballero.

Flint había perdido pie y había caído al suelo por la fuerza de la explosión. Reculó torpemente en la plataforma para situarse detrás de

Arman. El viejo enano sentía algo pegajoso en la cara, probablemente sangre. Hizo caso omiso. Los otros thanes estaban más o menos erguidos, al igual que sus guardias. Entre todos superaban con mucho en número al Señor del Dragón, pero después de ver el daño infligido al caballero nadie se atrevía a atacar a Verminaard.

—Dale el Mazo —ordenó Hornfel a su hijo—. No merece la pena que sacrifiques la vida por él.

—¡El Mazo es mío! —gritó Arman, desafiante—. ¡Soy Kharas!

Se sacudió de encima el terror que parecía haber paralizado a los otros. Blandiendo el Mazo, Arman Kharas saltó hacia el Señor del Dragón.

Mientras el enano se le echaba encima, el Señor del Dragón retrocedió un paso a fin de situarse en mejor posición para rechazar el ataque del enano. El pie se aproximó demasiado al borde, resbaló y casi se cayó, consiguiendo salvarse gracias a tirar la maza de guerra y asirse al altar de granito.

Más o menos en ese momento, Tasslehoff Burrfoot metió la mano en el bolsillo para buscar los anteojos.

Los kenders, a diferencia de los humanos, no dudaban nunca. Verminaard había muerto. Tanis y los otros lo habían matado y, sin embargo, allí estaba ahora, vivo, y eso no tenía sentido para Tas. Raistlin había dicho que había algo raro y si había alguien capaz de notarlo ése era Raistlin. No sería la mejor persona que conocía, pero sí era la más lista.

«*Creo que voy a echar un vistazo*», se dijo el kender para sus adentros.

Metió la mano en el bolsillo y sacó algo que en algún momento pudo haber sido un quinoto. Al no ser de mucha utilidad, lo tiró y después de sacar un hueso de ciruela y un dedal, localizó los anteojos de lentes rubí y sé los puso en la nariz.

Arman Kharas golpeó. El impacto del mazo hizo que Verminaard se soltara del altar. Otro golpe lo lanzó hacia atrás. El Señor del Dragón intentó desesperadamente salvarse, pero perdió el equilibrio y, aullando de terror y de rabia, se precipitó al pozo.

Nadie se movió ni habló. Arman Kharas miraba fijamente el foso, con aturdida incredulidad. Entonces, la certeza de su triunfo lo desbordó. Alzó

los brazos y, gritando alabanzas a Reorx, balanceó el mazo sin caber en sí de gozo. Los thanes y los soldados empezaron a vitorear, locos de alegría.

Caramon ayudó a Sturm a incorporarse; el caballero estaba aturdido y dolorido, pero vivo. El hombretón se unió a los gritos de victoria. Sturm sonrió débilmente.

Raistlin miraba el pozo con fijeza, dura la expresión de sus ojos, que relucían.

—En esto hay algo raro...

—¡Raistlin tiene razón, Tanis! —Tasslehoff asió a su amigo con fuerza—. ¡Ése no era Verminaard!

—¡Ahora no, Tas! —gritó el semielfo al tiempo que intentaba soltarse del kender—. Tengo que ver a Sturm...

—¡Te digo que no era Verminaard! —gritó Tas—. ¡Era un draconiano con la apariencia de Verminaard!

—Tas...

—¡Una ilusión! —exclamó Raistlin—. Ahora encajan las cosas. Verminaard era clérigo, un seguidor de Takhisis. El conjuro que nos cegó y el que derribó a Sturm eran ambos hechizos que sólo un mago sabe cómo hacer.

Los thanes enanos aclamaban a Arman Kharas, que se encontraba en la plataforma con el mazo acunado amorosamente en sus brazos mientras disfrutaba de su momento de gloria.

—¿Un draconiano? —repitió Tanis, que miró hacia atrás, al altar—. ¿Por qué iba a querer suplantar a Verminaard?

—No lo sé, pero esta victoria ha sido demasiado fácil —susurró Raistlin.

—¡Cuidado! —gritó Caramon.

Unas manos con garras asomaban por el pozo y se asían al borde de la plataforma. Un draconiano salió del pozo y se aupó sin esfuerzo a la plataforma. A diferencia de otros draconianos, éste no tenía alas y las escamas eran de un apagado dorado verdoso. Era alto y delgado y vestía ropajes negros decorados con runas y espirales. El draconiano alzó la

cabeza, miró al techo y alzó los brazos como si hiciera una señal. Después avanzó sigilosamente hacia el confiado Arman.

El joven enano estaba de espaldas y no vio venir el peligro. Los thanes sí lo vieron y gritaron, alarmados. Flint hizo algo más. Enarboló su Mazo y corrió hacia el pozo.

—¡Flint, no! —gritó Tanis, que echaba a correr para ayudar a su amigo cuando oyó gritar a Sturm, advirtiéndole.

—¡Tanis! ¡Encima de ti!

El semielfo miró a lo alto y vio draconianos armados que caían sobre ellos saltando por el agujero de la cúpula. Al mismo tiempo, más tropas draconianas entraron por la puerta sur. Un grupo de theiwars, armados hasta los dientes, entraron a la carrera por la puerta este. Sturm, pálido y tembloroso, se había puesto de pie, espada en mano. Caramon se situó cerca del caballero, por si éste flaqueaba. Raistlin movió los labios y la magia crepitó en las puntas de sus dedos. Tasslehoff, lanzando pullas e insultos y dando brincos, agitaba la jupak y les gritaba a los draconianos que fueran a cogerlo.

El caos se apoderó del templo cuando los draconianos, blandiendo las espadas, tocaron el suelo combatiendo ya. Hornfel se llevó el cuerno de carnero a los labios y, a su llamada, soldados hylars entraron en el templo por la puerta norte. Los daewars entraron en tropel por la del oeste y amigos y adversarios se encontraron en el centro en un estruendoso entrechocar de armas. La batalla se libraba alrededor del pozo. El acero chocaba contra acero, los draconianos lanzaban sus gritos de guerra, los furiosos enanos vociferaban los suyos y al tumulto se sumaron los quejidos de los heridos y los moribundos.

Tanis buscó a Flint, desesperado, e intentó localizarlo en aquel caos, pero no lo vio. Entonces Tanis tuvo que olvidar a su amigo y luchar para defender la vida.

Arman Kharas estaba exaltado. Mantenía el mazo en alto y lo sacudía con aire desafiante en las barbas de aquellos que se habían mofado de él a lo largo de años, de los que lo llamaban el loco Kharas, de los que habían

dudado de él. Estaba vindicado, había hallado el Mazo y, con él, había matado al aterrador Señor del Dragón. Arman era un héroe, como siempre había soñado. Lanzó un salvaje grito de gozo. En su embriagadora euforia, no vio al monstruo que trepaba por el pozo con sigilo.

Los thanes vieron el peligro, el padre de Arman lo vio y corrió en ayuda de su hijo, pero en ese momento hombres-dragón llovieron del cielo. Un ejército draconiano irrumpió en el templo por el sur, en tromba, y una multitud de theiwars enloquecidos penetraron por el este.

Gracias a Tanis y a sus amigos, los theiwars y los draconianos no pillaron por sorpresa a los thanes, como habían planeado. Los hylars, los daewars y los kiars estaban preparados. Sonaron toques de cuerno y sus ejércitos entraron en el templo en tropel para atacar a sus enemigos. La batalla era feroz, desesperada y violenta. Poco después el templo estaba abarrotado de combatientes que empujaban, forcejeaban, daban empujones y asestaban tajos. El suelo se puso resbaladizo en seguida.

Hornfel, con su hacha de guerra tinta de sangre, estaba anonadado por la ingente cantidad del ejército enemigo; en la confusión, había perdido de vista a su hijo.

* * *

Flint había salido lanzado de la plataforma con la explosión cuando apareció Verminaard y se había quedado horrorizado al verlo, pero poco podía hacer al respecto. El viejo enano estaba casi acabado. Sentía las piernas acalambradas y doloridas, la espalda lo atormentaba y tenía los hombros agarrotados. Y al dolor de las heridas se sumaban el remordimiento y la culpabilidad que lo consumían.

Había engañado a Arman. El príncipe creía que sostenía en las manos un arma sagrada, no sabía que el mazo que blandía sólo era un pedazo de metal encantado por Raistlin.

Cuando Arman cargó contra Verminaard, Flint había intentado detenerlo, pero el joven enano no le había hecho caso. Flint había vuelto la cabeza, incapaz de presenciar la muerte cierta de Arman. Entonces había oído a Verminaard lanzar un grito de rabia y a Arman otro de triunfo.

Flint volvió la cabeza a tiempo de ver al Señor del Dragón caer por el pozo.

Flint resopló y, sin saber que se hacía eco de las palabras de Raistlin, se dijo para sus adentros que allí había algo raro.

Entonces apareció el draconiano, asomándose al borde del pozo.

Flint se había quedado estupefacto, mirándolo de hito en hito. Que él supiera, los draconianos se encontraban a leguas de distancia, muy lejos de Thorbardin. No tenía ni idea de cómo había llegado allí ese draconiano ni qué hacía el monstruo dentro del pozo. La estupefacción fue desplazada rápidamente por la indignación. Los draconianos no tenían derecho a entrar en el hogar ancestral de los enanos. La rabia dio paso a la consternación cuando Flint vio que el monstruo dorado verdoso se aupaba con fácil agilidad a la plataforma, detrás del desprevenido Arman.

El draconiano quería el mazo, Flint lo vio en los ojos de la criatura, clavados en el arma. Gritó una advertencia al tiempo que echaba mano a su arma; en su temor por el joven enano, había olvidado por completo que era él quien blandía el sagrado Mazo.

* * *

Dray-yan se acercaba a su momento de triunfo. La charada había engañado a todos, incluidos sus propios draconianos. Todos habían visto al jactancioso lord Verminaard precipitarse a una muerte ignominiosa. Envuelto en la imagen ilusoria del Señor del Dragón, Dray-yan había simulado caerse de la plataforma; al zambullirse en el pozo, se había asido al borde con las garras y se había quedado colgando allí, a la espera de que Grag y sus fuerzas irrumpieran en el templo. Con el jaleo de la batalla encubriendo sus movimientos, el aurak se deshizo de la imagen ilusoria del Señor del Dragón y se aupó a pulso a la plataforma.

El estúpido enano joven estaba solo allí, de espaldas a él, con el mazo en la mano y gritándole al mundo cómo había matado al Señor del Dragón.

Dray-yan estuvo tentado de usar su poderosa magia para acabar con Arman, pero el aurak debía ser cauto. Si se precipitaba en matarlo, podía ocurrir que el mazo resbalara de las manos del enano y cayera al pozo, perdiéndose para siempre. Quizá la Reina Oscura disfrutara con ese

desenlace, pero a Dray-yan no le convenía. Se veía a sí mismo entrando en el Templo de Neraka para ofrecer el mazo a lord Ariakas.

El aurak tenía la desventaja de no llevar una espada. Por lo general, los auraks desdeñaban el uso de armas y preferían usar su magia en el combate. Sin embargo, tenía un cuchillo sujeto a la pierna con una correa, debajo de la túnica.

El enano vestía una coraza fuerte, pero eso no desanimó a Dray-yan. No era necesario atravesar la armadura para alcanzar un órgano vital. Con un arañazo en el brazo sería suficiente. La hoja del arma estaba untada de veneno, un truco letal que había aprendido de sus parientes kapaks.

Cuchillo en mano, Dray-yan se acercó cauteloso a Arman.

* * *

Flint asió el Mazo de Kharas y lo sacó del correa de un tirón antes de echar a correr hacia el pozo mientras advertía a gritos a Arman que mirara a su espalda. Al tiempo que corría, Flint se dio cuenta de que todos los dolores y achaques habían desaparecido de repente. La fatiga se desvaneció, notó los brazos fuertes y las piernas poderosas. El corazón le latía a un ritmo regular y firme. Estaba rebosante de vida y de energía. Volvía a ser un enano joven, poderoso, invencible.

Por fin Arman Kharas oyó los gritos de advertencia de Flint. El joven enano iba a unirse a los otros en la batalla, pero al volverse vio, estupefacto, que un ser monstruoso se acercaba a él por la espalda.

Flint se hallaba sólo a unos pasos de la plataforma cuando un draconiano baaz aterrizó justo delante de él. El baaz atacó con un barrido de la espada de hoja curva. Flint no tenía tiempo para esas tonterías. Tenía que llegar junto a Arman antes de que el joven se metiera en un serio problema. Blandiendo el Mazo con toda la potencia de su ira, alcanzó al baaz en la cabeza.

El draconiano se desintegró; el cuerpo pasó de ser carne a piedra y de piedra a polvo tan rápidamente que Flint se encontró cubierto del repulsivo polvillo. Luego subió a la plataforma donde Arman y el draconiano estaban trabados en un mortal combate a la par que forcejeaban por el mazo.

El brillo del acero centelleó en la mano del draconiano. Dray-yan intentaba apuñalar a Arman con un cuchillo que sostenía en una mano mientras que con la otra intentaba arrebatárle el mazo. Arman sangraba por unos cortes en el brazo, pero la pesada armadura le protegía el cuerpo y no le preocupaban los débiles golpes de su enemigo.

El joven enano se disponía a alzar el mazo para descargarlo sobre su enemigo cuando un estremecimiento lo sacudió. El semblante se le puso pálido como el de un cadáver y los ojos se le desorbitaron. El brillo de un sudor helado le cubría la frente. El dolor de un millar de hojas afiladas desgarrándole las entrañas lo hizo caer de rodillas.

Dray-yan aferró el mazo con intención de arrancárselo de la mano de un tirón. A pesar de lo débil que se sentía y del dolor que le desgarraba el cuerpo, Arman cerró los dedos con fuerza alrededor del mazo, negándose a soltarlo. Luchó contra el monstruo, pero las fuerzas le estaban fallando. El veneno corría abrasador por sus venas. Ya no sentía las manos ni los pies. Las manos se le quedaron laxas y el mazo resbaló entre sus dedos. Dray-yan se lo arrebató.

Con su premio en la mano, el aurak iba a pasar por encima del cuerpo del enano, retorcido por la agonía. Planeaba huir del templo, pero se encontró con el camino bloqueado.

Flint se había plantado junto a Arman, y hacía frente al draconiano. Señaló con un gesto el mazo que Dray-yan sostenía en las manos.

—Has cogido el que no es —le dijo al aurak con sombría satisfacción.

La mirada desconcertada de Dray-yan fue del mazo que tenía en las manos al Mazo que sostenía el enano. Al punto comprendió que lo habían engañado. El Mazo que sostenía el enano brillaba con una luz colérica, sagrada. Dray-yan ni siquiera era capaz de mirarlo. Si lo hubiera pensado, en seguida se habría dado cuenta de que el mazo que sostenía era una imitación, por él no fluía vida mágica, no lo preservaba magia alguna.

Maldiciendo a los enanos por ser unos pequeños andrajosos farsantes, Dray-yan arrojó al suelo el mazo falso. Alzó las manos y en los dedos centelleó la magia, que lanzó sobre Flint.

—Ayúdame, Reorx —rezó Flint y, blandiendo el verdadero Mazo, golpeó al aurak en el pecho.

Los huesos chascaron y se rompieron. Dray-yan chilló y se desplomó en la plataforma. Faltó poco para que rodara por el borde, pero se las arregló para salvarse con un giro del torso. Flint estaba a punto de acabar con el aurak cuando recordó que los draconianos tenían la facultad de infligir daño aun después de muertos. No tenía ni idea de qué podría hacer aquel extraño draconiano dorado verdoso, porque nunca había visto uno así, de modo que en lugar de golpearlo con el mazo le dio patadas con intención de sacarlo de la plataforma.

Desesperado, Dray-yan asió a Flint por la bota e intentó derribarlo de un tirón con la esperanza de apoderarse del Mazo mientras el enano caía y después arrojarlo al pozo.

Flint se retorció, se giró y pateó al draconiano con desesperación. Podría haber acabado con la criatura con un único golpe del Mazo, pero no se atrevía porque no sabía si el cadáver del aurak explotaría, se desharía en un ácido mortífero o qué pasaría.

Entonces comprendió que tal vez no tenía otra opción. El draconiano se las había arreglado para arrastrarlo cerca del borde del pozo. Si Flint caía, el Mazo caería con él y eso no debía pasar. Para salvar el Mazo iba a tener que matar a ese monstruo, aunque probablemente él también moriría en el proceso.

Flint iba a descargar el golpe definitivo a la cabeza del aurak; pero, antes de que tuviera tiempo de hacerlo, el Mazo giró en su mano y golpeó el brazo derecho del draconiano, a la altura de la muñeca. Se oyó el crujido de huesos, saltó la sangre y la mano de Dray-yan que sujetaba a Flint por el tobillo se quedó floja.

El enano empujó al draconiano, que no dejaba de chillar y de maldecir, y lo arrojó fuera de la plataforma.

Sintiendo que las fuerzas le fallaban, Flint se puso a gatas y miró al oscuro pozo hasta que el monstruo se perdió de vista. Aun entonces, Flint siguió oyendo sus gritos. Los aullidos de Dray-yan continuaron mucho

tiempo y en realidad nunca cesaron. Simplemente, se perdieron en la distancia.

—He fallado... —dijo Arman, que parpadeó débilmente.

Yacía de espaldas en la plataforma. Tenía el semblante lívido y crispado por el dolor. Lo sacudió un estremecimiento y respiró con dificultad.

Flint, con el corazón en un puño, se arrastró hasta él y se puso de rodillas a su lado.

—He fracasado... —repitió Arman en un murmullo—. El Mazo... perdido.

—No, no lo está —dijo Flint—. Has vencido, tu enemigo ha muerto. Lo derrotaste y salvaste el Mazo de Kharas. Toma, te lo demostraré.

Los dos mazos, el uno verdadero y el otro falso, yacían uno junto al otro sobre la plataforma.

Flint recogió uno de ellos y se lo puso en las manos al otro enano. Suavemente, cerró los dedos inertes de Arman sobre el arma. El Mazo irradió una suave y radiante luz que se extendió sobre Arman.

Su cuerpo torturado se relajó y el gesto de dolor se suavizó. Los ojos cobraron nitidez mientras estrechaba contra sí el Mazo.

—Soy un héroe —musitó sin apenas mover los labios—. Arman... Kharas.

Cerró los ojos, inhaló y después exhaló su último aliento.

A Flint se le llenaron los ojos de lágrimas. De repente se sentía muy viejo, muy débil y muy cansado; y se despreciaba. Acarició las manos del joven enano, que incluso en la muerte seguían asiendo el Mazo. Recordó algo que el enano anciano de cabello blanco había dicho en la tumba.

—No eres Arman, el Kharas menor —le susurró Flint al espíritu que partía—. Eres Picazo, hijo de Hornfel, el héroe que salvó el Mazo de Kharas y así será como se te recordará.

Flint tomó el mazo falso. Lo sostuvo un instante, lo suficiente para pedir perdón a los dioses y decir adiós a sus sueños. Luego echó una ojeada en derredor para comprobar si había alguien mirando. Enanos y draconianos se acuchillaban, se apuñalaban, sangraban y morían. Nadie miraba a Flint a excepción de alguien. Tasslehoff lo contemplaba con los ojos muy abiertos.

—En fin —gruñó Flint—. De todos modos, nadie le creerá.

Arrojó el mazo al pozo.

El brillo radiante del Mazo de Kharas que inundó todo el templo envalentonó a los enanos y desmoralizó a sus enemigos. Pero, justo cuando Hornfel empezaba a creer que se alzarían con la victoria, un ejército de enanos fuertemente armados, centenares de ellos, entraron en el templo. Reconoció los emblemas de los daergars en las banderas y casi se dejó ganar por la desesperación, porque los theiwars vitoreaban a los enanos oscuros, sus aliados.

La luz del Mazo no perdió intensidad, sin embargo, y Hornfel contempló estupefacto que los daergars atacaban a los theiwars, segaban los brazos alzados que les daban la bienvenida y pisoteaban los cadáveres theiwars caídos a sus pies.

Hornfel se había separado de su hijo en la confusión de la batalla, pero su corazón rebosaba de orgullo porque sabía que, en alguna parte, Arman y el Mazo de Kharas combatían gloriosamente.

43

El final de un sueño

Mientras combatía contra los enanos, Grag no perdía de vista a Dray-yan. Por lo general, a Grag no había nada que le gustara más que un buen combate, pero en la batalla de ese día no estaba hallando ningún placer. Había disfrutado viendo la representación de Dray-yan y había sonreído de oreja a oreja cuando el supuesto lord Verminaard se había precipitado por el pozo y al oír los siseos y risas de satisfacción de sus soldados, que no conocían el secreto y que creían que habían presenciado realmente el indigno final del detestado humano. Grag había visto salir del pozo a Dray-yan y después se obligó a centrar toda su atención en los enanos. Fue en ese momento cuando el placer del combate empezó a menguar.

La batalla no se desarrollaba como Grag había planeado. Había esperado pillar a los enanos completamente desprevenidos ante el ataque. En cambio fue él el que se llevó una buena sorpresa. Sí, lo habían desenmascarado y se había visto obligado a descubrir que había un «lagarto» dentro de su apestosa montaña; pero un lagarto no era un ejército y los enanos no tendrían que haber imaginado que los iban a atacar. De algún modo, lo habían previsto. Probablemente a través de esos malditos humanos.

Grag se encontró con que a sus tropas y a él los superaban en número por mucho. Había previsto matar a unos pocos guardias enanos, pero ahora se enfrentaba a cuatro ejércitos: hylar, daewar, kiar y daergar. Grag había planeado una rápida ocupación, no tener que luchar contra todos los condenados enanos que había bajo la montaña.

Sus dudosos aliados, los theiwars, demostraron ser unos guerreros aún más ineptos de lo que el bozak había esperado, y no había esperado mucho. En primer lugar, por culpa de la desidia de los theiwars, los kiars habían descubierto pasadizos secretos y habían sellado muchos de ellos con los malditos gusanos masticadores de piedra, con el resultado de dejar atrapados en ellos a algunos de sus mejores soldados. Durante la batalla, los theiwars se ocuparon más de saquear que de combatir; de hecho, abandonaban la lucha para lanzarse como carroñeros sobre los cuerpos de los caídos para apoderarse a tirones de anillos de oro y cadenas de plata. En el instante en el que los theiwars estuvieron cargados de botín, desertaron del campo de batalla y huyeron para esconderse en sus ratoneras.

Mientras luchaba contra los enanos, Grag esperó con impaciencia que Dray-yan se apoderara del condenado martillo de guerra y obligara a los enanos a rendirse. En cierto momento, el aurak tuvo en su poder el mazo, o eso creyó Grag. Apartó los ojos un instante para atravesar la garganta de su adversario y, cuando volvió a mirar, Dray-yan estaba en la plataforma y se debatía contra un único enano que blandía un mazo, un mazo que irradiaba una intensa luz roja. Viendo que el aurak se hallaba en apuros, Grag intentó abrirse paso hasta él, pero se encontró rodeado por todas partes y tuvo que luchar con empeño para salvar la vida. ¡Y lo siguiente que vio fue que el enano con el maldito mazo había empujado a Dray-yan al pozo!

Oyendo los aullidos aterrorizados del aurak, a Grag le vino a la mente la idea de que ahora era el comandante de Pax Tharkas. El Señor del Dragón Verminaard había muerto por fin. Dray-yan también había muerto. Él era el superviviente, y de inmediato vio que podía echar la culpa de aquel malhadado desastre a sus dos superiores.

A diferencia de Dray-yan, el bozak no aspiraba a ser Señor del Dragón, no quería tener nada que ver con asuntos de política. Su única ambición era

ser un buen comandante y ganar batallas para gloria de la Reina Oscura. Se dio cuenta de que aquélla la habían perdido. No había nada vergonzoso en abandonar el campo de batalla, no tenía sentido desperdiciar vidas de buenos soldados en una causa perdida. Grag lanzó una penetrante llamada que resonó por encima del fragor del combate. Sus draconianos la oyeron, supieron lo que significaba y empezaron a replegarse de manera ordenada.

Reunidas sus tropas y manteniéndolas en formación, Grag condujo a los draconianos en sentido inverso al camino hecho para entrar en el templo, por la puerta sur. Unos cuantos enanos valerosos, encabezados por dos guerreros humanos, los persiguieron pero no los alcanzaron. Los draconianos eran capaces de cubrir terreno mucho más de prisa que enanos o humanos. El bozak llevó a sus tropas hacia uno de los pocos túneles secretos que los kiars no habían descubierto. Las dejó allí y él dio un pequeño rodeo para ocuparse de algunos asuntos pendientes relacionados con Realgar. Hecho esto, condujo a las tropas que habían sobrevivido a la batalla hacia túneles más profundos que llevaban a Pax Tharkas. Una vez que se encontraron todos dentro, Grag ordenó que se cegaran los túneles a sus espaldas. Después de elevar preces a Takhisis y de sanar sus heridas, los draconianos emprendieron el largo camino de vuelta a Pax Tharkas.

Grag volvería algún día a Thorbardin.

Algún día, cuando su soberana hubiese triunfado.

* * *

La batalla del templo acabó casi tan de prisa como había empezado. Al ver que los draconianos se retiraban, los theiwars —que de todos modos no tenían agallas para la lucha— huyeron o se entregaron. Resultó que Realgar no estaba entre éstos. Había dirigido el combate desde la retaguardia y, cuando el cariz que estaba tomando la batalla presagió la derrota, elthane desapareció.

Una vez que la seguridad del templo quedó garantizada, la lucha acabó y se retiró a los prisioneros. Hornfel mandó soldados con orden de registrar cada grieta, agujero y fisura de Thorbardin hasta que se diera con Realgar.

Hornfel lo quería vivo porque se proponía llevarlo ante el Consejo para que respondiera de sus crímenes. Y en todo momento, mientras impartía órdenes, Hornfel no dejaba de preguntar si alguien sabía el paradero de su hijo. Nadie había visto a Arman ni sabía qué había sido de él. Todos sabían que la luz del Mazo había brillado sin perder intensidad durante toda la batalla, alentando los corazones y prestando fuerzas a las manos enanas.

Hornfel pensaba complacido en un banquete de celebración por la victoria con su hijo cuando se volvió y se encontró con el neidar, Flint Fireforge, parado respetuosamente a su lado, en silencio. Una ojeada a la congoja reflejada en el envejecido rostro bastó para que el dolor estrujara el corazón del thane hylar.

Se cubrió los ojos con las manos un instante y después, irguiendo la cabeza, habló en voz queda:

—Llévame hasta mi hijo.

Flint condujo al thane al altar de Reorx. Arman yacía en la plataforma, con las manos ceñidas sobre el Mazo y los ojos cerrados.

Los compañeros estaban agrupados cerca. Tanis tenía un corte irregular en el brazo. Sturm tenía otro sobre un ojo y todavía no se había recuperado de los efectos del estallido mágico. Caramon se había roto una mano al asestar un puñetazo en la mandíbula a un draconiano. En apariencia Raistlin no estaba herido, aunque nadie habría podido asegurarlo ya que el mago se negaba a responder preguntas y mantenía la capucha bien echada, de forma que casi le cubría la cara. Tasslehoff tenía la camisa rota y la nariz ensangrentada. La sangre se mezclaba con las lágrimas del kender, que contemplaba el cadáver del joven enano.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Hornfel, transido de pena—. No lo vi con todo ese caos.

—Tu hijo vivió como un héroe y murió como un héroe —contestó Flint con sencillez—. Un draconiano que se había escondido en el pozo lo atacó e intentó arrebatarse el sagrado Mazo. El draconiano lo apuñaló con un cuchillo envenenado. Aun sabiendo que se estaba muriendo, tu hijo siguió luchando y acabó con el draconiano, arrojando el cadáver al pozo.

Tasslehoff miró a Flint boquiabierto, sorprendido por la mentira. El kender se disponía a contar la verdad de lo que había sucedido, pero Flint le asestó una mirada tan severa y penetrante que Tas no tuvo que cerrar la boca porque ésta lo hizo por sí misma.

El cuerpo de Arman Kharas permaneció en la capilla ardiente en el Árbol de la Vida durante tres días. Al cuarto, Hornfel y los thanes de los clanes enanos de Thorbardin, así como Flint Fireforge, su pariente neidar, llevaron a Arman Kharas a su última morada. Se puso su cuerpo en un sarcófago, cerca del que guardaba los restos de su héroe, Kharas, y ambos fueron conducidos a la tumba del rey Duncan, en el Valle de los Thanes. La inscripción en la estela de la tumba del joven enano la cinceló Flint Fireforge, y rezaba:

[[
Héroe de la Batalla del Templo,
recobró el Mazo de Kharas
y mató al perverso Señor del Dragón Verminaard.
Todo honor a su nombre,
Picazo, hijo de Hornfel
]]

Se dispuso de otro cadáver más o menos al mismo tiempo, si bien con mucha menos ceremonia. Se encontró asesinado a Realgar, degollado de oreja a oreja. Las huellas de pies con garras, descubiertas cerca del cadáver, fueron la única pista sobre la identidad de su asesino.

Hornfel estuvo de acuerdo en cumplir la apuesta hecha por Realgar, si bien elthane hylar añadió que daría la bienvenida a los refugiados al cobijo seguro de Thorbardin aunque no se hubiese hecho una apuesta. Tanis y los demás eran libres de marcharse de Thorbardin para transmitir la buena nueva a los refugiados y guiarlos hasta la Puerta Sur, que estaría abierta para recibirlos.

—Abierta para ellos y para el mundo -prometió Hornfel.

La noche siguiente a la batalla, Flint se mostraba más sombrío y hosco de lo que era habitual en él. Se mantuvo aparte de los demás y se negó a

responder ninguna pregunta con la disculpa de que estaba agotado, y les dijo a todos que lo dejaran en paz. No quiso cenar nada y se fue derecho a la cama.

Raistlin también parecía de mal humor. Retiró el plato con la cena argumentando que la comida le revolvía el estómago. Sturm intentó comer pero al final soltó la cuchara y se sentó con la cabeza apoyada en las manos, oculta la cara. Sólo Caramon gozaba de buen humor y, tras asegurarse de que no había hongos en el guiso, no sólo engulló lo que había en su plato, sino que acabó con la cena de su hermano y la de Sturm.

También Tasslehoff estaba desanimado. Aunque se había reunido con sus saquillos, ni siquiera se preocupó de revisarlos y colocar las cosas. Se quedó sentado en una silla y dio patadas a los travesaños mientras jugueteaba con algo que tenía en el bolsillo. Tanis se acercó a él y le dio unos toquitos en el hombro.

—Me gustaría tener una charla contigo.

—Sí, lo suponía —contestó el kender con un suspiro.

—Salgamos fuera para no molestar a Flint —propuso el semielfo.

Arrastrando los pies, Tas siguió a Tanis fuera de la posada. Cuando Tanis cerraba la puerta al salir, vio que Sturm y Raistlin se levantaban de la mesa y se dirigían al lecho del enano.

Tanis se volvió hacia el kender para mirarlo a la cara.

—Cuéntame lo que ocurrió en la Tumba de Duncan. Lo que pasó realmente —añadió dando énfasis a lo último.

—Si te lo cuento —empezó Tas, que rebulló con inquietud—, Flint se pondrá furioso.

—No le diré ni una palabra —prometió el semielfo—. Nunca lo sabrá.

—Bueno, está bien. —Tas soltó otro suspiro, pero éste fue de alivio—. Esto me quitará un gran peso de encima. ¡No imaginas lo difícil que es guardar secretos! Me encontré con aquel mamut lanudo dorado...

—¡Otra vez el mamut no! —exclamó Tanis.

—Pero es que es una parte muy importante —argumentó el kender.

—El Mazo —insistió Tanis—. Fue Flint el que encontró el Mazo de Kharas, ¿verdad?

—Los dos lo encontramos —intentó explicar Tas—. Y también los restos del verdadero Kharas y los de un escorpión. Poco después, Flint me quitó la jupak y me dijo que saliera de allí. Entonces fue cuando me topé con el mamut lanudo dorado, que se llama Lucero de la Tarde, pero no diré ni palabra sobre él. Se lo prometí, ¿comprendes?

* * *

Sturm y Raistlin se situaron al lado de la cama de Flint. El enano yacía de cara a la pared, dándoles la espalda.

—Flint, ¿estás dormido? —preguntó el caballero.

—Sí. ¡Largaos! —gruñó el enano.

—Tenías el verdadero Mazo de Kharas, ¿verdad? —dijo Raistlin—. Lo tenías en tu poder cuando entraste en el Templo de las Estrellas.

Flint permaneció en silencio un momento, después se sentó en la cama y se volvió hacia ellos. Tenía la cara enrojecida.

—Sí —contestó, prietos los dientes—. ¡Para mi eterna vergüenza!

—¡Y lo dejaste en las manos de un muerto! —La boca de Raistlin se crispó—. ¡Viejo tonto sentimental!

—Vale ya, Raistlin —ordenó Sturm, enfadado—. Deja en paz a Flint. Tú y yo estábamos equivocados. Lo que hizo Flint fue noble y honrado.

—¿Cuántos miles van a pagar con su vida por ese noble gesto? —El mago metió las manos en las bocamangas de la túnica y lanzó al caballero una sombría mirada—. La nobleza y el honor no matan dragones, Sturm Brightblade.

Raistlin se alejó, airado. Al cruzarse con su hermano, espetó:

—¡Caramon, prepárame la infusión! Me están dando náuseas.

Caramon miró a Sturm, luego a Flint —encorvado en la cama— y por último a su gemelo, al que no recordaba haber visto tan furioso nunca.

—Eh... claro, Raist —contestó, entristecido, y se apresuró a hacer lo que le habían mandado.

—Hiciste lo correcto —dijo Sturm al tiempo que posaba una mano en el hombro de Flint—. Estoy orgulloso de ti y profundamente avergonzado de mí mismo.

El caballero lanzó una mirada hosca a Raistlin y luego fue a confesar sus culpas y a pedir perdón con plegarias.

* * *

Tasslehoff y Tanis regresaron al interior y hallaron la sala de la posada sumida en el silencio, salvo por las palabras susurradas de Sturm a Paladine. Tas se sentía mucho mejor ahora, tras descargar un gran peso de su mente. Estaba tan feliz que vació el contenido de los saquillos y revisó todos sus tesoros hasta que por fin acabó quedándose dormido en medio del revoltijo.

* * *

Flint se sentía exhausto, pero no hallaba consuelo en el sueño, porque no conseguía dormirse. Yació en la cama envuelto en la oscuridad, a veces dando una cabezada, sólo para despertarse sobresaltado creyendo que el aurak lo tenía de nuevo asido por el tobillo y lo arrastraba hacia el pozo. La última vez, Flint ya no lo aguantó más. Se levantó de la cama, salió de la posada sin hacer ruido y se sentó en el escalón del umbral.

Alzó la vista hacia la noche. Allá arriba titilaban luces, pero no era el brillo intenso, frío y cristalino de las estrellas cuya belleza siempre conmovía su corazón. Eran las luces de Thorbardin, las de las larvas atrapadas dentro de faroles hasta que crecían lo suficiente para empezar a triturar piedra al masticarla y abrir caminos a través del sólido manto rocoso.

Flint oyó abrirse la puerta y se incorporó de un salto, temeroso de que fueran Sturm o Raistlin dispuestos a seguir acosándolo. Al ver que era Tanis, se volvió a sentar.

El semielfo tomó asiento a su lado, en silencio, ese silencio que era tan cómodo entre ellos dos.

—Tenía el Mazo, Tanis —dijo por último el enano—. El Mazo verdadero. —Hizo una pequeña pausa antes de añadir con aspereza:— Los cambié. Dejé que Arman pensara que había hallado el verdadero cuando, en realidad, era el falso.

—Es lo que imaginé —musitó el semielfo al cabo de unos segundos—. Pero al final hiciste lo que era correcto.

—No lo sé. Si Arman hubiera tenido en su poder el Mazo real quizá no habría muerto.

—El Mazo no lo habría salvado del veneno del aurak. Y si tú no hubieses tenido el Mazo en tu poder cuando luchaste contra el draconiano, puede que el Mazo de Kharas se encontrara ahora en manos de la Reina Oscura —argumentó Tanis.

Flint meditó las palabras de su amigo. Quizá tenía razón. Sin embargo, eso no hizo que se sintiera mejor. Tal vez, con el tiempo, conseguiría perdonarse a sí mismo.

—Reorx me dijo que el enano que hallara el Mazo sería un héroe, Tanis, que su nombre sería recordado por siempre. —Flint resopló—. Supongo que eso viene a demostrar que los dioses no lo saben todo.

—Yo no estaría tan seguro de eso —comentó Tanis.